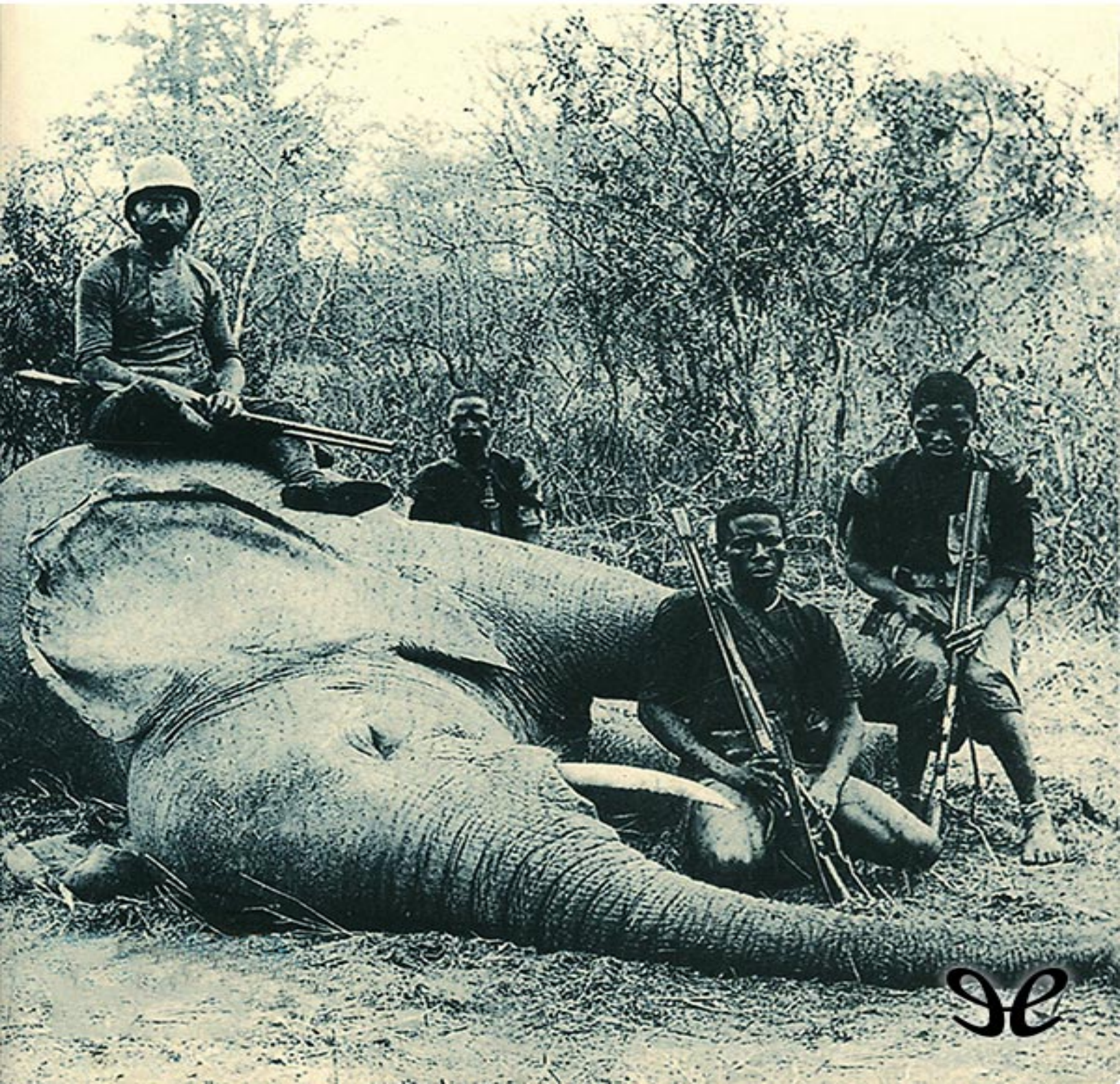
Romain Gary

Las raíces del cielo



A la luz de una hoguera, en la sabana africana, un hombre cuenta la historia de Morel, un francés que en los años cincuenta llegó al África Ecuatorial Francesa para emprender una campaña contra el exterminio de los elefantes, amenazados por las leyes del progreso. Tras pasar por la ignominia de los campos de concentración nazis, la defensa del elefante es, en Morel, un símbolo de la nobleza perdida, de la preservación de la dignidad del hombre y de su derecho a ser libre. Traicionado por unos y apoyado por otros, acusado de misántropo y de nihilista, Morel no duda en recurrir a las armas para luchar contra la barbarie y la crueldad en una región asediada por la demagogia nacionalista y el odio racial.

Con esta novela, llevada al cine por John Huston en 1958, Romain Gary obtuvo en 1956 su primer premio Goncourt.

OceanofPDF.com

Romain Gary

Las raíces del cielo

ePub r1.0

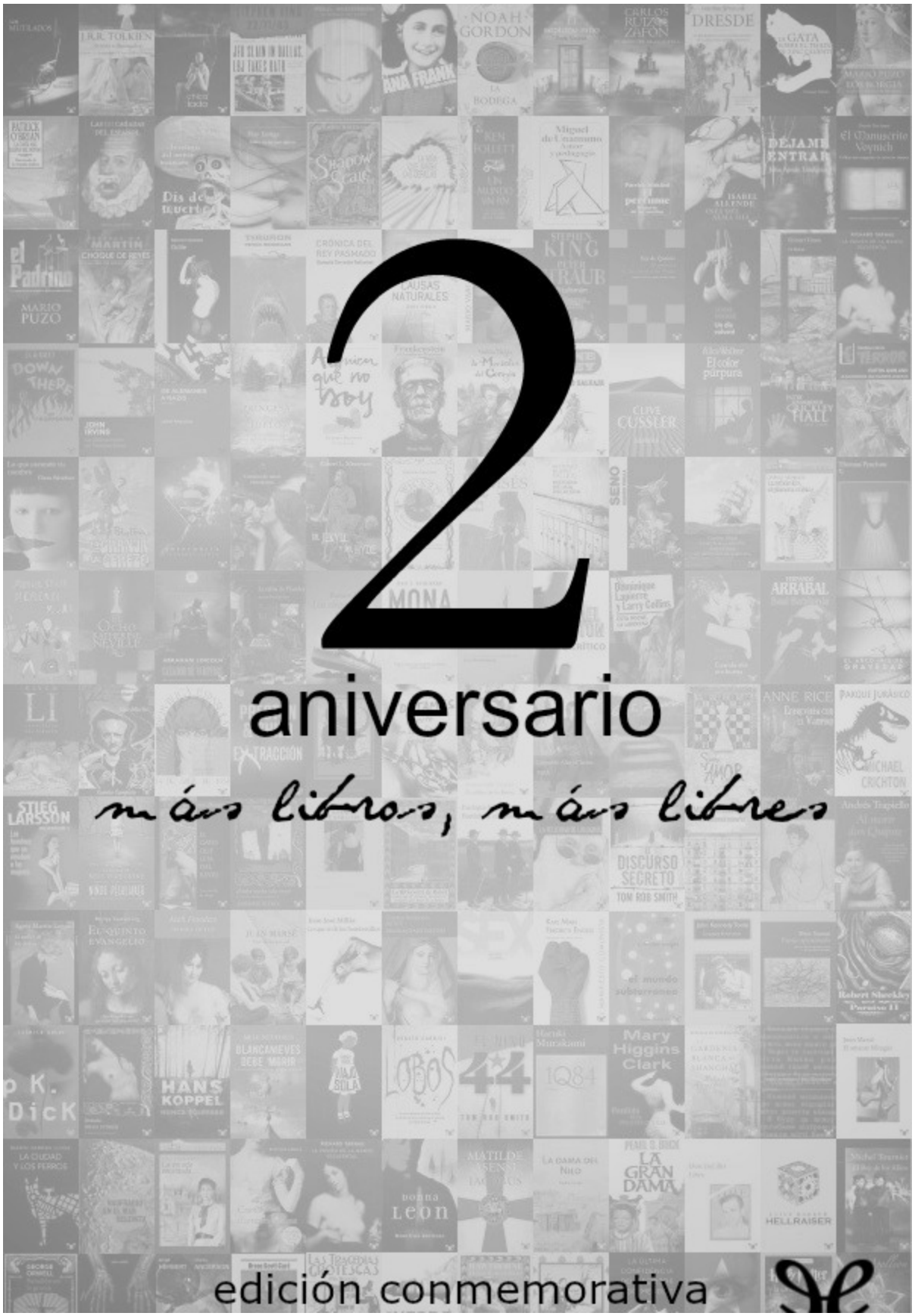
jugaor 23.04.15

OceanofPDF.com

Título original: *Les Racines du ciel*
Romain Gary, 1956
Traducción: Mercedes Corral

Editor digital: jugaor [www.epublibre.org]
ePub base r1.2

OceanofPDF.com


2
aniversario
más libros, más libres
edición conmemorativa

YO, ROBOT
NESBØ
EL MUÑECO DE NIEVE

OceanofPDF.com

Prefacio a la nueva edición

Cuando este libro apareció, hace veinticuatro años, se dijo que era la primera novela «ecológica», el primer llamamiento en defensa de nuestra biosfera amenazada. Sin embargo, en esa época, yo mismo no podía evaluar los terribles estragos que se estaban cometiendo ni toda la magnitud del peligro.

En 1956, durante una comida en casa del insigne periodista Pierre Lazareff, alguien pronunció la palabra «ecología». De las veinte personalidades presentes, solamente cuatro conocían su significado…

Desde entonces, ha sido mucho el camino recorrido. En toda la Tierra, las fuerzas se están organizando y una juventud decidida se ha situado a la cabeza de este combate. Evidentemente no conocen el nombre de Morel, el pionero de esta lucha y el héroe de mi novela. No tiene importancia. El corazón no necesita otro nombre. Los hombres siempre han dado lo mejor de sí mismos para conservar una cierta belleza de la vida, una cierta belleza natural…

Situé mi relato en lo que por entonces se llamaba el «África Ecuatorial Francesa», porque había vivido allí y quizá también porque no había olvidado que el A. E. F. había sido la primera en responder antaño a un célebre llamamiento contra la abdicación y la desesperanza. De ese modo, la negativa de mi héroe a someterse a la enfermedad de ser un hombre y a la dura ley que nos ha sido impuesta se unía así en mi mente a otros momentos legendarios…

Los tiempos apenas han cambiado desde que fue publicada esta obra: se sigue disponiendo con igual facilidad de los pueblos en nombre de su derecho a disponer de sí mismos. La misma toma de conciencia «ecológica» choca contra lo que yo llamaría la inhumanidad del ser humano. En el momento en que escribo, 1200 elefantes acaban de ser matados en Zimbabue para proteger el hábitat de las demás especies… En

todo esto hay una contradicción fundamental que ninguna ideología ni ninguna religión ha llegado a resolver.

En cuanto al problema más general, más universal, de la protección de la naturaleza, por supuesto no es específicamente africano: hace muchísimo tiempo que todos gritamos como si nos estuvieran matando. Es de temer que los derechos del hombre se conviertan también en unos supervivientes molestos de una época geológica pasada, la del humanismo. Los elefantes de mi novela no son, pues, en absoluto alegóricos, sino de carne y hueso, lo mismo que los derechos del hombre…

Quiero dar las gracias una vez más a las personas que, mientras trabajaba en esta novela, me apoyaron con su amistad en unos momentos tan difíciles: Claude Hettier de Boislambert, los profesores J. E. de Hoorn, Rene Agid, Jean de Lipkowski, Leigh Goodman, Roger Saint-Aubyn y Henry Hoppenot, a quien está dedicado este libro.

1956-1980

OceanofPDF.com

PRIMERA PARTE

OceanofPDF.com

I

Desde el amanecer, el camino seguía la colina a través de una maraña de bambúes y de hierbas en la que a veces el caballo y el jinete desaparecían por completo; luego el jesuita volvía a aparecer entre la vegetación con su salacot blanco, su nariz grande y huesuda, unos labios viriles e irónicos y unos ojos penetrantes que evocaban horizontes bastante más amplios que las páginas de un breviario. Su gran tamaño se adaptaba mal a las proporciones del poni *kirdi* que le servía de montura; sus piernas, apoyadas en unos estribos demasiado cortos, formaban un ángulo agudo bajo su sotana; y a veces, cuando, para mirar el paisaje de los montes Oulés, giraba bruscamente su perfil de conquistador (en el que no era difícil reconocer una cierta felicidad), se balanceaba peligrosamente en la silla. Tres días antes había dejado las excavaciones que dirigía para los institutos belga y francés de paleontología y, después de un recorrido en *jeep*, hacía cuarenta y ocho horas que seguía a caballo al guía a través de la sabana con el fin de llegar hasta el lugar en donde supuestamente encontraría a Saint-Denis. No había visto al guía desde por la mañana, pero al no tener el camino ni una sola bifurcación, de vez en cuando oía delante de él un crujido de hierbas y el ruido de los cascos. A veces se quedaba medio adormilado y se ponía de mal humor: no le gustaba acordarse de que tenía setenta años, pero el cansancio de siete horas de caballo le sumía con frecuencia en un estado de ensoñación dulce y vago que su conciencia de religioso y su mentalidad de científico no podían permitirle. A veces se detenía y esperaba a que el *boy* le alcanzara con el caballo, que transportaba un baúl de metal con algunas piezas interesantes, fruto de sus últimas excavaciones, y sus manuscritos, que llevaba consigo a todas partes. No se encontraban a mucha altura; las colinas tenían suaves pendientes y a veces sus laderas cobraban movimiento, vida: ahí estaban los elefantes. Como siempre, el cielo estaba infranqueable, refulgente y nebuloso, enfangado por

todos los sudores de la tierra africana. Incluso los pájaros parecían haber perdido el rumbo. El sendero continuó ascendiendo y, al doblar un recodo, el jesuita vio, más allá de las colinas, la llanura de Ogo, con aquella maleza encrespada y tupida que tanto le desagradaba y que, comparada con el gran bosque ecuatorial, le parecía la tosquedad del vello frente a la nobleza del cabello. Había calculado que estaría allí a mediodía, pero hasta las dos de la tarde no llegó a la cima de la colina, donde vio la tienda del administrador y al *boy* limpiando unas escudillas ante los restos de un fuego. El jesuita se asomó a la tienda y vio a Saint-Denis durmiendo en su catre de campaña, pero no quiso molestarle. Esperó a que estuviera montada su tienda, se aseó, tomó una taza de té y se echó un rato. Cuando se despertó, se sintió invadido por el cansancio. Permaneció un momento tumbado boca arriba pensando con tristeza que ya no le quedaba demasiado tiempo de vida, por lo que tendría que conformarse con lo que ya sabía. Cuando salió de la tienda, vio a Saint-Denis fumando su pipa frente a las colinas, que aún no habían sido abandonadas por el sol, pero ya parecían presentir su huida. Era más bien bajo, calvo; y una barba desordenada le cubría el demacrado rostro de pómulos marcados, donde destacaban sus ojos tras los lentes de metal. Sus hombros encorvados y estrechos evocaban más un trabajo sedentario que el de último guardián de las grandes manadas africanas. Tras hablar un poco de sus amigos comunes y de los rumores de guerra y paz, Saint-Denis se interesó por los trabajos del padre Tassin, preguntándole entre otras cosas si era cierto que, a partir de los últimos hallazgos de Rhodesia, se podía afirmar que África era la verdadera cuna de la humanidad. Por fin, el jesuita hizo su pregunta. A Saint-Denis no pareció sorprenderle que aquel eminente miembro de la Ilustrísima Compañía, que entre los misioneros tenía fama de interesarse más por los orígenes científicos del hombre que por su alma, no hubiera dudado, a pesar de sus setenta años, en cabalgar durante dos días para venir a preguntarle por una muchacha cuya belleza y juventud no podían significar mucho para un científico acostumbrado a contar el tiempo en millones de años y en eras geológicas. Respondió, pues, con franqueza y siguió hablando con un abandono cada vez mayor, lo cual le produjo tanta sensación de alivio que más tarde se preguntaría si el padre Tassin no habría ido a verle sólo para

ayudarle a liberarse de la soledad y de aquellos recuerdos que tanto le oprimían. Pero el jesuita escuchaba en silencio, con una cortesía casi distante, sin pretender ofrecerle en ningún momento alguno de esos consuelos por los que su religión es tan justamente célebre. Les sorprendió la noche, pero Saint-Denis continuó hablando sin interrupción, salvo una vez en la que ordenó a N'Gola, su *boy*, que encendiera un fuego; las llamas no tardaron en ahuyentar lo que quedaba de cielo, de modo que tuvieron que alejarse un poco para recuperar la compañía de las colinas y de las estrellas.

OceanofPDF.com

II

—No, no puedo decir que la conociera realmente, pero he pensado mucho en ella, lo cual es también una forma de estar acompañado. Conmigo no fue sincera ni honesta. Por su culpa me apartaron de la administración de una región a la que me sentía muy ligado y me confiaron el cuidado de estas grandes reservas de animales, considerando probablemente que la confianza y la ingenuidad de las que yo había dado prueba en este asunto demostraban que estaba más cualificado para ocuparme de los animales que de los humanos. No me quejo, incluso creo que han sido muy amables conmigo; podrían haberme enviado a cualquier parte lejos de África, y a mi edad, hay rupturas a las que no se sobrevive. En cuanto a Morel… Ya se ha dicho todo. Creo que era un hombre que, en lo que a la soledad se refiere, había llegado mucho más lejos que los demás, lo que, dicho sea de paso, es una auténtica hazaña, pues cuando se trata de batir récords de soledad, cada uno de nosotros descubre dentro de sí mismo un alma de campeón. En mis noches de insomnio, viene a verme a menudo con su aspecto enfadado, las tres profundas arrugas de su recta y obstinada frente bajo los cabellos desordenados, y esa famosa cartera repleta de peticiones y de manifiestos en defensa de la naturaleza que siempre llevaba consigo. A menudo oigo su voz repitiéndome, con ese tono barriobajero tan inesperado en un hombre que, como suele decirse, tenía educación: «Es muy sencillo, los perros ya no bastan. Los hombres se sienten tremendamente solos, necesitan compañía, necesitan algo más grande y más recio en lo que apoyarse, algo que pueda realmente resistir. Los perros ya no les bastan, necesitan elefantes. Por tanto, no quiero que nadie los toque». Me lo dice con una gran seriedad y dando un golpe seco con la mano a la culata de su carabina, como para dar más peso a sus palabras. Se ha dicho de Morel que nuestra especie le crispaba y que se vio obligado a empuñar las armas contra ella para defender su excesiva sensibilidad. Se ha afirmado

que era un anarquista decidido a llegar más lejos que nadie, y que quería romper no sólo con la sociedad, sino con la misma especie humana: «voluntad de ruptura» y «apartarse de todo lo humano» creo que fueron las expresiones más frecuentemente empleadas por aquellos señores. Y por si no bastara con esas estupideces, acabo de encontrar en una o dos revistas atrasadas que han llegado a mis manos en Fort-Archambault una explicación realmente magistral. Parece ser que los elefantes que defendía Morel eran completamente simbólicos e incluso poéticos, y que el pobre hombre soñaba con una especie de reserva en la Historia, comparable a nuestras reservas africanas, donde estaría prohibido cazar, y donde todos nuestros antiguos valores espirituales —torpes, un poco monstruosos e incapaces de defenderse— y todos nuestros antiguos derechos humanos, auténticos supervivientes de una época geológica pasada, se conservarían intactos para el deleite de la vista y para la instrucción dominical de nuestros bisnietos.

Saint-Denis sonrió en silencio moviendo la cabeza y prosiguió:

—Pero yo hasta ahí no llego. Yo también necesito comprender, pero no hasta ese punto. Por lo general, sufro más que pienso, es una cuestión de temperamento; y creo que a veces las cosas se comprenden mejor así. De modo que no me pida explicaciones demasiado profundas. Lo más que puedo ofrecerle son algunos fragmentos, como, por ejemplo, yo mismo. Por lo demás, confío en usted: está acostumbrado a las excavaciones y a las reconstrucciones. He oído decir que, en sus escritos, anuncia la evolución de nuestra especie hacia una espiritualidad y hacia un amor total, y que la anuncia para pronto —supongo que en el lenguaje de la paleontología, que no es precisamente el del sufrimiento humano, la palabra «pronto» significa la nimiedad de algunos cientos de miles de años— y que usted da a nuestra vieja noción cristiana de salvación un sentido científico de mutación biológica. Confieso que no acabo de entender qué lugar puede ocupar en una visión tan grandiosa una pobre muchacha cuyo principal destino aquí abajo parece haber sido satisfacer sus necesidades, que no eran precisamente espirituales. Puedo entender un poco lo de Minna, conozco el papel humilde y necesario que las prostitutas tienen en las Escrituras. Pero ¿qué lugar puede ocupar en sus teorías un hombre como Habib? ¿Qué

sentido puede tener esa risa silenciosa que sacudía varias veces al día y sin razón aparente su negra barba, mientras miraba las aguas centelleantes del Logone, tumbado en una hamaca en la terraza del Chadien, con una gorra de marino en la cabeza, sin dejar de agitar uno de esos abanicos de papel con el anuncio púrpura de una gaseosa americana mientras mascaba un puro húmedo y apagado? Dicho esto, si ha venido hasta aquí para conocer las razones de esa asombrosa risa, su excursión de dos días a caballo no habrá sido en vano. Puedo darle mi propia explicación. He pensado mucho en ello. Incluso he llegado a despertarme de pronto en mi tienda, completamente solo ante el paisaje más bello del mundo, me refiero al cielo africano por la noche, preguntándome cuál era la razón de que un canalla como Habib pudiera reírse con tanta despreocupación y tanta alegría. Al final he llegado a la conclusión de que nuestro libanés era un hombre que tenía un increíble apego a la vida, y que sus carcajadas de satisfacción celebraban una unión perfecta con ella, una mutua comprensión, un acuerdo que nunca nada pudo turbar, que era feliz, vaya. Los dos formaban una buena pareja. Después de oír esto, tal vez saque usted la misma conclusión que algunos de mis jóvenes colegas, es decir, que me he convertido en un viejo «arrogante», aislado, huraño y malvado, que ya no formo parte de los suyos y que mi lugar está entre las fieras salvajes de nuestras reservas, donde he sido enviado por la administración con tanta prudencia y solicitud. Pero era realmente difícil no quedarse impresionado ante ese aspecto tan saludable y alegre característico de Habib, ante su fuerza hercúlea, la solidez terrenal de sus piernas y sus guiños burlones, que no iban dirigidos a nadie en concreto, sino que parecían dedicados a la misma vida, y, conociendo la trayectoria tan exitosa de nuestro crápula, no sacar algunas conclusiones. Probablemente usted lo conoció, al igual que yo, en la época en que dirigía junto a De Vries, su joven protegido, los destinos del hotel Chadien, en Fort-Lamy, después de que el establecimiento hubiera cambiado de manos por segunda o tercera vez, pues no se puede decir que fuera un negocio demasiado brillante. Al menos no lo era hasta la llegada de los señores Habib y De Vries, que montaron un bar, trajeron una «anfitriona», construyeron una pista de baile en la terraza que daba al río, y no tardaron en mostrar todos los signos exteriores de una prosperidad

creciente, cuyo verdadero origen no se conocería hasta mucho más tarde. De Vries apenas se ocupaba del negocio. Rara vez se le veía en Fort-Lamy. Se pasaba la mayor parte del tiempo cazando. Cuando le preguntaban sobre las ausencias de su socio, Habib reía silenciosamente, se sacaba el puro de los labios y hacía un amplio gesto con el brazo señalando el río, las zancudas y los pelícanos que venían a posarse en los bancos de arena al atardecer, y los caimanes que parecían troncos de árboles en la orilla del Camerún.

»—Qué quiere usted, el muchacho es poco amigo de la naturaleza —decía—, dedica todo su tiempo a perseguirla en todos sus reductos. Es el mejor tirador de aquí. Demostró sus capacidades en la Legión extranjera, y ahora se ve obligado a conformarse con una caza más modesta. Es un deportista en el sentido literal de la palabra.

»Habib siempre hablaba de su socio con una mezcla de admiración y de burla, y a veces casi con odio; no era difícil darse cuenta de que la amistad entre los dos hombres se debía al sometimiento a algún vínculo secreto, no era algo que dependiera de su voluntad. Sólo me encontré una vez con De Vries. Para ser más exactos, me crucé con él en una carretera, cerca de Fort-Archambault. Volvía de una cacería, en un *jeep* que él mismo conducía, seguido de una camioneta. Era muy delgado, tenía el cabello rubio y ondulado, y un rostro bastante agraciado, tipo prusiano. Me dirigió una mirada azul pálida que, a pesar de la fugacidad de nuestro encuentro, me impresionó. Había estado llenando el depósito de gasolina con unos bidones y acababa de terminar cuando yo llegué. También me acuerdo de que tenía sobre las rodillas un fusil con incrustaciones de plata en la culata que me sorprendió por su belleza. Arrancó el *jeep* sin responder a mi saludo, dejando tras él la camioneta, y yo me detuve para charlar un poco con el chófer sara, quien me explicó que venían de una expedición en el distrito de Ganda y que su patrón “él cazar todo el tiempo, incluso cuando lluvia”. Movido por la curiosidad, levanté la cubierta de lona de la camioneta: Debo decir que tuve bastante con lo que vi. La camioneta estaba literalmente abarrotada de “trofeos”: colmillos, colas, cabezas y pieles. Pero lo más asombroso de todo eran los pájaros. Los había de todos los colores y tamaños. Era evidente que el señor De Vries no se dedicaba a

coleccionarlos para los museos, pues la mayoría estaban tan agujereados de balas que resultaban irreconocibles, o en todo caso inservibles para el deleite de la vista. Nuestro reglamento sobre la caza es como es, no seré yo quien lo defienda, pero no existe ninguna licencia capaz de justificar los estragos que él cometía. Le pregunté al chófer y éste me explicó con orgullo que "el patrón cazar por placer". Me horroriza el francés que hablan los indígenas de aquí, es una de nuestras grandes deshonras en África. Así que le hablé en sara y, al cabo de un cuarto de hora, supe lo suficiente sobre las hazañas deportivas de De Vries como para ponerle una buena multa al volver a Fort-Lamy. Seguramente no sirvió de nada, pues, como usted sabe, hay gente que está siempre dispuesta a pagar lo que haga falta con tal de satisfacer las necesidades más profundas de su alma. También fui a montarle un escándalo a su protector en la terraza del Chadien y le rogué que controlara un poco las expansiones de su joven amigo. Se rió de buena gana y me dijo:

»—Qué quiere usted, amigo. Es un alma noble con una gran necesidad de pureza, de ahí que choque violentamente con la naturaleza, no puede ser de otro modo, es como un arreglo de cuentas perpetuo. Es miembro de varias sociedades cinegéticas, ha sido premiado varias veces, es un gran cazador ante el Eterno[1], quien, por suerte, está bien resguardado, porque si no… Por lo tanto debe conformarse con una caza intermedia, con naderías, es decir, con hipopótamos, elefantes y pájaros. La verdadera caza mayor, Él, permanece invisible con una gran prudencia. ¡Es una lástima, porque sería un magnífico blanco! El pobre muchacho debe de soñar con eso todas las noches. Tómese una gaseosa, invita la casa.

»Siguió abanicándose, echado en su eterna tumbona, y yo le dejé allí, pues estaba en su casa. Cuando me alejaba me dijo: "Y no se preocupe por las multas; ¡sólo faltaría! Los negocios nos van muy bien".

»En efecto, les iban muy bien. La explicación de esta prosperidad, extraordinaria para quien conociera los desastres financieros de los anteriores explotadores del Chadien, se reveló de forma inesperada. Un camión que transportaba cajas de gaseosa tuvo un desgraciado accidente al este de Ogo: sufrió una explosión cuya causa no podía explicarse sólo por el gas contenido en las botellas. Se descubrió que los señores Habib y De

Vries formaban parte activa del contrabando de armas que seguía las antiguas rutas de los mercaderes de esclavos hacia el interior de África, partiendo de unas bases bien conocidas. Ya conoce usted las luchas sordas de las que es víctima nuestro viejo continente: el Islam aumenta su presión sobre las tribus animistas, en la superpoblada Asia crece con lentitud un nuevo sueño de expansión, y la lección de la lucha sin fin que los ingleses mantienen desde hace tres años en Kenia no ha caído en saco roto para todo el mundo. Habib se encontraba más cómodo en medio de todo aquello que en su propia tumbona, y su certificado de antecedentes penales, cuando por fin decidimos pedirlo, resultó ser un verdadero canto triunfal de este bajo mundo. Pero en ese momento ya se había largado con su atractivo socio, el enemigo de la naturaleza, avisado probablemente por algunos de esos misteriosos mensajes que en África siempre parecen llegar en el momento oportuno. Sin embargo, nada delata jamás la menor prisa o inquietud en los impasibles rostros de algunos de nuestros mercaderes árabes, sentados en la fresca penumbra de sus tiendas, meditabundos y tranquilos, y como totalmente ajenos a los ruidos y la tensión de este agitado mundo. Así pues, nuestros hombres desaparecieron, reapareciendo de una forma totalmente inesperada, aunque pensándolo bien, natural, en el momento en que la buena estrella de Morel estaba en su apogeo, para recoger algunos de los últimos destellos de una gloria que tan bien armonizaba con su tipo de belleza terrenal.

OceanofPDF.com

III

—En todo caso fue a Habib a quien, después de comprar el Chadien (transformado a partir de entonces en un café-bar-*dancing* con ayuda de algunas luces de neón), se le ocurrió la idea de animar el ambiente un tanto desolado del lugar, desolación que se hacía patente sobre todo en la terraza, situada ante las solitarias y ariscas orillas de Camerún, y en el inmenso cielo, que parecía haber sido concebido a la medida de algún animal prehistórico. Sí, fue a él a quien se le ocurrió la idea de animar ese ambiente un tanto nostálgico con una presencia femenina. Habló de su intención a los clientes con mucha antelación, y la repetía cada vez que venía a sentarse a una de las mesas, abanicándose con ese abanico publicitario del que nunca se separaba y que tan frívolo resultaba en su enorme mano. Se sentaba, nos daba unos golpecitos en la espalda —como para reconfortarnos, como para ayudarnos a aguantar todavía un poco más — y nos decía que no nos preocupáramos, que dentro de sus planes de reestructuración del Chadien estaba el traer a alguien, pero, cuidado, no a una zorra, sino a alguien que fuera amable. Comprendía perfectamente que sus amigos, sobre todo los que se hacían quinientos kilómetros para venir desde el interior del país, estuvieran hartos de languidecer completamente solos delante de su whisky y necesitaran compañía. Se levantaba torpemente y se iba a repetir su perorata a otra mesa. Hay que reconocer que consiguió crear bastante bien un clima de curiosidad y de espera. Nos preguntábamos, con un poco de compasión y de ironía, qué clase de muchacha iría a caer en la trampa; y estoy convencido de que entre nosotros hubo algunos pobres diablos, ya ve que no le oculto nada, que soñaban en secreto con ella en sus alejados rincones. Así pues, Minna ya se había convertido en un tema de conversación en los lugares más recónditos del Chad mucho antes de que apareciera, y el tiempo que ella tardó en materializarse nos permitió a algunos comprobar una vez más que unos

años de aislamiento en el interior de la sabana no pueden nada contra ciertas esperanzas tenaces y que es más fácil desbrozar un terreno de cien hectáreas en plena estación de lluvias que algunos de los recovecos de nuestra imaginación. Así pues, cuando un día bajó del avión, con una boina, una maleta, unas medias de nailon, un cuerpo impresionante y un rostro bastante vulgar, por no hablar de su expresión de ansiedad, bastante comprensible dadas las circunstancias, se puede decir que era muy esperada. Al parecer, Habib había escrito a un amigo de Túnez que tenía un cabaret en el que Minna hacía un número de *striptease*. Le había explicado exactamente lo que quería: una muchacha bastante alegre, con todo lo que hacía falta en donde hacía falta, preferentemente rubia, que pudiera ocuparse del bar y cantar, pero sobre todo ser amable con los clientes. Sí, necesitaba sobre todo una chica obediente, no quería problemas, eso era lo fundamental. Tampoco quería una puta, ése no era el estilo de la casa, sino simplemente una muchacha que se mostrara amable de vez en cuando con el hombre que él, Habib, le recomendara especialmente. El dueño del cabaret tunecino debió de darse cuenta de que Minna, aparte de ser rubia, era alemana y no tenía los papeles en regla, lo que sin duda era una garantía de obediencia. Así pues, le hizo la proposición.

»—¿Y usted aceptó inmediatamente?

»El comandante Schölscher le hizo esta pregunta en el curso de la investigación que siguió a la desaparición de los señores Habib y De Vries, así como a las revelaciones sobre las interesantes actividades a las que se dedicaban. Había hecho venir a Minna a su despacho para formarse su propia opinión acerca de las acusaciones concretas que Orsini había lanzado contra ella. La investigación era llevada a cabo por la policía, pero los militares también estaban preocupados desde hacía algún tiempo por la aparición en los confines de Libia de las primeras bandas de fellagas[2] perfectamente armadas; por ese motivo, las ramificaciones que la empresa de Habib podía tener en Túnez y otros lugares parecían merecer una gran atención. Había muy pocos hombres que conocieran los confines mejor que Schölscher, que había recorrido el desierto durante quince años al frente de las compañías de meharistas, desde el Sahara hasta el Zinder y desde el lago Chad hasta el macizo del Tibesti, y a quien todas las tribus nómadas se

acercaban a saludar cuando veían aparecer en el horizonte los torbellinos de arena levantados por sus camellos. Desde hacía un año y por primera vez en su carrera, ocupaba un puesto casi sedentario como consejero especial del gobernador del Chad, quien estaba preocupado por la gran cantidad de armas modernas que de forma solapada parecían estar entrando en el territorio, hasta las profundidades de la sabana. Minna había llegado al despacho del comandante flanqueada por dos soldados indígenas y completamente alterada por el interrogatorio al que acababan de someterla en la dirección de la policía; estaba convencida de que iban a expulsarla de un rincón del mundo al que curiosamente parecía sentirse muy apegada.

»—¡Estoy bien aquí, compréndalo! —había gritado a Schölscher entre sollozos, con ese acento alemán que le hacía a uno torcer el gesto sin querer —. Cuando abro la ventana por la mañana y veo esos miles de pájaros posados en los bancos de arena del Logone, me siento feliz. No pido nada más… Estoy bien aquí, y además, ¿dónde podría ir?…

»Schölscher no era un hombre dado a hacer meditaciones irónicas ante la angustia humana, fuera ésta cual fuera; sin embargo, no pudo evitar una sonrisa. Era la primera vez que veía a alguien que comparara una posible retirada del permiso de residencia en el A. E. F. con una expulsión del paraíso terrenal. Evidentemente eso suponía un pasado no demasiado feliz. Enseguida había llegado a la conclusión de que Minna no había sabido nada de las actividades secretas de su patrón, a quien había servido de tapadera, de engañifa, lo mismo que el resto de las soberbias instalaciones del Chadien, los dos palmitos de la terraza dentro de sus macetones, el comercio de gaseosa, el tocadiscos, los discos rayados y las extrañas parejas que se aventuraban a salir a la pista de baile por la noche. Había mandado que le trajeran café y un sándwich —la habían sacado de la cama a las cinco de la mañana— y no le había hecho más preguntas, pero ella seguía intentando explicarse, con la mirada angustiada, el rostro preocupado, a la vez vehemente y humilde, elevando a veces la voz hasta llegar a gritar en su deseo casi apasionado de que la creyeran. Tal vez hubiera leído en la mirada de Schölscher una disposición que no debía de haber encontrado demasiado a menudo en la mirada de los hombres y tuviera necesidad de simpatía. Se limitaba a decir todo lo que sabía, insistió, no tenía nada de lo que

avergonzarse y no quería que siguiera recayendo ninguna sospecha sobre ella. Comprendía muy bien que hubieran podido sospechar de ella. Era normal que se preguntaran cómo ella, una alemana, había podido ir a parar al Chad con unos papeles que ni siquiera estaban en regla… Pero de eso a acusarla de haber ayudado a unos traficantes de armas y de haber abusado de la hospitalidad que había recibido en Fort-Lamy cuando no tenía ningún lugar donde refugiarse… Le temblaron los labios, las lágrimas corrieron de nuevo por sus mejillas. Schölscher se inclinó y le puso la mano en el hombro con suavidad.

»—Vamos —le dijo—, nadie la está acusando. Dígame simplemente por qué ha venido al Chad y cómo conoció a Habib.

»Ella levantó el rostro, con el pañuelo en la nariz, y miró al comandante de forma vacilante, como para decidir si podía hacerle semejante confesión. Había venido al Chad, explicó, porque no podía más —¡necesitaba tanto el calor!— y también porque le gustaban los animales. ¡Oh! Sabía que esa explicación era muy poco convincente, pero no podía remediarlo: era la verdad. Schölscher no manifestó ni sorpresa ni escepticismo. El hecho de que un ser humano tuviera necesidad de calor y de amistad no era algo que pudiera sorprenderle. Pero desde luego la desgraciada debía de estar muy falta de ambas cosas para conformarse con el calor de la tierra africana y con la amistad de algún que otro animal domesticado, y no soñar con otra cosa que no fueran las grandes manadas de elefantes que se veían a veces en el horizonte. En eso había una humildad a la cual no podía por menos que mostrarse sensible. Le pareció totalmente indefensa y más perdida en la tierra que todos los demás nómadas que él había conocido.

»—¿Y Habib?

»Por supuesto, estaba dispuesta a explicarse también sobre eso. Pero, para que fuera todo más exacto, tenía que remontarse a unos cuantos años atrás. Sus padres habían muerto en Berlín durante un bombardeo cuando ella tenía dieciséis años y se había ido a vivir a casa de un tío suyo con el que su familia no se trataba. Sin embargo, cuando se quedó sola, se ocupó de ella e incluso se le ocurrió la idea de hacerla cantar en un cabaret, aunque, según él, no tenía voz. Así pues, actuó durante un año en la Kapelle; la guerra ya se daba por perdida y los hombres necesitaban

mujeres. Luego los rusos tomaron la capital y ella corrió la misma suerte que otras muchas mujeres de Berlín. Aquello duró varios días, hasta que los combates terminaron y el mando tomó bajo sus riendas a las tropas. Después… se mostró azarada, casi culpable, y miró unos segundos por la ventana abierta. Después le había ocurrido algo inesperado. Se había enamorado de un oficial ruso. Se calló de nuevo y miró a Schölscher humildemente, como para pedirle perdón. ¡Oh!, sabía perfectamente lo que él estaba pensando. Se lo habían echado en cara. "¿De un ruso? —exclamaban—. ¿Cómo podía haberse enamorado de un ruso después de todo lo que le había pasado?". Se encogió de hombros un poco irritada. Naturalmente, la nacionalidad no era la responsable. Pero sus compatriotas se pusieron en contra de ella. En la calle, los vecinos pasaban a su lado sin saludarla, mirando hacia otro lado. Los más atrevidos le decían en voz alta lo que pensaban cuando se la encontraban a solas. "¿Cómo podía haberse enamorado de un hombre que le había pasado por encima, por decirlo de alguna forma, al frente de sus tropas?". Me imagino que la gente que le hacía este tipo de comentarios hablaba en sentido figurado, pero ella parecía habérselo tomado al pie de la letra. Pero eso no era del todo cierto, explicó a Schölscher calurosamente. Por supuesto, podía haber ocurrido. Había hablado de ello una o dos veces con Igor, así se llamaba el oficial, pero ni el uno ni el otro sabían nada, y francamente les daba igual. Sí, él había entrado en una de esas villas: hacía tres años que estaba en el frente, su familia había sido fusilada por los alemanes y estaba un poco borracho. En cuanto a ella, no se acordaba de las caras de los soldados; lo único que se le había quedado grabado en la memoria era la hebilla de los cinturones. Y no se podía juzgar a los hombres por su comportamiento sexual, sobre todo en plena batalla, cuando ya no pueden más… Volvió a alzar los ojos hacia Schölscher, pero el comandante no dijo nada, porque no tenía nada que decir. Así pues, ella siguió hablando de su Igor. Le había gustado enseguida: tenía algo alegre y simpático en la cara, como muchos rusos y americanos… y también franceses, añadió con torpeza para intentar arreglarlo. Le había conocido en casa de su tío: el sótano había sido requisado por el ejército y él le había hecho la corte con timidez, llevándole flores, compartiendo con ellos sus raciones de comida… Por fin, una noche,

la besó torpemente en la cara. Ella sonrió, se llevó la mano a la mejilla y la dejó allí, en el lugar donde había recibido ese primer beso. “Era mi primer beso”, dijo alzando de nuevo hacia Schölscher una mirada transparente.

OceanofPDF.com

IV

Saint-Denis interrumpió su relato y respiró profundamente, como si de pronto necesitara de todo el frescor de la noche.

—En fin —dijo—, supongo que hay cosas que nada puede matar y que permanecen intactas para siempre. Verdaderamente, parece que nada puede afectar a los hombres. Es una especie que no se deja vencer tan fácilmente.

El jesuita se inclinó sobre el fuego, cogió una brasa y la acercó a su cigarrillo. Los destellos vagaron durante un momento sobre sus largos cabellos canos, su sotana y su rostro anguloso, como una de esas esculturas de piedra cuyos restos él perseguía sin descanso en las profundidades de la tierra. Desde que había anochecido, parecía dedicar toda su atención a las estrellas, y Saint-Denis le agradecía esa mirada que parecía predicar la renuncia pasando las cuentas del rosario del infinito.

—Sí, padre, probablemente tenga usted razón al invitarme a cierta renuncia. Confieso que cada vez me resulta más difícil hablar que hacerme preguntas, y las noches, incluso las más estrelladas, sólo ofrecen belleza, no una respuesta. Pero volvamos a Minna, puesto que aparentemente es a ella a quien debo la aparición en plena región oulé, en las colinas de esta reserva de elefantes de la que ahora estoy a cargo, de un eminente miembro de la Compañía de Jesús para quien los trabajos sobre la prehistoria parecen haber sido hasta ahora su único interés terrenal. Aunque también es posible que hayan pedido a la Ilustre Compañía que abra una investigación y ésta le haya encargado a usted que haga un informe. ¡Se dicen tantas cosas de los jesuitas! —dijo riéndose—. Pero volvamos a Minna. Ella dijo que vivió muy feliz durante seis meses y que luego el oficial fue trasladado. Ninguno de los dos había pensado en esa eventualidad, no obstante previsible. Pero su felicidad tenía tal disposición a la perfección que en ningún momento les preocupó que pudiera terminar. El oficial tenía cuarenta y ocho horas para tomar sus disposiciones al respecto; las tomó inmediatamente, pues decidió

desertar y pasar con ella a la zona francesa. Ella explicó que habían elegido la zona francesa porque los franceses tenían fama de comprender mejor las historias de amor. Evidentemente, necesitaron algunos cómplices. Cometieron el gran error de poner al tío al corriente de sus planes. Al estar metido en negocios ilegales, les pareció el más indicado para ayudarles. Su tío escondió a Igor en casa de un amigo y luego le denunció a la policía rusa. Era imposible saber los motivos concretos que le habían llevado a actuar de ese modo. Tal vez el patriotismo, así habría un oficial ruso de menos, o, por el contrario, el deseo de quedar bien con las autoridades soviéticas, o tal vez porque la deseara físicamente a ella… Minna hizo esta última observación como de pasada y sin parecer temer lo más mínimo los abismos que dejaba entrever. Schölscher no dijo nada. Continuó fumando su pipa, mejor dicho, la rodeó simplemente con sus dedos para sentir mejor su amistoso calor en el hueco de la mano. Por lo demás, es probable que en esa época ella ya hubiera tomado su decisión final, esa decisión que causó tanto estupor a los que la conocían, a excepción de Haas, que ya lo había intuido. «Todos esos antiguos meharistas sólo piensan en el padre Foucauld —decía, durante sus escasas y breves estancias en Fort-Lamy—. Y Schölscher no es ninguna excepción». En pocas palabras, Igor había sido detenido y ella no había vuelto a saber nada de él. En cuanto a ella, había vuelto a la Kapelle. Su ausencia le había costado ocho días de paga. Había vuelto a vivir con su tío. En aquella época era casi imposible encontrar alojamiento entre las ruinas de Berlín y le pareció natural recuperar su habitación. Por otra parte, ya todo le daba igual. El tío obtenía carbón a través de sus relaciones, y si a ella aún le quedaba algo, era su horror al frío. Pero no soportaba el ambiente de Berlín. Soñaba con escaparse, con irse a vivir a algún lugar que estuviera lejos, muy lejos de allí, bajo algún cielo más clemente. Cada vez que veía a un soldado ruso se le encogía el corazón. También debía de estar falta de vitaminas, porque siempre tenía la sensación de morirse de frío. Tenía que reconocer —le dijo a Schölscher con el evidente deseo de ser justa y de dar a cada uno lo suyo— que su tío había sido muy amable con ella y le había instalado en su habitación una estufa que funcionaba día y noche. Pero ella soñaba con irse a vivir a Italia, o a Francia. Durante la guerra, los soldados que volvían de allí solían

hablarle con entusiasmo de esos países y le enseñaban fotos de naranjos, del mar azul y de mimosas. Como en la canción:

Kennst Du das Land, wo die Citronen blühen,
Im dunkeln Laub die Goldorangen glühen,
Ein sanfter Wind vom blauen Himmel weht,
Die Myrthe still und hoch der Lorbeer steht.
Kennst Du es wohl?
Dahin, dahin,
Möcht ich mit Dir,
O mein Geliebter, ziehen.[3]

»Ella había cantado a menudo esos versos de *Mignon* en público, hasta el día en que, justo al acabar la guerra, un oficial de las SS había bajado a la pista y la había abofeteado; no tardó en ser interrogada por la Gestapo, que la acusó de cantar en tono sarcástico canciones sobre las derrotas del ejército alemán en el Mediterráneo.

»Entonces trató de obtener un contrato en el sur y se lo dijo a todos los militares de las tropas de ocupación. Al final, el pianista de la Kapelle fue quien le ayudó a realizar su sueño. Había estado en la campaña de Túnez con el Afrika Korps y, durante su estancia allí, había hecho amistad con el propietario de un cabaret. Estaba seguro de poder conseguirle alguna cosa. Lo más duro fue conseguir los papeles necesarios; todos sus ahorros se le fueron en ello, pero, gracias a Dios, tuvo un poco de suerte y a los tres meses estaba en Túnez haciendo un número de *striptease* en el Panier Fleuri. Se quedó allí un año, más o menos tranquila, a pesar de que el invierno fue más frío de lo que pensaba y de la presencia, claro está, de algunos clientes que la molestaban. Pero seguía teniendo el deseo de evadirse, de irse aún más lejos, donde fuera. De pronto se rió y miró a Schölscher. “Pensará que nunca estoy contenta. Pero así era: sentía una vaga necesidad, un deseo de salir de allí”. Una noche, el dueño del cabaret, un obeso tunecino que se había mostrado bastante amable con ella —no le gustaban las mujeres— la llamó aparte y le preguntó si le interesaría trabajar de anfitriona en un hotel de Fort-Lamy. Había que ocuparse del bar, cantar un poco —no era necesario tener voz— y sobre todo ser amable con los clientes. No, no era ese tipo de establecimiento, respondió el tunecino

con indulgencia a la pregunta que ella le había hecho enseguida. Al contrario, era un lugar de lo mejor que había. Simplemente en el Chad había muchos hombres solos que venían de la sabana y tenían necesidad de compañía. Ella sabía que Fort-Lamy estaba lejos, al otro lado del desierto, en el corazón de África, que era otro mundo. Por fin podría satisfacer su necesidad de calor; incluso en Túnez había momentos en los que no podía más. De ese modo, sin saber muy bien de qué manera, un buen día se encontró en la terraza del Chadien, desde donde podía ver por la mañana, posados en los bancos de arena, miles de pájaros. Era lo primero que hacía nada más despertarse: ir a mirar los pájaros. Se ocupaba del bar y de la sala de baile y, en contra de lo que había temido en un principio, Habib nunca le había exigido que se acostara con nadie; salvo una vez, añadió inmediatamente. Era evidente que lo había olvidado por completo. Schölscher no le hizo ninguna pregunta al respecto, pero ella se apresuró a darle todo tipo de detalles. Sí, una vez, Habib había venido al bar y le había dicho: “Si Sandro te lo pide, dile que sí”, y en efecto, el señor Sandro se lo había pedido, y ella, claro está, le había dicho que sí. Esperó un momento y, viendo que Schölscher no decía nada, levantó los ojos hacia él con cierto desafío y, encogiéndose de hombros, observó: “Yo, sabe, a estas historias psicológicas no les doy demasiada importancia. Eso no es lo más importante”. No dijo qué era lo más importante.

OceanofPDF.com

V

—Sandro tenía una empresa de transportes que llegaba hasta los rincones donde las grandes compañías se negaban a enviar sus camiones. No le importaba utilizar su material en las pistas que la gente seria sabía que eran impracticables a veces hasta seis meses al año, y donde sólo algunos viejos camiones militares iban a acabar sus días. Había recorrido de forma sistemática esa red de pistas completamente abandonada por las grandes compañías de transporte, demasiado prósperas para ocuparse de naderías, al principio completamente solo, cargando penosamente su único bull-dog Renault, comprado de ocasión, que él mismo conducía. Y tres años más tarde, en el momento del *boom*, se había encontrado al frente de un negocio de veinticinco camiones que poseían prácticamente el monopolio de la pista secundaria y tenían fama de penetrar cada año un poco más en la sabana, mientras que los camiones de los portugueses y de la S. E. C. A. esperaban prudentemente los informes de sus expertos sobre el estado de las nuevas pistas y su posible rendimiento comercial. Schölscher no entendía muy bien el interés que Habib podía tener en «estar a bien» con el dueño de una empresa que, a pesar de cobrar el kilómetro hasta un diez por ciento más caro, pocas veces dudaba en mandar sus camiones por una pista en la que el agua apenas acababa de retirarse y en la que los puentes no habían sido revisados desde la estación anterior. No era raro ver a sus chóferes, instalados con perplejidad desde hacía dos días en el «potopoto»[4], delante de una corriente de agua que «no estaba ahí la última vez que pasamos», o hundidos hasta el parabrisas en medio de un fango ante el que el propio sol parecía retroceder. Pero el cargamento terminaba llegando a pesar de todo a su destino, a los lugares donde ningún otro transportista se aventuraba a ir en esa época del año; llegaba hasta las famosas tribus a las que no se podía acceder por carretera: los dibuns de Camerún, los kreichs de los confines sudaneses, e incluso los

oulés. Semejante «apertura» en la sabana era evidentemente muy importante para Habib, que de esa forma estaba seguro de que sus envíos, camuflados bajo la marca de la misma gaseosa americana que adornaba su ya eterno abanico, llegarían felizmente a algún comerciante árabe o asiático perdido en las profundidades de África. Para él, el espíritu pionero de un hombre como Sandro era una fuente de sincera admiración y de satisfacción. El marsellés lo ignoraba todo sobre la naturaleza de algunos de los cargamentos que le confiaban, hasta el día en que uno de sus vehículos explotó al caer en una zanja. Debido a lo alejado del lugar del accidente, la policía tardó quince días en empezar a hacerse algunas preguntas, y si ese día los señores Habib y De Vries hubieran estado en Fort-Lamy habrían tenido que pagar muy cara al transportista la muerte de su chófer massa. Pero en ese momento ya estaban lejos, y todo lo que Sandro pudo hacer fue explayarse con Minna, cuya evidente inocencia y perturbación terminaron por desanimarle totalmente. Así pues, ella no había conocido a Habib antes de venir a Fort-Lamy —prueba de ello es que tuvo que enviarle su foto— y nunca había pensado en venir al A. E. F. hasta el día en que el dueño del cabaret de Túnez se lo había propuesto.

»—¿Y usted aceptó enseguida?

»Sí, había aceptado sin dudarlo. Había oído hablar del Chad cuando era todavía una niña. Su padre había sido profesor de historia natural en un instituto; le había dado esa última información haciendo cierto hincapié en ella, como para recalcar que había conocido días mejores. Sabía que ese lugar estaba lejos de todo, muy lejos, en una región de África aún intacta, y había pensado enseguida en las grandes manadas que vagaban todavía tranquilamente por la sabana. No tenía a nadie en el mundo, aparte de su tío de Berlín, y había aceptado sin dudarlo…

»—Me gustan mucho la naturaleza y los animales —concluyó con entusiasmo.

»—Me resulta curioso que haya venido al Chad sólo por eso —dijo Schölscher amistosamente—. Podía haberse comprado un perro.

»Ella se tomó ese comentario muy en serio y se exaltó: estaba claro que Schölscher acababa de tocarle uno de sus puntos débiles. Le era muy difícil tener un perro con la vida que llevaba, explicó. En Túnez le pagaban por

semanas y siempre corría el riesgo de acabar en la calle, no podía permitirse tener responsabilidades. Y además, los perros tienen mucho amor propio, dijo. Lo había comprobado a menudo. En Berlín tenía de vecino a un anciano que, en plena luz del día, iba a rebuscar entre los cubos de basura acompañado de su perro.

»—Tendría que haber visto usted la expresión de aquel perro. Le juro que miraba para otro lado, como si quisiera ignorar que su amo rebuscaba entre la basura, y estoy segura de que sentía vergüenza ajena. Tal vez sea por eso por lo que nunca he querido tener un perro… —y se rió, con una repentina alegría que le favorecía mucho. Schölscher se dio cuenta por primera vez de que podía ser hermosa—. Nunca me he atrevido a tener uno. Pero eso no quita para que los quiera de lejos. Soy una de esas personas que acarician los perros de los demás. Y si quiere saber realmente por qué acepté, se lo diré: para estar tranquila. En Túnez, los clientes no me dejaban en paz. ¿Sabe usted lo que es desnudarse en un cabaret? Yo pensaba realmente que el Chad era un lugar donde uno se podía refugiar en el seno de la naturaleza, entre los elefantes y todas esas apacibles manadas que recorrían la sabana. Y los pájaros. Vine por todo eso. Y no me ha decepcionado: me basta con abrir la ventana por la mañana.

»Tal explicación, dada por una muchacha de la que creo que decían, con bastante crueldad y de una forma totalmente injusta, que “cobraba diez mil del ala la noche”, le habría parecido más bien ridícula y ciertamente dudosa a cualquier otro hombre que no hubiera sido Schölscher. Cuando ella la repitió en la terraza del Chadien, no pudo evitar provocar algunas risas y algunos gestos de desengaño. Aquella explicación fue la alegría de Orsini, quien, más tarde, cuando ocurrió lo que todo el mundo en el Chad llamó “los acontecimientos”, sin que fuera necesario especificar más, la citaría como ejemplo de la enorme ingenuidad del comandante. Pero usted conoció a Schölscher: era un hombre que tenía sus propias opiniones y no se dejaba impresionar por el hecho de que se burlaran a sus espaldas. Cuando Minna le habló de su amor a la naturaleza y de su necesidad de calor y de amistad para explicar su llegada al Chad, la creyó de inmediato y, después de hacer algunas comprobaciones en Túnez y en Alemania, la dejó tranquila.

»Sin embargo, debo añadir que los únicos animales que ella podía ver desde la terraza del Chadien, donde a veces permanecía largo tiempo apoyada en la barandilla después de que se hubieran ido Habib y De Vries, eran algunos caimanes en los bancos de arena, unos cuantos pelícanos y el antílope domesticado del veterinario municipal, que por lo general venía a hacerle una visita al atardecer, antes de que llegaran los primeros clientes.

»Y así es como la vi una vez, de pie en el atardecer y con el hocico del animal en el hueco de su mano. Su rostro reflejaba una alegría tan infantil, que el coronel Babcock, que me acompañaba en aquel momento, observó: "Pensaba que estábamos a cien mil leguas de todo esto", no dijo de qué exactamente, pero estoy seguro de que usted lo comprende.

El rostro del jesuita permaneció impasible, y Saint-Denis, después de esperar un segundo, continuó su relato:

—De hecho, fue el propio coronel Babcock quien, un poco más tarde, cuando Minna ya se había convertido en una leyenda en el Chadien y su recuerdo en algo así como en una propiedad privada del lugar, se aproximó a la verdad en la medida en que se puede acercar un oficial y un caballero, lo que evidentemente supone ciertas limitaciones. Babcock había permanecido un buen rato en el bar, completamente solo, sin dirigir la palabra a nadie, y luego había dejado su copa y pagado la cuenta. Después de pedir al camarero que se quedara con la vuelta, le había dicho mirándole con severidad a los ojos, pero como sin verle:

»—En el fondo, era una muchacha que necesitaba afecto.

»Nadie hizo ningún comentario en contra: no era el único que estaba obsesionado en secreto con el asunto. Siento que la Compañía de Jesús no pueda interrogarle sobre "todo esto", por utilizar su expresión. Pero, por desgracia, ya no son suficientes un buen caballo y un padre decidido para llegar hasta él.

El jesuita pensó sonriendo que lo que el coronel tenía que decir al respecto no se había perdido, sino todo lo contrario.

—Como ve, somos unos cuantos los que nos hacemos su misma pregunta y los que revivimos continuamente esta aventura hasta en sus más mínimos detalles. A veces me parece que prosigue en alguna parte, alrededor de nosotros, en otra dimensión, y que sus héroes, afectados de

eternidad, están condenados para siempre a las mismas peripecias y a los mismos errores, hasta la hora en que sean liberados de este ciclo infernal por algún fraternal centelleo de nuestra simpatía. Me parece que nos hacen señales desesperadas, que intentan atraer nuestra atención por todos los medios, a veces con una curiosa falta de pudor, como si necesitaran obtener nuestra comprensión a cualquier precio. Estoy seguro de que usted los ve tan claramente como yo, y de que atormentan sus noches tanto como las mías; de lo contrario no estaría aquí.

Saint-Denis se calló y se volvió hacia su acompañante, como si esperara una respuesta, una confirmación. Con los brazos cruzados sobre el pecho, el jesuita mantenía levantada la cabeza. La luna erraba por las colinas, las estrellas se extendían hasta el final de los valles con su insistente y fácil lección de renuncia. A veces se oía pasar una manada. El padre Tassin cogió un cigarrillo y lo encendió. Se preguntó con cierto humor si encontraría por fin lo que había venido a buscar, o si tendría que conformarse con lo que ya sabía. Pensó que, a su edad, la paciencia dejaba de ser una virtud para convertirse en un lujo que él podía permitirse cada vez menos. Escuchó a Saint-Denis con atención, dispuesto a captar el menor indicio nuevo para él, pero al mismo tiempo examinó sus propios recuerdos, intentando entenderlos de una vez por todas y, ayudado por la paz casi contagiosa de las colinas y por la calurosa voz de Saint-Denis, trató de ver el asunto con todo el desapego y toda la serenidad convenientes en un sabio.

OceanofPDF.com

VI

Morel no tenía en absoluto el aspecto de un «arrogante»: así era como le habían apodado, por alusión a esos elefantes heridos y solitarios que terminan por volverse tan malvados y huraños que pueden llegar a atacar. Era más bien fuerte, robusto, con un rostro enérgico y un poco taciturno, y los cabellos castaños y rizados, que a veces se apartaba con un gesto impulsivo; todo lo que hacía lo hacía deprisa, con brusquedad, se notaba que no le gustaban las vacilaciones. Se le había visto muy poco en Fort-Lamy. Más tarde se descubrió, no obstante, que había vivido durante algún tiempo en el poblado indígena, pero nadie se había fijado en él. No es que quisiera pasar desapercibido, al contrario, había encontrado el modo de aburrir a casi todo el mundo con una historia complicada y ridícula relacionada con una petición al gobierno.

—Se trata de un asunto que nos interesa a todos —decía sacando de su cartera una hoja de papel. Después la desdoblaba con mucho cuidado y señalaba con el dedo el lugar en donde se suponía que la gente tenía que firmar. Parecía estar convencido de que nadie se negaría, aunque en la parte inferior del texto sólo hubiera una firma. En general, en cuanto la gente le oía pronunciar la palabra «petición», le daban la espalda, diciendo que no les interesaba la política—. Tranquilos, no se trata de política —exclamaba él irritado—. Se trata de una simple cuestión de humanidad.

—¡Por supuesto, por supuesto! —le respondían en tono burlón dándole una palmadita amistosa en el hombro y despidiéndole con ese mínimo respeto con el que, después de todo, había que tratar a un blanco en la colonia.

Él no insistía, cogía su viejo sombrero de fieltro rojizo y se iba silenciosamente, sin mirar a nadie, con el rostro impasible del que se siente completamente seguro de tener la última palabra. Los que aceptaban echar un vistazo a la «petición» —en lo que a Orsini se refería, se la conocía casi

de memoria, pues la había leído y releído con una sombría complacencia, alimentando su odio contra lo que, según él, más detestaba en este mundo, es decir, ese tipo de hombres que se creen que todo les está permitido, no decía el qué—, los que habían leído, pues, su petición, la habían comentado riéndose en el bar del Chadien, felices de tener un tema de conversación que no fuera el de la bajada de los precios del algodón o las últimas atrocidades de los Mau mau en Kenia. Minna, a quien invitaban a veces a sentarse a la mesa, escuchaba lo que decían sin dejar de vigilar a los *boys*, que iban y venían por la terraza con las bebidas, en el crepúsculo que hacía desaparecer rápidamente el mundo. Pronto sólo quedaba de África un cielo que parecía descender, acercarse a uno como para observarle mejor, para comprender de dónde procedía todo aquel ruido.

—Figúrense, he recibido la visita de una especie de chiflado que pretende hacerme firmar una petición para que se prohíba cazar elefantes en África…

Minna observaba un buitre que volaba lentamente sobre el río haciendo círculos. Todas las noches parecía bendecir así el cielo, como para permitirle hacer borrón y cuenta nueva. Un jinete lanzado al galope apareció durante un segundo entre las cañas de la otra orilla. Era el mayor norteamericano, que parecía intentar huir de algo inexorable, tal vez del mismo crepúsculo; hacía meses que pasaba todas las noches a la misma hora, como si se hallara indisolublemente unido a una aguja imantada y ésta le arrastrara irresistiblemente hacia ese cuadrante del que Minna conocía cada punto de referencia: algunos árboles, tres cabañas de un poblado de pescadores, algunas piraguas, una línea de horizonte enturbiada por las hierbas, la confluencia del Chari con el Logone, y más allá, al este, la palmera solitaria de Fort-Foureau, y de nuevo el cielo inmenso, como la ausencia de alguien.

—Y, por supuesto, la administración no sabe nada de ese extravagante…

Kotowski, el comisario de policía —Koto para sus subordinados—, un ex legionario que tenía la cara señalada con unas cicatrices de guerra parecidas a las marcas rituales de las tribus del sur, dijo que ese «extravagante» se llamaba Morel y que se encontraba en Fort-Lamy desde

hacía más de un año, pero que se pasaba la mayor parte del tiempo en el interior de la sabana. En su ficha de identificación, en el lugar reservado a la profesión, había escrito «dentista», pero parecía ser que su gran pasión eran los elefantes. Los hermanos Huette se lo habían encontrado un día en medio de una manada de cuatrocientos animales en la región este del Chad. A ellos también había venido a molestarles con su petición. Aparentemente se trataba de un amable e inofensivo maníaco. Entonces fue cuando se alzó en la penumbra el graznido de desprecio horriblemente atroz y agresivo de Orsini; y todos los que le conocían vieron aparecer, a pesar de la oscuridad, su rostro sarcástico e irritado, un rostro con el que parecía decir al mundo entero que a él, a Orsini d'Aquaviva —«Si quieren pueden llamarme simplemente Orsini —decía—, no me importa»—, nadie había conseguido nunca engañarle, que él siempre había visto claro el juego de ese tipo de personas, les había descubierto desde el primer momento, en suma, les había calado por lo que eran exactamente, muy poca cosa. Era un grito que tenía el extraño poder de reducir todo el horizonte humano a las dimensiones de una cabeza de alfiler. Para Minna, esa sarcástica risa triunfal parecía proclamar que lo único que se podía esperar de la vida era que ésta te autorizara después a lavarte los dientes y a aclararte la boca, que todo lo que los hombres hacían estaba destinado a acabar en alguna inmensa marranada. Nada más verlo, se había negado a tener nada que ver con él. Había rechazado sus galanteos de forma inmediata y categórica, con una especie de determinación vehemente, exasperada. Él sólo se refería a ella como la *bochesse*[5] pero en general, cuando alguien pronunciaba el nombre de Minna en su presencia, se callaba bruscamente, dejaba de participar en la conversación y miraba hacia otra parte con un gesto de indiferencia. Toda su actitud parecía sugerir que él sabía muchas cosas sobre ella, pero que no pensaba malgastar sus fuerzas: no era el momento. A veces conseguía que esa estratagema tuviera efecto sobre algún recién llegado y que éste le abrumara entonces a preguntas. Orsini se hacía de rogar un poco y después estallaba. ¿Acaso pensaban que él se había dejado engañar? El comisario Kotowski era muy libre de dejar que se la pegaran o de cerrar voluntariamente los ojos; en cuanto a él, hacía mucho tiempo que sabía a qué atenerse. ¿Cómo era posible que ellos, unas personas serias y

experimentadas, creyeran realmente que esa chica había llegado a Fort-Lamy por casualidad, simplemente porque ya no sabía adónde ir? ¿Creían realmente que una chica tan echada a perder —en cuanto a él, no era nada aficionado a las chicas tipo *bochesse*, pero había que reconocer que a ésa no le faltaba de nada—, que una chica así hubiera venido al A. E. F. sólo para trabajar como encargada en el bar del hotel Chadien y acostarse con ciertas personas (subrayaba «ciertas personas») tan cuidadosamente escogidas? Sólo Schölscher podía ser tan ingenuo, o quizá lo suyo fuera algo más grave que una simple ingenuidad. ¿Qué hacía ella en el Chad, según él? Orsini se encogía de hombros y se arrellanaba todavía más en su sillón. No quería hablar. Al menos por el momento. Eso competía a la Vigilancia General del Territorio. Personalmente todo aquello le era completamente indiferente. No tenía nada que ver con él. Lo cual no quería decir que, llegado el momento, no fuera a hablar, que no fuera a establecer ciertas responsabilidades. Pero por el momento diría simplemente esto: que durante toda su vida de cazador nunca había abandonado un solo rastro y siempre había seguido hasta el final. Eso era todo lo que estaba dispuesto a decir por el momento. Koto, a quien transmitían regularmente estos comentarios, los recibía con indiferencia, pero un día que se encontró con Orsini en el mercado, le dijo con su pronunciado acento eslavo:

—A propósito, amigo, tengo una noticia que le interesará. Creo que voy a hacer que expulsen a Minna. Tengo intención de decirle unas cuantas palabras al gobernador acerca de ella. Las esposas empiezan a quejarse. La cosa cada vez es más llamativa. Se lo comento porque he oído decir que usted se ha quejado también de esta situación, y con toda la razón. Por tanto, voy a rogarle que se vaya con sus encantos a otra parte.

Mientras tanto, seguía examinando, con el médico del hospital militar, las manos de las mujeres, que, con sus ropajes negros, ofrecían en cuclillas su mercancía de cacahuetes a todos los que pasaban. Sus cabellos, untados de aceite por coquetería, desprendían un olor violento y nauseabundo. Los dos hombres estaban examinándolas porque les habían dicho que una de ellas tenía la lepra y le habían aparecido llagas en las manos, y con todos esos cacahuetes pelados… Orsini se había puesto lívido, pero aun así intentó sonreír.

—Ah, ya veo que están tomando medidas enérgicas.

—A veces nos da por ahí —dijo el comisario—. ¿Ha comprado usted cacahuetes? He sabido que una de las vendedoras tiene la lepra.

—Me da igual —dijo Orsini—, la lepra no es contagiosa. ¿No sabe que vivo en este país desde hace veinte años?

—Sí, lo sé.

Koto cogió un puñado de cacahuetes y empezó a comérselos. Sabía que no encontrarían a la leprosa, bien porque se hubiera ido nada más llegar ellos, bien porque (era lo más probable) fuera una simple calumnia lanzada por los tenderos sirios, contrarios a los mercados callejeros. Orsini no dijo nada, pero a la mañana siguiente, cuando Koto llegó a su despacho, se lo encontró sentado en un sillón de la sala de espera.

—¿Puedo decirle dos palabras acerca de un asunto que no me concierne en absoluto?

—Adelante. Agradezco mucho los consejos, sobre todo viniendo de un anciano.

—Escuche, Koto, ¿por qué no deja a esa chica tranquila?

El comisario ni siquiera pestañeó. Lo comprendía muy bien. Una chica sola en el corazón de África, y además alemana, podía resistir algún tiempo, pero antes o después se vería obligada a someterse, sobre todo ante un amigo de quienes la habían contratado. Y la clase de rencor que ella inspiraba a Orsini sólo podía ser saciado de una manera.

—Ah, ya veo que usted forma parte de los felices elegidos —dijo.

—Hace mal en tratar este asunto tan a la ligera —continuó Orsini movido por un auténtico sentimiento de odio—. ¿Ha visto alguna vez a alguna hermosura como ella venir a trabajar como camarera en Lamy?

—He visto muchas cosas, entre ellas a usted, Orsini —dijo Koto.

—Esa chica viene de Berlín, ¿no es cierto? —añadió Orsini—. De hecho, tengo algunas informaciones al respecto. Cantaba en un cabaret en la zona rusa. Fue la amante de un oficial soviético. Si usted cree que los Mau mau han salido de la nada…

—Razón de más para desembarazarse de ella, ¿no?

—Permítame decirle que eso sería trabajar como un cerdo. Al contrario, hay que dejarla aquí, pero sometiéndola a una estrecha vigilancia. Impedir

que se mueva, acorralarla por todos los lados. Tarde o temprano, con la ayuda del clima, hará alguna tontería. Entonces podremos detener a todos sus cómplices.

—Ya entiendo su idea —respondió Koto gravemente.

—Puede contar conmigo para mantenerse al corriente. Tengo mis propias fuentes de información.

—Gracias.

Miraba a Orsini fijamente. Éste palideció y sus temblorosos labios esbozaron una sonrisa.

—¿Y cuál es su diagnóstico, Koto, ya que está a punto de hacer uno? —preguntó desafiante—. ¿Cree que nos encontramos ante una farsante?

El comisario no dijo nada y fingió interesarse por uno de los papeles que tenía sobre el escritorio. Orsini guardó silencio durante un momento; su respiración parecía llenar la habitación.

—Hace veinte años que vivo en África… solo. Por una vez que encuentro a alguien que me gusta…

El comisario seguía mirando el papel.

—¿No irá a expulsarla, verdad, Koto? ¡No me hará eso! Uno no puede pasarse toda la vida matando elefantes para satisfacer sus necesidades…

Cogió su panamá con parsimonia, esperó durante un momento una respuesta, y después sonrió y salió. Koto permaneció unos segundos con la cabeza baja y las mandíbulas contraídas, después extendió bruscamente la mano y llamó a su cabo, un sara de rostro redondo y sereno, compuesto tan sólo de buena salud, de arroz y de una ligera ensoñación en su mirada apacible. Permaneció en posición de firmes mientras Koto le miraba fijamente sin decir nada. No se extrañó, no hizo preguntas, simplemente se limitó a quedarse como estaba, con el dedo meñique en la costura del pantalón. La mirada de Koto se alimentó durante un momento de esa cara simpática, tranquilizadora y completamente sana, en perfecto acuerdo con la vida. Cuando se sintió mejor y pudo respirar a pleno pulmón, le dijo que se fuera.

OceanofPDF.com

VII

Fue, pues, la voz de Orsini la que se alzó en la penumbra (siempre retrasaban lo más posible el momento de encender las luces, con sus torbellinos de insectos) para lanzar un grito casi lírico a fuerza de ironía mordaz y de maliciosa indignación, un grito que parecía dotar a las tinieblas africanas de un nuevo tipo de ave nocturna, después de que el comisario hubiera calificado de «inofensivo» a ese Morel de mirada severa que había ido a visitarles uno a uno para pedirles que firmaran su petición. Instintivamente, todo el mundo se volvió hacia aquel rincón de la noche de donde se había elevado la voz. Orsini tenía realmente el don de esas exclamaciones fulgurantes, de esas interpelaciones quebradas que eran como llagas repentinamente abiertas en los costados del silencio. Esperaron. Del fondo de la oscuridad se alzó una voz temblorosa, casi un canto, cuyo timbre natural era el de la indignación, una indignación sin límites, que sobrepasaba cualquier objeto inmediato y en la que los hombres, los planetas, cada grano de polvo podían ser acogidos con toda la consideración que les era debida. ¿Inofensivo?, dijo. Él tenía su propia opinión al respecto y nadie podría hacerle cambiar de parecer. Por supuesto, para los puros todo es puro —esta última frase iba dedicada al comandante Schölscher— pero, en lo tocante a él, no fomentaría ninguna pretensión excesiva de pureza. Él había recibido la visita de Morel como todo el mundo y había leído su petición con gran interés. Después de todo, la caza del elefante le concernía un poco, pues tenía en su haber quinientas piezas cobradas y debidamente homologadas, eso sin contar con los rinocerontes, hipopótamos y leones, que en su modesta estimación debían de ser unos mil en total. Sí, él era un cazador y se enorgullecía de serlo, y continuaría cazando mientras le quedaran las fuerzas suficientes para seguir un rastro y para empuñar un arma de fuego. Así pues, había leído la petición, como es de suponer, con mucho cuidado. En ella se hablaba del número de elefantes que eran

cazados anualmente en África —treinta mil, por lo visto, el año anterior— y se compadecía profundamente de la suerte de esos animales, empujados cada vez más hacia los pantanos y condenados a desaparecer un día de una tierra donde el hombre se obstina en cazarlos. Y se decía, citó textualmente: «… que no es posible ver a los grandes rebaños de elefantes corriendo a través de los vastos espacios de África sin que uno no se jure a sí mismo intentarlo todo para perpetuar la presencia entre nosotros de esta maravilla de la naturaleza cuya visión hará sonreír siempre de alegría a cualquier hombre digno de ser considerado como tal». «¡Cualquier hombre digno de ser considerado como tal!», repitió Orsini, en un grito casi desesperado y lleno de un enorme rencor, y luego se calló, como para subrayar mejor la enormidad de semejante pretensión. En la petición se proclamaba también que «el tiempo del orgullo ha llegado a su fin», y que debemos volvernos con mucha más humildad y comprensión hacia las demás especies animales, «diferentes, pero no inferiores». «¡Diferentes, pero no inferiores!», volvió a repetir Orsini con una especie de exasperada complacencia. Y continuaba así: «El hombre ha llegado a un punto en que necesita realmente de toda la amistad que pueda encontrar, y en su soledad necesita a todos los elefantes, a todos los perros, a todas las aves…». Orsini dejó oír una extraña risa, una especie de risa irónica y triunfante, desprovista de toda alegría. «Ha llegado el momento de que nos tranquilicemos a nosotros mismos demostrando que somos capaces de preservar esa libertad gigante, torpe y magnífica que vive todavía a nuestro lado…». Orsini guardó silencio, pero se adivinaba su voz oculta en la oscuridad, dispuesta a lanzarse sobre la primera presa que se le presentara. Hubo algunas risas. Alguien observó que si ése era efectivamente el contenido de aquel documento digno de Homero, era evidente que su autor demostraba ser un hombre tolerante y original, pero que era difícil ver en qué podía ser peligroso. Orsini hizo caso omiso de esta observación, excluyendo sencillamente al que le había interrumpido de la categoría de los mortales que tenían derecho a que él les prestara atención. Ése es, pues, el hombre, continuó, que desde hace meses recorre la sabana, que entra en los poblados más alejados y que, habiendo aprendido varios dialectos en la época en que vagabundeaba entre los indígenas, se entrega a un tenaz y

peligroso trabajo de zapa contra la reputación de los blancos. Porque no había que ser demasiado perspicaz, ni tampoco ser un funcionario pagado para velar por la seguridad del territorio —Schölscher sonrió en la oscuridad—, para comprender que ése era el objetivo de dicha petición, que seguramente en esos momentos ya estaba circulando de poblado en poblado comentada probablemente por su autor en unos términos todavía más claros que los del mismo documento. A las tribus africanas les estábamos presentando la civilización occidental como un inmenso fracaso del que debían escapar a cualquier precio. Ésa era la imagen que les ofrecíamos de Occidente. Faltaba poco para que les suplicáramos que volvieran a la antropofagia, considerada como un mal menor en comparación con la ciencia moderna y sus armas de destrucción, para que les invitáramos a adorar sus ídolos de piedra, de los que precisamente las personas como Morel atestaban los museos de todo el mundo. ¡Conque se trataba de los elefantes! Los que habían querido ver en los Mau mau de Kenia una revuelta espontánea sin ninguna organización preliminar, eran muy libres de seguir cerrando los ojos. En cuanto a él, Orsini d'Aquaviva, no proponía nada, no sugería nada, simplemente se negaba a dejarse engañar. Volvía a repetir que a él no le pagaban por velar por la seguridad del territorio. La petición de Morel continuaba su camino tranquilamente a través del Chad, adornándose con todo tipo de firmas que él, por decirlo de alguna manera, había adivinado por adelantado… Habló un poco más despacio, con una voz menos irritada y más burlona, y los pliegues de su boca compusieron una especie de sonrisa. Sí, cuando Morel le había presentado la hoja, había visto en la parte inferior del texto dos nombres de blancos, naturalmente era lo primero que él había mirado. Uno de ellos era el del mayor Forsythe, el paria norteamericano expulsado del ejército de su país por haber reconocido con complacencia, una vez en cautividad, que durante la guerra de Corea había bombardeado las poblaciones con moscas infectadas de cólera y de peste. Por otra parte uno podía preguntarse por qué las autoridades del Chad habían creído conveniente dar hospitalidad a un traidor del que su propio país no quería saber nada. En cuanto al otro nombre, dejaba a sus interlocutores que lo adivinaran… Se calló. Y en el fondo del silencio equívoco que acababa de establecerse, le notamos de pronto discreto, como

un auténtico caballero: como suele decirse, él no hacía ese tipo de cosas… Se oyó entonces la voz de Minna decir tranquilamente:

—El otro nombre es el mío. Yo también he firmado.

OceanofPDF.com

VIII

Morel había aparecido en el Chadien un atardecer, mientras ella elegía los discos para la velada detrás de la barra del bar. Había llegado de pronto a la pista de baile vacía y se había detenido con los puños cerrados, mirando a su alrededor como si buscara a alguien a quien tuviera que ajustarle las cuentas. Su actitud era amenazadora, pero al mismo tiempo parecía sentirse un poco desorientado en la terraza desierta, donde el mismo cielo parecía esperar al primer cliente. Ella le había sonreído; en primer lugar porque estaba allí para eso y, en segundo lugar, porque era la primera vez que lo veía y porque, en principio, su opinión con respecto a las personas a las que no conocía era siempre favorable. No, él no le había presentado su famosa petición, al menos no enseguida. Al verlo venir hacia ella, se había dado cuenta de que su camisa estaba desgarrada, su rostro cubierto de equimosis y de que sus cabellos rizados y desordenados se le pegaban a las sienes y a su frente obstinada, recta, surcada por tres profundas arrugas. Parecía acabar de salir de una pelea y de querer buscar otra. Llevaba bajo el brazo una vieja cartera de cuero.

—Quisiera hablar con Habib.

—No está aquí.

Pareció contrariado y volvió a mirar a su alrededor como para asegurarse de que ella no mentía.

—El señor Habib está en Maidaguri. No volverá hasta mañana por la noche. ¿Puedo ayudarle en algo?…

—¿Es usted alemana?

—Sí.

Su rostro se iluminó un poco. Apoyó la cartera en la barra.

—Somos casi compatriotas. Yo también soy un poco alemán, por aclimatación, si se puede llamar así. Fui deportado allí durante la guerra y

estuve dos años en varios campos de concentración. Estuve a punto de quedarme realmente. Me encariñé mucho con ese país.

Ella se había inclinado sobre sus discos, confusa y a la defensiva. Y sin embargo, en Fort-Lamy eran bastante amables con ella, lo único esa repentina atención un poco irónica en las miradas cuando alguien mencionaba su nacionalidad. De pronto sintió la mano del hombre en la suya.

—¡Ya está! Ya he vuelto a decir algo que no debía. A fuerza de vivir solo, he perdido la costumbre de hablar con la gente. Aunque, por otra parte, tampoco me pierdo mucho.

—¿Es usted propietario de alguna plantación?

—No, me ocupo de los elefantes.

—Entonces conocerá al señor Haas. Trabaja para los zoos y para los circos. Está especializado en la captura de elefantes. En Hamburgo, todos los animales del zoo de Hagenbeck los suministraba él.

—Conozco al señor Haas —dijo él lentamente; su rostro se había vuelto a oscurecer—. Cómo no lo voy a conocer. Hace tiempo que le tengo fichado… Un día u otro lo colgarán. No, señorita, yo no capturo elefantes. Me contento con vivir entre ellos. Paso meses enteros siguiéndolos, estudiándolos, admirándolos, para ser más exacto. Si quiere que le diga la verdad, daría cualquier cosa por convertirme en elefante. Con eso quiero decirle que no tengo nada en contra de los alemanes en particular, contrariamente a lo que usted acaba de creer… Es algo más general. Póngame un ron.

Ella no sabía si él bromeaba o hablaba en serio. Tal vez ni siquiera él mismo lo supiera. Pero ella sentía que detrás de esas frases desconcertantes, se ocultaba alguien amable y un poco extraño. La bondad vuelve a la gente extraña, le explicaría más tarde a Saint-Denis, es algo inevitable.

—Puesto que Habib no está aquí, ¿podría dejar una cosa para él?

—Por supuesto.

—Necesitaré que me eche una mano.

Ella le siguió fuera, preguntándose qué podría ser lo que tenía para Habib. Delante del arco de triunfo que adornaba la entrada del Chadien, reconoció el coche de De Vries. Morel abrió la puerta trasera. El deportista

estaba derrumbado en el asiento con el rostro tumefacto, uno de los brazos en cabestrillo y la cabeza vendada. Parecía incapaz de moverse. Les dirigió una mirada de dolor y de odio.

—Le he sorprendido al este del lago matando a su cuarto elefante del día. He disparado a este canalla a una distancia de cuarenta metros, pero como había corrido demasiado y me temblaban las manos he fallado.

Parecía querer disculparse.

—Entonces me he justificado ante él a base de culatazos. Haga el favor de decir a Habib de mi parte que si vuelvo a sorprender a este canalla merodeando alrededor de una manada, haré tal picadillo con él que ni los mismos elefantes lo harían mejor. Eso es todo. Hasta la vista.

—Espere.

Él se volvió.

—No ha pagado su ron.

—¿Cuánto es?

—Ni siquiera se lo ha bebido… Acábeselo al menos… Vamos, venga conmigo.

Él la siguió hasta el bar. Ella dio algunas órdenes a los *boys* y éstos se ocuparon de De Vries. Después los dos permanecieron en silencio. Apoyada en la pared con los brazos cruzados, ella le miraba gravemente. Él permanecía con la cabeza baja, girando y volviendo a girar su vaso sobre la barra. Ella esperaba, tranquila, con un aplomo extraordinario, y él luchó un momento contra esa llamada muda. Después, volvió los ojos hacia el río, hacia la otra orilla; allí, como en todo el paisaje africano, había un paraje inmenso que conquistar, un paraje ilimitado y como misteriosamente abandonado por alguna presencia imponente. Aquel espacio vacío y desolado parecía reclamar la presencia de algún animal prehistórico hoy desaparecido. Sonrió y empezó a hablarle suave, amablemente, un poco como se habla a los elefantes. No le dijo quién era ni de dónde venía, pero le habló de los elefantes, como si fuera la única cosa que mereciera la pena. Eran matados a millares todos los años en África, dijo, el año pasado mataron a treinta mil, y él había decidido hacer lo que fuera para impedir que esos crímenes continuaran. Por eso había venido al Chad, para iniciar una campaña en defensa de los elefantes. Todos los que habían visto a esos

animales magníficos desplazándose a través de los últimos grandes espacios libres del mundo sabían que allí había una dimensión vital que era necesario salvaguardar. La conferencia para la protección de la fauna africana se reuniría muy pronto en el Congo y él estaba dispuesto a remover cielo y tierra para obtener las medidas necesarias. Sabía que las manadas no sólo se hallaban amenazadas por los cazadores, también estaba el desmonte, el aumento de las tierras cultivadas, ¡el progreso, vaya! Pero la caza era lo más innoble de todo y por ahí es por donde había que empezar. ¿Sabía ella, por ejemplo, que un elefante caído en una trampa agonizaba a menudo, empalado por las patas, durante días y días? ¿Que la caza con fuego era todavía practicada por los indígenas a gran escala y que él había encontrado las osamentas de seis crías de elefante víctimas de un fuego del que los animales adultos habían podido escapar gracias a su tamaño y a su rapidez? ¿Sabía que manadas enteras de elefantes escapaban algunas veces de la maleza incendiada quemados hasta el vientre y que sufrían durante semanas y semanas? Él había oído durante noches enteras los gritos de esos animales heridos. ¿Sabía que el contrabando de marfil era practicado a gran escala por los mercaderes árabes y asiáticos que animaban a las tribus a la caza furtiva? Miles de toneladas de marfil vendidos cada año en Hong Kong… Treinta mil elefantes al año ¿podía uno reflexionar por un momento en lo que eso suponía sin que le entraran ganas de coger un fusil para ponerse del lado de los supervivientes? ¿Sabía que un hombre como Haas, que suministraba animales a la mayoría de los zoos, veía morir ante sus ojos al menos a la mitad de los elefantes que capturaba? Los indígenas al menos tenían la justificación de que su régimen alimenticio carecía de las suficientes proteínas. Mataban a los elefantes para comérselos. La preservación de los elefantes exigía, pues, en primer lugar, la mejora del nivel de vida en África, condición previa de cualquier campaña seria para la protección de la naturaleza. Pero ¿qué justificación tenían los blancos? ¿Qué justificación tenía la caza «deportiva», la «belleza» del tiro de fusil? Había elevado el tono de su voz y su suave mirada oscura había adquirido una expresión de sufrimiento más explícita que cualquier palabra. Porque ella había comprendido enseguida, desde la primera inflexión y sin la menor vacilación, que se trataba de nuevo de un caso de soledad. Más tarde,

afirmaría ante los jueces con gravedad, casi con solemnidad, mirándoles directamente a los ojos, como para alejar cualquier tipo de duda a este respecto: para ella eso era algo evidente, y sabía lo que se decía. Era un hombre que había sufrido mucho y se sentía muy solo. Ella lo había comprendido enseguida, porque no había ninguna diferencia entre la necesidad que le había empujado a él a irse a vivir entre los elefantes y la que a ella le atenazaba cuando se asomaba desde la terraza del Chadien a la orilla desierta y a los bancos de arena, donde millares de aves zancudas blancas se mantenían inmóviles, y donde cada arbusto retorcido, cada pájaro, acababa pareciendo una mueca de la ausencia, una caricatura del que no estaba allí. La única ternura, la única señal de afecto que encontraba a su alrededor era el cálido hocico del antílope domesticado en la palma de su mano. Por otra parte era divertido ver en qué podía convertirse esa necesidad que ella conocía tan bien cuando empezaba a aumentar: una podría meter a todos los elefantes de África en ese vacío sin llegar a colmarlo. Apoyada en la pared, no se movía tratando de no interrumpir, de no sonreír tampoco ante la idea de que tal vez ningún hombre hubiera hablado nunca a una mujer acerca de los elefantes de esa forma. También pensaba que él había ido a dar con la persona adecuada, pues sólo una chica sobre la que los hombres se habían lanzado sin siquiera aflojarse el cinto podía comprender sin asombrarse todas las formas extrañas y a veces un poco cómicas que puede adoptar la necesidad de amistad y de protección. Ni una sola vez le habló él de otra cosa que no fuera de los elefantes africanos, pero ella diría más tarde a Saint-Denis, a lo largo de esa noche en la que casi había abordado una explicación, que jamás ningún hombre le había mostrado tanto de sí mismo. «Quise ayudarle, eso es todo», había concluido ella, encogiéndose ligeramente de hombros, y a Saint-Denis le impresionó el contraste entre lo que ella evidentemente había sentido y la pobreza de las palabras que utilizaba para expresarlo. Él la había interrogado entonces durante un buen rato, casi con agresividad, pero ella no fue más allá en sus explicaciones. «Me daba cuenta de que estaba al límite de sus fuerzas, de que tenía necesidad de alguien». Ella inhaló el humo de su cigarrillo y dirigió a Saint-Denis una de esas largas e insistentes miradas con las que solía acompañar algunas de sus frases, como para

prolongarlas, como para sugerir que tenían un sentido oculto, dejándote a ti la tarea de descubrirlo. «Yo sé lo que es eso, vaya…», dijo ella después. Saint-Denis tuvo de pronto la sensación de que esas palabras tan desgastadas por el uso, ese tono arrastrado, ese cigarrillo en la comisura de sus labios pintados y esas piernas desnudas, cruzadas bajo una bata demasiado corta, no eran más que una forma de protegerse, de ocultarse, un comportamiento completamente terrenal, una protesta contra algún cruel abandono: «Sí, yo sé lo que es eso. Y estoy segura de que usted también lo sabe, señor Saint-Denis, pues he oído decir que usted vive solo en la sabana desde hace treinta años. Más pronto o más tarde, uno no puede más, señor Saint-Denis, y entonces unos recurren a los elefantes, otros a un perro, o a las estrellas y las colinas, como usted; con eso nos basta. Pero yo veía que él no podía más». El jesuita suspiró, y Saint-Denis, que había citado las palabras de Minna con cierta amargura, se sumó inmediatamente a ese suspiro.

—Sé lo que está pensando, padre. El hecho de que ese hombre se hubiera vuelto hacia los animales demuestra la indigencia en la que hemos caído. Probablemente usted le hubiera aconsejado que buscara algo más grande que nuestros benditos paquidermos. Tal vez en el fondo sólo fuera un hombre sin ninguna audacia o simplemente alguien mediocre y carente de imaginación. Estoy completamente de acuerdo con usted en ese punto.

El jesuita alzó las cejas, algo asombrado ante tal interpretación de un inocente fenómeno respiratorio.

—A nuestro lado hay un gran espacio que conquistar, pero todos los rebaños de África no bastarían para ocuparlo. El alma humana, padre, es algo muy distinto al continente africano, que indiscutiblemente es muy vasto, pero al fin y al cabo limitado al estar confinado entre mares y océanos.

El padre Tassin bajó un poco los ojos. Siempre que alguien le hablaba del alma humana con tanta seguridad se sentía molesto. «Quise ayudarle, eso es todo…». Comprendía mucho mejor esta explicación de Minna.

Estaba anocheciendo rápidamente, en un asombroso silencio que parecía escoger siempre ese momento para venir a posarse sobre el río y las cañas, entre las últimas aves todavía despiertas. Morel siguió hablando, con

esa voz sorda, amenazadora, llena de una pasión contenida. Después se interrumpió y alzó los ojos.

—Pero le estoy molestando con mis historias.

—Usted no me molesta, al contrario.

—Debo decirle también que, mientras estaba prisionero, contraje una deuda con los elefantes que trato de pagar. Fue a un compañero mío a quien se le ocurrió la idea. Después de estar algunos días en una celda de castigo —un metro diez por un metro cincuenta—, y sintiendo que estaba a punto de ahogarse entre aquellas cuatro paredes, empezó a pensar en las manadas de elefantes en libertad. Y todas las mañanas los alemanes le encontraban en plena forma, riéndose: se había vuelto inquebrantable. Cuando salió de la celda, nos contó su truco, y cada vez que no podíamos más en nuestra celda, nos imaginábamos a esos gigantes corriendo irresistiblemente a través de los grandes espacios abiertos de África. Exigía un considerable esfuerzo de imaginación, pero ese esfuerzo nos mantenía vivos. Cuando nos dejaban solos, medio muertos, apretábamos los dientes, sonreíamos y, con los ojos cerrados, seguíamos viendo a nuestros elefantes llevárselo todo por delante y sin que nada ni nadie pudiera detenerlos; casi oíamos la tierra temblando bajo las pisadas de esa prodigiosa libertad y el viento de alta mar nos llenaba los pulmones. Naturalmente, las autoridades del campo acabaron inquietándose: la moral de nuestro barracón era especialmente alta y moríamos menos. Nos apretaron las clavijas. Me acuerdo de un compañero, un tal Fluche, un parisino, que era mi vecino de cama. Por la noche era incapaz de moverse —su pulso había bajado a treinta y cinco—, pero de vez en cuando nuestras miradas se cruzaban; yo distinguía en el fondo de sus ojos una chispa de alegría apenas perceptible y sabía que los elefantes estaban todavía allí, que él seguía viéndolos en el horizonte… Los guardias se preguntaban qué demonios nos pasaba. Y después, entre nosotros hubo uno que se fue de la lengua. Puede imaginarse lo que eso supuso. La idea de que en nosotros siguiera habiendo algo a lo que ellos no podían llegar, una ficción, un mito que no podían arrebatarnos y que nos ayudaba a resistir, los sacaba de sus casillas. ¡Y entonces empezaron a redoblar sus atenciones para con nosotros! Una noche, Fluche llegó arrastrándose al barracón y tuve que ayudarle a alcanzar su rincón. Se quedó tumbado durante un momento,

con los ojos completamente abiertos, como si tratara de ver algo, y luego me dijo que ya no había nada que hacer, que ya no los veía, que ni siquiera creía que existieran. Hicimos todo lo que pudimos para ayudarle a resistir. Tenía que haber visto a la pandilla de esqueletos que éramos rodeándolo con frenesí, blandiendo el dedo hacia un horizonte imaginario, describiendo a esos gigantes a los que ninguna opresión, ninguna ideología, podrían expulsar de la Tierra. Pero Fluche ya no conseguía creer en las maravillas de la naturaleza. Ni siquiera conseguía imaginar que tal libertad existiera en el mundo: que los hombres, al menos en África, fueran todavía capaces de tratar a la naturaleza con respeto. Sin embargo, hizo un esfuerzo. Volvió hacia mí su sucia cara y me guiñó un ojo. «Todavía me queda uno —murmuró—. Lo he escondido muy bien, muy al fondo, pero ya no podré ocuparme de él… Ya no me quedan… Llévatelo con los tuyos». El pobre Fluche hacía un terrible esfuerzo para hablar, pero la chispa continuaba allí, dentro de sus ojos. «Llévatelo con los tuyos… Se llama Rodolfo. Es el ridículo nombre con el que yo le llamo… No quiero… Encárgate de él». Pero me miró de una forma… «Vamos, anímate —le dije—, me quedaré con tu Rodolfo, pero cuando te pongas bien te lo devolveré». Pero yo tenía su mano en la mía y supe de inmediato que Rodolfo se quedaría conmigo para siempre. Desde entonces, lo llevo conmigo a todas partes. Ya lo ve, señorita, por eso estoy en África, eso es lo que yo defiendo. Y cuando un canalla mata un elefante en alguna parte, me entran tantas ganas de meterle una bala en sus partes que no puedo pegar ojo por las noches. Ésa es la razón por la que también trato de obtener de las autoridades una medida muy modesta…

Abrió su cartera, sacó de ella una hoja de papel y la desplegó cuidadosamente sobre la barra.

—Aquí tengo una petición que exige la abolición de la caza del elefante bajo todas sus formas, empezando por la más innoble, la caza deportiva, la caza por mero placer, como dicen. Éste es el primer paso, no creo que sea demasiado pedir. Me sentiría feliz si usted pudiera firmar aquí…

Y ella había firmado.

OceanofPDF.com

IX

Y así, de forma gradual, dieron el uno hacia el otro los primeros pasos de una aventura que, con el paso de los años, se convertiría en una leyenda en el Chad. «Yo los conocí muy bien» era una frase que nunca dejaba de asegurar un momento de atención a quien la sabía pronunciar con la pizca de indolencia necesaria para despertar la curiosidad. En las horas de más sed, esta frase fue bastante utilizada por aquellos que pensaban que, al fin y al cabo, sus plantaciones de algodón apenas habían tenido nada que envidiar a las del valle del Nilo, por aquellos para quienes las minas de oro se habían convertido en un tema tabú y, por último, por aquellos que consideraban que la gran red de carreteras panafricana sólo se hallaba señalada, en definitiva, por la carcasa herrumbrosa de algún que otro camión en medio de un curso de agua.

Pero la verdad era que Morel no tenía amigos, que se pasaba la mayor parte del tiempo en la sabana y que nadie había prestado atención a sus idas y venidas a Fort-Lamy con su ridícula petición que todo el mundo rechazaba con un gesto de indiferencia; nadie excepto Orsini. Porque si hubo un hombre a quien los acontecimientos dieron la razón, un hombre que «no pertenecía a la categoría de los ingenuos», fue Orsini, el experimentado cazador que sabía presentir al enemigo a su alrededor, como si sólo viviera para eso. ¿No había clamado él desde un principio que ese hombre era peligroso, que semejante asunto podía arruinar al país? ¿No había lanzado en vano su grito de advertencia, ese grito extraño, desesperado e irónico, que parecía pertenecer desde siempre a la fauna nocturna del Chad, misterioso eco de una aspiración que le era ciertamente ajena? ¿No había desconfiado él de la *bochesse*? ¿No había reconocido también en ella una pieza importante del complot? Sí, Orsini vivió horas triunfales, pero fueron bastante breves y, si forma parte de la leyenda, no es ciertamente de la forma que él hubiera deseado. Cometió el grave error de

identificarse demasiado con el asunto. Se quemó en la llama demasiado viva que tanto le atraía. Él fue el primero en olfatear la presa y en tocar el cuerno, lanzándose en su persecución con la pasión de quien se siente desafiado por cualquier manifestación de una exigencia demasiado noble hacia los hombres, como si la humanidad se alzara a diez mil metros por encima del nivel en el que él estaba. Estaba decidido a defender sus medidas, sus dimensiones. Aparte de Orsini, el único que prestó a Morel alguna atención fue el padre Fargue, que se ocupaba en general de los leprosos. Ex capellán de aviación de la Francia libre, era un franciscano que tenía un tono de voz muy violento, una bondad colérica y fácil el puñetazo sobre la mesa. Él, que en la larga marcha de Leclerc desde el Chad hasta los Alpes bávaros había visto caer a sus mejores camaradas, no soportaba la duda atea, simplemente porque ésta le habría privado en el más allá de la compañía de los que habían luchado con él, a quienes permanecía profundamente fiel. Con su barba pelirroja, su nuca de toro y su lenguaje, cuya ingenuidad tenía algo de blasfema, poseía el aspecto de un monje libertino: «No es culpa mía —decía—, es el armazón», pero llevaba una vida ejemplar en el interior de la sabana, al noroeste de Fort-Archambault. Era conocido por sus meteduras de pata, la más famosa de las cuales figurará para siempre en el folklore de la colonia. Esa metedura de pata había pasado a formar parte de la historia en Bangui, a bordo del vapor que, a través del río Congo, llegaba hasta Brazzaville, y su enormidad se había debido precisamente al esfuerzo desesperado y grandioso que el padre Fargue había hecho para intentar no meter la pata. Había adoptado del argot de la escuadrilla la palabra «cornudo»; para él, los hombres se dividían en «buenos cornudos» y «malos cornudos». «Buenos días, cornudo» era su delicada forma de saludarte. Dio la casualidad de que en el momento en que apareció Fargue en el puente del vapor, la compañía habitual ya estaba formada. En ella se encontraba un tal Ouard, cuya reputación se hallaba firmemente asentada en el país gracias a su joven mujer, que le engañaba abiertamente y sin hacer demasiados distingos. Fargue se había acercado al grupo y había empezado a estrecharles las manos uno a uno, con su saludo habitual. «Buenos días, cornudo», decía pasando del uno al otro. «Buenos días, cornudo, buenos días, cornudo, buenos días, cornudo, buenos días…».

De pronto se dio cuenta de que tenía en su manaza los dedos del desgraciado Ouard y, queriendo dar prueba de su gran capacidad de reacción, gritó: «¡Buenos días, señor Ouard!», encantado de poder por fin demostrar que él tenía mucho tacto, y, pasando a los siguientes, continuó: «Buenos días, cornudo, buenos días, cornudo», así hasta el último. Ése era el padre Fargue, el misionero preferido de los leprosos y de los aquejados de la enfermedad del sueño. Había vivido demasiado tiempo en el fondo de la sabana, en pleno corazón del sufrimiento negro, para manifestar otra cosa que no fuera impaciencia cuando un hombre se presentó ante él, en la misión de Fort-Lamy donde había ido a vociferar porque los medicamentos le llegaban con seis semanas de retraso (alegaban que allí no había carreteras), y le puso delante de las narices una petición ridícula que hablaba de la defensa de los elefantes.

—Métase sus elefantes donde le quepan —había vociferado el reverendo padre con una amplitud de visión innegable—. En el continente hay un montón de gente que tiene la enfermedad del sueño y un montón de leprosos. Por no hablar del plan —aquí la gente folla en lugar de comer, folla tanto que los niños se mueren como nacen, es decir, como moscas— y del tracoma, ¿ha oído hablar de él? ¿Y de la espiroquetosis y de la filariasis? ¿Y ahora viene usted a jorobarme con unos elefantes?

El hombre, que parecía salir directamente de la sabana, desaliñado, con sus polainas, su camisa sucia, sus mejillas sin afeitar desde hacía varios días, le miró sombríamente. Incluso el padre Fargue, que no se caracterizaba precisamente por su sensibilidad, se quedó impresionado ante aquella mirada vehemente, casi violenta, donde, sin embargo, se ocultaba, inesperada, una chispa de ironía. Se ajustó las gafas en su nariz y volvió a repetir por principio, pero sin demasiada convicción:

—¿Y ahora viene usted a jorobarme con unos elefantes?

Morel tardó en contestar. Apretó los puños, se sacó del bolsillo una petaca de tabaco y permaneció un momento en silencio, con las piernas separadas, liándose un cigarrillo, probablemente para calmar la rabia de sus manos. Por fin alzó los ojos:

—Escúchame bien, cura —dijo—. De acuerdo, tú eres un cura, un misionero, y estás metido hasta el cuello en todo esto. Quiero decir que ves

todo tipo de sufrimientos y de fealdades a lo largo de la jornada. De acuerdo. Ves todo tipo de canalladas, la miseria humana, vaya. Y después de haber visto todo eso, después de haber limpiado el trasero de la humanidad, ¿no te entran ganas de alzar los ojos? ¿No te entran ganas de subir a una colina y mirar otra cosa? ¿Algo bello, por una vez, y libre, una compañía completamente diferente?

—¡Cuando me entran ganas de alzar los ojos y necesito otra compañía —vociferó el padre Fargue dando un puñetazo en la mesa—, yo no miro a los elefantes!

—Tranquilo, tranquilo, no te pongas así. Tú necesitas como todo el mundo mirar de vez en cuando a tu alrededor para demostrarte que todavía no lo hemos ensuciado, exterminado y estropeado todo. Tú necesitas como todo el mundo tranquilizarte, decirte que todavía queda algo hermoso y libre en esta sucia tierra, aunque sólo sea para seguir creyendo en tu Dios. Así que firma aquí. No merece la pena que le des más vueltas; no temas, no estás firmando ningún pacto con el diablo. Sólo es para que no maten a más elefantes. Cada año matan a treinta mil.

Sonrió bruscamente, con malicia.

—Y recuerda esto, cura, ellos no son responsables de todas nuestras porquerías. Ellos no son culpables, cura, no son culpables.

—¿Quiénes? —vociferó Fargue.

—Los elefantes, cura, ¿quiénes si no?

Fargue se quedó boquiabierto.

—Por todos los…

Se detuvo a tiempo. Después dijo: «Siéntate».

—El tipo se sentó y nos quedamos mirándonos durante un momento —le contaba más tarde Fargue al padre Tassin, que había ido a visitarle, sorprendiendo e inquietando al buen franciscano por el gran interés que pareció mostrar en el asunto, pues era la primera vez que le veía interesarse por algo que no fuera un fósil de al menos cien mil años—. Compréndalo, ese canalla me estaba hiriendo a traición con sus elefantes «que no eran culpables». Lo que ese cornudo me estaba insinuando es que los culpables eran los hombres, ¿y qué podía responderle a eso yo, un cura? ¿Que no era verdad? ¿Y el pecado original y todo lo demás? En fin, usted sabe de eso

más que yo. Me estaba hiriendo a traición, me estaba tocando en lo más sagrado, mi religión. Yo, usted me conoce, soy un hombre de acción; deme unas buenas viruelas o una biliosa y me sentiré cómodo. Pero la teoría… Que quede esto entre usted y yo. La fe, Dios y todo eso lo siento en el vientre, en las tripas, pero no en el cerebro. Yo no soy nada cerebral. Entonces intenté invitarle a un anisado, pero él lo rechazó.

El rostro del jesuita se iluminó por un momento y las arrugas parecieron borrarse en la juventud de su sonrisa. Fargue se acordó de pronto de que Tassin no era demasiado bien visto por su orden, que le había impedido publicar en varias ocasiones sus trabajos; se murmuraba incluso que su estancia en África no era en absoluto voluntaria. Había oído decir que, en sus escritos, presentaba la salvación como una simple mutación biológica, y a la humanidad, tal y como la conocemos todavía, como una especie arcaica llamada a reunirse en las tinieblas de la evolución con otras especies desaparecidas. Se ensombreció: eso sonaba a herejía.

—Yo le repetí que si necesitaba olvidar a los hombres, que se volviera hacia algo totalmente diferente y verdaderamente grande, que se equivocaba conformándose con los elefantes. Que haría mejor en defender a un animal que estaba mucho más en peligro de extinción en el corazón de los hombres, ¡es decir, Dios!

Fargue dijo esto con tal inocencia y tal sencillez que la palabra «animal» no sonó en absoluto como una blasfemia, sino como un término un poco rudo e ingenuo que expresaba un grande y profundo cariño filial.

—Me dejó vociferar y después esbozó algo parecido a una sonrisa. «Tal vez sea así, pero, dime, ¿qué te impide firmar? Nadie te está pidiendo tu alma, sino sólo una firma. Lo único que quiero es que dejen de matar elefantes. No es nada malo. Así que ¿para qué darle más vueltas?».

»Debo confesarle que en ese momento ya me había convencido. Tenía razón, ¿qué era lo que me impedía firmar? Me quedé estupefacto. Abrí la boca, pero no supe qué decir. Y como él seguía poniéndome su papelajo delante de las narices, acabé enfureciéndome y echándole con cajas destempladas, a él y a sus elefantes. Pero ese asunto siguió atormentándome. ¿Por qué no había firmado? No tenía ninguna importancia, no tenía nada que ver con la política, el obispo no hubiera

podido decirme nada… No pude pegar ojo hasta muy avanzada la noche, buscando la razón, y al final creo que di con ella.

Fargue dirigió al jesuita una mirada maliciosa, como para decirle: «Ya ve, amigo mío, no soy tan estúpido como pretenden».

—Lo que ocurría es que, por la forma en que ese cornudo te presentaba las cosas, era como si estuviera escupiendo a una especie por la que nuestro Señor había muerto. Uno no tenía la impresión de firmar a favor de los elefantes, sino en contra de los hombres. No sé por qué, pero uno tenía la impresión de que si firmaba, cometería una traición, de que se convertiría en un renegado. ¡Canastos! En cualquier caso yo no iba a ceder a sus exigencias. En pocas palabras, uno tiene su dignidad… No sé si se da cuenta de lo que quiero decir.

El jesuita se daba perfecta cuenta.

—Pensé en todos mis amigos de la escuadrilla que habían dado su vida por algo limpio, y me pareció que ese hombre se pasaba de la raya con sus elefantes. Era lo único que le importaba. Y además, no me gusta la gente desesperada.

A Fargue se le congestionó el rostro y dio un puñetazo en la mesa.

—Cada vez que veo a un desesperado, me entran ganas de darle una patada en el culo. Son todos unos cerdos.

El padre Tassin le interrumpió suavemente.

—Me gustaría mucho conocer a ese joven —dijo.

—No se preocupe, lo conocerá —masculló Fargue—. Debe de seguir vagabundeando por Fort-Lamy y seguramente vendrá a ponerle su petición delante de las narices un día de éstos.

OceanofPDF.com

X

Pero Morel ya no vagabundeaba por Fort-Lamy. En cuanto a su petición, la había roto, conservando tan sólo un trozo de papel en el que figuraba una firma escrita con una caligrafía femenina que él miraba a menudo. Minna seguía ocupándose del bar; el sol continuaba haciendo su recorrido sobre la esfera blanca del cielo africano, siguiendo siempre los mismos puntos de referencia: las cabañas de los pescadores a las diez de la mañana, una pared rocosa de color pardo sobre el Chari a mediodía, la palmera solitaria de Fort-Foureau a las cuatro de la tarde, y después, hacia las cinco y media, el mayor norteamericano, que pasaba a caballo a galope tendido por la otra orilla y desaparecía por el mismo lado que el sol, al que parecía perseguir con frenesí, con su cabello pelirrojo brillando en medio de los últimos rayos, que lo asían como un puño. Minna veía a veces en el mercado o en el poblado indígena a aquel gigante turbulento e hirsuto con su vieja chaqueta de uniforme que nunca se quitaba. Una tarde se lo encontró tumbado en la carretera de Maidaguri, el rostro en el polvo, rodeado por un grupo de negros que se reían con esa risa joven y ligera que es su forma de enfrentarse a todo. Hizo que lo colocaran en su *jeep* y llegó a casa del coronel Babcock, donde cenaba esa noche, con su compañero inerte. Al coronel le afectó enormemente el estado del norteamericano: había esperado con impaciencia esa velada a solas con Minna, a la que invitaba a cenar cada tres meses. Lo tumbaron en la terraza, bajo una manta, pero cuando después de cenar fueron a ver cómo estaba, se lo encontraron de pie, mirando la noche, que envolvía la casa con esa claridad femenina en la que las mismas manadas se sienten protegidas…

—La próxima vez que me encuentren tirado en el arroyo, déjenme allí —les dijo—, o mejor todavía, vengan a reunirse conmigo, se está muy bien en él. Por otra parte, se sentirán como en su propia casa.

Los ojos del coronel centellearon.

—Mi coche está fuera —dijo—. Cójalo y váyase. Esta joven le ha salvado probablemente de una neumonía, y su primera preocupación, naturalmente, es insultarla.

El norteamericano se echó a reír.

—Y usted, naturalmente, considera que mi comentario sólo puede ir dirigido a ella, y no a usted, ¿verdad, coronel Babcock? No sé de dónde han sacado los ingleses su maravillosa seguridad; probablemente sólo sea una forma de su hipocresía. No se preocupe, coronel, mis palabras también son para usted, no está excluido de la gran fraternidad del arroyo. La diferencia entre los ingleses y el resto de los mortales es que los ingleses saben muy bien y desde hace mucho tiempo la verdad sobre ellos mismos, lo cual les permite siempre evitarla discretamente, esquivarla. Su maldito sentido del humor no es más que una forma de engañar, de domesticar esa verdad, en lugar de enfrentarse con ella. Hubo un tiempo en que yo también tenía mis propios espejismos. Simplemente tuve la mala suerte de que los chinos me hicieran prisionero en Corea y se encargaran de instruirme acerca de mí mismo. O, más exactamente, aprendí la verdad sobre ellos, que en el fondo viene a ser lo mismo. Aunque haya nacido en el sur, tengo la originalidad de no ser racista, y me veo obligado a reconocer que son hombres como yo. Probablemente sabrá que fui vergonzosamente expulsado del ejército por haber confesado en la radio china que había bombardeado Corea con moscas contaminadas y que, por lo tanto, mi país practicaba la guerra bacteriológica. No era verdad, por supuesto, pero qué extraño, sea verdad o no, las consecuencias son las mismas. Quizá los comunistas hayan organizado una estafa diabólica, o los norteamericanos hayan sembrado el cólera en China, pero lo único que cuenta es que usted está en el arroyo, coronel Babcock. A los comunistas nunca se les podrá negar un mérito: el de haber mirado al hombre de frente. No lo han enviado a Eton para enseñarle a disimular. Occidente tal vez tenga una civilización, pero los comunistas están en posesión de la verdad. Sobre todo no les acuse de utilizar métodos inhumanos: en ellos todo es humano. Todos nosotros formamos parte de una grande y hermosa familia zoológica, ¡no hay que olvidarlo! Así que, coronel Babcock, usted también está dentro del arroyo. No le sirve de nada refugiarse en una isla y hacer como el avestruz, es decir,

como Inglaterra: el arroyo está ahí, delante de usted, o mejor dicho, dentro de usted, porque corre por sus venas. Dicho esto, me llamo Forsythe y soy de Charleston, Georgia. Me alegro de conocerle oficialmente. ¡Más vale conocerse cuando se vive en la misma hipocresía! Buenas noches y que descansen.

Bajó rápidamente los escalones de la terraza y se hundió en la noche. El coronel lo dejó alejarse, después cogió a Minna por el brazo y le dijo suavemente:

—Pobre hombre. Qué equivocado está… en lo que se refiere a Inglaterra.

A partir de entonces, cuando Minna veía pasar al atardecer, por la otra orilla del Chari, aquella alta figura huyendo a galope, la seguía amistosamente con la mirada. En varias ocasiones intentó tener noticias de Morel, pero hacía mucho tiempo que nadie lo veía en Fort-Lamy. Cuando un día se acercó a caballo a la casa de barro que le habían indicado en el pueblo indígena, sólo encontró a una vieja desdentada que movía la cabeza, extendía la mano y no sabía nada.

OceanofPDF.com

XI

Después los acontecimientos se precipitaron en un increíble *crescendo*, y la ciudad entera pasó primero de la incredulidad al estupor, luego a la indignación, y por último, cuando los primeros enviados especiales de los periódicos empezaron a desembarcar del avión en Fort-Lamy, sintió una especie de orgullo de propietaria: una historia así sólo podía suceder en el Chad, decían con complacencia, e incluso aquellos para quienes la aventura sólo tenía, desde hacía mucho tiempo, un gusto a quinina y los rostros de la Madre Avestruz y de la Madre Ajo, dos negras que pasaban por ciertas casas a la hora de la siesta, sintieron renacer dentro de ellos una vaga nostalgia. Langevielle, que había sido autorizado a expulsar a las manadas de elefantes que devastaban regularmente su plantación y los huertos de los indígenas, fue llevado en un avión sanitario al hospital de Fort-Lamy con una bala en la pierna. No había visto ni oído nada, simplemente en el momento en que se disponía a disparar al elefante macho más hermoso de una manada de casi cuarenta animales que estaba devastando metódicamente un campo, se había encontrado con la pierna izquierda atravesada por una bala. Hubo una gran agitación. El colonialismo vivía sus últimas horas, pero no quería saberlo. En Kano, en la Nigeria británica, acababan de estallar algunos tumultos políticos entre los partidarios y los adversarios de la Federación; en el este, los Mau mau arruinaban desde hacía mucho tiempo los territorios más pacíficos de África; en el norte llegaba el rumor amenazante del Islam, que se introducía una vez más por las antiguas rutas de los mercaderes de esclavos; en el sur, por último, el África de los bóers volvía a abrir en el alma negra sus más antiguas llagas. No consiguieron descubrir quién había disparado a Langevielle. Después le tocó el turno a Haas, que, con su cuerpo de dos metros de altura medio comido por los mosquitos de los cañaverales del Chad —en los que llevaba años capturando crías de elefantes para abastecer

de paquidermos africanos a la mitad de los zoos del mundo—, llegó en una camilla a la enfermería de Assua. En su holandés natal, profería juramentos de una longitud sin precedentes en la historia de la colonia, que, sin embargo, se hallaba muy bien provista a este respecto. Tenía las nalgas agujereadas por una bala del mismo calibre que la que había interrumpido tan inoportunamente el magnífico disparo de fusil de Langevielle. Haas era un caso especial, sabía más que nadie acerca de las costumbres de los elefantes. Se encontraba en tal estado de rabia y de indignación, que hasta pasados dos días no consintió en responder a las preguntas de otra forma que no fuera a base de injurias. Tumbado boca abajo, con una hermana enfermera dedicada día y noche a espolvorearle y untarle de cremas el trasero, con una abnegación de ángel severo, Haas maldecía a Schölscher, que trataba en vano de ofrecerle unos cigarros absolutamente infectos, pero, al final, terminó por mascullar algunas vagas explicaciones. Se hallaba visitando, como todas las noches, el recinto donde tenía a sus elefantes capturados. Esa misma mañana había atrapado uno nuevo: un recién nacido que se mantenía inmóvil junto a la valla, haciendo caso omiso de las constantes invitaciones al juego por parte de los otros cautivos. Mantenía su trompa enrollada alrededor de una rama de arbusto, como si esperara que su madre fuera a materializarse de pronto en el extremo de aquella cola imaginaria. Esa misma mañana, correteaba detrás de ella, en esa postura tan familiar, cogidos de la mano por decirlo así, cuando Haas mandó disparar al aire un verdadero castillo de fuegos artificiales que enloquecieron tanto al gran animal que le hicieron perder durante unos instantes cualquier sentimiento de deber maternal. La manada se dispersó, dejando tras ella al más joven de los bebés, que paralizado y con las patas rígidas orinaba de terror. Haas le pasó la cuerda por el cuello y le arrastró tras él ayudado por dos de sus negros a caballo. La madre había huido con la manada, pero debía de tener un corazón especialmente combativo, o, al contrario, especialmente tierno, porque continuó embistiendo durante horas al azar a través de la sabana lanzando unos berridos desesperados, con la trompa levantada, tratando de encontrar el olor de su pequeño. Haas interrumpió su relato y dirigió a Schölscher una mirada sombría.

—Lo sepa usted o no, existe un lenguaje de los elefantes —observó—. Cada vez que he oído a una madre llamar a su pequeño, al que yo tenía capturado, era el mismo sonido. Tres notas. Algo así…

Alzó la cabeza y emitió un berrido asombrosamente sugestivo y de una tristeza espantosa. La hermana se precipitó en tromba a la habitación y le atendió solícitamente.

—Mi pobre señor Haas, intente tener un poco de paciencia —le suplicó —, dentro de poco le pondré una inyección para que pase bien la noche.

Haas dijo algunas palabras en holandés y la hermana se fue precipitadamente.

—En pocas palabras, aquella madre me pareció particularmente decidida y yo tomé mis precauciones alrededor del recinto. El campamento estaba a diez kilómetros del lugar en donde habíamos capturado a su cría y no me fiaba. Situé a dos de mis negros sobre unas acacias y les ordené que estuvieran alerta. Hacia el atardecer, fui a asegurarme de que no estaban dormidos; y, por supuesto, lo estaban. La cría de elefante continuaba agarrada a su rama silbando tristemente por la nariz…

La nariz de Haas silbó tristemente.

—Le di una o dos palmadas en el lomo y justo cuando me disponía a regresar oí el familiar ruido del huracán corriendo a cien kilómetros por hora en tu dirección.

Haas sonrió radiante.

—Lo he oído unas mil veces en mi vida y he soñado con él muchas más veces por la noche, pero cada vez es como si fuera nuevo para mí, me produce un efecto increíble. Me entran ganas de alzarme por el aire y quedarme allí, sentado en una nube, para verlo todo desde lo alto. Es un ruido que hace parecer el mundo más habitable cuando se detiene. Casi al mismo tiempo vi surgir al elefante ante mí con toda la ligereza de una montaña que se dispone a caer sobre ti. Le apunté con la escopeta, pero justo en el momento en que iba a disparar, recibí una bala en las nalgas.

Schölscher fumaba pensativo.

—La montaña pasó a tres metros de mí, sin prestarme la más mínima atención —continuó Haas—. Me despreció. Parecía no importarle en absoluto mi reputación. Sólo tenía una idea en la cabeza, su pequeño.

Derribó la valla, el pequeño se pegó a ella como una pulga y se fueron trotando alegremente.

—¿Y la bala? —preguntó Schölscher.

El rostro del holandés adoptó una expresión maliciosa.

—Fue el imbécil de Abdur —masculló—. Es la última vez que le doy un fusil. Supongo que su intención era salvarme la vida. Pero con el canguelo que tenía…

—He hablado con sus criados —dijo el comandante—. Les ha enseñado muy bien su lección, pero usted subestima el prestigio del uniforme. Lo único que saben es que se lo encontraron cubierto de sangre y diciendo palabrotas.

Haas pareció resignarse.

—Escuche, amigo, le contaré toda la historia, pero que quede entre nosotros. Si la gente se entera, seré el hazmerreír de toda la colonia.

Schölscher esperaba.

—La verdad es que, cuando vi al elefante llegar sobre mí, perdí completamente la cabeza, apunté mal y me disparé una bala en el culo.

Schölscher se levantó.

—Bien, es lo que yo pensaba —dijo—. Lo que no entiendo es por qué trata de proteger al tirador.

El viejo holandés alzó la cabeza; su semblante estaba serio y algo triste.

—Créame, Schölscher, yo también amo a los elefantes —dijo—. Creo incluso que los amo más que a nada en este mundo. Si me dedico a este oficio es porque me permite desde hace treinta años vivir entre ellos, conocerlos, y sé que cada elefante que capturo es uno menos para los cazadores, las garrapatas, las llagas, los mosquitos, sí, los mosquitos. Los elefantes son especialmente sensibles a ellos. Pero yo he visto morir a docenas de crías de elefante antes de aprender a alimentarles, antes de comprender, por ejemplo, que sin el agua cenagosa del Chad a una determinada temperatura, se morían… Se morían. ¿Ha visto alguna vez a una cría de elefante tumbada de costado, la trompa inerte, mirándote con unos ojos en los que parecen haberse refugiado todas esas cualidades humanas tan ponderadas y de las que la humanidad está tan desprovista? Sí, yo también amo a los elefantes, los amo tanto, que, cuando rezo —todo el

mundo tiene sus momentos de debilidad—, lo único que pido es ir con ellos, al lugar donde ellos van, cuando muera. Es quedarme con ellos y no con ustedes. Métase bien en la cabeza que yo no he visto ni he oído nada. En cuanto a la bala en las nalgas, me la tengo bien merecida. Además —añadió—, ¿quién le dice que es una bala? Tal vez sea simplemente un pedo mal tirado.

Lanzó a Schölscher una mirada desafiante. El comandante pensaba en cuál sería la razón de que un hombre como Haas viviera solo desde hacía treinta años entre los mosquitos del Chad. Era muy sensible a esa chispa de misantropía que la mayoría de las personas llevan dentro de ellas y que a veces puede inflamarse y adquirir formas asombrosas e imprevisibles. Pensaba también en los viejos chinos, que jamás se desplazan sin su grillo favorito; en los tunecinos, que se llevan al café a sus aves dentro de sus jaulas, y en los indios del Perú, que se pasan los días enteros mirando fijamente una alubia saltarina. Le extrañó un poco saber que Haas era creyente; le parecía una contradicción. Lo cierto, pensó, es que Dios no tiene un hocico frío que el hombre pueda tocar cuando se siente solo, que no se le puede acariciar por detrás de las orejas, que no mueve la cola por las mañanas cuando te ve, que no te hace sonreír de alegría cuando le sorprendes trotando por las colinas, con las orejas ondeantes y la trompa al viento. Tampoco puede tenérsele en la mano, como una pipa bien caliente, y, puesto que el paso por la tierra de las personas puede durar cincuenta o sesenta años, es muy comprensible que acaben por comprarse una pipa o una alubia saltarina. Él mismo había pasado cinco años en el Sahara, al frente de una unidad de meharistas, y esos años habían sido los más felices de su vida. También es verdad que en el desierto uno tenía menos necesidad de compañía que en otras partes, quizá porque en él se vivía en constante contacto con el cielo, que siempre parecía ocupar todo el espacio. Hubiera querido decirle todo esto a Haas, pero sus años de Sahara le habían vuelto muy poco locuaz, y también había notado que algunas cosas que él sentía profundamente cambiaban de sentido al intentar expresarlas con palabras; tanto era así, que no sólo no conseguía comunicarlas, sino que él mismo no las reconocía al pronunciarlas. A menudo se preguntaba si los pensamientos bastaban, si no eran un simple tanteo, si la verdadera vista no estaría en otra

parte, y si los hombres no tendrían en el cerebro unos nervios todavía sin utilizar que harían que algún día su mente alcanzara una visión ilimitada. Dijo:

—No estoy tan seguro de que en esta historia se trate sólo de elefantes.

—¿Y de qué se trata entonces, según usted?

Schölscher estuvo a punto de responder que no estaba vedado necesitar otra compañía y reivindicar una protección completamente diferente, pero sintió que ese tipo de frases, o incluso de pensamientos, no se correspondía con el uniforme que llevaba. Este sentimiento se remontaba probablemente a su época de alumno en la academia militar de Saint-Cyr, cuando el galón de alférez era su único horizonte. Su rostro permaneció impasible, pero sonrió interiormente recordando su juventud. Durante mucho tiempo, el uniforme había sido para él el símbolo de lo que, desde los primeros albores de su adolescencia, había deseado con todo su fervor: la fidelidad a una norma, lo cual excluía algunas actitudes, algunos estados anímicos. Se guardó, pues, su reflexión para él, dado que, en esos últimos años, cada vez sentía menos necesidad de intercambiar ideas con otros hombres, porque, en lo esencial, ya no se hacía preguntas. Sólo sentía pequeñas curiosidades.

—¿De qué se trata, según usted, sino de elefantes? —repitió Haas, subiendo la voz con un tono amenazador.

—De otra cosa —dijo Schölscher vagamente.

El holandés lo observaba con una gran desconfianza, con un ojo medio cerrado.

—¿Sabe cómo le llaman a usted en la región? —masculló—. El monje-soldado.

Schölscher se encogió de hombros.

—Sí, encójase de hombros, pero usted acabará en la Trapa, amigo mío. Por otra parte, cada vez que veo un oficial meharista, con su chilaba blanca, sus sandalias, su cabeza rapada y su deseo de volver lo antes posible al desierto, me digo: «Otro más a quien el recuerdo del padre Foucauld impide dormir». Pero en lo que se refiere a Morel, está muy equivocado. ¿Qué necesidad hay de complicar algo tan simple como es el amor de un hombre a los animales?

Schölscher se levantó.

—El mejor servicio que puede hacerle usted a ese desgraciado —dijo— es ayudarnos a ponerle la mano encima. Si no, la próxima vez matará a alguien y ya no podremos hacer nada por él. Irá a pudrirse a la cárcel.

Le dejó allí, silencioso y malhumorado, y volvió a su casa preguntándose hasta dónde podían llegar los hombres en su ceguera.

OceanofPDF.com

XII

Schölscher se pasó los días siguientes en la sabana, siguiendo el rastro de Morel, que parecía estar en todas partes a la vez. Cada cazador que volvía juraba que lo había visto en un poblado y no había un solo jefe de distrito que no estuviera convencido de que se hallaba escondido en su sector preparando algún golpe sucio. Schölscher empezaba a preguntarse por otra parte si Morel actuaba realmente solo, si no tendría algunos cómplices: era difícil imaginar que un blanco pudiera desplazarse a través de la sabana como él lo hacía sin que nadie le ayudara. Pero cada vez que preguntaba a los indígenas en los poblados, sólo se encontraba con rostros inexpresivos: en cuanto abordaba el tema, nadie parecía entender de qué les hablaba. Volvió a Fort-Lamy hacia la una de la mañana, pero nada más acostarse fue sacado de la cama por una orden urgente del gobernador del Chad para que se presentara ante él. Se vistió apresuradamente, se tomó un tazón de café ardiendo, saltó a su coche y, temblando, recorrió un Fort-Lamy silencioso y cubierto de estrellas. Llegó a la mitad de un auténtico consejo de guerra. El gobernador —vestido de gala, pero desaliñado, probablemente viniera de alguna recepción, con una colilla plantada en medio de la barba, cuyo color rojizo no se sabía si era debido al tabaco o si era su color natural— estaba dictando unos telegramas. Junto a él se encontraban el secretario general Foissard, cuyo rostro de hepático parecía una almohada sobre la que alguien hubiera dormido mucho pero mal; el coronel Borrut, gobernador militar del Chad, que estudiaba un mapa con una concentración tan excesiva, que parecía más una actitud y una prudente retirada que un auténtico interés, y el oficial de servicio del puesto, que tenía una enojosa tendencia a cuadrarse en cuanto alguna de las personalidades presentes tomaba la palabra. Un poco más apartado, Laurençot, el inspector de caza, al que se veía raramente en Fort-Lamy, pues siempre estaba vagabundeando por las colinas, parecía tan pronto

preocupado como exasperado. Aquel coloso negro no tenía demasiado sentido de la jerarquía administrativa, pero de todas las personas que Schölscher conocía, era el único que podía hablar de leones sin parecer ridículo.

El gobernador recibió al recién llegado con impaciencia.

—Ah, Schölscher… ¡Por fin! Supongo que no estará al corriente de nada, como de costumbre. Foissard, infórmele.

El secretario general empezó a hablar con la rapidez entrecortada del hombre que se ha pasado la vida entre telegramas. Se trataba de Ornando…

—¿Es posible que, a pesar de todo, haya oído usted alguna vez hablar de Ornando? —preguntó el gobernador con voz sarcástica.

Schölscher sonrió. Hacía tres semanas que en toda el África Ecuatorial resonaba el nombre de Ornando. Su llegada había sido precedida de tantos telegramas oficiales, recomendaciones, circulares e instrucciones confidenciales, que los mismos mosquitos parecían zumbar su nombre en los oídos de los funcionarios exasperados. Ornando era el periodista más famoso de Estados Unidos, un cronista leído, escuchado por la radio y admirado en la televisión por más de cincuenta millones de norteamericanos todas las semanas, y las consignas formales de París eran causarle una buena impresión. Se esperaba que a su vuelta ejercería su influencia en la opinión pública americana en un sentido favorable a la Unión Francesa. De las instrucciones se deducía, pues, que el señor Ornando no debería coger la disentería, pasar demasiado calor, ser demasiado sacudido por las carreteras ni perder su presa, porque la caza mayor era el principal objetivo de su venida a África. Aunque las instrucciones no lo dijeran de forma explícita, se notaba el deseo patético de París de que se hicieran brotar fuentes de agua fresca bajo los pies de Ornando, que una suave brisa acariciara sus cabellos y que ni un solo mosquito picara su augusta persona. Era un hombre obeso, enorme, con la tez lechosa y el cabello crespo parecido al pelaje del astracán blanco, que, en los pasos difíciles, se hacía transportar en una especie de litera, lanzando la misma mirada curiosamente inmóvil a los ríos, colinas y precipicios por encima de los cuales le transportaban. Era difícil imaginar qué oscura necesidad le había empujado a venir a cazar a África, cuando tenía fama de

poder cargarse a un hombre con tan sólo una palabra. Protegido y guiado por los hermanos Huette, los mejores tenientes de caza del territorio, ya había matado dos leones, un rinoceronte, algunos antílopes admirablemente elegantes —si se puede hablar de elegancia a propósito de un animal muerto— y por último, al amanecer del tercer día, a orillas del Yala, un magnífico elefante con unos colmillos de cuarenta kilos que se había derrumbado a sus pies con toda la humildad de la muerte. Pero media hora más tarde, Ornando, que se había alejado solo de su tienda para orinar, había recibido una bala en todo el pecho y había sido trasladado a toda prisa a Fort-Archambault, donde había estado delirando con el proyectil situado a menos de dos centímetros del corazón, lo que permitió a uno de sus rivales de Estados Unidos empezar su crónica con estas sencillas palabras: «¡De modo que tenía corazón!».

—Pues bien —dijo el gobernador, empujando el montón de telegramas lejos de él—, esto sucedió hace cinco días. La única conclusión un poco coherente que se desprende de los comunicados de París y de Brazzaville es que no están nada contentos conmigo. Es una experiencia inolvidable. Nunca hubiera pensado que los telegramas oficiales podían llegar a tal lirismo en sus invectivas. —Hizo un gesto hacia el montón acumulado en su mesa—. Tengo cuarenta y ocho horas para detener a Morel. Porque, naturalmente, le he hecho responsable de esto y espero que no se me escaquee. Nuestra versión ha sido que se trata de una especie de loco, de misántropo, que se ha metido entre ceja y ceja defender a los elefantes contra los cazadores, y que, de alguna manera, asqueado de la humanidad, ha decidido cambiar de especie. Un blanco que se ha convertido en *amok* por misantropía y se ha pasado al bando de los elefantes…

Rió sin ninguna alegría.

—Al bando de la naturaleza, como dice él… Admitiendo que sea Morel: no es necesario que le diga que, si no fuera así, tendríamos que enfrentarnos a un cierto número de hipótesis extremadamente desagradables, sobre todo en un momento en que los Mau mau están provocando, es lo menos que se puede decir, algunos alborotos.

—¿Ha sido examinada la bala? —preguntó Schölscher.

—Se trata del mismo fusil utilizado para Haas y Langevielle —dijo Foissard—. Lleva su marca.

—Le diré que al principio nuestra explicación fue muy mal recibida —dijo el gobernador—. En París, querían a toda costa una versión de terrorismo político local. Cuando mantuve mi versión, empezaron a hablarme en un tono realmente contrariado. Me dijeron que si no se trataba de un movimiento organizado, yo no tenía ninguna excusa. Le juro que acabaron transmitiéndome la sensación de que yo había fracasado en mi tarea simplemente porque no había encontrado la forma de provocar a los Mau mau en el Chad. Ya lo ve, en el fondo, esa gente está convencida de que una colonización que no desemboca en un movimiento sedicioso y en matanzas no es una colonización lograda. Tal vez tengan razón en cierto sentido.

Schölscher sabía que detrás de la ironía de ese viejo africano había una gran amargura y un gran cansancio.

—Pero debo decir que al final han cambiado de opinión. La prensa nos ha ayudado mucho en este asunto. Creo que por primera vez en la historia de la colonia el Chad está en la primera plana de la actualidad de la prensa mundial. Jamás han hablado ni de nuestras carreteras, ni de nuestra lucha contra las enfermedades, ni del sensacional descenso de la mortalidad infantil, ni de nuestra resistencia durante la guerra. Pero esta vez lo hemos conseguido. Incluso hemos recibido a enviados especiales. Esta historia parece conmover a la gente, lo que demuestra que la misantropía, o si lo prefiere el amor a los animales, se encuentra realmente muy expandido. El medioambiente, la ecología y todo eso: los amigos de la vida lo llaman impedir al hombre hacer daño. Incluso se han esmerado con los titulares. Si echa un vistazo a las noticias de la prensa, verá que los periódicos no hablan de otra cosa que del «hombre que se ha pasado al otro campo» y del último «bandido honrado»… aunque debo decir que no sé muy bien de qué honra se trata.

—Sin embargo, está bastante claro, ¿no? —observó Laurençot.

—¿Tendría usted la amabilidad de explicarnos su pensamiento en profundidad, Laurençot? —le preguntó el gobernador—. Son las tres de la mañana y no se les puede pedir demasiado a unos burócratas.

—Lo que quiero decir, señor gobernador, es que hasta ahora los elefantes no disponían de armas perfeccionadas. Ése fue el motivo de que treinta mil elefantes fueran exterminados el año pasado en África.

—Continúe, continúe.

—Treinta mil elefantes suponen trescientas toneladas de marfil. Y como el objetivo de un buen gobernador es aumentar la producción, estoy seguro de que este año nos superaremos. No olvidemos que sólo el Congo Belga ha suministrado más de sesenta mil elefantes en estos últimos años. Estoy seguro de que nosotros haremos lo posible por batir ese récord. Con un poco de buena voluntad, conseguiremos matar cien mil elefantes al año en toda África, hasta que alcancemos el tope, si se puede decir así. Entonces tendremos que pasar a otras especies…

Con el cigarrillo en los labios, el gobernador miraba fijamente su mechero encendido. Schölscher vio que era de marfil. Detrás de él, unos colmillos de elefante escogidos con una pasión de coleccionista recubrían casi por completo la pared. Pero eran obra de algunos de sus predecesores. El coronel Borrut se inclinaba aplicadamente sobre el mapa militar del Chad con el rostro absorto del que se implica sólo en aquello que le compete. El teniente De la Place se refugió en una rigidez realmente asombrosa. El único que parecía estar a gusto era Laurençot, quien observó con interés los signos desesperados que le hacía el secretario general.

—Continúe, por favor —dijo el gobernador con una educación exquisita.

—Y naturalmente sólo le estoy hablando del marfil fresco: los colmillos viejos, escondidos por los indígenas, hace mucho tiempo que los mercaderes se los arrebataron a los jefes de los poblados. Por otra parte, usted sabe tan bien como yo que la colonización se ha hecho en parte sobre los cadáveres de los elefantes: la caza del marfil es lo que permitió a los comerciantes y a los colonos hacer frente a los primeros gastos de asentamiento.

—¿Y? —dijo el gobernador con voz neutra.

—Pues que ya es hora de acabar con la caza del elefante, señor gobernador. Ese Morel tal vez sea un loco, pero si consigue poner en

guardia a la opinión pública, iré a estrecharle la mano al fondo de su prisión.

El gobernador se mantenía muy erguido detrás de su mesa. Más vale mantenerse erguido cuando se es tan poca cosa, pensó Schölscher. No sólo lo pensaba del gobernador. El secretario general tenía el rostro ansioso y desgraciado del hombre que sabe que continuará ahí cuando todo haya acabado para los otros. Pero cuando el gobernador respondió por fin, lo hizo sin el menor rastro de cólera, casi de una forma amistosa.

—¿No le parece, querido Laurençot, que en el momento actual existen en el mundo unas causas, unos valores, unas… digamos unas libertades, que se merecen algo más que esos elefantes esa devoción admirable de la que nuestro amigo y usted mismo parecen rebosar? Aún somos unos cuantos los que nos negamos a desesperar, a tirar la toalla y a consolarnos con los buenos animales… En este mismo momento hay hombres que luchan y mueren en los campos de trabajos forzados y en las cárceles de los estados totalitarios… Eso cuando no se trata directamente de un genocidio. Todavía es posible y lícito mostrar nuestras preferencias por ellos.

Se calló, contemplando fijamente su mechero mientras le daba vueltas y más vueltas entre sus manos. La habitación estaba brillantemente iluminada por una araña, pero la luz que se derramaba por la ventana se detenía de golpe ante la noche africana, en la que no conseguía hacer mella. El gobernador había perdido a su único hijo en la Resistencia y Schölscher se preguntaba con ansiedad si Laurençot lo sabría o se acordaría de ello.

—Lo sé, señor gobernador —dijo Laurençot con suavidad, casi con tristeza—. Pero los elefantes forman parte de esta lucha. Los hombres mueren por conservar una cierta belleza vital, una cierta belleza *natural*…

Se produjo un silencio. El gobernador intentaba encender en vano su mechero. Schölscher sonrió y le asombró el estúpido placer que le producía comprobar la impotencia de algunos gestos de los hombres, incluso los más insignificantes. El secretario general se apresuró a darle fuego y el gobernador lo aceptó con irritación; como tantos otros fumadores, tenía más necesidad del gesto que del cigarrillo.

—Le diré algo más, Laurençot. La humanidad no ha llegado todavía a ese grado de resignación o… o de soledad que obliga a las viejas señoras a

consolarse con pekineses. O con elefantes, si lo prefiere. Una cosa es el amor a los animales y otra es sentir repugnancia por los hombres. En el caso de nuestro amigo, tengo ya formada mi propia opinión. Y por esa razón trataré de meterle en chirona lo antes posible y con cierto placer. Y no porque tema que me echen la bronca desde Brazzaville o desde París: tengo una posición política más sólida que la de ellos; sino porque no me gusta la gente que confunde su neurosis con puntos de vista filosóficos.

Observó a Laurençot reposadamente por encima de sus gafas, con la severidad de un viejo maestro de escuela.

—Por una vez, creo que los periodistas lo han visto claro. Ese tipo trata de escupirnos a la cara. Trata de decirnos lo que piensa de nosotros. Antaño, los anarquistas estaban simplemente en contra de las instituciones, nuestro amigo ha dado un paso más. Fíjese en mí, soy un viejo que está a punto de cumplir sesenta años, pero que todavía no ha aprendido a detestar a los hombres. Qué quiere, debo de ser un vicioso. Mi generación jamás ha aceptado ese tipo de conductas. Probablemente seamos unos horribles burgueses. Así que yo mismo me encargaré de ese tipo que ha decidido venir al Chad para realizar sus gestos altruistas. Disponga que un batallón de cazadores registre entre los paralelos dieciséis y dieciocho, donde nuestro resentido actuó la última vez. Dígale a Koto que haga participar a sus informadores en el asunto y que esta vez quiero resultados.

—Sería mucho más valiente prohibir la caza de elefantes, señor gobernador —dijo Laurençot—. Ese tipo está diciendo a su manera lo que yo le he repetido en veinte informes oficiales.

—Debería dedicarse a la poesía, Laurençot, estoy seguro de que eso le aliviaría.

Se levantó.

—Mientras tanto, voy a Canossa, es decir, a Fort-Archambault, a presentar las excusas del gobierno a mister Ornando. No se lo creerán, pero ese señor que, después de todo este escándalo, no ha muerto, me ha convocado literalmente. Increíble, pero cierto. Me reuniré con usted dentro de una hora en el aeródromo.

Schölscher y Laurençot salieron juntos. La noche seguía estando allí. Caminaron un momento en silencio por la carretera, con el viento del desierto envolviéndolos en sus remolinos de arena. Hacía frío. De vez en cuando, se cruzaban con alguna que otra figura que parecía flotar en el polvo. A veces, unos ojos fosforescentes brillaban extrañamente en medio de la noche, pero el chorro de luz de una linterna eléctrica los transformaba en un perro vagabundo que corría con la cola entre las patas. Unas campesinas se dirigían hacia el mercado con sus andares de reinas y con un envoltorio de huevos u hortalizas encima de la cabeza. Schölscher sabía que a veces hacían treinta kilómetros en mitad de la noche para ir a vender a Fort-Lamy un puñado de cacahuetes. Pero también sabía que aquello no se debía tanto a la miseria como a la forma de vida africana. Lo que el progreso exige inexorablemente a los hombres y a los continentes es que renuncien a su singularidad, que rompan con el misterio, y la osamenta del último elefante forma parte de este proceso… La especie humana ha entrado en conflicto con el espacio, la tierra e incluso con el aire que necesita para vivir. Las tierras cultivadas ganarán terreno poco a poco a los bosques y las carreteras invadirán cada vez más la quietud de las grandes manadas. Cada vez habrá menos espacio para las maravillas de la naturaleza. Lástima. Sonrió, apretó la pipa entre sus dedos y sintió con placer a su alrededor el aire frío, que hacía que aumentara el amistoso consuelo de ese poco de calor que llevaba en la mano; ese aire frío que tan bien armonizaba con las estrellas. De pronto recordó las palabras de Haas: «Cuando rezo lo único que pido es ir con ellos, al lugar donde ellos van, cuando muera», y se preguntó por un momento qué haría él sin su pipa.

Un camión les iluminó con sus faros desde muy lejos, por la calzada derecha, y dos sombras enormes empezaron a bailar en los remolinos de polvo y les adelantaron. Al salir del poblado indígena, una figura gigantesca apareció de pronto en la carretera, se alzó hasta el cielo en la luz de los faros, sobre la pantalla de polvo, y después se redujo a las dimensiones más humanas del mayor norteamericano, que pasó junto a ellos inclinado hacia delante y haciendo eses.

—Pobre tipo —dijo Laurençot—. Me pregunto qué será lo que le atormenta.

—Fue durante un año prisionero de las tropas chinas en Corea —dijo Schölscher—. Cedió ante un poco de persuasión y un poco de comodidad. Fue uno de esos oficiales norteamericanos que encontraron más sencillo «confesar» que Estados Unidos practicaba la guerra bacteriológica contra las poblaciones chinas. Y ahora eso le hace daño. Ha venido a esconderse en Fort-Lamy. Otra historia más a favor de los elefantes.

—¿Realmente usted piensa que no tengo razón en lo que le dije antes?

—No.

—Simplemente trataba de hablar como un naturalista. Después de todo, me pagan para eso.

Schölscher le escuchaba distraídamente. Le resultaba imposible pensar que esos sucesos se debieran simplemente a un deseo de preservar la fauna africana. Bajo ese cielo tan claro, ante ese horizonte cuyos únicos límites eran los de la vista, sentía que había otro objetivo. Tal vez los periodistas no se hubieran equivocado en calificar irónicamente a Morel de «bandido altruista». Tal vez fuera uno de esos maníacos que consideran que por encima y más allá del hombre no hay nada más, y que acaban haciéndose de él una idea ilimitada, grandiosa, en la que la nobleza y la generosidad lo ocupan todo, idea que tratan de defender a toda costa. Pobre tipo, había venido a la sabana africana a luchar por una causa perdida. Schölscher izó los ojos hacia el cielo. El quepis blanco hacía que su figura adquiriera una forma extraña en la oscuridad. Aspiró pensativo el humo de su pipa. Pero tal vez estuviera equivocado. Estaba claro que en ese asunto cada uno veía su propio corazón; estaba convencido de que si el atentado contra Ornando había despertado tanto interés en el mundo, no era tanto a causa de la personalidad de la víctima, sino porque el miedo, el rencor y las desilusiones habían acabado por imprimir cierta misantropía en el corazón de millones de hombres y ésta les hacía seguir con simpatía, y tal vez con un sentimiento de venganza personal, la historia de ese francés que defendía a la naturaleza contra una persecución de la que ellos mismos no se sentían excluidos. Era difícil no amar esa voz generosa, un poco cantarina, no amar

a ese gigante de rostro sombrío que hablaba tan abiertamente de sí mismo creyendo hablar de la fauna africana.

—Simplemente trato de cumplir con mi deber. Usted sabe tan bien como yo lo que África perderá cuando pierda los elefantes. Y estamos en camino de lograrlo. Por todos los diablos, Schölscher, ¿cómo podemos hablar de progreso cuando seguimos destruyendo a nuestro alrededor las más hermosas y nobles manifestaciones de la vida? Nuestros artistas, nuestros arquitectos, nuestros científicos y nuestros pensadores sudan la gota gorda para hacer la vida más hermosa, y al mismo tiempo nosotros nos adentramos en nuestras últimas selvas con el dedo en el gatillo de un arma automática. Si ese Morel no existiera, habría que inventarlo. Tal vez consiga hacer que la opinión pública se rebele. Dios mío, me siento capaz de unirme a su maquis, a su núcleo de resistencia. Porque está claro que se trata de eso, de luchar contra la degradación de la última autenticidad de la Tierra y de la idea que el hombre se hace de los lugares en los que vive. ¿Es que realmente ya no somos capaces de respetar la naturaleza, la libertad viva, sin sacar de ello ningún provecho, ninguna utilidad, sin otro objeto que el de dejarnos entrever de vez en cuando? La misma libertad sería entonces anacrónica. Me dirá que a fuerza de vivir solo en la selva padezco de diarrea mental, pero me importa un bledo lo que usted piense. Hablo para mí mismo, para desahogarme, porque yo no tengo el valor de hacer lo que Morel. Es absolutamente necesario que los hombres lleguen a preservar algo más que lo que les sirve para hacer suelas de zapatos, o máquinas de coser, que dejen un margen, una reserva, donde puedan refugiarse de vez en cuando. Sólo entonces se podrá empezar a hablar de una civilización. Una civilización únicamente utilitaria llegará siempre hasta el final, es decir, hasta los campos de trabajos forzados. Debemos dejar un margen. Le diré otra cosa… No tenemos ningún motivo para sentirnos orgullosos ¿no es cierto? Lo único que nos permite mirar desde lo alto al resto de la creación es la torre Eiffel. Puede que me diga que lo mío es la poesía, como el gobernador, pero reconozca que los hombres nunca han tenido tanta necesidad de compañía como hoy. Necesitamos todos los perros, todos los gatos, todos los canarios y todos los animalitos que podamos encontrar…

De pronto escupió al suelo con todas sus fuerzas y después, con la cabeza baja, como si no se atreviera a mirar las estrellas, dijo:

—Los hombres necesitan amistad.

OceanofPDF.com

XIII

Ornando recibió al gobernador en su cuarto del hospital. Apenas podía hablar. Tumbado boca abajo, miraba fijamente la pared con unos ojos que sólo recuperaron un poco su habitual expresión de odio al ver al representante de Francia efectuar su entrada vestido de gala y luciendo todas sus condecoraciones. El secretario que hacía de intérprete diría más tarde que esa mirada de odio era el primer síntoma de salud que había mostrado. Desde que lo habían recogido, Ornando no se había quejado, no había dicho una sola palabra, limitándose a sangrar en silencio; la mayor parte del tiempo tenía una curiosa expresión de satisfacción en su rostro. Se hubiera dicho que consideraba normal, e incluso satisfactorio, lo que le había ocurrido. Cuando finalmente alguien tuvo el valor de hablarle de Morel, no pareció especialmente sorprendido y siguió contemplando fijamente la pared. Después exigió que hicieran venir al gobernador. Ahora lo observaba atentamente, después de haber escuchado con indiferencia los deseos para su pronto restablecimiento y el pesar que el alto funcionario le acababa de expresar.

—Dígale —concluyó el gobernador dirigiéndose al secretario— que el culpable recibirá el castigo que se merece.

Al oír la traducción, Ornando se animó repentinamente y, haciendo un esfuerzo para incorporarse, dijo muy deprisa unas cuantas palabras. El secretario se quedó estupefacto.

—Mister Ornando le ruega encarecidamente que dejen a ese hombre tranquilo —tradujo por fin—. Lo considera esencial.

El gobernador esbozó una sonrisa cómplice.

—Es muy generoso por parte de mister Ornando; dele las gracias por ello —dijo—. Informaremos a la prensa de su gesto, y estoy seguro de que su público lo apreciará mucho. No obstante, la justicia seguirá su curso. Por

otra parte, mister Ornando no ha sido el único que ha sido atacado por ese individuo…

De pronto Ornando se puso a vociferar. Había conseguido levantarse apoyándose en un codo, a pesar de las vendas, y vociferaba agitando la cabeza con la rabia de la impotencia, como cuando alguien da patadas en el suelo.

—Mister Ornando le recuerda que cada semana le escuchan cincuenta millones de norteamericanos —tradujo el secretario descompuesto—. Me pide que le diga que… que si toca un pelo de la cabeza a ese hombre, llevará a cabo una campaña contra Francia, si es necesario durante años, de la que su país se acordará durante mucho tiempo. Si no dejan a ese hombre tranquilo, utilizará toda su influencia para desprestigiar a Francia ante sus compatriotas.

Y añadió rápidamente con voz suplicante:

—Señor gobernador, no sé si está al tanto de la influencia que mister Ornando tiene en Estados Unidos…

Ornando se había incorporado todavía un poco más. Sobre la frente se le habían formado unas gotas de sudor que resbalaban hacia su grueso cuello. Los ojos se le habían agrandado, llenos de un sufrimiento que no parecía deberse en absoluto a su cuerpo herido, sino que parecía ser tan inherente a su mirada como el color de sus ojos. El gobernador estaba boquiabierto junto a la cama. Durante el breve momento de silencio que siguió, se oyeron en el patio del hospital unas voces infantiles que repetían a coro los versículos del Corán.

—Y mister Ornando le ofrece, a usted personalmente, veinte mil dólares si deja a ese hombre tranquilo —farfulló horrorizado el secretario, probablemente porque aún no tenía la fe ilimitada de su jefe en la bajeza humana.

El gobernador se puso a vociferar a su vez. Empezó recordando a voz en grito que su hijo había muerto en la Resistencia, después gritó algunas frases en nombre de Francia y luego aulló golpeando con el puño su cruz de la Legión de Honor.

—En todo caso —farfulló el intérprete, que daba la clara impresión de que, de haber sido por él, se hubiera metido debajo de la cama—. En todo

caso, mister Ornando establece desde ahora un fondo de cincuenta mil dólares para defender a ese hombre en el supuesto de que llegara a ser detenido… cosa que él no desea en absoluto. Mister Ornando toma este asunto… como algo personal…

Ornando se había vuelto a dejar caer de espaldas en la cama. El gobernador del Chad gritó algo más referente a *la dignidad* y *el honor*; y después, dándose media vuelta, desapareció literalmente en su casco blanco y salió de la habitación. Le vieron pasar, lívido y muy erguido, «erizado como un pelo», según la expresión de un sargento de la Colonial, en el fondo de su limusina, que atravesó Fort-Archambault en una nube de polvo; la nube parecía haberla levantado más su indignación que su coche, y siguió flotando durante mucho tiempo detrás de él, con una especie de respeto servil. En el aeródromo, con una voz afectada que nadie le conocía —porque era un hombre educado, bastante inofensivo y propenso a un cierto escepticismo que le protegía tanto de un exceso de ilusiones sobre la naturaleza humana como de un exceso de incertidumbre con respecto a ella — anunció al coronel comandante del puesto que tenía cuarenta y ocho horas para detener a Morel y llevarlo esposado a Brazzaville, «porque es un puerco, un puerco, ¿me entiende?», repitió alzando la voz y mirando al coronel con una severidad extrema, como si le acusara de sentir una oculta simpatía por «el hombre que quería cambiar de especie». En el avión permaneció silencioso, con los brazos cruzados sobre el pecho, mirando por la ventanilla con una expresión de desafío, como si sospechara que Morel se mantenía oculto detrás de cada matorral de la sabana, con un fusil en la mano, dispuesto a negar la dignidad de la condición humana. Fruncía el ceño, movía entre sus labios una colilla húmeda de la que se había olvidado por completo y fulminaba con la mirada el Chari, la sabana y todas las manadas que ésta pudiera albergar, todas las especies presentes y pasadas, desde el pterodáctilo antediluviano hasta la alcachofa silvestre, deslizando la colilla desde la comisura derecha de sus labios hasta la comisura izquierda, la barba rígida de indignación, con todo el furor de un humanista que además creyera en la democracia. Mientras fulminaba la sabana con la mirada, trataba de pensar en Miguel Ángel, Shakespeare, Einstein, en el progreso técnico, en la penicilina, en la supresión de la ablación de la mujer

en las tribus pigmeas, a la que él había contribuido personalmente, en las obras pictóricas y escultóricas del genio francés, en el tercer acto de *Rigoletto*, cantado por Caruso, cuyo disco tenía en casa. Pensó en Goethe, en el presidente Herriot, en nuestras instituciones parlamentarias, y a cada pensamiento deslizaba triunfalmente su colilla de una comisura a otra y fulminaba con su mirada la sabana por debajo de él y a Morel escondido entre sus elefantes salvajes; salvajes, insistía allí arriba. Libró con él, en suma, un combate singular y prodigioso del que se declaró vencedor. Él estaba allí, muy alto en la atmósfera, con los brazos cruzados y la colilla cada vez más húmeda y se apuntaba todos los puntos. Hizo un gran esfuerzo de cultura general y se alegró de haber estudiado humanidades. Desde Petrarca y Ronsard hasta Johann Sebastian Bach, pasó revista a todo el mundo. Eso era verdaderamente la lucha por el honor. Con mucha habilidad y disciplina y la astucia de un viejo militante radical-socialista, consiguió evitar todas las trampas que Morel, a pesar de su invisibilidad, le tendía claramente. Consiguió no pensar, ni siquiera durante un segundo, en esa cochinada nuclear —cien bombas de ésas bastaban para matar a todos los habitantes de la Tierra—, simplemente deslizó su colilla de una comisura a la otra de su boca con una rapidez asombrosa, e hizo un hábil movimiento envolvente para atacar al enemigo en sus propias fortificaciones: pensó en los beneficios de la energía atómica cuando ésta permitiera a África fertilizar sus desiertos. Su elevada posición —estaba a tres mil metros en pleno cielo, por encima de los montes Bongo— le ayudó mucho en su combate; tanto fue así que, cuando bajó del avión en Fort-Lamy, ya había recuperado su buen humor y canturreaba en sordina la melodía de la escena del jardín de *Fausto* que tanto le gustaba: ¿acaso su inspirada belleza no era en sí misma una respuesta a todos los detractores de la humanidad como Morel y Ornando? Declaró a los periodistas que le esperaban —ese mismo día habían llegado tres enviados especiales desde París, y Air France anunciaba otros nuevos para el día siguiente— que estaban ante un caso de misantropía en el que sería un gran error querer ver implicaciones políticas, ante un iluminado que actuaba solo, ante un hombre que se había convertido en *amok*, o si se prefería en «arrogante», como ese elefante que se separa de la manada después de haber sufrido una

herida incurable y se vuelve especialmente agresivo y huraño. Los periodistas anotaron la palabra «arrogante» y acribillaron a preguntas al gobernador. ¿Podía darles algunos datos sobre Morel? ¿Qué sabía de él a ciencia cierta? ¿Conocía alguien su trayectoria? ¿Era verdad que se trataba de un antiguo miembro de la Resistencia que había sido deportado por los alemanes debido a su actividad en el maquis? El gobernador lanzó una mirada a Schölscher, y éste se lo confirmó haciendo un gesto afirmativo con la cabeza… Acababa de recibir un cable del Ministerio del Interior en el que Morel, en efecto, tenía su ficha. Pero el gobernador consideró más conveniente salir del paso con algunas bromas. Lo único que podía decir por el momento —afirmó con sencillez— era que se trataba de un dentista, y la explicación de toda esa ridícula historia era que tenían que vérselas con un obseso del marfil. Hubo algunas risas, pero el gobernador se dio cuenta de que se había equivocado de tono y adoptó una expresión afectada. Dio unos pasos hacia su automóvil, pero los periodistas siguieron rodeándolo. ¿Era cierto que Morel había intentado presentarle su petición antes de entrar en el maquis, pero que él siempre se había negado a recibirle? Ese asunto suscitaba un extraordinario interés en el mundo, y parecía que las simpatías del público estaban más del lado de Morel, de los elefantes, que de… bueno, de las autoridades. ¿Era cierto que en África se mataban alrededor de treinta mil elefantes al año sólo para fabricar bolas de billar y cortapapeles? ¿Era cierto que las reservas de caza actuales no eran suficientes? El periodista que había hecho esta pregunta era un hombre bajito e inquieto, que, con las cejas indignadas por detrás de sus gafas y un aspecto bastante arrogante y arisco, no hacía otra cosa que dar saltitos como si tuviera prisa por ir al cuarto de baño, o quizá por unirse al maquis de Morel. ¿Podía decirles el gobernador algunas palabras acerca de la preservación de las riquezas naturales de África? Era demasiado cómodo explicar todo ese asunto como un simple caso de misantropía. ¿Acaso Morel no era un hombre que tenía una idea muy elevada de nuestros deberes y de nuestras responsabilidades y que, a pesar de todas las decepciones sufridas en los últimos veinte años, se negaba a transigir? Se aseguró las gafas sobre la nariz con un gesto enérgico como para señalar que él mismo estaba a la vanguardia de ese combate. Esta vez, el

gobernador tuvo mucho cuidado a la hora de contestar: se daba cuenta de que se movía en un terreno resbaladizo. Dijo que Francia estaba vinculada moralmente a los elefantes y que pensaba rodearles de toda la protección que pudieran necesitar. Él mismo era un gran amigo de los animales y podía asegurar a los periodistas, y éstos a su vez podrían asegurárselo a sus lectores, que se estaba haciendo todo lo necesario para proteger a esos simpáticos paquidermos que todos habíamos aprendido a querer desde nuestra infancia. Por fin consiguió subirse a su coche, seguido de Foissard y de Schölscher. Estaba tan nervioso por el inesperado asalto de los periodistas y por la importancia que daban al asunto, que no se dio cuenta de que el secretario general estaba lívido: parecía enfermo, pero al mismo tiempo tenía esa expresión afectada y escandalizada de los buenos funcionarios ante los terremotos, los maremotos y demás peligros que suponía la pérdida de expedientes importantes.

—¡Uf! —dijo el gobernador secándose la frente—. Bueno, amigos míos, ¿qué me dicen de esto? ¡No han mencionado en absoluto a Ornando! Lo único que les interesa es Morel.

—En efecto, los periódicos sólo hablan de él —dijo Foissard haciendo un esfuerzo—. Al público siempre le apasionan las historias de animales. Este asunto tiene todos los componentes necesarios para que, a sus ojos, se convierta en algo romántico.

—Sí, y además no estoy dispuesto a que nos endosen el papel de traidores en este asunto; eso me recuerda que… Probablemente tendré que recibir a los periodistas en mi despacho, así que háganme el favor de quitar de las paredes todos los colmillos de elefante que las cubren. ¿Se dan cuenta de lo que podría pasar si los periodistas los fotografiaran?

Schölscher sonrió.

—Sonría todo lo que quiera, amigo, pero después de sus preguntas se ve perfectamente hacia dónde se dirigen las simpatías del público. No es que yo busque la popularidad, eso no va con mi carácter, pero tampoco quiero dar la imagen de una especie de burócrata sin pizca de sensibilidad. Si no detenemos rápidamente a ese tipo, le apuesto lo que sea a que se convertirá en una especie de héroe. ¿Qué dicen al respecto en París?

—Parecen haberlo dicho todo por el momento, señor gobernador. En cambio…

Estaban pasando junto al centro de vacunación. El gobernador dirigió a los edificios una mirada de propietario: desde que él estaba allí, la mortalidad infantil había descendido en un veinte por ciento. Cada vez que pasaba por delante de aquel centro, se sentía mejor. De alguna forma, tenía el sentimiento de haber actuado como un padre bueno. Se le iluminó el rostro. Foissard aprovechó esa sonrisa para darle una desagradable noticia.

—En cambio, en lo que respecta a Morel, hay novedades.

El gobernador dio un respingo, pero tal vez se debiera a un simple traqueteo del coche.

—¿De qué se trata ahora?

—Ha atacado una plantación. La plantación de Sarkis. El sirio no estaba allí, pero le han quemado la casa. Porque Morel ya no está solo, tiene a toda una banda con él.

Cosa extraña, el gobernador pareció aliviado y casi tranquilo. Schölscher lo observaba con interés. Pensaba en lo que se decía de todos los verdaderos creadores: las grandes obras siempre acaban escapándoseles de las manos.

—Bien, prefiero eso —dijo lentamente el gobernador—. Al menos ahora el asunto está claro. Nos encontramos ante un vulgar bandido que no tiene más remedio que dedicarse a saquear las granjas. Sí, prefiero eso. Si se tratara realmente de los elefantes, sería casi imposible hacer algo contra él… Es muy difícil luchar contra las leyendas. Pero así ya no hay duda. Se trata de un desesperado, probablemente sea el último aventurero blanco de África…

Era conmovedor ver a un hombre defender su ideal con tanto encarnizamiento.

—La cosa no acaba ahí, señor gobernador —dijo Foissard con diligencia—. También ha atacado el almacén de marfil de Banerjee, en Bangassa. Ha mandado que ataran al indio a un árbol y le ha leído el texto de su petición…

Schölscher no pudo evitar sonreír imaginando a Banerjee, uno de los hombres más delicados y más pacíficamente gruesos que él había conocido,

sacado de la cama en medio de la noche, atado a un árbol y obligado a escuchar aquel texto increíble en medio del resplandor del incendio que destruía su almacén…

—A continuación lo ha condenado a seis latigazos y le han confiscado sus bienes «en nombre del Comité mundial para la Defensa de los Elefantes», o algo parecido. También le ha anunciado que se proponía ir un día a la India para proseguir su campaña «porque los elefantes asiáticos también están amenazados». Banerjee, que está en el hospital con una depresión nerviosa, está convencido de que se trata de un loco que cree realmente en su «misión», pero que está manipulado por alguien. En todo caso, le han quemado el almacén a conciencia y han cogido todo el dinero que han podido encontrar, armas y municiones. Una de las mujeres saras ha sido violada. Todos los negros que estaban con él eran oulés, y los criados han reconocido a dos o tres presos comunes, entre ellos al famoso Korotoro, evadido hace tres meses de la cárcel de Bangui. Pero Banerjee jura que había otros europeos con él, y una de las descripciones que ha dado encaja bastante bien con la del naturalista danés Peer Qvist, que se encontraba precisamente en la región por cuenta del Museo de Historia Natural de Copenhague…

—En cualquier caso, nada de política, ¿verdad? —preguntó el gobernador lentamente.

—No parece. Al menos no directamente…

Schölscher observaba a los dos funcionarios que trataban de luchar tan valientemente contra el horrible fantasma que se cernía sobre sus cabezas. No podían evitar volver a encontrar en ese asunto todas sus obsesiones profundas, sus insomnios, sus temores y casi sus supersticiones. Estaban demasiado orgullosos de su triunfo para no sentirse amenazados por él. Pero su triunfo quizá no fuera tan completo como ellos creían y su obra no tan grande ni tan bella como para que no se animara de pronto ante sus ojos y empezara a vivir con una vida independiente. Se anticipaban. Veían las cosas demasiado grandes y demasiado lejos. Pero de pronto Schölscher les estuvo agradecido, con un impulso cálido y algo fraternal.

—Creo que no hay que ir a buscar demasiado lejos, señor gobernador. Debemos tener unas miras más modestas, si me permite expresarme así. Tal

vez nos equivoquemos, pero es prematuro ver el Chad desde ese punto de vista. Creo que se trata de algo mucho más simple y más fantástico. Sarkis es el cazador de elefantes más importante de la región. Ha sido multado varias veces por haber organizado expediciones «de represalia» contra las manadas que pisoteaban sus campos y por haberlas realizado sin la supervisión de un teniente de caza. Banerjee comercia con el marfil… Creo que no hay que ir a buscar más lejos. Estamos ante una aventura inaudita, y tal vez ante la historia más bella del mundo.

Foissard le miró con desaprobación.

—Sí, y los oulés son la tribu más primitiva de toda África —dijo el gobernador—. Estoy de acuerdo con usted, Schölscher. Estamos volviéndonos demasiado impresionables. Es ridículo mezclar la política en esta historia. Dicho esto…

Sonrió amargamente.

—Dicho esto, en Kenia las cosas empezaron así.

—Lo que no comprendo —tronaba aquella noche el padre Fargue, que había invitado al jesuita a cenar— es por qué todo el mundo se comporta en este asunto como si se sintiera personalmente amenazado o insultado. Todos ponen unas malas caras asombrosas, como si ese desgraciado de Morel les hubiera personalmente escupido encima. ¿Usted entiende algo?

El jesuita no pudo evitar pinchar un poco a su anfitrión:

—¡Eso es el orgullo, el orgullo! —dijo.

El padre Fargue parecía inquieto; si había algo que le produjera horror era hablar de su trabajo.

—Tiene razón —dijo rápidamente, lamentando amargamente haber sacado un tema de conversación tan fatigoso—. Tome un poco más de pollo.

El padre Tassin sonrió y dijo:

—Por otra parte, es una buena señal. Los hombres empiezan a sentir confusamente que la humanidad tiene un alma, una conciencia —lo que ellos llaman honor— que es independiente de cada hombre tomado

individualmente. Es orgullo, pero orgullo de la propia especie, lo que ya es mejor. Lamento que mi orden vea con tanta… digamos, prudencia, mis ideas a este respecto. En fin, espero que mis manuscritos sean publicados después de mi muerte. Será interesante ver un día a la humanidad salir como un todo viviente de sus dos mil millones de capullos.

A Fargue aquello no le gustó nada. Sabía que el jesuita viajaba por todas partes con una imponente caja de manuscritos. De ahí a que le hiciera leer uno de ellos sólo había un paso, y sólo Dios sabía con qué cochinadas podía encontrarse.

—¡A mí me basta con rezar! —declaró de forma desabrida, con su delicadeza habitual, y atacó el pollo con una violencia que excluía cualquier otro tema de preocupación.

OceanofPDF.com

XIV

Fort-Lamy nunca había sido un lugar donde las lenguas permanecieran ociosas. Y en esa ocasión las habladurías estuvieron a la altura de las circunstancias. «Él» estaba en conexión con los Mau mau. «Él» había atacado un puesto militar aislado a la cabeza de una banda de negros, matando al oficial y al suboficial y llevándose a los soldados al maquis, porque «él» trataba de formar una legión para la independencia africana. «En fin, querido amigo, no creerá usted que eso lo hace por los elefantes, ¿verdad?». Pero la gente seguía creyéndolo. Parecían incluso extrañados de que no se hubiera producido antes algo parecido. En general, Morel sentía simpatía por las mujeres y éstas lamentaban no haberle prestado ninguna atención, era tan romántico, tan conmovedor. Lo único que había que hacer era dejar a esos pobres elefantes tranquilos. Por más que los hombres trataran de explicarles que aquello no tenía nada que ver con los elefantes, sino con un terrorista que se consideraba a sí mismo como el enemigo del género humano, las mujeres se negaban a ver a Morel de otra forma que no fuera la de un apuesto joven con los ojos ardientes, una especie de san Francisco de Asís, pero en más enérgico y más musculoso. En el Chadien, Minna, con el chal echado sobre los hombros, iba de una mesa a otra acechando los más mínimos fragmentos de conversación.

—Sí, eso era exactamente lo que hacía —dijo el coronel Babcock con una ligera sonrisa al jesuita que había ido a visitarlo al hospital tras enterarse de la crisis cardíaca que había sufrido—. Iba de una mesa a otra, con esos andares mecánicos de los seres que sólo tienen un pensamiento, un solo objetivo, y luego se sentaba muy erguida y escuchaba un momento las noticias (por supuesto nadie sabía nada de él, pero no faltaba la imaginación). Se quedaba allí sin decir una sola palabra, con las manos unidas sobre los extremos de su chal, y después se levantaba e iba a otra mesa. No hacía preguntas. Pero parecía esperar algo con ansiedad, con una

impaciencia creciente. Ahora que lo pienso, ya sé cuál era el dato esencial que buscaba. Estábamos a mil leguas de sospechar lo que le sucedía. Era normal, aquello se salía del campo de nuestra experiencia… Lo digo sobre todo por mí.

El rostro del coronel adoptó de nuevo ese aspecto desamparado y abatido que parecía deberse mucho más a algún mal de amores que a una simple crisis cardíaca.

—Supongo que debería explicarme a ese respecto de una vez por todas. Los hombres de mi clase, de mi ambiente, hemos recibido una cierta educación, debería decir más bien una visión del mundo. Es la que es: eso no es lo que importa. Supongo que le haría sonreír si le dijera que hemos sido educados para ocupar nuestro lugar en un mundo de caballeros. Sabemos, por supuesto, que a veces corremos el riesgo de que nos golpeen por debajo de la cintura, pero hemos sido educados en la creencia de que los golpes bajos estaban al margen de la ley. Jamás se nos ha pasado por la cabeza que el golpe bajo pudiera ser la ley, la norma. Pensará que soy un viejo imbécil pasado de moda, pero los hombres como yo no saben nada de las circunstancias que pueden producir un Morel o una Minna. Le confieso que todavía hoy soy incapaz de ver a Morel como algo más que un excéntrico, por otra parte simpático, decidido a defender a los elefantes contra los cazadores. El resto…

Se movió con esfuerzo en su cama, como para encontrar por fin una postura cómoda.

—La idea de que todo lo que hizo quizá sólo fuera un gesto, un gesto de desprecio y de asco hacia los hombres, una especie de… ruptura, de escupitajo, usted sabe tan bien como yo todo lo que se dice al respecto, siempre me ha resultado incomprensible. Nunca he podido creer que un ser humano pueda llegar tan lejos en la condena, en el rechazo de nuestra compañía hasta querer realmente cambiar de especie, tal y como se ha escrito… Todo eso son ideas malsanas, indignas, y me resulta difícil creer que existan circunstancias en la vida que puedan justificarlas enteramente. Pero parece ser que esas circunstancias existen.

Dirigió al jesuita una mirada desesperada, y esta vez también era una mirada que no tenía nada que ver con el sufrimiento físico.

—Entiéndame. No soy completamente idiota, pero me han educado mal: nadie me ha enseñado jamás las reglas del juego. Por supuesto, he acabado por darme cuenta de algunas cosas. Hubo prisioneros ingleses en los campos de concentración japoneses. Hubo los bombardeos de Londres, y luego esa horrible historia de las cámaras de gas en el continente. Evidentemente eso no era jugar demasiado limpio. Pero nosotros sólo lo veíamos como enormidades, como atroces accidentes de la Historia, como excepciones. Siempre creímos que aquello no eran las reglas del juego, que eran golpes por debajo de la cintura. No se nos ocurrió que pudiera tratarse por el contrario de las reglas del juego auténticas y verdaderas, que se nos revelaban así. Vivimos durante mucho tiempo entre algodones morales, pero los nazis y Stalin acabaron por hacernos pensar que la verdad sobre el hombre estaba en ellos, y no en los campos verdes de Eton. No sé por qué digo «nosotros» al hablar de todo esto, pero quiero señalar, simplemente, que hubo, y que quizá todavía haya, muchos imbéciles como yo en Inglaterra. Es posible que lo que nosotros llamamos civilización consista en un largo esfuerzo para confundir a los hombres acerca de sí mismos, y eso es lo que ha hecho Inglaterra. Nosotros creemos que todos los hombres poseen una cierta decencia elemental. Pero debo admitir que tal vez seamos los últimos supervivientes de una época pasada, y que el peso de las realidades innobles nos hará desaparecer muy pronto del planeta, un poco como los elefantes.

El jesuita le dirigió una mirada penetrante, pero el enfermo no parecía haber dado un sentido especial a esa comparación.

—Todo esto para decirle que yo carecía de la experiencia necesaria para comprender a un ser como Minna. Carecía, como muchos de mis compatriotas, de una cierta intimidad con la realidad que teníamos a nuestro alrededor y dentro de nosotros mismos, pues no nos habíamos visto afectados por las oleadas de sufrimientos que asolaron el continente. Sabía naturalmente que esa chica había sufrido mucho, pero yo no tenía ni la menor idea de la cantidad de resentimiento que había acumulado en su corazón. En todo caso yo estaba a mil leguas de intuir el gesto insensato que ella iba a llevar a cabo y que estaba premeditando, mientras iba y venía con su rápida forma de caminar entre los clientes del Chadien. Había venido a

sentarse a mi mesa, un momento, y debo decir que me sonrió como de costumbre: siempre sonreía al verme, supongo que le parecía muy cómico. «Bien, coronel Babcock, ¿qué piensa usted de esta aventura?». Le respondí que sentía simpatía por un hombre que amaba a los animales y que era cierto que los elefantes habían sido prácticamente exterminados en ciertas regiones de África, pero que ese Morel se lo tomaba demasiado a pecho. «En Inglaterra —le dije— todo esto se hubiera solucionado con una carta al *Times*, después de la cual, bajo la presión de la opinión pública, el Parlamento habría votado las leyes necesarias para la protección de la fauna africana». Ya ve lo imbécil que soy: verdaderamente creía que se trataba de eso. «Él no tiene ninguna posibilidad de salir bien librado de este asunto», dijo Minna, como para expresar un hecho que no tenía vuelta de hoja. Yo le dije que efectivamente las posibilidades que tenía Morel eran prácticamente nulas. Nunca olvidaré la mirada que me dirigió en ese momento: emocionada, borrosa, suplicante. Añadí rápidamente que como mucho tal vez le cayera un año de cárcel, siempre que no matara a nadie en el intervalo, lo que entraba dentro de lo posible. Le pregunté si aceptaría beber algo conmigo. Confieso que fue una forma discreta de recordarle que yo estaba allí desde hacía un buen rato y que ningún camarero había venido a atenderme. Era la hora de mi primer whisky y realmente lo necesitaba. Pero creo que ella ni siquiera me oyó. Se mantenía a mi lado, envuelta en su chal gris, pensando en algo que desde luego no tenía nada que ver con mi whisky. Muy bella, lo constataba cada vez que la veía, muy bella.

El coronel se calló.

—Lástima —dijo, sin concretar más su pensamiento—. Sí, lástima.

Hizo una pausa y luego continuó:

—Me daba perfecta cuenta de que estaba preocupada. Le dije que parecía inquieta. Me miró con asombro y después me sonrió. Me acuerdo que me manifestó de pronto una especie de amistad, de simpatía, y se ocupó de mi whisky.

El coronel suspiró.

—Me imagino lo que debió de pensar de mí en ese momento. Debió de pensar que yo era un viejo imbécil que no entendía nada. Pero tal vez lo pensara con una cierta simpatía, porque sabía perfectamente que las tropas

sobre las que yo mandaba nunca habían violado a nadie. Así pues, fue a ocuparse de mi whisky y después vino a sentarme a mi mesa, ¿y sabe usted lo que hizo? Me cogió la mano. Puedo decir, con pesar, que no soy el tipo de hombre al que las mujeres, en general, cogen la mano en público. Empezaba a anochecer, pero por una vez ese famoso crepúsculo africano, que siempre tiene tanta prisa, parecía retrasarse. La mayor parte de las personas que estaban en el Chadien me conocían y debían de darse cuenta de que se trataba de un malentendido, pero yo me sentía muy incómodo. Sobre todo, porque no sabía qué decirle. Debí contentarme con toser un poco y mirar severamente a mi alrededor con una actitud amenazadora, por si a alguien se le ocurría sonreír. Pero lo más desagradable estaba a punto de ocurrir. Porque mientras que estaba sentado allí, con mi mano en la suya, no atreviéndome a retirarla para no parecer grosero, sentí de pronto en el dorso de su mano algo húmedo: ¡eran lágrimas! Estaba llorando. Me apretaba la mano violentamente y lloraba. Abrí la boca para decir algo, lo que fuera, para tratar de ayudarla, de consolarla, y en ese momento la oí reír. Sí, reír. Debo decir que me quedé completamente petrificado por el estupor. Y en ese mismo momento, cuando yo ya no entendía nada, nada de nada, me dijo con una voz desgarrada, sollozante, que todo el mundo que había en la terraza debió de oír: «¡Oh, coronel Babcock, es usted una magnífica persona!» y luego bruscamente se acercó mi mano a sus labios y la besó.

El coronel inspiró el aire con esfuerzo.

—Lo que quiso decirme con esas palabras y lo que por mi parte le provocó semejante gesto, todavía hoy sigue siendo un misterio para mí. A veces me pregunto si mi enfermedad de corazón no datará precisamente de aquel momento.

Se interrumpió y miró al jesuita con reproche.

—No me acuerdo demasiado bien de lo que dije o hice. Sin embargo, ella debió de darse cuenta de la situación, porque me soltó la mano. O tal vez sus pensamientos estuvieran ya en otra parte. Creo que fue más bien esto último y que ya no pensaba en mí. «Pero todavía queda un poco de tiempo, ¿verdad?», preguntó. Yo no tenía la menor idea de lo que ella quería saber. Estuve a punto de responderle que, a pesar de todos los preparativos que se estaban haciendo en ese sentido, no íbamos a

desaparecer de un día para otro en algún repentino holocausto nuclear. «Sí, todavía queda un poco de tiempo», respondí completamente al azar. Estaba desconcertado. Acababan de encender las luces y tenía la clara impresión de que todos nos observaban sonriendo. Usted me dirá que por qué me preocupaba tanto lo que pensaran los demás. Verá, a nadie le gusta hacer el ridículo, y mucho menos a los viejos coroneles ingleses retirados. Me dirá también que, a mi edad, esas cosas apenas tienen importancia. Pero tal vez haya aspectos en los que uno nunca envejece. Y a los sesenta y tres años no es agradable sentir que una joven ya no te ve como un hombre, como tampoco lo es que a los dieciséis años te vea todavía como un niño. Para un hombre es bastante desagradable sentirse tratado como un niño por una joven cuando nunca has sido tratado… de ningún otro modo por ninguna mujer.

El jesuita hizo un gesto de comprensión. Lamentó que el mundo hubiera pasado junto al coronel sin haberle prestado un poco más de atención. Era una ramita, un brote infinitesimal de la evolución que la humanidad debería haber observado con más interés. La decencia era algo que evidentemente no poseía grandes ambiciones. Era algo sin carácter y sin posibilidades grandiosas, pero en todo caso se trataba de un viraje decisivo ante el cual la humanidad debería haber vacilado más de lo que lo había hecho. Y también debería haber sentido un mayor respeto hacia el humor, porque era una de las mejores armas que el hombre había forjado para luchar contra sí mismo.

—Al final acabé comprendiendo que me estaba hablando de Morel —continuó el coronel—. Me sentí realmente aliviado al ver que por fin pensaba en algo diferente. Le dije que Morel podía escapar de sus perseguidores todavía durante algún tiempo, pero que sólo era cuestión de días.

El coronel se movió un poco en su lecho.

—Ella escuchaba mis palabras con una enorme atención. Estaba inclinada hacia mí, muy erguida, tensa, con las manos apretadas, casi imbricadas la una en la otra. No ocultaba sus sentimientos ante mí, ya ve usted, ante mí no, debía de saber que conmigo no corría ningún peligro, que yo era incapaz de comprender nada. Debía de decirse que se puede contar siempre con un caballero cuando se trata de no comprender a una mujer.

Debo decir que justifiqué plenamente esa confianza. Yo estaba allí, explicándole tranquilamente que Morel no tenía ninguna posibilidad de salir bien librado, que probablemente estaría al límite de sus fuerzas, y que más pronto o más tarde un blanco solo en la sabana sería denunciado por los negros de los poblados vecinos. Ella me escuchaba con la misma pasión que otros ponen al hablar. Si me permite expresarme así, me escuchaba con locuacidad.

El coronel guardó silencio. Pero al cabo de un momento continuó:

—No sé si se acuerda usted de sus ojos. Eran grises, de un gris muy claro, y siempre parecían interpelarte dolorosamente. Había una especie de contradicción entre sus ojos y cuanto le había ocurrido. Pero, en fin, en la oscuridad, los soldados probablemente no los vieran, o quizá ella mirara hacia otro lado… Tenían una inocencia extraordinaria, quizá fuera simplemente por su color. Eran unos ojos que lo habían visto todo, pero victoriosamente. Debo añadir que su voz era muy diferente a sus ojos, quizá por el acento alemán. Poseía cierta pesadez, cierta experiencia… Pero también es verdad que Minna fumaba mucho. Estaba, pues, explicándole que la detención de Morel probablemente sería cuestión de días y que no tenía ninguna posibilidad de escapar, solo en la selva, cuando me interrumpió: «Pero no está solo —dijo—. He hablado con los periodistas y todos me han dicho lo mismo, que tiene la simpatía del público. Si alguien pudiera decirle…». Entonces fue cuando hice la observación más idiota de mi carrera… y llevo cuarenta años en servicio activo. «Vaya —le dije—, ya veo que usted también ama a los elefantes». Ella me sonrió, me miró un instante de un modo que se parecía mucho a la amistad y me tocó la mano. Después se levantó y se fue. Me quedé solo, con mi pipa, intentando adoptar una expresión de indiferencia, pero siempre me sentía triste cuando ella me dejaba. A medida que voy envejeciendo, cada vez tengo más necesidad de compañía. Me quedé allí todavía un poco más, porque ella iba de una mesa a otra y tal vez volviera. A veces volvía dos o incluso tres veces en la misma velada. Yo llegaba hacia las seis de la tarde, y si no tenía ganas de volver a casa, cenaba allí. Minna venía por lo general cuando yo encargaba el menú y luego para el café, pero naturalmente dependía de la cantidad de gente que hubiera. Yo nunca podía saberlo por adelantado. Los

sábados por la noche nunca iba al Chadien, me horrorizan las multitudes. Y además ella se olvidaba de mí… Quiero decir que nunca conseguía que me sirvieran. El lunes era el mejor día, porque ella estaba mucho más libre. Durante la media hora siguiente, no pude hacer otra cosa que seguirla con los ojos, de lejos. La miraba a menudo, y no porque fuera bonita o graciosa, que por supuesto lo era, lo fue siempre, sino para ver si volvía a mi lado, pues tenía la sensación de que se sentía un poco sola, y no quería darle la impresión de querer escurrir el bulto. De esa forma le dediqué toda la velada —me quedé a cenar en la terraza— y sentí que me estaba agradecida. Adiviné vagamente que necesitaba una presencia amiga. Poseo una gran experiencia de la soledad y sé cuánto puede ayudarnos una presencia amable, incluso de lejos. No me gustaba demasiado el Chadien, sobre todo porque tenían unos precios escandalosos y siempre veías las mismas caras. Pero iba todas las noches por ella y no había vez que no me sonriera al verme entrar. Creo que me apreciaba a su manera. Aparte de eso, el lugar era bastante espantoso, con sus insectos y sus discos, siempre los mismos: había uno que se titulaba *Remember the forgotten men* que de buena gana habría roto. Y además estaba ese hombrecillo siniestro, Orsini, cuya voz era siempre lo primero que uno oía al llegar.

»Debo decir que siempre hacía un gran esfuerzo para ser especialmente amable con él, porque consideraba que debía ser tolerante y que la mofeta no tiene la culpa de oler mal. Nadie tiene derecho a hacer ver a alguien que le resulta desagradable. Así pues, siempre trataba de mostrarme simpático con él. Acabó considerándome como uno de sus mejores amigos —incluso en cierta ocasión llegó a decirme que yo era el único amigo que tenía, con algo húmedo en la voz absolutamente repugnante—, por lo que me sentía en el deber de invitarle de vez en cuando a mi casa para no herir su susceptibilidad, y acabé detestándole tanto que sólo verle me producía jaqueca. Pero eso me obligaba a hacer un esfuerzo todavía mayor para ocultar mis verdaderos sentimientos, sentimientos que no me sentía en el derecho de tener ni de manifestar a ninguna persona, fuera quien fuera. El caso era que pasábamos a menudo la velada juntos, en su casa o en la mía, en la terraza, mirando las estrellas, y debo decir que aquel desgraciado me resultaba tan antipático que acabé detestando las estrellas, simplemente

porque él estaba allí, a mi lado, mirándolas. Incluso parecía que le gustaba hacerlo y que las encontraba hermosas. En aquello también había algo que me resultaba desagradable. El hecho de que a un hombre como él pudieran gustarle las estrellas parecía demostrar que éstas no eran lo que generalmente se cree. Pasábamos, pues, las veladas juntos, y yo me veía obligado a oírle verter su hiel sobre todo y sobre todos. Cuando estaba sentado allí, a mi lado, mirando silenciosamente las estrellas, uno tenía la impresión de que simplemente se preguntaba cómo alcanzarlas con su veneno. Y en cierto modo lo conseguía, porque no hacía otra cosa que calumniar a Minna, atribuyéndole toda clase de relaciones sexuales con toda clase de individuos. Sobra decir que si relaciono a Minna con las estrellas no es por un romanticismo ridículo, para el que ya no tengo edad, sino simplemente para señalar que Orsini la consideraba tan inaccesible como la estrella más lejana de nuestro firmamento y que se consolaba denigrándola. Nunca he podido soportar que alguien hable mal de las mujeres. Me preguntará cómo pude tolerar que Orsini lo hiciera delante de mí, y sólo para mí, en la terraza de mi casa, a cinco kilómetros del vecino más cercano. Pero desconfiado y agresivo como era, si yo le hubiera llamado al orden me habría acusado de cualquier estupidez, como por ejemplo de abrigar hacia esa mujer algún sentimiento oculto. Era un ser que lo veía todo de una forma innoble. Además, si le hubiera prohibido contarme aquellas historias sobre Minna, como no podía hablar de otra manera, no me habría hablado de ella en absoluto. Había momentos en que me preguntaba si no toleraría su presencia en mi casa dos o tres veces a la semana sólo porque era el único hombre que me hablaba de ella. Tal vez eso le impidiera verter sus montones de basura en otra parte, sobre otra gente quizá más dispuesta a creerle que yo. Como ve, me había metido en una situación francamente penosa. Sobre todo porque acababa sintiéndome deshonesto con Orsini, lo que me obligaba a redoblar mi amabilidad para con él, sobre todo en público, para evitar que me acusaran de hipócrita, de lo que suelen tachar tan fácilmente a los ingleses. Tanto es así, que al final todo el mundo pensaba que éramos amigos, aunque probablemente yo fuera la persona que más detestaba a Orsini de todo Fort-Lamy. Aquella noche, Orsini estaba en el otro extremo de la terraza, vituperando, delante de los

criados negros que comprendían cada una de las frases que pronunciaba, a los indígenas que, según él, habían ayudado a Morel simplemente para dar al mundo la impresión de que en el Chad había los mismos desórdenes que en Kenia. Era el típico comentario estúpido que tanto nos ha perjudicado en África. Yo estaba tan nervioso por sus tonterías que había acabado por perder de vista a Minna, pero de pronto la vi delante de mí, junto a una mesa. Me levanté. Me acuerdo incluso, ahora que pienso en ello, que empezó a latirme el corazón con una fuerza fuera de lo común, lo que demuestra que ya lo tenía delicado en aquel momento, y que cualquier movimiento un poco brusco me lo aceleraba anormalmente. Pero no tuve ningún cuidado.

El coronel Babcock pareció reflexionar.

—Creo que lo más impresionante de ella eran sus ojos. Era alta, con muy buena estampa, creo que se dice con «unas bonitas formas» cuando se habla de mujeres, con los cabellos muy rubios, un rostro… y unos labios… carnosos, unos pómulos muy marcados y esos ojos que tanta confianza inspiraban. Uno se sentía siempre un poco conmovido al mirarla y casi se olvidaba de su acento cuando te hablaba. Se sentó en el sillón de mimbre y permaneció durante un momento inmóvil, ausente, mirando algún punto por detrás de mí, en la otra orilla del Chari. Tuve que girarme para ver qué era lo que tanto la fascinaba. «Orsini pretende que él está protegido por los indígenas —dijo—. Ojalá fuera verdad». Le dije que la idea me parecía absurda. «Lo único que los indígenas ven en un elefante es la carne —le recordé—. Créame, la belleza de la fauna africana les deja completamente indiferentes. Cuando las manadas destrozan las cosechas y la Administración manda matar algunos animales, en principio siempre dejan que los cuerpos se pudran para que sirvan de ejemplo a los otros. Pero en cuanto el teniente de caza se da media vuelta, los negros devoran la carne y no dejan más que los huesos. En cuanto a la belleza del elefante, su nobleza, su dignidad, etcétera, son unas ideas tan europeas como la de la autodeterminación de los pueblos y su derecho a disponer de sí mismos». Minna se volvió hacia mí con impaciencia. «Es un hombre que cree en usted, coronel Babcock, que acude a usted para intentar salvar, preservar algo, y a usted no se le ocurre otra cosa mejor que hacer que discutir

fríamente sus posibilidades, como si todo eso no le concerniera. Él cree en la naturaleza, incluida la naturaleza humana, a la que usted no hace otra cosa que calumniar. Cree que todavía se puede actuar, salvar algo, que no todo está condenado a la destrucción». Me quedé tan sorprendido ante aquella explosión inesperada, ante esas frases, sobre todo viniendo de ella, con todo lo que le había ocurrido, con todo lo que había… en fin, todo lo que había visto con sus propios ojos, que se me cayó la pipa de los labios. «Pero querida niña —farfullé—, no veo cómo la preocupación por preservar la fauna africana…». Me interrumpió: «Dios mío, coronel Babcock, trate de comprender… ¿No se da cuenta de qué se trata? Se trata de saber si usted tiene confianza en sí mismo, en su sentido común, en su corazón, en su posibilidad de salir de esta situación, sí, de salir de esta situación usted y todos los que son como usted. Allí, en la selva, hay un hombre que cree en usted, un hombre que cree que usted es capaz de bondad, de generosidad, de… de un… de un gran amor, en el que tendría cabida incluso el último de los perros… —Minna tenía los ojos llenos de lágrimas y, viendo sus cabellos tan rubios y la belleza de su rostro, yo tenía la impresión de que tenía razón—. Si ustedes los ingleses no comprenden de qué se trata, significa que Inglaterra es una mentira, otro cuento más, *ein Wintermärchen*», finalizó en alemán. Después se levantó, atravesó la terraza y no volví a verla en toda la velada. Yo trataba de reaccionar. *Ein Wintermärchen? Ein Wintermärchen?* Supongo que esa palabra significaba un cuento de hadas. No entendía muy bien lo que Minna quería decir. ¿Esperaba realmente que Inglaterra se precipitara, con Winston Churchill a la cabeza, a defender a los elefantes, que se pusiera del lado de Morel, como si fuera una inmensa sociedad protectora de animales? Por otra parte, Minna decía que no se trataba de animales; ¿de qué se trataba entonces? No entendía muy bien qué era lo que me reprochaba y, al mismo tiempo, me sentía vagamente culpable. Qué quiere usted, los viejos coroneles retirados como yo no estamos hechos para hacer frente a situaciones de ese tipo. No pegué ojo en toda la noche. Daba vueltas y más vueltas en la cama, veía su rostro ante mí y estaba seguro de que ella tenía razón, pues la veía realmente abatida. Sentía que, de alguna forma misteriosa, había traicionado su confianza, y como no tenía a nadie más que a ella en este

rincón del mundo —sólo me queda una prima lejana que vive en Inglaterra, en Devon— me sentía, naturalmente, bastante triste, pues tenía la sensación de que quizá fuera injusta conmigo. Imagínese…

El coronel alzó la cabeza. Parecía cansado, daba la sensación de que sus ojos se habían vuelto más profundos y sus rasgos más acusados. Pero a pesar de las huellas del sufrimiento, su mirada resistía y se refugiaba hasta el final en el humor.

—No sé cómo decirlo, pero tengo la impresión de haber respetado durante toda mi vida a los elefantes, si puedo expresarme así.

OceanofPDF.com

XV

Los periodistas se impacientaban y se dejaban sacar impresionantes sumas de dinero por unos misteriosos «emisarios» que les ofrecían conducirles hasta Morel y luego se evaporaban con el dinero que les habían dado para comprar «ciertas complicidades y el equipo necesario». Los desechos humanos más olvidados del Chad, que parecían reposar desde hacía mucho tiempo en alguna parte enterrados a mil metros de profundidad, volvieron a aparecer de pronto en la superficie haciéndose los importantes para ocultar en realidad su profundo asombro por haber conseguido una vez más que les tomaran en serio. Concertaron citas secretas con los periodistas: «Compréndalo, señor, no nos pueden ver juntos, he dedicado toda mi vida a ganarme la confianza de los indígenas, confianza que no tengo ninguna intención de traicionar», y flotaron un momento así, con la cabeza fuera del agua, gracias a la complicidad burlona de todo Fort-Lamy, justo el tiempo para asistir a alguna que otra comida civilizada y hacer alguna sensacional aparición en la terraza del Chadien con unos trajes impecables y unos flamantes panamás: «el equipo». Después de cogerse una borrachera monumental, desaparecían secretamente y volvían a su profundo cenagal, donde probablemente se volvían a instalar dando un suspiro de alivio. Mientras tanto, se afirmaba que en el sur los tam-tams repetían ya a través del bosque las hazañas de Morel embelleciéndolas, que los indígenas conocidos por sus sentimientos contra los blancos, concretamente Waitari, el antiguo diputado de los oulés, se le habían unido en la sabana y atacaban las plantaciones, y que Morel era en realidad un agente comunista. Se decía… ¿Pero qué era lo que no se decía? El territorio descargaba sobre Morel todos sus temores secretos. Después Saint-Denis surgió del agujero perdido en el que ejercía su cargo de administrador de la región oulé, con una abnegación que le hacía mermar de año en año —ya sólo quedaba de él una cabeza monda, una barba negra y

unos ojos atormentados por algún sueño inaudito de higiene y de salubridad universales— para dar a la historia unas proporciones más humildemente humanas. Anunció que había visto a Morel en la sabana medio muerto de fiebre, solo y sin municiones. Cuando le preguntaron dónde lo había visto, escrutó largamente el rostro de su interlocutor con un cierto asombro, pero sin irritarse en absoluto, y le dio la longitud y la latitud con tal precisión y tanta sencillez que nadie insistió. Sí, lo había visto en plena sabana, y Morel le había pedido un poco de quinina. «¿Y usted se la dio?». Sí, claro que se la había dado, pues todavía no sabía con quién estaba tratando. Exteriormente no había nada en Morel —aseguró honestamente dirigiendo al periodista una mirada ardiente, febril, mística, en la que se ocultaba no se sabía qué ausencia de Dios— que permitiera detectar que no pertenecía a la raza humana. Así pues, le había dado la quinina. «Es absolutamente necesario que alguien encuentre algún día algún procedimiento que les permita distinguir a unos hombres de otros —meditó seguidamente en voz alta—, alguien que establezca un criterio que les autorice a decir que éste es un hombre y aquél no lo es a pesar de las apariencias, algo así como unas tablas de logaritmos especiales que les permitieran identificarnos de inmediato, o tal vez unas nuevas leyes de Núremberg… Quizá ustedes, señores periodistas, venidos especialmente desde tan lejos, desde los lugares más altos de la civilización, puedan poner a punto ese procedimiento con la ayuda de la ciencia moderna». Esperó a que los insultos finalizaran y añadió pavoneándose como un gallito desplumado por mil combates, pero que todavía se siente capaz de luchar: «Y también le di municiones». Se oyeron grandes «¡Oh!» y «¡Ah!», y comprendió que de allí a media hora sería convocado de nuevo por el gobernador, con quien acababa de tener una tempestuosa entrevista. «Sí, le di municiones. Póngase en mi lugar: yo no sabía que estaba tratando con un arrogante, con un fanático. Hacía seis semanas que estaba de viaje, inspeccionando una de esas famosas zonas límite que disputamos a la mosca tsé-tsé. No estaba al corriente de nada. Y de pronto sale un blanco de la pradera de los elefantes y me dice que ha perdido sus municiones de caza al atravesar el Obo y me pregunta si puedo darle unas pocas. Se las doy y me dice que es naturalista y que está estudiando la fauna africana; yo le digo que es una empresa muy

noble y ahí acaba la cosa». Más tarde, cuando se vio obligado como todo el mundo a deliberar sin fin sobre los «porqué» y los «cómo» de un asunto en el que, en definitiva, cada uno veía sólo su propio corazón, cuando de todo aquello sólo quedaron las largas noches estrelladas de África, que siempre tienen la última palabra, Saint-Denis confiaría al jesuita que en aquel momento había sentido a su lado, con una intensidad casi física, una presencia femenina angustiada. Ella le escuchaba con tanta atención, que él había vuelto la cabeza en su dirección como si hubiera oído que le llamaban.

—Ella estaba de pie en la oscuridad, con las manos crispadas sobre los extremos de su chal de cachemira gris, y en su apasionada inmovilidad había todo lo que hasta entonces yo sólo había presentido en las tragedias griegas. Nada más verla erguida de esa forma, hierática, detrás de la miserable jauría que me insultaba en todos los tonos, nada más ver su mirada, sentí que ella estaba dentro del asunto, que, de una forma o de otra, estaba relacionada con todo aquello y que estaba del lado de Morel. Recuerdo que pensé: «Vaya, vaya, vaya», como un imbécil, pero no tanto por ironía como para defenderme de la oleada de pasión de su mirada, que rompía contra mí y era imposible pasar por alto. En aquel entonces yo estaba a mil leguas de imaginar qué sucedía dentro de su bonita cabeza; digo «en aquel entonces», pero debo reconocer que hoy tampoco sé mucho más. Todo lo más que puedo decir es que se trata de una historia donde hay sitio para todos, incluidos usted y yo, para las manadas de elefantes e incluso para otras muchas cosas, para todo lo que aún no ha nacido, por ejemplo. Pero en aquel momento, por supuesto, yo no presentía nada.

Arrojó algunas ramitas al fuego; las llamas saltaron, se acercaron y después se volvieron a tumbar. El jesuita miraba la oscuridad.

—Tal vez sea porque he vivido solo durante demasiado tiempo —dijo Saint-Denis—, pero creo que se trata sobre todo de una historia de soledad. Yo creo que ese tipo, Morel, tenía tanta necesidad de compañía, sentía a su lado tal agujero, tal vacío, que hubiera necesitado todas las manadas de animales de África para llenarlo, y así y todo probablemente no le habrían bastado. Como ve, ese hombre llegó muy lejos, pero estoy seguro de que, según usted, fue porque se equivocó de dirección.

Saint-Denis guardó silencio durante un momento para recuperar el contacto con el silencio de la noche, con el rebaño de colinas agrupado a sus pies hasta los límites de luna. Y luego continuó:

—Debieron sorprender mi mirada, porque todas las cabezas se volvieron hacia Minna, hubo algunas risas y una voz dijo con ironía: «Naturalmente sabrá que Minna ha firmado». Y entonces me explicaron el asunto de la petición y cómo ella había firmado. «Venga a tomar una copa con nosotros», le dije. Ella se disculpó. No tenía tiempo, debía vigilar a los criados, ocuparse del tocadiscos. Me dio la espalda y se fue. Y entonces, no sé por qué, tuve la estúpida impresión de que la había perdido para siempre. Fue a poner otro disco, *Remember the forgotten men* o algo parecido. Pero volvió casi enseguida a sentarse a nuestra mesa, como si lo hiciera contra su voluntad. Decididamente debía de interesarle todo lo que decíamos. Seguíamos hablando de Morel, claro está. Decíamos que ya no le quedaban municiones, salvo los pocos cartuchos que yo le había dado, que no podría resistir durante mucho más tiempo en el bosque y que se rendiría. Sí, añadió alguien, está perdido, y no acierto a comprender lo que los elefantes pueden hacer por él. De pronto, no pude soportar más aquel clima de caza al hombre, y de Dios sabe qué oscuro ajuste de cuentas de cada uno consigo mismo en su excusado. Aquello era especialmente perceptible en Orsini. No estaba en mi mesa —creo que me despreciaba, acusándome, desde lo alto de veinte siglos de civilización blanca, de haberme convertido en un «salvaje»—, pero su voz me perseguía desde el otro extremo de la terraza, esa voz a la que no se le podía tener rencor y a la que había que saber aceptar junto a todas las demás voces de la noche. Hablaba con los periodistas, que formaban alrededor de él un círculo respetuoso, ya que era el primer hombre que lo «había visto claro». Clamaba contra «la desidia criminal de las autoridades» y denunciaba el daño irreparable causado al prestigio de los blancos en África. Hablaba también de ciertas complicidades que venían de «muy arriba» y entonces dijo una frase asombrosa a propósito de Morel, una frase que verdaderamente fue muy lejos. De pronto, con esa voz aguda y exaltada por el sentimiento de la injusticia —Dios mío, otra vez estoy hablando de su voz—, exclamó con un tono asombroso, a la vez triunfante y burlón: «¡Y no olviden, señores, que

ese hombre es lo que en sus países llaman un idealista!». Nunca he oído al odio llegar tan cerca de la verdad. Porque de alguna forma oscura, retorcida y rencorosa, como el propio pensamiento de Orsini, me parecía que éste había dado en el blanco, y que su voz, de una forma misteriosa, pero con una resonancia innegable, había tocado a muerto, expresando la derrota de esa otra gran manada, muy antigua, de gigantes torpes y conmovedores que persiguen obstinadamente un cierto ideal de dignidad humana, por no hablar de tolerancia, de justicia o de libertad. Es probable que, de causa perdida en causa perdida, de decepción en decepción, uno de ellos se hubiera convertido en *amok*, y no sabiendo ya a quién consagrarse, hubiera venido a parar al África negra para morir al lado de los últimos grandes elefantes. Aquello suponía una desesperación y una derrota ante la que Orsini no podía dejar de reaccionar. Pero fue más lejos, todavía más lejos, con un humor irresistible, nunca olvidaré su última exclamación, pues la recuerdo como uno de los mejores momentos de mi vida: «¡Y les diré, señores, que es un humanista!».

»Estuve a punto de levantarme para estrecharle la mano. Por un segundo, casi creí que tenía sentido del humor, el don de convertir en una imagen cómica la esperanza y la desesperación de tantos de nosotros. Pero no se trataba de eso en absoluto. Estaba señalando al enemigo, eso es todo. Orsini era incapaz de tener un rasgo de humor, era incapaz de una cortesía semejante para con su enemigo. Era sólo un hombre que vociferaba cuando le tocaban donde le dolía.

»Sin embargo, hay algo que nunca llegaré a comprender del todo: ¿por qué Orsini convirtió este asunto en un drama personal desde el principio, como si para él fuera una cuestión de vida o muerte? Usted me dirá que él tenía razón, pues, al fin y al cabo, para él se trataba de eso y que, por lo tanto, hasta el final, no fue ningún ingenuo, por emplear sus palabras favoritas. Pero eso no prueba nada, pues si hubiera tenido un presentimiento de lo que le esperaba, éste le hubiera llevado a estar tranquilo. Tal vez todas sus razones se hallaran contenidas en aquella frase que había pronunciado con una convicción tan profunda: “¡Es un idealista!”, pero entonces habría que atribuir un carácter totalmente desinteresado y casi puro al duelo que había empezado a sostener con Morel, porque esa extraña obsesión que él

tenía de sentirse desafiado por todo lo que, de cerca o de lejos, tuviera algo que ver con el idealismo, revelaba en el fondo una profunda y patética vocación. Todavía recuerdo su última observación, lanzada con tal énfasis que parecía ir dirigida a algunas de esas potencias ocultas por las que siempre se sentía rodeado y amenazado, y cuya huella veía siempre en todos los asuntos humanos: "¡Ante la impotencia de las autoridades, incapaces de actuar a causa de ciertas infiltraciones, muy pronto algunos viejos cazadores decididos se verán obligados a ocuparse de este asunto!". Me alejé. No tenía ningún deseo de permanecer allí, a merced de aquella voz, de aquella mediocridad que acababa por convertirse en grandiosa y por engullir a todo el mundo en su pequeñez. Era uno de esos momentos en que uno necesita toda la inmensidad que la mirada puede hacerle descubrir a su alrededor tanto en la tierra como en el cielo para recuperar la confianza en sí mismo. Uno de esos momentos en que uno siente la necesidad de una prolongación, y en que el peso, la misma existencia de la materia, te hacen soñar con alguna imposible amistad. Yo tenía prisa por irme de allí, por volver por fin con mis estrellas, porque nuestra vieja África está formada de ellas, cuando uno sabe mirarla como es debido.

Saint-Denis alzó el rostro hacia el cielo, un cielo que estaba en todas partes, tan inmenso que parecía cercano.

—Parece estar al alcance de la mano, ¿verdad? —dijo con una quietud que su voz parecía extraer de la mismísima fuente de toda tranquilidad—. Yo estaba triste, y creo que, a partir de aquella noche, cada vez que pensaba en Orsini ya no lo hacía con animosidad, sino con una comprensión que acababa por acercarme a él. Aún me parece verlo, vestido de blanco, con los labios torcidos rencorosamente por una especie de conocimiento total del mundo… por una innoble perspicacia… pues a aquello no se le podía llamar sonrisa… protestando, con sus últimas energías, contra todos los que, como Morel, trataban de hacernos pronunciar demasiado alto y demasiado claro el honor de ser hombres, exigiendo de nosotros una generosidad en la que habría lugar para todas las maravillas de la naturaleza. Sí, aún me parece verlo y probablemente lo veré siempre, con esos ojos patéticos a fuerza de rencor, blandiendo sus puños en un gesto que ponía de manifiesto la impotencia de éstos. Era un inculto y apenas sabía

escribir, pero lo ocultaba bajo un énfasis verbal intolerable y una serie de frases hechas hábilmente escogidas. Sin embargo, fue el primero en comprender a Morel y el verdadero motivo de su actuación, lo que demuestra que entre ellos existía una extraña fraternidad. Puede ser que tanto el uno como el otro estuvieran torturados por la misma aspiración y que, aunque se rebelaran contra ella de dos formas opuestas, estaban destinados a encontrarse. Del resto no sé nada. Este asunto permanece abierto para todo el mundo. Todos pueden entrar en él y traerse su propia comida. A veces pienso que Orsini defendió rencorosamente, aunque no sin un cierto valor de mequetrefe, su propia pequeñez contra una concepción demasiado elevada del hombre; concepción que le excluía. Orsini estaba probablemente dispuesto a despreciarse, porque tampoco fue ningún ingenuo respecto a sí mismo, pero ciertamente no estaba dispuesto a aceptar que la modesta opinión que tenía de sí mismo le excluyera del resto de la humanidad. Al contrario, la veía como un signo de pertenencia. Mientras que Morel mantenía muy alto el extremo de la manta, él tiraba de ella con todas sus fuerzas hacia abajo, hacia él, tratando de cubrirse. Quería demostrar a toda costa que no estaba excluido. En el fondo, debía de tener una desgarradora necesidad de fraternidad.

Saint-Denis se calló. Quizá hubiera sentido la contradicción que había entre la simpatía que esas palabras revelaban y la fraternidad que él mismo reivindicaba, la de las estrellas. Pero sabía también que las contradicciones son el precio de todas las verdades más o menos humanas. Se encogió de hombros.

—Quizá le esté aburriendo con Orsini. Estoy seguro de que no le interesa, pero él también formó parte de un destino contra el cual no dejó de protestar. Y también sé que si se aprieta a las almas como si fueran tubos de pasta de dientes, se acaba siempre por sacar de ellas algunas gotas de pureza. Dejemos, pues, a Orsini. Su lugar no está en estas alturas. Me fui pues de la terraza y me dirigí hacia la salida. Estaba bajo aquel arco de triunfo ridículo por el que se entraba al Chadien, cuando sentí una mano sobre la mía. Mascullé: algunas veces, las chicas negras (eso cuando no eran los chicos) venían hasta allí a ofrecerte humildemente sus servicios, rápidamente prestados entre las casetas vacías del mercado. Pero era Minna.

«¿Puedo hablar con usted un momento?», me dijo. Yo no tenía ganas de hablar. Desde que la conocía, evitaba hablar con ella, o incluso mirarla demasiado cada vez que iba a Fort-Lamy. Vivo solo, en la sabana, sin recuerdos, y no era nada agradable regresar durante nueve meses a la sabana con la imagen de una chica como aquélla en los ojos. Es algo que te reconcome una y otra vez y tienes la impresión de que no has escogido tu vida, e incluso de que te has equivocado. Yo respondí que sí, naturalmente. Espero que sacará usted la conclusión de que tengo una naturaleza fuerte y que no me arredro ante el peligro.

OceanofPDF.com

XVI

—Me hizo subir a su habitación. El hotel Chadien había sido construido en el más hermoso estilo de la exposición colonial de 1937, y su habitación estaba al final de una escalera de caracol, en una de las dos torres sobre las que se apoyaba el arco de triunfo del que le he hablado. Debo decir que había decorado su cuarto con mucho gusto. Se veía perfectamente lo que hubiera podido hacer con una auténtica casa, con un *home*, como dicen los ingleses… En fin…

»—Ellos no vienen nunca aquí —dijo—, nunca.

»Me miró atentamente, con cierto desafío, dispuesta a defenderse, a justificarse, pero yo no estaba dispuesto en absoluto a entablar ese tipo de discusión, para mí era algo que no tenía demasiada importancia. Lo que más me impresionó fueron los dibujos que había en las paredes; me traían un vago recuerdo de infancia e incluso el recuerdo de mis padres. Sí, pensé, tenía razón en no dejarles subir allí. Esos dibujos podrían haberles incomodado a la hora de dar rienda suelta a sus arrebatos. Como verá, yo no estaba demasiado animado. Me volví hacia ella, hacia esa joven de cabellos rubios, una alemana —no era posible equivocarse— con el rostro muy pálido y unos ojos que, ¿cómo lo diría?, que no tenían nada que ver con todo aquello. De pronto me entraron ganas de preguntarle: ¿qué hace usted aquí? ¿Por qué está aquí? Es una pregunta que se puede hacer a muchas personas en el Chad, y por ese motivo no se hace nunca. Me parecía también que estaba un poco bebida. Le brillaban los ojos, tenía los párpados enrojecidos y el rostro inflamado de pasión: ya no se contenía, ya no disimulaba como lo había hecho abajo, en la terraza, entre los clientes. En su actitud ya no había rastro de sumisión, y ya no se envolvía en su chal como si fuera la única cosa en el mundo que pudiera protegerla, sino que tenía la cabeza alta, en una actitud casi triunfal, sí, y de desafío. No sé por qué pero sentí cierta antipatía hacia ella, una animosidad casi física. Minna

iba de un lado a otro de la habitación con movimientos rápidos y bruscos, un poco mecánicos. Parecía tener prisa. Encima de la mesa había una botella de coñac y una sola copa. La observé con un poco más de atención y ella movió la cabeza, con una sonrisa casi despreciativa.

»—¡Oh, no! —dijo—, no estoy borracha. Es verdad que de vez en cuando me tomo una copa en compañía de mí misma. —No se expresaba muy bien en francés. En todo caso, tenía un acento muy marcado y su voz carecía de contención, de discreción, hablaba en un tono demasiado alto—. Pero esta noche he brindado con alguien que no está aquí.

»Confieso que en aquel momento yo también cometí el mismo error que todo el mundo. Era tan fácil equivocarse, tan cómodo. Conocía un poco la historia de esa chica, y sobre todo conocía historia de Berlín, la guerra, la ciudad tomada al asalto, la revancha las ruinas, la dificultad de vivir y luego los hombres que la habían utilizado para satisfacer sus pequeñas necesidades. Debería haber comprendido por qué sentía tanta simpatía por Morel y por su campaña para la protección de la naturaleza. Me equivoqué como todos los demás y elegí, yo también, el camino de la bajeza, el más fácil para explicar el comportamiento humano, lo cual no dice mucho a mi favor… Ésa era la parte infernal de aquel asunto. Uno creía siempre saber lo que sentían los demás, cuando en realidad sólo sabías lo que sentías tú mismo. Me dije, pues, que esa chica de veintitrés años había visto todo lo que la humanidad puede dar de sí en lo que a suciedad se refiere en cuanto hace el más mínimo esfuerzo, y que Minna ahora debía de sentir una malsana alegría ante la idea de que en el fondo de la sabana africana hubiera un hombre que había decidido echarse al monte contra nosotros, que se había pasado del lado de los elefantes. Y de pronto vi a aquella… a aquella berlinesa cerrar con llave la puerta de su habitación, y después decir "*Prosit*" alzando su copa para brindar por un fanático como ella que se había sublevado contra el enemigo común. Vi el odio en su mirada inmediatamente, lo cual dice mucho sobre todo del color de mis propios ojos. Sin embargo, estaba completamente equivocado.

El hombre que escuchaba a Saint-Denis en medio de la calma de las colinas sintió en la amargura de la voz del viejo africano que aquel error le acompañaría para siempre.

—No sé si conseguiré alguna vez explicarme a ese respecto. Probablemente por mi parte había un prejuicio. Una especie de desconfianza instintiva hacia los seres que han sufrido mucho. La irritación que uno siente a su pesar cuando los inválidos te hieren demasiado cruelmente la vista. La idea, también, de que las personas que han sufrido mucho ya no son capaces de… de una complicidad contigo, porque en el fondo todo consiste en eso, en que ya no son capaces de tener confianza, optimismo, alegría; porque, de alguna manera, les han estropeado definitivamente. Son unos desgraciados y uno les compadece, pero también les reprocha que hayan sobrevivido. Un poco en nombre de esta idea los teóricos alemanes del racismo preconizaban el exterminio de los judíos: les habían hecho sufrir demasiado, por lo cual ya no podían ser otra cosa que enemigos del género humano. Ésa fue mi primera reacción; con una pizca de piedad, todo hay que decirlo. Creí sinceramente que el único vínculo que había entre esa chica y Morel era un rencor y un desprecio comunes. Me resultaba difícil pensar que aquello fuera un caso de dignidad humana, de confianza humana llevada al límite, más allá de cualquier límite explorado, de una rebelión, también, contra la dura ley que nos ha sido impuesta, es decir, contra la condición humana. Pero debo decir que esa chica, Minna, no te facilitaba las cosas.

»—Quería darle las gracias —dijo ella con una cierta solemnidad, como si estuviera creando entre nosotros algún vínculo oficial. *Ich wollte Ihnen danken*, traduje para mis adentros, a mi pesar, agresivamente. Ella cogió un cigarrillo y se lo encendió—. Quería darle las gracias por haberle ayudado, por haberle dado medicinas y municiones y por no haberle entregado a la policía. Usted al menos lo ha comprendido.

»¡No, Dios mío, yo no había comprendido nada! —La voz de Saint-Denis subió de tono con una despiadada ironía—. No, yo no había comprendido nada de nada, pero ya se lo he dicho, esa chica no te facilitaba nada las cosas. Porque ¿sabe lo que hizo de pronto? Tal vez hubiera leído algo en mi mirada: me era difícil no seguirla con los ojos… Sea como sea, me sonrió —lo más fuerte, se lo juro, es que tenía lágrimas en los ojos—, sonrió, se desató el cinturón de su bata y luego se la entreabrió. “Si quiere…”, dijo. Estaba allí, con las manos en las caderas, la bata

entreabierta, mirándome con la cabeza alta. Ésa era la idea que tenía de los hombres, y con aquello quería decirme que yo no estaba excluido. “Si quiere —dijo—. Para mí, esto ya no tiene ninguna importancia, no existe, nunca ha existido, no es ninguna mácula. Si esto puede causarle placer…”. Me sonrió de nuevo como una especie de enfermera, de hermana de la caridad… Dicen que, después de la toma de Berlín, todas aquellas chicas se convirtieron en una especie de obsesas, de histéricas sexuales.

Saint-Denis movió la cabeza con rabia.

—Vaya usted a entender qué había detrás de todo aquello. Seguramente la superioridad característica del Herrenvolk, ¿no? «Para mí, esto ya no tiene ninguna importancia, no existe, nunca ha existido, no es ninguna mácula». Todavía la oigo decirme esto tranquilamente y con un tono de triunfo, como si nunca nadie le hubiera pasado por encima. ¿Qué quería decir con eso? ¿Que esas cosas no pueden ensuciarnos? ¿Quería lavarse de su pasado de esa forma, recuperar así una especie de virginidad? ¿Liberarse del recuerdo? ¿Quería reconquistar Berlín a los rusos o qué? ¿O tal vez era sólo una niña que trataba de defenderse, una criatura que luchaba con una enorme valentía tratando de minimizar lo que más le había dolido y marcado? Sea como sea, allí estaba ante mí, con la bata entreabierta y…

Saint-Denis apretó violentamente sus manos la una contra otra, como para aplastar el vacío.

—No la toqué. Por respeto humano. Después de todo cada un tiene sus propios elefantes. Al menos ésas son las justificaciones que me doy hoy. Creo que sobre todo me cogió desprevenido y que me faltaron los reflejos, eso es. En pocas palabras, no pasé en sus brazos una noche inolvidable, ni siquiera los cinco minutos que necesita un hombre para sentirse el ser más feliz de la Tierra. Creo incluso que mi mirada debió de expresar una cierta piedad, porque ella se abrochó nerviosamente la bata y llenó su copa de coñac hasta los bordes, como esas jovencitas que quieren demostrarte que aguantan muy bien el alcohol.

»—Bebe usted demasiado —le dije. Era lo único que podía hacer para demostrarle que no me era indiferente. Dejó su copa. Naturalmente ahora estaba llorando.

»—¿Dónde está?

»No sé lo que había en esa voz, qué pasión repentina, pero recuerdo claramente que pensé: “Realmente hay personas con suerte”. Tengo cincuenta años y, sin embargo, hubiera dado cualquier cosa por estar en el lugar de Morel, y en ese momento, créame, su lugar no estaba a cinco kilómetros de allí, en el fondo de la sabana de la región oulé, sino en esa voz. ¡Y ella me preguntaba dónde estaba!

Saint-Denis miró al jesuita con una expresión casi escandalizada y el padre Tassin hizo un gesto afirmativo con la cabeza para indicar que compartía su asombro.

—Señorita —le dije yo con cierta maldad—, Dios me perdone, sé que usted está dispuesta a correr hasta el fondo de la sabana para cogerle de la mano y tratar de salvarlo, pero hay que ser razonable. Le confesaré algo. No me lo encontré por casualidad en un rincón de la sabana. Removí tierra y cielo para conseguir saber dónde estaba, para entrar en contacto con él, para intentar hacerle entrar en razón. Y como ve, no lo conseguí.

»Ella no dijo nada y volvió a coger su cigarrillo sin dejar de observarme con sus ojos grises que se guardaban mucho de revelarme lo que ella pensaba de mí; debía de estar diciéndose que yo era un pobre imbécil.

El jesuita hizo un rápido movimiento negativo con la cabeza, como para expresar su desacuerdo de una forma educada.

—Desde hacía semanas —continué—, los tam-tams sólo hablaban de él en la selva, y yo soy el único blanco vivo que comprende el lenguaje de los tambores africanos. Lo que decían no presagiaba nada bueno, ni para Morel, ni para la paz del territorio ni para las tribus. Se estaba creando una leyenda, y yo sabía que a Morel le iba a ser muy difícil escapar de ella. Los tam-tams hablaban el lenguaje del odio, y le juro que lo que decían no tenía nada que ver con los elefantes. Decían lo que yo quería explicarle a Morel: que le estaban engañando. Porque puedo decirle, y acabo de decírselo al gobernador, que Morel ya no está solo, que ha caído en las garras de uno de esos agitadores políticos a los que hemos inoculado, en nuestras escuelas, en nuestras universidades, y sobre todo a través de nuestras frases, nuestros prejuicios, nuestro comportamiento, nuestro ejemplo, todos los males que nos aquejan desde hace tanto tiempo: racismo, nacionalismo absurdo,

sueños de dominio, de poder, de expansión, pasiones políticas y todo el resto.

»Soy un africano demasiado viejo para no soñar a veces, yo también, con la independencia africana, con unos Estados Unidos de África, pero querría evitar a una raza a la que amo las nuevas Alemanias africanas y los nuevos Napoleones negros, los nuevos Mussolinis del Islam y los nuevos Hitler de un racismo a contrapelo. Ahora bien, mi experimentado oído había reconocido aquellas notas en el lenguaje de los tam-tams. Ésa era la razón de que quisiera encontrar a Morel a toda costa, aunque el caso no dependiera, territorialmente hablando —o uno es burócrata o no lo es— de mi circunscripción. En mi región, las tribus están intactas, soy responsable de ellas desde hace veinte años y le juro que, mientras que yo esté allí, nadie vendrá a contaminarlas. En mi región, hay todavía lugares donde los indígenas viven encima de los árboles, y no seré yo quien les obligue a bajar. Todo lo más que estoy dispuesto a hacer es conservar algunas ramas disponibles para los supervivientes de la era atómica. Sé muy bien que en las cabezas de distrito apenas me soportan y que esperan con impaciencia que una buena hepatitis les libre de mí. Sé también que soy un retrógrado, un anacronismo viviente con una inteligencia no muy por encima de la media, y que en África he aprendido a amar al campesino negro, lo cual no tiene nada que ver con el amor al “progreso”. Tengo incluso la ingenuidad de soñar que la independencia de África se llevará a cabo algún día en beneficio de los africanos, pero sé que entre el Islam y la URSS, entre el este y el oeste, se han abierto las apuestas para disputarse el alma africana. Esta alma africana que es una fuente ilimitada de materias primas y un mercado para nuestros productos manufacturados. De hecho, creo más en los fetiches de mis negros que en las baratijas políticas e industriales con las que quieren inundarnos. No hay duda; soy un anacronismo, un superviviente de otra época geológica, como los elefantes, vaya, ya que hablamos de ello. En el fondo, yo mismo soy un elefante.

»Ésas eran algunas de las cosas que tenía que decir a Morel rápidamente. Explicarle la mala fe de la que se hallaba rodeado, traducirle una noche el lenguaje de los tam-tams, sobre todo impedirle que se acercara demasiado a mi circunscripción y estaba dispuesto a dispararle una buena

rociada de plomo en las nalgas si no lo comprendía o insistía. Sin embargo, yo estaba convencido de su buena fe, tengo un olfato muy fino para esas cosas y no suelo equivocarme.

»No tenía la menor idea de dónde se encontraba, por la sencilla razón de que le habían visto en todas partes a la vez. En todos los mercados, los cantahistorias se enorgullecían de haberlo visto, generalmente sobre un caballo alado y con una espada de fuego en la mano. Algunos, siempre los mismos, pretendían que les había encargado transmitir de su parte una serie de mensajes inquietantes. No hay nada como los tam-tams para construir un mito, en Europa lo hemos aprendido de una forma más que suficiente. Al final, envié a mi criado N'Gola junto a su padre, que es el más grande y probablemente el último fetichista de los oulés, para pedirle que me ayudara. Dwala es un viejo amigo, un gran hacedor de milagros. Puede hacer que llueva cuando es preciso, resucitar a los muertos y exorcizarte los demonios si no llevan demasiado tiempo dentro de ti y lo solicitas tú mismo. Es un gran hombre que habría honrado a cualquier país. Yo lo respeto profundamente. Estaba seguro de que lo comprendería y no me equivoqué.

»Tres días más tarde, N'Gola volvió diciéndome que su padre me rogaba que fuera a verle.

»Y de ese modo me presenté ante Dwala.

OceanofPDF.com

XVII

—Me recibió en la sombra de su casa, pequeño, viejo, arrugado, sentado con las piernas cruzadas y los ojos cerrados. Tenía el cuerpo y el rostro pintados de azul, amarillo y rojo. Comprendí que volvía de alguna ceremonia mágica. Parecía completamente exhausto. N'Gola me dijo que acababa de resucitar a una niña. —Saint-Denis se interrumpió, apretó los labios y dirigió al jesuita una mirada irritada—. Me ha parecido verle sonreír, padre. Dios le libre (no sería el primer padre falto de imaginación), Dios le libre de pensar que soy un ingenuo y de murmurar más tarde, como algunos de mis jóvenes colegas de la Administración, que Saint-Denis se ha convertido en un auténtico salvaje, que a fuerza de vivir entre sus negros durante tantos años, ha acabado abrazando sus supersticiones y que, además, es un viejo reaccionario que impide que las nuevas ideas penetren en los territorios de su jurisdicción. Sé lo que dicen de mí. Pero da la casualidad de que yo mismo fui resucitado por Dwala cuando llevaba muerto mucho tiempo, dos horas, a consecuencia de unas fiebres malignas. Me dijo que había tenido que hacer un esfuerzo terrible para hacerme volver, porque ya estaba muy lejos. Y no creo que sea algo tan extraordinario. Ellos tienen sus secretos, nosotros tenemos los nuestros, y yo creo en África.

El jesuita hizo un gesto de aprobación.

—En cualquier caso, esa joven, Minna, me escuchaba con atención y sin ninguna ironía. Incluso parecía sentir una gran simpatía hacia mí. Estaba sentada con las piernas cruzadas en el brazo de un sillón, y yo sentía deseos de contarle mi vida. Pero por el momento sólo podía hablarle, claro está, de lo que le interesaba: Morel. De no ser por eso, no hubiera tenido ninguna razón para estar allí. Tal vez luego me preguntara por mí mismo. Parecía tener muy buena disposición hacia mí. No me quitaba ojo mientras fumaba nerviosa un cigarrillo tras otro. Me sentía incluso un poco turbado. No

porque uno sea un viejo barbudo deja de ser sensible a la atención que una joven te presta. Y yo sentía que le inspiraba confianza. Cuando hacía algún gesto brusco, por ejemplo, y la bata se le entreabría dejando al descubierto sus muslos, ni siquiera se preocupaba de cerrársela. Por otra parte, yo tenía mucho cuidado de no mirar, y continuaba mi relato. Le conté cómo había hablado con Dwala y cómo él me había escuchado, con los ojos ausentes bajo los párpados medio cerrados, inmóvil, con los brazos inertes. No parecía respirar. Ni siquiera sabía si me estaba escuchando. Quizá ya hubiera salido en busca de Morel y estuviera recorriendo miles de kilómetros a través del bosque para encontrarlo. Por lo general era un hombrecillo enérgico y rápido, siempre gesticulante y atareado. Los mechones de pelo gris de su cabeza y su mentón le daban un aspecto arisco. Pero esta vez parecía totalmente agotado. Sin embargo yo seguía hablándole, por si, a pesar de todo, me estaba escuchando.

»No tenía mucho que explicarle a Dwala.

»Nos conocíamos desde hace mucho. Confiábamos el uno en el otro. Los dos profesábamos el mismo amor a nuestra tierra africana, a nuestras tribus, los dos sentíamos el mismo apego a sus creencias, sus tradiciones, y el mismo deseo de asegurarles la paz. También teníamos en común la desconfianza hacia la civilización y sus venenos. La única diferencia entre nosotros era que yo conocía mejor el peligro que amenazaba nuestro bucólico mundo, peligro que Dwala sólo presentía confusamente. Yo le hablaba de esto a menudo, pero me resultaba difícil explicarle todo el horror de lo que nosotros llamamos el progreso técnico. En la lengua oulé no existían palabras lo suficientemente fuertes para expresarlo. No había ningún término equivalente a nuestros términos tecnológicos, a nuestros inventos renovados sin cesar, y me veía obligado a utilizar imágenes tradicionales, que siempre tenían un sentido mágico, para expresar algo que carecía por completo de magia. Hablé, pues, muy poco, y le pedí que me ayudara. Continuó con los párpados cerrados, pero nada más oírme pronunciar el nombre de Waitari, reaccionó. Abrió los ojos, empezó a temblarle la cabeza y se puso a articular con cólera una serie de frases precipitadas blandiendo de vez en cuando los puños. Waitari era un traidor, dijo —empleó la palabra *gouanga-ala*, que literalmente significa “el que

cambia de tribu y la enfrenta contra la que era la suya”—; nuestras tribus occidentales a eso lo llaman ser un *quisling*. Me gritó que Waitari ya no era un oulé, y que, cuando venía a los poblados, venía con ideas de blanco, con ideas de extranjero. Quería abolir el poder de los ancianos en los consejos de las tribus, suprimir las comunidades fetichistas, prohibir las ceremonias mágicas, castigar a los padres que seguían practicando la ablación del clítoris a sus hijas… emponzoñaba la mente de los campesinos con las ideas que había aprendido de los franceses. Pero sobre todo Waitari impedía a los blancos dormir. Les despertaba brutalmente y les aterrorizaba, y los blancos se iban a poner nerviosos y a intentar cambiar África, a darle un nuevo rostro, *su* rostro, a hacerle romper con su pasado. Mi viejo amigo temblaba de rabia con los puños levantados, y las líneas mágicas trazadas sobre su cuerpo, amarillas, rojas y azules, se mezclaban entre sí a causa del sudor. Había vuelto a la tierra y, decididamente, ya no quedaba en él ningún atisbo de cansancio o de ausencia, era de los nuestros. ¿Qué hacían, pues, los franceses?, gemía. ¿Por qué dejaban actuar a hombres como Waitari? ¿Por qué les animaban? ¿Por qué negociaban con ellos? ¿No habían prometido que respetarían a las tribus y también sus costumbres y sus dioses ancestrales?

»Yo le dije que Waitari ya no gozaba de la confianza de las autoridades y que se había unido a Morel. Se servía hábilmente de él para provocar disturbios. Yo trataba de llevar la conversación hacia Morel, pero él me escuchaba con impaciencia. Quien le interesaba era Waitari. Creo que no entendía nada de la historia de Morel. Para él, aún era una historia de blancos entre blancos. Al intentar explicárselo, me interrumpió: “Nuestro pueblo siempre ha cazado elefantes. Su carne es muy buena”. Pero acabé haciéndole comprender el provecho que Waitari podía sacar de Morel. Sabía tan bien como yo lo que se contaba en los mercados y lo que anunciaban los ataques a mano armada de las plantaciones. Yo estaba convencido de que él estaba al tanto de todos los desplazamientos de la banda. Odiaba a Waitari, pero seguramente trataba de mantener buenas relaciones con él; nunca se sabía lo que podía deparar el porvenir. Tal vez el día de mañana Waitari tuviera derecho a expresar su opinión en los consejos de los franceses. Los pensamientos de los franceses eran impenetrables y si

en todo ese tiempo no habían colgado a Waitari, significaba que eran capaces de todo. “Y además —le dije sonriendo—, ¿acaso el oficio del brujo no es mantener unas relaciones correctas con los demonios para que no le cojan a uno desprevenido?”.

»En el rostro de mi viejo amigo apareció una especie de sonrisa, algo así como la huella de una antiquísima experiencia de las cosas de este mundo y no sólo de la magia. Nosotros le llamamos a eso cinismo, pero los dos nos hallábamos muy lejos de los lugares donde se utiliza ese término. Nos comprendíamos entre líneas: hacía veinte años que jugábamos juntos al escondite. Le dije que no tenía ninguna duda acerca de sus verdaderos sentimientos hacia Waitari, que eran muy próximos a los míos, pero que estaba seguro también de que estaba en constante relación con él: probablemente le enviaba regularmente mijo y gallinas. Tal vez incluso había ordenado a uno o dos muchachos de su pueblo que se unieran al grupo que seguía a Waitari y a Morel. El ojo izquierdo de Dwala se entrecerró —una confesión—, y luego celebró con unos minutos de silencio nuestro antiguo y total entendimiento. Inmediatamente después me confirmó el odio que sentía hacia Waitari; le había lanzado mal de ojo en varias ocasiones, pero por desgracia era un incrédulo y las maldiciones no surtían efecto sobre él. Era verdad que había ordenado a un muchacho de su pueblo que se uniera a su tropa para poder vigilarlo mejor y que su propio hijo estaba en constante relación con él. Me aconsejó que regresara a mi casa y esperara. Su hijo N’Gola se conocía todos los caminos, añadió, y comprendí que aquello era una promesa formal.

»Y de esa forma, ocho días más tarde me reuní con N’Gola algún lugar de los alrededores del Galangalé, en los montes Bongo.

»Yo conocía la región, pues unos años antes había tenido que vérmelas dentro de ella con los bandidos kreichs, que hacían, y siguen haciendo, auténticos raids fuera de sus territorios del Sudán inglés, matando a los elefantes en las reservas y llevándose el marfil.

»No esperaba encontrarme a Morel por allí. Según las últimas informaciones, operaba mucho más al sur, donde había sido visto por última vez en el ataque a la plantación Kolb. El hecho de que pudiera desplazarse con tanta rapidez y tanta facilidad a través de una región en donde no

faltaban los poblados decía mucho del prestigio que Waitari seguía teniendo. Por primera vez, me pareció que Morel no era tan ingenuo como pensaba el anciano diputado de los oulés, y que si se había aliado con él era por algo.

»Confieso que me dirigí a la cita con una gran curiosidad e incluso con una cierta emoción. Trataba de imaginar el aspecto que tendría Morel. Tenía una gran necesidad de verlo, y esa necesidad tal vez explicara, más que cualquier otra consideración, los esfuerzos que había hecho para entrar en contacto con él. Después de haberme pasado toda mi vida en África, es lógico que los elefantes despierten en mí un sentimiento muy cercano a un gran afecto. Cada vez que me los encuentro en la sabana moviendo sus trompas y sus grandes orejas, una sonrisa irresistible asoma a mis labios. Su misma enormidad, su torpeza, su gigantismo representan una masa de libertad que me hace soñar. En el fondo, son los últimos individuos. También le diré que todos, en mayor o menor grado, somos más o menos unos misántropos y que el gesto de Morel me tocaba una fibra particularmente sensible. Ésos eran mis pensamientos cuando, después de haber dejado la carretera, N'Gola me hizo viajar dos días a caballo por los senderos perdidos de los montes Bongo. Después, una mañana, mientras avanzábamos lentamente por la maleza espinosa y sobre las rocas volcánicas del Galangalé, un negro salió de pronto de la espesura y cogió mi caballo por las bridas. Habíamos llegado.

OceanofPDF.com

XVIII

—Morel se acercó a mí completamente solo en medio de un calvero rodeado de paredes rocosas, pero me bastó con levantar la cabeza para ver junto a una cascada a un grupo de hombres armados, de pie, cerca de sus caballos. Caminaba rápidamente, abriéndose camino a través de la hierba que le llegaba hasta el pecho; llevaba la cabeza descubierta y el fusil en bandolera, con el cañón apuntado hacia el cielo. Avanzaba hacia mí con una expresión casi violenta que a mí me resultó irritante, pero que a usted sólo le hubiera hecho sonreír con indulgencia como miembro de una Compañía conocida por su falta de ilusiones sobre lo que aparentamos ser. Debo confesar que, nada más verlo, me quedé impresionado por su insignificancia. Quizá porque el cielo que nos rodeaba, inmenso y tormentoso por encima de los basaltos amontonados a través de los siglos, sugería unas proporciones completamente diferentes. Creo sobre todo que, a mi pesar, me había dejado impresionar por su leyenda. En el fondo, esperaba encontrarme con un héroe. Alguien por encima de la media, no sé si me explico. Y en lugar de eso me encontraba con un hombre robusto y algo vulgar, con el rostro obstinado y ceñudo bajo unos cabellos desordenados y pegados por el sudor; tenía las mejillas cubiertas por una barba de varios días y daba una sensación de fuerza e incluso de brutalidad. Pero sus ojos eran asombrosos, grandes, sombríos, violentos, unos ojos que estallaban literalmente de indignación dentro de sus órbitas. También tenía algo rudo, popular, una cierta simplicidad que se manifestaba sobre todo en su seriedad, en ese gesto de creer realmente en lo que estaba haciendo. Me parecía uno de esos hombres de los que queda dicho todo cuando se les califica de «militantes». Pues debo añadir que sujetaba firmemente en su mano una cartera de cuero llena de papeles. No sé por qué, pero aquella cartera provocó mi hilaridad, quizá porque la relacionara mucho más con una sala de conferencias de alguna parte, de Ginebra, por ejemplo, o con

una reunión sindical en un suburbio de París, que con las malezas salvajes del Galangalé. Luego me di cuenta de que se trataba precisamente de eso: había venido a parlamentar con el enemigo y traía sus expedientes. Estuve a punto de echarme a reír, pero había algo en él que te hacía tratarle con consideración. Quizá fuera su evidente falta de humor: siempre me ha parecido que cuando un hombre sobrepasa cierto grado de seriedad, de gravedad en la vida, es un enfermo, y me entran ganas de ayudarle a cruzar la calle. Y así fue como se lo describí a Minna, insistiendo a mi pesar en su lado un poco ridículo, cada uno se las da de listo como puede. Ella sonrió, y al principio tuve la debilidad de interpretar aquella sonrisa como un homenaje a mi sentido de la ironía. Pero no era eso. No tardé en darme cuenta de que se trataba de una expresión de ternura y que la imagen que yo estaba evocando merecía su absoluta aprobación. En su expresión había incluso un rastro de superioridad, de condescendencia para conmigo, como para señalarme que se trataba evidentemente de algo que yo no podía comprender, de un mundo privado y secreto donde no me estaba permitido entrar. Me imagino que conocerá esa sensación que a veces las mujeres saben tan bien infligirle a uno: te sientes dejado de lado, excluido.

El jesuita hizo un gesto de que sí, de que en efecto conocía aquello.

—Viendo que yo continuaba callado, desconcertado, ella me llamó al orden con impaciencia: «¿Qué le dijo él?». Yo le expliqué un poco irritado que yo había sido el primero en hablar.

»Empecé preguntándole si estaba en el maquis para defender la causa del nacionalismo africano. Le pregunté si era cierto que predicaba la revuelta de las tribus. Le dije que conocía a Waitari y sus ambiciones. Le pregunté también si quería expulsar a los blancos de África y, por último, le pedí que me explicara qué tenían que ver los elefantes con todo aquello. Me escuchó con una impaciencia y una irritación visibles.

»—¿Y para esto le han enviado, para que me cuente todo esto? —murmuró con una voz sorda; se notaba que se estaba conteniendo—. No valía la pena que cansara a su caballo. Sí, da la casualidad de que hay un hombre conmigo que piensa en la independencia de África. ¿Y por qué? Para asegurar la protección de los elefantes. Es algo que a él también le interesa. Quiere que los mismos africanos se encarguen de proteger la

naturaleza, ya que, a pesar de todas nuestras conferencias, nosotros aún no lo hemos conseguido… Esto es lo que tenemos en común y la razón de que haya aceptado su ayuda. Quiere lo mismo que yo, me lo comunicó por escrito nada más oír hablar de mi acción. Incluso me expuso un proyecto de constitución que él mismo ha redactado y que llevo aquí dentro…

»Golpeó la cartera con su mano. Intenté en vano encontrar algo que decir ante semejante ingenuidad, ante una ingenuidad tan enorme y desarmante. Era uno de esos tipos obstinados a los que ninguna bomba de hidrógeno, ningún campo de trabajos forzados logra desanimar jamás, y continúan tranquilamente creyendo en ti y esperando. Y hablaba con satisfacción, golpeando su preciosa cartera con la mano, considerándose un hombre astuto que había sabido rodearse de todas las garantías necesarias.

»—Personalmente los nacionalistas me importan un bledo, sean quienes sean, lo mismo me da que sean blancos, negros, rojos o amarillos, o que sean nuevos o antiguos. Lo que me interesa fundamentalmente es la protección de la naturaleza…

»Escupió de pronto, como para liberarse de un exceso de violencia contenida. Su forma de expresarse era curiosa, pasaba indiferentemente de un lenguaje bastante cuidado al argot, a veces con entonaciones arrastradas, barriobajeras, y a menudo con una especie de vulgaridad voluntaria. En ese momento pensé que lo hacía para protegerse de una sensibilidad excesiva. Después he tenido mucho tiempo para pensar en él y he llegado a otra conclusión en lo que a su lenguaje se refiere. Había pasado muchos años en los lugares frecuentados por el pueblo, en los lugares donde ruge la cólera: los cuarteles, las prisiones, los maquis, los campos de trabajos forzados, y cada vez que sentía algo profundamente hablaba como se habla allí. Pero quizá haya pensado demasiado en él, tanto que ha acabado por adquirir en mis recuerdos unas proporciones casi épicas.

»—Los acepto conmigo porque me ayudan y porque me han prometido que lo primero que harán cuando sean los amos será asegurar la protección de los elefantes, es algo que están dispuestos a incluir con todas las letras en su programa, e incluso en la constitución…

»Le dirigí una mirada penetrante para ver si se estaba burlando de mí; pero no, simplemente parecía estar de muy mal humor.

»—Eso es lo que siempre se dice —señalé.

»—Sí —asintió tranquilamente—, eso es lo que siempre se dice. Pero mientras tanto, ¿qué es lo que impide a las autoridades belgas, inglesas, francesas y otras mostrar el camino? La próxima conferencia para la protección de la fauna africana se celebrará muy pronto en Bukavu…

»Otra vez volvía a hablarme de la fauna africana: ¿sería verdad que para él eso era lo único que contaba? Le volví a mirar de una forma penetrante, pero no pude encontrar en el fondo de sus ojos ningún destello, ningún rastro de humor. Si simplemente hubiera accedido a entrar en contacto con el misántropo que todos llevamos dentro, a dirigirle un guiño de complicidad, uno se hubiera sentido a gusto inmediatamente, ¿quién de nosotros no se ha sentido dominado alguna vez por un odio tan repentino como pasajero hacia nuestra especie? Pero no, parecía simplemente enfadado.

»—¡Canallas! —dijo con el rostro endurecido, bajando un poco la voz —. Disparan a bulto a los elefantes simplemente porque son grandes y bonitos. Es lo que ellos llaman un buen trofeo. Hemos encontrado hembras entre los animales eliminados; y no intente decirme que no es verdad.

»Era verdad.

»—Sin embargo, sus amigos han quemado una plantación —le dije sin demasiada convicción—. Eso empieza a parecerse demasiado al bandidismo puro y duro.

»—Tiene razón, hemos quemado una plantación en el norte —dijo—. La plantación Sarkis. Pero se trata de un caso especialmente claro, y lo repetiremos tantas veces como sea necesario. Usted sabe lo que está pasando tan bien como yo.

»En efecto, lo sabía. Con el pretexto de alejar a los elefantes que pisoteaban sus campos, algunos plantadores se dedicaban a exterminar las manadas. Según la ley, ese tipo de expedición de castigo debía llevarse a cabo bajo la dirección de un teniente de caza. Pero los plantadores no tenían tiempo, y por lo general tampoco el deseo, de acudir a las autoridades. Así que se ocupaban ellos mismos del asunto, felices de poder cazar por puro placer.

»—Ésos son casos excepcionales —le dije.

»No era verdad, y yo lo sabía. Sabía por ejemplo que en ese mismo momento las autoridades de África del Sur, de Rodhesia y de Bechuanalandia estaban exterminando sistemáticamente una manada de ochocientos elefantes merodeadores que, expulsados de todas partes por el avance inexorable de las tierras cultivadas, saqueaban las cosechas en la región de Tuli, en la confluencia del Limpopo y del Shashi. Era uno de esos conflictos imposibles de evitar dentro de la marcha del progreso, y ninguna buena voluntad podía salvar de aquello a los elefantes.

»—A pesar de todo, son excepciones —le repetí.

»Por primera vez, su rostro hirsuto esbozó una especie de sonrisa sombría.

»—No vamos a quemar *todas* las granjas —dijo.

»Abrió su cartera y me tendió una hoja de papel.

»—Deles esta lista: en ella se encuentran todas las especies amenazadas de extinción que es necesario proteger.

»Cogí la lista y, nada más echarle una ojeada, vi que la palabra hombre no figuraba en ella. Estaba tan disgustado con todo lo que tuviera que ver con el “hombre”, que suspiré aliviado e inmediatamente me resultó más simpático. Sabía evitar sensiblerías inútiles. Aparte de los elefantes, la lista incluía el gorila de montaña, el rinoceronte blanco, el cefalofino de lomo amarillo y, en general, todas las especies que nuestros ingenieros de montes y nuestros naturalistas señalaban en vano al gobierno desde hacía años. Pero como le he dicho, padre, el principal interesado no figuraba en ella, y me sentí invadido por una ligera hilaridad ante la idea de que esta vez no se libraría, y que quizá muy pronto nos lo quitaríamos de en medio. Miré a Morel con una expresión cómplice, pero en su rostro no había segundas intenciones, parecía simplemente estar enfadado, y mi buen humor se convirtió en exasperación ante su negativa a cooperar. Estaba claro que era uno de esos hombres bien intencionados que no tienen ningún sentido de la ironía y que no ven más allá de sus narices. Se mantenía de pie delante de mi caballo, en la hierba, con las piernas un poco separadas y con una estúpida expresión de firmeza, de obstinación. Realmente no parecía tener miedo a nada.

»—Lo único que les pido —dijo— es un decreto que prohíba la caza del elefante. Entonces me entregaré inmediatamente. Aunque me metieran en chirona, sé que ningún tribunal francés me condenaría.

»Yo estaba indignado. Sí, estaba realmente escandalizado, indignado, presa de una exasperación portentosa, de unas ganas terribles de romperle las narices y de darle una paliza sólo para que se diera cuenta de con quién se las gastaba. En menos de un segundo debí incluso de pensar en la bañera de la Gestapo, en los hornos crematorios, en las últimas explosiones nucleares, y en todos los demás artefactos radicales y definitivos, para volver a pisar suelo firme y no dejarme desconcertar. Porque, para colmo, confiaba en nosotros. Creía que bastaría llamar nuestra atención sobre la suerte de los últimos grandes elefantes para que nosotros tomáramos inmediatamente las medidas necesarias y les garantizáramos la inmortalidad. Lo más indignante es que parecía estar convencido de que nosotros podíamos hacer algo, de que teníamos nuestro destino y el de los elefantes en nuestras manos, de que la protección de la naturaleza era una tarea de los hombres, que no había un tiempo para vivir y un tiempo para morir, y que aún podríamos salir del paso. Estaba claro que era un canalla, un bruto retrógrado y racionalista, uno de esos eternos cornudos que no se dan cuenta de nada, ni siquiera cuando asisten a “la ceremonia”. Perdone mi lenguaje, padre, pero si hay algo que me saca de quicio son esos listillos que se piensan que la condición humana es una simple cuestión de organización, esos maníacos, esos viciosos que no se arredran ante nada y te seducen con soluciones y medidas que según ellos habría que tomar, y no te dejan nunca en paz.

La nariz de Saint-Denis silbó tristemente en medio de la noche. El jesuita aprobó gravemente, y Saint-Denis lo miró con desconfianza, preguntándose a quién o a qué daba su aprobación.

—Y sin embargo, no me atrevía a decirle nada. Porque, para colmo, no quería herir su susceptibilidad. Y al mismo tiempo me entraban ganas de sacudirle, de gritarle la verdad sobre nosotros mismos y ayudarle a desdecirse. Se había sacado del bolsillo papel y tabaco, y mientras se liaba un cigarrillo, de pie ante mí, con la cartera debajo del brazo, las piernas un poco separadas, su gran confianza en sí mismo, su buen aspecto, sus

cabellos rizados, su nariz respingona y su mirada franca y leal sin rastro de cinismo, seguía diciéndome tranquilamente enormidades sin el menor asomo de apuro o de pudor.

»—Lo que ocurre es que la gente no está al corriente, por eso no dice nada. Pero cuando abran el periódico por la mañana y vean que se matan treinta mil elefantes al año para hacer cortapapeles o para vender su carne, y que hay un tipo que está haciendo todo lo habido y por haber para que eso acabe, ya verá la que se arma. Cuando les expliquen que de cien elefantes capturados ochenta mueren en los primeros días, verá lo que dice la opinión pública. Este tipo de cosas son las que hacen caer a un gobierno, se lo digo yo. Basta que el pueblo lo sepa.

»Era intolerable. Yo le escuchaba boquiabierto, completamente de piedra. Era un tipo que tenía una confianza absoluta e inquebrantable en nosotros, y en esa confianza había algo tan elemental, tan irracional como el mar o el viento; algo, a fe mía, que acababa por parecerse como dos gotas de agua a la fuerza misma de la verdad. Tuve que hacer un esfuerzo para defenderme, para no sucumbir ante aquella asombrosa ingenuidad. Él creía realmente que, en los tiempos que corren, la gente seguía teniendo tanta generosidad como para ocuparse no sólo de ellos mismos, sino también de los elefantes. Que en sus corazones seguía habiendo bastante cabida. Aquello era para echarse a llorar. Me quedé mudo mirándole, admirándole, debería decir, con su expresión sombría, obstinada, y su cartera llena de todas las peticiones y de todos los manifiestos habidos y por haber. Hilarante, si usted quiere, pero también desarmante, porque uno le sentía lleno de todas esas cosas bellas que el hombre se ha contado sobre sí mismo en sus momentos de inspiración. Y también testarudo, con un indignante tesón de maestro de escuela a quien se le ha metido entre ceja y ceja conseguir que la humanidad haga sus deberes, y que no dudaría en castigarla en el caso de que se portara mal. Como verá, era un enfermo peligrosamente contagioso.

El jesuita sonrió en la oscuridad.

—Ahora me doy cuenta de hasta qué punto mi primera impresión de él fue injusta. Había ido a su encuentro esperando hallar un hombre a la altura de su leyenda, y me había sentido decepcionado por su sencillez, su

pequeña estatura y su rostro un poco zafio. Pero esa sencillez era la misma que tienen todos los héroes populares, cuyas historias e ingenuidades nunca se dejarán de contar. Sí, ahora le miraba de una forma completamente diferente, me aprendía de memoria su aspecto porfiado, su rostro resuelto e indignado bajo sus cabellos revueltos, y ya me parecía oír una voz que decía: «Había una vez un muchacho un poco simple que amaba tanto a los elefantes que un día decidió irse a vivir con ellos y defenderles contra los cazadores…». Estaba hablándome. Había adoptado una expresión astuta y me hablaba en un tono casi confidencial. Al principio pensé que estaba soñando, pero después me entraron ganas de coger mi salacot, estrellarlo contra el suelo y lanzar una sarta de juramentos.

»—Ya verá la repercusión que va a tener esto —decía con satisfacción —. Fíjese, hasta ahora los perros bastaban a muchas personas. Se consolaban con ellos. Pero desde hace algún tiempo, al haber tomado las cosas el cariz que usted sabe, los perros ya no son suficientes. Están completamente agotados, ya no pueden más. Imagínese, con todo el tiempo que llevan retozando a nuestro alrededor y dándonos la pata, ya están hasta la coronilla…

»Se rió, pero le aseguro que aquello no tenía ninguna gracia. Había acabado de chupar su cigarrillo y se lo había colocado entre los labios sin encenderlo.

»—Ya están hartos, vaya. Es comprensible, han visto demasiado. Y las personas se sienten tan solas y abandonadas que necesitan algo fuerte, algo que pueda realmente aguantar. Los perros ya no bastan, los hombres necesitan elefantes. Así es como lo veo yo.

»Pensé que se estaba burlando de mí. Por otra parte, usted sabe lo que han dicho de él: que era un anarquista iracundo y socarrón, una especie de extremista de la burla. Yo mismo me sentí asaltado por la duda. Le observé bien: pero no, nada, en él no había el menor rastro de ironía, el menor guiño, era un tipo muy serio. Se encendió el cigarrillo y me lanzó una ojeada, como para ver si yo estaba de acuerdo. Traté de reír sarcásticamente y le hice un gesto de aliento, pero él pareció sólo un poco sorprendido. Entonces se me revolvió el estómago y creo que me puse un poco verde. Creo que incluso los ojos se me llenaron de lágrimas: acababa de tener la

impresión de que me había hablado de mí mismo. Él esperaba de pie sobre la hierba, que se movía suavemente bajo las nubes que pasaban, y me miraba casi con amistad, casi con amabilidad. Yo no sabía ya qué pensar. Y todavía hoy sigo sin saberlo. Lo único que puedo decirle es que, cuando conté a Minna su asombroso discurso, ésta se levantó con un brillo de triunfo en los ojos, apretó violentamente sus manos la una contra la otra y pareció luchar contra un irresistible impulso. De nuevo vi aparecer en sus labios una sonrisa de absoluta connivencia.

»—Y luego, ¿qué pasó? —me preguntó.

»—Luego —le dije un poco secamente—, juré para mis adentros y renuncié. Opté por adoptar una actitud enfadada y vagamente protectora. Dije a Morel que iría a Fort-Lamy dentro de unos días y que informaría a las autoridades acerca de nuestra entrevista. Le pedí que se estuviera tranquilo mientras yo trataba de defender su causa. Añadí que su acción había exasperado tanto a algunos cazadores, entre ellos a Orsini, que los elefantes corrían el riesgo de pagar por ello. Le pregunté por último si no tenía algún mensaje personal para alguna persona de Fort-Lamy, porque, de ser así, yo me encargaría de transmitírselo. Dudó.

»—Casi no nos quedan municiones —dijo—. Puede señalárselo.

»Yo no entendía qué tenía que ver eso con mi ofrecimiento de transmitir un mensaje en Fort-Lamy: no pensaría que se las iban a enviar… Pues claro, pensé de pronto, eso es exactamente lo que espera. Una vez más me di cuenta con consternación de que no se sentía aislado, al contrario, pensaba que era el centro de una simpatía universal: estaba sinceramente convencido de que nada más saber que le faltaban municiones todo el mundo correría de la Ceca a la Meca para proporcionárselas. Creo que me eché a reír. En todo caso, le di todas mis municiones, salvo algunos cartuchos de caza. Me dirá que no tenía derecho a abastecer a un fuera de la ley, y sin embargo fue lo que hice. No es de extrañar que con administradores así las cosas vayan tan mal y el gobierno ya no pueda fiarse de nadie —susurró Saint-Denis sombríamente—. Después lancé una mirada al grupo de hombres armados que estaban debajo del peñasco.

»—Eso es —dijo Morel—. Vaya a hablar con ellos. Así podrá decirles a sus jefes que lo ha intentado todo. Vaya solo: así, podrán decirle sin

estorbos lo que piensan de mí…

»Por vez primera, en su rostro apareció una expresión de sincera alegría. Cogió las bridas de su poni de la mano del escudero negro con albornoz azul que le esperaba, se subió a él y se alejó tranquilamente. Yo tiré de mi caballo hacia la cascada.

OceanofPDF.com

XIX

—Yo sabía perfectamente que no encontraría a Morel solo. Y sabía también que en África no faltan esos aventureros siempre dispuestos a aprovechar la menor ocasión que se les presente para robar, saquear y, en general, «vivir libremente». Nuestro continente no ha perdido aún todo su atractivo para los hombres que sólo se sienten realmente libres cuando empuñan un arma. Esperaba, pues, encontrar alrededor de Morel a algunos de esos fuera de la ley que se nos escapaban desde hacía mucho tiempo. No me sentí defraudado. Al primero que reconocí conforme me acercaba a la banda fue a Korotoro, el saqueador de tiendas y de bazares, que se había evadido hacía algún tiempo de la prisión de Bangui. Estaba en cuclillas en el suelo, con una metralleta sobre las rodillas, riéndose y gesticulando con otro negro. Ni siquiera me miró. Usted probablemente sabrá que, cuando al regresar a Fort-Lamy dije quiénes eran los hombres que estaban con Morel, fui tachado de mentiroso y acusado de querer dar al asunto unas proporciones desmesuradas e inverosímiles para convertirlo, de alguna manera, en una proyección de mi propia misantropía. Es posible, claro está, e incluso probable, que aquellos compañeros de Morel a los que yo no conocía personalmente me hubieran dado una falsa identidad por la sencilla razón de que todos los policías del mundo debían de soñar todas las noches con ellos. Pero de ahí a pretender, como se ha hecho, que, menos yo, nadie los había visto y que eran el producto de mi imaginación de viejo arrogante y solitario, que trataba de encontrar la compañera ideal… en fin, padre, eso es hacerme mucho honor y no seré yo quien vaya a protestar. En todo caso, podrá imaginarse la cara que puse cuando reconocí en el grupo a alguien a quien conocía muy bien, el naturalista danés Peer Qvist, que se suponía que estaba realizando una misión de estudios en África Central y al que yo mismo había ayudado varias veces a lo largo de sus desplazamientos. Era un hombre anciano, mayor no es la palabra, delgado

como un palo y con una perpetua expresión de severidad en el rostro. Pero bajo su barba de patriarca ocultaba una sensibilidad exasperada. Era exactamente el tipo de personaje cuyos sentimientos humanitarios acaban por parecerse a un auténtico odio hacia la humanidad. No sé qué edad tenía exactamente, pero parecía tener cincuenta años más, y me observaba con sus ojitos azules y fríos como témpanos. Junto a él había un hombre apoyado en su fusil, un hombre de rostro sarcástico cuya identidad no he conseguido conocer jamás y que era uno de aquellos a los que nunca más se volvió a ver, ni siquiera después del desenlace del asunto. Se ha dicho que consiguió llegar a Kenia y que es uno de los dos blancos que combaten junto a los Mau mau en la selva de Aledeen. Me imagino que conocerá usted la leyenda según la cual hay algunos blancos con los Mau mau y que uno de ellos se hace llamar general francés. No se sabe nada seguro sobre ese asunto, sólo algunos rumores sobre unos kikuyos capturados, y seguirá sin saberse nada hasta que no hayan sido debidamente liquidados; y entonces habrá que darse prisa y llegar antes que las hormigas. Todo lo que pude saber de él, a lo largo de una conversación de dos minutos, fue que era parisino. Cuando trataba de convencerle de la locura de su empresa, me interrumpió bromeando:

»—Mire, señor, he sido durante tres años cobrador de autobús en París, concretamente en la línea del noventa y uno, que, por cierto, se la recomiendo en las horas punta. Gracias a eso, he adquirido un conocimiento de la humanidad un poco más profundo, lo que, claro está, me ha llevado a ponerme del lado de los animales. Espero que esto le baste como explicación.

»Su compañero era un personaje muy singular: tenía el rostro congestionado, los ojos ligeramente saltones y un bigotito gris entre dos mejillas hinchadas que parecían retener algo, un suspiro, una carcajada o algún vómito. Estaba sentado en una roca con una escopeta de caza sobre las rodillas y temblaba ligeramente sobre sus posaderas, presa del último grado de estupor alcohólico; iba vestido con un resto de elegancia para otros horizontes completamente diferentes; llevaba un traje de *tweed* y un sombrerito tirolés desgarrados por varios sitios; era evidente que tanto aquellas ropas como su propietario habían conocido días mejores. Cuando

intenté cruzar algunas palabras con él, su compañero, con el que yo acababa de hablar, se interpuso diciéndome:

»—A pesar de pertenecer a una familia muy noble, el barón ha decidido cambiar también él de especie y romper con todo. Su hastío es tal, que incluso se niega a utilizar el lenguaje humano.

»En ese momento, el susodicho barón se tiró, como para confirmar aquellas palabras, una serie de pedos completamente asombrosos.

»—Ya lo ve —me dijo su acólito—, ya lo ve, sólo se expresa en morse, considera que eso es lo único que nos merecemos.

»Estaba clarísimo que aquellos bandidos no tenían ninguna intención de revelarme su verdadera identidad, y aunque hice un vago esfuerzo para acordarme de las últimas fichas de criminales buscados que me llegaban cada trimestre desde Lamy, no tuve más que echar una ojeada al último hombre de la banda para, de pronto, despreciar todas aquellas menudencias.

»Se mantenía un poco aparte, a los pies del peñasco, y me extrañó no haber reconocido de lejos su figura de gigante: pero era la primera vez que veía al antiguo diputado de los oulés sin un elegante traje europeo encima. Llevaba una guerrera militar echada sobre los hombros desnudos, tenía el gesto de la boca torcido y empuñaba una metralleta: sí, era Waitari…

Saint-Denis pronunció ese nombre con un deje de ironía y al mismo tiempo de tristeza.

—Le conocía muy bien: veinte años antes le había conseguido una beca de estudios. Más tarde, mucho más tarde, había viajado como diputado a través de mi circunscripción y, al volver a Sionville, había tenido mucho que decir sobre mi forma «de no hacer nada para liberar a las tribus atrasadas de las servidumbres del pasado». Tenía razón, no tengo ninguna prisa por hacerlo. Al contrario, cada vez siento más el irresistible deseo no sólo de mantener intactos las costumbres y los ritos de la selva africana, sino incluso de compartirlos yo mismo a veces. Creo en ellos… Pero, en fin, dejémoslo. Sólo le diré que cuando lo vi en la pradera de los elefantes con su figura alta y orgullosa y empuñando un arma, como para demostrarme que si todo había acabado entre nosotros, comprendí inmediatamente todo lo que había en el fondo de ese asunto, y qué provecho pensaba sacar de la locura de Morel. Y, como siempre, fui

sensible a la belleza del cielo africano que lo rodeaba. Me acerqué a él. Nos miramos. Estaba a algunos pasos de la cascada, en el vaporoso hormigueo de las gotas que me mojaban el rostro y revoloteaban a nuestro alrededor, inmóvil, en una actitud hostil que armonizaba perfectamente con sus relucientes músculos y con todo aquel paisaje de rocas y de hierba amarillenta y espinosa. Me daba cuenta de que estaba posando para un cartel de la rebelión africana, esperando probablemente que yo hubiera traído una máquina de fotos. Y, sin embargo, en aquella escena había una autenticidad innegable: la de la belleza. En la posición de su cabeza, en la tranquila fuerza de sus hombros había algo casi despectivo; era el producto magnífico de una selección que no era en absoluto natural, ya que la tribu de donde provenía se había desembarazado durante generaciones de los subproductos humanos gracias a los negreros árabes y portugueses. Yo esperaba y le observaba con desconfianza masticando un poco de tabaco.

»—Espero que me ayude a aclarar ciertos malentendidos —dijo, y su misma voz parecía extraer de las rocas de basalto algunas de sus inflexiones, pero tal vez sólo intentara hacerse oír por encima del ruido de la cascada—. Mi presencia aquí debería bastarle para aclarar las cosas. Están tratando, un poco en todas partes, de camuflar este asunto, de ocultarlo a la opinión pública, quieren echar sobre la revolución africana una cortina de humo ecológico…

»Yo seguía sin decir nada. Masticaba mi hebra de tabaco y esperaba. Le miraba, sentía las gotitas de agua fresca que, mezcladas con el sudor, me hacían cosquillas en la barba y pensaba en todo lo que había visto ya en África, mi verdadera patria, de la que ninguna potencia del mundo podría expulsarme jamás. Me quité el salacot y me sequé la frente. Por encima de la cascada, en el torbellino de las brumas, el sol lanzaba un arco iris entre dos amontonamientos de rocas.

»—Morel es un iluminado. Pero nos es útil. Estamos de acuerdo con él en un punto: ya es hora de acabar con la escandalosa explotación de las riquezas naturales de África por parte del capitalismo mundial. Por lo demás…

»Echó una ojeada divertida hacia el claro.

»—Es un idealista patético y pasado de moda…

»—Ya veo —dije.

»Y añadí sin ninguna ironía:

»—De todas formas debería ponerle al corriente.

»No me escuchaba. Lo que yo pudiera decirle no le interesaba; tenía tras él a diez generaciones de jefes oulés, y los años de Parlamento no habían debido de arreglar las cosas. Y además, él sabía perfectamente que era más inteligente que yo, más instruido, más grande desde todos los puntos de vista. De pronto me recordó a la figura trágica de Kenyatta, el jefe espiritual de los Mau mau, que se pudría en el fondo de alguna prisión de Tanganica. Tenía su misma mueca orgullosa, su misma desnudez poderosa, cubierta tan sólo con una piel de leopardo. Llevaba una lanza en la mano y unos amuletos alrededor del cuello. Ambos producían la misma sensación de autenticidad. Lo único que los diferenciaba es que la fotografía de Kenyatta figuraba en la portada de una obra de antropología que acababa de publicarse en Oxford. Le observaba fríamente sin dejar de masticar mi hebra de tabaco.

»—¿Cuántos son ustedes en la región oulé? —le pregunté por fin—. ¿Cuatro, cinco? ¿Una docena? Tienen a las tribus en contra…

»Con un humor sombrío en la expresión del rostro y en la voz, observó:

»—No se trata de sublevar a los oulés. Es demasiado pronto. Pero quiero que el mundo nos oiga, aunque sólo sea a través de mi voz… Quiero que nos oigan en la India, en China, en América, en la URSS, incluso en Francia… Ya es hora de poner fin al gran silencio negro. Por lo demás…

»Dudó, pero fue más fuerte que él:

»—Usted sabe cómo perdí mi puesto de diputado en las últimas elecciones. Las autoridades influyeron decisivamente a favor de mi adversario…

»Era verdad. Pero era una observación totalmente fuera de lugar y se dio cuenta.

»—Eso no tiene nada que ver con el presente, por supuesto… De todas formas, hubiera asumido mis responsabilidades.

»—Sí —dije yo, con bastante mala idea. Y después añadí—: Usted irá a la cárcel.

»Alzó sus magníficos hombros y yo pensé: “Si yo tuviera unos hombros así…”.

»—¿Y qué? Hoy, las prisiones colonialistas son las antesalas de los ministerios…

»Sonrió.

»—Pero se equivoca en preocuparse por mí. Quizá nunca me cojan. El Sudán no está tan lejos… Y hay una famosa emisora de radio en El Cairo. No sé si el conflicto entre el mundo capitalista y el mundo nuevo se producirá hoy o mañana, pero sé que África será la vencedora.

»—Usted ha pensado en todo —le dije—. ¿Qué tal está su mujer?

»—Vive en Francia, en casa de su madre. Ya sabe que es francesa.

»—Lo sé. ¿Y sus hijos siguen viviendo en Janson?

»—Sí —dijo tranquilamente—. Quiero que reciban una buena educación. Les necesitaremos…

»Asentí. No era un cínico. Nos conocía, eso es todo. Sabía que podía confiar en nosotros. Sin embargo, escupí mi hebra de tabaco en la hierba con cierta violencia.

»—¿Puedo pedirle que les haga llegar un mensaje? —preguntó—. Dígales simplemente que estoy bien.

»—Lo diré en Fort-Lamy. Estoy seguro de que se apresurarán a hacer lo necesario.

»Hizo un gesto de aprobación con la cabeza. Le parecía que su petición era algo totalmente natural, después de todo éramos gente civilizada. Sí, era uno de los nuestros. Pensaba como nosotros, se había alimentado de nuestras ideas y de nuestra forma de hacer política. Pensé: “Quieres construir un África a nuestra imagen, y por eso merecerías ser desollado vivo por los tuyos. Sé que será un África totalitaria, pero eso también, eso sobre todo, proviene de nosotros”. Lo pensé, pero no lo dije. Sólo volví a escupir de nuevo. Era lo mejor que podía hacer con mi saliva. Lo que yo pudiera pensar o sentir no le interesaba. Pero sí le interesaba en cambio lo que yo pudiera contar en Fort-Lamy, lo que los periódicos publicaran acerca de ello. Y a mí lo único que me interesaba ya, y más que nunca, era saber si mi viejo amigo Dwala cumpliría su promesa. Sabía que tenía el poder de transformar a un hombre en árbol después de su muerte, y algunas veces

incluso antes, y yo había obtenido de él la promesa solemne de liberarme de una vez por todas de pertenecer a una especie de la que ya estaba demasiado hastiado como para poder seguir soportándola. Siempre me había horrorizado la idea de volver a renacer en la piel de un hombre. Era un terror con el que me despertaba a veces por la noche y me producía sudores fríos. De ese modo había acabado por hacer un pacto con Dwala, que me había prometido e incluso jurado que la próxima vez me transformaría en árbol, con una sólida corteza y unas raíces bien profundas en la tierra africana, a cambio de algunos pequeños favores administrativos para evitar el paso de una carretera por la región oulé. Esta esperanza me reconfortó y, por un momento, me volví a sentir lleno de fuerza. Me sequé la cara y la barba —estaba completamente empapado— y me volví a poner el salacot. No le dije nada de lo que pensaba. Aunque no me faltaron las ganas. Me hubiera gustado decirle: "Señor diputado, siempre he soñado con ser un negro, tener un alma de negro y una risa de negro. ¿Y sabe por qué? Porque pensaba que eran diferentes a nosotros. Les consideraba algo aparte. Quería huir del materialismo mediocre de los blancos, de su pobre sexualidad, de la triste religión de los blancos, de su falta de alegría, de su falta de magia. Quería escapar de todo lo que usted ha aprendido de nosotros y que antes o después inoculará a la fuerza al alma africana; para conseguirlo, será necesaria una crueldad y una opresión que sólo Stalin ha sabido imponer, al lado de las cuales el colonialismo sólo habrá sido un agua de rosas. Pero tengo confianza en ustedes: lo harán lo mejor que puedan. De esa forma, realizarán para Occidente la conquista definitiva de África. Lo que usted quiere inyectar en la sangre africana son nuestras ideas, nuestros fetiches, nuestros tabúes, nuestras creencias, nuestros prejuicios, nuestro virus nacionalista, nuestros venenos… Nosotros siempre hemos retrocedido ante esta operación, pero usted hará la tarea por nosotros. Usted es nuestro más precioso agente. Naturalmente, no le comprendemos, somos demasiado estúpidos. Quizá ésa sea la única posibilidad de África. Quizá gracias a eso África se salvará de usted y de nosotros. Pero no es seguro. Los racistas han dicho muchas veces que los negros no eran unos hombres como nosotros; así pues, es muy posible que sea otra falsa esperanza con la que intentamos seducir a nuestros hermanos

negros”. Eso era lo que tenía ganas de decirle, pero me guardé de hacerlo. No quería ver en su cara el mismo gesto, entre despreciativo e indulgente, que ponen mis colegas de la Administración cuando les digo esas mismas cosas: “Ese pobre Saint-Denis es muy buena persona, pero está muy atrasado, es tan anacrónico y tan torpe como sus elefantes. Ya es hora de que renovemos nuestros mandos en África”. No quería exponerme a ese tipo de reflexión. Abrí, pues, la boca, pero sólo para meterme una nueva hebra de tabaco entre los dientes. Me sonrió.

»—Deje de defenderse, Saint-Denis. Se está resistiendo, pero sabe muy bien que su lugar está entre nosotros. Ha dado lo mejor de sí mismo a África y salvaría el honor de la Administración a la que pertenece viniendo a luchar y tal vez a morir a nuestro lado…

»Confieso que se me saltaron las lágrimas. No he sido nunca ningún mimado, los alientos oficiales y los galones de reconocimiento fueron muy raros en mi camino. Sin embargo, sólo en el terreno de la lucha contra la mosca tsé-tsé había hecho posible que regiones enteras pudieran dedicarse a la ganadería y había salvado un gran número de vidas humanas. La única señal de que esos esfuerzos no pasaron inadvertidos fue el apodo de Tsé-tsé con que me bautizaron mis jóvenes colegas, y aun así no creo que fuera ningún cumplido, sino una forma de llamarme viejo chocho. Y hete aquí que el propio Waitari reconocía los servicios históricos que yo había prestado a los suyos, que me ofrecía una fraternidad por fin posible que nadie hasta ahora había venido a ofrecerme, ya fuera hombre, mujer o niño. Lo que más deseaba en el mundo era ser aceptado por mis negros como uno de los suyos, para ayudarles a protegerse contra las trampas que la civilización les ponía en el camino. Pero yo no era ningún ingenuo. No había vencido a la mosca tsé-tsé para dejarme engañar por un político cuya piel negra no conseguía disimular un hombre de los nuestros. Desde hacía veinte años yo sólo tenía un objetivo, casi diría una obsesión: salvar a nuestros negros, protegerlos contra la invasión de las ideas nuevas, contra el contagio materialista, contra la infección política, ayudarlos a salvaguardar sus tradiciones tribales y sus maravillosas creencias, impedirles seguir nuestros pasos. Nada me gustaba tanto como ver a mis negros practicar sus ritos y, cuando en una de mis tribus veía de pronto a alguien sustituir su

desnudez ancestral por un pantalón y un sombrero, interrumpía mis quehaceres para darle personalmente una patada en el culo. La penicilina y el DDT eran todo lo más que estaba dispuesto a permitir y le juro que todavía no ha nacido nadie que obtenga más de mí. Yo y mi viejo amigo Dwala hemos sido siempre los primeros en defender el África negra contra la penetración de ese odioso animal inmunizado llamado Occidente, y hemos luchado valientemente para preservar a nuestros negros intactos. Me había encargado personalmente de que ciertas circulares imperiosas sobre la "educación política" encontraran el final que se merecían en las letrinas comunales. Mi principal preocupación en África ha sido siempre impedir la propagación de nuestros venenos, de nuestras nociones occidentales que sirven de coartada a la explotación y de nuestras ideologías maníacas. No iba, pues, a unirme a un hombre que quería entregar el alma de su pueblo a los altavoces y a las máquinas totalitarias para que la batieran y machacaran hasta convertirla en esa pulpa irreconocible que son las masas. Moví enérgicamente la cabeza.

»—Mientras yo esté aquí —le dije—, nadie vendrá a reemplazar nuestras ceremonias mágicas por las reuniones de partido…

»Él hizo un gesto despreciativo con el que pareció barrerme del mapa:

»—Ya lo sé, usted necesita el color local y lo pintoresco… No sólo es usted un reaccionario, sino también un racista. Usted ama a los negros por misantropía, como se ama a los animales. Nosotros no necesitamos para nada ese amor…

»Me sentí cansado y bastante confuso. Quizá él tuviera razón. Quizá los hombres negros fueran realmente unos hombres como nosotros y no hubiera ningún sitio donde refugiarse ni nadie hacia quien volverse. De pronto me sentí en el centro de una inmensa porquería a la que no veía ninguna salida. Y como para confirmarme en aquella "agradable" impresión, vi de repente aparecer entre los árboles una gorra de marinero sucia y una figura rechoncha, desbordante de fuerza y de vitalidad, que me resultó vagamente familiar, si no reconocible.

OceanofPDF.com

XX

—El hombre, que llevaba echados al hombro tres grandes peces ensartados por los ojos en una rama, se detuvo un segundo al verme y luego vino hacia mí con los brazos abiertos y una risa enorme que sacudía su barba y su bigote, negros como el carbón.

»—¡Saint-Denis! ¡Voto a bríos! ¿Qué hace aquí, viejo solitario? ¿Ha venido a unirse a nosotros? ¿Necesitaba compañía? ¿O es que ha arramblado con la caja de su circunscripción y ha buscado refugio en el maquis? ¡Ja! ¡Ja! ¡Que el mar me trague si este hombre no es el más huraño, el más viejo y el más altanero de nuestros administradores de ultramar!

»Traté de recordar quién era ese animal, porque, por la repugnancia que me inspiraba, probablemente se tratara de un amigo.

»—Vamos, administrador de los… ¿es que ya no se acuerda de los amigos? Esto es lo que le ocurre a uno cuando se pasa toda la vida solo en la sabana, que todas las caras humanas acaban por parecerse. Tiene ante usted a Habib, capitán de altura, único amo de a bordo de este lugar, ¡y su presencia aquí le demuestra que el hombre no ha dejado de navegar!

»Me extrañó no haber reconocido inmediatamente a aquel canalla en su alegría de vivir y su saludable aspecto. Me había pasado el brazo por los hombros, a pesar de que yo hubiera adoptado una actitud todavía más hosca que de costumbre. Korotoro y Habib: ésa era la clase de hombres de la que Waitari se había rodeado. El único que no me encajaba era Morel, pero estaba claro que era un desequilibrado. De pronto me sentí mucho mejor, recuperé, como se dice, mi sangre fría. Ahora ya podía volver a mi agujero, cruzarme de brazos, esperar a que aquello acabara y mirar las estrellas, que si seguían pareciéndome bellas era sólo gracias a su prodigiosa lejanía. En suma, las cosas volvían a su cauce. Se trataba evidentemente de una excepcional empresa de este mundo, condenada irremediablemente a las

mismas bajezas y a los mismos acomodos que todas las demás. Pregunté con toda la ironía que pude por la suerte del otro peregrino terrenal al que yo había conocido asociado con Habib.

»—Conquistado por una noble causa, amigo mío, conquistado por la belleza de un cierto ideal. Dispuesto a todo para defender las maravillas de la naturaleza. Se ha pasado al bando de los elefantes, ha renunciado a todo por la supervivencia de esa poderosa imagen de la libertad natural. ¡Deseoso asimismo de contribuir a la noble causa del derecho de los pueblos a la autodeterminación, preocupado de grabar su nombre en la Historia, junto al de Byron, al del general China, al del general Rusia y al del gran Lawrence de Arabia, ha unido su débil aliento al viento turbador de la revolución! ¡Presente, como siempre, detrás de todas las grandes causas, indefectiblemente unido a ellas! Vino a despertarme en mitad de la noche, me habló noblemente, cogió su Mannlicher y su cianuro, abandonó todos sus bienes terrenales y, para no perder la costumbre, se largó unas horas antes de que llegara la policía, ¡ja!, ¡ja!, para ir a socorrer a los elefantes. Fue acusado de inmediato de todos los crímenes de derecho común, aunque su personalidad esté muy por encima de lo común y nos encontremos ante un gran protector de las artes, un magnífico ejemplo para la juventud, Oxford y Cambridge, ante un hombre del mundo en toda la acepción del término. Así pues, para no perder la costumbre, se metió en el maquis. El ideal nunca muere. A veces se ve obligado a comer mierda, pero se conserva vivo. Por desgracia, es un alma muy sensible. Acostado en este momento dentro de la tienda con una disentería de mil demonios, me suplica que le deje morir, pero es inútil, vivirá gracias a mis cuidados hasta el final; he pescado para él algunos peces, es preciso intentar salvar a nuestra élite. Eso es todo, ¡en fin, la vida es bella, se lo dice el capitán de altura Habib! ¡Un auténtico entendido!

»Me dio una palmadita en el hombro y se alejó con sus piernas arqueadas y sus pantorrillas asombrosamente musculosas y sólidas, muy terrestres. Se fue con sus peces, su saludable aspecto y su alegría de vivir, que decía mucho, no sé ni sobre quién ni sobre qué. De pronto me sentí extrañamente aliviado. Por muy solo que estuviera, todavía no estaba maduro para esa clase de compañía. Y ahora veía claramente lo que había

detrás de ese famoso asunto de los elefantes y lo que ocultaba la ingenuidad de Morel. En primer lugar estaba un hombre como Peer Qvist, que había venido hasta aquí movido por su pasión de naturalista, por su famosa misantropía, que en realidad no era más que una cólera generosa provocada en él por los actos contra natura, los experimentos atómicos, los campos de trabajos forzados, los regímenes totalitarios, la barbarie racista y todas las demás suciedades que amenazaban las bellezas de la Tierra y corrían el peligro de secar las mismas fuentes de la vida. Detrás estaba Waitari, que creía en la inminencia de la tercera guerra mundial y que pensaba aparecer, después de la caída de Europa, como el primer héroe del nacionalismo panafricano. Detrás de ellos, en la sombra, como sucede siempre en todas las causas realmente humanas, había unos simples bandidos o asesinos, como una garantía de triunfo terrenal. Y un poco más atrás, la masa silenciosa de los pueblos negros, con los ojos atentos, esos pueblos negros que no estaban implicados en el asunto, pero cuya hora iba a sonar, ocurriera lo que ocurriera. Más detrás aún, muy lejos, y quizá sólo en el corazón de Morel, estaban los elefantes. En suma, se trataba de un maquis, de un verdadero maquis en el que había hombres de buena voluntad y chusma, una indignación generosa y unos cálculos hábiles, unos elefantes en el horizonte y también el fin que justifica los medios. Sí, un auténtico maquis consistente en un montón de humanidad, un sueño generoso y toda la pureza necesaria para realizar grandes masacres…

Saint-Denis hizo una pausa. Tal vez debido a su físico ligeramente mongol, con su cráneo desnudo, sus mejillas prominentes y su cuerpo rechoncho, el padre Tassin pensó de pronto que tenía el aspecto de un caballero desarzonado, tirado al suelo.

—Me despedí de ellos y me dirigí directamente al lugar en donde N’Gola me estaba esperando con los caballos. Peer Qvist me acompañó durante algunos kilómetros. Iba muy erguido en su silla y con una expresión de severidad en el rostro. Llevaba el estribo derecho más largo para apoyar más cómodamente su pierna rígida, cuyas articulaciones se había roto en una grieta del Ártico. Yo no entendía por qué, si no me había dirigido en ningún momento la palabra, había decidido acompañarme. Quizá se hubiera sentido de pronto más cerca de mí que de los otros. Nuestros caballos

avanzaron por la escarpada pista abierta entre los peñascos. El sol acababa de ponerse en el bosque; los bambúes y los árboles parecían compartir sus despojos escarlatas. Mientras avanzábamos lentamente, un crujido prodigioso ascendió hacia nosotros desde la zona del Galangalé, el bosque entero tembló y cedió bajo algún asalto furioso, y el aire se llenó de los bramidos de una manada que se abría camino hacia el agua. En breves momentos, los crujidos de los árboles arrancados de cuajo, el temblor del suelo y de las rocas y las llamadas de los elefantes adquirieron las proporciones de un cataclismo natural. Yo escuchaba. Ya estaba acostumbrado a aquello y, sin embargo, no había vez que aquel trueno viviente no hiciera latir mi corazón más rápido; no era miedo, sino un extraño contagio. Escuchaba. El bosque parecía abrirse por todas partes y el estruendo era tal que resultaba imposible saber de dónde procedía. Pero desde la altura en la que estábamos vi toda una zona del bosque temblar, como sacudida por algún temor atroz, y las copas de los árboles inclinarse bruscamente y desaparecer en la maleza. Entonces distinguí, apretadas las unas contra las otras, las enormes formas grises, los grandes lomos redondeados que yo conocía tan bien. Pensé: «En el mundo moderno muy pronto no habrá sitio para semejante necesidad de espacio, para una torpeza tan majestuosa». Y como cada vez que las distinguía, no pude dejar de sonreír con alivio, como si su vista me tranquilizara sobre alguna presencia esencial. En esta época de impotencia, en esta época de tabúes, de inhibiciones y de sometimiento casi fisiológico, en la que el hombre triunfa sobre sus más antiguas verdades y renuncia a sus necesidades más profundas, cada vez que escuchaba aquel maravilloso estrépito me parecía que todavía no nos habían separado definitivamente de nuestros orígenes, que todavía no nos habían castrado de una vez por todas en nombre de la mentira, que todavía no nos habíamos sometido totalmente. Y sin embargo bastaba con escuchar aquel antiguo trueno terrenal, bastaba con asistir una sola vez a aquel derrumbamiento natural para comprender que muy pronto ya no quedaría espacio entre nosotros para una libertad semejante. Pero era difícil resignarse. Al final del sendero, abajo, Peer Qvist detuvo su caballo. Pensé de pronto que, desde que le conocía, sólo había visto una expresión en aquel rostro surcado por unas arrugas tan profundas que casi se

convertían en venerables. Era una expresión de extrema severidad y sus ojitos azules parecían haber conservado algo de los hielos eternos que antaño había contemplado en el Ártico en compañía de Fridtjof Nansen. Por encima de la barba gris, los labios eran duros y rectos, sin trazas de perdón.

»—Escúcheles bien —dijo—. Es el ruido más hermoso de la Tierra.

»—Llevo oyéndolo toda mi vida.

»—No me refiero sólo a los elefantes…

»Permanecí un momento callado antes de responder:

»—Llevo oyendo ese ruido desde que estoy en África.

»—Pero hoy ya no es el mismo, Saint-Denis. Antes, ese ruido sólo le llegaba a los oídos. Hoy, le llega hasta el corazón. Ya no puede resistirse a su belleza. Antaño, cuando le impedía dormir, cogía un fusil y asunto terminado. Hoy sus fusiles le desagradan mucho más que el temor que le produce ese ruido. Supongo que ha llegado a lo que llaman la edad de la razón. ¿Qué va a decirles en Fort-Lamy?

»—Lo que no he dejado de repetirles desde hace años —respondí ásperamente—, que es preciso respetar a los elefantes en África. Que es preciso rodear a la naturaleza de todos los cuidados necesarios.

»El rostro de Peer Qvist no se inmutó. Me dije que, a partir de una cierta edad, los rostros tienden a adoptar de una vez por todas una expresión única y es muy difícil que se turben.

»—¿Cree que se atreverán a enviar tropas contra nosotros?

»—En el África Ecuatorial Francesa apenas hay tropas, pero los cazadores son muy activos…

»Su rostro permaneció tan severo como antes, pero lo que me dijo me impresionó por su rareza:

»—Sería divertido que a mi edad me mataran.

»—Sería para retorcerse de risa —le aseguré—. De hecho, ¿cuántos años tiene?

»—Soy muy viejo —dijo gravemente.

»Y añadió como si se tratara de un hecho consumado:

»—Me sentiría muy satisfecho de haber muerto en África.

»—¡Vaya! ¿Por qué?

»—Porque aquí es donde empezó el hombre. La cuna de la humanidad se encuentra en Nyassa. Está prácticamente demostrado.

»—Extraña razón.

»—En casa se muere mejor.

»“Otro —pensé— que trata de encontrar un hogar en la Tierra”. Le pregunté:

»—¿Y Morel?

»—Todos necesitamos protección…

»En su voz había una enorme tristeza.

»—Pobre Morel —dijo—. Se ha metido en un callejón sin salida. Nadie ha conseguido jamás resolver la contradicción que existe en querer defender un ideal humano en compañía de los hombres. Adiós.

OceanofPDF.com

XXI

—Aquella noche apenas dormí, estuve dando vueltas y más vueltas dentro de mi tienda: nunca me había sentido tan solo ni tan abandonado. «Tal vez los mismos elefantes sean demasiado pequeños —pensé con los ojos fijos en la oscuridad—, y necesitemos un animal mucho más grande y afectuoso a nuestro lado». Pero por el momento, y en su categoría, como dicen los boxeadores, en el horizonte sólo se veían elefantes. Volví a Fort-Lamy y mantuve una tormentosa entrevista con el gobernador; me dijo que me conocía desde hacía mucho tiempo y que no se fiaba en absoluto de que el lugar que yo le señalaba en el mapa fuera el cuartel general de Morel; en lo cual no estaba del todo equivocado. Traté de explicarle que no entendía por qué se obstinaban en querer solucionar ese asunto por medio de la policía, que era mucho más sencillo obtener de París una modificación inmediata del estatuto de la caza mayor, que, según todos los guardias forestales y todos los administradores, se hallaba completamente obsoleto desde hacía mucho tiempo. Se encolerizó de una forma espantosa, habló de un Múnich metafísico y me gritó que, en lo que se refería a él, no estaba dispuesto a inclinarse ante el estandarte de la misantropía, que su confianza en la actuación humana permanecía intacta y que nuestra especie podía estar segura de conocer un radiante porvenir. Blandió el puño y me aseguró que no toleraría en su territorio una manifestación semejante de odio contra nuestra obra humana, un esfuerzo tan irrisorio para salir de nuestra condición. Se levantó, se acercó a mí con pasos breves y rápidos y, poniéndose de puntillas, me gritó que toda esa campaña para la protección de la naturaleza sólo era una maniobra política y que si el comunismo llegara a triunfar en África, los elefantes serían los primeros en ser colgados; se metió las manos en los bolsillos y me preguntó sarcásticamente si yo sabía que los elefantes eran en realidad los últimos individuos —sí, señor— y que, por lo visto, representaban los últimos

derechos fundamentales de la persona humana: torpes, molestos, anacrónicos y amenazados por todas partes, pero indispensables para la belleza de la vida. «En esto es en lo que una cierta prensa francesa que se dice inteligente está transformando el asunto», dijo dando un puñetazo a la pila de periódicos que tenía sobre la mesa. Y en cuanto a todos aquellos tecleos metafísicos, a todos aquellos chupatintas derrotistas y retorcidos, él no podía hacer otra cosa que oponerles su gran risa sana y franca del republicano inquebrantable que confía en el destino del hombre y se siente lleno de satisfacción ante la tarea realizada. En ésas abrió los ojos desmesuradamente y empezó a reírse de una forma espantosa; tras lo cual hubo que tumbarlo en el sofá y correr a buscar a su mujer.

Saint-Denis rió ahogadamente.

—Tal vez exagere un poco, padre, pero es difícil dar una idea de la exasperación que tenían en Fort-Lamy a causa de todas las enormidades que se publicaban por entonces sobre el caso Morel. Sabía que incluso buscaban la palabra «ecología» en el diccionario. Salí de allí enormemente satisfecho de mí mismo, acompañado por Foissard, quien me explicó que el gobernador ya no podía dormir, que en París ya no conseguían convencer a los norteamericanos de que el objetivo de todo aquello era realmente la protección de la fauna africana, que la prensa acusaba al gobierno de haberse inventado a Morel para ocultar los desórdenes políticos graves, y que el mundo entero se burlaba de la ingenuidad de Francia, a la que creían capaz de seguir creyendo en los elefantes a pesar de su edad.

OceanofPDF.com

XXII

—Esto es, pues, lo que le conté a Minna del mismo modo que se lo estoy contando hoy a usted, y creo que nunca en mi vida he tenido el honor de ser escuchado por una mujer con tanta intensidad. Estaba sentada en el brazo del sillón sin hacer un solo gesto, en esa actitud de absoluta inmovilidad que traiciona una pasión difícilmente contenida, y confieso que llegué a olvidar que yo no era en absoluto el objeto de ese interés casi suplicante que me testimoniaba. Era imposible no sentirse afectado, e incluso un poco turbado, por ese impulso de generosidad, por la sensibilidad y la simpatía que uno adivinaba en ella. Sí, era una mujer a la que era difícil dejar sola…

El jesuita miró a su compañero con cierto asombro.

—Cuando llegué al mensaje homérico que Morel me había encargado con tanto candor que transmitiera a la humanidad: «Dígales que ya no me quedan casi municiones», sus labios temblaron, se levantó bruscamente y se fue al otro extremo de la habitación a realizar algún gesto inútil, como el de mover un jarrón, y se quedó así, con el rostro vuelto hacia la pared y los hombros sacudidos por los sollozos. Me sentí un poco desconcertado. Sabía que había padecido muchas desdichas en su corta vida, y en un principio había pensado que, según la famosa expresión de Morel, los perros ya no le bastaban, que ella también necesitaba una amistad más grande, algo a la medida de su soledad terrenal, y que por ese motivo ponía tanta pasión en defender a los elefantes. Pero ahora veía que todo su corazón se encontraba ya ocupado, y que en él ya no quedaba apenas sitio, al menos no para mí. Le dije que no debía de tomarse las cosas tan a lo trágico, que Morel sería probablemente declarado irresponsable por los médicos, que todo lo más tendría que estar un año o dos internado.

»Se volvió hacia mí con tal violencia e indignación que me quedé sin respiración. Sueño a menudo con ella, y así es como la veo, de pie, con la

bata abierta, con sólo unas bragas y un sujetador que la separan de mí, los cabellos alborotados, gritando casi como una verdulera, con ese terrible acento alemán que, por no sé qué prodigio, la hacía parecer inmediatamente menos bonita.

»—Entonces, señor de Saint-Denis —me dijo, no sé por qué me añadía el "de"—, ¿usted cree que porque un hombre esté ya harto de ustedes, harto de sus crueldades, harto de sus rostros, de sus voces y de sus manos, está loco? ¿Que debe ser internado porque ya no quiere tener nada que ver con ustedes, con sus sabios, con sus policías, con sus metralletas y con todo eso? Créame, hoy hay mucha gente como él. Tal vez no tengan el valor de hacer lo que hay que hacer porque estén demasiado débiles y demasiado… demasiado cansados, o quizá porque sean demasiado cínicos, pero ellos le comprenden, le comprenden muy bien. Van a sus oficinas, a sus campos, a sus cuarteles, a sus fábricas, a todos los lugares donde ya están hartos de obedecer, y los que pueden sonríen pensando en él y hacen como yo…

»Cogió su copa.

»—Beben a su salud… *Prosit! Prosit!* —repitió mirando un punto en el espacio por encima de mi hombro. Nunca he podido soportar esa palabra alemana y oírla en boca de una joven me resultaba especialmente penoso. También había en Minna una cierta vulgaridad que se revelaba bruscamente a través de su voz, en sus gestos, en esa bata abierta con una absoluta indiferencia; uno sentía que ella había conocido a muchos hombres, vaya.

»—Mi querida niña… —empecé, pero me interrumpió.

»—Y además, señor de Saint-Denis, le diré otra cosa: su piel no vale más cara que la de los elefantes. Por si no lo sabe, en Alemania, durante la guerra, parece ser que hacíamos pantallas con la piel humana. Y no olvide, señor de Saint-Denis, que nosotros, los alemanes, siempre hemos sido unos precursores…

»Se rió.

»—Después de todo, nosotros fuimos los que inventamos el alfabeto.

»Probablemente quería decir la imprenta.

»—Y no ponga esa cara. No necesito que me compadezca. Es verdad que muchos hombres me han pasado por encima, pero he acabado por

aceptarlo. No se puede juzgar a los hombres por lo que hacen cuando se quitan los pantalones. Para las verdaderas cochinadas, se visten.

»Se encendió un cigarrillo. Yo me sentía completamente desconcertado. No podía comprender cómo esa chica tan humilde, siempre tan reservada y tan insociable, era capaz de tal explosión. Trataba de explicarle que había malinterpretado mis palabras sobre Morel. Sólo había querido decir que había caído en manos de una banda de agitadores políticos y de bandidos que se aprovechaban de su buena fe, y que nosotros ya no podíamos hacer nada por él. Me interrumpió. Me aseguró que estaba equivocado, que todavía había alguna posibilidad si yo aceptaba ayudarla. Lo único que me pedía era que le diera un mensaje para mi amigo Dwala pidiéndole que la pusiera en comunicación con Morel. Yo intenté hacerla entrar en razón. Le recordé que había necesitado veinte años para ganarme la confianza de las tribus oulé, y que lo que el viejo Dwala había hecho por mí no lo haría por nadie más. Éramos aliados desde hacía mucho tiempo, nos regíamos por un código de honor que no me era posible romper sin que mi posición en la región que administraba se debilitara totalmente. Los pocos poblados en donde Waitari tenía simpatizantes se hallaban estrechamente vigilados, por lo cual caería directamente en los brazos del primer comandante de puesto militar que se encontrara en el camino. Además, dudaba de que Waitari tuviera algo más que algunas decenas de amigos, y éstos se encontraban sobre todo en las ciudades: era un hombre cultivado y los indígenas lo sabían. Era de los nuestros, tenía la cabeza llena de nuestras ideas y despreciaba sus ritos. Le recordé por último que Morel estaba en todo caso acusado por intento de asesinato, y que lo mejor que podía hacer era mantenerse alejada de todo eso, sobre todo siendo una extranjera… una alemana.

»—Entonces, ¿usted prefiere que él continúe —me gritó—, y que al final mate a alguien y que ya no podamos hacer verdaderamente nada por él? Usted habla de sus deberes como administrador, ¿pero no consisten precisamente en hacer que acaben los atentados y en traer a Morel vivo? El gobierno le felicitaría por ello —me dijo en un tono que no me gustó en absoluto—. Si pudiera hablar con él, estoy segura de que aceptaría escucharme.

»Yo también estaba seguro. Evidentemente ella tenía ciertos medios.

»—¿No comprende, señor de Saint-Denis, que allí hay un hombre que confía en usted, que cuenta con usted, que pide ayuda? ¿Un hombre que… que necesita… que necesita protección?…

»Se le quebró la voz y los ojos se le llenaron de lágrimas; era un argumento al que no era fácil resistirse. Reflexioné rápidamente. Después de todo, su idea ya no me parecía tan descabellada, siempre que tomara ciertas precauciones. No sé cómo explicárselo, pero estaba convencido de que Morel cedería a sus ruegos, de que la seguiría; probablemente me ponía en su lugar. Me pareció incluso que era una oportunidad para demostrar mi habilidad y que no podía dejarla escapar. Supongo que me vi como una especie de Fouché, lleno de astucia, sirviéndose de una mujer enamorada para atrapar a un enemigo peligroso. Después de todo, siempre se podía contar con el amor para esa clase de trabajo. Todos los policías expertos lo saben. Ella nos serviría de cebo: todo consistía en atraerle hábilmente. Si hubiera tenido una tabaquera, hubiera cogido una pizca de tabaco y me la hubiera acercado a la nariz con una sonrisa de hombre de mundo. Por lo tanto, no sólo cedí, sino que además me consideré muy astuto. La verdad era que me resultó imposible decir “no” a su juventud, a su belleza, a aquel aspecto desamparado y patético que tenía, de pie ante mí. Le propuse, pues, enviar a N’Gola junto a Morel para ver si éste aceptaría verla. Mientras tanto, más valía que se fuera de Fort-Lamy y esperara su respuesta en Ogo, mi cabeza de distrito, donde sería mi invitada y de donde no debería moverse bajo ningún pretexto. Si Morel aceptaba la entrevista, ésta tendría que celebrarse en algún lugar fuera de la región oulé, en alguna parte de Ubangui. Si aquello salía bien, tanto mejor. De lo contrario, volvería tranquilamente a Fort-Lamy explicando que había pasado algunos días en la sabana.

»Tuvo hacia mí un gesto de gratitud que me irritó, sobre todo, porque la causa era otro hombre.

»—Vamos, vamos —le dije—, no me dé las gracias, primero hay que ver si lo consigue. Veremos si se trata de un caso de soledad, me refiero a si se ha convertido en un “arrogante” porque le faltaba alguien su lado. Así es como lo veo yo, aunque no tenga nada en común con su Morel.

»Se encendió otro cigarrillo y fumó nerviosa. En cualquier caso había que darse prisa, me dijo: en Bangui esperaba un batallón de fusileros que se dirigiría inmediatamente a la región oulé. Más valía que arregláramos todo eso antes de que llegaran las tropas. Me quedé bastante sorprendido: no sabía que el gobierno considerara que el asunto era tan serio como para enviar unas tropas que hacían tanta falta en otros lugares, y además ¿cómo se había enterado ella? Probablemente escuchando las conversaciones de esos señores en la terraza del Chadien, pensé. Le prometí que daría inmediatamente a N'Gola las órdenes necesarias; en cuanto a ella, podría partir conmigo: saldríamos de Fort-Lamy dentro de unos días. Pareció contrariada por aquel retraso. ¿No podría partir para Ogo mañana mismo? Era mejor que no nos vieran viajar juntos, no quería causarme problemas. Recuerdo que, al decirme esto, me miró por primera vez con auténtica amabilidad. "Está bien —le dije—, como usted quiera".

Por lo demás, yo no pensaba entretenerme en Fort-Lamy. N'Gola saldría al amanecer con el convoy de camiones portugueses que bajaba todas las mañanas a Bangui. Después, nos limitaríamos a esperar su regreso.

»Ella tiritaba ahora, debido al aire fresco, con la bata recogida sobre las rodillas desnudas. Eran las dos de la mañana. Pero seguía sin irme de allí. Seguí hablándole de cualquier cosa: del bosque, del clima, de mis negros… Parecía agotada y ya no oía una sola palabra de lo que le decía. Me acuerdo incluso de que, en un determinado momento, me vi explicándole todo lo que había hecho en mi distrito contra la mosca tsé-tsé. Es curioso lo que me sucede con esa maldita mosca; desde que la exterminé no hago otra cosa que pensar en ella: se diría que la echo de menos. En todo caso, era una compañía. Al final, Minna me tendió la mano y me acompañó hasta la puerta; me despidió, para llamar las cosas por su nombre. Tuve que irme y pasar por debajo del arco de triunfo de la entrada, ¡qué ironía! Distinguí, apoyada contra uno de los pilares, una figura blanca y el resplandor de un cigarro: era Orsini. Su actitud era la de un chulo que cuenta los clientes y me miró con una asombrosa expresión de cinismo y de odio. Volví a mi casa, desperté a N'Gola y le entregué el mensaje. Salió en mitad de la noche para cumplir con su objetivo con toda la impasibilidad que era menester.

OceanofPDF.com

XXIII

—No volví a oír hablar de Minna durante algún tiempo. Esa noche, sufrí una violenta crisis de paludismo y estuve quince días tiritando debajo de mi mosquitero. Cuando conseguía abrir los ojos, veía generalmente sobre mí el rostro preocupado del doctor Terrot. En una o dos ocasiones, me pareció reconocer también la cara de Schölscher, aunque nuestra relación no justificara en absoluto tal solicitud por su parte. Luego la fiebre cedió, pero sabía que tendría una o dos crisis más a lo largo del mes: siempre me vienen en serie. Nada más levantarme y dar los primeros pasos, me encontré con el ayudante de Schölscher leyendo cómodamente en mi terraza. Se mostró un poco turbado y me explicó que el comandante había tratado de verme antes de partir hacia el sur, pero que el médico había prohibido que se me molestara; había, pues, encargado a su ayudante que me hiciera algunas preguntas acerca de Morel. Hacía tres días que, por decirlo así, no se había movido de ese sillón. Le dije con cierta acritud que habría sido más sencillo apostar un centinela delante de mi puerta. Añadí que les había dicho todo lo que sabía y que, por otra parte, era ridículo que dieran tanta importancia a un simple suceso. Me escuchó educadamente con la mano metida en el bolsillo de su guerrera. Poseía esa meticulosa elegancia algo mezquina de oficial de caballería, que, por otra parte, cuadraba muy bien con la fusta que sostenía debajo del codo, el quepis blanco y su bonito mentón. No me gustaba. Siempre me entraban ganas de decirle cosas desagradables e injustas simplemente para hacer de contrapeso a todo lo que debía de oír de boca de las mujeres. El teniente hizo caso omiso de mi malhumor con una paciencia que lo único que consiguió fue irritarme aún más, porque procedía claramente de esa indulgencia que la gente cree que debe tener con los viejos selváticos a los que la edad y la soledad han acabado por volver un poco excéntricos. Estuve a punto de llamarle al orden y de decirle que naturalmente era mucho más fácil

dedicarse a conquistar mujeres que extirpar la mosca tsé-tsé de un territorio, pero conservé la sangre fría. Me dijo que la Unión Francesa estaba atravesando unos momentos muy difíciles, que la guerra santa había llegado hasta nuestras fronteras y que era fundamental que el A. E. F. diera ejemplo de calma. El territorio estaba completamente desguarnecido de tropas: uno podía atravesarlo hasta el Congo Belga sin encontrarse con un solo gendarme. En tales condiciones, el menor acto de bandidismo podía tener unas consecuencias incalculables. Él también sentía cierta simpatía por Morel; pero, por desgracia, ese hombre no había comprendido que el mundo de hoy ya no era capaz de interesarse por los elefantes. La gente tenía otras preocupaciones. Había otras peticiones de ayuda, más urgentes, a las que eran más sensibles, aunque, todo había que decirlo, su sensibilidad se había debilitado bastante. Ya sólo les importaba su propio pellejo. La opinión pública ya ni siquiera era capaz de creer en la existencia de Morel. Al principio, cuando las autoridades francesas habían dado la versión oficial y auténtica del asunto, había habido un momento de estupor y de curiosidad, pero ahora todo el mundo se lo tomaba a chirigota, y la reacción, sobre todo en Estados Unidos, era que los franceses les tomaban por imbéciles. El teniente hizo un gesto de impaciencia.

»—Qué quiere —dijo—, debemos tener en cuenta la opinión pública norteamericana. Allí están convencidos de que el gobierno francés se ha inventado a Morel para ocultar el verdadero motivo de los desórdenes, que, según ellos, reside en las aspiraciones nacionalistas de las poblaciones autóctonas. Por otra parte, la idea misma de los elefantes irrita enormemente a Washington, dicen que los franceses, en lugar de trabajar, siguen ocupándose de frivolidades.

»Se rascó ligeramente el bigote con el extremo de la fusta y continuó:

»—También es verdad que en América hace mucho tiempo que ya no hay elefantes, aunque por lo visto existieron en el mioceno. Así pues, es sumamente importante atrapar a Morel y juzgarlo, aunque sólo sea para demostrar que realmente existe. De lo contrario, será muy difícil convencer a los norteamericanos. Acuérdese del odio que Roosevelt sentía hacia De Gaulle en el año cuarenta; porque De Gaulle, tanto en el cuarenta como hoy, es un poco a su manera Morel y los elefantes. Las democracias utilitaristas

de hoy no entienden esa clase de proclamaciones tenaces y desinteresadas que defienden la dignidad y el honor humanos. Y aparte de estas consideraciones, en este momento sería peligroso revelar la inexistencia de nuestras fuerzas de seguridad en África, mostrando la facilidad con la que un fuera de la ley puede escapárseles.

»Le dije, con una ironía mordaz, que su curso de política había sido muy brillante y que era muy divertido ver a los huevos dando lecciones a la gallina, pero que yo conocía muy bien los peligros del caso Morel y que no tenía nada que enseñarme acerca de eso.

»—Entonces probablemente también sabrá —me dijo con bastante sequedad—, que esa chica, ya sabe, esa… cantante del Chadien ha desaparecido, y que tenemos sobrados motivos para pensar que se ha unido a Morel… Schölscher piensa que usted podría darme informaciones sumamente interesantes acerca de eso, señor Saint-Denis, y explicarnos concretamente qué es lo que hacía esa chica en su casa, en Ogo, hace unos diez días…

»Me explicó que habían visto partir a Minna una mañana, en una camioneta, en compañía del mayor norteamericano, se supone que para asistir a una cacería que debería durar varios días. Al principio, nadie había prestado atención a aquel hecho, pero acababan de encontrar la camioneta abandonada al final de una pista, en plena región oulé… Me estudiaba atentamente, con la barbilla apoyada en la fusta. Levanté los ojos y le dije: “Continúe”. Pues bien, se veía obligado a recordarme que yo había sido la última persona que había visto a Minna durante un buen rato antes de su partida, según había dicho Orsini. Éste parecía estar muy interesado en el asunto: consideraba que Morel era un agente del extranjero y que había sido enviado al A. E. F. para provocar desórdenes y organizar un maquis en vista del conflicto mundial que se preparaba, y que esa joven, Minna, le servía de informadora y de… gancho. El teniente pareció molesto.

»—Dice que usted también está metido en el ajo —añadió como de paso—. Pretende que usted está sentimentalmente de acuerdo con sus ideas. Jura que usted sueña secretamente con un África negra separada de Europa y de cualquier contacto con una civilización que usted detesta.

»Me dijo que no hacía más que repetirme las palabras de Orsini, quien debía de tener otras razones para interesarse por esa chica: era bastante bonita, quizá yo también me hubiera dado cuenta de ese detalle. Yo no pestañeé. Le dije con cierto desdén que no negaba haber desempeñado un cierto papel en ese asunto, pero que esa joven había ido a ver a Morel sólo para convencerle de que se sometiera, para tratar de salvarlo. A mi juicio, lo mejor que podíamos hacer era dejarla actuar. Nos lo traería manso como un cordero. “Las mujeres —concluí con un poco de tristeza— disponen de ciertos medios de persuasión que los policías mejor organizados no poseen”. El teniente me escuchó educadamente, como un joven lleno de indulgencia y de paciencia ante los extravíos propios de la vejez. “Probablemente le sorprenderá saber —dijo— que, según las primeras informaciones, esa muchacha llevaba consigo un auténtico arsenal, armas y cajas de municiones, con el que resistir un sitio en toda regla. Acaban de utilizarlas para atacar y quemar en parte la propiedad Wagemann, al este de Batanga-Fo. París nos ordena que limpiemos la región y esperamos acabar de hacerlo antes de las lluvias, con un poco de suerte”. Así pues, estaba perfectamente claro que ella no había ido a ver a Morel para convencerle de que se rindiera, sino, al contrario, para unirse al “hombre que quería cambiar de especie” y ayudarle a continuar la lucha suministrándole armas y municiones que ella debía de tener preparadas desde hacía mucho tiempo; su precipitada marcha parecía indicar que él las necesitaba urgentemente, quizá le hubiera hecho llegar un mensaje en este sentido a través de alguien. El teniente apoyó la barbilla en su fusta y me miró pensativamente.

OceanofPDF.com

XXIV

—Pensé con todas mis fuerzas en mi amigo Dwala y en la promesa que me había hecho, o más bien en el acuerdo al que habíamos llegado. Había tenido lugar hacía ya varios años, y desde entonces yo seguía pagando fielmente el precio convenido, una vaca y una cabra cada primavera. Me acordaba de la cara de pocos amigos que tenía cuando había ido a hablar con él, y cuánto se había hecho de rogar, y cómo al final tuve que montar en cólera y amenazarle con darle una paliza; lo cual no era más que una forma de negociar, él lo sabía muy bien, sobre todo porque yo dependía totalmente de su buena voluntad. Estaba sentado en una esterilla, en un rincón de su cabaña, menudo, desnudo, apergaminado y gruñón. Lo único que podía ver de él en medio de la oscuridad era el pelo de sus mejillas y de su cabeza. Me dijo que le dolía el vientre y que volviera otro día; por otra parte, no sabía si podría hacer eso por mí, pues además de ser blanco y cristiano, no pertenecía a su tribu ni a su tierra, y él ya no tenía la fuerza necesaria para realizar algo así con un incrédulo. Le recordé todos los servicios que le había prestado desde que nos conocíamos. En cuanto a lo de cristiano e incrédulo, yo tenía más confianza en él que ciertos jovencitos de su propia tribu, y él lo sabía. Siguió diciéndome *mangaja ouana*, vete con los tuyos, pero yo sabía que era sólo para aumentar el precio, y él sabía que yo lo sabía. Al final me puse a gritar, diciéndole que si se negaba haría pasar una carretera por en medio de la región oulé y por su poblado. Él sabía que jamás lo haría, pero que, en todo caso, aquello formaba parte del acuerdo. Gimió, alzó los puños, me juró que nunca había hecho eso por un blanco y que era algo que nadie había hecho antes que él: de esa forma supe que aceptaba. Acordamos el precio y me dijo que me escogería un buen terreno. Pero yo ya lo había elegido desde hacía mucho tiempo, me había pasado meses buscándolo, comparando, vagando por las colinas a través de los bosques. Necesitaba mucho espacio y, al mismo

tiempo, no quería estar demasiado aislado, necesitaba otros árboles a mi alrededor. Finalmente había elegido una hermosa colina con vistas a la llanura oulé a la que tanto amaba, cuyas manadas no corrían el riesgo de ser cazadas hasta pasado mucho tiempo. Tardamos un día y medio en llegar y, una vez allí, Dwala empezó otra vez a poner objeciones, diciéndome que ese lugar estaba demasiado lejos de su casa y que no estaba seguro de que sus poderes llegaran hasta allí. Me propuso otro terreno que estaba más cerca del poblado y pertenecía a la tribu. Entrecerró su sucio ojo y comprendí que simplemente quería hacerme comprar un terreno, cuando aquél podía tenerlo por nada. Le dije abiertamente lo que pensaba de su proposición y Dwala me miró con cierto reproche: ¿por qué te enfadas?, parecía preguntarme, al menos tenía que intentarlo. Le enseñé el lugar exacto que yo había elegido. Me propuso otra colina, completamente desnuda, donde, según él, tendría más sitio. Pero yo necesitaba aquella vista y tener el sol de frente por las mañanas; además, no quería estar demasiado aislado esta vez, necesitaba otros árboles a mi alrededor. En ese lugar había unos cedros muy hermosos y le enseñé uno para darle una idea exacta de lo que quería. Movió la cabeza, gruñó, volvió a hacerse de rogar y me dijo que lo intentaría, pero que yo debía pedir a los padres de la misión, sobre todo al padre Fargue, que espaciaran un poco sus visitas al poblado: les molestaban, no tenían una buena influencia sobre los espíritus, y no estaba seguro de conseguirlo si venían con demasiada frecuencia. Se lo prometí. En eso era en lo que yo pensaba mientras el teniente me hablaba. Sabía que Dwala tenía el poder de convertir a un hombre en árbol después de su muerte, en su nueva vida, y yo había visto con mis propios ojos algunos árboles que N’Gola me había señalado y que antaño habían sido miembros de su tribu. Conocía sus nombres y sus historias, y me decía: «Ése fue comido por un león» o «Ése era un gran jefe oulé». Esos árboles siguen todavía allí y puedo enseñárselos. Así podrá ver con sus propios ojos que no existe ninguna duda sobre el poder de Dwala, o entonces no hay que creer verdaderamente en nada. Pero era la primera vez que él hacía aquello por un blanco y estaba tan preocupado por las consecuencias que podía tener para él, que, a la vuelta, se emborrachó con alcohol de palma en uno de los poblados por los que pasamos. A pesar de eso, se pasó la noche gimiendo y

mirando con terror a su alrededor. Yo sabía que se emborrachaba a menudo, pero creo que esa vez se había arriesgado demasiado con sus espíritus para darme gusto. Como le digo, eso era en lo que yo pensaba, con una serenidad cada vez mayor, mientras el teniente seguía hablándome de los asuntos absurdos, y casi lejanos para mí, de una especie que prácticamente ya no era la mía.

OceanofPDF.com

SEGUNDA PARTE

OceanofPDF.com

XXV

Los tres aparecieron en la cima de la colina, entre la hierba alta, por la que los caballos avanzaban lentamente alzando sus ollares. Morel iba en cabeza, con su eterna cartera de cuero repleta de documentos sujeta a la silla; le seguía Idriss, acompañado del crujido producido por los bambúes y los sissongos al rozar contra los flancos de su caballo. Con su perfil aquilino, las ventanillas de la nariz al acecho y sus ojos sin pestañas —rápidos y al mismo tiempo fijos bajo el turbante blanco que llevaba enrollado alrededor de la cabeza— atentos al menor temblor, se adivinaba en él un gran conocimiento de la sabana y de todo tipo de animales, y había momentos en que Habib se sentía inseguro bajo aquella experimentada mirada. Hacía tres horas que bajaban por las colinas hacia el lugar de la cita, y el capitán de altura, con la gorra ladeada, una punta de cigarro apagado en los labios y los pies calzados con unas alpargatas sobre los estribos árabes, tenía cierta dificultad en mantenerse en la silla: no estaba en su elemento. Pero Waitari le había dado la consigna formal de no perder de vista al loco de Morel.

—Hay que impedirle que cometa alguna tontería. Está tan seguro de que le apoya la opinión pública, que es capaz de entregarse a las autoridades convencido de que será absuelto y aclamado. Y entonces lo habremos perdido para nuestra causa, porque todo el mundo se dará cuenta de que se trata de un excéntrico que cree realmente en sus elefantes. Morel nos será útil mientras continúe siendo una leyenda. En este preciso momento, la radio árabe lo presenta ante el mundo como una gran figura del nacionalismo africano. No me acuse de cinismo, pero en los inicios de todos los movimientos revolucionarios siempre ha habido idealistas iluminados; los realistas, los auténticos constructores, llegan después, lenta, inexorablemente. Le digo todo esto porque es esencial impedirle que se deje coger… vivo. Le tengo afecto, es un ingenuo, pero en el fondo sería mejor

que desapareciera en plena gloria, en plena leyenda. De ese modo pasaría a la posteridad como el primer blanco que dio su vida por la independencia de África… en lugar de revelarse como un simple iluminado.

Y haciendo un gesto con la mano añadió:

—Ni que decir tiene que no le estoy sugiriendo nada. Habib había tenido mucho cuidado de hacer desaparecer de su rostro cualquier signo de alegría. Sentía una auténtica pasión de experto por todas las manifestaciones de la naturaleza humana. Había adquirido un conocimiento muy íntimo de los hombres y solía manifestarlo a través de una risa potente y silenciosa. Cuando se reía, echaba hacia atrás la cabeza, con los ojos convertidos en dos hendiduras, le temblaba la barba y se llevaba una mano al pecho como para contener la alegría que le dominaba. Pero, en su calidad de traficante de armas, se guardaba mucho de manifestar abiertamente su hilaridad ante «las aspiraciones legítimas de los pueblos», los «libertadores», los «tribunos revolucionarios» y demás defensores de los grandes principios inmortales estilo Morel: eran su pan nuestro de cada día. Para hacerlo, esperaba a estar solo. Ahora, mientras seguía a Morel hacia el lugar de la cita, en medio del crujido de las hierbas amarillas en las que a veces los caballos se hundían relinchando inquietos, dejaba estallar libremente su alegría detrás de sus compañeros ante el recuerdo de aquel jefe sin tropas que, sentado completamente solo en su cueva, aislado, con sus fuertes manos apoyadas en un mapa de «operaciones», hablaba con su voz de tribuno de la futura federación africana que se extendería desde Suez hasta El Cabo y de la que ya se veía jefe indiscutible. Era un sueño de grandeza y de poder destinado a seguir los mismos pasos que todos los demás sueños de grandeza humanos en medio del polvo de los caminos. Había intentado hacer ver a su joven amigo De Vries la parte cómica del asunto, pero éste, postrado en su esterilla, con los ojos llenos de rencor y torturado por sus intestinos, sólo aflojaba la presión de sus dientes para dirigirle reproches vehementes, haciéndole responsable de la desesperada situación en la que se encontraban. «¡Como si hubiera alguien en este mundo que pudiera ser considerado responsable de la situación desesperada en la que se encontraban!», exclamaba Habib ante esa ingenuidad tan típica de la juventud. Pero De Vries escuchaba con exasperación el lenguaje

florido del libanés, envidiando su resistencia a toda prueba. Agotado por el cólico y la fiebre, las moscas, los mosquitos y las horas de caballo, parecía verdaderamente estar a punto de privar a Habib de su compañía. Éste había acabado por inquietarse y había tratado de convencer a Waitari de que les interesaba ir a Sudán: se hablaba de que iba a haber una conferencia en Bandung donde estarían representados todos los pueblos coloniales, incluso los del África negra, tan olvidados hasta ahora. Había que retirarse durante algún tiempo de la acción directa, para acudir ante los foros internacionales y hacer oír su voz. Granjas incendiadas, un maquis inaprensible que defendía los recursos naturales de África contra la explotación colonialista, ése era el cuadro que convenía presentar de la situación. Waitari se había dejado convencer fácilmente, pues era de la misma opinión. Estaba de pie delante de la cueva, con los puños apoyados en un mapa ante el cual soñaba a veces con poder hacerse fotografiar: «El jefe del ejército de la independencia africana en su puesto de mando». Se acordaba de una foto muy parecida de Tito durante la guerra. Pero a él le faltaban mandos, partisanos que surgieran de las masas políticamente conscientes y no de las tribus primitivas a las que tanto despreciaba. A veces se sentía agobiado por la soledad. No salía prácticamente de la gruta, uno de los cuatro o cinco «puntos de apoyo» que había podido organizar secretamente durante sus últimas giras oficiales, en previsión del conflicto mundial que por aquel entonces había creído inminente. Había cometido un error de *timing*. El conflicto no se había producido. Se había encontrado solo, sin tropas, aislado; tres de los cinco «puntos de apoyo» en los que había acumulado armas habían sido saqueados y descubiertos por las autoridades y se había visto obligado a refugiarse en El Cairo, donde había vegetado miserablemente, hasta que oyó hablar de una «campaña para la protección de los elefantes en África» y se dio cuenta del partido que podría sacar al asunto. Tenía el instrumento de propaganda soñado: bastaría con deformar ligeramente la realidad para dar a los desórdenes la interpretación que le convenía. Pero había chocado contra un muro de incomprensión. A pesar de todos los esfuerzos de la radio árabe, la opinión pública mundial seguía creyendo en Morel y en sus elefantes. Sí, las masas creían verdaderamente que en alguna parte de África había un francés que defendía las maravillas

de la naturaleza. Ni que decir tiene que esta versión era fomentada por la prensa colonialista y las autoridades, que se guardaban mucho de atribuir al asunto un contenido político. Apoyado con todo su peso sobre el mapa, escuchando los argumentos de Habib, cuya diplomacia inútil le irritaba, se sentía más solo y más alejado de la meta que nunca. La cueva olía a tierra, a podredumbre y a cerrado, a pesar de las dos aperturas por donde entraba la luz con un hiriente resplandor para después extenderse tristemente sobre los rostros. Junto a la pared, había un colchón inflable, un montón de ropa, una lámpara de aceite y una metralleta con un cargador bloqueado. Y un poco más allá, una caja de fusiles ametralladores; pero la mayor parte de las municiones eran de un calibre diferente al de las armas.

—En El Cairo están deseando oírle… Y si se queda aquí más tiempo, sin dirigir a la opinión pública en el sentido adecuado, la bonita leyenda de Morel y de sus elefantes arraigará tanto en la imaginación popular que le será imposible darle otra interpretación…

Waitari esbozó una amarga sonrisa.

—Sin embargo, sería bastante cómico y extraordinario que los franceses salieran del paso promulgando algunas bonitas leyes sobre la protección de la naturaleza… Son capaces. Por otra parte le confieso que si no conociera tan bien a Morel, pensaría que es un agente del servicio de información del ejército francés encargado de cubrir con una cortina de humo las realidades colonialistas… Me parece muy sospechoso que haya tanta gente en Francia y en otros lugares que de pronto se tome tan a pecho la suerte de los elefantes…

Habib bajó los ojos, casi púdicamente, para ocultar su regocijo. Aquel Napoleón negro, con una guerrera echada sobre los hombros, de pie ante su pobre mapa de «operaciones» en una cueva perdida de los oulés, sin armas, sin apoyo, sin organización, sin partidarios, con su voz de tribuno que sólo las masas francesas podían apreciar en todo su valor, con sus ansias de grandeza, su sueño de entrar a formar parte de la Historia con mayúscula y sus puños cerrados, que tan bien evocaban el poderío al que aspiraba, era un espectáculo que le divertía profundamente. Ahora, mientras bajaba las colinas siguiendo las huellas del caballo de Idriss, se había visto dominado por una risa enorme y silenciosa al pensar en ese negro que esperaba en el

fondo de una cueva que el mundo tomara conciencia de su existencia. Probablemente acabaran todos en prisión, pero eso sólo le traía recuerdos agradables: en las prisiones había pasado algunos de los mejores momentos de su vida, al menos sexualmente hablando. Gozaba de un perfecto equilibrio físico y moral y a veces incluso sentía en todo su cuerpo, en su sangre, una asombrosa certidumbre de inmortalidad: entonces expresaba ese sentimiento de plenitud echando la cabeza hacia atrás, con una de esas risas silenciosas, la boca abierta, los ojos cerrados, fruncidos en una mueca, que nadie comprendía nunca, pero que eran una simple manifestación de su alegría de vivir, de su certidumbre de encontrarse en su elemento. Así pues, Waitari le había encargado que vigilara a Morel, que se asegurara «fuera como fuera» de que no cayera vivo en manos de las autoridades al acudir a una cita que probablemente se tratara de una trampa. Pero Habib no tenía nada en contra del hombre que defendía las maravillas de la naturaleza. Al contrario, le divertía mucho. Quería simplemente estar presente en el momento justo, en el inevitable momento en que ese soñador recibiera una lección. En el fondo tenía un espíritu de educador, de moralista, le gustaba que la futilidad, la insignificancia de las pretensiones humanas fuera perfectamente comprendida y asimilada. En caso necesario, estaba dispuesto a dar un empujoncito a los acontecimientos, justo el necesario para que toda la sal de la vida no se malgastara en vano. Mientras tanto, había que desconfiar de Idriss y de sus miradas atentas y fijas, a las que él respondía prudentemente con un gesto amistoso. No había duda de que ese viejo era uno de los mejores rastreadores del A. E. F. y que lo que él no conociera de la sabana no merecía la pena ser conocido. Había que ser prudente.

Idriss había sido dado por muerto desde hacía mucho tiempo y la noticia de que había vuelto del más allá, por decirlo así, para unirse al «maquis» de Morel y defender a los elefantes a su lado había provocado en la terraza del Chadien, además de en otros lugares, discusiones furiosas y exclamaciones de incredulidad. El mismo Orsini había jurado que no podía ser, que era imposible, impensable; él mismo había tenido a Idriss a su servicio y lo había visto deteriorarse, envejecer, minado por algún mal profundo

—«están todos sifilíticos»— y finalmente volver al bosque como todos los animales solos y viejos que presienten la llegada de la muerte.

Supongamos, había dicho alguien, que ese mal del que usted habla fuera… una especie de remordimiento, o una tristeza producida por la contemplación de una tierra de la que están desapareciendo las inmensas manadas que él había conocido…

Ante semejante credulidad, ante semejante estupidez, ante una ignorancia tan típica y tan grave del alma negra, la voz de Orsini alcanzaba algunos de sus más bellos acentos. ¡Él reconocía perfectamente a los creadores de leyendas! Era lo único que le faltaba por oír: el fantasma de Idriss volviendo a la tierra para defender a las manadas contra unas armas cada vez más perfeccionadas. Emitía una risa breve, una especie de grito y al mismo tiempo de canto de odio, esperaba un momento, y después proseguía, con la calma implacable de alguien que jamás ha fallado el blanco. Lo que más le impresionaba de los mocosos recién llegados a África era su absoluta ignorancia del alma indígena. Las palabras «alma indígena» en los labios de Orsini provocaron en la asistencia cierto estupor y una curiosidad casi apasionada por lo que él pudiera decir al respecto. Para todos los que, como él, el alma indígena era desde hacía casi cuarenta años un objeto de estudio casi cotidiano, convirtiéndola de alguna forma en un asunto personal, estaba perfectamente claro que a los ojos de los negros los elefantes sólo eran carne en vivo, comida, algo con lo que uno se llena el vientre si se puede y cuando se puede. La idea de que un rastreador profesional como Idriss pudiera sufrir de pronto por una especie de remordimiento poético, por una inquietud anímica, por una nostalgia ante el recuerdo de los animales que había acorralado, sólo podía provenir de unas mentes decadentes y de unas sensibilidades enfermizas que, dicho sea de paso, eran la fuente de todos nuestros males, tanto aquí como en otros lugares. Para Idriss, como para todos los demás negros que él había conocido, y había conocido a muchos, un elefante era ante todo cinco toneladas de carne, aparte del marfil, si había forma de hacerse con él. Imaginar que Idriss pudiera, de alguna manera, volver a vagabundear por el lugar del crimen, indignado por la desaparición del África que él había conocido, decía mucho del carácter de los hombres que nos enviaban hoy a

África y de las razones de nuestra decadencia; y eso iba por algunos, sobre todo por un cierto comandante encargado de velar por la seguridad del territorio.

—Y sin embargo —decía alguien, no tanto por convicción como para acorralar a Orsini y que éste lanzara sus más bellos gritos, sus chillidos más pintorescos, sus cantos de odio y de rencor, que añadían a la noche africana una resonancia nueva—, no sería la primera vez que viéramos un cazador africano desmoralizado y arrepentido, y si Idriss había sido realmente un rastreador excepcional, ¿por qué no se le podían atribuir sentimientos excepcionales? No tendría nada de extraordinario que hubiera aparecido junto a Morel para defender lo que más quería en este mundo, lo cual, era preciso confesarlo, estaba en vías de desaparición debido a la amenaza combinada de los cazadores y del progreso. Por lo demás, los oulés lo habían visto junto a Morel, con su turbante blanco y su túnica azul. Los más ancianos lo habían reconocido, habían hablado con él, e incluso habían dicho que no había cambiado, que tenía el mismo rostro, sin edad, marcado por la sangre árabe. En una palabra, que sólo podía ser él, y en eso eran categóricos.

Pero Orsini se guardaba mucho de tener la reacción que se esperaba de él, tenía demasiado sentido del drama. De acuerdo, no insistiría. Idriss no había muerto, había vuelto para defender el bosque de sus antepasados, para conservar la compañía de las manadas que tan importantes eran para él, para oponerse a la descarada explotación de África. O mejor todavía, ya que se trataba de dar un carácter legendario a ese simple caso de subversión y de propaganda política, el espectro de Idriss había vuelto del más allá para seguir rastreando al lado de Morel, para ayudarle a propagar el fuego sagrado de la independencia africana y para blandir la antorcha de la libertad. Lo que, naturalmente, a los ojos de los supersticiosos indígenas otorgaría a Morel un prestigio irresistible, un carácter sobrenatural, para mayor provecho de los agitadores políticos a los que él servía. Toda esa leyenda del regreso de Idriss no tenía más que esa finalidad. En cuanto a él, Orsini d’Aquaviva, el viejo africano —una clase de hombre que, dicho fuera de paso, aparentemente ya no se necesitaba para nada— que conocía a los negros y los elefantes (con quinientas piezas cobradas en su haber, y eso

que sólo contaba a los más hermosos), se iba a dormir. Estaba seguro de que le disculparían. Él no aceptaba esos métodos. Se negaba a ser un ingenuo. Así pues, se permitía desear a los amantes de las leyendas las buenas noches. Pero les prevenía caritativamente que tendrían un penoso despertar mucho antes de lo que pensaban, como había ocurrido en Kenia. Arrojaba un billete sobre la mesa —«allí había personas de las que no aceptaría nada»— y se iba. La noche africana perdía así algunos de sus más bellos gritos.

Pero el que seguía a Morel a través de los bambúes no era un fantasma azul, sino el hombre a quien el mayor de los hermanos Huette había calificado como «el mejor rastreador de todos los tiempos» y en sus labios eso quería decir mil elefantes abatidos en cuarenta años. Con su túnica azul, su turbante blanco enrollado alrededor de la frente, su rostro sin arrugas, exceptuando aquellos dos profundos surcos que le iban desde la nariz hasta las comisuras de los labios, aquel rostro al que casi habría que haber sido un geólogo para tratar de calcularle la edad, y sus ojos inmóviles, sin pestañas, Idriss seguía a todas partes al francés y lo ayudaba en sus movimientos a través de la sabana, lo que explicaba la facilidad con la que éste escapaba a las persecuciones. Su mirada acechaba la superficie de las hierbas y Habib se sentía incluido en ese acecho. Sin embargo, no tenía ninguna intención de matar a Morel para impedir que cayera vivo en manos de las autoridades. No se preocupaba demasiado por Waitari y sus ambiciones. Él era un simple capitán de altura al que una azarosa navegación había arrojado a aquellas agitadas aguas. Había entrado en relación con Waitari en la época en que éste ocupaba un cargo oficial y le había suministrado armas para sus «puntos de apoyo». La víspera de ser arrestado en Fort-Lamy, después de la explosión del camión que transportaba las granadas, se había unido a su maquis simplemente porque no había podido huir al Sudán a causa de una serie de contratiempos. La enfermedad del joven De Vries había sido uno de ellos; el libanés se sentía contrariado y un poco inquieto, tenía la impresión de que su protegido iba, por decirlo así, a escapársele entre los dedos, privándole de una de sus más grandes fuentes de goce terrenales. Necesitaba un médico, cuidados, y no estaba seguro de que su amigo pudiera resistir hasta Jartum, ni siquiera llevado en parihuelas, lo cual

dificultaría aún más la travesía. Si había algo que Habib no comprendía era que alguien pudiera caer enfermo, carecer de salud física o moral o tener dificultades con la vida. Chasqueó su lengua con incredulidad, se aseguró la gorra en la cabeza y dio un taconazo a su poni para no quedarse rezagado.

OceanofPDF.com

XXVI

La luz del mediodía era tan intensa que, a su contacto, todas las cosas perdían su color, conservando tan sólo sus contornos grises o negros: las hierbas, las mimosas, los termiteros, las colinas, los bambúes y, más lejos, al final de la pendiente, una manada de elefantes inmóviles, adormilados en el calor del día. Morel detuvo su caballo y ambos permanecieron un momento en la cima de la colina, en aquel universo de ceniza caliente. Procedentes del este, unos débiles soplos de aire transportaban las penetrantes emanaciones de los incendios en las malezas, siempre presentes en alguna parte de los alrededores. El fuego vivía en África su vida de rey y a la vez su vida furtiva de horda solar, saqueando la sabana y los pueblos en cada estación seca; y ante sus repentinas manifestaciones parecía ridículo que el hombre pudiera vanagloriarse de haberlo inventado alguna vez.

Una estela descendió de pronto por la ladera de la colina, corriendo entre los sissongos como un desgarrón: eran facóceros. Un marabú apareció por encima de ellos y voló lentamente en círculo como para informarse. Todos los animales que empezaban a olfatear la presencia del hombre se daban a la fuga, presas de un espantoso contagio que, Morel lo sabía, se extendía decenas de kilómetros a la redonda. Por un momento sintió una violenta decepción, como siempre que asistía a aquella huida, pero sonrió burlonamente pensando en su viejo sueño de ser admitido, de ser aceptado por ellos, de ver por fin unos pájaros que no volaran al verlo acercarse, unas gacelas que continuaran ramoneando a su paso y unas manadas de elefantes que le dejaran aproximarse a ellos tranquilamente hasta llegar a tocarlos. Habib, detrás de él, le dijo con esa voz que su risa hacía parecer todavía más profunda:

—¿Qué quiere?, usted es de los nuestros, los animales lo saben y se lo dicen a la cara, a tal señor tal honor, choque esos cinco.

Morel había acabado por sentir una auténtica simpatía hacia ese canalla. En su franqueza y cinismo había una convicción que parecía haber extraído de alguna intimidad profesional con lo humano y, a veces, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados, dejaba escapar hacia el cielo una carcajada que parecía proceder del fondo mismo de un conocimiento y de una comprensión que nada podía contradecir ni quebrantar. Así pues, Morel le dirigió una mirada casi amistosa y se lanzó hacia delante a través de las hierbas cada vez más espesas, tanto que los caballos tenían que levantar la cabeza para proteger sus ollares, piafando a veces inquietos debido al olor de alguna fiera o la proximidad de una madriguera. Rodearon el bosque de bambúes y llegaron hasta el lecho de una ciénaga seca. Las lluvias se habían retrasado y las charcas y los manantiales situados en las estribaciones de los oulés tan sólo ofrecían un barro apenas húmedo que se endurecía rápidamente. A su izquierda, a un centenar de metros, entre los arbustos y las mimosas, donde empezaba la sabana que se extendía ante ellos con sus más de trescientos kilómetros, vieron a los gigantes inmóviles; parecían ídolos de granito abandonados por los adeptos de un culto desaparecido. Sólo dos o tres machos provistos de unos gigantescos colmillos giraban lentamente en redondo sobre el fondo agrietado de la ciénaga, levantando a veces la trompa y olfateando el aire con la esperanza de descubrir en él un rastro de humedad que anunciara las lluvias. Morel sabía que la ciénaga era una etapa más del ascenso de las manadas hacia el lago Mamún, que formaba parte de su recorrido habitual en esa estación. Después de Mamún iban a Sud-Birao, Yata, Nguessi y Wagaga, donde por lo general estaban seguros de encontrar agua incluso durante las peores épocas de sequía. Durante la sequía de 1947, toda esta región había sido declarada «reserva» por la administración y durante algunas semanas habían tenido lugar en ella las mayores concentraciones de manadas que el hombre jamás hubiera contemplado, lo que fue calificado por los periódicos del momento como «visión del paraíso terrenal», y sólo había que llegar tranquilamente hasta el límite de la zona prohibida para estar seguro de conseguir un buen trofeo. Se vio, pues, acudir hasta allí a los grandes aficionados a la caza del mundo entero, seguros de poder sacar jugo a su dinero; hubo más de cincuenta expediciones en cinco meses; una soberbia

reunión de impotentes, de alcohólicos y de ese tipo de mujeres cuya sexualidad se despierta en general por primera vez en las corridas de toros y alcanza su momento supremo cuando ponen el dedo en el gatillo y apuntan al cuerno de un rinoceronte o los colmillos de un hermoso macho; por supuesto con un cazador profesional detrás, pues, a pesar de todo, siempre hay que ser prudentes. Morel apretó los puños de forma instintiva y se sintió palidecer, como cada vez que se veía dominado por la cólera; sin embargo, esta vez no había nada que temer, no había ninguna posibilidad de que aquella situación se repitiera. El caso Ornando había tenido una gran resonancia, de modo que los aficionados a la virilidad irían a satisfacer sus deseos a otra parte. Pero dado el estado de la ciénaga y el nerviosismo de los jefes de las manadas, la sequía sería rigurosa y quizá incluso excepcional. Surgiendo del fondo de barro seco, los carrizos desnudos y quemados mostraban en los cincuenta centímetros todavía verdes de sus tallos el nivel habitual del agua desaparecida. La evaporación había debido de ser especialmente rápida. Morel había observado además que desde hacía dos días las manadas de elefantes ya no enviaban a sus exploradores por delante para que comprobaran los puntos de paso o el estado de los campos que tenían intención de saquear. Al contrario, parecían desplazarse en grupos compactos y desorientados. Trató de tranquilizarse pensando que el agua continuaba esperando a los animales en varios lugares de su recorrido, y que éstos podrían entregarse a sus fiestas acuáticas, duchándose y rociándose mutuamente, o bien permaneciendo tumbados durante horas en el agua, moviendo lánguidamente sus trompas con profundos suspiros de satisfacción. Se sacó del bolsillo papel y tabaco y empezó a liarse un cigarrillo sin dejar de observar la manada, con los ojos entrecerrados en una sonrisa de amistad. Lo que él defendía era un margen humano, un mundo, fuera el que fuera, en el que hubiera lugar incluso para una libertad tan torpe y tan pesada. Un mundo en el que hubiera más tierras cultivadas y electricidad, se construyeran carreteras y ciudades, y desaparecieran los antiguos paisajes ante una obra tan colosal y perentoria. Sin embargo, ese mundo debía seguir siendo lo bastante humano como para poder exigir a aquellos que se lanzaban de esa forma hacia delante que cargaran a pesar de todo con esos gigantes desmañados para los que ya no parecía haber cabida

en el mundo que se anunciaba… Fumaba su cigarrillo, inmóvil en su silla, observando la manada con una plácida alegría, como si nunca hubiera tenido más preocupación que ésa. Allí debía de haber unos sesenta animales y, más lejos, más allá del bosque de bambúes, en las laderas de una colina, se veían las primeras siluetas de otra manada. Peer Qvist calculaba que en el A. E. F. y en el Camerún al menos había sesenta mil elefantes adultos, y en todo el continente africano unos doscientos mil, pero eran muy pocos los que morían de viejos o no habían sido disparados por los cazadores tres, cuatro y hasta cinco veces. La protección de los campos y de las cosechas era una excusa absurda, pues bastaban unos cuantos petardos para que los elefantes no volvieran jamás; y en cuanto a los permisos, no había un solo teniente de caza que no admitiera que, por uno concedido, quince o veinte animales eran abatidos ilegalmente. En el bosque africano seguían teniendo lugar diariamente los ajustes de cuentas entre los hombres amargados por una existencia cada vez más esclavizada y sumisa y la última y más grande imagen de libertad viviente que existía aún sobre la Tierra. Era difícil exigir al campesino africano, que carecía de una ración suficiente de carne, que tuviera a los elefantes el respeto necesario; su miseria fisiológica hacía que esta campaña para la protección de la naturaleza fuera aún más urgente. Pero fuesen cuales fuesen las dificultades y la multiplicidad de las tareas, era necesario realizar un trabajo suplementario y preocuparse también de los elefantes. Morel se negaba a transigir en ese punto. Saboteador de la eficacia absoluta y del rendimiento absoluto, iconoclasta del sudor y la sangre erigidos como sistema de vida, haría todo lo que estuviera en su mano para que el hombre siguiera siendo un obstáculo en ese sentido. Defendía un margen en donde pudiera refugiarse todo aquello que, a pesar de no tener una productividad y una eficacia tangibles, seguía siendo una necesidad imperecedera para el alma humana. Era una lección que él había aprendido detrás de las alambradas de los campos de trabajos forzados, y ni él ni sus camaradas estaban dispuestos a olvidarla. Ésa era la razón de que hubiera decidido llevar a cabo con tanto alboroto su campaña para la protección de la naturaleza. Los resultados eran esperanzadores; en todas partes se hablaba de ella: en la radio, en la televisión, en la prensa; se había convertido en un fuera de la ley popular, en un «bandido honrado»; había

conmocionado a la opinión pública y, poco a poco, todos iban comprendiendo la importancia del reto. Seguía fumando tranquilamente, mirando a la manada que, completamente agotada, se había adormecido. Ahora estaba seguro de que conseguiría lo que quería. Sólo debía tener paciencia, aunque le resultara difícil. El número de animales heridos que llevaban una existencia atroz, a veces durante años, con una bala en el cuerpo, con una herida que se hacía cada vez más profunda en una profusión gangrenosa de garrapatas y de moscas, era incalculable, pero bastaba hablar de esto con los hermanos Huette, con Remy, con Vasselard, para saber lo que pensaban al respecto. Tres días antes, él mismo había matado a un animal que había perdido el ojo izquierdo a causa de una bala y tenía una herida que dejaba al descubierto la caja ósea. Lo había encontrado en el lecho del Yala, dando vueltas sin moverse del sitio, tratando en vano de calmar su sufrimiento aplicándose lodo húmedo en la frente. Sabía que los grandes cazadores únicamente acorralaban a los animales para darles el tiro de gracia, y no lo hacían sólo porque se volvieran peligrosos. Estaba seguro de que esos hombres sentían por él una simpatía secreta y que en caso de necesidad acudirían a socorrerle, a ayudarle a esconderse. El interés de los aficionados por las «curiosidades» y los «recuerdos» africanos era para él un misterio repugnante. Unos días antes había atacado y quemado la curtiduría de uno de los «expertos» en pieles de la región; se llamaba Herr Wagemann y su curtiduría estaba situada a algunos kilómetros al norte de Gola. A diferencia de los demás comerciantes de pieles de leones, de leopardos y de cebras, a los que Morel acosaba con la misma tenacidad, a Herr Wagemann se le había ocurrido una idea que los fabricantes de pantallas de piel humana le hubieran envidiado. Había sabido dar verdaderamente con el artículo soñado. Se trataba de algo muy simple: se les cortaban las patas a los elefantes unos veinte centímetros por debajo de la rodilla y, con esa parte, a partir de la pezuña, convenientemente trabajada, vaciada y curtida, se fabricaban papeleras, jarrones, paragüeros e incluso cubos de champán. Se había convertido en un artículo muy solicitado, excepto en el mismo territorio, donde estaban tan cansados de esta clase de ornamentos que sólo los veían como productos exportables. Herr Wagemann exportaba varios cientos de ellos al mes, incluidas las patas de

rinocerontes y de hipopótamos, y las manos de orangutanes utilizadas como pisapapeles. Cuando Morel había atacado su almacén, había encontrado dentro del hangar ochenta patas de elefantes vaciadas y preparadas de esa forma y un número igual de patas de rinocerontes y de hipopótamos. Colocadas de pie en el hangar, evocaban una imagen de pesadilla, la imagen de los animales desaparecidos como una manada de fantasmas monstruosos. Había prendido fuego al almacén, había dado veinte latigazos al comerciante y le había roto algunos dientes a base de puñetazos; probablemente le hubiera matado si Habib no le hubiera sujetado. El asunto había tenido mucha repercusión y parecía haberle granjeado bastantes simpatías. Sólo tenía que esperar un poco más: bajo la presión de la opinión pública, la nueva conferencia para la protección de la fauna africana no dejaría de tomar las medidas indispensables para la defensa de la naturaleza. Pensó un instante en la frase que Herbier, el administrador del Oulé del norte, le había dicho al principio, cuando había ido a pedirle que firmara su petición. Herbier era un hombre tranquilo, habituado a las duras realidades cotidianas de África debido a sus largos años de trabajo administrativo y poco dado a las generalidades. Se había puesto las gafas, había leído la petición y después de doblarla cuidadosamente la había dejado encima de la mesa y le había dicho:

—Amigo mío, usted sufre de una idea demasiado noble del hombre. Acabará por convertirse en peligroso.

Morel se irguió sobre los estribos para aliviar sus pantorrillas doloridas, se apoyó con una mano en la silla y continuó velando de lejos a la manada adormilada mientras acababa de fumar su cigarrillo. Las tribus de la región le habían apodado *Ubaba-Giva*, que significaba «el antepasado de los elefantes», y aunque ese nombre le hacía sonreír, le llenaba de satisfacción ser conocido por un nombre tan bello. Debía continuar defendiendo a los elefantes de África y hacer que los habitantes de las ciudades y de las tierras contaminadas, los franceses sobre todo, comprendieran todo el alcance de su campaña. Confiaba en ellos, era algo que les concernía directamente: formaba parte de sus tradiciones. Permaneció así todavía un momento, aplastó su cigarrillo contra la silla y de pronto —ante la sorpresa de Habib, que movió la cabeza y chascó la lengua, seducido por la insensata

certidumbre que brillaba en los ojos de ese francés tan loco y tan seguro de sí mismo—, empezó a canturrear y, volviendo a tomar las riendas, dirigió su caballo hacia el este a través de las cañas, sobre la tierra seca que saltaba bajo los cascos. Cuando estuvo en la cima de la colina, se volvió una vez más para sonreír a los elefantes con tal expresión de felicidad que el libanés se rascó la oreja, profirió un juramento ante esa magnífica locura que tenía todas las características, por otra parte engañosas, de la invencibilidad, y dio un talonazo enérgico a su montura para acompañar, según la expresión que había utilizado ante De Vries, «a aquel que todavía creía» al lugar de su cita.

Llegaron al poblado dos horas más tarde y avanzaron entre las cabañas. Algunos niños corrieron a su encuentro, pero los habitantes evitaban mirarles con una aplicación que indicaba un intenso miedo y una voluntad inquebrantable de no mezclarse con lo que ellos consideraban como un asunto de los blancos. A Morel le dolió ese malentendido y le puso de mal humor, porque habría querido tener a los africanos de su parte. Generalmente, al aproximarse con su grupo, los poblados se quedaban vacíos y dentro sólo encontraba a ancianas y a madres amedrentadas que retenían a sus niños. Era incapaz de comprender las razones de esa hostilidad o de ese temor. Sin embargo, pagaba siempre los víveres que pedía y, después de los excesos del principio, había impuesto a sus hombres, sobre todo a Korotoro y a sus amigos, una severa disciplina. ¿Acaso no estaba defendiendo la integridad y el futuro del alma negra de África? Pero sabía que, en cuanto se daba la vuelta, los africanos seguían matando a los elefantes. Aun así, no se lo tenía demasiado en cuenta. No era culpa suya. Era la tragedia de la necesidad de proteínas y de la alimentación a base de carne; por eso lo más urgente que había que hacer —no había dejado nunca de proclamarlo en sus peticiones— era mejorar el nivel de vida de las poblaciones africanas. Eso formaba parte de su combate, de su lucha por la protección de los elefantes. Era lo primero que había que hacer si se quería salvar a los gigantes amenazados. Sin embargo, no pudo dejar de pensar una vez más en la respuesta de un viejo maestro negro de Fort-Archambault que había rechazado su petición con un gesto de desprecio:

—Sus elefantes son sólo otra idea más de europeo saciado, de burgués saturado. Para nosotros, los elefantes son carne en vivo. Cuando nos den bastantes bueyes y vacas, volveremos a hablar del asunto…

OceanofPDF.com

XXVII

Llevaban cuatro ponis con ellos, tres cargados de armas y municiones y el cuarto de whisky. Cuando se acabó el último cartucho y la última botella, Johnny Forsythe se preguntó qué pasaría. Era una gran incógnita, como suele decirse. Se rascaba la mejilla maravillado ante una falta de futuro tan asombrosa y, de vez en cuando, lanzaba una ojeada a esa joven que le seguía a través de un paisaje incandescente donde hasta las mismas sombras parecían estar acorraladas. No sabía lo que les esperaba al final, pero todas las esperanzas estaban permitidas. Rió con sarcasmo y movió la cabeza. Quizás acabara como tantos otros, implorando al cielo una ayuda que nadie había recibido hasta ahora; y mucho menos si lo que se pedía era una botella de whisky de buena calidad. Ante ellos se extendía un futuro sombrío, que podía muy bien esconder una prisión francesa, una bala en el cuerpo, o el rostro del cónsul norteamericano de Brazzaville, apenado, muy apenado: «No olvide que aquí somos todos responsables del prestigio de nuestro país». Forsythe sentía una enorme curiosidad por lo que diría el distinguido funcionario. Ese cónsul era indudablemente la mejor muestra de mamífero vertical que jamás había conocido. «Hombre: mamífero vertical», ésta era la definición que había encontrado un día en el diccionario que su amigo, el maestro negro de Abeché, tenía en su casa. Rió de nuevo sarcásticamente y meneó la cabeza.

—Debería usted dejar de beber, mayor Forsythe, no puede seguir así.

—No tema, amiga, dejaré de beber en cuanto me encuentre entre los elefantes. Lo que me empuja a emborracharme es la compañía de mis semejantes. Puedo soportar a uno de ellos por la mañana, como máximo dos al día, pero hacia las cuatro o las cinco de la tarde ya no puedo soportarlos en absoluto y bebo.

La cantidad de alcohol que había ingerido desde que se habían puesto en camino habría sido más que suficiente para matar a un hombre menos

resistente o quizá menos intoxicado. Minna había tenido que conducir el *jeep* durante la última etapa, porque él ya no conseguía sujetar el volante. Deberían dejar el *jeep* en Niamey y esperar al guía que Morel les había enviado. Se llamaba Yussef y había ido en dos ocasiones a Fort-Lamy con el fin de establecer contacto con Forsythe. En la posada donde ella detuvo el *jeep* no había nadie. Durante toda esa parte del recorrido no habían tomado ninguna precaución. Estaban a menos de treinta kilómetros de la ruta que unía Fort-Archambault con Fort-Lamy y nadie sospechaba de ellos todavía, nadie sabía lo que transportaban; su presencia en ese lugar no tenía nada de raro, por lo que no podían despertar ningún recelo. Se les había hecho de noche de pronto mientras se acercaban al lugar de la cita. Minna detuvo el *jeep*, dejó a Johnny Forsythe hundido en el asiento y bajó. Por todas partes se oían sonidos inquietantes, la única nota familiar y tranquilizadora era el incesante crepitar de los insectos. África recuperaba por la noche su misterio, sus innumerables y discordantes inflexiones, sus gritos, sus llamadas y sus risas, y la tierra temblaba a veces al paso de una manada. La pista desierta se extendía ante la luz de los faros. El aire, todavía impregnado del frescor del desierto, se hallaba animado por una palpitación sonora que parecía conferir una voz y una respiración al mismo cielo. De pronto, como irritado por aquel alboroto de insectos, por aquel humilde coro, se oyó un rugido en aquello que súbitamente pareció transformarse en silencio, y dio la impresión de que las mismas nubes que rodeaban la luna empezaban a huir más deprisa hacia la lejanía. A Minna se le encogió el corazón, tragó saliva de forma espasmódica y, temblorosa y feliz al mismo tiempo, escuchó durante un momento la única voz que pudo elevarse sin resultar ridícula hacia la inmensidad estrellada. Luego, pareciéndole que el rugido se acercaba, retrocedió hasta el coche y se sentó sobre el parachoques. Una vez allí, separada de las tinieblas por la luz de los faros, abrió su bolso e, inquieta, casi descompuesta, recurrió a un gesto familiar para darse valor: cruzó las piernas, se estiró la falda sobre las rodillas, cogió su barra de labios y su espejo y se pintó los labios con una actitud de desafío. De pronto se echó a reír: cada rugido del león era respondido por un sonoro ronquido de Forsythe dentro del *jeep*. Luego se hizo el silencio y regresaron los insectos. Minna cogió su chal, se lo echó

sobre los hombros y se quedó allí, temblorosa, feliz, alejada de todo, acunada por las ondas azules y fosforescentes de la noche. Era tanta la claridad del cielo que los millones de mariposas blancas que revoloteaban sobre la carretera parecían una Vía Láctea terrestre que estuviera allí, al alcance de la mano. Se preguntaba si Morel le permitiría quedarse a su lado y hacer todo lo que pudiera para ayudarle en su campaña. Probablemente le pediría explicaciones y ella no sería capaz de dárselas. Había actuado por instinto, en primer lugar porque amaba profundamente a los animales; y, en segundo lugar, aunque ella misma no fuera consciente de la relación, porque se había sentido muchas veces sola y abandonada; y también a causa de sus padres muertos entre las ruinas de Berlín, a causa de su «tío», de la guerra, de la miseria, de su amante fusilado, de todo lo que le había pasado…

—Oh, y además no tengo ni idea de por qué lo hice —le dijo a Schölscher con un movimiento de hombros, y cogiendo la botella de coñac que había en la mesa se sirvió una copa; era la primera vez que bebía desde el principio de su entrevista—. Ellos también me preguntaron por qué había ido hasta allí, y no me creyeron cuando les dije que yo también quería hacer algo por los animales… y además, era necesario que hubiera alguien de Berlín al lado de él: *es war aber doch ganz natürlich dass ein Mensch aus Berlin bei ihm war, nicht?*…

Miró a Schölscher a los ojos para ver si la comprendía. Sentada allí tranquilamente, con su copa de coñac y su cigarrillo, mostraba una sencillez casi desconcertante; toda la publicidad que los periódicos le habían dado no parecía haberla afectado demasiado. Dijo a Schölscher que habían esperado en la pista durante lo que les pareció horas y horas y que ya había empezado a adormilarse, sentada entre las dos luces de los faros, cuando de pronto alguien le había tocado el hombro y había visto una figura blanca delante de ella; era Yussef. Se puso de nuevo al volante y el adolescente se subió en el asiento de atrás. Viajaron hasta que amaneció y después abandonaron el *jeep* en una espesura, al final de la pista, en el lugar donde Yussef había dejado los caballos. Durmieron allí y luego volvieron a ponerse en marcha, esta vez a caballo, en dirección a las colinas. Al atardecer vieron aparecer entre los sissongos una forma muy redonda subida en un poni, un salacot blanco y un rostro familiar que capturaba el sol entre los pelos de su barba

pelirroja como en una red. El padre Fargue no pareció alegrarse mucho de verles, se mostró gruñón y monosilábico, y les preguntó sin ninguna curiosidad qué hacían en esa región abandonada… había estado a punto de decir «abandonada de la mano de Dios», pero se detuvo a tiempo y él mismo movió la cabeza ante tal blasfemia. Forsythe le dio algunas explicaciones confusas y le dijo que se dirigían a la plantación de Duparc, quien les había invitado a pasar una semana en su casa.

—Pues bien, han llegado demasiado tarde —masculló el misionero—. Hace tres días que él quemó la plantación…

—¿Quién es «él»?

—Morel, ¿quién si no? Molieron a palos a Duparc y prendieron fuego a su casa… Parece ser que el desgraciado ha cometido el error de matar a unos veinte elefantes en lo que va de año, porque por lo visto le pisoteaban la cosecha.

—Así pues, ¿la cosa sigue? —preguntó Forsythe con sarcasmo.

Fargue le miró con curiosidad.

—Ya lo creo que sigue…

Y murmuró algunas palabras que se perdieron hábilmente en su barba.

—Acabo de hacer un recorrido de cuatro días a caballo por las colinas para tratar de echarle el guante a ese cerdo de Morel, pero a los negros les da tanto miedo oír pronunciar su nombre, ponen una expresión tan imbécil, que te entran ganas de cogérsela y mordérsela… Le suplico que me perdone, señorita, no se escandalice por lo que acabo de decir. He tenido mucho trato con los militares y mi lenguaje se resiente… Deberían venir a pasar la noche a Ada, hay una misión de padres blancos. Además de pillarles de camino, en ella podrán tomar verduras frescas y fresas silvestres.

No les pillaba de camino, pero no podían decirlo. Esa noche, después de beberse una o dos copas llenas hasta los bordes de vino tinto, Fargue dio rienda suelta a su amargura.

—Quiero explicarle a ese pobre imbécil —tronó dando un puñetazo en la mesa, como si tratara de convertirla a ella también—, quiero explicarle a ese pobre tipo que se ha quedado a medio camino, que es verdad que los elefantes son muy bonitos, pero que hay algo mucho más grande y hermoso

que ellos. ¡Y él no parece ni sospecharlo! Porque, al fin y al cabo, ¿dónde está Dios en todo esto?

Golpeaba la mesa con violencia, como si ésta fuera un ser humano; costaba creer que no le hubiera hecho nada.

—Deje esa mesa tranquila —le aconsejó Forsythe—, ella no lo comprenderá nunca.

—Cuando golpeo, golpeo de verdad —dijo sombríamente el franciscano —. Reconozcan que tengo sobrados motivos para sentir náuseas. Cuando uno lleva eso dentro de sí, lo deja crecer, no lo aborta, no se detiene en los elefantes… ¡Puaf!

Escupió con tanta fuerza que de la tierra se alzó una nube de polvo.

—Y le diré otra cosa: a veces tengo la impresión de que ese tipo me critica personalmente…

—¿Por qué piensa eso?

Fargue permaneció un segundo en silencio, después abrió los brazos y gritó casi plañideramente:

—¿Y yo qué sé? Quizá ese cerdo tenga razón. Quizá yo no haya hecho lo bastante. Quizá los leprosos y los aquejados de la enfermedad del sueño no lo sean todo. Quizá deba irme a vivir con los elefantes además.

Forsythe empezaba a divertirse.

—Fargue, ¿cuánto tiempo hace que no pega ojo?

—¡Hace ocho noches! —gritó el misionero dando un puñetazo en la mesa; si se lo hubiera asestado en la cabeza a algún infiel habría hecho bastante más por la religión—. ¡Los elefantes me bailan delante de los ojos desde que anochece hasta que se hace de día! No me creerá, pero incluso hay algunos que me hacen señas con la trompa.

—¿Qué clase de señas?

—Y yo qué sé qué clase de señas. Me hacen «ven, ven, ven» con su trompa, ¡eso es todo!

Guiñó un ojo con una expresión de malicia satánica e imitó el gesto curvando el dedo índice.

—Vaya, padre —dijo Forsythe—, ¡qué indecencia!

—¡Si pudiera saber de dónde salen esos elefantes! —gimió Fargue, abatido—. ¡Pero vete a saber! Cualquiera puede enviármelos, y cuando digo

cualquiera, ¡sé perfectamente a qué me refiero!

—Oh —dijo Forsythe—, mientras que se trate de elefantes, mientras no sean negras fulbés en cueros…

—¡Ah! ¿Eso es lo que usted piensa? —dijo Fargue—. Bueno, al menos uno sabe de dónde vienen esas negras y cuando las ves de pronto, por la noche, con sus pechos inmensos y meneando el trasero…

Se interrumpió. Forsythe le escuchaba con un gran interés. Fargue se puso colorado y empezó a dar golpes en la mesa.

—Y además, si debo irme a vivir con los elefantes, ¡me iré con los elefantes! —gritó, recogiéndose las mangas con un resuelto ademán—. Si las altas jerarquías consideran que no hago lo bastante, que los leprosos y los aquejados de la enfermedad del sueño no son suficientes, de acuerdo, me iré también a vivir con los elefantes. ¡Y si luego tengo que irme a vivir con los caimanes y las víboras, me iré con los caimanes y las víboras! ¡Me importa un bledo! ¡Yo no me rajo! Si consideran que no hago lo bastante…

Golpeaba la mesa con una energía concentrada.

—Pare ya —dijo Forsythe riéndose y vaciando el resto de la botella en sus copas—. Con la fuerza que ha derrochado usted contra esta mesa, podría haber convertido a una tribu de musulmanes.

Fargue dejó de dar golpes.

—Es verdad, quizá tenga usted razón. Más me vale reservarme. Pero le diré algo…

Se inclinó hacia Forsythe, con el rostro arrugado por la malicia y los ojos entrecerrados:

—A mí no me la dan, muchachos —observó—. A mí no se me engaña así como así, se lo aviso. Antes de irme, quiero saber de dónde vienen esos elefantes. En primer lugar quiero saber quién está detrás. Si eso es todo lo que le queda a ese individuo, si realmente es la última cosa en la que cree, si es otro de esos tipos que se detienen a medio camino porque no tienen ninguna razón para continuar, porque no tienen los suficientes cojones para llegar hasta el final, si es otra de esas estratagemas para escabullirse, para hacer como si Dios ya no existiera y hubiera que sustituirlo por cualquier otra cosa, les juro que se va a enterar…

Apretó los dientes y se puso a golpear la mesa con tal fuerza que, de pronto, en medio de la noche, el sonido de un tam-tam se alzó en alguna parte muy lejana de la sabana. Fargue pareció sorprendido.

—¿Qué es eso?

—Nada —dijo Forsythe tranquilamente—. Le están respondiendo. Sin saberlo, ha debido llamarles con su tam-tam a la guerra santa y mañana nos exterminarán a todos.

Tras dirigirle una mirada sombría, Fargue se levantó, les dio las buenas noches y se fue caminando de una forma bastante inestable. Forsythe se rió, se estiró y se levantó sin el menor signo de ebriedad: si todavía era capaz de algo, era de resistir.

—Buenas noches, padre —le gritó en medio de la noche—, ¡me sentiré muy triste cuando por fin se vaya al cielo con los últimos elefantes y no pueda volverlo a ver!

Salió a su vez de la choza y se quedó durante un momento mirando el cielo como si buscara a quién o a qué, llegado el momento, el franciscano podría dar un buen puñetazo allí arriba. Al amanecer, volvieron a tomar la pista y, al cabo de dos horas a caballo, después de haber avanzado a lo largo de un sendero que se abría paso entre los sissongos, con las hojas de los rosniers saliendo de las rocas grises por encima de sus cabezas y las euforbiáceas, que parecían centinelas, vieron una figura azul esperándolos en la cima de la colina. Se hallaban en un lugar conocido por el nombre de montes Geiger, en honor a todos los prospectores que, sin ninguna preparación, habían venido a vagar por allí con un contador Geiger en la mano. No habían encontrado uranio, pero los aficionados a los prodigios seguían convencidos de que debajo de aquel amontonamiento de rocas se encontraban ocultos unos yacimientos fabulosos que algún día llegarían a descubrir. Cuando estuvieron en la cima de la colina, entre las primeras chozas del poblado, vieron a Habib, que con su alegre aspecto y su desaliñada indumentaria parecía un marino que acabara de correrse una gran juerga al llegar a puerto, y a Morel, sin sombrero, sonriente, con su vieja cartera de cuero atada a su silla. Minna lo reconoció inmediatamente. Se acercó a ella con la mano tendida, con esa expresión divertida en el rostro a la que era difícil no responder.

—¿Ha ido todo bien?

—Muy bien.

Forsythe se volvió hacia las colinas e hizo un amplio y teatral ademán a modo de saludo en aquella dirección. Estaba borracho desde las diez de la mañana.

—Ha llegado el momento de la despedida. He celebrado el acontecimiento por adelantado… Cuando uno abandona una chusma capaz de ofrecerte al mismo tiempo el genocidio, a Stalin, el «genial padre de los pueblos», las radiaciones atómicas, el lavado de cerebro y las confesiones espontáneas, para irse a vivir por fin al seno de la naturaleza, creo que le está perfectamente permitido cogerse una borrachera…

Morel no le escuchaba. Había tomado la mano de Minna entre las suyas y la miraba con mucha bondad y simpatía.

—Gracias. Lo que ha hecho por nosotros es muy valiente, muy útil. Dos de nuestros escondites de armas han sido descubiertos, ya no nos quedan casi municiones y…

Le sonrió.

—Y además, lo más importante es la intención. Pero esto no va a ser fácil.

—Lo sé.

—Todavía tenemos para rato, sabe…

Se echó a reír.

—La protección de la naturaleza no es precisamente lo que más les preocupa a los políticos en este momento, pero sí a la gente. Lo que estamos tratando de conseguir les apasiona y parece ser que todos los periódicos hablan de ello. No hay duda de que lo conseguiremos. La nueva conferencia para la defensa de la fauna y de la flora africanas se reunirá dentro de quince días y mi tarea es atraer de una forma… contundente la atención del mundo sobre sus trabajos. Se verán obligados a tomar las medidas necesarias. De lo contrario, tendremos que seguir… tener mucha paciencia…

—No tengo prisa.

—Debe saber que podrá volver cuando quiera. No le harán nada. No se atreverían. Saben que tenemos a la opinión pública de nuestro lado…

Ella hablaba de los primeros momentos de su encuentro con un placer y una animación que expresaban mucho mejor que las palabras lo que había sentido. Se interrumpió un instante, se acercó la copa de coñac a los labios y, con los ojos bajos y una sonrisa algo misteriosa, dijo:

—Morel comprendió que yo amaba a los animales quizá tanto como él…

Al final del poblado había una choza más grande que las otras, con una escalinata de tierra batida y algunas dependencias. En la puerta, un negro armado con una metralleta y vestido con unos pantalones cortos, una camisa caqui y un sombrero de fieltro, le susurró algo al oído y a ella le dio un poco de miedo. Morel debió de darse cuenta, porque le dijo:

—Sólo es un ladrón… Se ha fugado de una prisión de Bangui y nos hemos hecho amigos…

Dentro de la choza, en la penumbra sin ventana, vio un hombre obeso y de cabellos grises que, con el pantalón medio desabrochado, agitaba nerviosamente un abanico japonés, probablemente no tan para combatir el calor o las moscas como para calmar la angustia que se leía en su rostro aceitunado y en sus ojos implorantes. Al ver entrar a Morel, agitó su abanico al ritmo de un ventilador, se levantó, abrochó dos botones en consideración a la señorita, a la que reconoció sin la menor sorpresa como la chica del Chadien, y después dijo:

—Señor Morel, esto no puede seguir así. Hace ya cuatro días que me tiene prisionero en mi casa y me veo obligado a pedirle que se vaya. No quiero tener problemas con las autoridades. No puedo aceptar que transformen mi almacén en un cuartel general del bandolerismo organizado. El negro que vigila mi puerta, armado con una metralleta, debo señalarlo, es uno de los canallas más conocidos del A. E. F. y se ha comportado conmigo de una forma intolerable. Tengo una reputación excelente y durante la guerra fui uno de los que contribuyeron financiera y moralmente a que el territorio se sumara a la causa de los aliados. No quiero que digan de mí que he ayudado a unos terroristas, que he apoyado la revuelta y a los agentes extranjeros. Sobre todo porque a los árabes siempre se nos acusa de no sé qué misteriosa actividad en África. Le ruego encarecidamente que abandone mi casa.

Morel cogió el botijo de la mesa y bebió de él.

—Si estuviste con los aliados durante la guerra, ahora tendrás que estar con nosotros, amigo —le dijo Morel—. Se trata de la misma lucha. Debes hacer algo por la naturaleza, es lo que tú y yo defendimos durante la guerra, ¿no?

El abanico se agitó frenéticamente sobre las superficies adiposas.

—Señor Morel, no quiero llevarle la contraria, no comprendo sus intenciones, no sé lo que quiere hacer, pero hace cuatro días que le repito que usted me ofende juzgándome tan ingenuo como para creer que detrás de este asunto no hay algo más que unos simples elefantes. Quiero decirle con esto, señor Morel, que no soy ningún imbécil y que, en este preciso momento, mis tres hijos reciben una excelente educación en París.

—¿Y qué es lo que hay, según tú?

—No lo sé, señor Morel, y tampoco quiero saberlo. Yo no me dedico a la política.

—Por supuesto que no te dedicas a la política —dijo Morel—. Sin embargo, hemos encontrado bajo tu techo más de cincuenta toneladas de marfil listo para ser embalado, es decir, cortado en trocitos para después poderlo meter en recipientes, pasarlo por la frontera y embarcarlo en algún barco en los alrededores de Zanzíbar.

—Ese marfil me lo han vendido los indígenas. Ha sido legalmente recogido de los animales muertos en el bosque. Tengo hombres que examinan cuidadosamente el bosque para encontrar a los animales muertos. No proviene de la caza. Además, señor Morel, le ruego que no me tutee.

—No te soporto —dijo Morel—. A cien kilómetros de aquí la sabana ha sido saqueada literalmente por el fuego en un frente de más de cuarenta kilómetros; estoy seguro de que tú tienes algo que ver con ello. Hace algunas noches no pude dormir por el ruido infernal que los animales llenos de quemaduras hacían en el lecho del Yala antes de morir. Por supuesto, no es como lanzar napalm sobre los poblados. Pero si examinas el lecho del río, verás que ha sido socavado por los elefantes que se revolcaban en él para tratar de aliviar sus quemaduras… Y ahí no acaba la cosa…

—Señor Morel, le ruego una vez más que no me insulte… Usted no tiene derecho…

—… Y ahí no acaba la cosa. En mi cartera tengo documentos oficiales, informes de las comisiones de investigación, estadísticas… Por si te interesa… Nadie ha visto regresar jamás a tus porteadores a los pueblos en donde fueron reclutados…

El abanico se agitó espasmódicamente.

—Veo que me has entendido. Por lo visto un hombre de menos de cuarenta años se vende a cinco mil reales en los oasis… en el mercado de Litz, para ser más exactos, y un jovencito de quince años de buena planta y con el ano intacto puede llegar a los cuatro mil reales… Son cifras oficiales suministradas por la comisión de lucha contra la esclavitud de las Naciones Unidas… No es de extrañar que tus muchachos no vuelvan jamás. Les embarcas en sambuks, al mismo tiempo que el marfil. A los que son musulmanes les prometes un peregrinaje a La Meca… Supongo que eso me concede el derecho de llamarte canalla, ¿no?

Minna vio entonces por primera vez en la penumbra, apoyada en la pared de barro, una figura blanca con un velo echado alrededor del cuello y los hombros y una mano apoyada en la cadera, y cuando el hombre empezó a hablar, con una voz entrecortada y gutural, distinguió su rostro amarillento, marcado con dos trazos de barba negra que le iban desde el mentón hasta los labios. Lo que decía debía de ser algo insultante, porque su compañero pareció molesto y redobló el movimiento de su abanico.

—¿Qué dice? —preguntó Morel.

—Lo que dice no tiene ninguna importancia, señor Morel.

—¿Qué dice este hombre tan valiente?

—Dice que se vaya al diablo de su parte.

Morel sonrió.

—Qué amable sugerencia. Estoy seguro de que me será útil algún día. ¿Cómo se llama?

—Isr Eddine.

—Dile que cada vez que vea a algún pobre diablo como él, le diré que vengo de parte de Isr Eddine.

—Señor Morel —dijo el traficante abanicándose con expresión apenada —, en nuestro país decimos que las palabras parten muy deprisa y vuelven lentamente.

Morel dirigió a los dos compadres una mirada casi amistosa.

—No hablemos más de eso. Sé desde hace mucho tiempo lo que significa el honor para un hombre. Pagarás a tus porteadores y les mandarás de vuelta a su casa. Mientras tanto, pídele a tu mujer que nos prepare algo de comer. Otra cosa: dile a ese caballero del desierto que si vuelvo a oír a un muchacho gritar por la noche en su choza, le heriré de tal manera en su dignidad, dondequiera que la tenga, que volverá a su casa aliviado de un gran peso. Las mujeres del poblado han venido a contármelo. No hay noche en que no se oiga claramente que está rompiendo el corazón de alguna madre.

—La carne seca y salada inflama la sangre —dijo el traficante sentenciosamente.

Se levantó y salió al patio, donde una opulenta negra con un vestido de calicó de color añil estaba inclinada sobre un fogón de piedra. Su compañero lo siguió, con ese noble porte que otorgan los velos flotando por encima de las sandalias y una hermosa cabeza erguida con toda la dignidad que corresponde. Minna y Morel se quedaron solos. Desde su encuentro en la terraza del Chadien era la primera vez que lo veía frente a frente. Pero confió a Schölscher que había pensado en él tan a menudo sin apenas haberlo visto que lo había transformado por completo en su recuerdo. Para empezar, no tenía la heroica estatura que ella le había atribuido ni esa nobleza extraordinaria en el rostro con la que ella le había adornado. Era un rostro muy vulgar, cuadrado, bastante banal, salvo los ojos, que eran bellísimos, muy franceses, por lo que había podido juzgar en los soldados a los que ella había frecuentado en Berlín. Nada más salir los dos hombres, él se volvió hacia ella riendo:

—Como verá, me meten en todos los fregados… Unos me atribuyen unos profundos fines políticos: por lo visto, soy un agente del servicio de información del ejército francés que trata de sembrar la confusión y enmascarar la rebelión que amenaza con estallar en África; otros dicen que soy un agente comunista, y otros que estoy a sueldo de El Cairo para avivar la llama nacionalista…

Se encogió de hombros.

—Y sin embargo es mucho más simple que todo eso… Por suerte, existe algo que se llama corazón popular. Contrariamente a lo que se cree, no es una leyenda, no es sólo el tema de una canción… Lo que nosotros estamos tratando de hacer es llegar a ese corazón popular. Debemos resistir todavía unas cuantas semanas, hasta la estación de las lluvias, si es posible, para hacer que la balanza se incline a nuestro favor. Todavía no hemos conseguido que hablen lo bastante de nosotros, necesitamos un poco más de publicidad para llegar al mayor número de gente posible y que esta comprenda perfectamente cuál es el reto. La protección de la naturaleza les afecta directamente…

Ahora Minna entendía su confianza cuando, subido en lo alto de la colina, con el torso desnudo, la carabina en la mano y una sonrisa un poco burlona en los labios —como ella lo vería tan a menudo al amanecer— hacía guardia en torno a los gigantes amenazados.

OceanofPDF.com

XXVIII

En esta mitad del siglo XX, aquello era una tarea más urgente y difícil que nunca y, en aquellos que a veces se dejaban llevar por la desesperanza y la falta de confianza, y esperaban desde hacía mucho tiempo una señal de aliento, la protesta de Morel despertaba un entusiasmo asombroso. Según un cliente de la terraza del Chadien, cuando la gente dice que «todos los alemanes no son iguales, todos los rusos no son iguales, todos los árabes no son iguales, todos los chinos no son iguales, todos los hombres no son iguales, queda dicho todo sobre el hombre, y por mucho que alguien aúlle después a la luz de la luna: "¿Y Johann Sebastian Bach? ¿Y Einstein? ¿Y Schweitzer?" no servirá de nada, pues la luz de la luna ya lo sabe». De pronto pareció que todos los humanistas decepcionados pero que aún seguían confiando de alguna forma en la humanidad y podían pagarse un billete de avión, intentaban ir al A. E. F. para aliarse con aquel que se había convertido en el símbolo viviente de una esperanza que se negaba a capitular. Hubo que exigir un visado especial para ir al A. E. F. y en Duala, Brazzaville, Bangui y Lamy tuvieron que multiplicar los controles con el fin de descubrir entre los turistas a los «voluntarios»; que venían a «enrolarse» con Morel. Entre ellos, naturalmente, había los típicos desequilibrados impacientes por embarcarse para ir a la luna, pero hubo también al menos una «adhesión» significativa y sensacional, que posiblemente tuvo tanta repercusión en el mundo como el mismo caso Morel. El 15 de marzo, los periódicos norteamericanos anunciaron en grandes titulares que el profesor Ostrach, uno de los físicos más eminentes de Estados Unidos y uno de los padres de la bomba de hidrógeno, había desaparecido sin dejar rastro. Después del caso Pontecorvo, la investigación a la que se vio sometido Oppenheimer y la huida de Burgess y Mac Lean, esta noticia produjo una auténtica conmoción, pues Ostrach no sólo conocía todos los detalles sobre la bomba H, sino que tampoco ignoraba ninguna de

las promesas de la nueva bomba de cobalto, en la que los más importantes científicos del siglo, tanto de la URSS como de Estados Unidos, trabajaban día y noche con una abnegación sin límites. Se trataba de un arma especialmente decisiva, ya que destruiría no sólo la fauna, sino también la flora, e incluso era posible, después de la debida puesta a punto, que consiguiera la desintegración total de todas las masas líquidas de la superficie del globo, desde los océanos hasta los mismos manantiales. Asimismo esperaban fabricar una nueva bomba que mataría sin producir daños materiales. Recordaron que, cuando la Guerra Civil española, Ostrach había donado dinero para los niños de los combatientes de las Brigadas Internacionales y que había intentado varias veces utilizar su influencia sobre sus colegas para limitar la potencia de la bomba de cobalto y conservar en la Tierra alguna forma elemental de vida, especialmente el plancton, la flora marina y el medio marino en general donde la aventura de la vida había empezado y donde quizá, quién sabe, podría volver a empezar algún día en mejores condiciones. Por; otra parte, una comisión encargada de investigar sobre su lealtad le había liberado de toda sospecha; en cuanto a sus esfuerzos para reducir la potencia destructiva de la bomba, los investigadores y una prensa indulgente los calificaron de «excentricidad ingenua frecuente en los grandes sabios». Así pues, éste era el hombre de cuya desaparición se enteró el mundo entero una buena mañana. Al final descubrieron que había tomado un avión para Europa con un nombre falso. Durante quince días no se supo nada de él, y se dio por sentado que se había unido al equipo de científicos soviéticos cuyos trabajos sobre el «rayo de la muerte» progresaban favorablemente. Pero a principios de mayo, el jefe de un poblado baga, en el noroeste de Lai, señaló al administrador de la comarca la presencia, en la posada de carretera del kilómetro cuarenta, de un extranjero que parecía esperar a alguien: en ese momento, Morel acababa de ser visto en la región. El extranjero, que, a pesar de sus vehementes protestas, fue inmediatamente detenido y trasladado a Fort-Lamy, no puso ningún reparo en reconocer que era el profesor Ostrach.

En Estados Unidos la noticia produjo tal conmoción, que en sólo veinticuatro horas el número de periodistas ya presentes en Fort-Lamy se multiplicó por tres. Ostrach, que era un hombre joven, con un cuello largo y

abombado con una gruesa nuez, los cabellos entrecanos cortados al cepillo y unos ojos irónicos, fingía estar muy extrañado de la gran polvareda que había levantado. Después de un cortés interrogatorio, durante el cual sólo se le pudo sacar que no había intentado filtrar a los elefantes secretos militares, recibió a los periodistas en la terraza del Chadien. No, él no había intentado reunirse con Morel. Lo único que había querido hacer era tomar algunas fotos de animales en libertad, porque amaba profundamente la naturaleza y el safari fotográfico era uno de sus deportes favoritos. ¿Había intentado fotografiar también a los elefantes? Sí, claro, no veía qué mal podía haber en ello. ¿Sabía que el partido comunista africano había adoptado la palabra *komun*, «elefante», como la palabra clave de unión para toda África y como símbolo de la lucha contra Occidente? No, no lo sabía. De lo contrario, no habría intentado fotografiar a los elefantes. A partir de ahora ya no tendría nada que ver con ellos. Quería afirmarlo de una forma sincera y categórica. Se enjugó el sudor de la frente.

—Cristo —dijo—, expliquen muy bien sobre todo que tengo muy poco sentido político y que he querido fotografiar a esos elefantes sin ninguna mala intención y tal vez sin calcular las consecuencias que eso podía tener. Nunca he sido un hombre demasiado famoso y no tengo la costumbre de fijarme en todos los gestos que hago. Cristo, ahora que lo pienso, he llevado dos o tres veces a mis hijos al zoo del Bronx expresamente a ver a los elefantes y olvidé mencionarlo ante la comisión del senado cuando investigaron mi lealtad. Pero como ya les he dicho, no tengo el sentido político demasiado desarrollado, y no me había dado cuenta de que, dados mis trabajos nucleares, era algo que no podía hacer. Me arrepiento profundamente de mi acto. Pero, por otra parte, no he sido yo quien ha metido en el zoo a esos elefantes, y pienso que el gobierno no debería dejarles ahí si es cierto que tienen algo de subversivo. Aunque también es verdad que no se puede pensar en todo.

—Profesor Ostrach —preguntó un periodista—, ¿es usted católico?

—No, soy judío.

—Entonces ¿por qué invoca todo el tiempo el nombre de nuestro Señor?

Ostrach pareció horrorizado.

—¿Es que también él está metido en eso? Quiero decir, ¿se ha vuelto subversivo pronunciar su nombre con el asunto de los elefantes? Mire, es una forma de hablar y uno puede emplear perfectamente el nombre de alguien sin pensar como él.

El hombrecillo fingía estar muy asustado, pero se notaba que estaba animado por un humor frenético, desesperado, que realmente sí estaba muy cerca de ser una forma de subversión. Entonces ¿no había tratado de pasarse del lado de los elefantes movido como Morel por alguna repugnancia neurótica hacia la humanidad? No, la humanidad no le repugnaba hasta ese punto. Sus labios se hicieron aún más finos. No, la humanidad no le repugnaba hasta ese punto. ¿Cómo hubiera podido pasarse, si no, los mejores años de su vida trabajando con tanto tesón para dotarla primero de una bomba de hidrógeno y después de una bomba de cobalto? Uno de los periodistas soltó una risita y Schölscher vio aparecer en los ojos del científico norteamericano una chispa de esa antigua e imperecedera alegría que supone una garantía de supervivencia. ¿Pensaba que los elefantes eran la única especie que corría el riesgo de desaparecer?

—Perdóneme —dijo Ostrach—, pero no puedo hablar de los secretos relacionados con la defensa nacional de mi país.

¿Era cierto que el hecho de acumular experimentos atómicos y radiaciones podía desembocar en graves sufrimientos para toda la humanidad y que sus efectos podrían ser trágicos para las generaciones futuras? Le repetía que no le estaba permitido hablar de cuestiones relativas a la defensa militar de su país. Había que dejar que los científicos prosiguieran tranquilamente su obra en la quietud y la serenidad de sus laboratorios.

—Sí, pero ¿qué obra? —gritó alguien desde el otro extremo de la terraza, con una voz casi desesperada—. ¿Qué tipo de obra?

—Todas las esperanzas nos están permitidas —dijo Ostrach con una sonrisa radiante—. No hay que poner obstáculos en el camino de la investigación científica pura y desinteresada, donde lo que cuenta no son los resultados prácticos, sean cuales sean, sino la manifestación del genio humano.

En otras palabras, si un sabio hacía saltar la tierra entera en un accidente de laboratorio, ¿sería una manifestación desinteresada del genio humano? Se negaba a contestar a una pregunta tan pesimista. La investigación científica debía permanecer completamente libre de cualquier preocupación por las posibles consecuencias prácticas… Se quedó unos días más en Fort-Lamy, dando numerosos paseos por la región, probablemente con el único fin de fastidiar a las autoridades, seguido cada vez por una auténtica caravana de periodistas que no dudaban de sus intenciones, el gobernador tampoco, por otra parte, y cuidaba de que el científico fuera seguido por una escolta que no le dejaba a solas ni un solo momento. Así, durante ocho días, cada mañana, una caravana motorizada salía de Fort-Lamy detrás del hombrecillo burlón e irónico, que, al volante de una camioneta, se metía por las pistas más difíciles de la región y de vez en cuando volvía la cabeza para hacer signos amistosos a los periodistas y a los policías que lo seguían maldiciéndole. Nunca llegó a saberse si en alguna parte de su recorrido le esperaba algún emisario de Morel. Pero es probable que Ostrach no tratara tanto de despistar a los periodistas y unirse al hombre que luchaba por la defensa de la naturaleza, como de dar a ese asunto toda la resonancia y el sentido que convenía. Lo consiguió de una forma admirable, y volvió a tomar el avión después de despedirse amistosamente de los representantes de la prensa, que, agotados, no podían creer en tanta felicidad. Mientras, por la ventanilla del avión, un pequeño rostro triste y a la vez sonriente los miraba con ironía.

Sí, Schölscher sabía que Morel no estaba solo y que, en todas partes, muchos hombres excéntricos o simplemente simpatizantes trataban de unirse a él sólo para echarle una mano. En Fort-Lamy, en Bangui, las oficinas de correos se hallaban desbordadas por las cartas y los telegramas dirigidos a él, y el gobernador recibía de todos los rincones del globo y en todos los idiomas un correo en el que la categoría de los insultos sólo era comparable a los que él mismo mascullaba a lo largo del día para sus adentros. A todos aquellos que seguían de cerca la actualidad y estaban hartos de verse ridiculizados por las aberraciones políticas, militares, científicas y de todo tipo que se cometían en su nombre, la protesta de Morel parecía tocarles una fibra especialmente sensible y responder a

alguna cólera o alguna expectativa que, cuando leían el relato de sus hazañas, se transformaba en una especie de profundo alivio. Así pues, para una gran parte del público, Morel se había convertido en una especie de héroe, pero probablemente habría sido difícil hallar a alguien que le admirara tanto como esa joven que había compartido durante semanas su aventura y por consiguiente no se había visto afectada por el espejismo de la lejanía, casi siempre indispensable para el nacimiento de una leyenda. A lo largo de todo el juicio, cuando el nombre de Morel era pronunciado en la sala, ella levantaba la cabeza, se animaba y escuchaba con una enorme atención, olvidándose del público, de los jueces y de los policías sentados a su lado. Cuando un plantador llamado Duparc contó cómo Morel y un grupo de negros lo habían sacado de la cama, le habían molido a golpes y lo habían atado a un árbol mientras quemaban su propiedad, ella, con los ojos brillantes de ira, se había erguido bruscamente en el banco que estaba sentada y con su fortísimo acento alemán y esa voz que resultaba casi vulgar cuando la alzaba demasiado, había gritado:

—¿Y por qué no dice toda la verdad, señor Duparc, si la conoce tan bien como yo? No se avergüence de decirla, pues yo la conozco perfectamente, como también la conocen el señor Peer Qvist, el señor Forsythe y otras personas que se encuentran en esta sala.

Duparc, que pareció profundamente alterado, se volvió hacia ella:

—Yo no he pedido que me citaran como testigo —dijo lentamente—, pero contaré la verdad hasta el final. En todo caso, no necesito que ninguna alemana me la recuerde.

Minna había oído hablar del «caso Duparc» nada más llegar. Habib había hecho varias alusiones a él en su presencia, acompañando sus palabras con tal ataque de risa, que ella había acabado por preguntar a Morel con cierta aprensión:

—¿Por qué se ríen tanto cuando hablan del «caso Duparc»?

Él estaba sentado a su lado, con el torso desnudo y brillante a la luz de la lámpara de aceite y, sobre sus hombros, ella veía las cicatrices de los latigazos que había recibido en el campo de trabajos forzados de Alemania; se las rozó con las yemas de los dedos y luego miró largamente la mano posada sobre ellas: la segunda mano alemana que las tocaba.

—Supongo que tienen razón en reírse de nosotros —dijo él—. En el campo de trabajos forzados tenía un compañero que durante Resistencia se hacía llamar Robert: era el tipo más valiente que he conocido en toda mi vida. Era un robusto pelirrojo de fuertes puños y de mirada fiable, se podía apostar por él. Era el núcleo irreductible de nuestro barracón y todos los «políticos» se agrupaban instintivamente a su alrededor. Siempre estaba alegre, con esa alegría de quien ha llegado hasta el fondo de las cosas y emerge seguro de sí mismo. Cuando decaían los ánimos y sólo veías a tu alrededor caras tristes y desesperanzadas, acudías a él y siempre se le ocurría algo para levantarte el ánimo. Un día, por ejemplo, entró en el barracón imitando el gesto de un hombre que da el brazo a una mujer. Nosotros estábamos hundidos en nuestros rincones, sucios, descorazonados, desesperados. Los que no se encontraban demasiado agotados, gemían, se quejaban y blasfemaban en voz alta. Robert, sin dejar de ofrecer el brazo a la mujer imaginaria, atravesó el barracón bajo nuestras miradas estupefactas y después hizo el ademán de invitarle a sentarse en su cama. A pesar de la apatía general, hubo algunas muestras de interés. Los muchachos se incorporaban apoyándose en el codo y miraban asombrados a Robert hacer la corte a su mujer invisible. Tan pronto le acariciaba la barbilla como le besaba la mano o le murmuraba algo al oído, inclinándose de vez en cuando ante ella con una amabilidad de oso; en un determinado momento, al ver que Janin se había quitado el pantalón y se estaba rascando los pelos, se acercó a él y le echó con todas sus fuerzas una manta sobre el culo.

»—¿Qué haces? —protestó Janin—. ¿Qué te pasa? ¿Es que no tengo derecho a rascarme?

»—Un poco de decoro, amigo —gritó Robert—. Hay una señora entre nosotros.

»—¿Qué? ¿Cómo?

»—¿Estás loco?

»—¿Qué señora?

»—Claro —dijo Robert entre dientes—. No me extraña… Algunos de vosotros fingís no verla, ¿verdad? Y eso os permite seguir siendo unos sucios…

»Nadie dijo nada. Tal vez se hubiera vuelto loco, pero seguía teniendo unos poderosos puños ante los que los mismos presos comunes callaban respetuosos. Robert volvió junto a su señora imaginaria y le besó delicadamente la mano. Después, volviéndose hacia todos nosotros, que le mirábamos con la boca abierta, nos dijo:

»—Bueno, ya estáis avisados: a partir de hoy, todo cambiará. Para empezar, dejaréis de lloriquear y trataréis de comportaros ante ella como si fuerais hombres. Digo bien "como si", porque es lo único que cuenta. Vais a hacer un esfuerzo de limpieza y de dignidad, porque, de lo contrario, os zurraré. Ella no soportaría pasar un solo día en este ambiente apestoso, y además, como franceses que somos, nos comportaremos de una forma galante y educada. Y el primero que le falte al respeto, que se tire un pedo, por ejemplo, delante de ella, tendrá que vérselas conmigo…

»Le mirábamos boquiabiertos y en silencio. Después algunos empezaron a comprender. Hubo algunas risas roncas, pero todos sentíamos confusamente que en el punto en el que estábamos, si no había alguna convención de dignidad para sostenernos, si no nos agarrábamos a una ficción, a un mito, lo único que nos quedaba era abandonar, someternos a cualquier cosa e incluso colaborar. A partir de aquel momento, ocurrió algo realmente extraordinario: la moral del barracón K subió varios grados. Hicimos unos esfuerzos de limpieza inauditos. Un día, Chatel, que sin duda ya no podía más, y que probablemente estaba a punto de ceder él mismo, se lanzó sobre un preso común con el pretexto de que "había faltado al respeto a la señorita". La explicación que después le dio al asombrado Kapo hizo nuestras delicias durante varios días. Cada mañana, uno de nosotros sostenía una manta desplegada en un rincón "mientras la señorita se vestía" para protegerla de las miradas indiscretas. Rotstein, el pianista, y por lo tanto el más extenuado de todos nosotros, se pasaba los veinte minutos del descanso del mediodía recogiendo flores para ella. Los intelectuales del grupo decían agudezas y pronunciaban discursos para lucirse ante la mujer invisible y cada uno recurría a lo que le quedaba de virilidad para mostrarse siempre victorioso. Naturalmente, el comandante del campo no tardó en ser puesto al corriente. Ese mismo día, durante el descanso, vino a ver a Robert

con una de esas sonrisas imberbes y coléricas de las que sólo él poseía el secreto…

»—Robert, me dicen que ha metido usted a una mujer en el barracón K.

»—Nada le impide registrarlo, ¿no?

»El comandante suspiró y meneó la cabeza.

»—Yo comprendo estas cosas, Robert —dijo con suavidad—. Las comprendo muy bien. He nacido para comprenderlas. Es mi oficio. Ésa es la razón de que haya llegado tan lejos en el Partido. Las comprendo y no me gustan. Incluso diría que las detesto. Y por eso me he hecho nacionalsocialista. No creo en la omnipotencia del espíritu. No creo en las convenciones nobles, en el mito de la dignidad. No creo en la irreductibilidad del espíritu humano. No creo en la primacía de lo espiritual. Esa especie de idealismo judío me resulta especialmente insoportable. Robert, le doy hasta mañana para que haga salir a esa mujer del barracón K. Mejor que eso…

»Sus ojos sonrieron detrás de su monóculo.

»—Conozco a los idealistas, Robert, y a los humanistas. Desde que llegamos al poder, me he especializado en los idealistas y los humanistas. Los “valores espirituales” son cosa mía. No olvide que, en lo esencial, la nuestra es una revolución materialista. Así pues… mañana por la mañana me presentaré en el barracón K con dos soldados. Usted me entregará a la mujer invisible que tanto hace por su moral y explicaré a sus compañeros que será conducida al burdel militar más próximo para satisfacer las necesidades *materiales* de nuestros soldados…

»Esa noche, la consternación reinaba en el barracón K. Una buena parte de nosotros, los realistas, los razonables, los hábiles, los prudentes, los que sabían contentarse, los que tenían los pies en el suelo, estaban dispuestos a ceder y a entregar a la mujer. Pero era porque sabían que a ellos no les iban a preguntar nada, que la pregunta se la harían a Robert y que él no cedería. No había más que ver lo radiante que estaba. Ni siquiera merecía la pena intentarlo: no cedería. Porque si nosotros no teníamos la suficiente fuerza o la suficiente fe para creer en nuestras propias convenciones, en nuestro mito, en todo lo que nos habíamos contado sobre nosotros mismos en nuestros libros y en nuestros liceos, él se negaba a renunciar y nos

observaba con sus ojitos burlones, prisionero de un poder mucho más formidable que el de la Alemania nazi. Y se desternillaba de risa ante la idea de que aquello sólo dependía de él, que los SS no podrían arrebatarle por la fuerza esa creación inmaterial de su espíritu, que dependía de él consentir en entregarla o reconocer que no existía. Nosotros le mirábamos con una súplica muda. En cierto sentido, si él cedía, si daba ejemplo de sumisión, todo se volvería más fácil, bastante más fácil, porque si podíamos por fin liberarnos de nuestra convención de dignidad, entonces todo nos estaría permitido. Incluso no habría ninguna razón para no afiliarse al Partido… Pero sólo había que ver su expresión de euforia para saber que la cosa no funcionaría… Creo que esa noche los prisioneros por delitos comunes del barracón K debieron de pensar que nos habíamos vuelto completamente locos. Los que comprendían la situación se reían cínicamente y nos dirigían miradas divertidas, indulgentes, de sabios, de hombres llenos de experiencia, de realistas que saben arreglárselas y vivir en perfecto acuerdo con su condición, con la vida, miradas como las de Habib…

»—¿Qué hacemos?

»—Escuchad, tengo una idea. ¿Y si la dejáramos salir mañana y la hiciéramos volver por la noche?

»—Ya no volvería —dijo suavemente Rotstein—. Y aunque lo hiciera, no sería la misma…

»Robert no decía nada. Escuchaba con los ojos vigilantes.

»—Lo que más me fastidia es que quieran meterla en un burdel…

»Émile, el pequeño ferroviario comunista de Belleville, que había seguido toda la conversación con una expresión de profunda desaprobación, acabó explotando.

»—¡Estás completamente loco, Robert, completamente tocado! ¡No pensarás agarrarte a una ficción, a una estupidez, a un mito! ¡No pensarás dejar que te sometan a un régimen de aislamiento y que te juzguen a causa de esa idiotez! ¡Para nosotros lo importante es sobrevivir, salir vivos de aquí, para contárselo todo a los demás, para que esta canallada sea imposible en un futuro, para volver a construir un mundo nuevo en el que no haya que agarrarse a mitos ni a fantasmagorías idiotas!

»Pero Robert se desternillaba de risa suavemente y Émile se metió en su rincón y nos dio la espalda para demostrarnos que ya no era de los nuestros. A la mañana siguiente, Robert nos puso firmes a todos. El comandante llegó con sus dos SS y nos examinó a través de su monóculo. Su sonrisa era más colérica y más retorcida que de costumbre; su mismo monóculo parecía estar realmente divertido.

»—Bueno, señor Robert. ¿Y esa virtuosa señorita?

»—Se quedará aquí —dijo Robert.

»El comandante palideció ligeramente. Su monóculo empezó a temblar. Sabía que se había metido en un buen lío. Sus dos SS eran testigos de su impotencia. Estaba a merced de Robert. Dependía de su buena voluntad. No tenía fuerza, no tenía soldados, no tenía armas capaces de expulsar del barracón a esa ficción; no podía hacer nada contra ella sin nuestro consentimiento. El oficial acababa de chocar contra la fidelidad de aquel hombre a su convención: poco importaba que ésta fuera verdadera o falsa, el caso es que nos iluminaba de dignidad. Esperó apenas un segundo, muy hábilmente, para no acentuar y prolongar su derrota.

»—Bueno —dijo—. Ya veo. En ese caso, sígame…

»Antes de salir, Robert nos guiñó un ojo.

»—¡Os la confío, muchachos! —gritó.

»Pensamos que nunca más volveríamos a verle. Nos lo devolvieron un mes más tarde con la nariz aplastada y sin algunas uñas, pero en sus ojos no había el menor signo de derrota. Entró en el barracón con unos veinte kilos de menos, perdidos en los misterios del régimen de aislamiento, y el rostro terroso, pero en lo esencial seguía siendo el mismo.

»—¡Hola, muchachos! Un mes de celda de castigo para serviros. Un metro diez por un metro cincuenta; no había forma de tumbarse. Pero precisamente por eso se me ocurrió algo formidable. Os lo contaré ahora mismo, porque veo que algunos de vosotros tenéis muy mala cara, y no necesito preguntaros por qué. Había momentos en que yo también me sentía así, entonces me entraban ganas de embestir con la cabeza contra las paredes, para tratar de salir al aire libre. ¡Y vosotros os quejáis de claustrofobia!… Pues bien, al final se me ocurrió una idea. Cuando no podáis más, haced lo que yo: pensad en manadas de elefantes en libertad

corriendo a través de África, cientos y cientos de animales magníficos a los que nada se les resiste, ni un muro ni una alambrada, y que se lanzan a través de los grandes espacios abiertos rompiendo todo a su paso, poniéndolo todo patas arriba; porque, mientras estén vivos, nada puede detenerlos. E incluso, quién sabe, puede que, después de muertos continúen corriendo en otra parte igual de libres. Así pues, cuando empecéis a sentir claustrofobia y no podáis más de las alambradas, del hormigón armado, del materialismo integral, imaginaros a manadas de elefantes en plena libertad, seguidles con la mirada, agarraros a ellos en su carrera y ya veréis como enseguida todo os va mejor…

»En efecto, nos iba mejor. Encontrábamos una exaltación extraña y secreta en vivir con esta imagen de la libertad viva y todopoderosa ante los ojos. Y al final, cada vez que veíamos a los SS, sonreíamos ante la idea de que de un momento a otro la manada les pasaría por encima y que no quedaría nada de ellos… Casi sentíamos temblar la tierra ante la proximidad de esa fuerza surgida del mismo corazón de la naturaleza y a la que nada podía detener…

Morel hizo una pausa y pareció escuchar, como si volviera a acechar otra vez en la noche africana aquel temblor lejano…

—Después de la Liberación perdí de vista a Robert. Y luego…

Su rostro cambió repentinamente de expresión, su misma voz se hizo más grave, llena de cólera contenida, y de pronto empezó a parecerse a la imagen que la gente tenía de él: el «arrogante», el hombre convertido en *amok*, que desde hacía seis meses estaba en el maquis por misantropía, protegiendo a los elefantes, dando la espalda a los hombres.

—Existe una ley que permite matar tantos elefantes como uno quiera en el caso de que pisoteen tu campo… de que amenacen las cosechas y los cultivos. No hay que presentar pruebas: basta con la palabra dada. Es una excusa maravillosa para los tiradores de aquí. Basta con demostrar que un elefante ha cruzado tu plantación, que ha pisoteado un campo de calabazas, y ya eres libre de diezmar una manada, de entregarte a las represalias con toda tranquilidad, con la bendición del gobierno. No hay un solo administrador que ignore los abusos a los que esta «tolerancia» da lugar desde hace años. No hay un solo inspector de caza que no haya reclamado

un control más estricto sobre este tipo de expediciones de castigo… Yo me he ocupado un poco del asunto. Quería demostrar que los elefantes estaban defendidos y llamar la atención sobre los abusos de este tipo, impresionar a la opinión pública en vísperas de la conferencia del Congo para la protección de la fauna africana. Hace algún tiempo, me enteré de que un tal Duparc, propietario de la única plantación de algodón que hay en doscientos kilómetros a la redonda, había matado a más de veinte elefantes en el curso de esas batidas «de castigo». Lo hacía regularmente so pretexto de que su plantación se encontraba en el camino de las manadas que suben hacia el norte en la estación seca. Duparc se quejaba de que, en su marcha hacia el norte, las manadas de elefantes parecían haber escogido su plantación como punto de encuentro, como si estuvieran seguras de que allí se encontraban a salvo. Él había abatido unos veinte elefantes en dos años. En pocas palabras, una noche ordené detener a Duparc en su cama, dormía con las puertas y las ventanas abiertas, y cuando llegué Habib y Waitari ya habían prendido fuego a su casa. El tipo estaba atado a una acacia y veía cómo ardían todos sus bienes con un asombro sin límites. Me acerqué a él para darle la explicación acostumbrada en nombre del comité mundial para la defensa de los elefantes… Nos quedamos mirándonos… Reconocí a Robert…

Morel se quedó callado durante un largo momento. Minna no sabía si lo hacía para reflexionar o, por el contrario, para tratar de no pensar en nada. Ahora comprendía la alegría de Habib y la risa que hinchaba su pecho cuando hacía alguna alusión a aquella historia. Y Schölscher se acordó también del libanés, de pie entre dos gendarmes en el banquillo de los acusados, aportando con un deleite evidente su testimonio sobre el incidente e invitando a veces con un gesto o con una entonación al público y a los jueces a degustar la sal de la tierra:

—Nunca he visto a dos hombres mirarse con tanto asombro. Los dos habían estado en la Resistencia y habían hecho amistad en un campo de concentración de Alemania. Sus rostros se hallaban maravillosamente iluminados por las llamas que saltaban de una ventana a otra. ¡Tenían que haber visto sus caras! Morel fue el primero en recuperar la palabra. «¡Tú! —balbuceó—. ¡Si hay un hombre que debería estar con nosotros para

defender a los elefantes, ese eres tú! ¡Y tú eres el primero en matarlos porque pisotean tus campos!». Duparc le miraba alelado. «Ellos pisotean mi plantación —repetía—, y me han causado un millón de pérdidas el año pasado, saquean los huertos de mis campesinos regularmente… ¡Tengo derecho a defenderme! Y no pretendas hacerme creer que tu objetivo es defender a los elefantes… ¡Basta con ver con quién te juntas!». Aquello iba por mí —dijo Habib riéndose—. Después empezó a tirar tan fuerte de sus cuerdas que el pijama se le desgarró y la acacia tembló como si fuera a ser arrancada de cuajo. Probablemente estaba deseando correr hacia su casa con dos cubos de agua, o quizá, quién sabe, quisiera arrojarse a las llamas. Les juro que hubiera sido un bonito final para un idealista, porque después de tres meses de sequía aquello ardía muy bien. Morel hizo un gesto de impotencia hacia la casa de su colega y, bajando la cabeza, repitió: «No tenías derecho a cazar a los elefantes. Tú no. Tú no. Soltadle…». Después se fue cabizbajo.

Morel le contó la historia tranquilamente, con una voz sin inflexiones, como alguien que ya está acostumbrado, y luego concluyó:

—En fin, las cosas son como son. Hay algunos malentendidos, pero la mayoría de la gente empieza a comprender. Todos los que han vivido en su propia carne lo que es el hambre, el miedo o los trabajos forzados, empiezan a comprender que la protección de la naturaleza les atañe directamente…

Ella observó sus hombros cubiertos de cicatrices y siguió acariciándoselos con los dedos. En la pared de barro, un lagarto corrió a la luz de la lámpara de aceite, y Morel hizo un gesto con la mano hacia él:

—Y aunque no lo hayan vivido… En Lai hay un inspector de las aguas y de los bosques que resumió todo esto muy bien cuando fui a verlo con mi petición… Me dijo que llevaba años presentando un informe tras otro para obtener una protección más eficaz de la fauna africana… Él mismo es un negro; tal vez por eso lo comprenda mejor. En cualquier caso, me dijo: «En el punto en el que estamos, con todo lo que hemos inventado y todo lo que hemos aprendido sobre nosotros mismos, necesitamos todos los perros, todas las aves y todos los animalitos que podamos encontrar… Los hombres necesitan amistad».

Minna repitió estas palabras con una especie de solemnidad triunfante, como si probaran de una vez por todas la falsedad de todas las acusaciones dirigidas contra él, después buscó la mirada del oficial y dijo con una violencia contenida:

—Ya lo ve, comandante. Han tratado de presentarle como un misántropo rencoroso que detestaba a los hombres, cuando, por el contrario, quería defenderlos, protegerlos…

Nadie conocía mejor que Schölscher el desierto en el que había pasado tantas noches solo bajo la luz de las estrellas, y nadie comprendía mejor que él esa necesidad de protección que atenaza a veces el corazón de los hombres y les lleva a dar a un perro lo que ellos mismos sueñan con tanta vehemencia recibir. Y jamás esa necesidad había sido tan angustiosa como en la época de las cenizas radiactivas, del cáncer, del genial padre de los pueblos, Stalin, y de los artefactos teledirigidos dispuestos a destruir continentes enteros bajo la floración de esos champiñones monstruosos, cuyas apariciones «pacíficas» eran regularmente fotografiadas para edificación de los pueblos. El grito irónico y a la vez airado que se había elevado de pronto del fondo de África encontraba un terreno abonado y eso bastaba para explicar por qué Morel parecía estar informado de cada uno de los intentos que las autoridades hacían para detenerlo. Schölscher estaba seguro de haber sorprendido en los ojos del mismo gobernador una expresión de satisfacción apenas disimulada cuando había ido a informarle de la detención de toda la «banda», a excepción del principal interesado.

—¿Así que nuestro amigo se nos ha vuelto a escurrir entre los dedos? ¿Que les tenemos a todos menos a él? Acabaré por pensar que tiene amigos en las altas esferas…

—Eso es lo que dice mucha gente. Pero personalmente creo que si Morel sigue siendo imposible de detener es porque ya no está aquí…

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que probablemente haya sido víctima de un ajuste de cuentas político… Una bala en la espalda, en alguna espesura…

—No lo creo en absoluto —dijo el gobernador.

Y observó al oficial por encima de su mesa con su colilla apagada y húmeda en los labios, los ojos hundidos en las órbitas y una tos de fumador

empedernido. Era un producto bastante típico de la tercera República: muy «Liga por los derechos del hombre», probablemente francmasón, anticlerical, cínico, desencantado y sin embargo furiosamente apegado a esos viejos principios republicanos que los franceses siguen grabando en sus banderas.

—Tiene demasiada prisa en enterrarlo, amigo. Usted cree que tal vez nos hayan librado de él, pero se equivoca. Si es verdad que Morel ha sido asesinado por los nacionalistas, se convertirá realmente en un ser muy molesto. De un hombre que ya no está ahí para defenderse, se puede crear la leyenda que más convenga…

—Precisamente por eso creo que ya no lo encontraremos vivo…

El gobernador miraba a Schölscher casi con maldad:

—No sé cuál será la orden religiosa en la que usted piensa entrar, pero creo adivinarlo… No parece admirar ni tener demasiada confianza en la naturaleza humana. Por lo que a mí respecta, estoy convencido de que nuestro amigo sigue en la sabana y que continuará causándonos graves problemas…

Lo dijo con esperanza y casi con satisfacción. Ésa era también la opinión de los periodistas, que enviaban por cable a sus redacciones las fantasiosas informaciones obtenidas de testigos «fidedignos», que estaban seguros de haber reconocido a Morel disfrazado en diez lugares a la vez. El mismo Peer Qvist, sentado con un termo de té humeante delante de él y un gran cigarro en los labios —muy cómodo y relajado ante el público de oficiales que se apiñaba en el despacho del comandante del puesto de Lai, donde lo habían conducido después de detenerlo—, había afirmado irónicamente con una voz grave e indulgente, casi benévola:

—Señores, hacen mal en quemarse la sangre por él… Ese muchacho sabe lo que quiere y nos va a dar mucha guerra todavía, créanme.

Forsythe no había sido menos tajante. Bajando el volumen del tocadiscos que le habían prestado y siguiendo con la rodilla el ritmo del disco de jazz que estaba escuchando, había descartado con un gesto de hombros la idea de que a Morel pudiera haberle sucedido algo.

—No sé dónde está, pues nos separamos hace algunos días. Pero estoy seguro de que se encuentra bien. Mientras no se tomen las medidas

necesarias, seguirá haciendo que se hable de él.

Pero había una opinión que confirmaba el temor de Schölscher: la radio árabe anunciaba que Morel había sido abatido por los «colonialistas» franceses en el curso de una escaramuza en el macizo de los Oulés.

Schölscher había ido a visitar a Waitari tres o cuatro veces a la habitación del hospital militar donde lo habían trasladado. El ex diputado de Sionville gozaba de excelente salud, pero las instrucciones de París eran terminantes: había que evitar que recibiera un trato severo durante su encarcelamiento. Waitari lo recibía cada vez con la misma cortesía fría, obligada entre adversarios civilizados.

—Ya le he dicho todo lo que sé. Me separé de Morel unos ocho días antes de lo que usted llama su desaparición. Por lo visto, hay un periodista norteamericano que lo siguió hasta el final; pregúntele a él. Pero ya que parece importarle tanto mi opinión, se la daré: no encontrarán a Morel vivo.

—Me parece que su convencimiento se debe sobre todo a la información que posee.

—Los colonialistas no pueden tolerar que un francés luche contra ellos por la independencia de África. Todo el mundo sabe que Morel era un original e incluso un excéntrico, pero que su simpatía por nuestra causa no era menos cierta. Los elefantes sólo eran para él un símbolo de la libertad poderosa y gigante… de nuestra libertad… Usted puede hacer cuanto guste, pero nunca conseguirá alterar esta verdad tan perfectamente clara. Cuando en su vocabulario, tal vez ridículo, pero sincero, hablaba de «defender las maravillas de la naturaleza», se refería a la libertad…

En alguna parte, pensó Schölscher, en alguna espesura perdida el cadáver de un hombre se está pudriendo en este momento para que su leyenda pueda servir a una causa opuesta a la suya, a una ideología estrecha y cerrada. Viendo a aquel africano vestido con un traje de franela gris, pensó de pronto: «Es de los nuestros».

—Dicen que hubo una ruptura entre ustedes…

—Tuvimos algunos problemas. No estábamos siempre de acuerdo en los métodos… en los medios. Ustedes tuvieron los mismos conflictos en el maquis francés durante la ocupación, como también los tienen hoy los fellagas norteafricanos… Pero estaba de nuestra parte.

—¿Incluso después de lo que sucedió en el Kuru? Como sabe, yo también estuve allí. Y vi…

—Ya le he dicho que Morel era un excéntrico. Eso no era óbice para que su adhesión a la causa de la independencia africana fuera totalmente sincera, pero hacía que la relación con él no fuera fácil. Discutimos varias veces, y con bastante violencia. Pero puedo asegurarle que en lo que a la libertad se refiere estábamos totalmente de acuerdo…

Y Habib, esposado y flanqueado por dos soldados, para hacer frente a todas las peticiones de extradición que empezaban a llover sobre él —una de ellas por tráfico de estupefacientes—, pero siempre seguro de que, gracias a su antigua complicidad con la vida, saldría bien librado del asunto, afirmaba con llaneza:

—Qué quieren, siempre he sido un filántropo. Para defender las aspiraciones legítimas de los pueblos había que utilizar explosivos y para satisfacer las aspiraciones legítimas del alma humana había que utilizar la droga. Como ven, siempre he sido un gran bienhechor de la humanidad.

… Y esa joven, que repetía ahora con indignación:

—Cuando pienso que en el juicio trataron de presentarlo como un misántropo, como alguien que detesta a los hombres, cuando en cambio quería hacer todo lo posible para ayudarles…

—¿No le explicó nunca cómo se le ocurrió exactamente esa famosa campaña para la defensa de la naturaleza?

Sí, claro que se lo había explicado. Él no había empezado con los elefantes. Había empezado con los perros. Después de la llegada de las tropas norteamericanas, había salido del campo bastante desconcertado e incluso un poco desanimado; le había hecho esta confesión con una sonrisa un poco apurada, como si quisiera disculparse por haberse sentido desanimado en algún momento. No había sabido qué hacer ni por dónde empezar para que aquello no volviera a ocurrir nunca más. Se encontraba bastante mal y la tarea le parecía a veces abrumadora. Recorría Alemania como un vagabundo, compartía la vida de millones de personas desplazadas y de refugiados que vagaban por las carreteras. Una noche, en una ciudad, al pasar por delante del antiguo banco de Hamburgo, del que sólo quedaba la fachada, se fijó en una niña que estaba en la acera. No llevaba abrigo y

lloraba. Los transeúntes la miraban con desaprobación: era escandaloso que aquella chiquilla estuviera sin abrigo con semejante frío.

—No llores. ¿No ves que estás molestando a todo el mundo?

La pequeña dejó de llorar y lo examinó con atención. Se veía que trataba de averiguar quién era el hombre que le hablaba de esa forma.

—¿No necesitará usted un perro?

El cachorro, sentado en medio de un charco de agua, era completamente blanco y tampoco parecía tener abrigo.

—No puedo quedármelo. Mamá se ve obligada a trabajar, no tenemos dinero. Antes de la guerra, no trabajaba; creo que hasta teníamos un coche.

El perro tenía una oreja negra. Era una mezcla de fox terrier con vete a saber qué. Un perro puede ser útil, pensó gravemente Morel. Puede guardar la casa, vigilar el huerto, dormir a tus pies al lado de la chimenea del salón después de una jornada de trabajo… Eso no era suficiente… Puede darte calor durmiendo a tu lado, mover la cola al verte y meterte el hocico en la mano… En pocas palabras, puede hacerte compañía. Cogió al cachorro por la piel del cuello y posó en el hueco de su mano su trasero húmedo.

—¿Es niño?

—¿No ve que es una niña?

Dirigió a la pequeña una mirada de desaprobación. Pero ese detalle hacía que le resultara imposible quedárselo. Con la vida que llevaba, una perra podría ser un gran estorbo. Seguramente tendría una carnada cada seis meses. Siempre era así después de las guerra, la naturaleza intentaba recuperar por un lado lo que había perdido por otro. No, decididamente no podía ocuparse del cachorro.

—Bueno, me la quedo —decidió de pronto—. En cuanto a ti, lárgate a tu casa y dile a tu madre que es una estúpida por dejarte en la calle sin abrigo con el tiempo que hace.

—No es culpa suya. Trabaja, no puede vigilarme.

—¡Lárgate!

La chiquilla abrazó al perro contra su pecho y se fue llorando. Morel se sintió profundamente deprimido. No tendría que haber cedido a la tentación. Sintió al cachorro temblar en su mano. Se lo metió en el bolsillo de la canadiense y dejó su mano sobre él: aquella bola fría y húmeda poco a

poco entró en calor y dejó de temblar. Así era como había conseguido su primera compañía. Iban juntos: por los caminos, encontrándose con otros hombres y otros perros, bálticos, polacos, checos, rusos, alemanes y ucranianos, toda una humanidad perdida que erraba en busca de un techo, de un trozo de pan, de un rincón donde pudiera por fin sentirse en su casa. Morel miraba atentamente a unos y a otros y se preguntaba qué podría hacer por ellos. Llevaba el cachorro en el bolsillo y sentía en su mano su hocico afectuoso. Pero hubiera sido necesario un bolsillo mucho más grande, una mano mucho más grande y más fuerte que la suya. No le parecía que ocuparse de los refugiados o dedicarse a la política fuera suficiente para luchar contra la miseria y la opresión. No, eso no era suficiente, era preciso ir más lejos, explicarles de qué dependía el futuro de la especie, pero no sabía cómo hacerlo. A menudo, se quedaba sentado en el borde del camino, con la perra a su lado, sin saber por dónde empezar. Había que llevar a cabo una protesta clamorosa, algo que conmoviera a todos los hombres y que llegara hasta los últimos confines del mundo. Había que ir directamente a lo esencial, no dispersarse, llegar no sólo a la razón, sino también a la afectividad: la una sin la otra no servían de nada. Se quedaba sentado en un talud, acariciando al animal y reflexionando con una pajita en la boca. Una mañana, la perra se echó a correr por el campo y nunca más volvió. La buscó por todos los sitios, preguntó por ella a todo el mundo, pero no era una época en que la gente se interesara por los perros perdidos. Al final, alguien le aconsejó que fuera a ver a la perrera. Fue. El guardia le hizo pasar. Era un recinto de unos cincuenta metros por diez rodeado de una alambrada de acero. Dentro, había un centenar de perros, la mayoría bastardos, como los que él veía por los caminos, sin ninguna protección… Le miraban intensamente, con esperanza, salvo los más desanimados, que ni siquiera alzaban la cabeza… Pero había que ver a los otros, a los que aún esperaban ser recogidos…

—¿Qué hacen con ellos cuando nadie viene a reclamarlos?

—Les dejamos aquí ocho días y después les llevamos a la cámara de gas. Les quitamos la piel y con los huesos hacemos gelatina y jabón…

Morel guardó silencio durante un momento. Minna no veía su rostro, sólo sus hombros brillantes con las marcas del látigo.

—Creo que fue entonces cuando de pronto se me ocurrió. Al principio estuve a punto de matar al guardián, pero luego me dije, no, todavía no, así no. Miré bien a los perros, a esos perros con los que iban a hacer gelatina y jabón, y me dije: «Yo os enseñaré a respetar a la naturaleza, pandilla de canallas. Os diré lo que pienso de vosotros, de vuestras cámaras de gas, de vuestras bombas atómicas y de vuestra necesidad de jabón». Esa misma noche, reuní a tres tipos que vagaban por la carretera, dos bálticos y un judío polaco, y fuimos a hacer una pequeña incursión a la perrera: maltratamos un poco a los guardias, liberamos a los chuchos y prendimos fuego a la casucha. Así es como empecé. Estaba seguro de tener la sartén por el mango. Ya sólo tenía que continuar. No valía la pena defender esto o aquello por separado, los hombres o los perros, había que atacar el fondo del problema, es decir, la protección de la naturaleza. Se empieza diciendo que los elefantes son demasiado grandes, demasiado molestos, que tiran los postes de telégrafos, pisotean las cosechas y son un anacronismo, y al final se acaba diciendo lo mismo de la libertad. A la larga, la libertad y el hombre acaban por hacerse molestos… Así es como me puse a trabajar.

… Y Peer Qvist, que volviendo la mirada hacia la ventana abierta exclamó con un destello repentino en sus ojos claros:

—El Islam llama a eso «las raíces del cielo», y los indios de México, «el árbol de la vida». Y tanto a los unos como a los otros les lleva a postrarse de rodillas y a levantar los ojos golpeándose el pecho atormentado. Los obstinados como Morel tratan de escapar de esa necesidad de protección por medio de peticiones, de comités de lucha y de sindicatos de defensa; tratan de arreglárselas ellos solos, de responder ellos mismos a su necesidad de justicia, de libertad, de amor, a esas raíces del cielo tan profundamente hundidas en su pecho…

… Y aquella joven sentada ante él, con las piernas cruzadas, sus medias de nailon, su cigarrillo y aquella mirada en la que se leía el mismo embotamiento y la misma necesidad que en la de los perros de la perrera, que imploraban la protección del hombre que acababa de entrar… Y el padre Fargue, furioso y congestionado al volante de su *jeep*, partiendo en búsqueda de aquel a quien llamaba «el mayor pagano que se haya visto en el A. E. F. después del gobernador Conde» (el gobernador general Conde

había reducido las subvenciones a las misiones cristianas del A. E. F. y había exigido diplomas médicos a las hermanas de la caridad). Con su barba roja inflamada por el sol, su sonoro acento de Marsella y su sotana recogida por encima de los muslos desnudos, seguido por las miradas llenas de admiración de los *boys* y de las hermanas de la misión, parecía realmente partir a las cruzadas, pero todo lo que tenía de cómico y de pueril no llegaba a privarle de esa dignidad que su amor le confería. Schölscher se preguntaba a menudo cómo era posible que las autoridades de la Iglesia toleraran su lenguaje y su forma de hacer el bien de la misma manera que se introduce una purga entre los dientes de un niño recalcitrante, pero la respuesta residía en una fe inconmovible de la que parecía proceder su misma fuerza física.

—Yo lo encontraré —chillaba el padre Fargue con el pie en el acelerador—. ¡Cuando pienso que ese canalla tal vez esté sentado en una colina en este momento emocionándose con los elefantes, cuando sólo tiene que levantar los ojos para encontrar algo mucho más grande y mucho más hermoso, me entran ganas de darle una buena paliza! Sé tan bien como él que todos necesitamos protección, pero para eso no basta con hacer circular peticiones y organizar mítines, sino también pedir ayuda a quien por derecho…

Una hermana salió corriendo de la misión con el breviario que Fargue se había olvidado.

—Yo sé dónde encontrarlo —dijo este metiéndoselo en el bolsillo—. Sólo hay que seguir a los elefantes, estará emocionándose con ellos. En esta estación, las manadas giran alrededor de los pozos de agua, desde el sur del lago Mamún hasta el Yata, y él debe de estar siguiéndolos por todas partes con una carabina en la mano, haciendo guardia como un pastor cualquiera. ¡Sé perfectamente lo que está tramando! Pero si se piensa que Dios va a salir de su madriguera como cualquier animal de la sabana sólo para demostrarle que está allí y que se ocupa de él, para pasarle la mano por los cabellos y decirle «pobrecito mío…», se equivoca de medio a medio, ¡se lo digo yo!

Pisó con todas sus fuerzas el acelerador y arrancó en medio de una nube de polvo. Schölscher, que había ido a preguntarle sobre su encuentro con

Minna y Forsythe, pues era el último que los había visto, siguió con una mirada amistosa a esa masa humana cuya fuerza física no era nada en comparación con la fe todopoderosa que lo habitaba.

OceanofPDF.com

XXIX

Al volver a Fort-Lamy, Schölscher había encontrado al gobernador mirando una hoja de papel mecanografiada y con un humor de perros.

—Es la orden de batalla —dijo—. El ejército va a peinar los Oulés con helicópteros y toda la pesca… Lo que de verdad no entiendo es por qué se toman la molestia de informarme. Deben de ser unos viciosos…

—¿Cuánto tiempo puede usted retrasar la expedición?

El gobernador le miró con mala cara.

—Quiero señalarle, sin querer ser desagradable, que su petición aún no ha sido aceptada. Deberá retrasar algunas semanas más el momento en que por fin pueda alejarse definitivamente de nuestros insignificantes asuntos humanos e ir a pasearse entre las estrellas. De momento, todavía está en el ejército y al servicio del orden, y no al servicio de la misericordia divina o de la caridad cristiana. Empiezo a tener la impresión de que la República ha creado los escuadrones de meharistas y los puestos del desierto sólo para permitir que nuestros oficiales puedan realizar su iniciación mística… El padre Foucauld acabó haciéndonos perder a muchos oficiales de élite. Lo que el cielo practica en los confines saharianos no es un reclutamiento, sino una incitación a la deserción. Si no me equivoco, usted está tratando de reclutar a Morel para su legión secreta…

—Usted podría explicarles que empezar las operaciones de peinado en los Oulés quince días antes de la estación de las lluvias, no tiene ningún sentido…

—En París no parece que les afecten mucho las lluvias tropicales. En los ministerios no da la sensación de que se mojen demasiado. Acabo de recibir un inspector que ha sido enviado especialmente para comunicármelo. Borrut está haciendo lo que puede…

—El empleo de tropas en la región más pacífica de África daría inmediatamente al asunto un carácter que no tiene…

—Es decir…

—Un carácter político —respondió Schölscher.

El gobernador empezaba a perder la paciencia.

—No vaya tan deprisa, amigo. Usted sabe el provecho que la radio árabe está sacando al asunto. Y también sabe lo que está pasando en Oriente Próximo, en Túnez, en Marruecos y en Argel. Y precisamente éste es el momento que escoge su energúmeno para atacar y quemar granjas en las montañas de los oulés, en compañía de un notorio extremista panafricano… ¿Y usted quiere demostrar a París que ese asunto no tiene nada que ver con la política? Sé que en ese mundo tan… tan retirado en el que usted vive, no creen demasiado en los asuntos humanos, pero le recuerdo que este siglo ha visto el triunfo de una doctrina que la mitad de las poblaciones del globo han hecho suya, y que precisamente afirma que los asuntos humanos no son más que asuntos políticos…

—No es razón para reforzarles en esa opinión —dijo Schölscher.

—Hasta ahora hemos tenido bastante suerte. La imaginación popular se ha inflamado con esa historia de los elefantes y los periódicos nos han ayudado mucho. En pocas palabras, la gente cree en ella. El gobierno, en cambio, no ha creído en ella ni un segundo. Se calla porque no puede desmentirla sin sustituirla por otra versión y porque nuestros enemigos se frotarían las manos. Pero puedo asegurarle que en París no se creen una sola palabra de mis explicaciones. Eso sí, piensan que he encontrado un truco astuto y que ha cuajado, lo cual explica por qué estoy todavía en funciones. Imagínese, me consideran increíblemente hábil…

Suspiró y meneó la cabeza.

—Pero si lee ciertos periódicos, sabrá que dicen que en los Oulés hay un campo secreto de entrenamiento del ejército independentista africano y que Waitari es el jefe del «maquis». Añaden que Morel es un simple agente del Kominform y que los elefantes son un simple ardid propagandístico, lo mismo que el boicot del tabaco en África del Norte. Los dos sabemos que eso no es verdad, pero usted y yo pensamos en africano, mientras que allí piensan en europeo, y cuando vienen a África se traen su propia comida…

En fin, Waitari existe. Sí, ya lo sé, tengo el informe de Herbier: parece ser que Waitari se encuentra en Sudán. Lo que significa que va a hablar en la radio árabe, a dar conferencias de prensa arrimando el ascua a su sardina, a utilizar a su antojo a ese imbécil de Morel y su monomanía, y a dar a esta historia el cariz político que a él le conviene… Entre paréntesis, Herbier ha tenido el detalle de señalarme que Waitari y los suyos han cruzado la frontera siguiendo la ruta de los contrabandistas. Sin embargo, más le hubiera valido detenerlos en el momento de cruzarla, dado que está tan bien informado…

—Herbier dispone de dos guardias para una región de doscientos mil kilómetros cuadrados —dijo Schölscher.

—Ya veo que aquí todo el mundo realiza su trabajo de una forma admirable. Es conmovedor. Me extraña que París no nos felicite todos los días…

Alzó un lápiz.

—Otra cosa: da la casualidad de que por todas partes por donde ha pasado Waitari las tribus oulés han empezado a sublevarse. Ya sé que todos los años sucede lo mismo en las fiestas de iniciación… Pero la cosa nunca había llegado tan lejos. Herbier ha estado a punto de ser lapidado…

Schölscher no dijo nada. El gobernador sabía tan bien como él por qué todos los años, en esas mismas fechas, los oulés se sublevaban, como él decía. A mediados de la estación seca, las manadas empezaban su emigración anual hacia los puntos de agua permanentes. Las manadas de elefantes pasaban entonces muy cerca de los poblados y provocaban a la tribu más cazadora de toda África central. Las tres cuartas partes de las tradiciones de los oulés se hallaban relacionadas con la guerra o con la caza. Sin embargo, la primera se había hecho imposible y la segunda estaba más o menos prohibida, o limitada por severos reglamentos administrativos. Cada vez que el gobernador viajaba por la región, recibía peticiones redactadas en un lenguaje solemne y conmovedor reclamando pólvora y armas de caza, y la autorización de procurarse libremente la carne de elefante que veían pasar por delante de sus narices. Asimismo recibía protestas contra la confiscación del marfil que extraían de los animales que ellos mismos habían abatido por haber pisoteado sus campos de calabazas.

Pero, de no haber sido por esas confiscaciones, la caza del elefante por todos los métodos, incluido el fuego, practicado ya clandestinamente a gran escala, habría conducido rápidamente a la desaparición de las manadas. Cuando el número de elefantes que pasaba junto a sus poblados en el momento de la emigración anual era especialmente provocador, los oulés perdían la cabeza y a veces se rebelaban contra los administradores o se arrojaban con sus lanzas contra los enormes animales, a la manera de sus antepasados. El incentivo de la carne les cegaba y eran incapaces de resistir a la llamada de la sangre. Pero lo más importante era que, en todos sus ritos mágicos, los testículos de elefante desempeñaban un papel esencial y los jóvenes que podían aportar esos trofeos eran admitidos a sentarse como hombres en los consejos de la tribu. De ese modo, todos los años, en la época de la iniciación, era tal la frustración que sentían por no poder demostrar su virilidad, que a veces caían en auténticas crisis de desesperación o de locura colectiva. Era cierto que ese año los incidentes habían sido especialmente graves.

—Lo sé —dijo el gobernador con lasitud, sin que Schölscher hubiera abierto la boca—. Lo sé perfectamente…

Hizo un gesto hacia la puerta.

—Pero intente explicárselo. Intente explicarles que los oulés no han salido a la conquista de su independencia política, nacional, sino a la conquista de testículos de elefantes. Inténtelo… Y tráigame noticias.

La puerta se abrió y el coronel Borrut entró con el inspector, un joven muy seguro de sí mismo con un par de gafas negras en la mano y vestido con un traje de franela, como para dar a entender que tenía demasiada prisa como para perder el tiempo en ponerse una ropa tropical. El gobernador se levantó e hizo las presentaciones. El inspector entró enseguida en materia:

—Le estaba diciendo al coronel que si las lluvias deben empezar dentro de seis semanas, razón de más para poner en marcha la operación policial inmediatamente. Y si seis semanas no bastan para detener a un puñado de terroristas, bastarán en cualquier caso para impedir que el asunto se extienda y alcance tal vez a las tribus vecinas…

—Las tribus no están metidas en el ajo —dijo el gobernador—, y en lo que se refiere a las poblaciones, reina una absoluta calma en toda la región.

Es un asunto que no les interesa. Puede hablar con ellos, preguntárselo. Le dirán que se trata de un asunto de los blancos. Si Morel no ha sido detenido hasta el momento, no es porque las tribus lo apoyen, sino al contrario, porque no les interesa en absoluto el asunto. Es algo que no les atañe. Por supuesto a este asunto se añade un problema de agitación política: la de Waitari. Por otra parte, yo he sido el primero en pedir refuerzos de policía. Pero no quinientos hombres con automóviles oruga, helicópteros y cañones. Veinte grupos de doce hombres bien situados en los poblados oulés serán más que suficientes.

—En Indochina tampoco quisimos utilizar al principio los medios suficientes… y, al final, la política de pequeñas dosis nos condujo al desastre.

El gobernador trataba de resultar amable.

—Señor —dijo—, lo crea o no, y confieso que es muy difícil de creer, en las montañas oulés hay un hombre al que se le ha metido entre ceja y ceja defender a los elefantes de África contra los cazadores. Con él hay un naturalista danés que fue encarcelado en su país hace ya cuarenta años por animar a sus estudiantes a atacar la sede del sindicato de balleneros para protestar contra el exterminio de los cetáceos en el mar del Norte. Desde entonces, ha estado metido en todas las batallas ecológicas. En cuanto se trata de defender la naturaleza, se le encuentra metido en la gresca. Morel y él, con la ayuda de algunos desequilibrados, han herido a tres o cuatro cazadores y han prendido fuego a algunos almacenes de marfil y a dos o tres plantaciones. No menosprecio su actividad criminal, pero estamos muy lejos de lo de Indochina. Le repito: entre ellos, hay, o mejor dicho, había, porque parece ser que han cruzado la frontera de Sudán, algunos agitadores que tratan de aprovechar cualquier chispa para soplar sobre ella con la esperanza de que el fuego prenda… No lo niego en absoluto. Waitari es uno de ellos y estoy convencido de que hará todo lo posible para sacar partido a la situación… Ha sido miembro de uno de nuestros partidos políticos, el mismo en el que creo que militó su ministro, al menos al principio. Sus ambiciones no congeniaban con el régimen parlamentario… Sueña con una dominación, con un poder, con una colonización en comparación con la cual la nuestra sólo habrá sido un cuento de hadas, y Dios sabe que en ella

hay muchas sombras… Y también están con Morel un traficante de armas, un condenado por delitos comunes, un simple aventurero —últimamente estaba al servicio de los Hermanos Musulmanes simplemente porque allí le pagaban un sueldo— y uno o dos legionarios reclutados entre los desertores que se tiran de nuestros barcos al cruzar el canal de Suez. La prensa ha dado a este asunto una importancia desproporcionada.

—¿No hay también una mujer y un norteamericano metidos en el asunto? Si no me equivoco, hace poco partieron tranquilamente de Fort-Lamy para unirse a ellos, ¿no?

—Sí. Salieron de mi casa. Pero sería realmente absurdo ver en todo esto un móvil político… Los periódicos han hecho tanta publicidad de este asunto que están acabando por deformar su verdadero sentido. Y en el estado de misantropía en el que han caído los hombres, sobre todo a consecuencia de sus maravillosos descubrimientos científicos, acrecentados por la admirable rivalidad entre los norteamericanos y los rusos, o quizá debido a la condición humana en general, esta historia de los elefantes ha sido para muchos una excelente ocasión para manifestarse… Hemos visto pasar por Fort-Lamy a algunos de esos manifestantes, empezando por el profesor Ostrach…

El joven alzó la mano…

—Señor gobernador, usted ha sabido presentar desde el principio este asunto a la prensa con una habilidad… que todos hemos admirado. Pero la idea de que a ese Morel sólo le interesan las maravillas de la naturaleza es… ¿cómo diría?… un poco ingenua. Sabemos, quién es y de dónde viene. Por algo desarrolló una intensa actividad en la Resistencia y estuvo dos años en un campo de concentración en Alemania, y la idea de que pueda ser otra cosa que un agitador político profesional a sueldo de los soviéticos nos parece completamente absurda. Comprendemos las razones que le han llevado a acreditar esa versión… Pero sería peligroso hacerse ilusiones al respecto: hay que discernir de dónde proviene esa opinión. No se trata de que nos engañemos a nosotros mismos.

El gobernador parecía estar completamente desmoralizado. Dirigió a Schölscher una mirada torva, como para decirle: «¿Lo ve? Ya se lo había dicho: aquí todos se traen su propia comida, sus propias ideas». Incluso

cuando los kikuyos de Kenia, despojados de sus dioses africanos, se consolaban con unos ritos mágicos donde el semen del hombre y el cerebro de los niños constituían una parte esencial, lo único que se veía en ello era la frustración política de un pueblo que tomaba como referencia las tradiciones sagradas de Occidente. Bajó la cabeza para ocultar una sonrisa irónica que podría haber sido malinterpretada por el inspector. Éste continuaba hablando tranquilamente con el respeto que un simple agregado de un gabinete ministerial debe mostrar ante un alto funcionario, pero también con una insistencia que sugería claramente una opinión irrevocable, que, por otra parte, no era exclusivamente suya.

—Los elementos de este asunto son tan claros que apenas podemos sustraerlos a la atención del público. Por otra parte, no tenemos ninguna intención de hacerlo… Usted tiene una red de traficantes de armas representada por ese agente del que nos ha hablado. Tiene un norteamericano expulsado del ejército de su país, que estuvo al servicio de la China roja en Corea y que aquí no está haciendo otra cosa que continuar su trabajo. Tiene una alemana que fue la amante de un oficial ruso en Berlín y que desaparece en la sabana con un *jeep* cargado de armas y de municiones… Y, por último, tiene al ex diputado de los oulés, cuyas opiniones, proclamaciones y declaraciones son también de una gran notoriedad pública… No expreso una opinión personal, pero debo decir que la facilidad con la que esa mujer ha podido burlar la vigilancia de la policía…

Se interrumpió.

—No había vigilancia —dijo Schölscher—. No había ninguna razón para vigilarla.

—Antes de salir de París, recibimos su despacho sobre la revuelta de los oulés…

—No se trata de una revuelta —dijo el gobernador—. Si hubiera leído también el informe que envié el año pasado en esta misma época, se habría dado cuenta de que se produjeron desórdenes idénticos a los de ahora y que también se anunciaron por adelantado. Los poblados oulés están situados en el camino de las migraciones anuales de los elefantes hacia los puntos de agua. En la estación seca, las manadas más grandes de África se reúnen en

esa zona. Hace algunos años vi cómo los elefantes pasaban en tropel durante horas muy cerca del poblado donde nos encontrábamos nosotros, impotentes a pesar de estar armados, temiendo que de un momento nos aplastaran junto con las chozas. Fue durante la sequía del año cuarenta y siete. Este año tenemos una sequía que se anuncia muy parecida a la de entonces: en los poblados de la región de Gornon se empiezan a ver animales con el espinazo roto en el fondo de los pozos… Ésta es la estación en que, antes de la colonización, los jóvenes oulés partían con una lanza en la mano después de una ceremonia de iniciación ritual, y los que volvían con los testículos de un elefante eran considerados hombres y tenían derecho a casarse. Nosotros hemos suprimido todo eso para proteger a los elefantes y a los oulés. Un adolescente de cada tres moría en aquellas cacerías. El resultado es que los jóvenes ya no pueden demostrar su virilidad a la manera de sus antepasados. Se casan, claro está, pero siempre les falta algo, y si es muy fácil suprimir una tradición mágica, es difícil colmar los curiosos vacíos que esta deja en las llamadas mentalidades primitivas… y en lo que yo llamo el alma humana… El resultado es que cada vez que llega esta época, los oulés pierden la cabeza al ver pasar a las manadas y expresan su frustración como pueden; y este año la cosa ha sido más violenta que en los años anteriores…

—Tal vez sería más sencillo autorizarles a cazar elefantes uno o dos meses al año. Hablaré de ello en París.

—Estamos obligados a respetar los acuerdos internacionales sobre esa materia —dijo el gobernador con bastante sequedad.

—Eso tiene solución. Más vale flexibilizar un poco los reglamentos y que dejen de repetirse cada año unos desórdenes que son aprovechados en el extranjero en el sentido que usted sabe…

En aquel momento Schölscher no había podido evitar sentir un escalofrío ante un presentimiento casi brutal. Lo único que faltaba era que la acción de Morel condujese a un relajamiento todavía mayor de las leyes en vigor, claramente insuficientes para proteger a la fauna africana. Todavía ahora, después de todos los meses que habían pasado, no pudo evitar una sonrisa al recordarlo.

—El administrador Herbier los vio a ustedes a treinta kilómetros al sur de Gola, en medio de un grupo de oulés que acababa de quemar el centro profiláctico móvil. Hay algo que no entiendo: reclamaban a gritos el derecho a cazar libremente a los elefantes, tantos como quisieran. Sin embargo, Herbier dijo en su informe que Morel estaba al frente de ellos, que esos negros lo aclamaban y él parecía estar de acuerdo con ellos…

Sí, Minna se acordaba muy bien de aquello, porque era la primera vez que lo había visto completamente desamparado. Waitari y Habib se habían separado de ellos quince días antes para dirigirse a Sudán en compañía de dos traficantes que conocían los puntos de paso hacia la frontera y de unos porteadores que transportaban en unas parihuelas a De Vries medio muerto. Por el camino, Waitari había dado auténticos mítines, explicando a las tribus que debían rebelarse para conseguir satisfacer sus reivindicaciones legítimas. Les decía que Morel les daría la «libertad», la cual consistiría sobre todo, en el derecho a cazar tanto como quisieran y procurarse así toda la carne que desearan. El resultado había sido que, cada vez que aparecía Morel en un poblado oulé, los jóvenes lo seguían bailando y aclamándole, a pesar de que los ancianos, mucho más escépticos ante las promesas, les aconsejaran que tuvieran prudencia. Era imposible tranquilizarlos. Era la época de la iniciación y estaban ebrios de alcohol de palma y enloquecidos por los crujidos que resonaban en la sabana y por la vista de las manadas que, huyendo de la sequía, se dirigían hacia el lago Kuru. Morel no había comprendido el malentendido, porque se había vuelto hacia Peer Qvist y le había dicho satisfecho:

—Creo que empiezan a salir de su indiferencia respecto a nosotros.

En ese momento acababan de dejar el poblado de Ldini —porque habían visto un helicóptero dando vueltas por encima de ellos— y estaban subiendo hacia una de las dos cuevas que habían preparado en las colinas, desde donde Morel iba a lanzar aquel famoso «comando» sobre Sionville que tanta repercusión tendría. El danés, en cambio, no parecía muy convencido y escuchaba con inquietud el clamor de los jóvenes que los rodeaban bailando. Sus pequeños ojos, claros como dos pedazos de hielo, que parecían reflejar una ausencia total de ilusiones, observaban la escena con atención. A su lado, Johnny Forsythe, con un pañuelo de lunares rojos

atado al cuello, el torso desnudo bajo una cazadora de aviador en la que todavía era posible distinguir las marcas de los galones descosidos, y todas sus pecas bailándole en la cara, reía y saludaba en círculo levantando las manos juntas como un boxeador victorioso, mientras los caballos asustados se atropellaban en el polvo y sacudían sus bocados.

—¡Vaya! —dijo Forsythe—, por fin me he convertido en famoso, ya era hora. No había suscitado tanto interés desde que volví de Corea… Si no me equivoco, soy el primer caballero sudista aclamado de esta forma por los africanos. ¿Qué están cantando?

Peer Qvist no dijo nada y, después de dirigir a Morel una mirada punzante, espoleó a su caballo hacia delante. Minna se dio cuenta de que Morel había escuchado al principio con satisfacción, pero de pronto había adoptado una expresión de desamparo, con la mirada fija y el rostro hermético. Al salir del pueblo, el danés tradujo entre dientes lo que los jóvenes cantaban:

Mataremos al gran elefante.
Nos comeremos al gran elefante.
Entraremos en su vientre.
Y nos comeremos su corazón y su hígado.
Mientras existan colinas oulés
y elefantes que matar,
nunca pasaremos hambre.

A Johnny Forsythe le dio tal ataque de risa que estuvo a punto de caerse del caballo.

—¡Que me aspen si eso no es un himno a la libertad! —dijo.

Minna pensó que Morel iba a lanzarse sobre él. En el espacio de un segundo, le vio realmente tal y como la gente le describía: el arrogante, el hombre convertido en *amok*, tenía las mandíbulas apretadas, los ojos llenos de odio y los músculos de la cara completamente tensos.

—¡Cállate, Johnny! Debe de ser muy tranquilizador refugiarse en el cinismo e intentar ahogar la propia porquería en la visión de una porquería universal. Eso es todavía más fácil que conseguir whisky, al menos mucho más barato. Si esa gente piensa así es porque les han prohibido cazar sin darles nada a cambio. Cuando les ven sentados todo el día a la puerta de sus

casas, dicen que son unos vagos y que no sirven para nada. Cuando a la gente se le quita su pasado sin darle nada a cambio, vive vuelta hacia ese pasado… Y quiero hacer algo por ti, amiguito…

Era la primera vez que ella le oía hablar de una forma tan agresiva.

—Quizá esto te alivie. Sólo por haberte arrastrado sobre el vientre en Corea te consideras un espécimen representativo de la humanidad, lo cual debe de ser bastante atroz. Pero te tranquilizaré un poco. Existe también la posibilidad de que no seas en absoluto representativo, de que seas un canalla fuera de lo común, y de que lo que tú hayas hecho, o incluso lo que te hayan hecho, no pruebe nada contra los demás hombres. Tal vez los hombres nunca estén metidos en el ajo, suceda lo que suceda y hagan lo que hagan en su nombre. En ese caso, no habría por qué inquietarse tanto. Estoy seguro de que este razonamiento te tranquilizará un poco. Tal vez incluso te ahorre el esfuerzo de emborracharte como lo haces…

Forsythe le miró durante un segundo con una expresión muy cercana a la emoción. Después se inclinó, sacó la botella de whisky del morral que llevaba sujeto a la silla y se la lanzó a Morel:

—Atrápala —le gritó amistosamente—. La necesitas más que yo.

Morel cogió la botella al vuelo y la estrelló contra una roca.

—Mierda —dijo Johnny Forsythe—, era mi última…

En todos los poblados oulés que fueron atravesando a lo largo de su recorrido fueron recibidos con un gran entusiasmo. En Valé, una muchedumbre los rodeó bailando al grito de *komun*, «elefante», que resonaba con un tono especialmente triunfante debido al hecho de que algunos jóvenes de la tribu venían de saquear el dispensario abierto en un poblado vecino a causa de la epidemia de encefalitis que asolaba toda la región. Habían apaleado a los enfermeros y prendido fuego al almacén de medicamentos. Les siguieron por toda la pista, adelantándoles a veces en el colmo de la excitación, sin dejar de cantar y bailar. Pero al llegar al siguiente poblado, Morel y los suyos sólo encontraron un absoluto silencio. Las chozas parecían completamente vacías y abandonadas. Sólo vieron algunos perros que les ladraron al pasar y a unos cuantos niños con los vientres hinchados a la puerta de las chozas cónicas construidas en los alrededores del bosque. Nada más entrar con los caballos en el poblado,

vieron venir hacia ellos, desde el lado opuesto, un hombre que parecía haberles estado esperando en la plaza desierta. Era un blanco que sujetaba firmemente una carabina e iba escoltado por dos soldados negros armados con sendos fusiles. Era el administrador Herbier, que se hallaba en viaje de inspección por la región. Conocía desde hacía tiempo la histeria que se apoderaba de los oulés en la época de las fiestas rituales y había sido informado de los desórdenes por los enfermeros del dispensario que, aunque apaleados y asustados, se hallaban sanos y salvos. Herbier había acudido inmediatamente a Gola con su «tropa»: dos guardias massa que estaban con él desde hacía tres años. Cuando vio al grupo de jinetes entrar en el poblado, seguido por los jóvenes que, aunque extenuados tras una carrera de veinte kilómetros, aún tenían fuerzas para blandir sus lanzas y saltar y gritar de vez en cuando, movilizó a su tropa y salió a su encuentro a través del poblado vacío, con el dedo en el gatillo y apuntándoles con el cañón. Korotoro, con una mueca especialmente alegre, había apuntado al administrador cuando lo vio avanzar hacia ellos y permaneció en esta postura durante todo el tiempo que estuvieron allí. Con su bigote a cepillo y su barriga, Herbier no tenía ni el físico ni el porte que correspondía a su cargo, pero era difícil no admirar su valor. Los jóvenes lanzaron aún algunos gritos amenazadores, pero no tardaron en callarse y en refugiarse detrás de los caballos.

—Espero que no te hagas ninguna ilusión sobre lo que te espera, Morel —dijo el administrador—. Aunque me imagino que te importa un bledo. Cuando uno va de ingenuo, tiene todas las de ganar. Tú ganarás: recibirás una bala en el pellejo, te lo digo yo.

—Bueno —dijo Morel—, el pellejo está para eso, ¿no?

—Si no tuviera una mujer y cuatro hijos —dijo Herbier— ya habría apretado el gatillo y habría acabado con todo esto. Entonces me sentiría feliz sabiendo que realmente he hecho algo por África. Pero tengo niños, así que me veo obligado a ponerme unos límites.

—Todos estamos en la misma situación —respondió Morel sonriendo —. Haces mal en preocuparte. Yo también me veo obligado a ponérmelos. Yo me limito a la protección de los elefantes… Soy modesto.

—Y un cobarde —dijo Herbier—. Te aprovechas de las circunstancias. Sabes que no queremos emplear la fuerza para no dar al mundo la impresión de que en la región oulé hay una revuelta política y que utilizamos métodos represivos… Me imagino que te pagan para crear esa impresión. Al principio, me pareciste sincero. Ahora creo que es El Cairo el que mueve los hilos, o quizá esto venga todavía de más lejos.

—No necesitáis la fuerza —dijo Morel amistosamente—. Estoy dispuesto a rendirme. Ya conocéis mis condiciones. Basta con que prohibáis la caza del elefante bajo todas sus formas y adoptéis todas las disposiciones necesarias para la protección de la fauna africana. Entonces estaría dispuesto a dejarme juzgar. Por otra parte, te apuesto lo que sea a que no encontraríais un solo tribunal francés capaz de condenarme…

Herbier se echó a reír. Quizá no fuera una risa demasiado conseguida, pero hizo lo que pudo. Luego su rostro volvió a recuperar la expresión agresiva de antes y señaló a los jóvenes de Gola.

—¿Sabes lo que reclaman? Ve a preguntárselo. Hazles hablar. ¡Vamos, ve!

Gritó algunas palabras en oulé a los jóvenes. Éstos guardaron silencio detrás de los caballos y, al cabo de unos segundos, se les oyó discutir. Al final, uno de ellos se acercó a Morel. Debía de tener algo menos de veinte años. Con la cabeza rapada y el cuerpo lleno de sudor y de polvo, empezó a hablarle rápidamente, golpeando el suelo con su jabalina. Sintiéndose el centro de la atención, cada vez hablaba con más exaltación, y en un determinado momento dio una patada en el suelo en dirección al administrador. Herbier le escuchaba sombríamente con la carabina empuñada, sin moverse. A veces echaba un vistazo a Morel, como para cerciorarse de que comprendía aquel idioma. El joven oulé decía que él y los suyos llevaban años tratando de que se les hiciera justicia y que ahora, gracias a *Ubaba-Giva* y a Waitari, conseguirían hacer valer sus derechos. Los franceses les impedían cazar libremente e infligían severas multas a los que atacaban a las manadas. Los administradores no les daban la pólvora suficiente, por lo que se veían obligados a fundir sus propias balas y, cuando mataban a un elefante que pisoteaba sus campos, les confiscaban los colmillos. No era justo. Él y los suyos eran grandes cazadores y ninguna

otra tribu, ni los wangos ni los saras, podían compararse con ellos; pero el gobierno les obligaba a languidecer en sus pueblos como si fueran mujeres y les prohibía medirse con los elefantes. Debían permanecer con los brazos cruzados, mientras que los bandidos kreichs venían tranquilamente desde Sudán a matar a todos los elefantes que querían y se volvían a marchar con los colmillos y la carne burlándose de ellos, porque nadie les decía nada. Los jóvenes oulés ya no podían demostrar su virilidad. En las fiestas de iniciación se veían obligados a conformarse con testículos de búfalos, para deshonra de sus antepasados muertos, lo cual explicaba por qué había tan pocos nacimientos en la tribu y por qué entre los recién nacidos había más hembras que varones. Muy pronto ya ni siquiera existiría la región oulé, porque todo el mundo sabía que las colinas oulés son manadas de elefantes matados por los cazadores oulés sobre las cuales ha crecido la hierba. Hablaba con la voz entrecortada, cadenciosa; al final, de sus labios surgía un verdadero canto —su ira había desaparecido y había dejado paso a la gravedad— al evocar el nacimiento de las colinas oulés. Señaló a Morel con el dedo y declaró que muy pronto los suyos podrían de nuevo alegrar los espíritus de sus antepasados añadiendo a las colinas oulés otras muchas colinas que se extenderían hasta los límites del horizonte. Había olvidado su cólera por completo y elevado el tono de su voz para hacer aquella declaración de una forma tan grave y solemne que resultaba difícil no creer que el país oulé hubiera nacido tal y como él decía. Morel tuvo que hacer un esfuerzo para reaccionar y no dejarse convencer por las palabras de aquel tribuno popular en ciernes.

—¡Bueno! —dijo Herbier con satisfacción—. ¿Te has enterado?

—Sé todo esto desde hace años —dijo Morel—. No soy racista, por lo tanto nunca he pensado que existiera ninguna diferencia esencial entre los negros y los blancos. Pero no es razón para desanimarse… Y ahora, amigo, apártate de ahí, o te pasaremos por encima…

Lanzaron sus caballos hacia delante, dejando al administrador solo con sus dos guardias massa en el poblado medio abandonado. Pero por la noche Morel ya había recuperado su alegría y su confianza y, al detenerse a la entrada del bosque de bambúes, con las colinas grises de la región oulé extendiéndose hasta el infinito a sus pies como una inmensa manada

petrificada que a veces empezaba a vivir y a moverse, se había acercado a Minna y, con las piernas separadas y los ojos fijos en el cigarrillo que se estaba liando, le había hablado con evidente agrado de todo lo que veían señalando a veces con un gesto de la mano aquel paisaje al que no parecía faltarle de nada. En su voz había un tono de satisfacción y casi de fatuidad y se notaba que confiaba realmente en su «astucia» para conseguir sus fines.

—¿Te das cuenta? Si les dijera simplemente que son repugnantes, que ya es hora de que cambien, de que respeten la vida, de que fraternicen por fin con ella, de que conserven un margen de humanidad en donde tengan cabida todos los elefantes, no les importaría demasiado. Se limitarían a encogerse de hombros y a decir que soy un iluminado, un exaltado, un humanitario quejumbroso e ingenuo. Por lo tanto, tengo que ser astuto. Ésa es la razón de que quiera dejarles creer que los elefantes son sólo un pretexto, una pantalla, y que detrás hay un móvil político que les afecta directamente. De este modo, no hay duda, hay muchas más posibilidades de que reaccionen, de que se alarmen, de que me tomen en serio. Ahora bien, es evidente que lo más inteligente que pueden hacer, lo más astuto, es quitarnos el pretexto, es decir, prohibir completamente la caza del elefante. Y eso es lo que piensan hacer en la próxima conferencia del Congo. Es lo único que pido. El resto…

Hizo un gesto con la mano.

—Todas las cosas necesitan un principio…

… Y el padre Fargue, que había pasado tantas semanas recorriendo las colinas oulés en busca del impío que quería que el hombre se convirtiera en el protector de sí mismo y que se consideraba lo bastante noble y fuerte como para poder llevar a cabo esa tarea sin ayuda de nadie, decía:

—En cuanto le encuentre, le haré ver las estrellas de tal modo que tal vez acabe viendo claro con tanta luz. Yo le enseñaré a dirigir sus llamamientos y sus peticiones a quien debe.

… Y Peer Qvist, sentado, muy erguido, ante su té humeante, después de ser detenido, con aquel rostro donde las mismas arrugas, a causa de su dureza, evocaban mucho más la fuerza que la edad, exclamaba:

—Yo soy un viejo naturalista. Defiendo todas las raíces que Dios ha plantado en la tierra y también las que ha plantado para siempre en el alma

humana…

… Y el coronel Babcock, tumbado en su habitación del hospital militar de Fort-Lamy, con un centinela senegalés en su puerta, en la galería, como si un hombre armado pudiera impedir la evasión que preparaba. Al entrar en la habitación, Schölscher se había quedado impresionado ante el impecable orden de las sábanas y de la almohada, que denotaba mucho más el grado de agotamiento del enfermo que los cuidados de la enfermera. El coronel Babcock, que no trataba de ocultar su humor, única muestra de insumisión permitida a un oficial de Su Majestad británica, manifestaba:

—La dignidad, eso era lo que Morel defendía. Quería que el hombre fuera tratado decentemente, lo cual nunca había sucedido hasta ahora, salvo en Inglaterra, por supuesto. La suya era una magnífica reivindicación ante la que ningún *gentleman* podía permanecer indiferente…

Se detuvo para recuperar el aliento. En ese momento se oyó en la habitación un ruidito seco proveniente de una caja de cartón colocada en la mesilla del coronel. La caja estaba abierta. Dentro de ella había una alubia que de vez en cuando daba un saltito. El coronel la miraba amistosamente. En Fort-Lamy todo el mundo conocía ya su inocente chifladura: en los últimos tiempos llevaba consigo a todas partes una de esas alubias saltadoras de México habitadas por un gusano minúsculo que trata de liberarse de la cáscara en la que se halla atrapado a base de bruscos estirones, pero lo único que consigue es hacer que la alubia dé un saltito. Desde hacía algún tiempo, lo primero que hacía el coronel Babcock nada más sentarse en la terraza del Chadien era abrir la caja y ponerla en la mesa delante de él. A veces, hacía las presentaciones:

—*Meet my friend Toto* —decía; y, por lo general, la alubia elegía siempre ese momento para dar un saltito. El coronel pedía entonces un whisky para su «compañero de infortunio». Pero en el Chadien nadie daba importancia a aquella inocente chifladura; las habían visto mucho peores.

—Por supuesto en su caso había también una parte de soledad. Puedo decírselo con conocimiento de causa, pues sólo en estos últimos tiempos he tenido la suerte de entablar una verdadera, una gran amistad…

En la caja, la alubia dio un saltito y el coronel le sonrió. Con su rostro demacrado de «grande de España», su perilla gris y sus manos inmóviles,

no tenía ningún aspecto de terrorista y, sin embargo, eso era exactamente lo que era: el humor es una dinamita silenciosa y educada que le permite a uno hacer explotar su condición actual cada vez que no puede más, pero con la máxima discreción y sin salpicar a nadie.

—Pobre Toto —dijo el coronel—. Está muy preocupado por mí, por el estado de mi corazón. Es agradable saber que alguien te echará en falta. Si lo que él teme llegara a suceder, ¿le importaría adoptarlo? Ah, claro, usted ya está servido. Dicen que va a retirarse a un monasterio…

Había demasiada amabilidad en sus ojos negros para que el comentario pudiera resultar molesto.

—Creo que Morel defendía una cierta concepción de la dignidad; la forma en la que somos tratados aquí abajo le llenaba de indignación. En él había una parte inglesa de la que no era consciente. En pocas palabras, me pareció muy natural que un oficial británico se uniera a su causa… Después de todo, somos un país conocido por nuestro amor a los animales…

Toto dio un saltito. La cosa parecía divertirle.

—De modo que una buena mañana cogí mi gramófono y a Toto, que también tiene un gran corazón; me hice con armas y municiones y me dirigí hacia el macizo Oulé, donde decían que estaba ese francés con otros insumisos… Pero, como sabe, no llegué muy lejos. No sé si fueron las emociones o simplemente la proximidad de ese malentendido fisiológico al que llaman muerte, pero tuve una desagradable crisis cardíaca poco antes de llegar a Gola, y aquí me tiene, con un centinela a la puerta para impedir que me evada. El juez de instrucción me ha dicho que seré acusado de haber intentado ayudar a unos criminales…

Pero, después de la conversación que Schölscher había mantenido con el médico, no pensaba que el coronel tuviera que enfrentarse a esa eventualidad. Efectivamente, murió unos días más tarde, y sus últimas voluntades fueron escrupulosamente respetadas, a pesar de la evidente reprobación manifestada por el cónsul británico, venido especialmente desde Brazzaville para asistir a la ceremonia. Éste consideró de lo más natural que cubrieran el ataúd del coronel con la bandera británica, pero que colocaran sobre ésta una alubia saltadora, que además no dejó de dar saltitos durante toda la ceremonia, le pareció el colmo del mal gusto, lo cual

decía mucho de la influencia mal digerida del ambiente francés en ciertas naturalezas que habían abandonado las saludables disciplinas del viejo país.

… Y por último Haas, que había bajado de los cañaverales del Chad y que, ante la noticia de que se había decidido preparar una expedición contra Morel, quería formar parte de ella a toda costa y declaraba:

—Si ese tipo defiende verdaderamente a los elefantes me inclinaré ante él y me uniré a su causa. Pero si se sirve de ellos para hacer política, o simplemente como una astucia, si se trata de un truco ideológico, de un truco falso, de mera propaganda, entonces quiero estar allí para asistir a la batida, para enseñarle a no ensuciar la única cosa limpia que los hombres conservan en su interior…

Pero si por todas partes había hombres que daban su propia interpretación de la aventura, los que la vivieron junto a Morel fueron unánimes en su testimonio: sólo tenía una idea, defender a los elefantes. Podía pasarse horas y horas oculto en los matorrales observando a los gigantes en libertad, con los ojos risueños y feliz, e Idriss se veía obligado en muchas ocasiones a posarle la mano en el hombro para impedirle acercarse demasiado a ellos. Por la noche, cuando volvía al campamento, se sentaba junto al fuego, con la carabina entre las rodillas y el sombrero en la nuca, y decía con ese acento barriobajero que todavía era más acentuado cuando estaba feliz o emocionado:

—En el fondo, lo que quiero es que más tarde se enseñe a los niños negros en las escuelas que Morel, un francés, fue quien salvó a los elefantes e hizo que se respetara a la naturaleza en África. Yo quiero que se diga eso de la misma forma que se dice que fue Fleming quien inventó la penicilina. Ya ves que no soy nada desinteresado. Tal vez incluso obtenga el premio Nobel, si algún día crearan un premio Nobel de humanidad…

Se imaginaba que era muy popular, que estaba rodeado por una simpatía universal, y siempre hablaba como si en el mundo hubiera millones de pobres tipos que no tenían otra cosa que hacer que ocuparse de las maravillas de la naturaleza. Cada vez que veía una manada de antílopes huir de un salto a través de las hierbas amarillas, sus ojos brillaban de placer y se notaba que se sentía feliz… La misma Minna sonrió ante aquel recuerdo, luego reflexionó un momento y suspiró. Había debido de sufrir mucho

cuando estuvo en cautividad, en la «perrera», como lo llamaba él. Probablemente era por eso. Una noche habían visto cubrirse el horizonte de humo y habían sorprendido a los hombres de un poblado que volvían de cazar con fuego, el incendio se había propagado durante varios días devastando la región. Morel se había encolerizado de una forma terrible y había ordenado quemar las chozas de todos los notables del poblado… Minna alzó los ojos hacia Schölscher:

—En el juicio, citaron esto como ejemplo de su «locura»… Intenté explicárselo, pero ni siquiera me escucharon. Esas personas no han sufrido mucho y por eso no pueden comprender. Quisieron demostrar que éramos anarquistas, no dejaban de repetirlo… Todas las preguntas que me hicieron iban encaminadas a demostrar que yo era una especie de perdida que odiaba al mundo entero. Tenía que responderles «sí, no, sí, no» y al final me encogí de hombros y les dejé hablar; como comprenderá me daba igual…

… En la sala donde se celebraba la vista criminal, el runrún de los ventiladores se limitaba a dar voz al calor.

—Entonces ¿usted se unió a Morel movida tan sólo por su amor a la naturaleza?

—Sí.

—¿Para ayudarle en su campaña para la protección de la naturaleza?

—Sí.

—¿No tenía ningún otro motivo?

—Ninguno.

—¿Tuvo relaciones sexuales con Morel?

—Sí.

—¿Antes o después de haberse unido a él?

—Después.

—¿Estaba enamorada de él?

—Yo…

—La escuchamos.

—No sé. No era eso…

—¿Era su amor a la naturaleza?

—Sí.

—¿Es cierto, como señalan los datos de la policía alemana, que después de la Liberación usted trabajaba, por decirlo así, en un burdel?

—Yo…

—Responda sí o no.

—Sí.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Cuando la toma de Berlín, los soldados rusos nos encerraron en una villa de Ostersee y nos violaron. Nos quedamos allí varios días y luego, cuando la policía militar nos encontró allí dentro, dijeron que éramos unas «prostitutas» para arreglar las cosas.

—Después de salir de la… villa, como usted dice, ¿volvió a casa de su tío?

—No, me quedé algún tiempo en el hospital.

—¿Estaba enferma?

—Tenía una enfermedad venérea y un principio de embarazo.

—¿Tuvo a su hijo?

—Los médicos del hospital me hicieron abortar.

—¿A petición suya?

—Sí.

—¿Qué edad tenía usted entonces? —Diecisiete años.

—¿Sintió rencor hacia los hombres?

—Me sentía muy desgraciada pero no sentía ningún rencor hacia nadie.

—¿No odia a nadie?

—A nadie.

—¿Por eso se convirtió en la amante de un oficial ruso nada más salir del hospital?

—Sí.

—¿Vivió mucho tiempo con él?

—Tres meses.

—¿Y después?

—Después fue trasladado. Desertó para quedarse conmigo. Mi tío le denunció y no volví a verlo nunca más.

—¿Le animó usted a desertar?

—No.

—¿Estaba enamorada de él?

—Sí.

—¿Y su tío le denunció?

—Sí.

—¿El oficial fue detenido y probablemente fusilado?

—Sí.

—¿Por culpa de su tío?

—Sí.

—Y entonces ¿se encontró completamente sola?

—Sí.

—¿Y qué hizo entonces?

—Volví a casa de mi tío.

La sala no se movía. El presidente dejó pasar un momento para hacer durar el efecto de aquella confesión.

—Así pues, ¿le dio igual que su tío hubiera denunciado al hombre al que usted amaba?

—No, no me dio igual.

—A pesar de todo, volvió a vivir con él…

—En Berlín era muy difícil encontrar un sitio donde vivir en aquella época.

—¿Ha oído hablar alguna vez de los nihilistas rusos?

—No.

—Entonces ¿volvió a vivir con su tío?

—Sí.

—¿Tuvo relaciones sexuales con él?

El abogado defensor saltó:

—Señor presidente, esas preguntas deshonran la justicia francesa y…

—Exijo que la acusada responda a mi pregunta. Tenemos ante nosotros un informe completo de la policía de Berlín y testimonios certificados de la comisión de control interaliada. ¿Tuvo relaciones sexuales con su tío?

—Mis padres murieron en un bombardeo cuando yo tenía quince años y él me recogió inmediatamente después. Enseguida me forzó a tener relaciones sexuales con él.

—¿No se quejó a la policía?

—No.

—¿Por qué?

—Me daba vergüenza.

—¿Prefirió, pues, seguir teniendo relaciones sexuales con su tío antes que quejarse a la policía?

—Sí. Y además…

—¿Y además?

—No tenía mucha importancia. Millones de hombres estaban siendo asesinados… Toda la ciudad estaba en ruinas y los niños morían en las calles. Eso no era lo importante.

—Según usted, la conducta sexual de los seres humanos no tiene ninguna importancia, ¿verdad?

—Eso no era lo importante —repitió ella obstinadamente.

—¿Trabajó usted a continuación en un cabaret de Berlín haciendo un número de *striptease*?

—Sí.

—¿Tuvo alguna vez relaciones sexuales con los clientes?

—Sí.

—¿Por dinero?

—Sí.

—¿Y usted no le daba ninguna importancia a eso? ¿Realmente no le importaba?

Ella miró desesperada a derecha e izquierda como si buscara a alguien que la comprendiera y defendiera. En la sala, Schölscher, con el quepis apoyado en las rodillas, la miró amistosamente. Sentado entre dos padres blancos, Saint-Denis se había levantado y luego se había vuelto a sentar con el rostro lívido. En el banco de los acusados, Peer Qvist tenía los brazos cruzados sobre el pecho, y el rostro tranquilo y severo; Habib parecía estar divirtiéndose enormemente y Forsythe bajaba la cabeza. Waitari y los jóvenes que le acompañaban eran los únicos a los que no parecía afectar el asunto; daba la sensación de que ni siquiera escuchaban. Era evidente que no les interesaba. Minna siguió buscando con la mirada durante un momento y después las lágrimas empezaron a correrle por las mejillas.

—¿A pesar de haberse unido a Morel con armas y municiones, afirma que no sentía ningún rencor especial contra los hombres?

—Quise abandonar todo esto… Quise ayudarle…

—¿Por eso se unió a Morel? ¿Para ayudarle?

—Sí.

—¿Y pretende haber actuado sin ningún rencor?

—Quise ayudarle a defender a los elefantes…

—¿Estaba enamorada de él?

—No lo sé.

—¿Le conocía bien?

—No. Sólo le había visto una vez.

—¿Y eso le bastó para embarcarse en una aventura cuyas consecuencias no ignoraba?

Minna permaneció un momento sin contestar nada, sacudiendo violentamente la cabeza, como para liberarse de aquellas preguntas. Sin embargo, ella fue quien dijo la última palabra. Los miró a todos con obstinación, con esa expresión testaruda que el público ya le conocía y dijo:

—Era un hombre que creía en algo limpio.

… A doscientos metros de allí, el mercader Araf Irnit, de Kano, después de haber vendido con éxito su cargamento de mirra, se sentó debajo de una acacia, al lado de su asno, para descansar un poco. Se puso las gafas, abrió el Libro y sus labios empezaron a recitar silenciosamente los versículos: «He depositado mi confianza en El que vive, en El que no muere. Alabado sea Dios que no tiene hijos ni asociados en su reino y tampoco necesita ayudantes. Proclamemos su grandeza. Aquí no estás más que de paso. Alabado sea Aquel que era un tesoro oculto, se dejó conocer y creó a la criatura…». Sus labios continuaban moviéndose, mientras su mirada recorría el lugar vacío, se detenían en su asno, seguía a las tres mujeres cubiertas con velos negros y con una jarra de aceite al hombro; después sus labios empezaron a moverse más deprisa, cerró los ojos y se llevó la mano al pecho. «No existe otro techo, no existe otra puerta, no existe otra belleza, no existe otra ternura. Seas, pues, bienvenido a mi corazón, a mis ojos, a mis labios, Tú que levantas las piedras…». Se preguntó por un momento si no habría vendido la mercancía por un precio demasiado bajo y de pronto se

golpeó el pecho, balanceándose ligeramente, después se quitó las gafas y se secó los ojos. «Te doy las gracias por ser Tú. Tú eres rico y la criatura es pobre. Tú eres glorioso y la criatura es vil. Tú eres inmenso y la criatura es menospreciable. Tú eres grande y la criatura es pequeña. Tú eres fuerte y la criatura es débil. Te doy las gracias por ser Tú…». Salmodiaba lentamente, mirando de vez en cuando la sombra de la acacia que poco a poco iba alargándose, o a un jinete gola que, con el rostro cubierto con un velo azul, pasaba cerca de él, o a un grupo de niños que jugueteaba en el polvo del atardecer, y en cuanto veía que se distraía ligeramente se golpeaba el pecho, miraba el cielo, elevaba el tono de su voz y se balanceaba. Cuando se sintió completamente descansado, guardó el Libro en su estuche y se lo metió debajo de la chilaba; luego se montó en su asno y, tras darle un talonazo en los flancos, se alejó por el camino preguntándose si no sería una imprudencia viajar por la noche con tanto dinero encima: todo el mundo sabía que los golas eran unos ladrones. A la misma hora, un poco más al sur, la mujer fulbé Fátima, cuyo marido era tirador en el Fezzan, estaba sentada a la puerta de su *hadja* recibiendo las ofrendas y las felicitaciones de sus vecinas. En el interior estaba tumbado el cuerpo de su hijo muerto, y Fátima sonreía tocando las manos de todos los que le traían provisiones para el viaje de aquél, que a pesar de su juventud había sido elegido. Una caravana de camellos que, con los sacos de cuero cargados de sal, volvía de Murzuk y se dirigía hacia el Fezzan, se detenía a cien kilómetros al oeste del primer punto de agua, el pozo de Sara, y en la desnudez del desierto, cincuenta hombres —entre los que se encontraba el famoso Kamzin, que había conducido a buen puerto más de cincuenta caravanas cargadas de armas automáticas a los confines argelinos— se arrodillaban con sus chilabas blancas y tocaban la arena con la frente, mientras Kamzin, con un ojo velado por una nube y una parte de la nariz carcomida por el lupus, murmuraba a cada reverencia: «*Barakatoum il Khadhizi, la Ilahi, m'ana Tadhour Ilahi… del Kahdhir*» («¡Oh, Dios mío! ¡Mantente presente entre nosotros, oh, Dios mío! Que el favor de Uwair, el favor de los grandes señores esté presente entre nosotros…»).

Con los párpados medio cerrados, Schölscher veía a todos aquellos que le habían permitido consolidar su fe cristiana dentro del Islam. Sonrió ante

su propia certeza. Pero sabía que no servía de nada querer tender la mano a alguien que se encuentra demasiado lejos de uno. Con una ironía un poco cruel, tendió de nuevo a Minna el paquete de cigarrillos. Ésta aspiró el humo, se bajó una vez más la falda tratando de cubrirse las rodillas y sacudió sus cabellos con sencillez. Oh, ella no les guardaba rencor. A ellos también había que comprenderlos. Morel se les había vuelto a escurrir una vez más entre los dedos, por lo cual se desquitaban con los que estaban allí. Tenían motivos para estar furiosos, se decía que Morel proyectaba un atentado en pleno juicio, que le habían reconocido a pesar de su disfraz en el mercado árabe, que iba a organizar un «comando» para liberar a los inculpados y azotar a los jueces. Del aventurero que había realizado la hazaña de Sionville se podía esperar cualquier cosa.

Las autoridades no llegaban a digerir el asunto de Sionville. Durante ocho días, los periódicos no habían hablado de otra cosa, y ése era precisamente el objetivo de la expedición, la razón por la que Morel lo había intentado. La nueva conferencia para la protección de la fauna africana estaba a punto de empezar en el Congo y Morel había decidido asestar lo que él llamaba «un gran golpe» para influir en los delegados y llamar la atención de la opinión pública sobre sus trabajos. En ese momento se encontraba con sus hombres en una cueva situada en los límites de la sabana, al pie del bosque ecuatorial, que empezaba con una mezcla desordenada de bambúes, de rocas y de arbustos espinosos en las escarpaduras de los Oulés. Un camión recogería al «comando» el primer martes de junio al otro lado del macizo Oulé, en la pista que iba de Lati a Sionville. Después de haber efectuado el raid, los cuatro hombres del grupo, Morel, Forsythe, Peer Qvist, Korotoro, junto con los tres estudiantes que los esperaban en el camión, deberían dirigirse hacia la frontera sudanesa y luego hacia Jartum, donde Waitari se hallaba discutiendo con algunos representantes de Nasser. Idriss debería conducirlos hasta el camión, volver a la gruta y luego dirigirse con Yussef y Minna al lago Kuru, donde Waitari había instalado lo que él llamaba un «punto de apoyo». Algunos periodistas calificaban ya ese punto de «centro de entrenamiento del ejército independentista africano», situándolo cada uno de ellos en un lugar diferente del A. E. F. Las dos partes del grupo deberían reunirse en el Kuru

y recorrer juntos en un camión los cincuenta kilómetros que les separaban de la frontera sudanesa. Según la expresión de Forsythe, cuya formación militar había revivido de pronto ante la gran audacia del plan, el comando tenía «casi tantas posibilidades de ser un éxito como de que él fuera elegido presidente de Estados Unidos». Entre el lugar donde les esperaba el camión y Sionville, situado a siete horas de camino de allí, había dos cabezas de distrito. Aunque consiguieran llevar a cabo la operación, estaba seguro de que les detendrían en el camino de vuelta. Expuso todos esos argumentos a Morel, y éste le contestó tranquilamente sin dejar de limpiar concienzudamente su carabina:

—Lo que te pasa es que no tienes ninguna confianza en tu prójimo. Por supuesto que estarán sobre aviso. ¿Y qué? Mirarán hacia otro lado para no vernos pasar y ya está. Después podrán decir que no nos han visto. La gente está harta, créeme, lo mismo da que sean administradores de departamento o simples civiles. Leen los periódicos, saben lo que pasa en el mundo, están dispuestos a echarnos una mano. Tal vez no se atrevan a arriesgarse ellos mismos, pero están felices de que alguien haga algún intento para defender la naturaleza. Haces mal en dudarlo.

Johnny Forsythe se rascaba la cabeza y buscaba en vano un atisbo de burla en los ojos de Morel, pero éste parecía hablar completamente en serio. Lo único que le preocupaba era la llegada de las lluvias. La región desértica del *waterless track* presudanés se extendía al este de los Oulés hasta el lago Kuru: ciento cincuenta kilómetros de polvo rojo, de piedras, de euforbiáceas y de rocas sin un solo punto de agua, pero que después de algunas horas de lluvia se volvían infranqueables a partir de Gola. Pero estaban a principios de junio y todavía no había caído ni una sola gota de agua. Toda África estaba asolada por la sequía. Idriss, invitado a dar su opinión, dudó durante algunas horas, mirando el cielo con sus ojos semejantes a dos finas hendiduras, con las aletas de su nariz temblando, como si trataran de absorber el menor rastro de humedad que pudiera haber en el aire, y al final se pronunció: la sequía no tenía visos de acabar. El bosque se vaciaba de cualquier signo de vida, los animales huían hacia los puntos de agua que creían seguros; el hilillo de agua del Galé había desaparecido hacía mucho entre las piedras. Ellos mismos se veían

obligados a bajar hasta los pozos de un poblado situado a cinco kilómetros de allí para llenar sus cantimploras. Las manadas de elefantes abandonaban sus recorridos habituales en esa estación y se dirigían hacia el Kuru, cuyas aguas no se secaban jamás. Pero hasta allí había un trayecto de ciento cincuenta kilómetros sin un solo manantial, y sólo los animales adultos podían arriesgarse a hacerlo. Idriss gesticulaba con su brazo desnudo emergiendo de la manga azul que le colgaba del hombro, y hablaba con una animación que nadie le conocía: «No se había visto nada parecido desde tiempos inmemoriales», y en su boca esas palabras cobraban tal autoridad que nadie se atrevía a ponerlas en duda. En su rostro picado de viruelas se adivinaba un temor supersticioso que adoptaba la forma de una gran devoción. Multiplicaba sus oraciones y permanecía durante mucho tiempo con la frente apoyada en el suelo; era conmovedor ver al rastreador más famoso de todo el A. E. F. rezar de esa manera por la salvación de las manadas que él había contribuido a diezmar. Parecía estar impresionado ante el alcance del desastre que se avecinaba; acuclillado con su chilaba, cogía de vez en cuando un puñado de tierra, que se deslizaba como si fuera arena entre sus dedos, y después movía la cabeza sin decir una sola palabra. Todos ellos sentían que incluso el aire que les rodeaba estaba cargado de una densidad terrorífica. Las voces del bosque se habían acallado; al amanecer no había rastro de rocío en el suelo. Las ramas parecían haber perdido toda su savia y se rompían bajo la más mínima presión. La ausencia de manadas era casi total: no había ni un solo búfalo en una región en donde antes se los veía a millares, ni un solo cudú en las colinas, ni un trote de facócero o de puercoespín en la maleza y empezaban a ver animales muertos debajo de los árboles. En una ocasión vieron un viejo elefante siguiendo completamente solo el lecho del Galé y, esa misma noche, se lo encontraron muerto sobre las piedras. La manada lo había abandonado al considerarle demasiado viejo para intentar la travesía. Era el año en que los elefantes enloquecidos bajaban hasta las playas de Mozambique, después de pasar sed durante semanas, y morían a las pocas horas tras haberse atiborrado de agua salada; en que los grupos de babuinos se arrojaban gritando a los pozos de los poblados y se ahogaban dentro de ellos; en que la casi totalidad de las cosechas se perdió, en que en toda el África central,

hasta el océano índico, la palabra «agua» se convirtió en una súplica unánime repetida sin cesar. Morel había perdido un poco su seguridad y escrutaba largamente el cielo como para buscar en él algún signo de bondad. Forsythe lo observaba con un poco de ironía, pero no se atrevía a manifestársela abiertamente; una sola vez posó su mano en la vieja cartera que Morel llevaba consigo a todas partes, la eterna cartera repleta de manifiestos y de peticiones, y le dijo:

—Uno no sabe ya a quién dirigirse con todo esto, ¿no?

Morel inclinó la cabeza.

—Es cierto. Pero en mi país, y tal vez también en Estados Unidos, hay un antiguo proverbio que dice: «Haz lo que debas y recibe lo que venga»…

Al amanecer del día siguiente, el pequeño «comando» de cuatro hombres entró en el bosque para realizar la que sería la hazaña más sensacional del hombre que defendía a los elefantes y que haría que su campaña tuviera una nueva resonancia en el mundo entero.

OceanofPDF.com

XXX

Forsythe diría más tarde que la marcha de tres días y dos noches que habían tenido que hacer para atravesar el macizo Oulé, en una región donde los caballos resultaban inútiles, le dejaría un recuerdo casi tan penoso como la famosa «marcha de la muerte» que los prisioneros norteamericanos habían tenido que realizar por orden del comandante comunista cuando la retirada de Seúl. Pero hablaba de ello con satisfacción, poco después de ser detenido, e incluso con cierta complacencia, acrecentada probablemente por la lectura de los periódicos, que hablaban del raid de Sionville en términos elogiosos; se sentían casi lágrimas de emoción en el tono utilizado por los periodistas para celebrar el heroísmo y el desinterés de «ese puñado de hombres solos en el interior de la sabana que habían demostrado que, en medio de las peores dificultades, todavía somos capaces de ocuparnos de las demás especies y de su protección y de dar muestras de generosidad y de desinterés».

—Eso no quita que el tipo que ha escrito eso —comentó Forsythe— permanezca tranquilamente sentado sobre sus posaderas, dejando que los otros hagan el trabajo… Y fíjese que, además, ve una prueba de desinterés en el hecho de que los hombres se partan el pecho por defender la naturaleza, lo que demuestra que, para ese valiente, existe una diferencia entre la especie humana y la naturaleza digna de ser subrayada, y que todavía no se ha dado cuenta de que cuando se defiende a una de ellas se defiende a la otra; en resumen, no ha comprendido nada de lo que hizo Morel. Pero dejémoslo. Son muy amables en tratarnos como héroes, y les estoy muy agradecido. Puedo asegurarle que esos tres días de marcha forzada estuvieron a punto de acabar conmigo, sobre todo porque a lo largo de los dos últimos años había absorbido una cantidad bastante prodigiosa de alcohol y, como cura de desintoxicación, era algo excesiva. A veces tenía la impresión de que cada glóbulo de mi sangre chillaba en mis venas y

reclamaba su ración habitual. Pero resistí. Me acuerdo que en una ocasión en que ya no conseguía levantarme después de un cuarto de hora de descanso, Morel se acercó a mí con una botella de whisky en la mano; decididamente estaba en todo. Y para mi sorpresa (uno nunca llega a conocerse lo bastante) la rechacé. Dejé a mis glóbulos chillar… veía por decirlo de alguna forma a millones y millones de glóbulos con las bocas abiertas… y me puse de nuevo en marcha, bajo la mirada aprobadora de Peer Qvist, que no dejaba de observarme. A pesar de su pierna tiesa, ese viejo animal no mostraba ningún signo de fatiga: distinguía su gran figura delante de mí, trepando incansablemente en los claros y en las sombras, subiendo y bajando a través de las galerías boscosas, de las rocas y los bambúes, a través de los cañaverales y las colinas, con una perseverancia casi alucinante, infatigable, como un inmortal, seguido de Korotoro, que llevaba su metralleta en bandolera, el antebrazo apoyado en el cañón, mostrándome a veces sus pequeños y magníficos dientes con una sonrisa de ánimo; detrás venía Idriss, cuya chilaba azul aparecía y desaparecía entre los árboles; y, por último, Morel, con su famosa cartera llena de manifiestos y de proclamas, que, para mí, se había convertido en el símbolo de su locura…

Llegaron al lugar de la cita a las cinco de la mañana y vieron el camión. Idriss se internó de nuevo en el bosque sin decir una sola palabra. Sentados alrededor de un fuego había tres jóvenes negros que, nada más vernos, se levantaron de un salto con la metralleta en la mano. Morel se aproximó a ellos.

—Sois unos chapuzas —dijo—. Nadie sabe quiénes sois, nadie sospecha nada de vosotros, pero vosotros os empeñáis en haceros notar. Guardad esas armas.

Los tres jóvenes buscaban a alguien con la mirada y uno de ellos pronunció por fin el nombre de Waitari. Morel les explicó que su jefe se había visto obligado a ir a Sudán antes de lo previsto y que le había pasado el mando de la expedición: parecieron terriblemente decepcionados. Se advertía en ellos una devoción absoluta por Waitari y un deseo de brillar y tal vez de morir a su lado. Su ausencia les inquietaba, les quitaba seguridad en sí mismos y les desorientaba. Uno de ellos se llamaba Madjumba; era un

oulé de anchos y fornidos hombros que ocultaba su nerviosismo bajo un rostro constantemente enfurruñado; su misma voz, al trasladar al francés, del que conocía admirablemente todos los matices, el ritmo rápido, precipitado y gutural de su idioma natal, no parecía conocer otro tono que el del arrebato. El segundo, Inguelé, tenía un rostro delicado y dulce: su belleza soñadora y su timidez reflejaban una delicadeza de espíritu y de sentimientos que los choques con la realidad habían debido de canalizar en una aspiración secreta; poco atraído por la política, incómodo cuando sus amigos llevaban la discusión a ese terreno, parecía haberse unido a ellos un poco como la juventud romántica iba a morir antaño en Grecia junto a Ipsilanti; y también probablemente al estar dotado de una gracia casi femenina, se sentía obligado a multiplicar las pruebas de su virilidad. A pesar de ser el más amable de los tres, el más cultivado y quizás el más valiente por naturaleza, se hallaba totalmente dominado por sus compañeros y sobre todo por Madjumba, a quien seguía ciegamente, más que al mismo Waitari; a este último sólo lo había visto una vez, lo conocía sobre todo por sus ardientes relatos. De él irradiaba esa pureza que a veces confiere a la juventud la mayor nobleza que se pueda encontrar en el hombre, y fue con quien Morel tuvo espontáneamente más consideraciones, quizá también porque reconociera en él las mismas aspiraciones que animaban antaño a algunos de sus compañeros del campo de deportados. El tercero, N'Dolo —hijo de uno de los comerciantes más prósperos de Sionville, cuyo camión, sin él saberlo, era el utilizado para la expedición— era el intelectual del grupo. Tenía un rostro expresivo, vivaz, que trataba de mantener indiferente y frío, probablemente consciente de la emotividad que achacaban a los de su raza. Era el típico empollón que decide pasar a la acción y poner las teorías en práctica. Dijo a Morel que sus compañeros y él habían realizado una parte de sus estudios en Francia «porque eran hijos de unos padres privilegiados». Morel, después de conversar durante algunos minutos con ellos, pareció desanimado, preocupado, y, como respuesta a una mueca de Forsythe, murmuró:

—Sí, no tienen ni veinte años…

Después se subió al camión junto a N'Dolo, que era el que conducía. Durante todo el trayecto, el estudiante no cesó de interpelarle con una

locuacidad que no admitía respuesta, y que disfrazaba la falta de seguridad de un adolescente que intenta tratar a un hombre de cuarenta años de igual a igual. Había también en su discurso cierta animosidad e irritación, debidas probablemente a la ausencia de Waitari y al malestar que le producía estar en compañía de un hombre al que él consideraba como un iluminado y cuyos fines debían de parecerle increíblemente ingenuos y sin ninguna relación con los suyos propios. Con los ojos fijos en la estrecha pista encajonada entre unos interminables muros de árboles, no dejó de decírselo a Morel durante todo el trayecto, soltando a veces el volante para colocarse bien las gafas, de las que por otra parte no tenía ninguna necesidad. Para él, los elefantes no eran más que un magnífico medio de propaganda, una imagen del poderío africano en marcha, al que ya nada podía detener. Era una excelente arma de lucha política, una ocasión para expresar la cólera de los pueblos africanos contra la explotación de sus riquezas naturales por el capitalismo extranjero. Éstos no habían olvidado que el colonialismo se había implantado en África para explotar el marfil antes de dedicarse a otros saqueos todavía más lucrativos. Personalmente, los elefantes no le importaban lo más mínimo. Eran incluso un anacronismo, un lastre para un África moderna, industrializada y electrificada, una supervivencia de la época tribal. Estaba totalmente en contra de que el continente se transformara en una reserva ecológica. Se volvió hacia Morel, que no dijo nada y siguió mirando tranquilamente hacia delante. N’Dolo se aseguró las gafas en la nariz y evitó por los pelos un bache. El camión rozaba los matorrales; un leopardo cruzó lentamente la pista sin volver la cabeza. A veces, una familia de babuinos bajaba de las ramas delante de ellos y se echaba a correr, con el macho cubriendo amenazante la retaguardia sin dejar de chillar; después la hembra cogía a los pequeños, que se asían a su piel, y todo el grupo desaparecía gritando entre los árboles.

—Ya no queremos esto —dijo N’Dolo, señalando con la cabeza a los babuinos—, ya no queremos ser el parque zoológico del mundo, queremos fábricas y tractores en lugar de leones y elefantes. Para conseguir ese objetivo primero hay que acabar con el colonialismo, que se complace en este estancamiento exótico sólo porque le proporciona materias primas y una mano de obra barata. Tenemos que liberarnos de él cueste lo que cueste

y ocuparnos enseguida, con la misma energía y la misma severidad, de adoctrinar a las masas con el fin de acabar con el pasado tribal e introducir a toda costa las nuevas nociones políticas en las mentes oscurecidas por las tradiciones primitivas. Sería indispensable un período de dictadura, las masas no están preparadas para tomar el mando; el esfuerzo de Ataturk en Turquía y el de Stalin en Rusia estaban históricamente justificados…

Morel le escuchaba tranquilamente, hacía mucho tiempo que ya no se hacía ilusiones sobre lo que le esperaba a África. Por otra parte, había que tener en cuenta la juventud y el nerviosismo de ese adolescente aislado y poco seguro de sí mismo que trataba de demostrar cómo se las gastaba. Sus acaloradas frases eran una forma de cantar en medio de la noche para darse valor. Lástima que a su edad sea tan poco exigente, pensó Morel. Cuando se es joven, hay que tener grandes proyectos, mostrarse más generoso, más intransigente, rechazar los compromisos, rechazar los límites… Pero cualquiera les explicaba a esos jóvenes tan mezquinos que no sólo había que ir más allá, sino además cargar con los elefantes, cargar con un lastre tan pesado: le tomarían a uno por loco. Se encogerían de hombros y le considerarían a uno un idealista, que para ellos era una noción todavía más pasada de moda, atrasada, superada, anticuada y anacrónica que los elefantes. No lo comprenderían. Quizá porque no habían conocido todavía los campos de trabajos forzados, aquella apoteosis del utilitarismo y del rendimiento integral en la marcha hacia delante. No podían, pues, imaginar hasta qué punto la defensa de un margen humano lo bastante grande y generoso como para dar cabida incluso a los gigantescos paquidermos podía ser la única causa digna de una civilización, fueran cuales fueran los sistemas, las doctrinas o las ideologías que se reivindicaran. Habían pasado algunos años en el Barrio Latino, pero aún les quedaba por adquirir otra clase de educación que ni las escuelas ni los liceos ni las universidades podían dar, aún tenían que adquirir una educación humana. Algún día, cuando tuviera un poco de tiempo, intentaría explicarles todo eso, pero por el momento tenía que limitarse a aprovecharse de su camión. La nueva conferencia para la protección de la fauna africana se reuniría dentro de ocho días en Bukavu. Por lo general, sus decisiones no tenían ningún eco en los periódicos, pero esta vez se las arreglaría para que fuera de otra

manera… Suspiró con satisfacción, introdujo sus dedos en la tabaquera y empezó a liarse un cigarrillo. De pronto el camión dio un frenazo que lanzó a Morel contra el parabrisas. Unas perdices rojas alzaron el vuelo enloquecidas, un puercoespín corrió rápidamente, los árboles se inclinaron con un estrépito ensordecedor y unos veinte animales salieron lentamente del bosque y bloquearon la pista delante de ellos. Estaban en el límite del parque nacional de Biundi y debían de sentirse seguros, o quizá la sequía les volviera indiferentes a todo lo que no fuera su único motivo de preocupación; en cualquier caso no prestaron ninguna atención al camión. Sólo un elefantito, el único del grupo, se volvió esperanzado hacia ellos, dispuesto a jugar, pero su madre le llamó inmediatamente al orden. Los gigantes avanzaron un momento por la carretera y después giraron a la derecha, dejando el talud cubierto de ramas arrancadas y la pista llena de árboles inclinados o volcados. N'Dolo hizo un gesto de impotencia.

—¿Cómo quiere construir un país moderno con esto? —exclamó volviéndose hacia Morel.

Pero el francés, que estaba liándose un cigarrillo mientras el camión se hallaba detenido, permanecía sin moverse, con un papelillo pegado en su labio inferior y tal expresión de placer en sus ojos oscuros que el estudiante hizo un gesto de irritación y se calló: realmente era un pobre tipo que no se había recuperado de sus años de cautividad, Waitari tenía razón en tratar de aprovecharse de su chifladura, pero no valía la pena hablar con él de cosas serias.

Sentado ante una mesa plegable colocada delante de la choza de paja en la que había instalado su puesto de mando, el médico-comandante Ceccaldi escuchaba distraído al padre Fargue, que desahogaba sobre él la indignación acumulada a lo largo de las semanas que llevaba recorriendo en vano los Oulés en busca de Morel sin más compañía que su caballo Butor. El comandante había visto con cierta aprensión cómo aquella masa de hombre bajaba hacia él por la ladera de una colina y se había resignado a dedicarle su breve momento de descanso entre operación y operación. El franciscano, con su tonsura brillante de luz —que por otra

parte no era más que sudor— echaba pestes contra el «impío», contra el «blasfemador» y el «auténtico cerdo» al que perseguía sin descanso para intentar hacerle entrar en razón. Delante del hospital de campaña, unos campesinos negros permanecían sentados en el suelo con sus chilabas blancas esperando su turno con una paciencia nacida de la esperanza o quizá de la resignación. En esos momentos el A. E. F. libraba una auténtica batalla contra la epidemia de oncocercosis. Los helicópteros del ejército provenientes del Aurés rociaban sin descanso las ciénagas y los ríos, refugios de la mosca simúlida, propagadora de la epidemia; pero la enfermedad ya había expulsado de sus asentamientos a poblaciones enteras: noventa mil hectáreas de tierra habían sido abandonadas y en algunos poblados la mitad de los habitantes se habían quedado ciegos. Ceccaldi operaba los quistes de forma ininterrumpida, durmiendo una media de tres horas por noche desde el principio de la campaña. Por lo tanto no estaba en condiciones de interesarse por Morel y sus elefantes, y mucho menos por el ex diputado de los oulés y por su pretendido «ejército independentista africano», del que tanto se hablaba. Pero el padre Fargue era un viejo luchador contra el mal bajo todas sus formas: de modo que el médico le escuchaba con toda la atención de la que todavía era capaz.

—Duparc pretende que esa manía le entró en un campo de concentración nazi. Parece ser que la forma que tenían de luchar allí contra la claustrofobia y las alambradas era imaginarse a las grandes manadas de elefantes corriendo a través de los espacios libres de África… Y él se ha quedado con ella…

Ceccaldi observaba la larga fila de campesinos que caminaban a través del poblado y trataba de calcular el número de casos desesperados: todos aquellos que se dejaban guiar o llevaban un bastón en la mano… Se preguntó por qué los ciegos miraban siempre hacia el cielo. Pero la proporción de incurables tendía a disminuir desde hacía una semana.

—Es posible —dijo distraídamente—. Tal vez se le haya convertido en lo que los médicos llamamos una «fijación»…

—¿Y qué? —gritó Fargue—. ¿Usted cree que Morel es el único que sueña con una libertad formidable? ¡Todos estamos en eso! Sólo tiene que hacer lo que todo el mundo, sólo debe tener un poco de paciencia y esperar;

ya llegará, sólo tiene que esperar. ¡Todos tenemos claustrofobia, todos estamos hartos de esta prisión… de este caparazón! —Y se dio en el pecho un violento puñetazo—. ¡Todos estamos en chirona! ¡No es el único! ¡No hay un solo hombre en esta tierra que no sueñe con ser liberado! ¡Pero para eso hay que esperar! ¡Hay que hacer cola como nuestros amigos, alzando los ojos hacia El que ha creado el alma y su prisión, hacia quien ha encerrado a la una dentro de la otra!, ¿no?

—Por supuesto —dijo Ceccaldi con mucha amabilidad.

Se levantó.

—Discúlpeme, pero tengo todo un poblado a mi cargo…

Visiblemente satisfecho por el gran esfuerzo teológico que acababa de realizar, Fargue se levantó también.

—Vamos —dijo—. He venido para echarle una mano.

Dentro del camión, Johnny Forsythe, sentado entre Inguelé y Korotoro, que roncaba apoyado en su hombro, aguantaba una larga diatriba de Madjumba sobre el problema negro en Estados Unidos. El estudiante conocía los datos con una exactitud impresionante y citaba sin parar estadísticas y hechos concretos. Mientras el camión avanzaba por la estrecha pista a través de los Oulés, el joven le hablaba indignado del linchamiento, la segregación, la situación económica de los negros en el sur y en las grandes ciudades, y no estaba muy lejos de hacerle responsable de todo ello a Forsythe. Forsythe volvía a oír casi literalmente de boca del joven negro el informe contra el racismo en América que las autoridades comunistas de China le habían hecho leer en la radio cuando había sido hecho prisionero durante la guerra de Corea.

—Sí —dijo—. Lo sé, lo conozco, es verdad. En mis tiempos yo mismo pronuncié un discurso sobre ese problema… que tuvo mucha repercusión.

Trató de alejar aquel recuerdo soltando una carcajada totalmente falta de alegría. El amable Inguelé pareció aliviado ante ese tono tan conciliador. Forsythe no comprendía muy bien qué hacía entre ellos aquel adolescente de aspecto delicado, largas pestañas y un rostro cuyos finos rasgos poseían una nobleza que quizá no fuera otra cosa que belleza. No era afeminado,

pero como muchos jóvenes de su edad en los que la virilidad no excluye la dulzura, había debido de soportar con demasiada frecuencia toda clase de bromas hirientes y quizá ésa fuera la única razón de su presencia allí, en una aventura destinada a fracasar casi con total seguridad, al lado de aquellos nacionalistas ariscos. Probablemente las ideas jugaban en su elección un papel menos importante que el deseo ardiente de un adolescente de afirmar su valor, aunque fuera al precio de su propia vida.

—En todo caso, usted está perfectamente informado —dijo Forsythe—. ¿Ha estudiado en Francia?

—Así es, he recibido una excelente formación política en París —respondió Madjumba—. Aquí fui alumno de los padres blancos, pero con ellos no se aprende nada… Son sólo unos fósiles, unos supervivientes de una época ya acabada…

Guardó silencio y, después de mirar con cierta turbación a Qvist, bajó los ojos hacia la pequeña Biblia que el danés tenía en las manos. Pero el viejo aventurero no le había oído, dormitaba con la Biblia encima de las rodillas. Desde hacía mucho tiempo sólo dormía una o dos horas por la noche, reconociendo en ese síntoma una vejez que por otra parte no afectaba ni a su voluntad ni a su corazón. De esa forma, cada vez permanecía con más frecuencia en ese estado de duermevela, en algún lugar situado a medio camino entre el presente y un pasado muy lejano. Eran momentos casi enteramente poblados de recuerdos, de paisajes, de animales, de bosques, de especies y de tierras protegidas, y a veces de rostros humanos desaparecidos hacía mucho tiempo, rostros llenos de odio, sarcásticos o necios, que habían aparecido en su camino y de los que ya no quedaba nada. Con los ojos ligeramente entreabiertos y los párpados completamente inmóviles, Qvist volvía a ver un pálido sol saliendo sobre las manadas de renos de Laponia en la taiga del Gran Norte, donde el frío era de un color gris azulado. Después la visión cambiaba: ahora eran las caras asustadas de los golfillos que se habían alejado inmediatamente del árbol cuando, a la edad de nueve años, había dado muestras del mal carácter que le haría famoso empuñando un garrote para defender un nido contra aquellos ladronzuelos. A continuación, los bosques de Finlandia, poco a poco sacrificados para la elaboración de pasta de papel, en defensa de los

cuales había abogado en un principio ante los funcionarios del zar; pero viendo que sus denuncias no surtían efecto, había formado junto con algunos estudiantes una auténtica brigada de defensa que se dedicaba a atacar los campamentos de leñadores. Naturalmente habían dicho que los fines que él perseguía eran políticos y que los bosques no eran más que un pretexto para intentar arrebatar Finlandia a los zares; por otra parte, también había acabado luchando por la libertad de Finlandia, porque para él ambas cosas iban unidas. Sí, siempre había cumplido estrictamente con su trabajo de naturalista y de conservador de las especies, el único título que no había rechazado, lo cual le había valido palizas, heridas, enemigos, insultos, sarcasmos, expulsiones y tal cantidad de días de cárcel que había perdido la cuenta. En 1950, su campaña contra la matanza de focas y ballenas, y contra la contaminación química de las tierras, del ozono y de los océanos, había topado con la indiferencia más absoluta. Apoyado contra el camión, la carabina a sus pies, con sus gruesas y callosas manos rodeando la Biblia, sus escasos cabellos grises pegados a las sienes bajo el sombrero medio caído y los párpados inmóviles sobre dos rendijas de una luz azul desvaída a causa de la edad, volvía a ver el mar del Norte con sus ballenas, que tal vez se hallaran a salvo porque un día había entrado a saco en la sede del sindicato de los balleneros; y también veía la mueca del pequeño koala que dormía agarrado a su brazo como a una rama, y el rostro de Fridtjof Nansen, que además de ser un gran explorador polar era también un hombre que sentía un profundo amor por todas las raíces vivas que una fuerza todopoderosa había plantado en la tierra, algunas de las cuales habían penetrado para siempre en el corazón de los hombres. Al igual que Morel, había defendido durante toda su vida ese margen de humanidad en contra de los gobiernos, los sistemas políticos y los regímenes totalitarios. Había ido a visitarle a la cárcel y le había dicho con tristeza: «Querido Peer, dicen que eres un misántropo, pero eres más joven que yo y todavía te queda mucha vida por delante. Algún día tendrás que rebelarte para defender otra especie cada vez más amenazada, la nuestra…». Nansen, que había dedicado los últimos años de su vida a esta tarea, que había conseguido que se concediera un pasaporte a los apátridas y que todos los países del mundo reconocieran su estatus de privilegiados, no se había equivocado: llegó un

momento en el que Peer Qvist tuvo que recurrir a su mal carácter para luchar contra los campos de exterminio y los campos de trabajos forzados, contra la bomba de hidrógeno y la amenaza soterrada, ya previsible, de los residuos de los reactores nucleares lentamente acumulados en la tierra, en el aire y en el fondo de los mares. Tuvo que gritar y manifestarse contra la indiferencia culpable y la siniestra complacencia del congreso de físicos de Ginebra, dispuestos a pagar el «progreso» con unos cuantos millones de cánceres nuevos, llevando a cabo aquella lucha con el mismo furor con el que antaño había defendido a las aves. Y también el rostro de su amigo el pastor Kai Munk, fusilado por los nazis por haber defendido contra sus enemigos una de las raíces más tenaces que el cielo haya jamás plantado en el corazón de los hombres. Ellos lo llaman libertad y es como una caricia de la mano divina. Y el grupo de indios de Wyoming, a los que en lugar de proteger prefirieron dejar abandonados en sus reservas víctimas del alcohol, la sífilis y la tuberculosis; las barreras de coral de los mares de Australia, donde había podido ir a descansar la vista y recuperar el ánimo porque el hombre todavía no había llegado a amenazar aquellos dos mil kilómetros de coral animado por una vida fabulosa y muy parecida a la de los primeros tiempos; la lucha contra la erosión, las tierras asoladas por la explotación intensiva; Peer Qvist expulsado de aquí, indeseable allí, echado de tal instituto, de tal academia; luego invitado a reincorporarse a su puesto diez años más tarde, cuando los hechos le dieron la razón, demasiado tarde, como si una recompensa oficial pudiera compensar el crimen cometido. Sólo debido a su avanzada edad y a su excentricidad gozaba en el presente de una especie de popularidad benévola y condescendiente. Ese viejo obstinado, ese malhumorado de Peer Qvist seguía consiguiendo que hablaran de él… Cuántas luchas, cuántos esfuerzos, y sin embargo todo quedaba por hacer, por defender; todas aquellas raíces vivas, todas aquellas ramificaciones prodigiosas en su variedad y su tenacidad, debían ser defendidas sin tregua… La misma Organización Mundial para la Defensa de la Fauna y de la Flora no quería volver a saber nada de él; se había visto obligado a abandonar su comité directivo porque sus métodos no eran bien vistos: no sólo le reprochaban sus excesos de naturalista, sino también su frecuente injerencia en las luchas políticas… Eso era verdad. Las raíces

eran innumerables e infinitas en su variedad y su belleza y algunas estaban profundamente arraigadas en el alma humana: una aspiración incesante y atormentada orientada hacia lo alto y hacia delante, una necesidad de infinito, una sed, un presentimiento, una esperanza ilimitada… todo lo que, reducido a la dimensión de las manos humanas, se convierte en una necesidad de dignidad. Libertad, igualdad, fraternidad, dignidad… No había unas raíces más profundas y, sin embargo, más amenazadas. Peer Qvist siempre había cumplido estrictamente con su trabajo de naturalista y todos los que trataban de arrancar de la tierra esas raíces se lo habían encontrado siempre en su camino. Aún quedaba todo por hacer, y sin embargo era tan viejo… En fin, parece que la maldad le conserva a uno, pensó. Así que me debe quedar para bastante tiempo… Sintió la mano de Johnny Forsythe sobre su hombro.

—¿Sí?

—Estoy intentando explicar a este joven qué estamos haciendo aquí. No cree en los elefantes. No cree que nos interesen verdaderamente ni que sea lo único que nos interesa. Dice que tal vez sea verdad en lo que se refiere a Morel, que está loco; pero que hay tareas más urgentes, otras cosas que defender, como por ejemplo las aspiraciones legítimas de los pueblos. Le he explicado que, en lo que a mí se refiere, he venido a defender a los elefantes sólo porque ya no sabía dónde meterme. ¿Y tú?

—Oh, yo —dijo Peer Qvist, con esa voz cansina y grave en la que era tan difícil sospechar que hubiera el menor rastro de humor—, yo soy un enviado del Museo de Historia Natural de Copenhague. Eso es todo.

Poco antes de que se pusiera el sol vieron venir un camión en sentido contrario y Morel se bajó para ayudar a N’Dolo a maniobrar en la estrecha pista. No temía que le reconocieran: las viejas fotos de carnet de identidad que habían sido publicadas no tenían nada que ver con su rostro de ahora. El conductor del camión resultó ser un portugués llamado Sanchili que volvía a su casa. Se había arriesgado a tomar una carretera que con sólo dos horas de lluvia se volvería impracticable, porque su mujer estaba dando a luz en Nguelé, donde él tenía su almacén de mercancías. Era su noveno hijo. Hablaron un momento en medio de la carretera fumándose un cigarrillo: el portugués se quejaba de los negocios…

—Soy exportador de marfil —dijo—. Y ya sabe, con los plásticos…

Morel le examinaba con atención rascándose la mejilla. Dudó un segundo…

—Bueno —dijo al final—, espero por sus diez hijos y por los siguientes que no se encuentre a Morel por el camino… porque, si no, le cortaría los cojones.

El pequeño portugués soltó una carcajada.

—Qué chiste más bueno… Se lo contaré a mi mujer. Le confieso que no me gustaría nada encontrármelo… Imagínese, soy el mayor comerciante de marfil de la región. Buena suerte y hasta la vista. Aquí tiene mi tarjeta de visita, si pasa alguna vez por Nguelé…

—No dejaré de hacerlo —dijo Morel—. Se lo prometo. ¿Y dice que tiene el almacén allí?

—Sí, justo a la salida de la carretera. No tiene pérdida, hay un cartel con mi nombre… Será muy bien recibido. Buena suerte y tal vez hasta pronto.

Morel lo vio alejarse y después se subió al camión.

OceanofPDF.com

XXXI

Hacia las diez de la noche atravesaron Sionville. Bordearon el río, entre los mangles, y después de tomar una carretera que siguieron durante cinco kilómetros, se detuvieron por fin delante de la propiedad Challut. Morel saltó al suelo. La noche tenía una presencia, un cuerpo, una vida susurrante; se sentían sus sudores, su intimidad; en la espesura del jardín, el coro de insectos era un intenso latido que hacía que la oscuridad palpitara y respirara agitada; ahora que el motor del camión se había callado, Morel oía esa presencia a su alrededor: estaban lejos del Sahel y de su vacío. Sintió una mano en su hombro: era N'Dolo.

—Voy con usted…

—De eso nada. Te quedarás en el camión tal y como habíamos acordado. Si no tienes los nervios lo bastante sólidos como para soportar la espera, tendrías que habértelo pensado antes…

El estudiante regresó al camión. Morel cogió su cartera repleta de papeles y avanzó hacia la verja. Los otros ya le estaban esperando. Era el único que no iba armado. Dentro del jardín había media docena de coches americanos. Con eso no habían contado.

—¿Les pinchamos las ruedas?

—No. Si quieren irse que se vayan… Si encontraran sus coches con las ruedas pinchadas darían la voz de alarma. Ya veremos después.

Al acercarse a la villa de Challut, propietario del periódico de la región y uno de los mayores explotadores de minas de la región, vieron las ventanas iluminadas y oyeron música. Subieron a la terraza por una escalinata y, a través de las ventanas abiertas, vieron a las parejas bailar. Korotoro se detuvo un segundo.

—¿Has visto cómo se menean? —dijo con una gran sonrisa.

Morel tuvo que darle un golpe en el hombro para que siguiera andando. Pero le divirtió oír de pronto hablar en argot parisino a ese chico que no

había salido jamás de los barrios bajos y de las prisiones de las ciudades de África. Realmente era un milagro de asimilación. Dejaron a Peer Qvist y a Inguelé en los matorrales que había delante de la villa y siguieron la avenida hasta llegar a la imprenta del periódico, que se encontraba en una nave situada al fondo del jardín. Morel entró el primero. El número del día siguiente estaba casi preparado y la rotativa esperaba. En una esquina, dos negros en pantalón corto jugaban a las damas, mientras un viejo tipógrafo de cabello cano se inclinaba sobre el texto.

—Hola, chicos.

Los dos jugadores de damas alzaron ligeramente la cabeza. Sus rostros estaban impasibles, pero se notaba que se aplicaban al juego.

El tipógrafo los miró tranquilamente por encima de sus gafas.

—Buenas noches —dijo.

Los otros dos permanecían completamente rígidos. Uno de ellos tenía aún la mano posada sobre la ficha que se disponía a mover sobre el tablero. Forsythe se acercó a ellos amistosamente.

—¿Quién va ganando?

Se oyó el ruido de un coche, un frenazo y unas voces… Madjumba se volvió hacia el jardín con la metralleta levantada.

—Son sólo los invitados que llegan, amigo —dijo el viejo—. Nunca vienen hasta aquí…

Morel rebuscaba en su cartera sin ninguna prisa. Al final sacó una hoja de papel y la dejó sobre la mesa.

—Nos sacarás esto en primera plana…

El tipógrafo permaneció un momento inclinado sobre el texto con el lápiz en la mano:

El Comité mundial para la Defensa de los Elefantes comunica que se han adoptado las sanciones siguientes contra los cazadores que no han obedecido las órdenes terminantes del Comité: el capturador de elefantes Haas y los cazadores Longevielle y Ornando, este último sorprendido in fraganti, han recibido un castigo corporal. Las propiedades de los cazadores Sarkis, Duparc, el almacén de marfil Banerjee y los depósitos de la curtiduría Wagemann, que transforma las

patas cortadas a los elefantes en jarrones, papeleras, cubos de champán y otros objetos de decoración, han sido quemados. El traficante de marfil Banerjee ha recibido diez bastonazos. Queda por suministrar una azotaina en público a la señora Challut, «campeona» de la caza mayor. Para disipar los rumores malintencionados, el Comité recuerda que no tiene ningún carácter político y que las cuestiones políticas y las consideraciones ideológicas, doctrinales, partidistas, raciales, clasistas y nacionalistas le son completamente ajenas. Persigue simplemente una obra humanitaria. Apela únicamente a los sentimientos de dignidad de cada uno, sin distinciones ni discriminaciones. Su único interés es conseguir que se llegue a un acuerdo para la protección de la naturaleza. Se ha consagrado a una tarea concreta y limitada, la protección de la naturaleza, empezando por los elefantes y por todos los animales que en los manuales escolares de todo el mundo son considerados como «los amigos del hombre», y piensa que todos los hombres, sean quienes sean y procedan de donde procedan, pueden y deben ponerse de acuerdo sobre esto. Se trata simplemente de reconocer la existencia de un margen humano que todos los gobiernos, partidos y naciones, y todos los hombres se comprometan a respetar, fuera cual fuese la urgencia o la importancia de su empresa, aspiración, construcción o combate. En el momento en que se reúne en Bukavu una nueva conferencia para la protección de la fauna y de la flora africanas, considera indispensable llamar la atención de la opinión pública mundial sobre los trabajos de la conferencia, trabajos que se desarrollan con demasiada frecuencia ante la indiferencia general. Los delegados deben trabajar bajo la mirada atenta de la opinión pública mundial. El Comité se compromete solemnemente a abandonar su acción en cuanto sean tomadas las disposiciones necesarias.

Firmado, en nombre del Comité: MOREL

El tipógrafo no pareció sorprenderse. Mientras leía, Morel lo observaba con una ligera ansiedad.

—Bueno, ¿qué piensa de esto? ¿Está de acuerdo?

—Está muy bien dicho.

Morel pareció alegrarse.

—Entonces, manos a la obra.

El tipógrafo le miraba gravemente.

—Supongo que habrá que ponerlo en medio de la página, dentro de un recuadro.

—Hazlo lo mejor posible.

—¿En rojo?

—De acuerdo, ponlo en rojo. Es necesario que salte a la vista.

El tipógrafo se puso manos a la obra. Los dos jugadores no se habían movido. Korotoro se acercó a ellos y, riéndose, les desordenó las fichas con el cañón de su arma. Pusieron ojos de espanto y empezaron a tragar saliva y a sudar sin decir nada. Al cabo de un momento, Forsythe comenzó a ponerse nervioso.

—¿No hay nada de beber aquí? —preguntó.

El viejo se puso el lápiz detrás de la oreja.

—No, pero si quiere puedo ir a buscarle una botella de cerveza a la cocina.

—¿Para que avises al jefe? —exclamó Madjumba—. ¿Por quién nos tomas?

El viejo no le prestó ninguna atención y se volvió hacia Morel, que estaba liándose un cigarrillo.

—Puedes ir —dijo Morel tranquilamente.

—¿Estás loco? —gritó Madjumba—. ¿Y si tienen teléfono?

—Lo tienen —dijo el tipógrafo.

—Puedes ir —repitió Morel sin levantar los ojos.

El viejo se fue. Forsythe, que estaba sentado en un taburete chupando el tallo de una flor, movió la cabeza irónicamente.

—Es muy bonito —dijo—. Es muy estético ver a alguien que se fía hasta ese punto de la naturaleza humana… Sin embargo, hay momentos en los que no te comprendo.

—No te preocupes —dijo Morel con cierto humor.

El tiempo pasaba lentamente. Madjumba mantenía una expresión hermética, hostil. Inmóvil, con la metralleta debajo del codo, parecía despreciativo y al mismo tiempo desafiante. Nunca había entendido muy bien los motivos que habían impulsado a Waitari a prestar su apoyo a ese loco. Ahí estaba, con su cartera repleta de llamamientos y manifiestos «humanitarios» y chupando su cigarrillo con una absoluta tranquilidad, como si estuviera en una reunión sindical en un barrio obrero de París. Pero él había obedecido como siempre a su jefe sin dudar, y ahora probablemente pagaría por su fidelidad. La larga explicación de N'Dolo, nada más llegar Yussef con el mensaje, sólo le había convencido a medias. «Se trata de sacar partido a cualquier tipo de desórdenes —explicaba N'Dolo con locuacidad—. Incluso de una pelea entre borrachos, incluso de un marido que zurra a su mujer, de cada copa rota. Es necesario que se diga que detrás de todo eso está el Partido. Así es como se amplían sus bases. Si piensan que somos muy fuertes, nos reforzarán. El asunto Morel es una ocasión única. No podemos dejarla escapar. El país está demasiado tranquilo, demasiado distendido. A las tribus les importa un bledo la independencia; no saben lo que significa esa palabra, porque ni siquiera existe en nuestra lengua. No se puede sublevar a las masas cuando éstas son sólo unas tribus primitivas, tenemos que dirigirnos a los que son capaces de comprendernos, al mundo exterior, a la opinión pública de los países desarrollados. Tenemos que manifestarnos, ponernos en contacto con todos los movimientos análogos del mundo, demostrar que existimos, que estamos dispuestos a hacer todavía más si nos ayudan, dar motivo para que hablen de nosotros en la radio de El Cairo y de Budapest, dar a nuestros amigos del exterior una ocasión para protestar contra la opresión. El militante de base no existe, las masas no tienen aún ninguna formación política, no nos entienden. De cincuenta oulés que han estudiado, cuarenta están de acuerdo con la administración. ¿Por qué? Porque la educación ha hecho que se sientan más cerca de los franceses que de la tribu que han dejado tras ellos. Hay que intentar asegurar la transición entre los dos sistemas y, para ello, lo primero que hay que hacer es demostrar que el nacionalismo oulé existe. Sea cual sea el fuego que arda, hay que alimentarlo. Por eso es indispensable que

Morel se una a nosotros y aprovechar la curiosidad que suscita. Te lo repito, no podemos dejar escapar la ocasión, Waitari sabe lo que se hace…».

Madjumba había obedecido, pero había esperado una acción seria y heroica, no ese ambiente de huelga de brazos cruzados. Le hubiera gustado al menos poder liberarse de su tensión nerviosa, de su impaciencia, de su necesidad de matar o de que le mataran, de gritar muy alto su nombre, porque después de todo por sus venas corría la sangre de los guerreros que habían dominado durante siglos esta región de África. Pero en lugar de eso, se veía obligado a soportar esa espera interminable y a ese imbécil feliz que pensaba que no podía pasarle nada y se imaginaba rodeado de una especie de simpatía universal. El viejo, que era un criado de los colonos, les traicionaría, serían atrapados como ratas. Él tenía su arma preparada, dispuesto a no dejarse apresar vivo… Oyó un ruido de pasos en la gravilla. El viejo volvía con un plato de bocadillos y dos botellas de cerveza. Dirigió a Madjumba una mirada aplastante y se puso a trabajar de nuevo. En un rincón había un montón de periódicos franceses atrasados, y Morel se puso a rebuscar en él con curiosidad. «Desde hace algunas semanas, la prensa del bloque atlántico inunda a sus lectores con relatos sensacionalistas sobre lo que ella llama “la prodigiosa aventura del hombre que se ha ido a África para defender a los elefantes” y dedica grandes titulares a ese personaje mítico cuya existencia, todo hay que decirlo, es más que dudosa… Todos los medios son buenos para intentar desviar la atención del público de los preparativos de la guerra atómica…». Pero era un número atrasado. Buscó uno más reciente. «La existencia de un movimiento armado a favor de la independencia en la región oulé ya no ofrece ninguna duda… Son dignos de ver los esfuerzos patéticos de una cierta prensa para intentar ocultar la verdad bajo la cortina de humo de una pretendida campaña humanitaria para la protección de la fauna africana…». Y en un número todavía más reciente: «El elefante es, y lo seguirá siendo, el emblema del proletariado africano en lucha contra la explotación capitalista». Morel parecía enormemente satisfecho; mientras leía, hacía de vez en cuando un gesto de aprobación. Cada vez que encontraba un artículo dedicado a él, arrancaba cuidadosamente la página, la doblaba y la metía en su cartera. Separó algunos números más y luego se los tendió a Forsythe…

—Lee esto —dijo—, hablan otra vez de ti…

Forsythe hizo un gesto de desencanto.

—Ya lo veo desde aquí…

Todos los torrentes de fango que a su regreso de Corea habían derramado sobre él y sobre su *dishonorable discharge* del ejército debían de haber empezado a correr de nuevo…

Trató de adoptar una expresión cínica y desplegó el periódico. «Me esperaba cualquier cosa menos eso —diría más tarde a Schölscher, en su primer interrogatorio—. Ni rastro de injurias, de insultos, de denuncias… Al contrario, parecía haberme hecho muy popular en Estados Unidos. De pronto todo el mundo parecía estar muy orgulloso de que hubiera un norteamericano entre esos "nobles aventureros" que habían abrazado el maquis para defender a los elefantes de África. Personas que no me conocían de nada, a las que no había visto en mi vida, afirmaban que nunca habían dudado de mí. Había una entrevista a mi padre; decía que se sentiría muy orgulloso de abrazarme, y otra a mi antigua novia, que me había plantado cuando el asunto de Corea: decía que rogaba a Dios para que yo volviera enseguida. Una auténtica putita sensible a la publicidad. No era difícil saber quién estaba detrás de todo aquello: Ornando y sus cuarenta millones de oyentes y de lectores a los que él odiaba. Todas las noches me dedicaba un minuto de su programa, diciendo entre otras gentilezas que yo era el norteamericano más noble después de Lindbergh con su travesía del Atlántico norte, y exigiendo la revisión de mi proceso, que según afirmaba era un *frame up*, una clara estratagema para incriminarme. Como dicen muy bien en francés, Ornando tenía motivos más que suficientes para desternillarse de risa… Pero le juro que a mí no me hacía ninguna gracia todo aquello. Me sentía mal. No sé decirle si por el desánimo o por la emoción… pero el caso es que todo aquello me hizo sentirme mal. Eran las mismas personas, exactamente las mismas, que me habían escupido, por no decir otra cosa, cuando había vuelto de China… Ornando les había hecho cambiar brutalmente de opinión por medio de sus declaraciones en los periódicos y en la televisión, y ahora hablaban de mí temblándoles la voz, casi me parecía estar oyéndoles. No sé si me entiende, pero le juro que nunca sentí tanto amor y amistad hacia los elefantes como en aquel

momento. Hubiera firmado lo que fuera para poder quedarme con ellos hasta el final de mis días, y morir entre ellos, y por ellos, si era necesario. Morel me observaba sonriendo: “Tus acciones parecen estar volviendo a subir”, dijo. “Sí —contesté yo intentando sonreír de forma sarcástica, para no faltar a mi costumbre—. En mi país son normales los altibajos…”».

Hacia medianoche, los tres mil ejemplares del periódico estaban listos. Cuando abandonaron la nave, el viejo tipógrafo se acercó a Morel y le tendió la mano.

—Buena suerte —le dijo—. Lamento ser demasiado viejo y no poder hacer casi nada para ayudarle… Pero les hablaré de usted a mis nietos… He leído mucho y comprendo de qué se trata.

Transportaron los periódicos hasta el camión. En el jardín resonaba el canto triunfal de las cigarras. N’Dolo, completamente crispado, estaba al volante. Sin decir nada, volvió hacia Morel un rostro reluciente, y su pánico pareció extenderse de pronto al sonoro y entrecortado latido de los insectos.

—Como mucho tardaremos diez minutos —dijo Morel—. Ve a deshincharles los neumáticos. Ya no corres ningún peligro. Estamos aquí.

—Ha llegado un coche… No me han preguntado nada, pero…

—Lo sé. Anda, ve.

Volvieron al jardín y se reunieron con Peer Qvist e Inguelé delante de la villa. Oyeron la música y vieron a las parejas deslizarse delante de la ventana que daba a la terraza.

—Esto me recuerda a mi primer baile —dijo Peer Qvist gravemente.

Subieron la escalinata y entraron juntos. Una docena de personas, esmóquines blancos y cubos de champán. Pastelillos. Sillones tapizados con pieles de cebras, leopardos y antílopes. Pieles por todas partes y algunos magníficos colmillos de elefantes en los rincones, cuernos de cudúes y de okapis. Todo piezas escogidas. Un grito de mujer, el ruido de una copa al romperse. Después el silencio, en medio del cual el *Danubio azul* continuaba desgranando sus notas, hasta que Madjumba hizo saltar la aguja del tocadiscos con la culata de su fusil. Forsythe se acercó entonces a un *boy* aterrorizado que sostenía una bandeja de copas en sus temblorosas manos enguantadas de blanco y pasándole el brazo por los hombros amablemente le dijo:

—Vamos, hermosura… Tú y yo nos ocuparemos del teléfono.

Más tarde, el doctor Gambier, uno de los invitados, describiría la escena de la forma siguiente, sin tratar de ocultar su placer retrospectivo: «Morel estaba delante de los otros con una colilla apagada entre los labios y las piernas separadas. Y nos miraba atentamente uno a uno. Llevaba una cartera repleta de papeles en la mano y era el único que no iba armado. Junto a él había dos jóvenes negros con el dedo puesto en el gatillo que me parecieron especialmente amenazantes, y detrás de nosotros había otro joven con un sombrero deformado y roto que no hacía otra cosa que comer pastelillos. También estaba Peer Qvist, ese viejo loco al que casi todos conocíamos (yo mismo le había recibido en mi casa) y, por último, el desertor norteamericano tristemente célebre. Tras haberse vendido a los comunistas en Corea y haber sido expulsado del ejército de su país, había venido a parar al Chad, probablemente sin recursos económicos. Al principio había sido instructor a sueldo de El Cairo —eso es lo que se decía al menos—, lo mismo que algunos de los desertores de la Legión, que se habían tirado de nuestros barcos al cruzar el canal de Suez. Parecía tomarse todo aquello a broma, tenía un rostro risueño y simpático, un pañuelo atado al cuello, un chaquetón de cuero abierto sobre su torso desnudo de pelirrojo y unas enormes manos que sujetaban un arma. Pero sobre todo estaba Morel. Apenas tenía ningún parecido con las fotos que los periódicos habían publicado de él, pero no podía ser otro, y a mi lado oí a unos hermosos labios murmurar con un suspiro, como a punto de desfallecer, pero no sin cierta voluptuosidad: “Es Morel”. Paseó su mirada por los sillones tapizados con pieles de animales y por las paredes cubiertas de colmillos de elefantes y la chispa de alegría que había en sus ojos desapareció de pronto. Se puso furioso, incluso peligroso, apretó los dientes, tiró su colilla al suelo y la pisó. Así pues, allí estaba, delante de nosotros, a más de mil kilómetros de las colinas oulés donde se suponía que estaba escondido. Ninguno de nosotros se movió: sabíamos lo que les había ocurrido a Haas, a Ornando y a algunos otros. Yo no estaba menos inquieto que los demás, pero no podía dejar de mirar a Morel con una enorme curiosidad. Hacía meses que sólo hablábamos de él, y, sin embargo, era difícil creer en su existencia, en la que había mucho de leyenda: varios de

nosotros estábamos convencidos de que las autoridades se lo habían inventado completamente, a él y a sus elefantes, para desviar la atención de la actividad, en realidad sin ningún alcance, de Waitari, al que se consideraba responsable de todos los desórdenes que se habían producido recientemente en la región oulé. Digo “varios de nosotros”, pero yo nunca he compartido esa opinión. Yo creo en la asombrosa África, donde todo es posible y siempre lo será; sus aventureros no dirán jamás su última palabra, y no necesariamente los que merodean alrededor de su oro, de sus diamantes y de su uranio. Siempre he creído que África podía hacer un esfuerzo y he aquí que lo estaba haciendo delante de mis ojos. No olvide que después de toda la publicidad que la prensa sensacionalista había desplegado en torno a él, Morel se había convertido realmente en un héroe popular para un gran número de personas. Creían en él. Creían en él y en sus elefantes. Challut fue naturalmente el primero en recuperarse, lo cual no es de extrañar en un hombre del que no se puede decir que pierda fácilmente el dominio de la situación…

»—¿Qué significa todo esto? —masculló.

»Morel le miró bastante amablemente y le dijo:

»—No tenemos nada contra usted, pero sí tenemos que decirle unas palabritas a la señora Challut. El Comité para la Defensa de la Naturaleza no puede olvidar que ella detenta el récord femenino de la caza del elefante. Cien animales abatidos, que yo sepa…

»En su voz se adivinaba una cólera contenida. Después abrió con mucha calma su cartera, sacó una hoja de papel y leyó ese increíble documento, esa especie de manifiesto que usted conoce y que al día siguiente encontraríamos impreso en el periódico… Debo decir que tuvo un efecto fulminante. Cuando llegó al pasaje: “Queda por suministrar una azotaina en público a la señora Challut, ‘campeona’ de la caza mayor”, se oyeron unos cuantos “Ah” y “Oh” y todas las miradas se volvieron hacia la interesada, que se había puesto pálida. Ya la conoce usted: bajita, enérgica y bastante guapa a sus cuarenta años, a pesar de esa ligera virilidad en sus gestos y en su voz. Desde luego era la última persona que uno podía imaginar expuesta a semejante trato. Se volvió hacia su marido y gritó: “¡No se lo permitas!”. Que yo sepa, era la primera vez que le pedía ayuda y protección…».

Challut dio un paso hacia delante. Era un hombre fuerte y rudo a pesar de su esmoquin blanco. En otros tiempos había trabajado en una mina del norte y también como buscador de oro, por lo que gustaba de repetir «yo me he hecho a mí mismo» con una gran convicción. Bajó la frente, y con una voz cavernosa, surgida de lo más profundo de su dignidad herida, dijo lentamente:

—Si lo haces, Morel, me vengaré, aunque me cueste todo lo que poseo. Sé para quién trabajas. Siempre es la misma canción. Los elefantes no tienen nada que ver en esto… Pero sólo los europeos tenemos armas de caza y la forma de conseguir permisos. Lo que intentas decir es que somos los únicos que explotamos y acabamos con todas las riquezas naturales de África. Llevo oyendo la misma canción desde que estoy aquí y la verdad es que esas riquezas no se explotan lo bastante. De no ser por nosotros no se explotarían en absoluto, ni siquiera se sabría que existen… De no ser por nosotros no se hubiera descubierto ni un solo yacimiento y la población no se habría duplicado en veinte años. Cuando llegué aquí, lo único que había era sífilis, lepra y enfermedad del sueño. Yo a mis negros los curé, los alimenté, los vestí, les di trabajo y casas y les transmití la ambición y el deseo de seguir nuestro ejemplo. Los hombres como yo han sido y siguen siendo el germen de África. Tú y los tuyos llamáis a esto la «explotación vergonzosa de las riquezas naturales de África». Yo lo llamo construir un África para todos, pero sobre todo para los africanos. Como somos los únicos que poseemos armas, conseguimos permisos y practicamos la caza deportiva, has pensado que sería muy inteligente convertir la caza del elefante en el símbolo de «la explotación capitalista de las riquezas de África»… Sí, he leído todo eso en vuestros periódicos comunistas. No necesito que nadie me lo explique. Ya lo había comprendido…

—Mmm… —hizo Morel.

Por su aspecto satisfecho era evidente que aquella interpretación le parecía muy interesante. Más tarde le dijo a Peer Qvist:

—Esa interpretación era excelente. No había pensado en ello. Se le ocurrió a él solito de una forma de lo más natural, como un eructo. En fin, quien se pica, ajos come. Pero de todas formas es asombroso lo testarudos que pueden llegar a ser. No les cabe en la cabeza que alguien pueda

simplemente estar harto de sus pequeños negocios y ocuparse de temas más importantes, con un margen más grande… les sobrepasa. Piensan que tiene que haber algo detrás, algo no sincero, algo vergonzoso, algo podrido, algo a su alcance. Porque a ellos nadie les engaña, ¿entiendes? Están tan acostumbrados a oler su pequeña basura que cuando alguien necesita respirar un poco de aire puro, volverse hacia algo realmente importante y grande a lo que hay que salvar a toda costa, no lo entienden. En cualquier caso es una lástima…

Dijo todo esto tranquilamente, sentado junto al fuego, con una absoluta sinceridad. Peer Qvist estuvo a punto de perder la paciencia. Pero justo cuando iba a abrir la boca para decirle que no valía la pena servirse de ardides con él, que él sabía perfectamente lo que en realidad defendía, se encontró con la mirada atenta y algo irónica de Morel y, profiriendo entre dientes un juramento escandinavo, se enrolló en su mosquitero y le dio la espalda.

—Como ves, he comprendido perfectamente el sentido de esta manifestación —masculló Challut—. Así que ahora ya puedes largarte de aquí, en espera del día en el que tengamos ocasión de volver a encontrarnos. Pero si te atreves a tocar un solo pelo de la cabeza a mi mujer…

En el rostro de Morel apareció una expresión de humor algo obscena. Pareció saborear largamente una excelente broma.

—No le tocaré ni un solo pelo de la cabeza —dijo—. Pero recibirá su lección. Para respetar las buenas costumbres, elegiremos al más viejo de nosotros para hacerlo, de esa forma no habrá ningún malentendido posible…

Hizo una señal al danés y éste avanzó imperturbable hacia la señora Challut, que se puso a gritar.

—¡No me toque!

«… Era difícil no sonreír —contaba más tarde el doctor Gambier—, pese al furor de Challut y los gritos de su mujer. Peer Qvist no pensaba pegarle demasiado fuerte, pero se entregó a su tarea con una expresión tan seria que la escena resultaba irresistiblemente cómica. Siendo uno de los hombres más ancianos que conozco, por mucho que cuide su aspecto, su barba gris y su frente severa quitaban a la escena cualquier carácter

escandaloso, y ver a la pequeña Annette Challut pataleando, con el trasero hacia arriba, bajo la mano de aquel patriarca le producía a uno una risa incontenible. Sin embargo, entre usted y yo, la pequeña Challut exageraba. Cada uno es libre de pensar lo que quiera, pero una mujer cuya mayor alegría es matar a los elefantes, te produce a pesar de todo un poco de dolor de estómago. Hay otras formas de satisfacerse… o de recuperar el tiempo perdido. Como médico no me gusta demasiado hacer este tipo de consideraciones psicológicas, pero parecía vengarse con los grandes machos de algo o de alguien… En pocas palabras, yo no era el único en sentir que se merecía aquel castigo. Y la gravedad con la que el viejo escandinavo cumplía su trabajo reforzaba todavía más la impresión de que estaba recibiendo una buena lección. Sí, a pesar de todo lo que se haya dicho, creo que Morel era totalmente sincero y, ya sabe, los auténticos cazadores, los viejos, tratan desde hace mucho tiempo y por todos los medios de frenar el "destrozo" y no ocultan su desagrado hacia los safaris…».

En el momento en que la expedición de castigo abandonaba la villa, Challut apareció en la terraza, recortándose perfectamente contra la luz de la casa, con una carabina en la mano… Madjumba ya había levantado su metralleta, pero Morel le empujó la culata del hombro.

—¿Con quién está usted, señor Morel? —gritó el adolescente—. ¿Con nosotros o con ellos?

—Todavía hay otros lugares donde uno puede estar, pequeño —dijo Morel—. Todavía hay un margen… Y precisamente ahí es donde estoy yo. Aprende a dominar tus nervios. Cuando tú seas el jefe podrás matar a todos los que quieras, a los tuyos y a los otros. Pero por el momento aquí el jefe soy yo.

Se subieron al camión y N'Dolo arrancó a toda velocidad.

—Más despacio, no tenemos ninguna prisa… Les sacamos una buena ventaja. ¿Has desinflado las ruedas?

—Sí.

Lanzaron los montones de periódicos delante de la puerta del hotel, donde los *boys* los recogerían a las cinco de la mañana de camino hacia el mercado. Cuando estaban atravesando la zona de chabolas de chapa, tablas

y cartón que se extendía al este de Sionville, a la orilla del río, vieron a la luz de los faros una extraña figura con los brazos levantados en medio de la carretera. Era un oulé que debía de medir unos dos metros, se apoyaba en un bastón y vestía un traje negro, cuello duro, casco colonial y unas alpargatas blancas. Detrás de él, en medio del polvo que el viento arrastraba hacia ellos, había dos o tres figuras inmóviles en pantalón corto. N'Dolo frenó bruscamente. El hombre se acercó.

—Salud, compañeros —dijo—. Empezábamos a preocuparnos. Nos queda muy poco tiempo para hacer el reparto, pero podéis estar seguros de que se hará. Compañeros, permitidme que os felicite. Es una buena idea. Estoy acostumbrado a la lucha política, y puedo deciros que es una buena idea. Incluso nuestros camaradas iletrados que no tienen una formación marxista lo han comprendido cuando les hemos explicado lo que significan los elefantes. Y los colonos monopolistas e imperialistas y sus lacayos políticos también lo han comprendido cuando han empezado a encontrar la palabra *komun*, «elefante», escrita en las paredes de sus casas. La prueba de que lo han comprendido es que ya han ordenado a la policía que la borre. El Partido os apoyará a fondo. Es una buena idea política, camaradas, y sabremos utilizarla.

Alzó bruscamente el puño.

—*Komun!*

—*Komun!* —repitió Morel amablemente alzando a su vez el puño.

Korotoro dejó caer el último paquete de periódicos a los pies de la figura interminable y la dejaron allí, con el puño cerrado y apoyada en su bastón en medio de la noche africana.

Morel no estaba descontento con aquellos malentendidos. Mientras la protección de los elefantes no fuera más que una simple idea humanitaria, una simple cuestión de dignidad humana, de generosidad, de corazón, de un margen que había que preservar fuera cual fuera la dificultad de la lucha, no suponía ningún peligro. Pero en cuanto amenazaba con convertirse en una idea política, se volvía explosiva y las autoridades se veían obligadas a tomarla en serio. No podían ignorarla, permitir que los otros la explotaran, quitársela de encima con un encogimiento de hombros, dejar que se les volviera en contra. Estaban obligados a actuar inmediatamente para

neutralizarla. Y lo mejor, evidentemente, era hacerla suya. Dicho en otras palabras, ocuparse activamente de la protección de la fauna africana, prohibir la caza del elefante bajo todas sus formas y sin condición, rodear de toda la protección y la amistad necesarias a esos gigantes voluminosos y amenazados. Morel estaba convencido de que los gobiernos responsables acabarían comprendiendo y poniendo en práctica ese programa, era lo único que pedía. Una vez más, no había que despreciar ciertas capacidades. Sacó su tabaquera y sus papelillos de arroz, y luego, a pesar de la oscuridad y de los traqueteos del camión, se lió a tientas un cigarrillo y se lo encendió.

—Pareces divertirte —dijo Forsythe.

La cerilla se apagó.

OceanofPDF.com

XXXII

Estaba amaneciendo y las colinas empezaban a acercarse a ellos por el este; a Saint-Denis le pareció que le habían estado escuchando durante toda la noche y que ahora se apiñaban a su alrededor para hacerle preguntas. Veía el rostro de su compañero salir también de la sombra: un rostro en el que las huellas de una noche sin dormir permanecían invisibles, confundidas con las de la edad.

—La noche ya ha acabado y tengo la sensación de que me he pasado mucho más tiempo recordando que hablando. Usted me ha dicho que tenía previsto volver esta mañana a sus excavaciones, por lo que probablemente me quedaré sin saber qué es lo que ha venido a buscar a estas colinas. No puedo explicarle nada sobre este asunto que usted no haya aprendido en los cuarenta años que lleva excavando el limo para encontrar los vestigios de los que fueron, hace un millón de años, unos seres humanos: sus armas primitivas hablan de su valor y de la lucha que sostuvieron desde los inicios de la prehistoria para sobreponerse a su condición. Probablemente la última palabra sea el valor, la rebelión contra la rigurosa ley que nos fue impuesta desde el origen. Basta con observar el patético fragmento de alguna de las armas de piedra talladas por los primeros hombres para oír alzarse, desde el fondo de las épocas geológicas pasadas, una especie de canto heroico de una epopeya a la que Morel y sus compañeros no hicieron más que añadir una nota más, un nuevo matiz. Pero tal vez todo esto no haya sido más que un pretexto para venir a verme y que simplemente usted tuviera necesidad de compañía. Es cierto que, a ese respecto, debe de estar ya abundantemente provisto y que no se le habrá ocurrido la idea de refugiarse entre los elefantes. Y sin embargo, si ha recorrido más de quinientos kilómetros sólo porque quería hablar con alguien del asunto, de Morel y de aquella joven alemana que lo había comprendido tan bien, es porque tal vez usted también haya sentido de pronto de una forma especialmente

angustiosa que necesitamos una protección y que todas las plegarias que se han hecho desde los primeros ritos mágicos de las cavernas, todas las súplicas, apenas han tenido resultados satisfactorios. Y quizá no esté demasiado en contra de los que tan valientemente trataron de tomar en sus manos el destino de los seres humanos e intentaron hacerlo lo mejor posible. Probablemente esto explique el valor de Morel, su perseverancia, su negativa a transigir. Y de esa joven que había comprendido en medio de las ruinas de Berlín que la naturaleza ya no podría prescindir de una protección y que le siguió instintivamente, como movida por un simple reflejo de conservación. Desde que el gobierno me ha encargado vigilar desde estas colinas a las últimas grandes manadas de África, los dos me hacen compañía y tengo la impresión de haberme unido yo también a Morel. Se ha dicho que Morel ya no existe, que lo asesinó uno de sus compañeros por razones políticas. Yo no me creo una sola palabra de eso. No se ha podido demostrar nada ni en un sentido ni en otro, y personalmente creo que sigue estando presente en estas colinas. Tenía muchos amigos y, poco a poco, se había formado a su alrededor una especie de cortina de complicidades protectoras, por lo cual resulta difícil imaginarlo vencido. Para mí, sigue estando por aquí, dispuesto a volver a empezar su campaña para la defensa de la fauna. Resumiendo, todavía no ha dicho su última palabra. Viene con frecuencia a verme, en mi soledad, con su ridícula cartera llena de esperanzas mecanografiadas y me dice irónicamente con ese acento parisino tan inesperado en estas colinas: «Los perros ya no bastan. Los hombres se sienten tremendamente solos, necesitan otra compañía: necesitan algo más grande y más recio, algo que pueda realmente resistir. No, los perros ya no les bastan, necesitan elefantes». Y también veo a Schölscher, caminando bajo las miradas curiosas de la gente del bazar con su porte elegante y viril, su serual blanco, su bastón, su quepis azul claro y aquel rostro cuya serenidad reflejaba el corazón en paz de un hombre por fin en posesión de toda la amistad que buscaba. Se ha retirado a un monasterio trapense, en Chauvigny: en el Chad se han dado varias explicaciones a su decisión, salvo la más evidente. Es probable que su profundo contacto con el Islam, a lo largo de tantos años pasados en los confines, tuviera un papel en ese repentino resurgimiento de

su fe. Creo que había madurado lentamente su decisión a través del contacto con el desierto y de los que viven en él, del contacto con la tierra africana.

»Es una tierra que vuelve a acoger en su seno, más deprisa que ninguna otra, las ramas caídas, las ambiciones y a los hombres. Es una tierra que es por excelencia un lugar de paso, un campamento efímero, de una etapa, donde los mismos poblados parecen apenas estar posados, como preparados para desaparecer. Cada uno de nosotros había recibido su lección de insignificancia y Schölscher probablemente fue más sensible a ella que otros. Sí, a veces me basta con nada, con una noche más clara, con un momento de soledad especialmente angustioso para verlos a todos a mi alrededor y oír sus voces. Veo a Minna, con su expresión testaruda, sacudiendo la cabeza con obstinación como la vi hacer en el juicio cuando le preguntaron si se había unido a Morel porque estaba enamorada de él, y repitiendo incesablemente para tratar de convencerles: “Vine por decisión propia. Quería ayudarle y que hubiera alguien de Berlín con él…”. En el fondo, padre, para comprender su actuación no hay que ser demasiado inteligente; basta con haber sufrido. Minna no era demasiado inteligente y tampoco había estudiado; a pesar de ello, su rostro no carecía de misterio y a veces se adivinaba en él cierto humor, una especie de ironía desesperada, cuando miraba a sus jueces, sentada con las piernas cruzadas entre dos policías, sacudiendo si llegaba el caso sus cabellos rubios. Pero había sufrido lo suficiente tomo para comprender de qué se trataba. Al principio, los jueces habían tratado de ayudarla, le habían echado un cable, sobre todo después de mi declaración. Yo había dicho que ella había partido con mi aprobación, y que si había llevado armas y municiones a Morel lo había hecho sólo para ganarse su confianza, ya que su principal objetivo era hacerle renunciar a su delirante empresa y convencerle para que se entregara a las autoridades. Pero ella había rechazado con indignación esa mano tendida. “Quise hacer algo para ayudarle a defender la naturaleza” fue lo más que pudieron sacarle, lo que acabó costándole seis meses de cárcel. Se negó hasta el final a admitir que estuviera enamorada de él —con ira, como si trataran de arrebatarle algo, de disminuir la importancia de lo que había hecho—, incluso los testimonios que parecían probar que había mantenido, por emplear el lenguaje procesal, “relaciones sexuales” con

Morel sólo provocaron en ella un encogimiento de hombros, y esa afirmación tranquila, repetida una vez más: “Sí, quise ayudarle”.

»Y también veo a Peer Qvist, con su pequeña Biblia en la mano, reafirmando ante el tribunal su intención de proseguir la lucha, de no renunciar jamás a defender esas raíces infinitamente variadas que el cielo había plantado en la tierra y también en lo más profundo de las almas humanas, donde éstas arraigan como un presentimiento, una aspiración, una necesidad de justicia, de dignidad, de libertad y de amor infinitos.

»Y al mismo Forsythe, que acabó comprendiendo que la especie humana no era algo execrable, sino que había que protegerla. He leído en los periódicos que al salir de la cárcel y regresar a América, fue recibido triunfalmente como un héroe, y que desde entonces lleva a cabo una apasionada campaña para defender la naturaleza de su país.

»Y a Habib, conducido con las manos esposadas hasta la furgoneta cuando terminó el juicio, pero siempre con su aspecto bonachón y su gorra pringosa de capitán de altura dirigiendo miradas interesadas a uno de los policías, especialmente vigoroso y apuesto. A Habib —que se había divertido tanto durante el juicio y no se había perdido ni una sola palabra de lo que decían, visiblemente encantado ante los esfuerzos que todos aquellos pobres moscones hacían para salir de una condición que a él tanto le agradaba— diciéndome al pasar con una risa tranquilizadora: “¡Todavía no he acabado de navegar!”. Tenía razón: consiguió fugarse durante su traslado a Duala, con la complicidad de un guardián al que había conseguido seducir. Dicen que ahora está muy ocupado en el contrabando de armas en el Mediterráneo oriental, siempre dispuesto a apoyar “las aspiraciones legítimas de los pueblos y las del alma humana en general”, como él decía. No puedo dejar de sentir por él una cierta simpatía. ¡Se veía que aquello era lo suyo! Y no olvidemos a Orsini…

Saint-Denis se detuvo un momento y se volvió hacia las colinas, tan cercanas, tan atentas, rejuvenecidas con el fulgor de un nuevo amanecer. Ya había la suficiente luz como para que pudiera ver en la mano del jesuita un rosario cuyas cuentas negras se deslizaban lentamente entre sus dedos. Guardó silencio para no interrumpir lo que pensó que sería una oración matutina, pero el jesuita vio su mirada y le animó con una sonrisa a

continuar: hacía mucho tiempo que había abandonado las pequeñas rutinas propias de su estado, pero el rosario le ocupaba los dedos y le ayudaba a fumar menos.

—No olvidemos a Orsini: no nos lo perdonaría. Toda su vida no ha sido más que una larga protesta contra su escasa importancia: quizá era eso lo que le había impulsado a matar tantos animales magníficos, entre los que se encontraban los más bellos y más poderosos de la creación. Conozco a un escritor que viene regularmente a África para matar su ración de elefantes, de leones y de rinocerontes. Un día le pregunté el motivo de esa necesidad y él, en medio de los vapores del alcohol, me hizo las siguientes confidencias: «Toda mi vida he estado muerto de miedo. Miedo a vivir, miedo a morir, miedo a las enfermedades, miedo a volverme impotente, miedo al declive físico inevitable… Cuando eso se me vuelve intolerable, toda mi angustia, todo mi miedo se concentran en el rinoceronte que embiste, en el elefante que aparece de pronto ante mí en medio de la hierba y se vuelve en mi dirección. Mi angustia se convierte por fin en algo tangible, en algo que se puede matar. Disparo, y durante algún tiempo me siento liberado, en una paz absoluta: el animal aniquilado ha arrastrado en su muerte todos mis terrores acumulados, y durante algunas horas me libro de ellos. Al cabo de seis semanas, eso representa una auténtica cura cuyo efecto perdura algunos meses…». A Orsini probablemente le sucedía algo de esto, pero sobre todo era presa de una violenta protesta contra la pequeñez y la impotencia de su condición de hombre: la pequeñez del individuo Orsini. Necesitaba abatir muchos elefantes y leones para compensar ese sentimiento de inferioridad. Así que no olvidemos a Orsini, pues sería un grave error. Le siento como un alma en pena intentando formar parte de este relato, protestando contra la falta de atención, tratando de tomar la palabra, de hacer oír su voz. Él también era un hombre al que no le gustaba sentirse solo, pero para poder alcanzar el más pequeño común denominador humano era necesario que éste fuera de su talla, que no fuera demasiado noble. Probablemente ésa fuera la razón de que odiara durante toda su vida todo lo que pudiera ofrecer una idea demasiado elevada o demasiado noble de la humanidad. Una exigencia como la de Morel le sacaba completamente de quicio. Se sentía personalmente aludido. El que alguien pudiera pedir a los hombres

que tuvieran unas miras tan amplias, que fueran tan generosos, era algo que le aludía directamente en todo lo que conocía de sí mismo, en su propia inferioridad. Creo incluso que todos los movimientos políticos dirigidos contra los derechos de la persona, contra una concepción elevada de nuestra dignidad han nacido de esta voluntad de tranquilizarse con respecto a sí mismos de todos aquellos que se sienten inferiores a una gran tarea y sacan de su pequeñez herida un odio feroz a esos obstinados, que, según sus enemigos —¡y con qué desprecio lo dicen!— «se hacen ilusiones». En todo caso, después del raid de Sionville, todos los que veían a Orsini en la terraza del Chadien sintieron que él «no se daría por vencido», que respondería al desafío. Seguramente ésa fue la impresión que intentó darnos. Su actitud cambió por completo. Ya no se oía su voz, ya no dirigía la palabra a nadie, y cuando ibas a sentarte a su mesa fingía no verte y permanecía allí, con su nariz un poco deforme, sus ropas blancas y la cabeza alta, como una estatua erigida a la pequeñez ultrajada. Nadie se atrevía ya a dirigirle la palabra, a darle una palmadita en el hombro: hubiéramos tenido la sensación de interrumpir un culto, el culto al odio silencioso que él celebraba. Lo que pasaba dentro de su cabeza, cubierta por aquel panamá impecable, no lo supimos hasta mucho más tarde, demasiado tarde por desgracia, mucho después de que hubiera lanzado su llamamiento «para una reunión estrictamente confidencial por el interés común». Había hecho llegar esta invitación bastante misteriosa a los más grandes cazadores del A. E. F., y hubo algunos que acudieron a la cita. Acudieron sobre todo porque no se fiaban de Orsini y porque no querían que actuara en su nombre sin saber exactamente de qué se trataba. Se reunieron, pues, en un *bungalow*, donde había sido cuidadosamente evitado todo aquello que pudiera recordar a África; sólo había muebles buenos de Europa y ni un solo trofeo. No era de los que decoraban sus paredes con la «miseria». Recibió a sus visitantes en silencio, les estrechó la mano con fuerza y les miró profundamente a los ojos, como compañeros de armas; después despidió a los *boys* y cerró las puertas. Todos ellos sintieron claramente que se trataba de una auténtica reunión de conspiradores. Estaban los hermanos Huette, que, no obstante, venían muy raramente a Fort-Lamy y vivían con sus mujeres y sus hijos negros en el norte del Camerún. Estaba Bonnet, que

había perdido un brazo en la guerra de 1914, pero que a todos los que tenían los dos les hacía tener la sensación de que eran ellos los que estaban inválidos. Era un hombre grande y coloradote con los cabellos grises cortados al rape, algunos dientes de oro y una manga en el bolsillo. Estaba Gauders, para quien la caza mayor sólo había sido un capítulo más de su tumultuosa vida, que iba desde el «hampa» de la calle Fontaine, en la época de los hermanos Mauro, hasta el famoso «ejército privado» de Popski, que operaba contra Rommel en el desierto de Libia. Y por último estaba Goyé, el único, con el mayor de los hermanos Huette, que había conocido la época de la caza profesional del elefante más o menos libre, y que cuando estaba mal de dinero todavía acompañaba a veces a los turistas a pesar del desagrado que le inspiraban. Orsini fue de uno a otro llenándoles las copas, después se irguió, los miró y empezó a hablar. En ciertas circunstancias, los métodos normales eran insuficientes, había que saber tomarse la justicia por su mano. Había llegado el momento, no iba a extenderse sobre eso. Desde hacía seis meses, los aficionados a los safaris evitaban el A. E. F. No se les podía criticar por ello: era normal que no quisieran arriesgar el pellejo por el simple placer de cazar. La acción de Morel había sido vergonzosamente explotada por la prensa mundial con el fin de hacer aumentar las tiradas; la campaña llegaba al extremo de considerar la caza mayor como algo deshonroso. Resumiendo, su profesión, una de las más hermosas y nobles, corría el peligro de ser desacreditada para siempre jamás. Y todo porque los políticos sentían hacia Morel una debilidad culpable, simplemente porque estaban conchabados con Waitari y a sueldo, como él, de la Liga Árabe, que había convertido la caza de los elefantes en el símbolo de la pretendida «explotación» de África por los blancos. Había que acabar con aquello de una vez por todas, y para conseguirlo sólo había un medio: obligar a Morel a salir de su agujero. Eso era lo que él proponía… Los demás le escuchaban en silencio. Bonnet fue el primero en hablar:

»—No, amigo mío, yo no estoy de acuerdo.

»—Yo a eso lo llamo una gran canallada —masculló Goyé—. Si le echara el guante a Morel, le rompería la cara. Pero no sé por qué los elefantes tienen que pagar el pato… En el fondo, ese tipo tiene razón; ya

nos hemos cepillado a demasiados. Y en cuanto a los turistas, lo único que tenemos que hacer es obligarles a hacer safaris fotográficos…

»Gauders chupaba su puro mirando burlonamente a Orsini con los ojos fruncidos. Los tres hermanos Huette permanecían de pie junto a la chimenea sin manifestar el menor signo de interés. Orsini se había puesto lívido.

»—No podrán echar el guante a Morel de otra forma —dijo con la voz temblándole por la rabia—. Sólo hay una forma de hacerle salir de su madriguera, y es matar a tantos elefantes como haga falta para que él acuda en su ayuda. Sé perfectamente que eso es ilegal, pero hay situaciones que no están previstas por la ley, por lo cual uno tiene que tomarse la justicia por su mano…

»Gauders se sacó el cigarro de la boca.

»—En definitiva, ¿se trata de enviarle tu tarjeta de visita?

»—Entiéndelo como quieras.

»—Extraña forma de escribir su nombre…

»Bonnet fue el primero en irse, seguido por los hermanos Huette, que no habían abierto la boca en toda la velada. Gauders y Goyé se levantaron a su vez.

»—Si vosotros no tenéis cojones, iré yo solo —exclamó Orsini—. ¿Tenéis miedo de que os pongan una multa? Challut la pagará por vosotros con mucho gusto.

»—No me gustan los golpes bajos —dijo Gauders—. Estuve en el hampa en otra época, y hay una ley contra los golpes bajos, incluso dentro de ella… He matado muchos animales en mi puta vida, e incluso a hombres, si no recuerdo mal… Tengo mucha memoria. Si tienes alguna cuenta pendiente con Morel, adelante, cárgatelo, pero trata de hacerlo por las claras… Si quieres que te dé un consejo, déjalo. Nos harías mucho más daño que bien… Pronto no volveremos a oír hablar de él. Todo el mundo le olvidará. A los hombres se les olvida muy rápido…

»—Iré solo —repitió Orsini—, yo no me acobardo.

Saint-Denis sonrió amargamente.

—Debo decir que efectivamente no se acobardó. La noticia de la marcha triunfal de Orsini a través de la sabana nos llegó a Fort-Lamy diez

días más tarde, y como tenía lugar en mi circunscripción, fue a mí a quien se dirigieron para rogarme que pusiera fin a sus hazañas. No era difícil, pues él hacía todo lo necesario para que se supiera dónde se encontraba. Los tam-tams lo anunciaban de poblado en poblado y los aficionados a la carne le hacían un recibimiento triunfal en cada una de sus etapas. Orsini bajaba la Yata matando a todos los elefantes que encontraba alrededor de los puntos de agua, sin discriminación alguna, machos, hembras con sus pequeños, esperaba que la repercusión de sus hazañas llegaría hasta Morel. En suma, trataba de hacerse un nombre. No evitaba las reservas y se había hecho con dos o tres buenos tiradores de los poblados que atravesaba: en toda la región no se hablaba más que de él. Se había convertido en un héroe popular, en el dispensador de carne, en el que aseguraba la subsistencia, en el bueno, el generoso y el providencial. A los pocos días, su gloria terrenal eclipsó bastante a la de Morel. Quienes lo habían visto a lo largo de esa marcha triunfal —Rodríguez había tratado de hacerle entrar en razón en Uassa— me dijeron que estaba totalmente desquiciado, casi alucinado, con las mejillas hundidas, cubiertas por una barba sucia; que se pasaba las noches sin dormir, con una sonrisa de superioridad en los labios, en los poblados, contemplando a los indígenas que danzaban hasta el amanecer en su honor, y saliendo en las primeras horas del día a perseguir a los elefantes que la sequía había expulsado hacia algún lugar fácil de localizar. Parecía verdaderamente que tuviera que solucionar alguna cuenta pendiente con aquellos viejos gigantes. Cuatro días después de su partida de Fort-Lamy, a las siete de la mañana, cuando yo esperaba llegar a últimas horas de la tarde al último campamento de Orsini —las lluvias llegaron por fin por la noche, compensando su retraso con una violencia sin igual— vi aparecer ante mí en medio de la carretera, surgiendo de entre los sissongos, una extraña procesión. Reconocí la figura familiar del padre Fargue con su salacot blanco y la sotana chamuscada; detrás de él, iban dos porteadores con unas parihuelas y luego un grupo de negros con unos trozos de carne todavía sangrantes atados a unas ramas. Fargue me estrechó la mano sin decir nada y yo me acerqué a las parihuelas. El rostro que sobresalía de la manta era el de Orsini, pero tardé un momento en reconocerlo bajo la barba que cubría sus pómulos descarnados. Sólo el terrible sufrimiento de los ojos me resultó

un punto de referencia familiar. Alcé la manta e inmediatamente la dejé caer. Fargue me preguntó si tenía morfina, pero yo me había dejado el botiquín en el *jeep*, a veinte kilómetros de allí.

»—Aunque en realidad ya no le queda casi cuerpo para sufrir —masculló Fargue—. Hace más de dieciséis horas que lo han desgraciado de esta forma… Nunca he visto a nadie asirse a la vida de esta manera.

»—¿Cómo ha ocurrido? —pregunté, mucho más por un acto reflejo que por informarme, ya que lo que acababa de ver debajo de la manta me había bastado.

»—Los elefantes le han pasado por encima —dijo Fargue—. Por lo que me han contado los *boys*, Orsini y los suyos llegaron a cien metros de una manada. Apostó a dos tiradores en ese lugar y él mismo se situó un poco más adelante para poder disparar al paso a uno o dos animales más en el momento de la desbandada. El resto me lo contó él, aunque tal vez estuviera delirando, porque cuando me lo trajeron llevaba horas en este estado y ya no sabía lo que decía. En todo caso me contó que, al llegar a un claro, de pronto tuvo la sensación de que le acechaba un peligro detrás de los matorrales y, al volver la cabeza, vio a Morel de pie a unos cincuenta metros de él. Jura que era él y que estaba solo con una carabina en las manos completamente inmóvil, como si lo hubiera estado esperando desde siempre. Orsini alzó su arma y le disparó. Falló el tiro a cincuenta metros, lo que resulta bastante extraño siendo uno de nuestros mejores expertos en caza mayor y me confirma en la idea de que fue víctima de una alucinación debida al agotamiento nervioso y a esa manía suya de pensar en Morel día y noche. Él dijo que volvió a disparar una y otra vez y que siempre fallaba el tiro. Entonces fue cuando los elefantes, enloquecidos por los disparos o, si lo prefiere, por emplear la expresión que este desgraciado me ha balbuceado: “para venir en ayuda de Morel”, se lanzaron sobre él y le pasaron por encima, y aquí tiene el resultado, no demasiado agradable, por cierto…

»Me aproximé a Orsini. Después de todo, tenía que hacer mi informe, y en Fort-Lamy teníamos fuertes discusiones sobre si Morel seguía vivo o si, como pretendían algunos, acababa de ser eliminado por uno de sus compañeros por móviles políticos. Me incliné sobre el herido y le pregunté:

»—Orsini, ¿está seguro de que fue a Morel a quien vio?

»Los labios cubiertos de coágulos negros se movieron un poco:

»—Sí —murmuró—. Pero…

»Era un “pero” que lo volvía a poner todo en duda.

»—Trate de responder.

»—He pensado tanto en él… Incluso mientras dormía… Lo veía todo el tiempo…

»El testimonio no era concluyente. De pronto me llegó el olor de la carne sangrienta que los lugareños transportaban a sus casas. Los ojos de Orsini se volvieron hacia el padre Fargue y sus labios se movieron para pronunciar las palabras finales más terribles, más atroces, más terroríficas que se puedan oír jamás: “¡Quiero vivir!”, murmuró lo que quedaba de él. El mismo padre Fargue pareció estremecerse. “¡Cerdo!”, masculló con un nudo en la garganta. Le cerró los ojos. Esto es todo en lo que se refiere a Orsini. Pero como acabo de decirle, su testimonio no me parece concluyente: Morel ocupaba hasta tal punto sus pensamientos que pudo haber sido perfectamente víctima de una alucinación. Por otra parte, yo nunca he tomado en serio a los que dan a nuestro amigo por muerto sólo porque desde hace algún tiempo no se haya vuelto a oír hablar de él. Alrededor de ese francés había demasiadas buenas voluntades latentes, los hombres de nuestro tiempo no podían dejar de comprenderle y ayudarle… Se ha pretendido incluso que usted mismo, padre, le ocultó durante algún tiempo en sus excavaciones, pero veo por su sonrisa que se trata de una acusación completamente gratuita y que usted no ha venido hasta aquí para pedirme noticias con el fin de transmitírselas… Las complicidades de las que estaba rodeado eran reales; desde la radio, que omitía transmitir a tiempo el mensaje señalando su presencia en algún lugar, hasta mi colega y amigo Cérisot, cuyo gesto ya célebre ha servido para reforzar la opinión corriente en el extranjero de que los funcionarios franceses no obedecen las órdenes que reciben, sino que siguen “su propia política” como se suele decir. A mi parecer, es un gesto muy francés, muy comprensible; Cérisot no quiso dejar escapar la ocasión de expresar por fin su opinión en el momento en que el camión atravesaba su cabeza de distrito, después de la expedición de Sionville, en las circunstancias que usted ya sabe…

De Sionville a Yango hay seis horas de camión, calculando una media de cuarenta kilómetros por hora. Cérisot, comandante del distrito administrativo, recibió a las cinco de la mañana un mensaje por radio en el que se le informaba del «raid de los terroristas» en la imprenta del periódico de Sionville y le invitaban a tomar «todas las medidas» que considerara necesarias para detener a toda costa a Morel y a los seis hombres de su banda en el camino de regreso. Cérisot era un hombre rollizo, nervioso, colérico, repleto de energía y de buena voluntad, que se mantenía siempre muy erguido, probablemente a causa de su estatura más que modesta. Mientras doblaba cuidadosa e incluso solemnemente el mensaje que el radiotelegrafista acababa de traerle, tuvo la impresión de que por fin se le presentaba la ocasión que había esperado desde hacía tanto tiempo, que quizá hubiera estado esperando toda su vida. En lo que a él se refería, no estaba tan seguro de que Morel fuera tan optimista como para pasar por Yango: probablemente habría abandonado su camión a la salida de Sionville. Pero si era tan confiado como para hacerlo, sería recibido como se merecía. Cérisot se puso manos a la obra inmediatamente y corrió a ponerse su uniforme de teniente de reserva, que sólo consiguió abrocharse sacrificando una buena mitad de su capacidad respiratoria. Acto seguido, movilizó a todas sus fuerzas militares, consistentes en tres guardias, el radiotelegrafista y ocho lugareños que habían servido en el ejército, y, después de repartirles fusiles, los dispuso a lo largo de la carretera. Él mismo se puso al frente de ellos, el quepis ladeado. El día anterior había estado leyendo los periódicos y las revistas que le llegaban de Francia dos veces al mes, por lo que se encontraba en el estado de ánimo idóneo para recibir tal y como se merecía «al hombre que quería cambiar de especie». Se sentía especialmente impresionado por la rehabilitación, en las democracias populares, de algunos políticos a los que antes se había denigrado y ahora eran proclamados inocentes por los mismos que los habían denigrado; por el descubrimiento de un Stalin paranoico y asesino por parte de aquellos que durante veinte años lo habían proclamado «genial padre de los pueblos»; por la muerte del último pescador japonés víctima de

la contaminación por mercurio del medio marino; por las últimas matanzas de niños cometidas en nombre del derecho sagrado de los pueblos a la autodeterminación; por el racismo blanco, negro, amarillo o rojo e incluso por el fulminante aumento del cáncer en el mundo, lo cual demostraba al menos que el hombre no era el único que trataba a la naturaleza con crueldad y desprecio. Hacía mucho tiempo que esperaba la ocasión de decir todo lo que pensaba sobre eso. Inspeccionó a sus hombres en dos o tres ocasiones, rectificó severamente los detalles de sus uniformes y les hizo maniobrar para que ejercitaran sus reflejos. Cuando por fin vio al fondo de la carretera, entre los árboles inmensos, el camión de quien tan valientemente libraba el combate para la defensa de los animales, su pequeño rostro redondo tembló de emoción y volviéndose hacia sus hombres les ordenó:

—¡Firmes!

El camión había acelerado. Una metralleta apuntó desde la cabina en su dirección.

—¡Presenten… armas!

El camión pasó a toda velocidad delante de los doce hombres que rendían los honores y del pequeño oficial perdido en el bosque, que saludaba en posición de firme. Morel los miró con aprobación sin mostrar ningún asombro.

—La gente ha comprendido —dijo tranquilamente—. Yo siempre he dicho que no había que desesperar.

En Banki, el sargento radiotelegrafista recibió la orden de interceptarles el paso al mismo tiempo que su colega de Yango. La miró un momento sin expresión alguna, el lápiz en la mano. Era un negro de Ubangui que llevaba diez años de servicio y había reflexionado mucho sobre el tema. La carretera pasaba por delante de la ventana del puesto. Permaneció allí pensativo, ante la hoja de papel, echando de vez en cuando una ojeada a la carretera. Tuvo que esperar cerca de dos horas. Cuando el camión de Morel hubo pasado, se inclinó sobre el aparato: «Por favor,

repitan su último mensaje. Dificultades en la recepción». Transcribió una vez más el mensaje, acusó recibo y fue a llevar el telegrama al comandante.

Viajaban continuamente, deteniéndose tan sólo para llenar el depósito de gasolina y los bidones que transportaban. En cada parada del recorrido, los tres jóvenes se consultaban en voz baja, lanzando a veces a Morel miradas indignadas. Madjumba era el que parecía más hostil. Ejercía sobre los otros dos un ascendiente casi físico; no era tan inteligente como N'Dolo, ni probablemente como Inguelé, quien tenía demasiada sensibilidad para afirmarse, pero de él emanaba una voluntad indómita y casi carnal y era fácil ver que en su voz los otros dos encontraban esa pasión en estado puro que les estimulaba. Morel no les prestaba atención, pero Peer Qvist los vigilaba con el rabillo del ojo. No comprendía los motivos de su sorda hostilidad, pero presentía un estallido. Aquella mañana, después de haber avanzado a través de los bosques desde el amanecer, hicieron una segunda parada para volver a llenar los bidones de gasolina y calentar un poco de café. N'Dolo se acercó entonces a Morel, que, pálido, derrotado y jadeante, se afanaba sobre el motor recalentado. El estudiante se aseguró las gafas sobre la nariz y le dijo:

—Venimos a pedirle explicaciones… Consideramos que usted se ha burlado de nosotros. ¿Con qué derecho ha declarado en el texto del manifiesto publicado que nuestra acción no tiene ningún carácter político? ¿Quién le ha autorizado a hacerlo? ¿Por qué no ha sometido a nuestra aprobación el texto antes de publicarlo? Le hemos ofrecido nuestra ayuda incondicional, pero no tiene ningún derecho a ocultar los objetivos de nuestro movimiento a la opinión pública…

Morel le dirigió una mirada cansada.

—¿Y bien? —dijo.

—Esa declaración iba claramente dirigida contra nosotros. No tenía ninguna necesidad de hacerla. Nos ha traicionado. Somos un movimiento político. Somos un comando del ejército independentista. Ha saboteado en el último momento nuestra acción, le ha quitado todo el alcance político.

Morel se irguió y se secó la frente. Estaba sombrío, harto.

—Escucha, pequeño —dijo—. Es a Waitari a quien debería decir esto, pero ya que te empeñas… Lo único que me interesa es proteger a los elefantes. Sé que esto te irrita, pero me importa un bledo, las cosas son como son. Dije claramente desde el principio lo que quería, lo que defendía. Vosotros quisisteis uniros a mí y dijisteis que la protección de los elefantes también os interesaba. De acuerdo, perfecto. Os ofrecisteis a ayudarme de una forma incondicional y sin segundas intenciones. Y yo acepté. No rechazo a nadie… Por supuesto, sé que teníais vuestras razones: no soy tan estúpido como parezco. Y yo tenía las mías… Eso no nos impedía avanzar juntos, pues estábamos de acuerdo en los objetivos inmediatos. Pero no olvidéis que fuisteis vosotros los que vinisteis a mí; yo no os pedí nada ni fui a buscaros. Siempre dijisteis que lo único que os interesaba era echarme una mano porque vosotros también amabais a los elefantes, eran África. Me dijisteis incluso que el día en que fuerais los jefes, incluiríais la defensa de los elefantes en vuestras constituciones. Yo acepté. Si la naturaleza no os interesa hasta ese punto, si el nacionalismo os basta, si la independencia es todo lo que necesitáis y os da igual que se mueran los elefantes con tal de obtenerla, tendríais que haberlo dicho antes. Yo no hago política. Defiendo los elefantes, eso es todo. Pero para consolarte, te diré otra cosa más. No tienes necesidad de preocuparte, porque ellos lo convertirán en un asunto político. Puedes contar con ellos. Nunca aceptarán que sea otra cosa que un asunto político. Harán todo lo que sea necesario para conseguirlo. Así que no tienes por qué preocuparte.

—¿Está usted a favor de la autodeterminación de los pueblos, sí o no? —gritó N’Dolo.

Morel, sinceramente afligido, se volvió hacia Peer Qvist:

—No hay forma, no quieren comprenderlo.

—Usted está en contra de la independencia de África —dijo el estudiante—. Ésta es la única verdad.

—Pero bueno, ¿es que no he hablado lo bastante claro? —gritó Morel —. Lo único que me interesa es la protección de los elefantes. Quiero que sigan ahí, bien vivos y bien gordos, para que podamos verlos. Me da exactamente igual que sean los franceses, los checoslovacos o los papúes los que hagan el trabajo, pero lo mejor es que nos unamos todos; quizá sea

la única forma de conseguirlo. He enviado mi petición a todos los países del mundo, a las Naciones Unidas y a todos los sitios donde hay oficinas de correo. Por el momento, va a celebrarse una conferencia internacional y me dirijo a ellos para decirles que es fundamental que se pongan todos de acuerdo sobre este asunto. Tal vez lo hagan. Y si hay que crear nuevos estados, nuevas naciones, africanas y no africanas, también estoy de acuerdo; siempre que pueda estar seguro de que protegerán a los elefantes. Pero quiero estar seguro. Debo verlo con mis propios ojos. Nos han embaucado tantas veces a mí y a mis compañeros… En principio desconfío de las ideologías, porque, por lo general, no dejan sitio para ninguna otra cosa, y, cuando se tiene prisa, los elefantes resultan demasiado grandes, demasiado voluminosos, demasiado inútiles. En cuanto al nacionalismo, que se limita a sí mismo, como se ve en estos momentos por todas partes, y al que le importan un bledo los elefantes, sigue siendo una de las mayores canalladas que el hombre ha inventado aquí abajo, y está claro que ha inventado bastantes. Y ahora, después de haberte dicho unas cuantas cosas y de haberte tranquilizado, no estaría de más que me ayudaras con los bidones.

Cuando N’Dolo se hubo alejado, Morel se volvió hacia Peer Qvist y le preguntó:

—¿Crees que le he hablado lo suficientemente claro?

—Sí —respondió el danés con un deje de tristeza en la voz—. Por supuesto. Pero él no se habrá quedado convencido. Me conozco esto desde hace mucho tiempo. Cuando defendía los bosques de Finlandia y los funcionarios rusos me explicaban pacientemente que la pasta de papel es más importante que los árboles, era lo mismo… Y continúa siendo así. Sólo lo han comprendido cuando se han quedado casi sin bosques. Y los balleneros me explicaban que la y rusa de ballena era un producto necesario, que era mucho más importante que las ballenas…

A partir de aquel momento los tres jóvenes no volvieron a dirigirle la palabra a Morel y no disimularon su hostilidad. Cuando N’Dolo conducía, en su rostro había una expresión de odio, y cuando su mirada se cruzaba con la de Morel, éste veía en ella un arrobante desprecio. En un

determinado momento, después de haberle mirado así dos o tres veces y de dos horas de silencio, el estudiante le dijo:

—Le diré en qué consiste su coartada «ecológica». Es un truco para salvarse, para tener la conciencia tranquila. Es sólo una cortina de humo, ¿comprende?, detrás de la cual trabaja para el colonialismo y el capitalismo.

Morel asintió tranquilamente:

—También puede ser.

—¡Por todos los diablos —gritó el estudiante exasperado—, responda de una vez por todas directamente en lugar de salirse por la tangente! ¿Está a favor de la autodeterminación de los pueblos, sí o no?

Morel había abierto instintivamente la boca para responder, pero se detuvo a tiempo. No merecía la pena. Si todavía no lo habían entendido, quería decir que no lo sentían en absoluto. Era algo que se sentía o no se sentía. No eran los únicos que no lo sentían. «Los pueblos todavía no están dispuestos a bajar a la calle para exigir a sus gobiernos, sean éstos cuales sean, el respeto a la naturaleza», pensó gravemente. Pero no era una razón para desanimarse; después de todo África había sido siempre el país de los aventureros y de los cabezas locas, y también de los pioneros, que se dejarían la piel para intentar llegar cada vez más lejos; sólo había que hacer lo que ellos. En cuanto al éxito final… No desesperaba. Había que continuar, intentarlo todo. Evidentemente, si los hombres no eran capaces de apretarse un poco para ocupar menos sitio, si carecían de ese grado de generosidad, si no estaban dispuestos a cargar con los elefantes, fuera cual fuera el fin perseguido, si se empeñaban en considerar ese margen como un lujo, ¡entonces el mismo hombre acabaría convirtiéndose en un lujo inútil! Personalmente, por supuesto, eso le daba igual. Por otra parte, su misantropía era célebre, oficialmente reconocida y proclamada. Se irguió, se enjugó el sudor de la frente y la chispa de alegría que nunca se hallaba demasiado profunda en sus ojos apareció en la superficie: sabía que ni a Peer Qvist ni a Forsythe les extrañaba su sonrisa; en cuanto a los demás, en cuanto al mundo entero, hacía mucho tiempo que le tomaban por un loco.

En la parada siguiente, los tres jóvenes volvieron a hacer banda aparte y comieron por separado. No se separaban de sus armas y se comportaban como si esperaran ser atacados en cuanto se dieran la vuelta. Peer Qvist los

observaba con indulgencia. Estaba acostumbrado a la juventud y comprendía su mal humor. Pero Korotoro no les quitaba ojo. Maussade, que con su sombrero roto calado hasta los ojos tenía siempre la metralleta preparada encima de sus rodillas desnudas, dijo a Forsythe haciendo un gesto en dirección a los estudiantes:

—Ésos están preparando algún golpe sucio.

A lo largo de esa última etapa fue cuando Forsythe conoció un poco más a Korotoro. Entre el oficial norteamericano, descendiente de una de las más antiguas familias sudistas, y el vagabundo negro que había arrastrado por todas las prisiones de África su sombrero y los fondillos de su pantalón había una simpatía instintiva, simplemente porque ambos tenían en común el haber vivido la experiencia de ser perseguidos. Dormían a menudo juntos, y a las palmadas amistosas del uno, el otro respondía con una sonrisa algo cruel, pero deslumbrante. Aquella noche, mientras estaban parados entre los matorrales de euforbios y toda la noche del desierto resonaba alrededor de ellos con las llamadas de las manadas que emigraban hacia el agua, Forsythe vio a la luz de la luna a Korotoro sentado en el suelo, sujetando sobre las rodillas la metralleta como si ésta fuera un instrumento musical que se dispusiera a tocar. Por primera vez, Johnny Forsythe se preguntó qué habría sido lo que había empujado a ese muchacho a seguir a Morel con tanta fidelidad.

—Dime, Koro…

Incluso en la oscuridad era posible ver la sonrisa de Korotoro.

—Hace un año que vas con él a todas partes… ¿Amas a los elefantes tanto como para eso?

—Los elefantes me importan un bledo…

—¿Eso significa que estás con los otros y que estás a favor de la independencia de África? ¿Que eres un fellaga como esos tres?

—A mí eso me importa un bledo…

Y, escupiendo, añadió con orgullo:

—Yo soy desertor del ejército francés, por lo tanto se me da muy bien…

No se sabía muy bien lo que quería decir, pero lo dijo con un tono de superioridad y haciendo un gesto de desprecio a los tres estudiantes que estaban junto al camión.

—Entonces ¿por qué te has unido a él?

Korotoro volvió a escupir.

—Porque no tengo a nadie —explicó brevemente.

Eso fue todo; y si aquello fue una confesión de la amistad que sentía por Morel, era la mejor razón del mundo para estar allí. En todo caso fue a Korotoro a quien debían haber evitado esta vez lo peor. La mirada atenta con la que aquel saqueador de mercados y bazares sirios seguía el menor gesto de los tres conspiradores probablemente había impedido a estos poner en práctica su proyecto antes. Forsythe debió de reprocharse amargamente no haberles prestado la atención que se merecían, esa atención que, no obstante, ellos reclamaban, que reivindicaban con toda su actitud, pues, como todos los jóvenes, no podían soportar que no les tomaran en serio. La convicción de haber sido traicionados y esa indiferencia un poco paternal que les demostraban y en la que ellos veían un claro desprecio acabaron impulsándolos a la ruptura decisiva y tal vez a ir más allá incluso de lo que habían previsto en un principio. Forsythe confesaría a Schölscher que no había presentido en ningún momento lo que estaban tramando.

—No les prestaba ninguna atención. Me daba cuenta de que no estaban contentos, pero eso me hacía más bien sonreír. Y además, yo estaba en otra cosa. En Sionville había bebido, si lo puedo llamar así, en una fuente envenenada, la de la esperanza… La idea de que podría por fin volver a Estados Unidos, con la cabeza bien alta, como suele decirse; de que mis compatriotas habían comprendido y estaban dispuestos a aclamarme como un héroe después de haberme escupido; de que habían oído lo que yo trataba de gritarles desde el corazón de África, me había embriagado completamente. Viniendo de donde yo venía, saliendo, por decirlo así, del fondo del abismo, comprenderá que tenía mucho en que pensar. Yo estaba tumbado en la arena mirando las estrellas, y le juro que veía muchas más de las que había. La noche nunca me había parecido tan clara. Creo que incluso en un determinado momento me puse a cantar; en pocas palabras, estaba a mil leguas de ocuparme de nuestros tres jóvenes. Me había quedado adormilado cuando de pronto oí el ruido de un motor y, al levantar la cabeza, vi que el camión arrancaba en medio de la noche a toda velocidad, y luego vi a Koro correr tras ellos, levantar su metralleta y

disparar. Desde el camión le respondieron con una ráfaga. Vi a Koro retorcerse. Le vi disparar una y otra vez en dirección al camión que se alejaba y después caer sin soltar el arma. Recuerdo que su sombrero había rodado por el suelo y que el primer gesto de Morel, cuando nos dimos cuenta de que estaba muerto, fue recogerlo y cubrirle la cabeza con él. Era un sombrero de fieltro marrón, un verdadero símbolo de la civilización urbana. Korotoro le tenía mucho cariño, debía de haber una especie de amistad entre ellos. Uno se agarra a lo que sea… Le enterramos así, con su sombrero en la cabeza, excavando la tierra con nuestras manos. Después nos miramos los unos a los otros. Nos faltaban todavía veinte kilómetros para llegar al lago, pero en cualquier caso sabíamos que la vigilancia de Koro nos había salvado. Había vigilado tan de cerca a los tres fogosos jóvenes, que no habían podido llevar a cabo su proyecto. Si lo hubieran hecho en la etapa anterior, cincuenta kilómetros más abajo, nos habrían hecho la puñeta, pues nos habrían dejado sin agua, sin víveres y sin armas. Koro había estado prácticamente durante todo el recorrido con el dedo apoyado en el gatillo, pero se había quedado dormido dos minutos y los otros se habían aprovechado. Nosotros les habíamos traicionado, compréndalo. Nos habíamos atrevido a proclamar ante el mundo que nuestra lucha no tenía nada que ver con ningún partido político… Habían roto, pues, con nosotros y se habían largado directamente hacia la frontera sudanesa, para ir a quejarse a su jefe bienamado. Querían crear una nación nueva, y lo que Morel intentaba salvar les debía de parecer ridículo, irrisorio, digno de una sensibilidad decadente… Debo decir que Morel tenía una expresión muy grave… Naturalmente, el motivo no era el hecho de tener que hacer veinte kilómetros a pie y sin agua por el *waterless track*. Le juro que no pensaba en las dificultades y los peligros. Pero quería mucho a Koro, hacía mucho tiempo que estaban juntos y aunque aquel canalla le hubiera robado un día el reloj —tuvo que registrarlo para recuperarlo— entre ellos había una especie de amistad… Y también había algo más: los tres estudiantes. Creo que Morel se imaginaba que por el hecho de haberse educado en los colegios y las universidades francesas, de haber estudiado «humanidades», como dicen en su país, deberían haber comprendido lo que él trataba de defender, cuál era el verdadero reto. Pero ese tipo de cosas no

se aprenden en las escuelas, sino a costa propia. Hay que haber sufrido mucho para comprender lo que es el respeto a la naturaleza. Y en el fondo, esos tipos, a pesar de todos sus estudios, estaban muy lejos de la verdad. Korotoro, en cambio, no sabía leer ni escribir, pero debía de haberlo sentido todo de forma instintiva… Concedía más importancia a la amistad que a todo lo demás. Él sí que había sufrido y eso refuerza brutalmente el instinto de conservación, la necesidad de protección. Por otra parte, mientras nosotros recogíamos nuestras cosas para tratar de recorrer el mayor camino posible antes del tórrido calor del día, entre los elefantes, los búfalos y las manadas de antílopes que empezamos a divisar al amanecer por los altos acantilados rojos que se alzaban en el horizonte, Morel acabó reconociéndolo, diciéndolo claramente: «Si esos tres mocosos no están dispuestos a dar su vida si fuera necesario por la defensa de la naturaleza, significa que todavía no han sufrido lo bastante en su propia carne. Acabaré por pensar que el colonialismo no ha sido para ellos una escuela lo suficientemente dura, que no les ha enseñado nada a este respecto, que a fin de cuentas el colonialismo francés ha tratado a la naturaleza con bastante respeto. Aún les queda mucho que aprender y el pueblo francés no da esa clase de lecciones. Ya se encargarán de hacerlo los hombres de su calaña. Algún día tendrán sus Stalin, sus Hitler y sus Napoleón, sus Hührer y sus Duce, y ese día su misma sangre manará de sus venas para reclamar el respeto a la vida. Ese día comprenderán».

OceanofPDF.com

TERCERA PARTE

OceanofPDF.com

XXXIII

El sonido producido por las cuentas de ámbar al chocar entre sí en la mano de su interlocutor estaba acabando por irritar a Waitari todavía más que la indolencia con la que el hombre, hundido en su sillón, le escuchaba. El rosario colgaba lánguidamente de su mano, por encima de sus rodillas cruzadas, y los choques secos de las cuentas subrayaban todo lo que Waitari le decía desde hacía una hora. Poseía un rostro cansado e inteligente, con los rasgos acusados y finos, unos labios que casi desaparecían cuando sonreía y, salvo el fez posado sobre sus cabellos grises, iba vestido a la europea con un traje de buen corte. Era la primera vez que Waitari le veía. A pesar de las promesas de Habib, que había organizado la entrevista, se preguntaba si ese personaje tendría realmente tanta influencia como el libanés decía. Trataba de deducirlo de sus palabras y de su actitud, lo cual hacía aún más difícil la conversación. Había oído pronunciar su nombre con temor en los círculos políticos de El Cairo, inmediatamente después de la caída de Faruk, en el momento en que el poder de los Hermanos Musulmanes parecía firmemente asentado y destinado a durar. Pero era incapaz de decir cuál era su influencia actual después de que Nasser hubiera destruido el movimiento. Habib le había asegurado que su autoridad se había conservado intacta, sobre todo en lo referente a la distribución de las armas y de los fondos, pero hubiera tenido que estar seguro de eso, y, desde hacía unos segundos, Waitari se asía a la esperanza de que el rechazo que acababa de sufrir no comprometiera necesariamente al Comité de El Cairo. Su presencia en Sudán en el momento en que habían estallado los primeros desórdenes en el sur, cuando iba a jugarse la suerte de la unión con Egipto, era una señal que parecía confirmar las promesas de Habib. Su compañero era un hombre joven, fornido, vestido con una camisa caqui que dejaba al descubierto un cuello poderoso; con su bigote a cepillo y sus cortos cabellos tenía el clásico

aspecto del oficial egipcio. Tal vez estuviera allí en calidad de experto, o para vigilar al otro, o puede que para las dos cosas a la vez, pero su presencia tampoco era un signo alentador. No había dicho nada durante toda la entrevista, pero era evidente que había hablado mucho antes. El sol caía de plano sobre el toldo que recubría el jardín interior del hotel del Nilo, en Jartum, donde tenía lugar la entrevista. En el centro, la fuente volvía a dejar caer suavemente su chorro de agua sobre el mosaico verde y azul. A ambos lados de la escalera, unos *boys* vestidos con holgadas túnicas y turbantes blancos, y con una bandeja de plata debajo del brazo, se mantenían en una actitud inmóvil y como ausente. Waitari cada vez se sentía más exasperado. De pronto le produjo horror ese ambiente de languidez oriental donde cualquier idea de acción parecía irrisoria.

—¿Debo entender que es su última palabra? —preguntó brutalmente.

El otro alzó la mano.

—Querido amigo, la última palabra no existe en política, lo sabe perfectamente. Digamos que, por el momento, nos es muy difícil apoyarle activamente. Estamos demasiado ocupados en Túnez, en Argel y en Marruecos, donde, como sabe, estamos obteniendo unos resultados muy positivos. Y el problema palestino tiene todas las prioridades. Le he hablado francamente. Dispersar en este momento nuestros esfuerzos sería una auténtica locura. Usted tiene un gran mérito, sobre todo porque, digámoslo así, está completamente solo, o casi. Pero la situación en el Chad no justifica una ayuda material en hombres, armas y municiones de la categoría que usted reclama. Si acaso podríamos formar dirigentes, siempre que usted tenga hombres para formar. Y creo que todavía no es el caso. Ya llegará el momento… Usted tiene la mala suerte de pertenecer a una región de África que todavía no está… preparada. En el momento actual, cada cartucho y cada dólar de los que disponemos pueden ser empleados mucho más eficazmente en otros lugares. Y no tenemos ningún interés en crear en el A. E. F. desórdenes esporádicos e insignificantes, porque lo único que conseguiríamos sería subrayar nuestra falta de preparación. Es mucho mejor que la opinión pública tenga la impresión de que hay una fuerza que se reserva que la demostración de una fuerza que no existe… No podemos

estar en todos los sitios a la vez. Éstos son los motivos de nuestra negativa… momentánea. Ya llegará el momento, se lo aseguro…

En su voz y su rostro hubo un ligero temblor. Waitari había conservado la suficiente sangre fría como para apreciar convenientemente la orgullosa actitud de su interlocutor: no sabía cuál era la posición de éste en la política interior de Egipto, pero era evidente que en la política panárabe había conservado todos sus poderes. Pero Waitari conocía muy bien el conflicto que había entre los tradicionalistas, que apoyaban la guerra santa, y los modernistas, que apoyaban el progreso económico y político, por lo que pudo tocarle su punto flaco:

—Si no he entendido mal, sus creencias religiosas están por encima de todo —dijo lentamente—. En El Cairo me han hablado mucho del derecho de los pueblos a la autodeterminación…

El otro bajó la cabeza.

—El Islam es un fermento muy potente, pero hay que dejarle tiempo para que actúe… Estamos obligados a defenderlo contra la barbarie materialista que nos llega de Occidente…

Mantenía los ojos fijos en el rosario de ámbar, pero sus labios se afinaron en una sonrisa…

—Además, usted lo sabe, para nosotros el marxismo es una doctrina occidental…

Waitari sabía que sus contactos, por otra parte recientes, con el partido comunista eran de sobra conocidos: siempre había votado por él desde su ruptura con la agrupación del centro de la que, al principio, había sido diputado.

—No veo la relación —dijo fríamente—. En lo que a mí respecta, no entiendo por qué tendría que rechazar el apoyo comunista en un terreno por otra parte claramente delimitado… Usted acepta las armas de las democracias populares…

El hombre hizo un gesto de cansancio con su mano sin fuerza, delgada, alargada, temblorosa, todo lo contrario a la de Waitari…

—No entremos en este tipo de discusión. Lo único que quiero decir es que debemos tener paciencia. Lo primero que hay que hacer es preparar el terreno. El África llamada «negra» estará de nuestra parte… El Islam ha

hecho en ella los progresos que usted conoce. Nuestra fe es más joven, más ardiente, tiene la rapidez y la fuerza del viento del desierto que la ha visto nacer, triunfará… Un África islamizada sería una fuerza irresistible en el mundo. Llegará el momento…

De nuevo una animación casi soterrada, apenas perceptible, agitó su rostro. Pero Waitari conocía muy bien esos rostros reservados en los que sólo la piel permanece impasible mientras la misma sangre arrastra la pasión; ese hombre era un fanático en frío, es más, era un fanático religioso; ya no tuvo más dudas acerca de lo que Habib le había dicho: en lo esencial, y a pesar de la derrota de los Hermanos Musulmanes, el CLA seguía siendo un movimiento religioso.

Las finas manos del hombre volvieron a desgranar rítmicamente las cuentas del rosario.

—Por el momento, tenemos que saber limitarnos. Los progresos de nuestra fe incluso más allá del ecuador dejan perplejos a los misioneros cristianos… Las escuelas coránicas están en la vanguardia de la lucha. Lo demás vendrá solo. Debo añadir que si su reciente, acción hubiera tenido alguna resonancia, por pequeña que hubiera sido, tal vez habríamos considerado el asunto desde otro ángulo…, dentro de lo que nos permiten nuestros actuales medios.

—Pero ¿usted lee los periódicos? —preguntó Waitari con arrogancia tratando de ocultar su punto débil. Sintió que el otro era consciente de ello.

Una nueva sonrisa, una lenta inclinación de la cabeza:

—Los leo. Incluso los llevo conmigo… Mire.

Y deslizó sobre la mesa un montón de periódicos ingleses y franceses. Waitari los tenía todos en su habitación, pero él se había referido a los periódicos árabes. Se enfureció consigo mismo: era el último argumento que debería haber utilizado. Los periódicos sólo hablaban de Morel. Fingió leer los titulares: «El excéntrico del Chad sigue sin ser detenido…», «La más extraña aventura del mundo: nuestro enviado especial en el A. E. F. cuenta la delirante empresa del francés que defiende a los elefantes contra los cazadores». No pudo ocultar su irritación: la prensa sensacionalista, que se desinteresaba de las grandes aspiraciones legítimas de los pueblos, estaba echando abajo todos sus esfuerzos para utilizar a Morel. Éste se convertía

en una cortina que ocultaba a Waitari de los ojos del mundo, en una cortina de humo que había que disipar lo antes posible fuera como fuera. Apartó los periódicos con desdén.

—Es normal que la prensa colonialista presente el asunto bajo este ángulo —dijo.

—Sí. Como también es normal que la prensa árabe la presente bajo un punto de vista favorable a usted… Nunca le hemos negado nuestro apoyo moral.

Waitari se dio cuenta de que había tomado un camino equivocado. Después de todo, para él lo más importante no era conseguir armas y «voluntarios», sino hacer que hablaran de él e imponer su personalidad y su nombre en el plano internacional. Era lo único que podía esperar por el momento, si bien hubiera podido llevar a cabo en el A. E. F. algunos raids efímeros. En el momento actual su único objetivo posible era imponer su nombre, convertirse, para el exterior, en una personalidad importante, en un interlocutor obligado. Era más consciente que nadie de la imposibilidad, en un futuro cercano, de transformar el Chad en una nación independiente, fuera de una federación africana mucho más amplia donde su puesto personal hubiera estado muy lejos de encontrarse asegurado. Mientras sus costumbres fueran respetadas, las tribus tal vez pudieran contentarse todavía durante mucho tiempo con la poca libertad que les habían dejado. Él había apostado por la independencia durante la guerra fría, cuando la aparente inminencia de la ocupación de toda Europa por el ejército rojo y el conflicto con Estados Unidos abría unas perspectivas completamente nuevas y, por decirlo así, ilimitadas. Pasándose a la disidencia, había pensado imponerse como interlocutor del futuro vencedor, fuera cual fuera. Probablemente había cometido un error de cálculo, un error de *timing*, como dicen los ingleses. Había tenido razón demasiado pronto. Lo único que podía hacer ahora era adquirir importancia. Tenía que ser reconocido en el exterior como una personalidad excepcional del mapa político africano, llegar hasta esos tribunales internacionales donde nadie le preguntaría qué apoyo popular tenía o cuáles eran sus posibilidades prácticas, sino únicamente cuál era su talento, su elocuencia y la fuerza de persuasión que emanaba de su voz. Era la única forma que le quedaba para salir de la

soledad política, de la soledad a secas. Tenía que «situarse», por emplear la jerga parlamentaria de los pasillos en momentos de crisis, «situarse» en el plano internacional… Y empezó a hablar y a hablar… Se sentía feliz de que la conversación tuviera lugar en francés, pues era el único idioma que le permitía ofrecer lo mejor de sí mismo. Cuando acabó de hablar, no había obtenido ni las armas ni el dinero ni los «voluntarios», pero no tenía ninguna duda sobre los resultados de la entrevista: sus interlocutores se iban con la convicción de que ese hombre con voz inflexible, ejemplo de la pasión africana por la implacable lógica francesa, era un nuevo astro en ascenso dentro del firmamento político de África. Permaneció un momento en su sillón enjugándose el sudor de la frente. Estaba seguro del efecto producido. Por desgracia, esos dos hombres no eran más que una fracción insignificante del auditorio al que tenía que impresionar. El problema seguía siendo el mismo. La primera conferencia de los representantes de los pueblos coloniales iba a reunirse muy pronto en Bandung y sus organizadores no habían tenido a bien invitarle. Haría lo necesario para que tal omisión, tal afrenta, no volviera a repetirse en el futuro. Tenía que adquirir la importancia necesaria, y el terrorismo, aunque efímero y sin ningún alcance real, seguía siendo lo único que podía proporcionarle las bases políticas indispensables en el plano internacional. No se trataba de provocar un levantamiento de las tribus, pues sus jefes y brujos, además de serle hostiles, se hallaban separados de él por una barrera infranqueable de ignorancia, de supersticiones y de prácticas primitivas. Pero bastaría que en dos o tres ocasiones proporcionase a los periódicos algunos de esos titulares indispensables para abrirle primero a uno las puertas de la cárcel y luego las de los ministerios… Al final siempre volvía al mismo punto. Tenía que hacerse notar, conseguir armas fuera como fuera, reclutar a «voluntarios» bien pagados, efectuar algunas incursiones en el territorio francés. Tenía pues que encontrar dinero, y dada la complejidad de las fuerzas que se hallaban en juego en el continente africano y en el mundo, eso debía poder solucionarse. No tenía ninguna duda al respecto, quizá porque no dudada de su propio destino. Lo sentía en la potencia de su propia voz, en la de sus manos, en la misma dimensión de su soledad, a la que sólo el poder absoluto era capaz de dar una respuesta válida. La aspiración infinita que a

veces le hacía quedarse despierto durante noches enteras era a la vez como un recuerdo y una voluntad, un recuerdo de las diez generaciones de jefes oulés de las que descendía y una voluntad de elevar a toda África hasta donde estaba él, fuera de la noche tribal. No es que «creyera en su buena estrella», estaba muy lejos de semejantes supersticiones, sino que creía en las fuerzas intelectuales, morales y físicas que sentía dentro de él. Se levantó impulsivamente, y ya se dirigía hacia la escalera cuando un *boy* le detuvo silenciosamente y le tendió una tarjeta de visita en una bandeja de plata. No pudo reprimir un temblor de orgullo: «Robert Dajeon, diputado». Permaneció un segundo inmóvil y sonriente, con la tarjeta de visita en la mano. «De modo —pensó— que los medios gubernamentales franceses empiezan a ponerse nerviosos…». El hecho de que le enviaran discretamente a Jartum un emisario de esa categoría, aunque no viniera del Ubangui, era ya un triunfo. Siguió al *boy* hasta el segundo piso y entró en la habitación que le señaló.

OceanofPDF.com

XXXIV

Dajeon le recibió en pijama.

—Pensé que preferirías que no nos vieran juntos.

A Waitari le sorprendió que le emocionara tanto volver a oír el tuteo parlamentario. De pronto sintió una gran añoranza de la cafetería del Parlamento e incluso de las largas sesiones nocturnas, a la salida de las cuales solían ir a tomar una sopa de cebolla a los Halles. Tuvo que exagerar la expresión de frialdad de su rostro, hasta convertirla en hostilidad, para luchar contra esa repentina oleada de recuerdos. Dajeon había sido médico del Ubangui, al que representaba en el Parlamento desde la guerra. Los dos habían pertenecido al mismo partido de centro y habían comido, votado y hecho varias giras electorales juntos. Era respetado en el Parlamento por su profundo conocimiento de los problemas africanos y por su defensa a menudo apasionada y colérica de los intereses del territorio y de las tesis del desarrollo acelerado. Waitari lo consideraba sincero y medianamente inteligente, pero también torpe e ineficaz debido a esa buena voluntad testaruda que ignora los obstáculos.

—Estoy aquí en calidad de amigo.

Waitari esbozó una sonrisa.

—No lo dudo. Se estrecharon la mano.

—Siéntate…

Él mismo se sentó en la cama, debajo del ventilador. Waitari evitó el sillón y se decidió por la silla.

—He visto a tu mujer y a tus hijos en París…

—Recibo regularmente noticias suyas, gracias.

—Estupendo —le interrumpió Dajeon—. He venido porque he sabido que estabas aquí. Lo he hecho por propia iniciativa. Nadie me ha dicho que viniera. No he recibido ningún encargo de nadie, ni del gobierno, ni del partido ni del gobernador. Si piensas otra cosa, esta conversación es inútil.

—Yo no pienso nada —dijo Waitari—. Estás aquí. Perfecto. ¿Y bien?

—Te pido que abandones todo esto y que vuelvas con nosotros.

—¿Y eso? ¿No me acabas de decir que no te había mandado el partido?

—No te pido que vuelvas con el partido, sino con todos nosotros. Con los franceses y los africanos que tratan de construir algo juntos.

Waitari dudó por un momento. Un simple latido de corazón. Algo insignificante. La fuerza de los recuerdos… Estaba seguro de que su rostro no le había traicionado.

—Demasiado tarde —dijo.

—¿Por la historia de Morel? Eso no es grave. Lo arreglaremos…

Rió.

—Podríamos incluso modificar el estatuto de la caza mayor…

Waitari se encogió de hombros con irritación.

—No se trata de eso —dijo—. Morel es un loco… no tiene ninguna importancia. Habéis perdido la oportunidad. El asunto ya está en marcha. Ya no podéis uniros.

Dajeon se deprimió ligeramente. En los veinte años que llevaba viviendo en África, cada vez que se hablaba de reformas políticas, sólo oía dos coros de voces: los «demasiado pronto» y los «demasiado tarde».

—¡Eso son sólo cuentos de periodistas! —le interrumpió brutalmente—. Nunca es demasiado tarde para la moderación y el justo medio. La única forma de que haya algún progreso es situarse en el justo medio…

—Perdona —dijo Waitari—. Ahí es precisamente donde no lo hay. Tal vez sea ahí donde acaba, después de algunos siglos de historia, pero no donde empieza… Estuve con vosotros durante tres años, casi una legislatura… Pero cuando hubo que dar una cartera a un africano, elegisteis a Bodango…

—Dakar es más importante política y económicamente que Sionville —repuso Dajeon—. En aquello no hubo nada personal, lo sabes muy bien.

—Nunca me lo tomé como algo personal —dijo Waitari con arrogancia —, sino todo lo contrario: ¿qué habéis hecho vosotros por la educación política de las masas en el A. E. F.?

—Vamos —dijo Dajeon—. Tú conoces tan bien como yo la situación. No es posible conseguir a fondo la educación política y la educación a secas

de las masas sin que vaya acompañada de un desarrollo económico, cultural y social paralelo. Hay que crear al mismo tiempo las élites y los mercados, el sindicalismo y las fábricas. Hacer una cosa sin la otra es trabajar para la desgracia del pueblo. La emancipación política debe avanzar a la par de la emancipación económica, de lo contrario los resultados serán desastrosos. Nos hemos visto obligados a avanzar lentamente. No existían antes de la era atómica ni existen todavía potenciales nacionales o internacionales capaces de llevar a cabo ambas tareas al mismo tiempo… En todo caso hemos conseguido el mínimo vital. Y eso es algo que no pueden decir ciertos países «independientes»…

—Los rusos han conseguido esa hazaña en su país sin haber tenido que esperar el milagro del átomo —dijo Waitari.

—Sí, pero ¿a qué precio? Nosotros también lo intentamos y el resultado fue la línea de ferrocarril Congo-Océano… Hemos volcado todos nuestros esfuerzos en el terreno de la higiene, de la alimentación y de la natalidad. Hemos construido una base de partida. Y eso ya es algo.

—La línea Congo-Océano fue un crimen contra la humanidad porque vosotros, los europeos, erais los que mandabais, y nosotros, los africanos, los que moríamos a millares en el esfuerzo —dijo Waitari tranquilamente —. Si hubieran sido los mismos africanos los que hubieran decidido la construcción de la línea de ferrocarril, entonces, incluso con el doble de víctimas, la línea Congo-Océano hubiera sido aclamada en todas partes como una obra de civilización y de progreso.

Dajeon le miraba boquiabierto.

—Se trata de sacar a África de su estado arcaico —dijo Waitari— y sólo los mismos africanos tienen derecho a exigir a sus pueblos semejante esfuerzo y los millones de vida humana que éste supondrá. Sacar a África de la noche tribal supone tener una mano de hierro que la energía atómica no proporcionará; y esa mano de hierro vosotros no podéis ejercerla honrosamente… Así pues, con vosotros sólo hay un estancamiento. So pretexto de respetar las costumbres, las vidas humanas… pero, al fin y al cabo, un estancamiento. Pero dejadme las manos libres…

Mostró sus poderosas manos…

—Y ya veréis como mando a paseo los usos y las costumbres, a los brujos, los tam-tams y las negras con el labio en bandeja… Yo les haré construir las carreteras, las minas, las fábricas y las presas. Yo puedo. Porque yo mismo soy un africano que sé lo que hay que hacer y conozco el precio que hay que pagar por ello. En Rusia lo han pagado y míralos hoy…

Dajeon se estaba poniendo rojo de ira.

—Sabes perfectamente que aquí habría que cambiar todo, desde el mismo organismo humano hasta el régimen alimenticio, por no hablar del clima, antes de tener derecho a pedir a los campesinos africanos semejante esfuerzo… Morirían como moscas.

—Los esclavos negros construyeron el sur de Estados Unidos, y eso que mi abuelo me contaba que les vendimos los más raquíticos.

—Pero ¡qué estás diciendo! Allí sólo se trataba de trabajar en las plantaciones. No de fábricas, presas y minas… ni, sobre todo, de estajanovismo.

—En todo lo que dices hay un tufillo racista muy agradable —dijo Waitari irónicamente—. Los negros no son capaces de adaptarse al esfuerzo que exige el progreso… Los rusos, sí, pero los negros… Por supuesto que morirán. Los rusos también han muerto. Pero cuando se trata de todo el futuro de un pueblo, de un continente y de su grandeza futura… no se puede dudar…

Dajeon permanecía en silencio. Pensaba en el grado de frustración psicológica y de soledad que suponía semejante voluntad de poder. Y probablemente tampoco hubiera que olvidar el atavismo de un descendiente de los jefes oulés… Hubiera querido decirle que en todo aquello había una noción olvidada, una noción de dignidad humana, de respeto a lo humano, pero no pudo…

—En cualquier caso, no sé lo que esperas ni de quién lo esperas —dijo por fin.

Waitari se levantó.

—En todo caso no de vosotros —dijo—. Presenta mis respetos a los tuyos.

Y se dirigió hacia la puerta, dejando a Dajeon sentado con una grave expresión en el rostro debajo del ventilador.

Volvió a su habitación, se quitó la chaqueta y se tumbó en la cama. La iniciativa de Dajeon era puramente personal, de eso no había duda y, por otra parte, le retrataba completamente. Era el típico hombre lleno de esa buena voluntad ingenua que cree poder solucionarlo todo a base de compromisos. El justo medio… Hizo un gesto irritado. Así pues, no había que esperar nada de ese lado. Miró su reloj: a las cinco tenía una cita con Habib. Éste conocía a todos los traficantes de armas del Oriente Próximo y quizá pudiera conseguir un crédito. Por desgracia, no veía qué garantías podría ofrecerles. Y los «voluntarios» no se reclutaban a base de pagarés… Observó con humor los grabados de equitación que había en las paredes: pronto serían la única huella del paso de los ingleses por el Sudán… Frunció el ceño y, extendiendo las manos por encima de la almohada, se agarró a los barrotes de la cama muerto de impaciencia. El contraste entre la conciencia que tenía de sus posibilidades y su aislamiento político le resultaba cada vez más insoportable. Toda su voluntad no le servía más que para luchar contra el desánimo. Sólo Francia podía comprenderle y apreciarle: se sentía perdido en el corazón del África de los brujos y de los fetiches. Se consideraba más inteligente, más dotado y más instruido que el noventa por ciento de los franceses: era doctor en derecho, licenciado en filosofía y letras y autor de importantes obras. Pero se había separado deliberadamente de Francia, en primer lugar por un error de cálculo, y en segundo lugar, y eso era lo fundamental, porque el sistema político francés, sus instituciones y sus tradiciones conservadoras no eran conciliables con su ambición, su gusto por el poder y su voluntad de imponer a la historia la huella indeleble de su nombre. Y se sentía igualmente alejado de las tribus africanas, porque él representaba una amenaza para sus costumbres ancestrales, una revolución. No podía esperar nada de ese lado: tenía que llegar indirectamente a la opinión pública mundial. Pero cuando trataba de aprovecharse de la empresa insensata de Morel para intentar darle un contenido político, las masas populares de Europa y Estados Unidos se tomaban en serio esa ridícula historia de la protección de la fauna africana, se volcaban en la defensa de los elefantes y

continuaban ignorándole a él y a la causa de la independencia africana que él encarnaba. Tenía que acabar a toda costa con Morel y su mito humanitario, aparecer por fin ante el mundo como el verdadero instigador de los desórdenes y de la revuelta africana… En esos pensamientos estaba cuando llamaron a la puerta. Le alegró ver a Habib, que llevaba consigo a todas partes esa convicción burlona de que la tierra ofrece una infinidad de recursos a quienes saben vivir en ella con arte. Su seguridad estaba relacionada con una larga experiencia de los hombres y de las cosas y, cuando te miraba, sentías que para él eras un viejo conocido, que lo sabía todo sobre ti incluso antes de conocerte. Sí, ya estaba al corriente del resultado negativo del encuentro con el representante del Comité de El Cairo. Pero no había que tomar ese fracaso demasiado en serio, no merecía la pena. Cambiarían de opinión al respecto: bastaría con demostrarles que eran capaces de conseguir resultados prácticos. Precisamente tal vez hubiera otro medio de solucionarlo. Venía a proponerle un pequeño proyecto que había germinado en la mente genial de su amigo De Vries, mientras se aburría en el hospital —sí, ahora estaba completamente restablecido, gracias a Dios—; se trataba de una auténtica ocasión, de una verdadera intervención del cielo a su favor, y no era una simple forma de hablar, porque se trataba de la espantosa sequía que el retraso de las lluvias había infligido a toda el África del Este… Con un poco de suerte, aquello podría proporcionarles unos veinte millones. Estaba dispuesto a organizar la expedición con la ayuda de De Vries, que conocía perfectamente la región y siempre estaba dispuesto a hacerle un favor a un amigo a cambio, claro está, de una comisión del veinte por ciento. Sí, era un diez por ciento más de lo habitual, pero también era cierto que era una operación muy arriesgada: él se encargaría de encontrar los medios de transporte necesarios y los hombres. Sólo su autoridad personal podía hacer que estos últimos no exigieran el pago por adelantado… Hablaba con una evidente alegría, y a pesar de su insistencia en la comisión, Waitari sentía que, por encima del afán de lucro, Habib tenía una auténtica vocación de aventurero y también tal vez un placer casi demoníaco en dar una pequeña lección al idealismo sobre la forma en que suceden las cosas aquí abajo…

—Ve al grano —le interrumpió brutalmente—. Ahórrame todo eso… Nos conocemos desde hace mucho. ¿De qué se trata?

Habib se sacó del bolsillo un mapa y lo desplegó sobre la cama.

—Este punto de aquí —dijo apoyando un dedo enorme en una mancha azul— se llama el Kuru… Es un lago. El único de toda la región que todavía tiene agua.

Waitari le escuchaba atentamente, sentado encima de la cama y fumando. Puso inmediatamente en duda el prodigioso beneficio que el libanés pretendía obtener de la expedición, pero al fin y al cabo eso era una cuestión secundaria. En resumidas cuentas, lo que Habib le proponía era un raid en toda regla en el territorio francés; algo con lo que él soñaba desde hacía mucho tiempo. Era una ocasión realmente única para acabar de una vez por todas con Morel y el mito de los elefantes, que ocultaba a la opinión pública la revuelta africana. A veces incluso llegaba a preguntarse si Morel no sería un agente del servicio de información del ejército francés encargado de expandir esa cortina de humo idealista y humanitaria sobre un intento de alzamiento y sobre las realidades colonialistas. Las granjas quemadas, los ataques a mano armada y todo lo demás eran presentados ante la opinión pública como la delirante empresa de un misántropo al que se le había metido entre ceja y ceja defender la fauna africana. Si la propuesta de Habib tenía el efecto de aclarar brillantemente ese equívoco y deshacer esa cortina de humo que le ocultaba a él, Waitari, y a la causa que encarnaba a la opinión pública mundial, era digna de ser aceptada. Por otra parte, podría proporcionarle algunos millones, y en su situación actual no podía dejar escapar una ocasión así. Y sobre todo, con un poco de suerte les aseguraría una escaramuza con las fuerzas francesas y una serie de cables enviados a los periódicos, tipo comunicado del Aurés, a propósito de los «rebeldes dispersados en los confines sudaneses». Estaba dispuesto a ir a la cárcel con tal de obtener esa publicidad; era la mejor manera de recordar su nombre a las potencias de Bandung, que habían omitido invitarle… Aplastó su cigarrillo.

—Interesante —dijo con un tono de indiferencia—. Pero le prevengo que apenas tengo dinero para pagar la factura del hotel.

OceanofPDF.com

XXXV

El 22 de junio, hacia mediodía, el avión desde el que el reportero americano Abe Fields tomaba fotos de la extraordinaria concentración de elefantes en el lago Kuru se encontraba a algunos metros por encima del agua, un poco más bajo que la pared rocosa donde empezaba el lago por el oeste para luego extenderse a lo largo de doscientos kilómetros cuadrados de dunas, peñascos y cañaverales. El avión había estado sobrevolando durante toda la mañana la región y había aterrizado una vez sobre la pista de El Garani, situada al sur del Uahr el Gazal, para repostar gasolina y continuar después su vuelo. Tumbado boca abajo en el morro del aparato, Fields tomaba una foto tras otra para uno de los reportajes más dramáticos de su carrera. Toda la región desértica situada al este del lago estaba llena de animales moribundos o que luchaban aún para llegar a las aguas del Kuru. Los ciento cincuenta kilómetros del *waterless track*, con su única pista medio borrada por la arena, se hallaban cubiertos de osamentas, y cuando el avión bajaba al ras del suelo, cientos de buitres alzaban el vuelo para volver a posarse enseguida con una blanda pesadez. Los búfalos, reunidos en masas compactas, permanecían inmóviles en el polvo rojizo, levantando apenas la cabeza al paso del avión, y luego volvían a ponerse en marcha, dejando tras ellos a los animales debilitados que ya no podían continuar, pero que intentaban levantarse con ese movimiento espasmódico de las patas tan cercano a la agonía. El *track* estaba cubierto de manchas inmóviles de color leonado y, dispersos por toda la región, los elefantes se encaminaban hacia el Kuru desde los pantanos sin una sola gota de agua del Bahr Salamat, su lugar de retirada habitual en la estación seca. Avanzaban en grupos aislados, o se detenían bruscamente abandonados por sus fuerzas. Levantado por las manadas que seguían avanzando, el famoso polvo rojo de la región, tan espeso que el sol a veces se reflejaba en él, le ponía el trabajo especialmente difícil a Fields. El fotógrafo no conocía en

absoluto la fauna africana y era incapaz de distinguir un búfalo de un tapir, pero sabía que al público siempre le impresionaba ver el sufrimiento de los animales y estaba seguro de que allí tenía un buen tema, lo que le producía una enorme exaltación. Para explicar mejor a los lectores las razones de ese prodigioso éxodo de las manadas hacia el Kuru, había fotografiado uno tras otro los lechos de los principales bahrs y lagos de los alrededores, el fondo agrietado del Mamún, el del Yro y el de los pantanos de Bahr Salamat, que mostraban a lo largo de decenas de kilómetros su desnudez geológica, evocando una de esas imágenes de otro planeta que tanto gustaban al público. Al sobrevolar el Bahr el Din, completamente desecado, su piloto había descendido lo bastante como para permitirle fotografiar un centenar de caimanes aplastados sobre el suelo o tumbados boca arriba: el lecho del Bahr se hallaba socavado por sus bruscos movimientos agónicos. El mismo lago Kuru había perdido toda el agua de sus meandros exteriores. Sólo la parte central seguía brillando en unos veinte kilómetros cuadrados, alrededor de las rocas rojas recubiertas de tierra y de cañas. Varios centenares de elefantes se mantenían inmóviles en el agua y entre las cañas, mientras que el fango todavía húmedo del pantano que se extendía hacia el norte se hallaba animado por un prodigioso torbellino de aves. Sin embargo, era un espectáculo imposible de fotografiar, porque, en cuanto el avión descendía, se veía atrapado en una nube viviente de la que tenía que salir a toda prisa para no perder sus hélices. Fields tuvo que contentarse con tomar una foto a doscientos metros de altitud, desde donde las aves sólo parecían una inmensa plantación colorada. Abe Fields había fotografiado muchas cosas en su vida, desde las carreteras ametralladas de Francia hasta los destrozos producidos por el huracán Hazel en el Caribe; desde las playas de Normandía, a los soldados muriendo al explotar las minas bajo sus pies en Indochina. Pero nunca había visto un espectáculo como aquél. Sin embargo, no se hacía ninguna ilusión acerca de la emoción que sentía: era una emoción estrictamente profesional motivada por el carácter único del reportaje que estaba realizando, lejos de cualquier rival. Hacía mucho tiempo que ya no reaccionaba de otra forma: había visto demasiadas cosas, y si hubiera tenido que participar más íntimamente en todo lo que había fotografiado en su carrera de cazador de imágenes, hacía mucho tiempo que

se hubiera dado a la bebida. (Fields era el primero en reconocer que ya bebía demasiado). Pero el caparazón a toda prueba que consideraba haber adquirido le garantizaba ahora un lugar destacado dentro de una profesión que no carecía de manos fríamente expertas y de ojos endurecidos.

Fields era un hombre menudo y ágil que había tenido unos principios muy difíciles. Había ido a España durante la Guerra Civil con la firme determinación de dejarse la piel en el empeño o regresar con un reportaje sensacional. Al final había conseguido hacer varios carretes de fotografías de los republicanos muertos bajo las ráfagas de las ametralladoras durante el primer ataque a Guadalajara que le habían hecho famoso. (Él mismo había recibido una herida en un brazo, pero no había sentido nada a causa de su entusiasmo). Desde entonces, el único acontecimiento que no había conseguido fotografiar había sido el exterminio de su familia en Polonia. Pero según sus enemigos, si no lo había hecho era porque no se encontraba allí. Era miope, y sus ojos, enormemente tristes, habían tomado de una vez por todas la determinación de mirar el mundo con la misma emoción que el objetivo de su cámara. Desde hacía algún tiempo no tenía suerte: se le habían escapado las primeras matanzas cometidas en África del Norte y luego había venido al Chad con la esperanza de hacer un reportaje sobre Morel, pero había tenido tan poco éxito como los otros veinte periodistas que se turnaban en Fort-Lamy. A continuación se había dirigido a Jartum basándose en las informaciones que permitían presentir una rebelión en el curso del conflicto entre los partidarios de unirse a Egipto y los que estaban en contra, pero cuando había llegado allí las tropas amotinadas ya habían sido dominadas. Por supuesto estaba al corriente del retraso de las lluvias y de la sequía resultante, pero aquello no había evocado ninguna imagen concreta en su mente. Sólo cuando oyó hablar en Jartum de la agonía de las manadas de elefantes, que, enloquecidos por la sed, se lanzaban al océano en la playa de Mozambique después de su migración en masa hacia los últimos puntos de agua, intuyó que allí podía haber algo interesante y decidió ir a verlo con sus propios ojos. Alquiló un avión y, nada más efectuar su primer vuelo, se dio cuenta del filón periodístico que había encontrado. Ahora estaba en plena acción y daba gracias al cielo por haberle dado esa oportunidad. El único avión que había encontrado era un

viejo Blenheim abandonado por los ingleses en el que Davis, su propietario, ex teniente de aviación de la RAF, formaba «voluntarios» para todos los puntos neurálgicos de Oriente Próximo. Así pues, alquiló tanto al uno como al otro. El avión sólo parecía servir para dar vueltas a la pista de aterrizaje, pero como Fields, para no perder la costumbre, tenía que llegar el primero, no tuvo tiempo de preocuparse por su seguridad. No temía los accidentes; en muchas ocasiones le habían permitido hacer sus mejores fotos. Por otra parte, tenía la firme y extraña convicción de que no moriría en un accidente, sino de cáncer de próstata o de ano. Era incapaz de decir por qué tenía esa certeza. Quizá por la opinión que le merecía la condición humana. Hizo algunas fotos más y volvió a sentarse al lado del piloto. Cerró la máscara para poder hablar con él.

—No comprendo qué es lo que comen —dijo—. Aquí hay agua, pero el suelo está completamente desnudo.

—Comen cañas —dijo Davies—. Las hay a montones. A los elefantes les encantan…

Davies había obtenido una brillante hoja de servicios durante la guerra. Demasiado mayor para continuar trabajando como piloto de la RAF e incapaz de vivir sin volar, se había convertido en uno de esos desechos dispuestos a todo con tal de seguir en su elemento, situado en cualquier lugar que se hallara a mil pies por encima del suelo. Desde 1945 se paseaba por todos los bares, desde Alejandría a Jartum, con sus mejillas rojizas, su potente voz, su argot de aviación pasado de moda y sus bigotes de guía, pero también y sobre todo su profunda nostalgia de volar. Hasta la llegada de los alemanes, había sido instructor de la aviación egipcia, luego se había dedicado a transportar armas a Tripolitania y a Sudán, para acabar con un Blenheim y un Beechcraft a la disposición de los clientes en un terreno próximo al aeródromo de Gordon’s Tree, donde había conocido días mejores. Aparte de los cursos de entrenamiento, conseguía llegar a todos aquellos rincones en los que los aviones de transporte serios se negaban a aterrizar.

—Se alimentan de cañas. Parece ser que las raíces de las cañas son muy buenas…

El motor izquierdo empezó a chisporrotear, el avión vibró y en ese mismo momento el motor derecho se detuvo en seco. Fields cogió su bolsa de negativos y sus dos cámaras y se las colgó del cuello. (Fields estaba acostumbrado a las averías de avión y a los aterrizajes forzosos y siempre estaba preparado). En ese momento estaban a cinco metros por encima de las manadas. Davies buscó con la mirada un banco de arena libre, y vio uno, precisamente delante de él, del que acababa de alzar el vuelo una nube de aves; con el dinero del seguro podría comprarse dos aparatos medianamente potables. El avión pasó casi al ras de un grupo de elefantes que estaban de pie dentro del agua, pero justo cuando iba a rozarles con el vientre, otros dos animales que estaban tumbados de costado y medio sumergidos en el lodo se levantaron bruscamente debajo del ala izquierda; el avión giró sobre su eje, rozó el agua con la cola y se partió en dos. Fields salió proyectado fuera de la carlinga y se encontró sentado en la arena, con la bolsa de negativos y las cámaras milagrosamente intactas. Se levantó inmediatamente, se puso las gafas, reguló el objetivo y tomó una foto del aparato, con los elefantes en segundo plano, y otras cuantas de Davies caído sobre los mandos, con el pecho hundido. Después dirigió una mirada a su alrededor.

Visto desde el suelo, el lago parecía mucho más grande y las manadas todavía más numerosas; estaba prácticamente rodeado de elefantes. Fields tuvo un momento de aprensión, pero los animales se hallaban en tal estado de abatimiento que ni siquiera la caída del avión en medio de ellos les había provocado la menor reacción, aparte de un revoloteo general de las aves, entre las que Fields sólo pudo reconocer a un gran número de marabúes y de jabirúes gibantes, porque los veía todas las mañanas en Fort-Lamy desde la ventana del hotel. Las aves empezaban a posarse de nuevo; entre ellas, había unas pequeñas zancudas que de vez en cuando se dejaban caer sobre el lomo o los costados de los elefantes. Hacia el este, contra la gran pared roja, había también una masa compacta y viviente de lo que Fields pensó que serían antílopes, completamente inmóviles en la brillante reverberación del aire, del agua y de la roca roja. Fields consideró que en tales condiciones no corría ningún peligro en adentrarse en el agua; el lago acababa a unos cien metros delante de él, en una duna de arena sobre la que

se alzaban unas chozas de paja, algunas de ellas medio derruidas y con aspecto de estar abandonadas. Se hallaban repartidas en una extensión aproximada de unos dos kilómetros. En el extremo norte de la duna, en el lugar donde ésta acababa delante de una pared de cañas, distinguió la figura de un hombre que corría en su dirección. Avanzó prudentemente a su encuentro alzando la bolsa de películas y las cámaras por encima de su cabeza, pero no tardó en darse cuenta de que el agua no tenía en ninguna parte más de un metro de profundidad. Llegó pues a la duna sin ningún problema y se reunió con el hombre, que resultó ser un blanco alto y fornido con el torso desnudo y un pañuelo blanco con lunares rojos atado al cuello. Su rostro cubierto de pecas le resultó vagamente familiar.

—¿Había alguna otra persona a bordo?

—Sí, está muerto —dijo Fields en su mal francés. Trataba de recordar dónde había visto esa cara. Se sacó del bolsillo de la camisa su paquete de cigarrillos y se lo tendió automáticamente. El rostro del joven expresó de pronto una alegría desbordante que a Fields le pareció desproporcionada con lo que él sabía que podía ser el deseo de fumar.

—¡Cigarrillos americanos! Son los primeros que veo desde…

Fields ya no lo escuchaba. Había reconocido las pecas. Habían aparecido en todos los periódicos estadounidenses durante la guerra de Corea y habían sido exhibidas en primera página como una marca de ignominia. Después de un eclipse total de larga duración, las pecas habían reaparecido en primera plana, pero su carácter había cambiado por completo: en el momento en que Fields había dejado París para dirigirse al Chad, se habían convertido casi en heroicas. Sólo en ese momento el reportero comprendió dónde le había conducido su buena estrella. Lo que veinte periodistas trataban en vano de captar desde hacía meses aparecía de pronto delante de su cámara gracias a una vulgar y providencial avería de avión…

—Quédese con el paquete. Espero que la marca no le traiga demasiados malos recuerdos de su país…

Forsythe rió para ocultar su embarazo. Intercambiaron unas cuantas palabras sobre las circunstancias en que había tenido lugar el accidente, de pie en la duna, con miles de aves, de búfalos y de elefantes inmóviles a su

alrededor y como hundidos en el calor, en un aire tembloroso donde los espejismos multiplicaban las manadas hasta el infinito. (Fields dijo más tarde que el número de elefantes que había en el Kuru en el momento de su llegada oscilaba entre los mil y los dos mil. Pero cuando las fotos que había tomado desde el avión fueron reveladas, se calculó que la mañana del accidente había unos quinientos elefantes congregados en el lago). Dio unos pasos hacia atrás y le hizo una foto a Forsythe. Después caminaron por la duna en dirección a las chozas de paja. Fields dijo más tarde que, a partir de aquel momento, sólo había tenido una idea en la cabeza: encontrar a Morel. Tenía su cámara preparada y se sentía tan emocionado que le empezaron a temblar las rodillas. (Calculó mentalmente que aquel reportaje le proporcionaría una suma de al menos cincuenta mil dólares). Al mismo tiempo, se debatía contra otro sentimiento, mucho más profundo y auténtico, pero cuya naturaleza no quería examinar de cerca. La protesta de Morel le había tocado una fibra sensible: uno no permanece impunemente durante veinticinco años en el primer plano de la actualidad mundial sin que una indignación como la del «hombre que se había pasado de bando» no hallase en él un terreno completamente abonado. Sentía también una auténtica ansiedad: no estaba demostrado que Morel no fuera un simple agitador político especialmente hábil al servicio de El Cairo, de la URSS, o de los dos. Fields se sentía dividido entre el escepticismo y la esperanza, lo cual le producía una gran agitación; miraba a su alrededor buscando una figura que se imaginaba por adelantado gigantesca, legendaria, recortándose de pronto contra el cielo, con una carabina bajo el brazo, pero sólo distinguía un gran número de elefantes, lo cual le interesaba mucho menos. Mientras tanto, respondía distraídamente a las preguntas de Forsythe. Desde el punto de vista profesional, aquello ya era una extraña debilidad por su parte, pues Forsythe suscitaba una enorme curiosidad en Estados Unidos. Pero con Forsythe, Fields sabía dónde estaba: conocía a fondo el asunto. Mientras que Morel le abría nuevos horizontes donde todo estaba por descubrir y donde quizá encontrara una aspiración muy próxima a la que él sentía en su corazón. En cualquier caso confirmó a Forsythe lo que éste ya sabía desde la expedición de Sionville: para el público norteamericano se había convertido en el héroe del momento, en una mezcla de Davy

Crockett, de Lindbergh y de ovni, todo ello realzado con una aureola de mártir. Se trataba de uno de esos cambios absolutos de opinión por parte del público a los que Forsythe estaba acostumbrado desde hacía mucho tiempo. Sí, su historia de Corea sólo era recordada para encontrar justificaciones a su comportamiento: su pureza de alma explicaba que no hubiera puesto en duda la autenticidad de las «pruebas» suministradas por el enemigo acerca del empleo por parte de la aviación norteamericana de moscas envenenadas en Corea. En cuanto a sus discursos por la radio, no había hecho más que expresar su indignación, al fin y al cabo comprensible en un joven americano idealista que se enfrenta de pronto a las «pruebas» del empleo de armas bacteriológicas por parte del ejército de su país. Y cuando por fin había comprendido aquella superchería tan innoble, había sentido tanta repugnancia que se había ido a vivir con los elefantes, a la sabana africana, defendiéndolos con las armas en la mano contra una especie con la que ya no quería tener nada que ver. Era una historia muy romántica, muy conmovedora, y a uno le entraban ganas de hacer algo por aquel pobre chico: dicho en otras palabras, era un filón periodístico asegurado.

—Desde entonces, «a ellos» les apasiona su aventura. Debe agradecérselo a Ornando, aunque no lo haya hecho por usted: le encanta dar la vuelta a las multitudes como si fueran una tortilla, forma parte del odio que le inspiran. En todo caso, ellos están completamente a favor de usted.

Fields no dijo quiénes eran «ellos»: evidentemente para él era una palabra que no necesitaba ser especificada. Su sentido profesional acabó volviendo por fin para recordarle que tenía en sus manos un reportaje servido en bandeja. Hizo otras dos o tres fotos a Forsythe y empezó a hacerle preguntas. Éste le respondió con cierto nerviosismo.

—Usted sabe que me negué a quedarme en China y pedí que me repatriaran… También sabe cómo fui recibido en mi país. No hubo ni un solo periódico que no publicara mi foto con los comentarios que usted conoce. Fui expulsado ignominiosamente del ejército y me retiré al Chad para que se olvidaran de mí. Pero antes de eso tuve que irme clandestinamente a México, porque mi país, a pesar de no querer saber nada de mí, se negaba a concederme el pasaporte para abandonarlo. Me he pasado la mayor parte del tiempo emborrachándome. Ya sabe, la típica

degradación… Mi padre me pasó una pequeña renta a condición de no volver a saber nada de mí: en el sur, tenemos el sentido del honor muy desarrollado. En Fort-Lamy tampoco me fueron muy bien las cosas: una vez tuve que romperle la cara a un tipo que me ofreció invitarme a una copa «para ayudarme a olvidar»… Después llegó un día en que ese mismo tipo me volvió a ofrecer otra copa, sin decir nada, debo reconocerlo, sólo con una sonrisa, y yo se la acepté: no tenía suficiente dinero para conseguir todo el alcohol que necesitaba. Los únicos que eran amables conmigo eran los negros; se reían, pero no de mí, sino porque es su forma de ver las cosas. En resumen, iba de mal en peor. Entonces fue cuando Morel vino a verme con su petición. ¡Imagínese si firmé! Nadie en el mundo podía comprenderle mejor que yo. Porque es demasiado fácil decir que fueron los comunistas los que me engañaron y que, por lo tanto, habría que deshacerse del comunismo para… etcétera, etcétera. En Corea, había una comisión de científicos de fama mundial, un centenar de hombres de todas las edades y de todos los países que demostraron al joven aviador de veinticinco años que yo era que mi país había sembrado la peste y el cólera en las poblaciones civiles… y aquí están, señor, las pruebas que lo confirman… Rostros humanos, honestos, limpios, con arrugas de hombre y ojos de hombre que me miraban y me pedían que cumpliera con mi deber de hombre denunciando ese crimen… No sé si eran comunistas, fascistas, demócratas o lo que fuera… El caso es que eran hombres. Dije en la radio todo lo que tenía que decir. Cuando regresé a Estados Unidos me demostraron que en aquello no había ni una palabra de verdad. Se trataba de propaganda, de guerra fría… Yo tendría que haber sabido que el ejército al que yo pertenecía era incapaz de una bajeza semejante. De nuevo, rostros de hombres severos, dignos, científicos de fama mundial, foros internacionales… Pero, cosa extraña, todo aquello me parecía que no tenía ninguna importancia. ¿Qué importancia tenía que los norteamericanos fueran o no culpables? ¿Qué importancia tenía que los comunistas fueran o no culpables? El que se hallaba implicado de pies a cabeza en ese asunto era el hombre. Aquello venía de muy antiguo y todavía continuaba. Aquello no era ni más ni menos malvado que los Mau mau, o que Hitler con sus judíos, era el mismo asunto, el asunto hombre, lo que continuaba… Sí,

comprendí perfectamente lo que Morel trataba de gritarles. Y le ayudé. Cuando vimos que su petición sólo provocaba una carcajada general, nos hicimos con un *stock* de armas y… bueno, ya sabe la continuación.

Fields hizo un gesto con la cabeza para señalarle que lo comprendía. Se buscó el paquete de cigarrillos en todos los bolsillos y al final se acordó de que se lo había dado a Forsythe. Le pidió uno sin hacer ningún comentario y Forsythe se preguntó si le habría escuchado. El antiguo oficial sentía hacia el periodista una estima instintiva: ese hombre acababa de tener un terrible accidente de avión, y, sin embargo, le había visto chapotear tranquilamente con sus gafas y sus cámaras en medio de los elefantes como si estuviera cruzando un paso de cebra. Aunque también era verdad que su oficio debía de haberle endurecido. ¡Ese hombre debía de haber visto de todo! «Es un judío», decidió mirándole a hurtadillas el rostro y ese algo especial que tenía en los ojos. De pronto le extrañó que no hubiera habido judíos junto a Morel desde el principio. Forsythe le contó que habían venido al Kuru después de la acción de Sionville —la cual había tenido como objetivo llamar la atención del mundo sobre la conferencia para la protección de la fauna africana de Bukavu— y que vivían en las chozas abandonadas de un pueblo de pescadores kai que se habían visto obligados a abandonar aquel lugar a causa de las inundaciones de 1947 y se habían establecido en las alturas, en el extremo oeste del lago. Morel había salido hace dos días hacia Gfat, una encrucijada caravanera situada entre el Chad y el Sudán, al otro lado de la frontera. El único mercader del lugar tenía por lo visto una radio y Morel esperaba enterarse de los resultados de la conferencia que acababa de finalizar.

—Está convencido de que van a tomar las medidas necesarias y, si lo hacen, tiene la intención de entregarse… Está seguro de que será absuelto triunfalmente por los tribunales franceses. Probablemente se hace demasiadas ilusiones. Yo no sé nada.

Guardó silencio y luego, con cierto malestar en la voz, añadió que, en cuanto a él, esperaba regresar a Estados Unidos en cuanto pudiera. Fields tampoco hizo ningún comentario esta vez. Había llegado al otro extremo de la duna y Fields reconoció de lejos a la joven que les esperaba detrás de las chozas, junto a los caballos. Se detuvo y le hizo una foto antes de acercarse.

Había oído hablar mucho de Minna en el Chadien y había visto con curiosidad las fotos de aficionado que todos le habían hecho. Resumiendo: había pensado mucho en aquella joven y ahora se sentía decepcionado. Era muy bonita, pero de una forma bastante banal; sólo su boca, a la vez aplastada y carnosa, tenía algo conmovedor, algo doloroso. Sin embargo, era imposible imaginar que esa chica hubiera tenido tanto rencor o misantropía como para ir a llevar armas y municiones al hombre del que decían que era «un enemigo del género humano». Minna le dijo a Fields que había visto desde la duna su accidente, pero que no había tenido el valor de acercarse. Había pensado que todos los ocupantes del avión habían muerto y, al decir esto, movió la cabeza mirando a Fields con una especie de incredulidad, como para asegurarse de que estaba sano y salvo. Fields le dijo que su piloto sí había muerto, pero que a él no le había pasado nada. (En la radiografía que más tarde le hicieron en Fort-Lamy se vio que tenía tres costillas rotas). Le pidió en alemán que se quitara el sombrero con barboquejo que llevaba puesto y le hizo una foto: al fondo, se veía a los elefantes inmóviles en el inmenso espejo vertical de los espejismos, las rocas erizadas de cañas y las zancudas blancas… «Esto podrá servir», decidió mientras enfocaba. Mientras él trabajaba, ella le habló de la desesperación de las manadas con un fervor y una simpatía tan sinceros, que Fields se preguntó si esa chica sería consciente de su asombroso encuentro en ese paisaje de los primeros tiempos del mundo y de la curiosidad que su aventura suscitaba en todas partes. Más tarde diría que en ningún momento había tenido la impresión de encontrarse entre terroristas, sino entre los miembros de alguna apacible expedición científica entregados en cuerpo y alma a su misión.

—Será mejor que vaya a ocuparme de su amigo —dijo Forsythe—. Con este calor…

Fields prometió ayudarle después de haber tomado algunas fotos. Ardía en deseos de encontrar a Morel, pero se vio obligado a tener paciencia y, cuando Minna le propuso ir a ver a Peer Qvist, aceptó de buen grado tratando de recordar todo lo que había oído decir acerca del naturalista danés, que esta vez había elegido la excusa de los elefantes para dar rienda suelta a su mal carácter y a su misantropía. Las opiniones sobre él eran

bastante unánimes: algunos pretendían que bajo su apariencia de patriarca ocultaba un alma de farsante sediento de publicidad, otros pensaban que era sincero, pero que estaba loco, y otros recordaban que había sido uno de los principales firmantes del manifiesto de Estocolmo (en el que se pedía que se prohibieran las armas atómicas), que había participado en la Guerra de España y que después había sido encarcelado por Hitler. Estos últimos veían en él a un simple agente de los comunistas. (Más tarde, Fields tuvo la ocasión de hacerle algunas preguntas a Peer Qvist acerca de su firma estampada en el manifiesto de Estocolmo. El naturalista le respondió que su único móvil habían sido las espantosas consecuencias de las radiaciones atómicas sobre la fauna y la flora. Y no sólo las procedentes de las armas atómicas, sino también las de los residuos de los reactores nucleares de uso pacífico, que se conservaban indefinidamente en el aire y en los mares, constituyendo un auténtico peligro para la fauna marina y las aves).

Mientras caminaban por la duna hacia la choza del danés, a Fields le llamó la atención que todos ellos hubieran optado por vivir bastante alejados los unos de los otros. Minna le dijo que el exceso de sequedad hacía que la evaporación adquiriera las proporciones de una marea. Cada mañana, las cañas, las dunas y las rocas parecían haber aumentado de tamaño durante la noche. Bastaba ver en qué estado de agotamiento llegaban las manadas al Kuru, donde después permanecían postradas durante varios días sin comer, para imaginarse lo que sucedía en otros lugares…

—*Schrecklich!* —dijo—. *So Schrecklich!*

Fields dijo algunas palabras a tono con las circunstancias. No podía decir que sintiera un afecto especial por los animales. Había deseado comprar un perro, pero su trabajo ambulante no se lo había permitido, y una vez, en México, durante una corrida, le había deprimido tanto ver al toro traspasado por el estoque que había deseado con todas sus fuerzas la muerte del torero. A lo largo de su vida, en muy pocas ocasiones había tomado partido por alguien o por algo, pero aquella vez lo había hecho: se había puesto a favor del toro. Y no por una deformación profesional, porque, a pesar de llevar la cámara consigo, había cerrado los ojos. «¿Han visto a ese hombre? ¡Ha cerrado los ojos! —dijo en inglés americano alguien a su lado

—. ¡Para mí, el toro no es más que carne en vivo!». Fields le observó fríamente y decidió que debía de ser del Bronx, a pesar de su flamante camisa y de su sombrero tejano, que le sentaba más o menos como un cigarro a un culo. «Es muy difícil saber dónde empieza y dónde acaba la carne en vivo», replicó él, en un tono que no dejaba ninguna duda sobre sus poco amistosas intenciones. Abe Fields pensaba no sentir ningún afecto especial hacia los animales, por lo que le extrañó un poco oír con tanto interés lo que la joven le contaba acerca de la suerte de la fauna africana. Aquello iba en contra de su moralidad: en un mundo donde el sesenta por ciento de la humanidad se moría de hambre, hasta el extremo de que la palabra «libertad» no podía tener para ellos ningún sentido, había unas causas más urgentes que defender que la protección de la naturaleza. Pero este último pensamiento provocó de pronto en él un eco tan inesperado, que se preguntó si en aquella chica y Morel no existiría un trasfondo asombroso y si aquella protección de la naturaleza, que reclamaban con tanto alboroto y tanta tenacidad, no enmascararía una generosa ternura hacia todos los que sufrían, padecían y morían, empezando por nosotros mismos, que iba más allá de la aparente simplicidad de los objetivos que perseguían. Se sintió invadido por aquella violenta agitación que solía experimentar cada vez que intuía algún tema excepcional. Trató de dominar su sobreexcitación profesional: aunque hubiera intuido la verdad, no le serviría de nada, pues ésta no se podía fotografiar. Y además era imposible que esa pobre chica, probablemente muy ignorante, típico producto de los cabarets de Berlín, ocultara bajo su belleza bastante banal e incluso un poco vulgar, bajo esa mirada azul e insistente, siempre como un poco dolorida, una tal comprensión del más antiguo y, sin embargo, más urgente problema del hombre en su incierto caminar. Era imposible que fuera capaz de comprender esas cosas; debía de creer ingenuamente que aquel francés se limitaba a defender a los elefantes de carne y hueso, y nada más; quizá incluso se hubiera enamoriscado de él. Pero cuando ella se detuvo para mirar a los cientos de aves que bajaban en picado para posarse en los bancos de arena y en las hojas de las cañas, bajo la luz casi rosácea del atardecer, vio en su rostro tal expresión de bondad que, instintivamente, cogió su cámara.

—¿Cómo ha venido a parar aquí? —le preguntó sin convicción alguna y casi bruscamente: siempre prefería las instantáneas.

Ella volvió los ojos hacia otro lado y Fields tuvo la sensación de que lo hacía para ocultar una sonrisa un poco burlona.

—¿Le extraña? Durante la guerra y… después, aprendí algunas cosas…

—No comprendo la relación.

—Sí, estoy segura de que no lo comprende. Pues bien, leí en Fort-Lamy las peticiones que el señor Morel hacía circular y yo también quise hacer algo para proteger la naturaleza… Probablemente le sorprenderá, porque soy alemana y usted cree…

—Yo no creo nada en absoluto. No entiendo qué tiene que ver con eso el hecho de que usted sea alemana. Eso no explica por qué se arriesgó a llevar armas y municiones a un fuera de la ley…

—Yo vengo de Berlín —dijo ella con una especie de obstinación—. Y allí hemos visto muchas cosas… ¡Oh! No sé cómo explicarme. Es algo que se siente o no se siente. Supongo que en un determinado momento ya no pude más. De pronto tuve necesidad de… de otra cosa —añadió encogiéndose de hombros.

Sí, pensó Fields. Él conocía lo que era eso. Otra cosa… Algo diferente. Eso era lo que los directores de los periódicos le pedían constantemente. Tenían razón. Allí tenía un magnífico reportaje. Habían llegado al extremo de la duna y Minna le señaló la última choza del poblado, algo alejada de las otras.

—Es allí.

Encontraron al danés adormilado sobre una manta tirada en el suelo; tenía los párpados entreabiertos e inmóviles. Fields nunca lo había visto en persona, pero había leído artículos sobre él y en las revistas aparecía su foto con frecuencia. Y ahora tenía delante el rostro del original: un rostro que había llegado lo más lejos posible a la hora de expresar la vejez y una cierta dureza ascética, en todo caso para un europeo. (Fields sólo había visto algo parecido, si no mejor, en los chinos y los indios. Los únicos rostros de blancos que podían compararseles eran los de algunos misioneros de Asia, y ni siquiera, porque estos últimos al final perdían sus rasgos europeos y acababan por tener los ojos oblicuos). Fields se inclinó para mirar el libro

que había junto a él y vio que era la Biblia. Con esa cara, pensó, no necesita tarjeta de presentación. Le hizo una foto con el libro bien a la vista. El danés abrió los ojos y los miró a ambos fijamente, pero Fields sentía que el hombre estaba todavía muy lejos, que seguía viendo lo que acababa de abandonar. Fields le explicó que había tenido un accidente de avión, le dijo quién era y qué hacía en la región. Empezaron a hablar y Minna los dejó solos. Peer Qvist afirmaba que semejante retraso de las lluvias no tenía precedentes, que él supiera, y que las consecuencias serían espantosas para la tierra africana. Hablaba de ello con tal emoción y con tal expresión, casi de fanatismo, en sus ojos claros, que Fields sintió que en ese hombre había una compasión que iba más allá de una simple inquietud de naturalista.

—Sí —dijo el danés después de una pausa—, en momentos como éste, se diría que el mismo cielo ha decidido de pronto arrancar sus raíces más bellas de la tierra…

Fields murmuró algo confuso. No era creyente. Le pidió autorización para tomar algunas fotos y entonces se produjo un curioso malentendido. Fields se había referido a la autorización de fotografiarle a él, pero Qvist entendió otra cosa.

—Por supuesto —respondió haciendo un amplio gesto de propietario—, puede tomar todas las fotos que quiera. En este lugar hay una de las mayores concentraciones de aves que el hombre haya podido contemplar desde hace mucho tiempo. Si pudiera hacerme llegar sus fotos a Dinamarca, para mi colección, se lo agradecería.

Fields se lo prometió con gusto. Antes de salir, el danés recogió su Biblia y se la metió en el bolsillo. Mientras caminaban por la duna, Fields le preguntó por los motivos que le habían llevado a unirse a Morel.

—Puede decir que el Museo de Historia Natural de Copenhague me encargó que me uniera a él —dijo el danés con una chispa de humor en los ojos.

No parecían gustarle demasiado los organismos oficiales. Fields insistió y Peer Qvist acabó explicándole que había sido uno de los primeros destinatarios de la petición de Morel, quien le había pedido que movilizara a la opinión pública escandinava a favor de los elefantes. En la carta que acompañaba a la petición, Morel hablaba de Dinamarca, de Suecia, de

Noruega y de Finlandia, «que en parte han solucionado su problema de la protección de la naturaleza y que ahora deben ayudar a resolverlo en todas las demás partes del mundo». Peer Qvist guardó silencio un momento.

—En cierta medida, quizá tenga razón… No pienso decírselo a mis compatriotas, porque, además de que están demasiado orgullosos de sí mismos, me horroriza decir cumplidos. Pero no hay duda de que en nuestro país hay un respeto instintivo a todas las manifestaciones de la naturaleza…

Cuando había recibido la petición de Morel, se había dirigido en primer lugar al Comité de Ginebra, sin otro resultado que una prudente reserva… Por otra parte estaba en malas relaciones con ellos. Recientemente se habían negado a apoyarle en su protesta contra la instalación de bases de misiles teledirigidos en dos islotes del Pacífico sur, única escala de miles de aves raras en su migración hacia el Ártico.

—Temen que se les acuse de hacer política…

Al final no había podido resistirlo y había tomado el avión. Morel estaba todavía en Fort-Lamy, paseándose por todas partes con su cartera abarrotada de estadísticas.

—Me expuso sus proyectos… No puedo decir que le desanimase. Tenía a mis espaldas cincuenta años de luchas análogas, y sabía que ante todo había que despertar la curiosidad y el interés de las multitudes… Por otra parte, Morel no es un hombre que se deje desanimar… Sin embargo, yo le insistí en las dificultades. Me dijo: «Oh, no se preocupe, ya estoy acostumbrado. Ya hice una vez algo de este tipo… El combate más terrible que he librado en mi vida fue a favor de los abejorros…».

Estaba claro que Peer Qvist estaba dispuesto a contarle la historia de Morel y de sus abejorros, pero Fields le recondujo educadamente al tema del que estaban hablando. Los abejorros y las islas del Pacífico sólo le interesaban a medias. Evidentemente, el viejo tenía cierta tendencia a desvariar. (Años más tarde, cuando Fields se encontró con Peer Qvist en Suecia, en Upsala, poco antes de morir el naturalista, éste, obsesionado por los recuerdos, acabó contándole la historia de los abejorros, y de ese modo supo hasta qué punto, y a pesar de todas las fotos interesantes que había hecho, había fracasado en su reportaje sobre Morel). Cuando Fields le

interrumpió con el mayor tacto posible, Peer Qvist se calló y le miró irónicamente.

—Bueno —dijo—. Ya veo que le estoy haciendo perder el tiempo. Usted ha venido aquí para hacer fotos… no para oír mis explicaciones. Por otra parte, puede preguntárselo al propio Morel. Estará de vuelta de un momento a otro.

Fields vio detrás de las cañas una larga fila de pescadores kai, que, completamente desnudos y con una cesta a la espalda, avanzaban con el agua hasta la cintura, hincando cada dos pasos sus lanzas delante de ellos. Cantaban una melopea jadeante y acompasada, que cada vez que movían el brazo interrumpían con un grito. Peer Qvist le dijo que a veces mataban hasta tres siluros de un golpe de lanza. Al principio, venían también a cortar los tendones de los elefantes agotados, un tipo de caza practicado a caballo y con más valor por los kreichs de Sudán, que atacaban con machetes a las manadas en los Bongo. Pero Morel les había quitado las ganas de hacerlo nada más llegar. Justo cuando estaban rodeando la barrera de cañas, Fields vio dos masas casi compactas de aves alzar el vuelo y después volver a bajar como motas multicolores proyectadas por algún prodigioso galope. A continuación un grupo de cinco elefantes apretados los unos contra los otros apareció en medio de una nube de polvo rojizo que las cañas barrían sobre sus costados y, nada más entrar en el agua, se dispersó. Los dos animales del centro se hundieron literalmente y permanecieron tumbados de lado sin moverse, mientras que los; otros siguieron avanzando hacia las aguas más profundas.

—Sostenían a los que se han caído —dijo Peer Qvist—. Sólo Dios sabe cuánto tiempo hacía que caminaban así. Desde que estamos aquí, hemos visto llegar entre cincuenta y cien elefantes cada día…

Fields se había perdido la llegada y dejó caer la cámara sobre su pecho. (Hacía tres meses que había expirado el contrato en exclusiva que había firmado con una revista norteamericana. Había creado su propia agencia en París. Su reportaje sobre el Kuru le proporcionaría más de cien mil dólares, la suma más alta jamás pagada por un solo reportaje fotográfico). Se pasó las dos horas siguientes haciendo fotos en color a las aves que cubrían a decenas todo el fondo del pantano, un lento movimiento blanco, negro, rojo,

gris y rosa, tan pronto abigarrado como dividido regularmente en grandes manchas uniformes de aves agrupadas; una auténtica plantación viva, una fauna acuática que parecía surgir de las profundidades de la tierra más que bajar del cielo. (Fields siempre había experimentado una cierta hostilidad hacia la belleza. En su presencia, se sentía todavía más aislado. Tenía un carácter más bien suave y necesitaba armonía y concordia; no le gustaba sentirse como una nota en falso en medio de un acorde universal. En una ocasión en que había tenido que hacer un reportaje sobre los frescos de Carpaccio, se había puesto enfermo. Y esa misma reacción le producían los paisajes grandiosos; prefería un bar lleno de humo, donde uno se sentía como en casa). Mientras trabajaba, Peer Qvist le señalaba los nombres de las especies con un orgullo de propietario, pero Fields no trataba de memorizarlos; no quería distraerse: sería mucho más sencillo dar las fotos a un especialista para que las identificara. (Un experto del Museo de Historia Natural de Nueva York reconoció en los clichés a veintisiete especies de aves, de las que la mitad provenían de Europa). Y también hizo, de forma subrepticia, algunas fotos al danés. La imagen de ese viejo guardián de mirada penetrante tocado con un gran sombrero sudafricano y con una carabina en la mano, de pie al borde de un mar de aves, era una de las cosas más extrañamente conmovedoras que había contemplado en su vida. Peer Qvist pareció favorablemente impresionado ante el ardor y la rapidez con que el periodista se entregaba a su trabajo. En el camino de vuelta, estuvo de un humor más afable y Fields sintió que había ganado puntos en su estima. Aprovechó, pues, para preguntarle sobre algunas de las campañas que había realizado para la preservación de la naturaleza y se quedó bastante sorprendido cuando el danés, después de hacer una larga enumeración de las especies a las que había defendido y en la que parecía estar incluida toda la creación, concluyó con cierta brusquedad:

—¡Y en todas partes he defendido la libertad! —después de lo cual se encerró en un sombrío mutismo que parecía estar hecho de los recuerdos de todas aquellas luchas pasadas.

Fields empezaba a conocer el humor de su compañero y se guardó mucho de interrumpir su sueño; caminaron en silencio hasta la orilla de la duna, donde Minna estaba preparando una comida. Forsythe bromeaba con

ella, de pie, interrumpiéndose de vez en cuando para vaciar directamente en su boca, con la ayuda de su cuchillo, el contenido de una lata de conserva americana. Fields no tardó en darse cuenta de que Morel había debido de preparar su campaña cuidadosamente y con mucha antelación. Además de una gran variedad de víveres en conserva, cajas de municiones, un botiquín de urgencia y material de campamento, su equipo tenía el sello de una preparación probablemente muy elemental, pero que excluía la idea del «pronto» de un «orgulloso» tal y como calificaban a Morel un poco por todas partes. En realidad, durante el proceso se supo que aquel embrión de organización había sido obra de Waitari, quien, poco antes de pasarse a la oposición, había empezado a instalar en el Kuru un campo de entrenamiento para el futuro ejército independentista africano. La existencia de aquel campo en el A. E. F. había sido anunciada en la época por los periódicos y desmentido por las autoridades. Waitari había empezado a preparar puntos de apoyo para su «maquis» en 1948 —cuando la inminencia de un tercer conflicto mundial le había parecido segura—, mientras realizaba sus últimas giras como diputado en el A. E. F. antes de refugiarse en El Cairo para pronunciar en la radio su famoso discurso de ruptura con Francia. Con la ayuda de Habib, había podido establecer así tres núcleos de maquis futuros, muy embrionarios, pero que él se proponía aprovisionar mejor más tarde. Después, los jefes de las tribus, que le habían escuchado cuando todavía era diputado, habían denunciado aquellos escondites a las autoridades, salvo el viejo Ghaliti, jefe de un poblado del Kuru y uno de los contrabandistas más respetados de los confines sudaneses. El lago se difuminaba y adquiría un tono grisáceo. Se oían los barritos de los elefantes, que conseguían revivir un poco gracias al primer frescor de la noche. Fields empezaba a tener fiebre y además le dolían las costillas; sentía sobre él el peso del cansancio acumulado a lo largo de la jornada. Apenas pudo tocar las conservas y las croquetas de pescado mezclado con harina de mijo que Minna le pasó en una escudilla; se disculpó y fu a tumbarse en la arena. Una sola idea le mantenía despierto: estar si Morel llegaba antes de que se hiciera de noche para tomarle una foto. Mientras tanto, preguntó a Peer Qvist si esperaba mucho de la conferencia de Bukavu.

—Yo creo que tomarán por fin una decisión —respondió el naturalista —. El mundo entero exige que se pongan de acuerdo de una vez por todas sobre este asunto… Y como usted sabe, hemos atraído de una manera espectacular la atención del público sobre sus deliberaciones.

Un poco más tarde, Forsythe le habló de su piloto.

—No podíamos dejarlo en la carlinga… Pensé que lo mejor que podíamos hacer era colocarlo en el agua, a la espera…

Tendió a Fields el paquete de tabaco que éste le había dado.

—He recuperado los suyos.

Fields se sintió molesto: se había olvidado por completo de Davies.

—Le he sumergido entre dos rocas, a dos metros de profundidad, para que no lo pisoteen los elefantes, y he dejado sus objetos personales en la choza de usted, por si quiere enviárselos a su familia.

—Le diré que yo le conocía muy poco —dijo Fields.

Apenas había acabado de hablar cuando vio aparecer tres jinetes en lo alto de la duna. Uno de ellos era un blanco. Fields se levantó de un salto y cogió su cámara. Le desapareció cualquier rastro de cansancio e hizo su primera foto a Morel menos de treinta segundos después de haberlo distinguido. En aquel momento calculó que sólo disponía de cinco o diez minutos de buena luz y los utilizó al máximo. Hacía mucho tiempo que no había sentido una sobreexcitación profesional semejante, concretamente desde las primeras horas de la liberación de París. (No le gustaban demasiado los franceses, pero adoraba París). Tiró media película antes de establecer con Morel algún tipo de contacto personal. Los dos africanos que acompañaban a este último miraban con desconfianza al periodista, pero Morel se mostró divertido al oír las explicaciones de Forsythe. Entregó las bridas de su caballo al adolescente vestido con una túnica blanca que lo acompañaba, se sentó en la arena y empezó a comer con apetito, dejándose fotografiar con una cierta complacencia, al menos eso le pareció a Fields, que se conocía muy bien el percal. El más alto y anciano de los dos africanos poseía unos rasgos árabes muy marcados: tenía la nariz aguileña y una fina línea de pelos grises por encima y por debajo de los labios. Fields se acordó de que Fort-Lamy atribuían la facilidad con la que Morel escapaba a las autoridades a la presencia a su lado de uno de los mejores

rastreares del A. E. F., a quien todo el mundo daba por muerto desde hacía mucho tiempo. Seguramente era aquel hombre. El otro era un adolescente con el rostro ligeramente sombrío. Bajo la inmovilidad de sus facciones había algo intenso y secreto, una violencia contenida que intrigó enseguida a Fields, una pasión oculta, una inteligencia y una voluntad un poco misteriosa de impasibilidad que él descubrió inmediatamente. Pero las dramáticas horas vividas después de su llegada al Kuru le hicieron olvidar al adolescente, y hasta el momento del juicio no supo el papel decisivo que éste había desempeñado en la aventura de Morel. Y ni siquiera en aquel momento pudo nadie decir con seguridad si el francés había salido vencedor de la prueba o si esa confianza sonriente y tranquila que él tenía en la lealtad humana le había hecho acabar en alguna espesura perdida del bosque ecuatorial, donde sólo las hormigas están siempre seguras de tener la última palabra. Mientras comía, Morel contó a los demás los resultados de su expedición a Gfat. El comerciante del lugar, un extraño tipo de aspecto muy poco sincero, tenía una radio, pero las dos emisiones de Brazzaville que Morel había podido oír no mencionaban en absoluto los trabajos de la conferencia para la protección de la fauna africana. Pero al menos había podido comprar algunas provisiones, unas camisas y unos pantalones cortos. Lo mejor era reunirse con Waitari en Jartum tal y como habían acordado: si las potencias representadas en la conferencia habían adoptado los compromisos necesarios, tanto mejor; de lo contrario, habría que continuar. En cualquier caso debían enterarse de lo que estaba sucediendo fuera de allí. En primer lugar había que medir el entusiasmo con que la opinión pública apoyaba su campaña. Entonces podrían decidir con conocimiento de causa la conducta que debían seguir. Fields, que le escuchaba atentamente, se sentía bastante desconcertado. En Morel había algo sencillo, directo, que sugería bastante sentido común y un espíritu práctico. No era más que una impresión, pero Fields estaba acostumbrado a las instantáneas. Morel tenía el aspecto seguro de alguien que se dedica a cumplir tranquilamente con su trabajo. Con su voz clara, un poco barriobajera, y su rostro de rasgos francos le recordaba los barrios populares de París, y resultaba extraño verle y oírle allí, entre los elefantes de África. La característica más acusada de su rostro era la obstinación —visible en la

forma de su frente y de su boca—, que, sin embargo, no excluía una alegría irónica en el fondo de sus ojos. Fields se decidió por fin a hacerle algunas de las preguntas que se había estado preparando a lo largo de todo el día. (No tenía costumbre de hacer entrevistas. Cuando el reportaje exigía ir acompañado de un texto, lo que sucedía muy raras veces, le añadían alguno. Pero era un trabajo que nadie deseaba hacer, porque sus fotos eclipsaban el texto). Empezó hablando a Morel de la curiosidad que su persona suscitaba en todas partes y de su petición apoyada por cientos de miles de firmas…

—Le atribuyen un móvil político… Dicen que los elefantes son para usted el símbolo de la independencia africana. Los nacionalistas lo proclaman abiertamente y le prestan su apoyo…

Morel asintió.

—Eso ya me lo conozco. Todo el mundo considera muy astuto incorporar los elefantes a su lucha, pero nadie hace nada por ellos. Si se fija, cada uno asocia los elefantes con lo que le es más propio, y eso me conviene. Por lo demás, el que sean comunistas, titistas, nacionalistas, árabes o checoslovacos me importa un bledo. Si están de acuerdo al respecto, me conviene. Lo que yo defiendo es un margen: quiero que los países, los partidos, los sistemas políticos, se aprieten un poco para dejar espacio a otra cosa, a una aspiración que no debe verse nunca amenazada… Nosotros estamos realizando aquí un trabajo muy concreto, la protección de la naturaleza, empezando por sus hijos más grandes… No hay que ir a buscar más lejos.

—Hace ya varios meses que dirige el maquis. ¿Cómo explica la facilidad con que siempre ha escapado de las autoridades?

Morel rió sardónicamente.

—¡Porque todo el mundo me quiere mucho!…

—Usted ha herido a algunos cazadores y ha quemado granjas, pero nunca ha matado a nadie. ¿Es una casualidad?

—He apuntado lo mejor posible.

—¿Para evitar matar?

—A un tipo nunca se le enseña nada matándolo… Al contrario, se le hace olvidar todo. ¿No le parece?

Pareció muy orgulloso de su frase.

—Las autoridades y los cazadores afirman que, contrariamente a sus declaraciones, los elefantes no corren ningún peligro de extinción. Y que, de hecho, se encuentran perfectamente protegidos.

—¿Y que, por tanto, se puede seguir matándolos?

Fields no supo qué contestar.

—Hay regiones enteras de donde ya han desaparecido —continuó Morel—. Todo el mundo las conoce: figuran en el mapa. Incluso ocupan la mayor parte… Pero en otras regiones están gravemente amenazados… Ya sé que existen reservas, pero cuando tienen que alabarlas tanto, está claro lo que sucede en otros lugares. Puedo mostrarle regiones cinco o seis veces más grandes que Francia en las que no se ven elefantes desde hace dos generaciones, pero la administración local le dirá tranquilamente que los hay en todas partes, que viven libres y felices, y que es usted quien tiene mala fe y se niega a verlos…

Por primera vez se percibía cierta cólera en su voz. A Fields empezaba a palpitarle el corazón. No se sentía a la altura. Comprendía que el fondo del asunto estaba allí, a su alcance, que le bastaría con hacer la pregunta adecuada. Pero todo lo que se le ocurrió decir fue:

—Me sentiría feliz si usted pudiera especificarme una vez más la naturaleza de sus relaciones con los nacionalistas… En Estados Unidos nos interesa mucho ese problema.

—Todos los que quieran ayudarme serán bienvenidos. En cuanto al nacionalismo, ya sabe… Lo mismo me da que sean cazadores blancos o cazadores negros, que sean antiguos o nuevos. Apoyaré a todos los que tomen las medidas necesarias para proteger la vida libre. Las razas, las clases o las naciones a las que pertenezcan me son indiferentes… Si Francia pudiera asegurar el respeto a los elefantes abandonando África, significaría que Francia se quedaría aquí para siempre… Me extrañaría un poco, pero desearía verlo.

Y añadió como de pasada:

—Yo participé en la Resistencia durante la ocupación… Y si lo hice no fue sólo para defender a Francia contra Alemania, sino también y sobre todo para defender a los elefantes contra los cazadores…

Fields sujetaba con fuerza su cámara. Estaba nervioso. No tenía ninguna intención de hacer más fotos. Por otra parte había demasiada oscuridad. Apenas veía a Morel: sólo una sombra sentada en la arena. Trataba de acostumbrar sus ojos de miope a las estrellas. También él estaba sentado en la arena, con las piernas separadas. Para protegerse del sol, se había puesto en la cabeza su pañuelo con las cuatro puntas anudadas y se le había olvidado quitárselo. Ya no veía prácticamente a Morel, pero le oía perfectamente. Y también empezaba a ver las estrellas.

—Nunca me ha gustado la política. Por no gustarme, ni siquiera me gustan las huelgas. Siempre he estado en contra. Sin embargo, debo reconocer que cuando un obrero de la Renault se pone en huelga, no lo hace por razones políticas, sino para poder vivir como un hombre… En el fondo, también él está defendiendo la naturaleza…

Guardó silencio durante un instante.

—En cuanto al nacionalismo, hace mucho tiempo que sólo debería existir en los partidos de fútbol… Lo que estoy haciendo aquí podría estar haciéndolo en cualquier otro país…

Se echó a reír.

—Tal vez no lo haría en los países escandinavos. Aunque tampoco estoy demasiado seguro, algún día tendré que ir allí para ver cómo funcionan las cosas. Hacen demasiada banda aparte…

Fields seguía pensando en la pregunta que quería hacerle. Sentía que bastarían algunas palabras para decirlo todo. Las tenía en la punta de la lengua… Pero decidió que su francés no estaba a la altura. Le faltaba vocabulario. Al menos ésa fue la disculpa que él mismo se puso. Y además, tal vez fuera algo demasiado vago, demasiado difícil de formular. Optó por conformarse con un punto concreto:

—Usted parece hacer responsables sobre todo a los cazadores europeos, a los plantadores y a los aficionados a los safaris. Pero por lo que he oído en Fort-Lamy, me ha parecido entender que los indígenas son los que más elefantes matan…

Morel inclinó la cabeza.

—Eso es cierto. El año pasado mataron a unos cinco mil sólo en el Congo. Ésa es la cifra oficial, lo cual significa que al menos será el doble…

Por no hablar del resto de África…

Miró a Fields dando una calada a su cigarrillo.

—Sin embargo, los negros tienen una disculpa sagrada: no comen lo suficiente. Necesitan carne. Es una necesidad que todos llevamos en la sangre y contra la que no se puede hacer nada por el momento. De modo que matan a los elefantes para llenarse el vientre. Es lo que se llama técnicamente una necesidad de proteínas. La moraleja de esta historia es que hay que darles las suficientes proteínas para que puedan permitirse el lujo de respetar a los elefantes. Hacer por ellos lo que hacemos por nosotros mismos. Ya lo ve, en el fondo yo también tengo un programa político: elevar el nivel de vida de los negros africanos, lo cual forma parte automáticamente de la protección de la naturaleza… Deles bastante de comer y podrá explicarles el resto… Cuando tengan el estómago lleno, comprenderán. Si queremos que siga habiendo elefantes en la Tierra, que continúen estando con nosotros mientras dure nuestro mundo, lo primero que debemos hacer es impedir que la gente se muera de hambre… Ambas cosas van unidas. Es una cuestión de dignidad. Está bastante claro, ¿no le parece?

Se levantó y se alejó, su figura pareció perderse entre las estrellas. Ahora Fields tenía una idea bastante clara del asunto, pero ¿sería capaz de ponerlo todo por escrito? Fue consciente de lo mucho que le dolían las costillas en cuanto hacía el más mínimo movimiento: la tensión que le sostenía acababa de abandonarle. Lo único que le preocupaba ahora era encontrar la forma más rápida y segura de hacer llegar sus fotos y su entrevista a su agencia de París. Estaba emocionado por el valor comercial del reportaje que tenía en sus manos y, para no perder la costumbre, estaba obsesionado por el temor de que pudieran estropeársele los carretes. La mejor solución sería ir a Jartum. El mismo Morel tenía pensado ir allí, pero todavía no sabía cuándo y Fields sentía que lo mejor sería ponerse en camino enseguida. Sobre todo porque los cincuenta kilómetros de pista que había que recorrer para coger la carretera en un punto llamado el pozo de Gfat —donde, según Forsythe, podía confiar en encontrar alguna caravana y conseguir que le llevaran al menos hasta la carretera de El Fasher— exigían un esfuerzo que más le vaha realizar de inmediato, antes de que el

dolor le aumentara y se le volviera insoportable. (Nunca había hecho ningún trayecto largo a caballo). Sin embargo, decidió quedarse. Era totalmente consciente de que esa decisión no tenía ningún carácter profesional: le daba pena separarse de Morel.

OceanofPDF.com

XXXVI

Los camiones avanzaban por la pista con una lentitud exasperante que parecía acentuar todavía más las dificultades de la empresa, el calor y la ausencia de límites de aquel paisaje del Bahr el Gazal con sus arbustos de espinas al ras de las piedras y sus matojos de hierba seca, en donde incluso la nube de polvo levantada por una hiena que corría en diagonal se convertía en un acontecimiento. La misma pista le parecía ilusoria a Waitari: algunos matojos de hierba menos, ésa era la única diferencia.

—Ahora sólo nos faltaría que empezara a llover —dijo.

—El servicio meteorológico no ha hablado de lluvia —dijo Habib—. Pero ya se verá, *Insha'Allah!*

De Vries llevaba catorce horas conduciendo. Waitari veía su rostro de tez clara —con las facciones como reducidas, brutales en su pequeñez carnosa de líneas bruscas—, sus cabellos pegados y sus ojos azules fijos en la pista. Habib iba sentado entre los dos con un cigarro apagado en los labios, cuyo olor frío acababa de desanimar a Waitari. La cabina estaba tan recalentada que las mismas gotas de sudor resultaban un alivio. Se sentía inquieto, agotado por las largas sacudidas del camión y deslumbrado por la luz del desierto, de la que había perdido por completo la costumbre; se sentía furioso contra sí mismo por haber olvidado traerse unas gafas oscuras. Cada vez que miraba a De Vries, no entendía cómo éste podía mantener durante tantas horas sus ojos claros fijos en la carretera ardiente, que casi había que adivinar entre las piedras. A medida que se acercaban a su objetivo, las posibilidades de éxito le parecían cada vez más dudosas. La única garantía que tenía eran las promesas de De Vries, que pretendía ser experto en la materia y parecía efectivamente conocer toda la región, y también el optimismo de Habib, pero ese optimismo era algo consustancial en él. Ya era demasiado tarde para echarse atrás. Y si hubiera tenido que

volver a hacerlo, probablemente hubiera actuado de la misma manera; era la única forma de conseguir una suma de dinero importante. Y aunque la experiencia fuera un fracaso material, aún le quedaría la posibilidad de enfrentarse con sus cuarenta hombres armados y vestidos de uniforme contra algún destacamento francés: en el fondo, un comunicado del tipo «nuestras tropas han atacado a un grupo de rebeldes» era lo mejor que podía sucederle. Sin embargo, había que evitar a toda costa que les tomaran por «saqueadores» que habían cruzado la frontera del Sudán; en el caso de que eso ocurriera, él estaría allí para poner las cosas en claro, y la radio de El Cairo haría el resto. Por desgracia había perdido la costumbre de hacer esa clase de esfuerzos físicos. Durante veinte años, aparte de algunas giras electorales, había vivido siempre en las ciudades, y ahora las echaba en falta de una forma atroz. Lo que más le gustaba del mundo eran los grandes debates, las asambleas públicas donde podía hacer oír su voz, de cuyo poder era consciente, y las tribunas, esos tronos de la democracia. Sentía nostalgia de París, de las comidas que su mujer organizaba, del ambiente de las reuniones políticas, donde su rostro negro llamaba inmediatamente la atención. Tal vez hubiera cometido un error. Pero la suerte estaba echada. El nuevo conflicto mundial parecía tan próximo cuando él había tomado su decisión, que ni siquiera podía decir que se hubiera equivocado. Simplemente las circunstancias le habían jugado una mala pasada. En cualquier caso, le habían atacado y le habían derrotado en las elecciones so pretexto de que había abandonado su partido dos años antes de que finalizara la legislatura para acercarse a la extrema izquierda. Por lo tanto, ya no podía pensar en un nuevo mandato parlamentario. Sólo le quedaban los foros internacionales, y en ese momento se encontraba en el único atajo que le podía conducir hasta ellos. Sobre todo porque su idea no era tanto explotar la conciencia nacionalista de los oulés, que sólo se enorgullecían de sus brujos y de sus fetiches, como la de Estados Unidos, la India y Asia. Incluso lo que él había representado en el parlamento francés no habían sido ciertamente las ideas democráticas de las tribus oulés, sino la conciencia que tenían los franceses de sus propias aspiraciones democráticas. En todo caso, hablar de progreso era hablar del extranjero. Así pues, lo único que tenía que hacer era hablar muy alto y con mucha

magnificencia para que pudieran oírle desde muy lejos. Lo importante era acceder directamente y por la puerta grande a la tribuna mundial y a los foros internacionales, siguiendo el ejemplo de los dirigentes palestinos. Tenía que superar simplemente la etapa africana para acceder a las altas esferas de la internacional nacionalista, basada intrínsecamente en el racismo y en la religión, y luego descender a las masas africanas, con todo el prestigio que aquello le conferiría. Si tenía que esperar a que los oulés tuvieran aspiraciones nacionalistas, significaría trabajar para las generaciones futuras, en una palabra, renunciar a cualquier gloria inmediata. En oulé, en massa y en go, la palabra «nación» no existía; las barreras entre las tribus seguían permaneciendo alzadas. Lo mismo sucedía con las barreras lingüísticas; él había pasado la mayor parte del tiempo de su actividad política defendiendo y estimulando la enseñanza del francés, yendo en contra de los dialectos, con el fin de preparar las vías de penetración necesarias para la propaganda nacional y la unidad. Era el único medio de educar a las masas y de despertar su espíritu reivindicativo. Hasta ahora, la única reivindicación de los oulés que había podido aprovechar con algún éxito era su necesidad de carne, la necesidad ancestral del hombre africano y del hombre a secas. Era una necesidad más profunda y más imperiosa que la de una estructura nacional. En su juventud había visto con frecuencia cómo los hombres de su poblado mataban a los animales y los devoraban inmediatamente, y cómo los más ávidos se comían hasta diez libras de carne de una sola vez. Desde el Chad hasta El Cabo, la avidez del africano por la carne, eternamente fomentada por las hambrunas, era lo más fuerte y lo más fraternal que el continente tenía en común. La carne era un sueño, una nostalgia, una aspiración constante, un rito psicológico del organismo mucho más fuerte todavía que el instinto sexual. Era la aspiración más antigua, más real y más universal de la humanidad. Pensó en Morel y sonrió amargamente. Para el hombre blanco, el elefante sólo había representado durante mucho tiempo el marfil y, para el hombre negro, sólo carne, la más abundante cantidad de carne que un golpe certero de lanza envenenada pudiera proporcionarle. La idea de la «belleza» del elefante, de la «nobleza» del elefante, era una noción de hombre saciado, de hombre habituado a los restaurantes, a dos comidas

diarias y a los museos de arte abstracto. Era una visión de las mentes elitistas que, ante las repugnantes realidades sociales a las que eran incapaces de hacer frente, se refugiaban en las elevadas nubes de la belleza y se embriagaban con las vagas y decadentes nociones de lo «bello», de lo «noble», de lo «fraterno», simplemente porque la actitud puramente poética era la única que la historia les permitía adoptar. Los intelectuales burgueses exigían a su decadente sociedad que se llenara de elefantes, porque pensaban que de esa forma ellos mismos escaparían a la destrucción. Se sabían tan anacrónicos y pesados como esos animales prehistóricos: era una simple forma de pedir piedad para ellos mismos con el fin de que los respetaran. El caso de Morel no podía ser más típico. Era mucho más cómodo convertir a los elefantes en un símbolo de la libertad y de la dignidad humana que traducir políticamente esas ideas dándoles un contenido real. Sí, era muy cómodo reclamar la prohibición de cazar elefantes en nombre del progreso y admirarlos después tiernamente en el horizonte con la conciencia tranquila por haber devuelto al hombre su dignidad. Se evitaba la acción refugiándose en el gesto. Era la actitud clásica del idealista occidental y Morel era un ejemplo perfecto. Pero para el africano, el elefante no tenía más belleza que el peso de su carne y, en cuanto a la dignidad humana, consistía ante todo en tener el estómago lleno. En cualquier caso es por donde esta empieza. Cuando el africano tuviera el estómago lleno, quizá entonces también se interesaría por la parte estética del elefante y se entregaría a una agradable meditación sobre las bellezas de la naturaleza en general. Pero por el momento, la naturaleza le aconsejaba que abriera el vientre del elefante, que lo desgarrara y que comiera, que comiera hasta el estupor, porque no sabía cuándo le llegaría el próximo trozo. Pero ese tipo de cosas no se podía decir abiertamente. Por ahora, el mismo marxismo era un lujo difícil. Los nuevos nacionalismos tenían todas las de ganar en un futuro próximo situándose en el terreno del sentimentalismo burgués decadente, donde la «belleza de las ideas» era un argumento a menudo decisivo, en lugar de en el terreno del materialismo histórico, que afectaba directamente a la burguesía en sus entrañas. Ésa era la razón de que él hubiera hecho todo lo posible para incorporar a su programa la protección, el «respeto» a los elefantes y toda la acción de

Morel. Pero el sentimentalismo de las multitudes occidentales superaba todo lo que él conocía: era necesario acabar con el equívoco que ocultaba al mundo la importancia de él, de Waitari. Y también conseguir los fondos indispensables para crear una organización seria. Llevaba en los tres camiones a cuarenta hombres completamente armados y equipados, pero aún no había podido pagar a ninguno de ellos. Si la expedición se saldaba con un fracaso, se encontraría en una situación sin salida. Lo único que había podido pagar, gracias a un traficante de Jartum que había accedido a adelantarle algo de dinero, eran los uniformes caquis provenientes de los restos del ejército inglés. Estaba completamente en manos de Habib y de De Vries. Era sorprendente que todas las grandes empresas humanas de la historia dependieran en determinados momentos de unos vulgares canallas. Los comerciantes de armas, los espías, los agentes provocadores, los suministradores de fondos turbios, se hallaban íntimamente unidos a algunos de los logros más nobles del hombre. Lo cual no quería decir por desgracia que su presencia bastara para garantizar el éxito de la empresa.

Se volvió hacia Habib y sorprendió su mirada burlona posada en el quepis que tenía sobre las rodillas. Era un antiguo quepis azul celeste de teniente de reserva del ejército francés que había conservado como un objeto precioso para mantener su prestigio ante las tribus. Se había limitado a arrancarle los galones de teniente para sustituirlos por las cinco estrellas de general. Nada de estrellas doradas francesas: cinco estrellas negras que había hecho bordar sobre el fondo azul. «Sí, era un general sin tropas —pensó bajo el efecto de esa mirada burlona—. Pero esas tropas se encontraban en la India, en Asia, en América, e incluso en Francia. Bastaría con que alzara lo suficiente la voz para llegar hasta ellas».

—Yo no necesito tener un ejército —dijo—. Las ideas no tienen necesidad de tropas, triunfan por sí solas. Pero si se produce alguna escaramuza, hay que estar vestido de uniforme para tener derecho a un comunicado serio.

Habib pensó que Waitari no había entendido en absoluto su mirada de admiración. Mientras contemplaba maravillado el quepis azul claro con las estrellas negras sintió de nuevo una gratitud infinita hacia la vida por todas las joyas que le había puesto en su camino. Era un quepis completamente

francés y las cinco estrellitas negras cosidas en el lugar de los galones de teniente expresaban perfectamente lo que querían expresar; y sobre todo, hasta dónde podían llegar los hombres en su soledad.

—Tiene mucha razón —dijo Habib.

En cuanto a él, se había negado enérgicamente a volver a ponerse el uniforme y sólo había conservado su gorra de capitán de yate. Siempre había navegado, si no bajo su propio pabellón, al menos siempre para sí mismo, y pensaba seguir haciéndolo. Era el típico aventurero nato que no se unía a ninguna causa, y, si le movía algún ideal, era el de estar a la altura de todas las maravillosas posibilidades que la vida le ofrecía. Y también, en este caso, el de proporcionar a su joven e interesante amigo algunas distracciones deportivas típicas de su edad y permitirle al mismo tiempo solucionar una cuenta pendiente con la naturaleza.

—Ya no habrá más escaramuzas —dijo De Vries—. Conozco la zona. El único puesto militar que hay está en la frontera, a doscientos kilómetros hacia el norte: sólo dispone de seis hombres…

—No va a llover —añadió Habib—. Puede fiarse de mí… Tengo mucha suerte.

Forsythe empezaba a perder la paciencia. No comprendía la manifiesta repugnancia de Morel a dejar el Kuru. No entendía qué ganaban quedándose en el lago. Morel podía repetir todas las veces que quisiera que la región estaba desguarnecida de tropas, pero había cometido una imprudencia yendo a Gfat, un lugar de paso conocido y vigilado a causa de las caravanas de contrabando. No hubiera tenido ninguna importancia si hubieran abandonado el lago en el momento adecuado, pero estaba seguro de que ahora todo el mundo sabría que se encontraban allí. Corrían el peligro de dejarse atrapar tontamente, justo en el momento en que él pensaba volver a Estados Unidos y rehacer su vida. Probablemente los resultados de la conferencia del Congo ya se conocerían en Jartum y el mismo Morel admitía que debían ir allí antes de decidir lo que convenía hacer a continuación. Forsythe estaba convencido de que, aunque los delegados aprobaran por unanimidad en Bukavu las disposiciones

necesarias para proteger a los elefantes, Morel seguiría vagando el resto de su vida en torno a las manadas. Como estaba sin blanca, en cuanto el último rayo de su celebridad efímera se extinguiera, Morel se convertiría también en una de esas muchas ruinas africanas que aparecen de pronto en los bares y cuya historia la gente murmura con una sonrisa de piedad, sin siquiera tomarse la molestia de bajar la voz: «Mirad, ahí tenéis a Morel. Yo pensaba que había muerto hace mucho tiempo. Con todo lo que se habló de él en su momento… Sí, como suele decirse conoció su momento de gloria». Entonces seguiría una larga historia que despertaría en el interlocutor algunos vagos ecos y luego un «¡Ah, claro, me acuerdo de él perfectamente… Era el hombre que defendía a los elefantes…!», acompañado por una nueva mirada divertida a Morel en la que no dejaría de haber cierta compasión y un sentimiento de satisfacción por haberse limitado siempre a ocuparse de sus propios asuntos… Forsythe sonrió amargamente: conocía muy bien todo eso y no pensaba seguir a Morel en su caída. Evidentemente podría haberlos dejado allí e irse solo, pero había conservado de su experiencia de Corea una necesidad casi enfermiza de lealtad. Y luego estaba Minna. Intentaba comprender en vano su actitud, su absoluta indiferencia a todo lo que él le decía. Sonreía, era lo único que hacía. Por otra parte, apenas se veían. Lo cual era también algo inexplicable: los cuatro vivían en chozas separadas, cada uno en su rincón y, salvo durante las comidas que ella les preparaba, apenas se hablaban. A Forsythe, que al igual que la mayoría de sus compatriotas tenía un instinto gregario muy acentuado y, por lo tanto, una gran necesidad de compañía, aquello le indignaba. Eran cuatro soledades monstruosas que se negaban a frecuentarse, a apoyarse los unos a los otros. Incluso Idriss y Yussef hacían banda aparte: vivían separados y no se hablaban casi nunca. Morel se pasaba los días en el lago, entre sus elefantes. Peer Qvist desaparecía en los pantanos, probablemente ocupado en contar las decenas de millares de aves para ver si faltaba alguna. La única que se quedaba en la duna era Minna, sentada a la orilla del agua, mirando los elefantes con una intensa expresión de placer y casi de felicidad. A Forsythe le irritaba su actitud, pero se veía obligado a respetarla. Se encontraba una vez más solo. Antes, todo aquello le hubiera parecido natural. Él tampoco se sentía especialmente atraído por

los rostros humanos, por la compañía de los hombres. Pero ahora ese vínculo psicológico con los otros tres se había roto. Le parecía que la obstinación de Morel, de Peer Qvist y de Minna sobrepasaba los límites humanos, que su intransigencia y su exigencia empezaban a adquirir unas proporciones ilimitadas e imposibles, y que se perderían por completo en la persecución del cielo, en esa lucha por alcanzar unos horizontes que ya no tenían nada de terrestres. Una mañana intentó convencer a Minna de que ya no podían continuar errando en esa tierra de nadie en la que se habían perdido. Se la encontró discutiendo como todas las mañanas con los dos kais que venían a traerle esas bolitas de pescado que nada más verlas le producían náuseas. No entendía por qué discutían de esa forma. Cada uno de ellos se expresaba en un idioma que el otro no comprendía: Minna les hablaba en alemán y ellos le respondían en kai, acompañando sus palabras con movimientos de cabeza cómplices y gestos expresivos. Aquello duraba un cuarto de hora todos los días y después, aparentemente muy satisfechos los unos de los otros, se separaban con grandes sonrisas. Él le dijo que no tenían ninguna razón para quedarse allí, que era peligroso, que habían hecho por Morel y sus elefantes todo lo que estaba en sus manos y que él se proponía llegar a Jartum. Ante su sorpresa, ella le dio su visto bueno inmediatamente.

—Tal vez encuentre un camión en Gfat —dijo—. Parece ser que a veces pasan por allí.

—¿Y usted? —dijo él indignado.

—¿Yo qué?

—¿No va a venir?

—¿Dónde quiere que vaya?

—Conmigo…

—¿Y dónde quiere que vaya con usted, mayor Forsythe? ¿Acaso va a pedirme que me case con usted?

—Por supuesto —dijo él haciendo un esfuerzo muy poco convincente para recuperar su tono cínico. E inmediatamente añadió—: Le estoy hablando en serio.

Ella le sonrió con mucha amabilidad.

—Gracias —le dijo—. Pero no voy a casarme con usted sólo porque no sé dónde meterme… Sabe, mayor Forsythe, el amor existe…

—¿Se trata de Morel? —preguntó él suavemente. Minna hizo un gesto con la cabeza.

—No, no se trata de Morel. Quizá sólo sea Morel, pero no lo es… No, no es Morel… Ya no es nadie… ahora.

Miró hacia otro lado y se fue. Forsythe la vio caminar por la duna hacia la línea baja del cielo por encima de las cañas. Pensó en lo que contaban de ella en Lamy, en la trágica aventura que había tenido con un oficial ruso que había sido fusilado. «Debe de ser eso», se dijo al verla alejarse por la duna, y deseó con toda su alma ser un oficial ruso fusilado.

—¿En el Kuru? —repitió el gobernador—. Ese lugar ya casi no pertenece a mi zona…

Pero sí pertenecía a su zona. Siempre pertenecía a su zona. Todos los problemas desagradables tenían que tocarle a él. Cuando una tribu decidía de pronto que no podía vivir un segundo más sin conseguir testículos de elefantes para sus ceremonias mágicas y empezaba a destrozarlo todo, porque no le permitían cortar los suficientes, tenía que ser una tribu oulé de su zona y no del Chad, donde sin embargo hay tantas. Cuando los hombres-leopardos empezaban a pensar que hacía mucho tiempo que no se hablaba de ellos y desgarraban con sus garras cinco poblados en un mes, tenía que ser en su zona. Cuando un muerto desaparecía misteriosamente justo antes de ser pintado de verde, azul y amarillo —en su origen, el rito tenía como fin hacer que el cuerpo fuera intocable, reservado sólo a los espíritus— y a continuación sólo se encontraban unos huesos roídos, tenía que ser en su zona, y también tenía que encontrarse precisamente allí un periodista de paso que metiera la nariz en el asunto, aunque hiciera quince años que no ocurriera un caso semejante de canibalismo. En general, cuando un periodista venía a meter la nariz en algún asunto, siempre era en su zona. Cuando la sequía asolaba África, las informaciones publicadas siempre tenían que citar sus plantaciones y sus parques naturales para dar una idea de las proporciones del desastre. Y cuando un misántropo furibundo decidía

«elegir los elefantes», tenía que realizar su hazaña más sensacional precisamente en su zona, delante de sus narices. Podría haber ido a la zona de Du Niarque, cuyos bosques eran los más espesos y más inaccesibles y donde habría estado muy bien, o a la zona de Bardassié, que tenía bajo su grueso trasero cien mil kilómetros muy acogedores —siempre que no se mencionara la mosca tsé-tsé, la filariasis y las más bellas concentraciones de trigonídidos de África— o bien a la zona de Vandarem, donde había igualmente todo lo necesario para ser feliz. Pero no, tenía que venir a su zona. Por otra parte se lo esperaba desde el principio. En cuanto había oído hablar de las primeras hazañas de Morel en el Chad, se había sentido incómodo, e incluso inquieto: «Qué extraño —se había dicho—, ¿cómo es posible que no sea en mi zona?». Estaba claro que se trataba de un malentendido. Morel debía de haberse dado cuenta. Cuando decidió aparecer en pleno centro de una ciudad, había elegido Sionville, y cuando sintió la necesidad de administrar una azotaina a alguien para desfogarse, había elegido a la pequeña Challut, y naturalmente con los apoyos políticos de su marido… las consecuencias no se habían hecho esperar. Se decía que su sucesor ya había cogido el avión. Y sin embargo, el gobernador de los oulés no hubiera cambiado su puesto y su circunscripción por nada del mundo. África era así: siempre sucedía algo diferente, inesperado. Uno podía conducirla muy suavemente hacia una dirección nueva, pero siempre seguiría sorprendiéndote, haciendo surgir ante tus ojos algo extraordinario, completamente insensato, y si todavía existía un lugar donde un hombre pudiera suscitar una leyenda, era éste. Probablemente Morel le haría perder su puesto, pero aun así no le guardaba ningún rencor, incluso había llegado a sentir un auténtico afecto por aquel iluminado. Era un aventurero digno de África, a la medida de sus supersticiones, de sus cuentos y de sus historias absurdas. Y después de él surgirían otros aventureros, blancos, rojos, negros o amarillos, porque en África, lo extraordinario jamás diría su última palabra. Pero aquél era un hombre que seguía los dictados de su corazón. En cuanto a su sucesor… Tal vez hubiera alguna forma de solucionar ese asunto. Sonrió. El gobernador de los oulés era un joven de rostro alegre y enérgico y no se dejaría vencer tan fácilmente. Se volvió hacia Borrut. El oficial había sido destacado junto a él, desde el Chad, expresamente para el

caso, ya que aquello ocurría ahora en su territorio; además, se había ocupado del caso Morel desde el principio. Eso demuestra, pensó el gobernador, lo que ya sabemos, que los militares tienen mucha más talla que los funcionarios.

—Continúe.

Borrut rozó rápidamente el mapa con el dedo.

—Este puntito azul que ve aquí y que no está en su zona, como usted dice, sino en Sudán, es el pozo de Gfat… Se trata de una encrucijada caravanera que fue muy importante en la época del comercio de esclavos. Y que sigue siéndolo, aunque la mercancía haya cambiado… La carretera de El Fasher pasa mucho más al norte, pero para aquellos a quienes interesa evitar las carreteras vigiladas esa encrucijada no tiene precio… Por lo tanto, hemos colocado a alguien en ese lugar. Durará lo que tenga que durar, porque más pronto o más tarde, con la marcha de los ingleses y los proyectos de, unidad… Lo cual hace que sea muy exigente, pero su trabajo no, tiene precio… Morel se presentó en la tienda hace cuatro días acompañado de dos negros; parece ser que uno de ellos es Idriss, pero lo dudo mucho, porque debe de llevar muerto mucho tiempo. Fue directamente al puesto de radio y estuvo escuchando durante cinco horas las noticias. Como todos los megalómanos, probablemente no pudo resistir el deseo de saber lo que decían de él…

El gobernador reflexionaba. Acababa de volver de la reunión bianual de Brazzaville, donde sólo había encontrado miradas irónicas o compasivas. El pequeño Santex, ese falso y gordo bonachón con nombre de compresa higiénica, le había dado un golpecito en el hombro y le había preguntado: «Entonces, querido amigo, ¿qué tiene que decirnos de su protegido?». Sus mismos colegas le habían tratado como si estuviera enfermo o como si fuera un objeto frágil. Algunos de ellos seguían pretendiendo que los elefantes eran un mito y que Morel era un agente del extranjero, y cuando él había sostenido lo contrario, la mayoría se le había puesto en contra. Estaban todos de acuerdo: había que guardarse muy mucho de destruir esa ficción, ya que todo el mundo creía en ella, pero la mayoría de ellos estaban convencidos de que se trataba de un intento camuflado, por otra parte sin ningún alcance real, de los nacionalistas panafricanos. Por lo demás, era

cierto que la opinión pública «funcionaba» como ellos decían, que el público creía en Morel y en sus elefantes. De todas las partes del mundo llegaban miles de telegramas y peticiones a favor de él. Morel era para ellos el héroe de una causa que no tenía nada que ver con las naciones ni con las ideologías políticas, de una causa que no tenía nada que ver con África y que les afectaba en lo más profundo de su ser, probablemente porque todos ellos reconocían sentir un rencor secreto, pero también y sobre todo porque todos soñaban más o menos confusamente con llegar a salir algún día vencedores de la batalla contra las dificultades de la condición humana. Reclamaban un margen de humanidad. Creían en ello. Y el mismo gobernador también creía en ello. En África era donde había aparecido el primer hombre, hacía millones de años, y era normal que volviera allí para protestar lo más airadamente posible contra sí mismo…

—¿Y después?

—Después compró un paquete de Gauloises y cien paquetes de cigarrillos Gris destinados a nuestros caravaneros y volvió hacia el Kuru. Nuestro amigo hizo que le siguieran hasta la pista. Sobre eso no tiene ninguna duda.

—¿Ha hecho algo el Chad?

—Han enviado una compañía de meharistas de Afna. Schölscher está entre ellos.

—¿Meharistas en el Kuru?

—Comprendo su sorpresa… Pero son las únicas tropas que hay a cien kilómetros a la redonda… Es un mal momento. Hay un plan en estudio para reorganizar la vigilancia de la frontera sudanesa… Los ingleses han estado allí durante más de cuarenta años. Por lo tanto, hasta ahora había dos policías en lugar de una. Y sólo tenían que estar atentos a los ladrones de marfil kreichs que realizan sus raids en el sur de los Buga. En el presente… existen unos trescientos kilómetros de frontera nueva que hay que vigilar.

El coronel siguió con el dedo una línea marcada en el mapa.

—Lo fundamental es impedirle que se refugie en Sudán. Después sólo tendremos que atraparle… Es una cuestión de cuarenta y ocho horas.

—No me diga…

El coronel pareció vejado.

—En fin, no le oculto que me sentiré aliviado cuando todo esto haya acabado —dijo el gobernador más amistosamente—. Se ha vuelto demasiado popular… Podrá pasarse todo el tiempo de prisión preventiva leyendo su correo. Después del juicio, imagino que le declararán irresponsable. A propósito, ¿sabe usted que mi sucesor ya ha sido, por decirlo de alguna forma, designado?

Borrut puso cara de circunstancias.

—Sayag… Me pregunto qué le trae aquí.

—Es un gran cazador —dijo Borrut—. Viene al menos una vez al año a África para cazar…

El gobernador pareció muy interesado.

—¿Es un buen tirador?

—Tiene fama mundial… Hace veinte o treinta años fue uno de los grandes cazadores profesionales de marfil.

Al gobernador se le iluminó el rostro y acompañó a Borrut con mucha educación hasta la puerta. El coronel nunca había visto a un hombre condenado con tan buen aspecto. Nada más irse Borrut, el gobernador se asomó al despacho contiguo al suyo y le dijo a su jefe de gabinete que quería hablar con él.

—Dígame… ¿Queda aún algún periodista aquí o ya se han marchado todos?

—Quedan todavía dos o tres. Voy a comer con ellos dentro de un momento.

—De acuerdo. ¿Conoce usted a Sayag?

—Le conocí en la casa de usted el año pasado. Había venido a cazar…

—Es verdad, ya me acuerdo. Pues ya ve, amigo mío, parece ser que va a sustituirme. Puede decírselo a los periodistas, ya no es ningún secreto. Dígales que es todo un señor y que conoce perfectamente África… pues viene a cazar aquí todos los años. Trate de interesarles. Parece ser que es el mejor cazador de elefantes que tenemos en Francia. Tiene al menos quinientos elefantes en su haber… Sí, vaya y explíqueles que ocupando el puesto de gobernador, podrá, mejor que nadie, dar a los safaris un nuevo impulso… ¿Comprende lo que quiero decir? Dígales que, bajo su impulso,

podremos sustituir a Kenia como país de los safaris… Ya veo que me ha entendido. Vaya con ellos…

Volvió a sentarse a su mesa de despacho y, después de reflexionar durante un momento, se echó a reír.

Era el mejor momento. Ya no hacía calor y las aves que volaban por encima de las manadas tenían los colores del amanecer. Miles de zancudas (marabúes y jabirúes) vagaban alrededor de los animales en las dunas y las rocas, y los pelícanos apenas disponían de espacio para lanzarse al aire. Cada mañana, la tierra roja emergía un poco más del agua. En tiempos normales, las rocas con los matojos de hierba y cañas y las masas de aves no eran más que islotes que apenas sobresalían del lago. Ahora, en cambio, se veían hasta cinco metros de roca y de tierra que se extendían de una a otra pared; uno podía atravesar a pie el lago sin mojarse. El número de animales había aumentado todavía más durante la noche. Los recién llegados se quedaban a veces cuarenta y ocho horas sin alejarse del agua, y permanecían postrados durante días enteros. Probablemente aquello no se debía sólo a un agotamiento físico, sino también a una reacción nerviosa después de las semanas que acababan de vivir: Morel sabía que los elefantes se recuperaban de sus emociones más lentamente que los otros animales. Haas, que había vivido durante veinticinco años con los elefantes, desde Kenia hasta el Chad, decía en uno de los muchos artículos que había escrito sobre ellos que había visto a algunas hembras correr enloquecidas durante horas buscando a los pequeños que él les había arrebatado. Después perdían bruscamente toda su energía y permanecían tumbadas inertes mientras los demás miembros de la manada trataban en vano de empujarlas todos al mismo tiempo para ayudarles a incorporarse. Pretendía que había podido acercarse a algunas de esas madres destrozadas a quienes sus congéneres, cansados de luchar, acababan de abandonar, y acariciarles la trompa sin notar la menor reacción por parte de ellas. «Acariciarles la trompa», ésa era la expresión que ese hombre tan eminente empleaba. Pero eso no le impedía continuar quitándoles sus pequeños para enviarlos al cautiverio. Al cautiverio. Elefantes en cautiverio… Morel sintió que la

sanare le afluía al rostro, y apretó contra sí su carabina con un odio absoluto, salvaje, hacia todos los capturadores del mundo. Cuando por fin había conseguido meterle una bala en las nalgas a Haas, había sentido que no había vivido en vano. Y acto seguido se había acercado al holandés para que éste supiera de dónde provenía la bala. Debajo de las acacias, los *boys* se mantenían a una prudente distancia. «He leído sus artículos sobre sus capturas —le dijo Morel—. Y me he dicho: voy a añadir algo a sus derechos de autor…». El rostro de Haas se había visto sacudido por una breve carcajada e inmediatamente después por un rictus de dolor. Luego se había incorporado apoyándose en uno de sus codos y le había dicho: «Estrécheme la mano, si no le desagrado demasiado».

El elefante se hallaba tumbado sobre el costado izquierdo; en el otro, todavía tenía pegado el polvo rojo del desierto, extremadamente fino a causa de la sequedad; dos garzas merodeaban entre sus patas. En un principio, Morel pensó que estaba muerto, pero nada más salir de entre las cañas sorprendió un breve temblor en sus orejas, un ligero gesto de alerta; luego uno de sus ojos se movió y se detuvo sobre él. Tocó el polvo con el dedo: el animal ni siquiera tenía fuerzas para ducharse. En la charca había menos de treinta centímetros de agua, la superficie fangosa borbotaba en algunos lugares. Morel se hallaba rodeado de crujidos secos y continuos, de una incesante serie de detonaciones: los peces de limo abandonaban el lago dando brincos sobre sus aletas caudales. Era la primera vez que los oía desplazarse por el día; en general, esperaban a que se hiciera de noche para iniciar su migración. Se preguntó adónde se dirigirían y por qué habían esperado tanto tiempo. Podían recorrer dando brincos decenas de kilómetros, pero esta vez no sería suficiente. Y sin embargo, había visto muy pocas veces un pez de limo muerto. Sentándose en una roca, con la carabina sobre las rodillas, aspiró el olor del limo y de las plantas podridas y observó los movimientos en zigzag, de los insectos. Había sorprendido ya a los kai cortándoles los tendones a otros animales aislados como ése. Pero después del castigo que les había administrado, pensó que no volverían a las andadas. En cuanto a él, lo único que podía hacer era montar guardia; al fin y al cabo sólo había venido para eso… Pasada media hora, el elefante alzó la cabeza y se roció perezosamente. Morel le guiñó un ojo.

—Eso es, amigo mío —dijo—. No hay que desesperar jamás. Al contrario, hay que estar loco; el primer reptil que se arrastró sobre su vientre fuera del agua para ir a vivir a la tierra e intentó respirar, a pesar de no tener pulmones, también estaba loco. Eso no quita para que, a partir de eso, se convirtiera en un hombre. Siempre hay que intentarlo lo más que uno pueda.

Se preguntó si se habría limitado a pensar aquello o si lo habría dicho en voz alta, y se volvió hacia Yussef: hacía un año que estaban juntos, por lo que probablemente ya no se extrañaría de nada.

—No te quedes ahí dentro —le dijo Morel—, hay cocodrilos.

El adolescente salió lentamente de las cañas.

—¡Yussef!

—Sí, señor.

—Cuando tú seas el jefe, tendrás que ocuparte de los elefantes…

—Sí, señor.

Pero no le interesaban las manadas. Ni siquiera las miraba. Morel tenía la impresión de que incluso las despreciaba. Y sin embargo, se había unido espontáneamente a su campaña para la protección de la fauna africana. Justo al principio de la lucha, había salido del bosque sin decir nada, y desde entonces le seguía a todas partes metralleta en mano, como un ángel guardián negro. A veces Morel pensaba todo tipo de cosas con respecto a Yussef. Entonces le observaba como ahora, con atención, de una forma risueña y amistosa. En su rostro no había ningún servilismo y sus ojos tenían una pasión y una gravedad tan profundas que eran imposibles de ignorar. Hacía casi un año que eran inseparables, que comían y dormían juntos, y una vez Morel había oído al adolescente hablar en sueños. Había sido en una noche clara del Sahel, había dado algunos pasos en la luz azul y se había detenido junto a Yussef, que estaba tumbado de lado, con el rostro pegado al suelo. El adolescente había pronunciado de pronto algunas palabras y, de ese modo, Morel había sabido a qué atenerse: le habían bastado esos pocos segundos para conocer las fuerzas que se disputaban el alma de África, y no había dudado en poner su confianza en la mejor de ellas. Desde entonces, la presencia de Yussef le recordaba en todo momento

la importancia de aquel reto, en el que no sólo estaba en juego su propia vida.

—¿No te cansas de venir siempre detrás de mí?

—No, señor.

—Vaya, veo que me aprecias.

En el rostro de Yussef apareció una cierta inquietud, pero inmediatamente desapareció. Morel estuvo a punto de abrir la boca para decir lo que adivinaba, lo que sabía, pero se detuvo a tiempo. Era necesario dejar que ese chico realizara por sí mismo su educación humana, tanto si lo lograba como si fracasaba. Tenía confianza en él. No había ninguna razón para que fracasara. Sonrió.

—¿Tienes miedo de que me pase algo?

El adolescente bajó los ojos. Hubo un atisbo de lucha en su rostro, donde sólo la forma de su nariz revelaba la sangre de los primeros conquistadores árabes que llevaba en sus venas.

—Yo voy a todas partes contigo.

Peer Qvist llamaba a aquello la suprema confianza de África. Waitari tenía otro nombre para eso: paternalismo. La fidelidad del criado a su amo… Morel se inclinó sobre el elefante, tocó su trompa inerte, sonrió al ojo que le miraba entre las arrugas y le dijo:

—No te preocupes, conseguiremos hacernos con todos. Con los blancos, los negros, los amarillos y los rojizos. El fango sólo dura un tiempo. Saldremos de él. Y ya verás como les acaban saliendo pulmones para respirar.

OceanofPDF.com

XXXVII

Fields pasó su segunda noche dentro de la cabaña, enrollado en la manta que Minna le había dado. Se sentía tan mal y las costillas le dolían tanto, que sólo consiguió dormir a ratos y tuvo que levantarse en dos ocasiones para ir a vomitar. La tercera vez le despertó una presencia femenina a su lado y se incorporó de un salto con el corazón palpitante; pero sólo era la noche africana, con su aspecto de mujer cubierta de velos. Permaneció sentado durante un buen rato tratando de reponerse de su emoción: le venía de tan antiguo esa necesidad de una presencia femenina, que pensó que nunca llegaría a acostumbrarse a la soledad. Cuando estaba muy cansado o enfermo, se le convertía en una obsesión. Sentado en la oscuridad, se fumó un cigarrillo tratando de convencerse de que se trataba de un simple instinto de reproducción y que tampoco en eso debía dejarse engañar. Pero todos esos razonamientos no hacían más que subrayar el carácter desesperado de esa lucha contra la soledad que sostenía desde hacía tanto tiempo. Se preguntó si una mujer bastaría para calmar tal necesidad de presencia inmanente. Era ridículo pensar que un par de brazos alrededor de sus hombros pudieran sacarle de allí. Por otra parte, se había acostado con un considerable número de mujeres. No era eso. Allí también había una especie de malentendido. Sonrió y aplastó su cigarrillo en la arena: lo que él necesitaba era un buen perro que viniera a darle la pata de vez en cuando. Eran las dos de la mañana. Los barritos de los elefantes se alzaban en la oscuridad, tumultuosos y próximos; pensó que nada impedía a esos gigantes venir a volcar las cabañas y aplastarlas… Al final se quedó dormido, pero volvió a despertarse casi de inmediato (en realidad había dormido profundamente durante tres horas) debido al estruendo de una descarga de fusilería. Escuchó un instante, pensando que volvía a ser víctima de sus obsesiones nocturnas habituales: no sabía si se trataba de la descarga de fusilería a la vez espaciada y compacta de la cabeza de puente

de Anzio, el quinto día después del desembarco, o la de las playas de Normandía. No se fiaba de sus recuerdos. Pero no estaba soñando. La única explicación posible era que Morel hubiera sido sorprendido por las fuerzas de la policía y que estuviera defendiéndose. Pero eso no explicaba una descarga de fusilería tan continuada. Cogió sus cámaras y la bolsa de las películas y corrió por la duna. Le quedaba un carrete entero y la mitad de otro metido en la Rolleiflex. Pero con el carrete de reserva no contaba, pues tenía como principio conservar siempre un carrete fuera cual fuera la presión de los acontecimientos. Aquello le permitía conservar en cualquier circunstancia cierta tranquilidad. (Fields estaba obsesionado con la idea de que pudiera producirse algún acontecimiento sensacional y casi milagroso, formidable, sin ninguna relación con el reportaje que estuviera realizando, cuando ya no le quedara película en la cámara). Tenía los ojos empañados a causa del insomnio y a la vez del sueño, pero hizo su primera foto incluso antes de comprender qué estaba ocurriendo. En el aire matutino, semejante a una especie de lucidez serena, todo el paisaje parecía haberse aproximado y, desde todos los montículos de tierra roja, de hierba y de cañas que cubrían las rocas, unos hombres tumbados boca abajo disparaban sobre los elefantes. Los disparos provenían de todas partes e iban dirigidos a toda la extensión del lago. Fields vio también, un poco por todas partes, unas figuras que, de pie sobre las rocas, disparaban sin cesar, con el sol brillando sobre sus tocas árabes. A Fields le recordaron las que llevaban los soldados de la policía británica del desierto durante la guerra. Los bramidos de los animales enloquecidos se fundían en un monstruoso estrépito, cubriendo cada vez más el ruido de la descarga de fusilería. En medio del lago había una masa gris y compacta de unos cien elefantes apretados los unos contra los otros, entre los surtidores levantados por las explosiones. Tumbados sobre las rocas, los cazadores les lanzaban cartuchos de dinamita contra las patas. Una simple mirada le bastó para hacerse cargo de que la misma escena se repetía en toda la extensión del Kuru, incluso en las ciénagas del norte, donde todas las aves del mundo parecían haber cubierto de pronto el cielo, mientras varias manadas se concentraban bajo la gran pared del oeste, en el lugar más profundo, a unos trescientos metros de las primeras crestas rocosas. (Fields dijo más tarde que lo primero que pensó fue que un

batallón de hombres armados había tomado posiciones en el Kuru a lo largo de la noche). Hizo una media docena de fotos, e intentó bajar al agua para fotografiar de cerca un grupo de siete elefantes inmóviles, que se hundían lentamente bajo las ráfagas disparadas a menos de cinco metros de la roca. Pero en ese momento oyó una bala silbar en sus oídos y decidió no proseguir la aventura por temor a que las preciosas películas que llevaba consigo pudieran acabar en el fondo del agua. Retrocedió, pues, hacia la cima de la duna y trató de orientarse un poco en medio de aquella confusión para intentar tomar las mejores fotos. Se entregó en cuerpo y alma a su trabajo. No perdió el tiempo en preguntarse sobre las razones de aquella matanza sistemática de elefantes extenuados, sino que se limitó a registrarla fríamente en su película. (Más tarde publicaría una de esas fotos con un epígrafe que citaba entre comillas la explicación que Waitari le había dado: «Lo hicimos para acabar con el mito de los elefantes. Están haciendo todo lo posible para ocultar nuestra lucha por la independencia bajo la cortina de humo de una pretendida campaña para la protección de la naturaleza. Es una maniobra clásica de Occidente: disimular bajo palabras altisonantes y grandes principios humanitarios, realidades abyectas. Había que acabar con esa táctica. Y ya está hecho»). Fields dejó por fin caer de nuevo la cámara sobre su pecho y se echó a correr hacia la choza de Morel. En ese momento perdió una foto única. Mientras corría, divisó un elefante magnífico que, con sus enormes colmillos apuntados hacia el cielo, había conseguido encaramarse a medias en una roca bajo los disparos efectuados contra él casi a quemarropa; justo en el momento en que Fields preparaba el objetivo de su cámara, el animal consiguió agarrar con su trompa al cazador y lo arrastró consigo al agua. Fields perdió la escena por medio segundo y sólo porque el elefante ocultó con su cuerpo al cazador. A pesar del estruendo, oyó claramente el alarido del hombre.

Fields se equivocó completamente en su estimación del número de animales abatidos en el Kuru. De regreso a Fort-Lamy, dio una cifra aproximada de cuatrocientos elefantes muertos a tiros a lo largo de los dos días que había durado la descarga de fusilería. La cifra oficial que las autoridades del Chad comunicaron a las autoridades británicas tras la investigación realizada por la Inspección de Caza fue de doscientos setenta

elefantes, de los que doscientos poseían colmillos de marfil. El error de Fields se explicaba por el estado de sobreexcitación profesional en el que se hallaba, y también por el hecho de que había hecho un cálculo aproximado para toda la extensión del Kuru basándose en lo que había ocurrido en la cuenca central del lago. Las cifras que había dado, e incluso las citadas por el comunicado oficial, chocaron con la incredulidad de todos los especialistas de caza mayor. El empleo de armas automáticas fue también considerado como inimaginable por los profesionales. Aun admitiendo que De Vries hubiera podido situar tranquilamente durante la noche a los cuarenta hombres de los que disponía sobre las paredes del Kuru, aprovechando el estado de postración de las manadas, una media de más de siete animales por tirador sobrepasaba cualquier posibilidad cinegética. La mayor matanza de elefantes registrada en 1910, en el Ubangui, fue de setenta animales por veinte hombres, y se trataba de una manada que, prácticamente hundida en los cenagales del Handú, se movía con una gran lentitud, lo que había permitido a los cazadores tomarse todo el tiempo necesario para disparar. Los expertos pusieron también en duda la afirmación de Fields según la cual durante los días que duraron las operaciones muchos de los animales que habían podido huir al principio de la descarga de fusilería volvieron después al lago. Las cifras fueron discutidas incluso después del regreso de Schölscher y de la prueba irrefutable que traía consigo. Las radios árabes citaron los informes de la matanza publicados por los periódicos europeos como un ejemplo típico de la campaña de propaganda contra los movimientos nacionalistas africanos. Fields puso en duda, en un principio, las cifras de Schölscher, pues se basaban sólo en el número de colmillos conseguidos, sin tener en cuenta los animales heridos que se habían alejado del lago para morir. El número debía de ser considerable, sobre todo porque los tiradores habían confiado mucho más en la intensidad de la descarga que en su propia puntería. Las cualidades que hacen de un hombre un buen soldado no son necesariamente las de un buen cazador, y Habib había reclutado a la mayoría de sus hombres entre los desertores de las unidades sudanesas que se habían sublevado en abril y que después habían sido reunidos en pequeños grupos cuidadosamente camuflados en las ciudades, para, en caso de necesidad,

recurrir a ellos en el momento del futuro referéndum que decidiría la independencia o la unión. También había desertores de la Legión extranjera, obtenidos de entre los cientos que saltaban del barco al pasar por Suez; algunos de ellos languidecían en Jartum en espera de los acontecimientos y de las pagas prometidas. Por otra parte, la expedición había sido llevada a cabo como una operación militar, por no hablar de los uniformes: un gran número de animales había muerto bajo las ráfagas de las metralletas y varios tenían la cabeza desgarrada por los explosivos. Realmente sólo habían faltado los aviones bajando en picado, los obuses y el napalm.

Fields encontró a Morel en su choza: estaba sentado en el suelo entre sus compañeros y tenía el rostro ensangrentado. Más tarde supo que, nada más empezar la descarga, Morel había cogido su carabina y había corrido hacia el lago, deteniéndose un segundo para disparar desde la duna y luego lanzándose al agua sin dejar de disparar, de pie, con el agua hasta las rodillas, entre los elefantes que huían enloquecidos en todas las direcciones. Había acabado con un hombre al tercer disparo, y ya estaba apuntando de nuevo cuando un culatazo en la nuca le había dejado sin sentido. Poco antes, Forsythe y Minna se habían despertado con los disparos, pero cuando habían ido a buscar a Morel al otro extremo de la duna, donde dormía siempre envuelto en una manta al lado de los elefantes, no lo habían encontrado. Después de buscarlo en vano, Habib lo había visto de pronto disparando en medio de las manadas. Salvo Minna, todos tenían las manos atadas a la espalda y dos sudaneses les apuntaban con sus metralletas. Con ellos había un hombre al que Fields no había visto en su vida, pero al que reconoció de inmediato. Tenía el rostro negro como el carbón, lo que confería a sus rasgos, finos y a la vez de una dureza casi clásica, una belleza viril difícil de olvidar. (Nada más verlo, Fields experimentó un sentimiento de inferioridad). Y sin embargo no era el rostro lo que le fascinaba. No conseguía apartar los ojos del quepis que cubría aquella cabeza de César negro. Se trataba del quepis azul celeste de los oficiales de la caballería francesa, con las cinco estrellas de general del ejército en medio. Pero las estrellas no eran de oro, sino negras. Fields las miraba boquiabierto. Era algo espantoso y patético, uno de los mayores casos de paranoia que había visto en su vida. Instintivamente cogió su cámara y le hizo una foto

gritando: «Periodista, periodista…», convencido de que era la última foto que hacía en su vida. (Un año antes, Fields se había encontrado en Nueva York con el escritor negro George Penn, que volvía de Accra. Éste le había dicho: «En África hay varios políticos de talla. Está N'Kurmah en Accra, Azikiwé en Nigeria, Awoluwa en los lambas, y Kenyatta, que se encuentra encarcelado en Tanganica. Pero también está uno de los hombres más extraordinarios que he conocido en mi vida, tanto entre los blancos como entre los negros: Waitari, del A. E. F. Cuando se oiga verdaderamente hablar de África, se oirá hablar sobre todo de ese hombre. A menos que los franceses sean lo bastante astutos y le hagan mientras tanto primer ministro»). Detrás de Waitari había un personaje que parecía disfrutar de la escena tanto como del cigarro apagado que sujetaba entre los dientes. Llevaba una gorra de marino, una camisa y un pantalón azul, y unos zapatos blancos y negros: con su aspecto de granuja honrado parecía estar más bien en algún pequeño puerto del Mediterráneo solucionando entre amigos algún negocio de contrabando, y no en pleno corazón de África mezclado en el más antiguo conflicto de todos los tiempos. Peer Qvist estaba sentado en un rincón de la choza, al lado de Idriss, con la barbilla sobre el pecho. Forsythe había debido de ofrecer una gran resistencia, porque escupía sangre. Al principio le había engañado el atuendo militar de los hombres que habían venido a despertarlo dándole un puntapié en las costillas. Había creído que se trataba de un destacamento de policía regular del Sudán que, actuando en conexión con las autoridades del A. E. F. había venido a detenerlos. Y no había comprendido lo que estaba ocurriendo hasta que no había visto a Waitari y a Habib, incluso entonces tuvo que esperar a oír los primeros disparos en el lago para hacerse una idea exacta. Se lanzó sobre los soldados que le conducían y éstos le maltrataron seriamente. Yussef no estaba allí. En cuanto a Minna, con la blusa caqui desgarrada, el rostro tembloroso, casi histérica, se debatía llorando entre las manos de un sudanés que, mostrando sus dientes con una sonrisa radiante, la tenía fuertemente sujeta por los hombros. Cuando Fields entró en la choza fue recibido por las metralletas, que se volvieron hacia él en una admirable conjunción, pero después de un penoso segundo de espera cogió su cámara invocando su calidad sagrada de periodista americano. (Fields tenía una

idea muy clara acerca de su destino. Su convicción de que algún día moriría de un cáncer de próstata o de ano era en buena parte responsable de la fama de valiente que tenía incluso entre sus competidores). Lo único que le preocupaba en ese momento era su cámara y sus películas: esperaba que se las confiscaran de un momento a otro. Pero Waitari, por el contrario, pareció encantado de su presencia. Toda su actitud revelaba una satisfacción y una complacencia que apenas trataba de disimular. Fields, como buen perro viejo, tenía mucho ojo para reconocer esa actitud de los políticos para con él, e inmediatamente se tranquilizó. Comprendía muy bien el interés que el ex diputado de los oulés podía tener en hacer que hablaran de él, sobre todo en Estados Unidos. En cualquier caso, pareció olvidar por completo a Morel y habló a Fields con un alarde de cortesía y de seducción que denotaba la importancia que atribuía al hecho de que fuera periodista. (Fields dijo más tarde que había tenido constantemente la impresión de estar hablando con un intelectual francés).

—Espero que nos hará justicia en lo que escriba —dijo. (Fields señaló que al principio había hablado con un cierto énfasis, pero que éste desapareció enseguida para dejar paso a una violencia sorda, la de la convicción. Fields estuvo seguro desde el principio de que Waitari era completamente sincero y de que creía en sí mismo. Sabía llamar la atención de esa manera indefinible cuyo secreto sólo poseen los grandes demagogos y los auténticos tribunos. Fields no se dejó engañar por su oratoria, pues jamás había conocido a ningún político que fuera capaz de olvidar al público cuando se dirigía a un periodista. Pero sí reconoció su gran talla, quizá porque era consciente de que él mismo carecía totalmente de ella, y la de Waitari se sustentaba además en una dignidad física que le irritaba y al mismo tiempo le producía un ligero sentimiento de envidia).

—Su presencia aquí me permitirá aclarar un malentendido. No se imagina con qué indignación los independentistas han seguido el esfuerzo llevado a cabo por la prensa para intentar ocultar el verdadero objeto de nuestra lucha, la libertad de África, y sustituirlo por esa escandalosa, ridícula e insultante versión que han encargado especialmente a Morel que haga creíble. Sabemos quién la financia, y por qué éste ha podido escapar durante tanto tiempo a las autoridades. Su «campaña» ha sido la cortina de

humo con la que tratan de ocultar nuestras aspiraciones nacionalistas. No sólo nos sentimos indignados y ultrajados, sino que además estamos hartos de ser el parque zoológico del mundo, de ser la diversión de los occidentales que, hastiados de sus rascacielos y de sus automóviles, vienen aquí para sumergirse en el primitivismo y enternecerse ante nuestra desnudez y nuestras manadas. Estamos hasta la coronilla de todo esto —le ruego que insista en este punto—, queremos que África salga del salvajismo y puedo jurarle que las chimeneas de las fábricas son para nosotros mil veces más hermosas que los cuellos de las jirafas tan admirados por sus turistas ociosos. Estamos aquí para acabar con este malentendido. Y también, aunque eso sea menos importante, para conseguir la mayor cantidad posible de marfil y comprar armas nuevas con el producto de la venta. Personalmente, nunca me ha gustado la caza. Quisiera que nuestro pueblo olvidara que alguna vez fue un pueblo de cazadores. La caza sigue siendo un vínculo con los tiempos primitivos, con una época arcaica de la que le haremos salir cueste lo que cueste. Nuestra presencia aquí demuestra que no estamos a sueldo de nadie. En El Cairo me han ofrecido ayuda y yo la he rechazado. Sin embargo, los comerciantes de armas no entregan su mercancía a cambio de nada. Hay que pagarla. Su opinión pública se apiada de los elefantes, pero la suerte de los pueblos africanos o les trae sin cuidado o ni siquiera la conocen. Me propongo llamar su atención y confío en su conciencia profesional para que cuente la verdad sobre nuestro movimiento. Si tuviéramos que sacrificar todos los elefantes de África para conseguir nuestros fines, no dudaríamos en hacerlo…

Fields vivía en París desde hacía varios años, pero nunca había oído a nadie improvisar en francés con tanta facilidad. Se preguntó en qué idioma se habría dirigido Waitari a las tribus del A. E. F. a lo largo de sus giras electorales. Así que decidió informarse al respecto.

Waitari dominaba el dialecto oulé, pero desconocía por completo los otros veintisiete dialectos del territorio. Había sido uno de los que, a partir de 1945, habían propugnado con más empeño la enseñanza del francés en las tribus y la eliminación progresiva de los dialectos autóctonos. La razón era fácil de adivinar. Los brujos y los jefes de las tribus conservaban su poder gracias a esa barrera lingüística. Para Waitari, el empleo del francés

era un arma fundamental para la emancipación, la unificación y la propaganda. Era la única forma de luchar contra las tradiciones. El dialecto oulé no poseía la palabra «nación», la palabra «patria», la palabra «política», las palabras «obrero», «trabajador», «proletariado», y la expresión «derecho de los pueblos a la autodeterminación» se traducía como «victoria de los oulés sobre sus enemigos». Así pues, la aparente paradoja que había hecho de Waitari un intransigente adalid del empleo del idioma francés tenía muy fácil explicación.

Mientras hablaba, la descarga de fusilería continuaba en el lago, lo cual era una demostración práctica de lo que decía. Como muchos de sus compatriotas, Fields no era demasiado dado a la meditación filosófica, y, sobre todo después de haber conseguido la nacionalidad estadounidense, se sentía muy poco inclinado a las abstracciones. Era más sensible a los medios empleados, a las cosas palpables que se podían fotografiar (éstas no faltarían en el lago), que a la grandeza de los fines perseguidos. Mientras el tribuno negro evocaba ante él, con voz temblorosa, la imagen de la futura África industrializada, electrificada, libre de sus malezas y de sus tradiciones primitivas, Fields estaba pendiente de la descaran de fusilería que tenía lugar fuera de la choza y no podía por menos que intentar calcular mentalmente el número de elefantes abatidos (número que exageró enormemente bajo el efecto de la emoción). También tomó otra foto de Morel, Forsythe, Peer Qvist e Idriss, sentados con las piernas cruzadas, las manos atadas a la espalda, en la penumbra de la choza; en la actitud de los vencidos había un indefinible aspecto de eternidad. A su lado, Minna, con la blusa desgarrada, sollozaba ahora en silencio, pasándose a veces la mano por el rostro. (Fields afirmaría más tarde en un pequeño café de París donde acostumbraba a reunirse con sus compatriotas: «La única revolución en la que todavía creo es en la revolución biológica. Algún día, el hombre llegará a ser posible. El progreso del hombre se hará realidad cada vez más dentro de los laboratorios de biología»). Morel era el que estaba más tranquilo de todos, no mostraba ningún tipo de sorpresa ni de indignación. Era evidente que ya antes se había encontrado con todo aquello en su camino, que sabía a qué atenerse, pero que nada podía desanimarlo. Era un hombre que no sabía desesperar. Cuando más tarde Fields le preguntó con cierta brusquedad qué

había pensado durante todo el tiempo que había durado la matanza de los elefantes, respondió tranquilamente, con una chispa de ironía en su mirada:

—En Yussef. Todo depende de él. Deberá comprenderlo… y elegir.

(A lo largo de sus idas y venidas, Fields vio varias veces a Yussef al lado de los caballos que cuidaba. El adolescente estaba sentado en la arena con las piernas cruzadas. Debía de haber escondido su arma, o quizá se la hubieran quitado, pero probablemente a causa de su juventud, los hombres de Habib le habían dejado en libertad. Cuando Fields le dirigió algunas palabras, el adolescente alzó los ojos y le miró sin responder, quizá sin verle, y el periodista se quedó impresionado ante la extraordinaria expresión de sufrimiento que sorprendió en aquel rostro, por lo general oculto tras una máscara de impasibilidad. Los labios le temblaban, los ojos le brillaban dolorosamente, sus rasgos habían perdido toda su firmeza y revelaban una desesperación, una duda, un conflicto interior cuyo origen el periodista trató de discernir en vano. Bajó lentamente la cabeza, sin reaccionar, sin responder a las palabras amistosas que Fields le había dirigido).

Mientras Waitari pronunciaba su discurso —porque no se podía llamar de otra manera su apasionado monólogo— Morel sólo abandonó una vez su aparente indiferencia. Sonrió e hizo un signo de aprobación cuando el ex diputado de los oulés le dijo airadamente:

—Por supuesto me acusan de ser un simpatizante comunista. Les resulta más cómodo. Pero no han sido los comunistas, sino un escritor francés de extrema derecha, Charles Maurras, quien ha dicho que de todas las libertades humanas la más preciosa es la independencia de la patria…

El único personaje que proporcionó algún alivio a Fields durante aquella confrontación fue el hombre de la gorra de marino, que, con su cigarro erguido de una forma casi obscena en medio de su barba teñida de un negro jade, parecía saborear la escena con un enorme deleite, con un júbilo que a veces se manifestaba a través de una risa silenciosa. Forsythe escuchaba con una sonrisa cínica, cuyo secreto parecía haber recuperado para la ocasión. Peer Qvist fue el único que trató de intervenir. En varios momentos había dirigido a Waitari miradas impacientes; al final, con la voz entrecortada por la rabia y su monótono acento escandinavo, le interrumpió:

—Las decenas de miles de negros muertos durante la construcción del ferrocarril Congo-Océano no son nada en comparación con lo que usted propone en África… Ustedes se convertirán en unos de sus más crueles colonizadores, en unos de esos colonizadores totalmente ajenos a ella. El color de su piel no significa nada: ustedes son un producto típico de Occidente, uno de nuestros más bellos productos. Los negros han conocido a los mercaderes de esclavos, la antropofagia, la colonización y a los Mau mau, pero eso no es nada en comparación con lo que conocerán cuando ustedes sean los nuevos tiranos de África. Sólo de pensar en los supervivientes se me encoge el corazón…

Waitari sonrió y habló casi con amabilidad:

—Lástima que haya tan pocos blancos como usted en África, Peer Qvist. Nuestro trabajo hubiera sido más fácil. Los más peligrosos para nosotros son los europeos que tratan de construir algo, «no los que se contentan con una probidad cándida y con lino blanco»[6]… Ustedes son un anacronismo incluso en Europa y no serviría de nada intentar convencerles. Ustedes son el pasado, ya no cuentan. La exquisita misantropía de Morel, la repugnancia que le producen las manos humanas, que no están lo suficientemente limpias para su gusto, son una enfermedad nerviosa, y nosotros mismos estaríamos locos si nos preocupáramos por ella: hace ya mucho tiempo que no veo en las enfermedades mentales, como nuestros brujos, la manifestación de una presencia sobrenatural maléfica… Nuestro amigo Forsythe se encuentra aquí por razones estrictamente personales… Idriss defiende el pasado más pretérito de África, el de las manadas de animales salvajes en libertad: leones, leopardos, elefantes y búfalos hasta donde alcanza la vista. Esta joven, por quien siento una gran amistad, está aquí debido a la repugnancia que le producen los hombres: debería de haberse contentado con la compañía de un perro. Todos ustedes son los típicos productos de una sociedad desequilibrada. No me estoy dirigiendo a ustedes, sino a un representante de la opinión pública americana, que puede hacer mucho por nuestro movimiento… En cuanto a usted, Peer Qvist, le repito que le tengo en mucha estima, porque me divierte, y conozco el sueño que se agita en su interior… Fui alumno de los padres blancos. Permítame decirle que la época del paraíso terrestre ha acabado para

siempre. Los pueblos negros han sufrido demasiado con sus supersticiones y con su necesidad de prodigios como para que ahora demos la bienvenida a los suyos. Como el padre Fargue y algunos otros misioneros famosos de aquí, usted sigue soñando con pastores místicos y, por las noches, busca la estrella de Belén; cada vez que ve pasar una mujer montada en un asno por el desierto, se pregunta si no ocultará bajo sus velos algún recién nacido en sus brazos. No me extraña que cuando luego se enfrenta con la dura realidad de las máquinas, del proletariado y de sus condiciones de vida, enloquezca de rabia y se refugie como su amigo Saint-Denis en el corazón del África «mágica», del África de los ritos religiosos y de los brujos, o entre las manadas de elefantes que le hacen soñar con los tiempos bíblicos: nunca perdonará a la juventud de esta tierra abandonada el querer privarle de este sueño de opio… Pero ¿sabe cuál es el precio, anciano? El precio es la ignorancia, la lepra, el plan, la elefantiasis, la filariasis —todo esto forma parte de lo «prodigioso»—, es la mortalidad infantil y la subalimentación crónica de cien millones de individuos. Ése es el precio que nuestro pueblo paga por su necesidad de evasión y por esas manadas de elefantes a las que usted aprecia tanto. Veremos desaparecer con alegría hasta el último ejemplar. Aquí no habrá arca de Noé. Le aconsejo que vuelva a su querido Museo de Historia Natural de Copenhague… Es donde le corresponde estar.

Se volvió hacia Fields:

—Estaré con usted enseguida. Estoy decidido a aclarar el malentendido ante la opinión pública mundial, que tiene vueltos los ojos hacia África en este momento. Le pido que me ayude honradamente, que realice lealmente su trabajo.

No había ningún cinismo en su voz, sino casi nobleza y emoción. Fields no estaba desconcertado. Ese negro no era diferente de todos los demás tribunos revolucionarios que inscribían las palabras «libertad», «justicia» y «progreso» en sus banderas al mismo tiempo que enviaban a millones de hombres a los campos de trabajos forzados para hacerles morir con las botas puestas. No se le podía culpar: la tarea era abrumadora. Lentamente acumulada a lo largo de los siglos, eternamente postergada, al final adquiría unas proporciones gigantescas. Sí, Fields conocía todo eso. Lo fundamental era hacer unas buenas fotos y no preocuparse del resto. Le hizo otra a

Waitari, pero tenía que ahorrar película y empezaba a temer que no le bastara. Cuando el ex diputado de Sionville salió de la cabaña, el hombre de la gorra de marino se acercó a Morel, le cogió el paquete de tabaco del bolsillo y, después de liarle un cigarrillo y colocárselo entre los labios, le dio fuego. Morel le dejó hacer y aspiró el humo. Parecía sentir hacia ese hombre una cierta simpatía, quizá porque se trataba de un simple canalla mercenario completamente desprovisto de ideología o de motivos desinteresados. Los dos soldados, con los rostros brillantes bajo sus tocas amarillas, apuntaban con sus metralletas a los prisioneros con mucha más inquietud que amenaza, lo cual les hacía aún más peligrosos. Fields se sentía incómodo a causa de su privilegiada situación y se preguntaba si no podría mediar ante Waitari para que desataran a Morel y a sus compañeros. El hombre de la gorra de marino (Fields se enteró más tarde que se trataba de un aventurero llamado Habib) posó una mano amistosa en el hombro de Morel.

—Mucho me temo que hoy no es tu día de suerte, amigo —le dijo con una cierta suavidad—. No sé si estás al corriente, pero la conferencia para la protección de la fauna africana ha sido clausurada hace dos días sin haber decidido nada acerca de tus elefantes. El estatuto de caza actual ha sido ligeramente modificado, pero en lo esencial no ha cambiado nada…

Volvió a encenderle el cigarrillo apagado. Morel pareció más afectado por esta noticia que por lo que estaba sucediendo en el Kuru. Su rostro expresó una amarga desilusión y bajó la cabeza. Fields comprendió hasta qué punto aquel hombre, a quien tanta gente consideraba como un arrogante y un loco, había confiado en el buen juicio y la generosidad de los mismos a quienes había combatido y desafiado. (Más tarde, Fields tuvo la oportunidad de reunirse con algunos de los delegados de la conferencia de Bukavu. Uno de ellos le explicó el asunto de la forma siguiente: «Nuestra misión era examinar de nuevo el estatuto de protección de la fauna africana, especialmente en lo relativo a las especies en vías de extinción. No habíamos sido convocados ni para que nos pronunciáramos sobre el aspecto moral de la caza mayor ni para que nos ocupáramos de Morel y de su monomanía. Es cierto que en algunas regiones el número de elefantes africanos está disminuyendo, pero eso va unido al retroceso del bosque y al

avance de las tierras cultivadas. De una forma general, y para el conjunto de África, es totalmente falso decir que los elefantes se hallan en vías de extinción. Están en vías de disminución, lo que no es lo mismo. Siempre habrá tiempo de modificar el estatuto para proteger el número de animales indispensables para la conservación de la especie. Por el momento son lo bastante numerosos como para representar una seria amenaza para los cultivos. Por desgracia, llegará un momento en que el número de esos voluminosos gigantes, que exigen espacios abiertos ilimitados, tenga que ser reducido seriamente. Ese momento todavía no ha llegado, pero llegará. Imagínese lo que supondría que en alguno de nuestros países industrializados, por ejemplo, en Bélgica, hubiera inmensas manadas de elefantes en libertad. Sólo Dios sabe lo que daría Nehru por liberar a la India de las vacas sagradas. En cualquier caso no vamos a considerar a los elefantes africanos como intocables sólo por culpa de un maníaco…»).

Sus compañeros también parecían estar consternados. Excepto Forsythe, quien más tarde dijo a Fields que él nunca se había hecho demasiadas ilusiones sobre el resultado de la conferencia de Bukavu. (A consecuencia de aquello, Forsythe volvió a ser presa de una crisis de cinismo y en varias ocasiones le dijo a Fields con una sonrisa desencantada: «Me da igual. No me importa. Lo único que quiero es volver a mi país. En el fondo, quedarse tranquilamente en casa sigue siendo la mejor manera de darles la espalda a todos». Pero aquello sólo duró algunas horas, pues enseguida pareció recuperar su expresión de cólera, lo que en él era un signo de salud). Habib observó la reacción de Morel con una expresión de deleite: parecía estar apuntándose unos cuantos tantos; aunque quizá sólo estuviera disfrutando de su cigarro. Morel alzó bruscamente los ojos hacia Forsythe.

—Jack, aquel tipo que estaba sobre la pared… El primero al que disparé… ¿sabes si le alcancé?

—Le vi caer en el lago. No volvió a levantarse. Por otra parte, los elefantes le pasaron por encima.

—Magnífico.

Se dirigió a Habib.

—He estado seguro desde el principio de que se trataba de una idea de su amigo De Vries —dijo—. Sólo él conocía la región lo suficientemente

bien como para poder preparar el golpe… Se lo avisé… Y a usted también. Le dije que si le volvía a sorprender alrededor de una manada, me vengaría, y ya lo he hecho.

Habib se quedó desconcertado durante un instante. Su rostro había adquirido un color gris y sus dientes mordieron profundamente el cigarro. Luego sus rasgos se relajaron y recuperó su sonrisa burlona. Movió la cabeza y asió su cigarro entre sus gruesos dedos.

—Si he comprendido bien, al final se me ha escapado —dijo casi alegremente—. Conseguí retenerle dos o tres veces, pero algún día tenía que suceder. *Insha'Allah!* Tendré que buscarme a otro compañero de infortunios…

Escupió al suelo la punta de su cigarro y pareció un poco preocupado. Después soltó una gran carcajada que no pareció en absoluto forzada.

—¡Vamos! ¡No será eso lo que me impida seguir navegando!

Cuando Fields se enteró más tarde de la naturaleza de las relaciones que habían unido a Habib con su joven protegido, no pudo dejar de admirar las agallas y la solidez de aquel canalla de potentes pantorrillas, cuya talla no había sabido apreciar en su justa medida a primera vista.

(Algunos años más tarde, Fields se encontró con Habib en Estambul, en el bar del hotel Hilton donde se hallaba hospedado. Estaba tomándose a solas un martini cuando de pronto oyó una risotada y sintió una enorme manaza sobre su hombro. Era Habib, con su barba teñida y vestido con un uniforme de capitán de altura de la marina mercante de un país de América central: «¿Me creería usted si le dijera que transporto un cargamento de naranjas? Esta vez se trata de auténticas naranjas, ¡se lo juro!». Fields había ido a Estambul en el momento de la tensión turco-griega; se esperaban acontecimientos. Y Habib pudo suministrarle algunos pormenores interesantes a ese respecto: el bloqueo de Chipre por los barcos de guerra ingleses no había impedido el contrabando de armas. Realmente parecía estar muy bien informado. Después hablaron de Morel y de su encuentro en el Kuru. «¿Se acuerda de cuando usted le preguntó a Morel si podía hacer algo por él? Me hizo reír. ¿Que por qué? Porque usted ya le había salvado la vida, por eso su pregunta me pareció de lo más cómica. Por supuesto que puedo explicarle cómo se la había salvado: los tres jóvenes discípulos de

Waitari, Madjumba, N’Dolo y… el tercero, ya no me acuerdo de su nombre, pero era especialmente guapo, habían decidido ejecutarlo por traidor. Incluso habían formado una especie de tribunal entre los tres en Jartum y lo habían juzgado y condenado como traidor antes de llegar al Kuru. Parece ser que Morel les había engañado durante la expedición de Sionville al omitir mencionar los motivos ideológicos para los que les había pedido su apoyo. No había hablado de la independencia de África. En su manifiesto —recuerde que lo hizo imprimir en el periódico local— había dicho que su acción no tenía ningún carácter político, lo cual les puso histéricos, porque si estaban allí era sólo por eso. Habían llegado a Jartum completamente encolerizados, lo habían juzgado solemnemente y condenado a muerte. Nada más llegar al Kuru, insistieron a Waitari para que les permitiera ejecutar su sentencia. De no haber sido por la presencia de usted, a Morel lo hubieran matado como una rata. Pero a Waitari no le costó ningún trabajo explicarles que con un periodista famoso allí aquello era imposible. ¿Recuerda que de pronto salió precipitadamente de la cabaña? Fue a llamar seriamente la atención a los tres pequeños para que no se les ocurriera llevar a cabo su propósito… Y usted preguntándole a Morel si podía hacer algo por él… Era muy divertido. ¡Ah! ¡Aquéllos sí que eran buenos tiempos! Por desgracia, ya no se encuentran todos los días hombres como Morel, que le den a uno la oportunidad de disfrutar… Lástima. Uno tiene tan pocas ocasiones de disfrutar… —Y después de limpiarse los dientes con un palillo, concluyó con una cierta nostalgia—: En fin, así es la vida, *Insha’Allah!*»).

Fields se quedó todavía unos instantes dentro de la cabaña, donde nadie chistaba, intentando encontrar algo esperanzador que decir. Pero lo único que se le ocurrió fueron algunas observaciones vagas y muy poco convincentes sobre la reacción de la opinión pública americana «que se había tomado muy a pecho este asunto y reclamaría la protección de los elefantes», frase que le valió una mirada irónica por parte de Forsythe. Morel no le prestó la menor atención. Minna suspiró profundamente y se secó los ojos.

—Continuaremos hasta donde haga falta —dijo Peer Qvist.

Morel preguntó solamente:

—¿Con qué armas?

Se volvió hacia Fields.

—Me acaba de preguntar hace un momento si podía hacer algo por nosotros. Podría tratar de convencer a Waitari de que nos dejara armas y municiones. Puesto que lo único que le interesa es que se hable de los tumultos de África, no veo por qué tendría que negarse…

Fields se dio cuenta de pronto que, desde que Morel se había enterado del fracaso de la conferencia de Bukavu, no había dejado ni un solo momento de hacer planes con vistas a campañas futuras. Al periodista le alivió poder intentar hacer algo por él; prometió hacerlo inmediatamente y salió de la cabaña firmemente decidido a obtener armas y municiones para Morel, aunque para ello tuviera que abusar de su estatus de periodista y robarlas durante la noche. Encontró a Waitari un poco más abajo leyéndoles la cartilla a dos jóvenes negros que parecían estar muy contrariados. El tercero se mantenía un poco aparte, con aspecto turbado. Waitari hablaba airadamente. Al acercarse Fields, la discusión cesó de inmediato y los dos jóvenes le miraron sin ninguna afabilidad. Waitari pareció sorprendido y contrariado por la petición del periodista, pero después de un momento de reflexión aceptó satisfacerle. Luego pareció desinteresarse por completo de Morel. Ahora lo único que le preocupaba era el efecto que habían causado en Fields sus palabras y los acontecimientos. Fields, que tenía la sensación de estarse convirtiendo en un objeto precioso para el ex diputado de los oulés, se mostró bastante reservado y dijo simplemente que todavía no había tenido tiempo de pensar en todo aquello. Después fue a tomar algunas fotos al lago, donde las descargas de fusilería, aunque más espaciadas, continuaban en los meandros exteriores y en los cañaverales.

Luego se acercó a los hombres reclutados por Waitari para ver qué tipo de gente era y comprobó que la mayoría eran sudaneses.

Todos ellos parecían tener algunos conocimientos de inglés y le llamaban «sir» en un tono vagamente militar. Pero cada vez que les preguntaba algo, sonreían dejando al descubierto sus dientes y se negaban a responderle. Le sorprendió descubrir entre ellos a cuatro blancos: dos alemanes, un báltico y un eslovaco, todos ellos desertores de la Legión, a quienes hacía mucho que les era completamente indiferente «contra quién o

con quién» aliarse, con tal de que sus servicios profesionales fueran bien retribuidos, lo que por lo visto no sucedía en la Legión. Esto último y la duración del contrato eran algunos de los motivos que les habían llevado a desertar. No pusieron objeción alguna a que les fotografiara mientras comían: desapegados de cualquier vínculo, no tenían ningún motivo para querer conservar el anonimato. Se quejaron de los sudaneses, que disparaban «como si estuvieran haciendo el servicio militar», lo que, dicho por el eslovaco rubio y fornido, parecía ser la máxima injuria; consideraban que con unos tiradores bien entrenados hubieran podido conseguir una media de siete a diez elefantes por fusil, sobre todo porque éstos habían tardado mucho en reaccionar. No obstante, se mostraron mucho más discretos cuando Fields trató de saber qué habían venido a hacer a Jartum; el alemán acabó diciendo simplemente que «estaban esperando» y que estaban allí «a disposición»… Fields se dio cuenta de que toda la expedición tenía el aspecto de una organización militar (incluso disponían de un cocinero) y el único temor que les oyó expresar fue el hecho de que la policía sudanesa pudiera detenerles en el camino de vuelta «aunque tuviera otras cosas de las que ocuparse».

El calor estaba en su culmen; venidos de todas partes, los buitres describían círculos alrededor del lago. Fields también se quedó sorprendido al ver en el agua a toda una población negra provista de cuchillos despedazando a los elefantes para llevarse la carne.

Trató de hacer un balance del número de elefantes abatidos a lo largo de esa primera jornada, pero sus cómputos variaban cada vez. Estaba especialmente interesado en esa cifra, porque trataba de calcular, al menos aproximadamente, el beneficio que Waitari podría sacar de la expedición y la cantidad de armas que eso representaba. Al final del primer día llegó a las siguientes cifras provisionales: ciento cincuenta elefantes abatidos, ochenta y cuatro de los cuales poseían colmillos, lo que supondría tres mil quinientas libras egipcias como máximo. En aquel momento, una metralleta Thompson valía cincuenta libras en Oriente Próximo; una caja de veinticuatro granadas, cien libras; una pistola, entre diez y quince libras, y un fusil Beretta, veinte libras. Pero dependiendo de las oscilaciones del mercado y de la situación política, aquellas cifras podían variar casi en un

cincuenta por ciento. Un desertor de la Legión extranjera era reclutado a cincuenta libras por mes. Fields calculó que con el producto de su expedición, Waitari podría equipar y mantener durante tres meses a unos veinte «voluntarios». Evidentemente aquello no estaba a la altura de sus ambiciones, ni siquiera era suficiente para turbar el orden de uno de los territorios más pacíficos y mejor administrados de África. Pero probablemente lo que más le importaba a Waitari era acabar con el mito de los elefantes y afirmarse ante el mundo como el auténtico jefe de la revuelta africana. Al final, Fields le planteó la cuestión brutalmente al hombre de la futura África, que asintió tranquilamente, para señalar que, por supuesto, había pensado en ello.

—No tengo la menor esperanza de provocar ningún tumulto tal y como están las cosas. Y menos aún de sublevar a las tribus. Por desgracia, están muy poco dispuestas a seguirme en este tipo de tentativa debido al primitivismo en el que las mantienen sus jefes, sus reyes y sus brujos, con el beneplácito, claro está, de las autoridades, preocupadas de preservar las «costumbres». Por el momento, en lo que se refiere al resultado local, me limito a tomar nota de la situación. Es necesario que se sepa que el movimiento existe, si no todavía en las masas, al menos en las élites capaces de expresarse. Por lo demás, se lo digo francamente, necesito sobre todo llegar a la opinión pública exterior que está completamente dispuesta a escucharnos. Es preciso acabar con el mito de los elefantes, la época de las frases grandilocuentes ha acabado. Intento hacer oír mi voz a pesar de todas las artimañas con las que tratan de acallarla. El resto ya llegará. Y además… Kenyatta está en la cárcel, N’Krumah acaba de salir de ella para hacerse con el poder… Por lo tanto, no es de extrañar que los organizadores de la conferencia de los pueblos coloniales, que tendrá lugar en algún momento en Bandung, no hayan considerado conveniente invitarme. Hoy en día, las prisiones son las antesalas de los ministerios. Para lo que quiero hacer, con veinte hombres tendré más que de sobra…

Fields hizo un gesto de comprensión, pero debió de notársele que se sentía bastante incómodo ante aquella franqueza, y quizá incluso ligeramente sorprendido, pues el rostro de Waitari adoptó una expresión

casi dolorosa, y por primera vez Fields sintió que iban a abordar por fin el fondo del asunto.

—Probablemente yo le desagrade —dijo casi con tristeza—, y quizá crea que quiero jugar a los Maquiavelos negros, pero trate por un momento de ponerse en el lugar de un negro completamente evolucionado y, ¿por qué no decirlo?, consciente de sus fuerzas interiores y de sus posibilidades en un país que todavía se encuentra en este estado…

Extendió el brazo hacia la osamenta de un elefante que había dentro del agua, a unos veinte metros del lugar donde se encontraban: dos negros completamente desnudos se hallaban sobre el vientre abierto y sangrante del animal mordiéndole las entrañas a dentelladas…

—Sí, coja su cámara… Pero para nosotros es un espectáculo cotidiano…

Tras permanecer un momento con la mano extendida en esa dirección, le dio la espalda a Fields y se alejó con una dignidad que la última expresión de tristeza aparecida en su rostro hacía aún más; conmovedora.

Algo más tarde, Waitari volvió a hablarle del tema. Habib había ordenado a sus hombres que dejaran de disparar para que, después de una noche de tranquilidad, las manadas se animaran a volver. Fields, completamente agotado, se hallaba sentado a la orilla del agua tratando de respirar sólo a medias para atenuar el dolor que sentía en las costillas. Tenía una constitución casi enfermiza y muy poca resistencia física. En el ejercicio de su profesión, a veces demostraba tener el aguante de un atleta, pero sólo a causa de esa sobreexcitación nerviosa, de esa especie de «doble personalidad» que se apoderaba de él cuando tenía algún tema interesante entre manos. Esa fuente de energía misteriosa, de la que carecía por completo en su vida diaria (jadeaba al subir los cinco pisos de su apartamento de la plaza Dauphine) era lo que le permitía permanecer en la brecha día y noche. Se había pasado todo el día corriendo por las dunas y por el agua, con su cámara y su bolsa de películas, de las que no se habría separado por nada del mundo, y ahora sentía que estaba a punto de caer en la brutal depresión nerviosa que le dejaría extenuado. En esos momentos era cuando más necesidad tenía de alcohol y de un paquete de cigarrillos. Y también de una presencia femenina a su lado (pero tenía que ser bonita).

Hacía más bien fresco, casi frío: después del tórrido calor del día, ese cambio brutal de temperatura le dejaba completamente atontado. Así pues, permanecía sentado en el crepúsculo, en la arena, con la cabeza baja. Cada vez que alzaba los ojos, el cielo había cambiado de color, pasando del azul pálido al amarillo y al violeta, para fundirse por último en una oscuridad que le recordó al golfo de México, con el plancton fosforescente y lechoso alrededor de su barca. Trató vagamente de recordar cuál era el motivo de que hubiera estado en aquella barca y se acordó que había ido a tomar una serie de fotos en color sobre la vida del mar para una revista ecologista que publicaba sin cesar números especiales sobre la tierra, el cielo, el mar, los animales y los hombres, y de la que se decía que algún día sacaría un número especial sobre Dios, con fotos en color incluidas. Intentaba no oír los bramidos de los animales moribundos en medio de la noche. Lo último que había fotografiado antes de que oscureciera había sido un montón de colmillos de marfil con las raíces todavía ensangrentadas que los hombres del poblado transportaban pieza a pieza hasta los camiones, parados en la pista a siete kilómetros de allí. Tal vez debido a su gran cansancio, Fields notó que sus pensamientos empezaban a tomar ese rumbo que él siempre calificaba de «inútil». Uno de sus primeros recuerdos de infancia era la sonrisa de su madre: una sonrisa deslumbrante por las numerosas coronas de oro que tanto le fascinaban de niño. Cada vez que se sentía deprimido, le venía este recuerdo y, al mismo tiempo, el del montón de coronas y de dientes de oro «recuperados» por los nazis de las víctimas de las cámaras de gas y los hornos crematorios. Había pasado muchas horas contemplando fijamente las fotos de aquel montón de piezas de oro publicadas en los periódicos de la época: buscaba en ellas la sonrisa de su madre.

En esas reflexiones estaba cuando vio venir hacia él a Waitari en medio de la claridad azulada. Tras cruzar entre ellos unas cuantas palabras, Fields hizo una observación sobre la extraordinaria variedad de gritos y ruidos de todas clases provenientes del lago, y, en concreto, sobre aquel crepitar sordo, casi continuo, que se alzaba por la zona de los pantanos desecados. Waitari le dijo que aquel ruido lo producían los peces que trataban de abandonar los lugares secos para acercarse al agua. A veces se les veía a

decenas de kilómetros de cualquier punto de agua, saltando aún sobre sus aletas caudales.

—Qué país tan prodigioso —dijo Fields.

Waitari permaneció un momento en silencio y luego dijo:

—Sí. Pero ya es hora de acabar con todo esto. De acabar con la prehistoria… ¿Sabe lo que siento cuando veo en el borde de nuestras escasas carreteras a esas manadas que tanto fascinan a sus turistas? Siento vergüenza, porque sé que esta «belleza» va aparejada al culo desnudo de nuestros negros, a la sífilis, a la vida en los árboles, a las supersticiones y a la ignorancia crasa. Cada león, cada rinoceronte, cada elefante en libertad, significa seguir esperando, seguir soportando el salvajismo y el primitivismo, y la sonrisa superior de los «técnicos» blancos, que te dicen dándote una palmadita en la espalda: «Ya lo ve, amigo, todavía no pueden prescindir de nosotros…». Pero nosotros queremos ser un continente en marcha, no un continente acuclillado en la noche de sus fetiches, contemporáneo del elefante prehistórico y del león que continúa viniendo a devorar a los niños en nuestros poblados. La sabana es para nosotros una pesie de la que debemos liberarnos. No tengo el menor escrúpulo en abatir a esos animales que ustedes califican de magníficos, pero que a nosotros nos recuerdan demasiado lo que seguimos siendo. El día en que África celebre la desaparición de sus últimas grandes manadas será un gran día. Conservaremos algunos especímenes en jaulas para que nuestros nietos sepan lo que fue el pasado y puedan juzgar con orgullo el camino recorrido. Es necesario que dejen de considerarnos como un rincón donde lo maravilloso se ha conservado durante más tiempo que en otras partes y a cuyos habitantes les basta con un plátano, un sexo y con un coco para ser felices… Yo me he educado en Francia, en el país más civilizado del mundo, y he ocupado un escaño durante años en el Parlamento francés… ¿Se da cuenta de lo que puede ser mi soledad aquí?

Y haciendo un gesto hacia la claridad de la noche, añadió con voz temblorosa:

—¿La mía y la de algunos otros? África sólo despertará a su destino cuando deje de ser el parque zoológico del mundo… Cuando la gente venga aquí no para mirar a nuestras negras con platos en la boca, sino nuestras

ciudades y nuestras riquezas naturales por fin explotadas en nuestro propio beneficio. Mientras se siga hablando de «nuestros espacios ilimitados» y de nuestro pueblo «de cazadores, de cultivadores y de guerreros», estaremos a su merced, o todavía peor, a remolque de alguien. Estados Unidos ha salido de su limbo con la desaparición de los bisontes y de los búfalos. Mientras los lobos persiguieron a los trineos en la estepa rusa, el mujik murió de suciedad y de ignorancia, y el día en que ya no haya leones ni elefantes en África, habrá un pueblo dueño de su destino. Para nuestra; juventud, para nuestras élites, que pueden contarse con cuentagotas, las grandes manadas en libertad significan el retraso que hay que recuperar… Estamos dispuestos a tratar de recuperar ese retraso, no sólo a costa de los elefantes, sino también de nuestra propia vida…

A pesar del cansancio, del dolor que sentía en el lado izquierdo y de su estado de embrutecimiento, Fields se daba perfecta cuenta del ardor que el ex diputado de Sionville ponía en convencerle. Le habían intentado persuadir muchas veces de esa forma, pero nunca, con tal fervor, con tal violencia sorda, nunca con una voz tan conmovedora por su belleza viril. Por otra parte, era preciso que aclarara un malentendido.

—¿Sabe? —dijo—, yo soy un reportero fotográfico y no he publicado ningún texto en toda mi vida… Yo dejo hablar a mi cámara. Comprendo perfectamente sus móviles, pero nunca podría exponerlos tan claramente como acaba de hacerlo usted…

Dudó…

—Para eso hay que ser un profesional.

Waitari permaneció silencioso. Cuando habló, lo hizo con un tono de desconfianza cercano a la cólera.

—¿Quiere usted decir que se limitará a publicar las fotos de los elefantes muertos sin… explicar nada?

—Mi trabajo no es escribir…

—Su reportaje sería entonces completamente tendencioso. Las fotos sólo mostrarían un aspecto del asunto… Usted sabe que yo podría destruirlas.

—Lo sé.

—Mire, necesito hacerme oír en Estados Unidos. Ustedes tienen los negros más evolucionados del mundo. Los más asimilados…

Decía «asimilados» como un cumplido. Fields se dijo que nunca había oído a nadie hablar en un francés tan asombroso.

—No se imagina la conspiración de silencio de la que soy objeto… La radio y la prensa árabes sólo hablan de mí cuando no tienen nada que decir. Su deber como periodista es ayudarme a hacerme oír…

—Deme una declaración escrita y haré lo que pueda. No tengo ningún talento. Tengo muy buen ojo, eso es todo. Hay que tener mucho talento…

Iba a decir «para justificar todo esto», pero se calló.

—Antes de que se vaya le daré toda la documentación necesaria. ¿Quiere acompañarme a Jartum? Eso le permitirá expedir su reportaje en el primer avión.

—No. Pienso quedarme con Morel.

—¿Por simpatía? Sospecho que él le interesa mucho más que el destino de los pueblos africanos… Probablemente piense que ahí tiene un tema que halagará mucho más el escéptico paladar de sus lectores…

—No es eso.

—No veo otra razón.

—Y yo no veo qué podría fotografiar en Jartum. Me queda más de la mitad de una película… Quisiera…

Dijo brutalmente para convencerse a sí mismo:

—Quiero ver cómo acaba esta historia de Morel.

Waitari pareció divertido.

—Bueno, no tendrá que esperar demasiado… Sin mí, Morel no irá muy lejos.

—Precisamente por eso quiero estar aquí.

Waitari se levantó y ocultó las estrellas con sus hombros. A Fields, que había permanecido sentado, le pareció gigantesco.

—Señor Fields, usted es un profesional avezado.

—Sí, soy un profesional.

—Mañana por la mañana le daré mi *curriculum vitae*, una declaración y toda la documentación referente a mí. No olvide que ahí tiene un tema

precioso para un país como el suyo, que trata de liberarse en África de su propio complejo negro…

Se alejó con aquel paso elástico que tal vez fuera lo más africano que le quedaba. Fields se dijo que incluso su última frase no podía ser más francesa: se la había oído miles de veces a sus colegas franceses, irritados por ciertas campañas de prensa de Estados Unidos contra el «colonialismo francés». De pronto pensó que quizá Waitari no fuera tanto un nacionalista africano como un nuevo ejemplo de la división de los franceses entre ellos. Incluso el *curriculum vitae* que le entregó al día siguiente, con la exposición de sus objetivos y el «sentido» de su acción, era profundamente francés: los liceos, las becas mencionadas con orgullo, el doctorado en derecho, los artículos publicados, los diferentes grupos y partidos políticos a los que había pertenecido y sus sucesivas dimisiones, las comisiones parlamentarias… No faltaba nada. En América, ningún negro hubiera podido seguir tal trayectoria ni conseguir tal grado de integración. Waitari era una obra maestra francesa, y el único defecto de esa obra maestra era estar demasiado bien conseguida y permanecer aislada: su ambición era tanta como su soledad. Ni en toda la región oulé ni en todo el A. E. F. existía un solo lugar que pudiera responder a tal necesidad de grandeza: su formación había hecho de Waitari un hombre condenado a las más altas cimas. Fields recordó de nuevo lo que su amigo, el escritor negro George Penn, le había dicho del ex diputado de Sionville al volver de Accra: «Cuando se oiga verdaderamente hablar de África, se oirá hablar sobre todo de ese hombre. A menos que los franceses sean lo bastante astutos y le hagan mientras tanto primer ministro…». Fields cumplió su palabra y dio a la declaración y a las exposiciones de Waitari toda la difusión que pudo. Pero los resultados fueron bastante limitados. La opinión pública de Estados Unidos mostraba un gran interés por Forsythe y Morel, y se negaba a ver que actuaran guiados por un móvil político. El público norteamericano, como de costumbre, reaccionaba mucho más a lo que apelaba a su sensibilidad que a las consideraciones ideológicas. El reportaje de Fields sobre el Kuru, las fotos de los elefantes abatidos en unas condiciones cuya atrocidad habían subrayado aún más las fotos que había tomado de la sequía y del sufrimiento de las manadas, llegaban mucho más directamente al

corazón de la gente que los motivos políticos que pudieran justificar, en el peor de los casos, tal expedición. La simpatía y el inmediato interés que despertaba en el público todo lo que tuviera que ver con los animales era algo perfectamente sabido por los directores de los periódicos, que echaban mano del tema en los períodos de poca actividad. A ese respecto, Fields solía citar la anécdota siguiente: antes de la guerra, había publicado en una revista de gran tirada un reportaje fotográfico en el que se veían unas tortugas gigantes tumbadas boca arriba antes de ser arrojadas vivas en unas cubas de agua hirviendo para ser transformadas en sopa enlatada. Después del reportaje, las ventas de la revista habían aumentado en un cinco por ciento. Fields nunca supo si su trabajo había tenido algún efecto en las ventas de sopa de tortuga enlatada. Presumía que no habrían variado nada.

OceanofPDF.com

XXXVIII

Durante todo el tiempo que permaneció en el Kuru, Fields hizo cuanto estuvo en su mano para obtener de Waitari una mejora en el trato que recibían Morel y sus compañeros. Desde el principio, protestó violentamente contra las «torturas» a las que eran sometidos con una emoción y una indignación tan sinceras, que Waitari le dijo con cierto desprecio que los norteamericanos tenían demasiada tendencia a calificar de «torturas» todo lo que supusiera una falta de comodidad.

—Cuando sus prisioneros volvieron de Corea, lo que ellos llamaban «torturas comunistas» no eran más que las condiciones de vida habituales de la gran masa de los pueblos asiáticos desde hace siglos…

—Tal vez tenga razón —dijo Abe Fields—, pero la cuestión es saber si usted quiere ganar para su movimiento las simpatías del público norteamericano o si sus reacciones le son indiferentes… En el momento actual, ese público le ignora, pero siente un gran interés por la aventura de Morel. ¿Y qué es lo que hace usted? En nombre de la libertad y del derecho de los pueblos a la autodeterminación, lo primero que hace es ponerse a matar elefantes basándose en unas razones que son, por decirlo de alguna manera, demasiado teóricas e ideológicas para los lectores de los periódicos americanos. En cuanto a Morel, a quien la prensa —con razón o sin ella— ha convertido en un héroe popular casi legendario, usted le mantiene atado de pies y manos desde hace veinticuatro horas, lo mismo que a sus compañeros, bajo un calor insoportable… Se lo digo porque usted parece estar seriamente interesado en conmover a la opinión pública de Estados Unidos. Sé que esto es absurdo, pero en nuestro país la gente reacciona mucho más a todo lo que afecta a su sensibilidad que a las ideologías… Y mi trabajo es decir todo lo que he visto tal y como lo he visto. No olvide que soy fotógrafo.

Waitari le interrumpió con una impaciencia rayana en la cólera.

—Creo que será mejor que le haga inmediatamente una o dos preguntas.

—Adelante.

—¿Está a favor de la libertad de los pueblos africanos, sí o no? ¿Está en contra del colonialismo, sí o no? Usted es el único periodista aquí, y le será muy fácil presentar lo que hacemos de forma tendenciosa.

La nariz de Abe Fields empezó a emitir silbidos irritados.

—Mire, señor —dijo alzando un poco la voz—. Estoy totalmente en contra del colonialismo. Estoy a favor de la libertad de todo el mundo. Incluso de la de los franceses, y con eso no estoy diciendo que me caigan especialmente bien los franceses… ni nadie. Pero hace un cuarto de siglo que me dedico a hacer fotos de la Historia con mayúscula, y eso, quieras que no, acaba por hacerle sentir a uno una extraña simpatía por los elefantes… No creo que me equivoque si le digo que en el mundo hay millones de personas que sienten mucha más simpatía por Morel de lo que usted pueda imaginar… Debería tenerlo en cuenta. Sería una buena táctica…

—Es usted un auténtico portavoz de Occidente, señor —dijo Waitari.

Fields, acostumbrado a los intelectuales franceses, hizo caso omiso de la ironía.

—No sé hasta qué punto el público soviético, por ejemplo, está al corriente de la aventura de Morel. Pero si lo está, me parece que un obrero ruso que trabaje ocho horas al día atornillando pernos y el resto del tiempo no haga más que oír discursos sobre la necesidad de atornillar más y más pernos, cada vez más deprisa y con más entusiasmo, sentirá una gran simpatía por Morel y por lo que trata de salvar…

La conversación tenía lugar en una de las cabañas, transformada para la ocasión en cuartel general. Waitari estaba sentado ante una caja de municiones que le servía de mesa. Bajo su mano se hallaba desplegado un mapa de la región, junto a un paquete de cigarrillos, un mechero y su quepis azul celeste con las cinco estrellas negras. Un sudanés con una toca amarilla hacía guardia delante de la choza. A la derecha del ex diputado de los oulés, uno de los jóvenes que lo acompañaban a todas partes se hallaba inmovilizado en una rígida actitud militar, con una mano sobre el revólver que pendía de su talabarte de cuero. A Abe Fields se le iban los ojos de vez

en cuando hacia esa bandolera lustrada con tanto esmero. Las bandoleras, el cuero en general, le producían horror: entre el cuero y la brutalidad había una estrecha relación que venía desde el principio de los siglos. El joven africano era ancho de espaldas y tenía un rostro duro, aunque hermoso en su dureza, desde el punto de vista estrictamente personal del fotógrafo. Toda aquella escenografía resultaba mucho más turbadora desde el momento en que no era calculada, sino que obedecía a alguna profunda necesidad psicológica: todo aquello le traía a Fields unos recuerdos muy penosos. Abe Fields era probablemente el hombre más anticuero del mundo: había acabado por sentir hacia él una auténtica fobia. Desde que había entrado en la cabaña, luchaba contra ese sentimiento de agresividad. Intentó decirse que esa atmósfera de «servicio permanente del partido» o de «cuartel general» no era necesariamente el signo de que se estuviera preparando una nueva temporada del cuero, sino el de la soledad de un hombre que trataba de hacerse la ilusión de una adhesión, de una organización, de una fraternidad de acción en torno a él. Y ese africano se había formado demasiado en las tradiciones de la grandeza militar francesa como para no soñar con igualarse a ella. El quepis azul con las estrellas negras era un último y trágico homenaje a Francia. Es asombroso hasta qué punto los franceses han conseguido conquistar todos los lugares por donde han pasado, pensó Fields. Ese negro diría de un momento a otro que seguía el ejemplo de Juana de Arco, La Fayette, Charles de Gaulle, la Resistencia y la Revolución. Fields probablemente hubiera conseguido hacer caso omiso de aquella penosa atmósfera «histórica» si no hubiera oído los disparos fuera y los bramidos de los elefantes moribundos.

—Usted no comprende nada —dijo Waitari.

Cogió un cigarrillo del paquete. En la muñeca llevaba un reloj de oro muy complicado, con tres cuadrantes interiores, la última palabra en lo que a exactitud se refiere. Fields fue sensible también a la belleza de sus manos. «No deja de ser conmovedor ver hasta qué punto las manos humanas pueden seguir siendo bellas a pesar de todo», pensó.

—Lo único que pido es comprender.

—La burguesía francesa, con el agua al cuello, utiliza a hombres como Morel para ocultar, detrás de sus cortinas de humo idealistas y humanitarias,

un cierto número de realidades repugnantes. Ese humo son las palabras grandilocuentes, las grandes proclamas oratorias que prometen libertad, igualdad y fraternidad, el noble deseo de proteger cueste lo que cueste a toda la fauna africana… Los elefantes de Morel no representan otra cosa que el colonialismo, es decir, las realidades repugnantes, la miseria fisiológica, el mantenimiento de doscientos millones de hombres en la ignorancia crasa para retrasar así su emancipación política. Como ve, estoy disipando esa cortina de humo con todos los medios de los que dispongo… Es muy hábil y muy cómodo «colarnos» a «un héroe popular», por utilizar su expresión, pretender que todos estos desórdenes se deben a un excéntrico a quien lo único que le preocupa es defender a los elefantes contra los cazadores. Sí, una bonita leyenda astutamente ideada para adormecer a la opinión pública… Pero ya lo ve: la realidad se niega a dejarse manejar. Nosotros nos negamos a seguir permaneciendo ocultos por esas nieblas de lo legendario y de lo fabuloso… Es necesario que se nos vea, es necesario que se vea la realidad africana con todas sus llagas. Por otra parte, es probable que su «héroe popular» haya sido generosamente pagado por los colonialistas para sembrar la confusión…

—¿Lo cree sinceramente?

—¿Cómo se explica, si no, la extraña complacencia de las autoridades con respecto a él? Aun admitiendo que se trate de un iluminado que cree realmente en lo que hace, mi deber es disipar cualquier malentendido. Lo importante es la independencia de África, no los elefantes…

Hizo un gesto brusco con la mano.

—Seamos serios. Para nosotros, el destino de los pueblos africanos es mucho más importante que las bonitas leyendas. No digo que Morel sea un agente del Servicio de Información del ejército francés, sino que merece serlo. Estamos disipando la cortina de humo. No quieren vernos, pero al final nos verán.

Fields se preguntó qué proporción de «yo» había en ese «nos».

—Dicho esto, y en consideración a sus escrúpulos, si su «héroe popular» nos da su palabra de que se estará tranquilo y de que no intentará nada mientras estemos aquí, estoy dispuesto a desatarle. No puedo

permitirme el lujo de tener a tres hombres vigilándole, los necesito en otros lugares.

Fields no pensó ni por un momento que Morel aceptara esa condición, pero ante su sorpresa el francés la aceptó sin poner ningún inconveniente. Estaba claro que consideraba esa batalla perdida como una simple peripecia más de la lucha que había emprendido, cuyos altos y bajos aceptaba por adelantado. No parecía abatido, ni mucho menos desanimado. Increíblemente sucio, con las mejillas negras de barba, las manos atadas detrás de la espalda, oliendo a establo, bajo el cañón de la metralleta que un sudanés inquieto apuntaba en su dirección, se le notaba animado por alguna increíble y tenaz confianza, por alguna invencible obstinación. Su locura debía de consistir precisamente en eso, en no desanimarse nunca. «Es un imbécil —pensó Abe Fields—; es la única palabra que le va. Un imbécil feliz que se niega a aceptar la evidencia». Y sin embargo, no le faltaban pruebas: no sólo los bramidos de los elefantes que agonizaban en el lago, sino también el fracaso de la conferencia para la protección de la fauna africana, que se había clausurado sin haber llegado a modificar el estatuto de la caza mayor. Se seguiría disparando a los elefantes como antes: en nombre del progreso, de la industrialización acelerada, de la necesidad de carne, o por el simple placer de disparar con un fusil. Pero Morel se comportaba como si no estuviera lo suficientemente informado acerca de ello. Evidentemente nunca le habían enseñado a vivir. Era verdad que en su voz había una cierta tristeza, pero casi imperceptible.

—Habrá que inventar una inyección especial —masculló—. O unos comprimidos. Algún día los descubrirán. Yo siempre he sido un tipo confiado. Creo en el progreso. Estoy seguro de que algún día se pondrán a la venta comprimidos de humanidad. Tomaremos uno en ayunas por las mañanas disuelto en un vaso de agua antes de relacionarnos con los demás. Y entonces, de pronto, la cosa se pondrá interesante e incluso se podrá hacer política… ¿Quiere que le dé mi palabra de que no me moveré de la choza si nos desata? Pues se la doy. A condición de que, cuando se vaya, nos deje armas y nuestros caballos.

—Lo ha prometido.

—De acuerdo. ¿Qué quiere que hagamos? Además, estamos desarmados. Evidentemente podríamos escupirles a la cara, pero no serviría de nada. Yo soy partidario de la eficacia. Me gustan las tareas concretas, limitadas, posibles… No soy ningún soñador. Por eso estoy aquí…

Casi bromeaba. Fields se dio cuenta por primera vez de que llevaba una pequeña cruz de Lorena prendida en la camisa. Era el emblema adoptado durante la última guerra por un puñado de franceses que se habían negado a aceptar la derrota de 1940 y se habían puesto bajo las órdenes de un general hoy en día retirado, Charles de Gaulle, un hombre que también creía en los elefantes. Ese pequeño emblema explicaba muchas cosas, sobre todo la confianza que irradiaba Morel, de la que parecían haberse contagiado sus mismos compañeros. Porque Morel era contagioso. A ese respecto, Abe Fields no tenía ninguna duda. Él mismo empezó a sentirse afectado: notaba en su corazón unos impulsos casi indecentes y sus labios, era plenamente consciente, esbozaban una sonrisa especialmente idiota. Peer Qvist, con una ceja gris derrumbada sobre un párpado y la otra alzada sobre un témpano malicioso, le observaba con interés, pero Fields había oído decir del viejo ecologista que bajo su aspecto patriarcal ocultaba un humor especialmente cruel, así como una enorme necesidad de hacer que hablaran de él. Era normal que estuviera allí, en pleno jaleo, pues su nombre estaba íntimamente ligado desde hacía cincuenta años a todas las campañas para la protección de la fauna y de la flora. Cumplía con su oficio, hacía honor a su reputación; como mucho uno podía preguntarse si su reputación le importaba tanto como las especies a las que defendía, tal y como muchos de sus colegas pretendían abiertamente. ¿Y qué decir de esa chica alemana que permanecía junto a Morel con aquella expresión de orgullo, de exaltación, casi de felicidad, como si por fin hubiera conseguido algo que nadie podría quitarle jamás? Sin embargo, no era más que una pobre cabaretera, y era difícil imaginar que también ella hubiera venido a mezclarse en esa aventura para demostrar una profunda confianza en algo, una negativa a darse por vencida y a desesperar, y que hubiera podido salir de la Alemania nazi, de las ruinas de Berlín y de las garras de los soldados conquistadores con todas sus ilusiones intactas y una confianza ilimitada en las maravillas de la naturaleza. Era más fácil y más verosímil imaginar que había venido

allí como una simple «seguidora». Por otra parte, Morel era un «buen mozo» (dentro de ser un poco vulgar y de su deplorable forma de aclararse la voz), con sus mechones rebeldes, sus ojos marrones, su bonita barbilla y sus labios tan franceses, cuyo gesto guasón a veces tenía algo de inmortal.

(Fields se veía obligado a dominar su simpatía retrospectiva cuando hablaba de Morel a sus compatriotas en el pequeño bar americano de París en el que se reunían. «En Fort-Lamy, alguien, no recuerdo quién, le puso a Morel un apodo que le iba perfectamente: dijo que era un *esperado*[7]. Una nueva especie de hombre surgida victoriosamente del fondo de la ignominia. Excuso decirle que yo no pertenezco a esa clase de hombres. Sin embargo, le confieso que es agradable saber que en alguna parte hay alguien que sigue su camino contra viento y marea, es algo que te permite dormir tranquilo»).

El mismo Forsythe se había contagiado, no menos que los demás, de esa alegría, de ese extremismo de la esperanza que ninguna evidencia en contra parecía capaz de mermar. En su rostro tumefacto, las pecas aún encontraban el suficiente espacio entre los cardenales para componer una mueca alegre.

—Ya verá cómo todo esto se arregla —dijo de pronto a Fields—. Occidente ya nos aclama, según lo que usted acaba de decir. Sólo hay que esperar a las democracias populares. La unión de los pueblos se hará en torno a nosotros, se lo digo yo. Espero recibir de un momento a otro un telegrama de mis «examinadores» de China y de Corea concebido más o menos en estos términos: «Lamentamos sinceramente malentendido pasado stop Tomamos medidas inmediatas para asegurar protección elefantes stop Comisión de científicos acaba de declarar como falsedad empleo guerra bacteriológica por nuestros hermanos americanos y de reconocer actividad saboteadores y provocadores al servicio antipartido stop Sus miembros condenados trabajos forzados perpetuidad stop Gran amistad entre pueblos fraternalmente unidos para defensa de la naturaleza». Créame, no hay por qué desanimarse.

Abe Fields preparó su cámara y le hizo una foto magnífica, con sus cabellos pelirrojos en medio de las estrías luminosas que se deslizaban entre las hierbas secas de la choza, su pañuelo de lunares rojos anudado al cuello,

su cara de boxeador entre dos *rounds* y su torso desnudo; se la hizo sobre todo para defenderse del contagio que se estaba apoderando de él.

—Así pues, puede darle mi palabra —repitió Morel— a condición de que nos deje armas y nuestros caballos para continuar…

Siguió a Abe Fields con una mirada amistosa. Ese fotógrafo tan bajito era un valiente. Animoso y deseoso de ayudarle a uno, rebosaba de buena voluntad bajo su aparente indiferencia. No habría que insistirle demasiado para que sustituyera su cámara por una metralleta y para que acudiera enérgicamente en ayuda de los gigantes amenazados. Poco agraciado, endeble, miope, con sus cabellos y su nariz de judío, probablemente más afectado por el accidente sufrido de lo que quería admitir, se le sentía completamente dispuesto a correr en ayuda de una causa inmortal. Por otra parte, era una suerte que estuviera allí e hiciera unas buenas fotos para conmover a la opinión pública. Porque era necesario que la opinión pública supiera que, en este siglo de derrotismo y de aceptación, seguía habiendo hombres que luchaban para que el hombre mereciera el título de tal y para dar a sus confusas esperanzas un impulso nuevo. Más pronto o más tarde, esta aspiración no formulada que llevaban dentro se abriría paso en ellos, adquiriría cuerpo, estallaría en la superficie como una floración triunfal. Desde Baikal hasta Granada y desde Pittsburg hasta el Chad, la primavera subterránea que vivía oculta en la profundidad de las raíces surgiría a la superficie de la tierra con toda la potencia irresistible de sus miles de retoños débiles y titubeantes. Casi podía oír ese lento avance hacia el aire libre y la luz, ese rumor tímido y clandestino. Esos pequeños crujidos, apenas audibles e irregulares, de los brotes que tratan de abrirse camino a través de todo el espesor de una aceptación milenaria, eran muy difíciles de percibir. Pero él tenía un oído muy fino y muy ejercitado en seguir sobre toda la extensión del globo el lento empuje, milímetro a milímetro, de esa antigua y difícil primavera…

¿EL CINE SOVIÉTICO?
LO QUE DEBE SER NUESTRO CINE SOVIÉTICO.
LO QUE EL PÚBLICO SOVIÉTICO ESPERA DE SU CINE

En Moscú, dos hombres salieron de la sede del *Pravda* y se dirigieron a paso lento hacia la calle por donde pasaba el tranvía. Uno de ellos, alto, delgado, con gafas y una pequeña perilla, se llamaba Ivan Nikitych Touchkine; caminaba con las manos detrás de la espalda, encorvada por un exceso de estatura y de horas de oficina. El otro, más bajito y menos huesudo, y con un rostro redondo bastante agradable, se llamaba Nikolai Nikolaievitch Riabtchikoff, y por cada paso que daba su amigo él tenía que dar dos para no quedarse atrás. Los dos hombres eran inseparables desde hacía veinte años: no sólo se sentaban el uno enfrente del otro en el mismo despacho, en el mismo rincón de la sala de documentación del periódico para el que trabajaban como traductores, uno de inglés y el otro de francés, sino que además compartían con otras dos familias una casa de tres habitaciones en la Kimsmolskaia.

—*Ddaa*… —dijo Ivan Nikitych Touchkine, que iniciaba siempre sus conversaciones con esta afirmación, costumbre a la que su amigo ya no prestaba atención—. *Ddaa*… Está claro que los millonarios de Wall Street ya no saben qué inventar para desviar la atención del pueblo norteamericano de la crisis económica que le amenaza y de los preparativos de guerra… Hace semanas que dedican la portada de sus periódicos a las aventuras, probablemente inventadas de cabo a rabo, de ese francés que supuestamente ha ido a África central para defender a los elefantes contra los cazadores… Ése es el aumento intelectual que dan cada mañana a sus lectores. Y yo, naturalmente, me veo obligado a engullírmelo todo, hasta en los menores detalles… Y me cansa. A veces incluso sueño con ello por la noche. Sin ir más lejos, la otra noche soñé con manadas enteras de elefantes en libertad corriendo a través de la sabana, rompiéndolo todo, pisoteándolo todo, haciendo temblar la tierra…

—Sí, le oí suspirar en sueños, Ivan Nikitych —dijo su amigo—. Le oí suspirar y me dije: ¡Vaya, vaya! Nuestro amigo Ivan Nikitych está teniendo un bonito sueño.

—Pero en su sector lingüístico sucede lo mismo, Nikolai Nikolaievitch. ¿Qué dicen de esto los periódicos franceses?

—Es muy difícil formarse una opinión sobre ese asunto. Los periódicos progresistas de París lo presentaron al principio bajo un aspecto favorable. Pensaron que se trataba de una manifestación anticolonialista, y que la caza del elefante era un ejemplo típico de la explotación de las riquezas naturales de África por los monopolios occidentales. Pero ahora parece ser que ese Morel es un agente del Servicio de Información del ejército francés, y que ha sido enviado a África para intentar desviar la atención de la opinión pública mundial de la revuelta de los pueblos africanos y de sus legítimas aspiraciones… Todo eso demuestra que existe un gran desasosiego en el campo occidental.

—*Ddaa*… —dijo Ivan Nikitych Touchkine.

Los dos amigos caminaron un momento en silencio. Dentro de poco tratarían de encontrar un sitio en el tranvía atestado de gente, harían cola en un almacén para adquirir sus provisiones, volverían a su casa y esperarían su turno para utilizar la cocina durante la media hora que les correspondía. Pero ya estaban acostumbrados. Los dos tenían sólo cuarenta años y sus padres ya habían sido unos chupatintas mal pagados de la administración zarista. Los domingos salían a pasear al campo y desdoblaban su espinazo remando juntos. Ivan Nikitych Touchkine se quitaba las gafas, Nikolai Nikolaievitch Riabtchikoff se arremangaba, y se miraban sonrientes.

—¿Listo?

—¡Listo!

Y cogiendo los remos, avanzaban vigorosamente por el agua con los dientes apretados, la mirada agresiva y el rostro carmesí, mascullando alguna injuria, hasta quedarse extenuados. Y a las ocho de la mañana del día siguiente ya estaban de nuevo en su despacho.

—*Ddaa*… —suspiró Ivan Nikitych—. Debo decirle, Nikolai Nikolaievitch, que los elefantes son unos animales muy interesantes. Es una lástima que el cine soviético nos ofrezca tan pocas oportunidades de admirarlos en su elemento natural, la libertad. El elefante, Nikolai Nikolaievitch, merece ser estudiado con atención. En el parque zoológico hay dos; a veces voy allí con mis sobrinos para que puedan instruirse y ver a qué se parecen, pero…

No terminó su frase y suspiró.

—El invierno pasado hubo un excelente número de elefantes amaestrados en el circo… —dijo Nikolai Nikolaievitch—. No sé si se acuerda…

—*Ddaa*… —masculló Ivan Nikitych.

—Es asombroso ver lo que un domador hábil y decidido puede hacer con unos animales tan grandes y tan fuertes… Parecían corderos. Algunos bailaban y otros se levantaban sobre las patas traseras, o bien se tumbaban de lado y se podía caminar por encima de ellos… Era algo extraordinario. Parece ser que nuestros domadores son los mejores del mundo.

En torno a ellos, Moscú zumbaba con una vida intensa: edificios nuevos e instalaciones higiénicas e industriales surgían a ojos vistas del suelo, el número de coches y de riquezas en circulación aumentaba de minuto en minuto, todo un pueblo accedía por fin al bienestar material. Pero Ivan Nikitych Touchkine seguía soñando en voz alta con las maravillas de la naturaleza.

—*Ddaa*… El otro día estuve observando a los dos elefantes detrás de la verja y, al final, acabé compadeciéndolos. «Es una pena —me dije—. Los elefantes no han nacido para vivir así. Necesitan espacio. Han nacido para vivir en libertad. Unos animales tan magníficos deben ser respetados…».

—Soy de su misma opinión. Yo mismo he experimentado ese sentimiento en repetidas ocasiones…

—Pero están ahí para edificación de la juventud. Es necesario que los jóvenes de nuestras escuelas sepan a qué les recuerdan, cómo son, cómo viven. Es fundamental. Les permite profundizar en sus conocimientos de historia natural… De lo contrario, al final ni siquiera sabrían que existen…

A Nikolai Nikolaievitch le impresionó el tono de tristeza de la voz de su amigo, quien se dirigía como todos los días hacia la parada del tranvía para ocupar su sitio en la cola, pero su mirada parecía velada y, con las manos cruzadas detrás de la espalda, seguía soñando en voz alta con las maravillas de la naturaleza.

—Y sin embargo tienen bastante espacio detrás de la verja, no se puede decir que estén en una jaula… Pero no es eso. Sobre todo cuando uno sale de la oficina y necesita contemplar la naturaleza para cambiar de ideas. ¡En ese aspecto, considero que el cine soviético es absolutamente deficiente!…

¡E incluso intolerable! ¡Camaradas cineastas, dadnos lo que necesitamos! Mostradnos a las grandes manadas de elefantes en libertad… Cien elefantes, ciento cincuenta elefantes… Mil elefantes, ¡por todos los diablos!

—Se lo ruego, Ivan Nikitych, no grite… Evidentemente, lleva razón en todo lo que dice… Pero no en plena calle…

Ivan Nikitych, parado en medio de la acera, continuó:

—Usted me dirá: perdón, Ivan Nikitych, en nuestro país eso no es posible, en nuestra tierra nunca ha habido elefantes en libertad… Pero ahí es cuando yo le respondo: ¿Y el cine, camaradas? ¿Para qué sirve nuestro cine soviético? ¿A qué espera para darnos lo que necesitamos? ¿Eh? ¿A qué espera?

—Se lo ruego, Ivan Nikitych, no grite…

—No grito. Me expreso, eso es todo. Me dirijo a los responsables del cine soviético y les digo: ¡Basta! ¡Es necesario que esto cambie, camaradas cineastas! ¿Por qué nuestros estudios no envían algún equipo de rodaje a África, en donde todavía existen elefantes en libertad? ¿Por qué no nos los muestran, por qué no los llevan a nuestras pantallas para que podamos verlos por lo menos una vez antes de morir?…

Gesticulaba enérgicamente. Alrededor de ellos se había formado una pequeña aglomeración, y la gente les escuchaba con interés: Nikolai Nikolaievitch le tiraba nerviosamente de la manga, pero Ivan Nikitych se hallaba totalmente entregado a su irresistible impulso.

—Muéstrennos, camaradas cineastas, los grandes espacios abiertos, el cielo con millones de aves, la selva con sus jirafas, sus antílopes, sus leones… ¡Enséñennos al poderoso rinoceronte, al orangután salvaje, la extraordinaria variedad de aves que hay por todos los sitios, cada una vestida a su forma, cada una cantando a su manera, con sus colores propios, sus plumas propias, su nido propio, sus costumbres propias, sus fantasías en el cielo! ¡Y sobre todo, camaradas soviéticos, déjennos ver elefantes! Una carga de elefantes, que pasa a través de todo, que vuelca todo, que arremete con todo, que lo lanza todo por el aire, que hace temblar la tierra, y a la que ¡nada!, ¡nada! puede detener. ¡Esto es lo que esperamos del cine soviético, camaradas! ¡El pueblo soviético tiene derecho a exigir que su cine le dé lo que necesita! Nuestro cine soviético debe ser un fiel reflejo de las

necesidades y de las aspiraciones profundas e irresistibles del hombre soviético…

Alguien le puso la mano en el hombro. Ivan Nikitych Touchkine se aseguró las gafas en la nariz. Una veintena de personas se agolpaban a su alrededor y lo observaban con curiosidad. Algunos se reían. Pero había otros que no se reían en absoluto. El hombre que le había puesto la mano en el hombro se dirigió a él con el indiscutible tono de la autoridad.

—Circule, camarada, en lugar de provocar aglomeraciones…

—Pero…

—No hay peros que valgan. ¿O es que prefiere acompañarme al puesto más próximo?

—Sólo le estaba explicando a un amigo lo que, a mi parecer, debe ser el nuevo cine soviético…

Buscó desesperadamente a Nikolai Nikolaievitch entre la muchedumbre, pero éste había desaparecido. Ivan Nikitych se pasó por la frente una mano temblorosa.

—Le ruego que me disculpe —balbuceó—. He debido de coger frío…

Su espalda se encorvó todavía más y se dirigió tristemente a ocupar su lugar en la cola.

El diputado francés Jean Dubord estaba sentado en un taburete en la barra de un café del boulevard Saint-Germain, con el abrigo desabrochado y una bufanda alrededor del cuello, escuchando distraídamente al camarero, que le exponía su punto de vista sobre ese loco defensor de los elefantes en África. Los periódicos de la tarde no hablaban de otra cosa. El diputado estaba preocupado. Trataba de recordar a qué formación política pertenecía. Su partido se había escindido en dos, pero los elementos de las extremidades de cada rama se replegaban a su vez por sistemas de imbricación hacia tres formaciones diversas, las cuales realizaban un movimiento envolvente alrededor del centro con el fin de ocupar su lugar, mientras que el propio centro sufría un desplazamiento hacia la izquierda en sus elementos centrípetos y hacia la derecha en sus elementos centrífugos. El diputado Jean Dubord estaba tan desorientado,

que acabó por preguntarse si su deber como patriota no sería suscitar él mismo la formación de una agrupación nueva, una especie de núcleo de centro-derecha-izquierda con agrupaciones periféricas, el cual podría suministrar un pivote estable a las mayorías giratorias, independientemente de las bisagras que articularan a estas interiormente, y cuyo programa político podría ser precisamente dejar de tener un papel de bisagra para acceder al papel de pivote. De todas formas, la única forma de orientarse era tener un grupo propio. De pronto dirigió al camarero una mirada desconcertada.

—Pues bien, yo le diré lo que significa esa historia de los elefantes —dijo—. Se trata de un nuevo movimiento parlamentario…

El camarero pareció enormemente asombrado.

—¿Cómo dice?

—Que todas esas historias de ira popular, de fuerza irresistible de las masas, me las conozco muy bien… Hay que ser muy imbécil para no comprender lo que significan esos elefantes que, para vengarse, lo destruyen todo a su paso. Está claro que lo único que persiguen con eso es derribar el régimen.

—Perdone, señor diputado —dijo el camarero—. ¿Qué tiene que ver con el régimen el hecho de que haya un tipo en África que vive con los elefantes, exige que se les proteja y los defiende contra los cazadores?

—Es un truco para lanzar un nuevo movimiento parlamentario, eso es lo que es su Morel. Se empieza diciendo que los elefantes se encuentran amenazados y luego se les invita a marchar sobre el Parlamento… Hace un mes que toda la prensa reaccionaria no habla más que de Morel y de sus manadas… Está más claro que el agua. Quieren que el pueblo se subleve contra nosotros. Otro nuevo «salvador», un «defensor»… Quieren que las masas populares se rebelen contra nosotros…

Se bajó de su taburete, dejó cien francos en el platillo y se alejó con las manos metidas en los bolsillos repletos de periódicos y la bufanda colgándole tristemente del cuello… Era muy fácil sacar un billete de avión e irse al Chad, pero ¿qué haría una vez allí? Era muy poco probable que pudiera establecer, discretamente, algún contacto con Morel, y mucho menos reunirse con él. Levantarían a su alrededor una barricada de

funcionarios diligentes y, en esas condiciones, le sería imposible llegar hasta Morel, aunque sólo fuera para estrecharle la mano. Echó a andar por la calle, la cabeza baja, masticando su colilla y preguntándose si, después de todo, no debería interpelar al gobierno sobre la protección de la fauna africana.

En una clínica privada de Neuilly, un hombre con un abrigo echado sobre los hombros salió al pasillo y se detuvo. El médico se reunió con él inmediatamente y le dijo algunas palabras de consuelo que él no oyó. Era un hombre joven y su mujer acababa de morir de un cáncer fulminante de útero. Se habían casado hacía un año y él la adoraba. Lo más curioso es que no se sentía víctima de una injusticia especial. La injusticia que acababa de sufrir era una simple aplicación de la ley, una ley biológica tan depravada, inmunda y cínica como ciertas leyes humanas, como, por ejemplo, las leyes de Núremberg. Era una ley que no podía ser abolida, sino solamente burlada, y en los laboratorios algunos hombres trataban astutamente de conocerla mejor para intentar pactar con ella. En todo el mundo, los sabios trabajaban tenazmente en elaborar un compromiso. El médico le había puesto una mano en el hombro y seguía aconsejándole que tuviera valor. Desde el fondo de su angustia, el hombre recordó de pronto que al menos existía alguien en alguna parte que rechazaba los compromisos, que se negaba a pactar, que no transigía con la injusticia. Miró al médico.

—¿Tiene el periódico de hoy?

El médico no entendía nada. ¿Cómo era posible que ese hombre que acababa de perder a su esposa, y que durante las últimas cuarenta y ocho horas parecía haber sufrido tanto como ella, quisiera leer el periódico?

—Sí.

Buscó en su bolsillo por debajo de su bata blanca y le tendió el periódico de la tarde. El hombre lo cogió y lo abrió ávidamente. Sus ojos fueron rápidamente de página en página, y luego se detuvieron…

—Sigue en la brecha —dijo con satisfacción—. No van a desembarazarse de él tan fácilmente como creen… Y yo que desde hacía

algunos días empezaba a preocuparme… Pero nuestro amigo sigue resistiendo.

Devolvió el periódico al médico estupefacto y se echó a andar por el pasillo con paso firme y la cabeza alta. Tenía los párpados rojos e hinchados, pero estaba sonriente.

El rumor de que la detención de Morel era inminente se había extendido por Fort-Lamy, e inmediatamente había sido difundido por los periódicos del mundo entero. Y también por todos los que pensaban a veces en él con una íntima satisfacción, como si le hubieran encargado tácitamente que los representara en todo lo que había en ellos de frustración, de fracaso, de aceptación, de sufrimiento, de esa necesidad vehemente y al mismo tiempo vaga de «decirles algún día lo que pienso de ellos», de «escapar de todo esto», de «enseñarles», de «acabar con la situación», por todos los que ya estaban hartos de «eso», sin darse cuenta de la ilimitada grandeza con la que aquel humilde pronombre se engalanaba para la ocasión, por todos aquellos que se sentían vengados por ese rechazo a aceptar y padecer, expresado en su nombre, e íntimamente satisfechos por lo que ellos confundían con una manifestación de repugnancia y de desprecio que no les afectaba personalmente; por otra parte eran los mismos que sentían una íntima satisfacción cuando el capitán Carlsen permanecía tres días sin abandonar los restos de su barco naufragado en alta mar; por todos aquellos que habían fracasado hacía mucho tiempo en su empresa —la de tener una tienda conocida y solvente— y se limitaban a resistir en su trastienda, esperando la hora del cierre; por todos aquellos que achacaban equivocadamente a sus pequeños problemas materiales un rencor que venía de mucho más lejos y que corría por sus venas con la sangre misma de la especie. Todos aquellos, pues, se sintieron irritados y contrariados ante la idea de que aquel hombre que expresaba tan bien su aspiración imposible de escapar de «eso», de dominar su destino, de ser otra cosa —¡hombres, en una palabra!— iba a ser conducido entre dos policías y esposado como un vulgar ladrón. Pero por supuesto también había otros, igual de numerosos, que, con una estúpida sonrisa en los labios, volvían a tomar su aperitivo a

su rinconcito y emitían un gran suspiro de alivio pensando que habían hecho bien en no intentar nada, porque, tal y como ellos mismos habían dicho desde el principio, decididamente no había «nada que hacer» y que, «en la vida, hay que saber resignarse»; estos últimos se extendían a sí mismos certificados de sabiduría y de moderación y recuperaban la paz de espíritu. Pero todos aquellos que aspiraban a una vida diferente a la de ser meras fichas de asistencia en los canales de distribución se quedaron consternados al saber que el hombre que había elegido a los elefantes estaba a punto de ser detenido. Nadie lo confesaba: en todo caso uno no podía confesar que no estaba contento de ser lo que era; sólo los fracasados notorios que ya no tenían nada que ocultar, pues su fracaso era tan visible como su alcoholismo, su camisa sucia o sus zapatos gastados, podían permitirse el lujo de mostrarse abatidos o indignados ante la idea de que todo volvería a su cauce y de que todo volvería a cubrirse de nuevo con el velo de la aceptación.

En un sanatorio de tuberculosos de la Alta Saboya, las noticias publicadas por la prensa o la radio sobre el hombre que exigía un respeto elemental a la naturaleza se hallaban puestas en el tablón de anuncios situado en el vestíbulo. Cuando los enfermos vieron la noticia de la AFP anunciando que de un momento a otro sería detenido el fuera de la ley, los enfermos cayeron en tal estado de abatimiento y de consternación que el director del sanatorio prohibió que volvieran a aparecer los comunicados en el tablón. La mayoría de los tuberculosos eran jóvenes que se habían visto aquejados por la enfermedad en pleno auge vital. Una joven con un neumotórax y un segundo pulmón afectado estalló en sollozos al ver el tablón. Era la primera vez que lloraba desde que estaba en el sanatorio. Había sido el comité de enfermos el que había decidido exponer en el tablón las noticias de la cruzada de Morel, y al director le costó mucho esfuerzo hacerles desistir de ello. Un estudiante le dijo una frase cuya relación con el caso Morel al médico le resultó muy enigmática. Le dijo: «No hay ninguna razón para que nos demos por vencidos sin protestar».

Casi al mismo tiempo, unos blancos rompían la cabeza a un adolescente negro de catorce años por haber emitido un silbido de admiración al ver pasar a una mujer blanca, los colombófilos rusos hacían explotar una

bomba de hidrógeno y preparaban un cohete intercontinental que podría transportarla y volver inhabitable un territorio mayor que la Gran Bretaña, los Mau mau añadían el cerebro de un recién nacido a la poción que bebían para jurar su fidelidad a la causa del derecho de los pueblos a la autodeterminación, y en el mismo orden de ideas, el ministro de la Reconstrucción asistía al funeral de un niño muerto de frío en un cuchitril francés y estrechaba la mano a sus padres. En nombre de la libertad, algunas tribus norteafricanas violaban a niños de seis años y rajaban con un cuchillo las matrices de las mujeres francesas cuando no podían demostrar de otra forma su virilidad. Mientras tanto, los sabios discutían gravemente sobre la posibilidad de que las cenizas radiactivas absorbidas por la humanidad a consecuencia de las sucesivas pruebas atómicas pudieran acabar creando una generación de genios o de imbéciles, mientras que en Francia el gobierno apoyaba oficialmente la producción de alcohol, lo que evidentemente era una solución. Todos los que se encontraban cada mañana con estas noticias en los periódicos y sólo tenían la oportunidad de emitir un suspiro de alivio cuando leían las noticias del hombre decidido a continuar su campaña para la protección de la naturaleza, al principio se quedaron consternados y luego se pusieron furiosos ante el anuncio de su inminente detención, que, por otra parte, aún se negaban a creer.

El 22 de junio, en el momento en que los últimos periodistas que quedaban en Fort-Lamy recogían por fin el fruto de su paciencia —les habían anunciado confidencialmente «un desenlace inminente» del asunto— y permanecían en la terraza del Chadien esperando ser convocados a una rueda de prensa, un grupo de jinetes, formado por dos africanos y tres blancos, avanzaba lentamente a través de la broza del sureste de Gola, donde hasta las monótonas sombras de las acacias que se extendían sobre la tierra parecía estar a punto de expirar y donde todo el paisaje, con sus arbustos secos, sus termiteros, sus árboles aplastados y sus hierbas quemadas daba la sensación de estar a punto de desvanecerse en la luz. Desde hacía un mes, en el A. E. F., en Sudán, en Uganda y en algunas regiones de Dongola, de Kenia y de Tanganica, se había prohibido por

completo la caza deportiva; se estimaba que la sequía produciría tal merma en las manadas de animales que serían precisos diez años para compensarla; las pérdidas en el ganado y en la agricultura requerían por doquier la intervención del gobierno; en el sur, los brujos amenazaban con hacer que se prolongara la sequía hasta que les devolvieran el lugar que habían ocupado hasta entonces en los consejos tribales; los campesinos negros abandonaban en masa las regiones afectadas; el déficit en la cosecha del algodón arruinaba a la mayoría de los vendedores a plazos. El aire ya no olía a sahel, sino a desierto y, en esa atmósfera de donde habían desaparecido los últimos restos de humedad, Haas volvía a sentir en las mucosas de sus narices esa sequedad tan parecida a la producida por *khamsin*. Nunca había visto un espectáculo parecido, ni siquiera en los confines del Tibesti, donde al estar todo concebido para la sequía del desierto, vive con ella en armonía. Acostumbrado a la fétida humedad del Chad, al principio había masticado su cigarro con cierta satisfacción ante un aire tan salubre y tan carente de miasmas, pero poco a poco, impresionado por la ausencia casi total de vida, por el sufrimiento descarnado de los escasos animales que habían visto y por las miradas tristes de los hombres en los poblados que habían atravesado, acabó por ensombrecerse, jurando entre dientes cada vez que veían una carroña llena de moscas. Luego se puso a pensar en los mosquitos con auténtica nostalgia y no tardó en reconocer que el lago Chad —al que hasta ahora había calificado de viejo podrido y de fangoso, pero cuyas aguas seguían resistiendo y no rechazaban a ningún ser sediento— poseía ciertas cualidades por las que sería perdonado con creces.

Su compañero, Jean de Fonsalbert, enviado especial de un importante semanario parisino, era menos sensible a aquel trágico paisaje; era la primera vez que venía a África central y le faltaban elementos de comparación. Sólo tenía una preocupación: ser el primer periodista que encontrara a Morel.

Hacía veinticinco años que Haas se dedicaba a capturar elefantes en el Chad para vendérselos a los parques zoológicos: desde la guerra de 1914 exactamente, en la que había sido gaseado. El remordimiento le había llevado a organizar la expedición con el fin de encontrar a Morel y llevarlo

a un lugar seguro. Lo que más le irritaba era que algunos imbéciles pretendieran que a Morel no sólo le movía su afecto hacia los gigantes tan despiadadamente acorralados, sino que además perseguía algún objetivo político. Al viejo solitario del Chad, semejante escepticismo le producía una inmensa cólera, porque él sabía lo que era el amor a los elefantes y también, sobre todo desde que había sido gaseado, lo que era la misantropía. Sin embargo, estaba decidido a poner las cosas en claro. Si el aventurero era sincero, si no ocultaba nada, si simplemente amaba a esos animales magníficos, estaba dispuesto a conducirle hacia un lugar en el que podría estar seguro. Pero si se trataba de otra nueva cochinada humana, política o de cualquier otra especie, de un mero truco propagandístico, le rompería la cara y se volvería a sus cañaverales.

En cuanto a Verdier, Haas lo había reclutado porque no dejaba de expresar su simpatía por Morel a todo aquel que quisiera oírle, pero sobre todo porque poseía una plantación abandonada en el Camerún, que sería el refugio ideal… siempre que pudieran llegar allí. Haas no prestaba ninguna atención a los parloteos de Verdier, quien desde hacía mucho tiempo era el hazmerreír del A. E. F. Impulsor de la Asociación de los Franceses Libres del Chad, había contribuido a la adhesión del territorio a los aliados durante la guerra y era un ferviente admirador del general De Gaulle, por quien sentía casi el mismo apego que Haas sentía por sus elefantes. Aquel enorme barrigón se había hecho de Morel una idea cómica y simplista, a la imagen de sus propias obsesiones.

—Hágame caso a mí —peroraba dirigiéndose al periodista con una cierta condescendencia—. Si quiere tomarse la molestia de consultar los escritos del general De Gaulle, encontrará la explicación de nuestro aventurero. Me conozco ese pasaje de memoria: «Durante toda mi vida he tenido una cierta idea de Francia, basada tanto en el sentimiento como en la razón. Mi parte afectiva imagina a Francia como la princesa de un cuento de hadas o la Madona de un fresco, y la ve abocada a un destino eminente y excepcional. Instintivamente tengo la impresión de que la Providencia la ha creado para lograr éxitos absolutos o sufrir reveses ejemplares. Y cuando la mediocridad ensombrece sus acciones y sus gestos, experimento la sensación de una absurda anomalía, imputable a los errores de los franceses

y no al genio de la patria…». ¡Pues bien, señor! Sustituya la palabra «Francia» por la palabra «humanidad» y tendrá a su Morel. Él ve a la especie humana como la princesa de los cuentos o como la Madona de los frescos, abocada a un destino ejemplar… Si ésta le decepciona, siente que se trata de una absurda anomalía, imputable a los errores de los hombres y no al genio de la especie… Entonces se enfada y trata de obtener de los hombres no sé qué eco de generosidad y de dignidad, no sé qué respeto a la naturaleza… Ése es nuestro hombre, un gaullista rezagado. Creo que es evidente.

Haas le escuchaba con todo el desprecio que su barba le permitía expresar. Decididamente los hombres se creían tan superiores que eran absolutamente incapaces de comprender que alguien pudiera estar harto de ellos, de su vida y de su olor, y decidiera irse a vivir con los elefantes porque en el mundo no existía mejor compañía.

OceanofPDF.com

XXXIX

Cuando Fields salió de la cabaña y vio aquellos nubarrones oscuros concentrándose en el este, se quedó sobrecogido ante la negra pesadez del horizonte, que parecía anunciar un inminente y prodigioso estallido del cielo. El mismo Habib, que iba y venía por la duna como un capitán por la pasarela de un barco amenazado por la tempestad, se hallaba visiblemente impresionado y observaba las nubes con el respeto de un anciano marino.

—Ya no tardará —dijo a Fields—. Es la última vez que vuelvo a creer en algo, ni siquiera en las previsiones meteorológicas… A pesar de todo, espero que nos dé tiempo a pasar.

Y dio un enorme grito, acompañado de algunos empujones, a los negros que transportaban el marfil hacia los camiones que él mismo había ordenado acercar hasta los límites del pantano desecado. Si llegaran las lluvias, los camiones se quedarían allí hasta el próximo año —Fields estaba dispuesto a soportar cualquier cosa con tal de poder fotografiar aquel espectáculo—, pero el libanés no perdía su optimismo. Iba y venía con sus piernas regordetas y la gorra ladeada, que dejaba al descubierto una parte de su cabeza calva. De vez en cuando se sacaba el muñón de cigarro apagado que llevaba entre los labios y dirigía algún que otro juramento a los porteadores, que respondían con grandes risotadas. Viendo que Fields le observaba con interés, le dijo:

—Como verá, también sé tomar el mando de las operaciones terrestres cuando es necesario…

Dio una amistosa palmada en el hombro al americano y se alejó acompañado del alto legionario rubio, con el que parecía haber hecho amistad, para organizar la salida de los camiones. (Aparte de a su protegido De Vries, Habib había perdido a dos hombres más durante las operaciones: uno de ellos había sido levantado de la roca en la que estaba por un elefante

y luego aplastado, y el otro había sido víctima de una bala perdida durante la desordenada descarga de fusilería del principio).

Fields se sentó en la arena para respirar un poco. Cada vez le dolían más las costillas y empezaba a preguntarse si estaba en condiciones de seguir a Morel. En el lago, los buitres daban algunos picotazos rápidos a los cadáveres de los animales sobre los que estaban posados; luego alzaban la cabeza, miraban en todas las direcciones y proseguían su festín. Fields no sabía qué era lo que más le desagradaba de ellos: si su espalda redondeada o esa forma que tenían de menear la cabeza y mirar a su alrededor. Los montículos funerarios de los elefantes muertos se hallaban esparcidos por toda la extensión del lago, cada uno con su centinela gris y jorobado. Del agua llegaban risas y gritos: las mujeres y los niños del poblado cortaban la carne y la arrojaban a los cestos que llevaban a la espalda. Cada vez que se acercaban, los buitres movían el pico y corrían hasta el otro extremo de su presa, pero no la abandonaban hasta el último momento, elevándose con un pesado vuelo para volver a posarse enseguida en el montículo más próximo. Algunos elefantes volvían ya hacia el agua, el aire estaba lleno de bramidos lejanos, entre los que Fields trataba de reconocer los de los animales heridos.

En medio de los últimos rayos de sol, una flotilla de cuernos se desplazaba como si fueran mástiles: los antílopes regresaban para beber. Muy lejos, hacia el oeste, una nube de polvo iluminada por el sol anunciaba nuevas manadas…

Al amanecer del primer día, Fields había visto cómo una masa compacta de búfalos alzaba un bosque puntiagudo de cuernos en el lugar donde, la víspera, tan sólo había aves. (Cuando el periodista contó en Fort-Lamy que había visto búfalos en el Kuru, el grito de protesta fue unánime. Pero los había, y a centenares. Fields presentó fotografías para demostrarlo).

Hacia las cuatro de la mañana, Waitari se dispuso a abandonar el lago y mandó recado a Fields de que deseaba hablar con él. El periodista vio su figura de lejos, recortada en lo alto de la duna, bajo el cielo tormentoso, por encima de la ciénaga cubierta de pájaros, en el mismo lugar donde él había mantenido la primera conversación con Peer Qvist. Se hallaba acompañado

por los tres jóvenes que no habían dirigido la palabra al periodista durante todo el tiempo que habían estado en el lago. Se había puesto su quepis azul cielo con las estrellas negras y se hallaba flanqueado por sus ayudantes de campo uniformados, la bandolera y el revólver al costado: a Fields le dio la impresión de haber visto cientos de veces aquella imagen. Era una de las más utilizadas por la humanidad. No obstante, le hizo una foto por cortesía. (Fields siempre había sostenido que el drama más profundo de la vida de César no había sido la puñalada de Bruto, sino la ausencia de fotógrafos. Bien es verdad que se había desquitado con los escultores, pero no era lo mismo. Si hubiera nacido más tarde, habría llegado todavía más lejos como político). Los tres jóvenes mantuvieron su actitud hostil, pero Waitari le tendió la mano.

—Quería despedirme de usted.

—Seguramente sólo será un «hasta la vista» —dijo Fields cortésmente —. Estoy convencido de que todavía se oirá hablar mucho de usted.

El ex diputado de los oulés no pudo reprimir una sonrisa de satisfacción.

—Ya veremos… Espero tener un enfrentamiento a la vuelta con las fuerzas represivas. Si no fuera así, nuestra misión habría fracasado en parte… Es indispensable que me metan en la cárcel. O que me maten…

—Estoy seguro de que nos volveremos a ver —repitió Fields.

—Tal vez. En todo caso, cuento con usted y con la prensa americana.

Fields dijo algunas palabras acordes con la ocasión y, ante su sorpresa, se sintió más emocionado de lo que hubiera imaginado. Fuera cual fuera la ambición de aquel hombre, su soledad no era menor. Una vez más, la fotografía que le había tomado desde abajo, desde el pie de la duna, con la inmensidad del cielo a su alrededor, sería más elocuente que el texto del que iría acompañada. En eso consistía su oficio, en hacer que el texto resultara inútil.

—África es muy pesada de llevar —dijo Waitari— y todavía somos muy pocos los que podemos cargarla sobre nuestras espaldas…

«Lo que tú llevas es mucho más pesado que África», pensó Fields.

—Kenyatta está en la cárcel… N’Krumah acaba de salir de ella para tomar el poder… Como ve, mi camino se encuentra completamente trazado. Pero por ahora, alrededor de mí, sólo hay cuatro jóvenes de los que pueda

estar seguro… Confío en su honestidad profesional para que explique claramente quiénes somos y lo que queremos…

En su mal francés, Fields se embarcó en una larga frase para darle las garantías necesarias, confiando en que su acento y su falta de vocabulario ocultarían su falta de convicción. No era que no le hubiera gustado ayudar a Waitari. Era verdad que no le gustaban demasiado los franceses, a causa de sus reyertas, pero adoraba Francia, era incapaz de vivir mucho tiempo fuera de ella, y admiraba también a algunos franceses como Victor Hugo, Juana de Arco, Maurice Chevalier y La Fayette. Por otra parte, Waitari era una excepción, no se podía decir que fuera un francés como los otros. Francia era un país demasiado acabado, demasiado limitado por sus tradiciones y sus leyes, sus instituciones y su opinión pública, para una ambición y una voluntad como las suyas. Él necesitaba tierras vírgenes, poblaciones baldías y tareas gigantescas. Necesitaba una libertad de acción y de poder a la medida de sus fuerzas. Probablemente ésa era la razón de que hubiera abandonado su escaño en el Parlamento francés para partir a la conquista de África. Seguramente triunfaría y colonizaría África, construiría un mundo nuevo: la era de la explotación intensiva y de las conquistas no había hecho más que empezar, y la colonización interior no sería precisamente suave ni desinteresada. La respuesta a todo esto todavía no existía. Morel tenía razón, era necesaria una píldora. Así pues, lo único que se podía hacer era desear suerte al futuro dictador negro y Fields lo hizo lo mejor que pudo. A pesar de todo, se sintió aliviado cuando Waitari se dirigió por fin hacia los camiones seguido de los tres jóvenes, que ni siquiera le dirigieron un gesto de despedida. Siempre resulta penoso asistir a los esfuerzos de un hombre por agarrarse a una brizna de paja, sobre todo cuando uno es la brizna en cuestión. Fields le vio, pues, alejarse con una cierta simpatía y no poca tristeza. Bajo el cielo ilimitado de África, no veía solamente a un jefe sin tropas, una voluntad de poder sin esperanza de ser saciada, un intelectual francés que era un oulé, ni un africano rebelado contra la selva primitiva, sino sobre todo a un hombre solo; y al lado de eso, el resto no significaba nada. Sin embargo, no dejó de hacer una fotografía al grupo que se alejaba.

Cuando regresó a las cabañas, encontró a Morel en la duna discutiendo animadamente con Peer Qvist y Forsythe, a quienes trataba de convencer de

que lo mejor que podían hacer era llegar hasta Jartum y, desde allí, dirigirse a sus países respectivos, para aprovechar el interés del público respecto a ellos y dar un nuevo impulso a la campaña para la protección de los elefantes. Minna, sentada en la arena y con la barbilla apoyada en las manos, parecía no escuchar.

—De todas formas, con las lluvias ya no podremos movernos. Seréis mucho más útiles haciendo ruido en el exterior. Dad conferencias, reuniones, hablad en la radio. Vociferad… Después de toda esta publicidad, os escucharán… En cuanto a mí, me esconderé durante seis meses en las colinas. Dejadles muy claro que sigo en la brecha, que tengo los ojos bien abiertos… Hay que forzarles a convocar una nueva conferencia, pero esta vez no en el Congo, sino en alguna parte más visible, en Ginebra, por ejemplo, donde les dará miedo no resolver nada…

Pasaron el resto del día, una parte de la noche y toda la mañana siguiente tratando de encontrar y de rematar a los animales heridos que agonizaban en los cañaverales. En medio del olor a carroña y del zumbido de las moscas, Morel sólo dio muestras de desánimo una sola vez, mientras chapoteaba, seguido de Fields, entre los buitres, que no abandonaban los montículos funerarios hasta que los hombres no estaban muy cerca de ellos.

—Dios mío, ¿es que no cambiarán nunca? Con el tiempo que hace que esto dura… Realmente habrá que inventar una píldora especial… Una píldora de humanidad, de dignidad. Y aun así, habrá que hacérsela tragar a la fuerza. Viendo esto, me entran ganas de plantarlo todo y de irme a vivir a Alemania.

—¿Y qué diablos harías en Alemania? —masculló Peer Qvist que chapoteaba a su lado con los pantalones recogidos por encima de sus huesudas rodillas y la carabina levantada por encima del agua.

—Sumergirme en los recuerdos. Tal vez eso me curaría… Quizá los nazis dijeran la verdad sobre nosotros con bastante franqueza… No hay que olvidarlo. Quizá ellos fueran la verdad… Y el resto sólo sean hermosas mentiras. Quién sabe si lo que intento hacer aquí es solamente una forma de mentir…

—¡Bah! —escupió el danés con indignación.

Cuando oía a Morel hablar así, Abe Fields se sentía muy desgraciado. Le gustaba ver a su francés con la cólera en los ojos, empuñando la carabina, sin esperar a que las píldoras de dignidad hicieran su aparición en el mercado. Por otra parte, era probable que el organismo humano no pudiera soportarlas. Pero estuviera del humor que estuviera, sólo se sentía contento cuando caminaba con su cámara junto a aquel loco que defendía a los elefantes. Entonces se olvidaba de sus costillas doloridas, de su cansancio, de la opinión que le merecían los hombres y de todo lo que ya sabía sobre las causas perdidas. E incluso acababa creyendo que todavía era posible hacer algo. Por pudor, intentaba convencerse de que se trataba de un simple entusiasmo profesional: todavía le quedaba más de la mitad de la película. Aunque también era verdad que, si tuviese que pasar seis meses con el francés en una gruta de los Oulés, no sería suficiente. Sin embargo, sólo se sentía contento cuando oía a Morel hacer planes de campañas futuras y proyectos para defender a la fauna africana.

—Creo que con un poco de perseverancia y una campaña de prensa bien orquestada, obtendríamos resultados… Por eso es importante que vosotros dos estéis allí y sopléis sobre las brasas… Al final prenderán. Sólo es una cuestión de hacer presión sobre los gobiernos.

Fields acabó pidiendo a Morel que le permitiera acompañarle hasta el Chad. Tenía intención de ir a Fort-Lamy para enviar sus fotos desde allí; por lo tanto, le dijo, podrían hacer juntos una parte del camino.

(Fields negó siempre con acritud haber querido seguir a Morel por otros motivos diferentes a los profesionales. Cuando tuvo problemas con las autoridades del Chad, que al principio se negaron a creer su versión del accidente de avión, acusándole de haber sido cómplice de unos criminales y de haberlos ayudado, debió su libertad a la protesta indignada de los periodistas que todavía quedaban en Fort-Lamy. La acusación de las autoridades francesas provocó durante mucho tiempo la hilaridad de sus colegas, decididos a hacerle pagar de esa forma su sensacional reportaje. Según ellos, un Abe Fields guerrillero, un Abe Fields convertido en *amok* y defendiendo los elefantes con las armas en contra de todos, un Abe Fields idealista y desinteresado, era uno de los mejores chistes del año. De ese modo, cada vez que Fields aparecía en la terraza del Chadien, era recibido

con aclamaciones. Él se lo tomaba bastante mal, lo que hacía que se multiplicaran las aclamaciones. Mientras duró el interrogatorio de la policía, citó todos los precedentes ilustres que le vinieron a la memoria: la presencia de Thomson junto a Zapata, de Straus junto a Pancho Villa y de todos los periodistas que habían rodeado a Giuliano en la época en que éste tenía aterrorizada a Sicilia. El regreso de Schölscher, que había visto el avión accidentado en el Kuru, le libró de aquella penosa situación. Sólo cuando Fields pudo hablar a la policía de las circunstancias de su accidente, recordó un detalle que había olvidado por completo y que se refería a Davies, su piloto. Se acordó de que Forsythe, para evitar los rápidos efectos del calor sobre el cadáver, lo había sumergido entre dos rocas en espera de poder enterrarle de una forma más cristiana. Luego, debido a los acontecimientos que se habían producido después, nadie había vuelto a acordarse de él. El pobre tipo debía de seguir allí dentro rodeado de elefantes. Fields se consoló diciéndose que para un héroe de la batalla de Inglaterra aquélla no debía de ser una compañía desagradable).

Cuando vino a pedir a Morel que le permitiera seguirle, éste sonrió.

—¿Quiere estar presente para poder tomar una foto?

Y antes de que Fields pudiera responderle, añadió:

—Dicen que ustedes, los grandes reporteros, tienen un olfato especial para estar presentes en el momento oportuno…

A Fields le impresionó la tristeza con que lo dijo. Se preguntó si el francés no le estaría atribuyendo un presentimiento que tal vez él mismo tuviera.

(Fields no creía en los presentimientos y no tenía ninguno en ese momento. Tampoco creía en el olfato especial de los periodistas «para estar presentes en el momento oportuno». Los mejores reportajes fotográficos que había realizado se habían debido en su mayoría al azar. El día en que Gandhi había sido asesinado, se encontraba allí, entre dos aviones, en espera de poder ir a fotografiar una cacería de tigres en las posesiones de un marajá: las tres fotos que había podido tomar segundos después del atentado le habían proporcionado quince mil dólares. Se había apostado en el lugar por donde Gandhi debía pasar sólo porque no tenía otra cosa que hacer. Estaba de vacaciones en Haití en el momento en que un huracán destruyó

Jeremie, lo que le permitió no sólo cubrir ampliamente sus gastos, sino también pagar el alquiler de su casa de París durante un año. En cuanto a Morel, simplemente había presentido que, prácticamente solo y desarmado, no podría llegar demasiado lejos, y naturalmente quería estar presente en el momento en que aquella aventura que tanto apasionaba al público americano llegara a su fin).

Morel había dicho que saldrían al atardecer con el fin de hacer el mayor camino posible por la noche. Idriss y Yussef habían llevado los caballos a la duna. Morel examinó con atención el cielo inmóvil, donde las nubes se alzaban sobre el desierto como un montón de rocas negras, y luego le preguntó a Idriss:

—¿Tú qué dices de esto? ¿Lloverá o no?

Idriss meneó la cabeza. Con su túnica azul, su turbante blanco enrollado alrededor de la cabeza, las dos profundas arrugas cavadas desde su nariz hasta sus labios y los escasos pelos grises de su barbilla, inspiraba a Fields tanta confianza en sus pronósticos como el instituto meteorológico de Nueva York. (Fields se había pasado noches enteras en blanco con su cámara en ristre en la ruta por la que se suponía que debían pasar los huracanes, pero éstos al final habían arrasado muchas regiones en las que no se les esperaba en absoluto).

—Esperemos que sea así. Necesitamos al menos dos días para cruzar…

Fields pasó los últimos momentos antes de la salida con Peer Qvist, que había querido darse una vuelta de despedida por el pantano, entre las aves.

—Nunca más volveré a ver esto —había dicho.

Abe Fields nunca había sido demasiado aficionado a contemplar la naturaleza, pero esta vez tenía que reconocer que el espectáculo era realmente admirable. Extraordinaria, conmovedora, la vegetación de plumas cubría la ciénaga hasta perderse de vista y, bajo las nubes inmóviles y pesadas, este segundo cielo, más próximo, vivo e innumerable, parecía haber triunfado sobre el vacío del otro. Las aves creaban así un cielo al alcance de la mano y por fin accesible. Algunas especies le eran tan familiares a Fields que su presencia en los confines del desierto africano parecía deberse a algún trágico error. Golondrinas, cigüeñas, garzas, gaviotas, toda la vieja Europa alada de los campos y de los puertos

pesqueros parecía haberse refugiado allí, entre los jabirúes inmensos, los marabúes, los pelícanos, los balaeniceps del Bahr el Gazal y todas las demás especies cuyos nombres él ignoraba. Peer Qvist le dijo que ese tapiz viviente de cerca de cien kilómetros cuadrados que cambiaba de color, se alzaba y volvía a caer, se dispersaba y se reagrupaba como un fulgurante brocado tejido y retejido sin interrupción ante sus ojos, no era más que una ínfima parte de las miles de aves migratorias que se dirigían al valle del Nilo y a los pantanos del Bahr el Gazal sudanés. El danés hablaba de ello con un fervor casi religioso, y cuando por fin se volvió, Fields vio que el viejo naturalista tenía los ojos húmedos. Por discreción, fingió tomar una foto de la ciénaga, de la que sin embargo ya tenía toda una serie en color, y Peer Qvist le recordó su promesa de mandarle los clichés.

(Fields cumplió su promesa. Envió una colección completa a nombre del naturalista al Museo de Historia Natural de Copenhague. El envío le fue devuelto con esta simple palabra: «Desconocido». A Fields le pareció que aquella respuesta tenía grandeza. Entonces intentó enviar el paquete al Comité internacional para la defensa de la fauna y de la flora, con sede en Ginebra. Se lo devolvieron de nuevo, pero esta vez acompañado de la siguiente nota: «Ya no forma parte de nuestros servicios». A Fields se le ocurrió entonces una idea genial. Envió simplemente su paquete a nombre de «Peer Qvist, Dinamarca» y unos días más tarde recibió unas palabras de agradecimiento del destinatario).

Cuando volvieron a la duna, los demás ya estaban preparados. Fields se acercó a su caballo con aprensión, pues no sabía si sería capaz de soportar el viaje. El lago se había quedado en silencio; las mujeres y los niños habían regresado a sus poblados antes del atardecer, llevando a la espalda o encima de la cabeza las cestas llenas de carne; al olor del limo se unía cada vez más otro tipo de olor que Fields trataba en vano de ignorar. Algunos elefantes volvían hacia el agua y otros vagaban por los cañaverales: sus bramidos se oían por todas partes y a Fields le parecía distinguir entre ellos los de los animales heridos. Morel había atado a su silla su cartera de cuero, y ahora se encendía un cigarrillo con su mechero de yesca. Se había afeitado, llevaba su pañuelo recién lavado alrededor del cuello y su pequeña cruz de

Lorena prendida en el pecho. Parecía tranquilo y dispuesto a continuar durante todo el tiempo que hiciera falta.

(Fields no comprendió realmente la fuerza secreta que lo habitaba hasta varios años más tarde, cuando volvió a ver a Peer Qvist en la Universidad de Upsala, en Suecia, donde el viejo naturalista impartía el que sería su último curso sobre la preservación de las especies. Entregado a los recuerdos, el anciano se pasó la mitad de la noche rememorando su pasado, y de esa forma llegó a contar por fin al periodista la historia de Morel y de los abejorros. Entonces fue cuando Abe Fields conoció realmente el fondo de asunto. Escuchó en silencio, y cuando salió a la noche nevada y silenciosa, donde hasta las mismas estrellas tiritaban, se echó a andar con una ligereza y una confianza nuevas; hubiera dado cualquier cosa por volver a encontrarse con Morel y decirle que él, Abe Fields, también «creía en eso» con todo su corazón).

Por el momento, sentado sobre su caballo, los ojos y el rostro colorados, y un pañuelo con cuatro picos puesto en la cabeza para protegerse del sol, se sentía bastante desgraciado y se preguntaba por qué se empeñaba en seguir a ese fuera de la ley a través de cien kilómetros de regiones desérticas a riesgo de acabar en la cárcel o de morir de insolación, cuando ya no le quedaba casi película. Forsythe ya estaba en el otro extremo de la duna, sujetando su caballo por la brida, probablemente para evitar las despedidas. Había hecho todo lo que había podido para disuadir a Minna de seguir a Morel.

—Nunca conseguirá hacer ese recorrido…

—Ya lo he hecho una vez.

—No en las mismas condiciones. Los caballos apenas se mantienen en pie… Aunque consigan llegar al Chad, les detendrán. Un hombre solo podría salir del paso, pero con una mujer…

—Debería informarse sobre lo que las mujeres son capaces de soportar, mayor Forsythe… Yo podría contarle bastantes cosas a ese respecto.

—Piénseselo bien. Hemos querido hacer una manifestación, expresar a nuestro modo la repugnancia y la protesta de mucha gente… Y lo hemos conseguido con creces. El mundo entero tiene sus ojos puestos en nosotros. Es el momento de continuar nuestra campaña utilizando otros medios,

aprovechando la atención y la simpatía de los que nos rodean. No podemos desperdiciar la audiencia que hemos adquirido. El caso de Morel es diferente, porque, suponiendo que lo detuvieran, su juicio tendría una repercusión enorme y haría que la simpatía popular aumentara todavía más. Probablemente fuera absuelto triunfalmente. Pero mientras tanto arriesga su vida, y usted también… Es una locura…

—¿Qué le ha vuelto de pronto tan razonable, mayor Forsythe? ¿Tal vez la noticia de que por fin puede volver a su país, de que incluso allí se ha convertido en una especie de héroe y de que quizá, quién sabe, el ejército norteamericano bautice con el nombre de Forsythe una promoción de West Point?

Él no pudo evitar reír.

—En todo caso, ese día será un gran día para los elefantes… ¡Me sorprende lo bien informada que está acerca de nuestras tradiciones militares!

—Me he acostado con bastantes oficiales norteamericanos…

—Si no quiere venir conmigo, váyase con Peer Qvist a Dinamarca.

Ella sacudió la cabeza.

—Tengo que quedarme con él.

—Debería comprender que ahora hay otras formas de ayudarle, mucho más eficaces e incluso más urgentes… Y es lo que vamos a tratar de hacer. ¿O es que cree que le estamos abandonando?

—Me da igual lo que ustedes hagan. Yo quiero estar aquí, eso es todo.

—¿Por qué?

Ella sonrió.

—Es necesario que haya alguien de Berlín con él, ¿no cree, mayor Forsythe?

Ella le dio la espalda y se alejó por la duna con esa forma de caminar que su pantalón de hombre hacía desmañada y aún más femenina. Él la siguió con la mirada y con un ligero gesto de cinismo en los labios. Estaba seguro de que la volvería a ver. Bastaba con esperar. Algún día se le ofrecería la oportunidad: el vínculo de los recuerdos comunes, a falta de otra cosa, bastaría para conducirla hasta él. A menos que Morel no cediera al fin a tanta abnegación, se casara con ella al salir de la cárcel, tuvieran

hijos, se establecieran en una ciudad de África y abrieran un pequeño comercio de marfil para los turistas. «También pueden ir a ver a Morel, es una curiosidad local, hubo un tiempo en que fue muy famoso, le llamaban "el hombre que defendía a los elefantes"… Ahora regenta una tienda de recuerdos de marfil para los turistas. Qué quieren, de algo hay que vivir, ese tipo de historias siempre acaban así… Se deja fotografiar fácilmente, sobre todo si le compran algo».

Forsythe alzó el brazo y le hizo un gesto de despedida. Minna le contestó. Esperó a que el danés le alcanzara y dirigieron sus caballos hacia la pista de Gfat. A medida que atravesaban el pantano, las aves alzaban el vuelo a su paso: las alas blancas de los marabúes, de las cigüeñas y de las garzas se agitaban como adioses en el crepúsculo. Peer Qvist se caló bien el sombrero y no se volvió ni una sola vez hacia las cinco figuras que, sobre el fondo del cielo, se fueron haciendo cada vez más pequeñas. Empezaba a reprocharse lo que le parecía un abandono, aunque sabía que la mejor forma de ayudar al francés ya no era quedarse con él en África, sino aprovechar la simpatía popular que despertaba para tratar de obtener por fin medidas concretas para la protección de la naturaleza y el respeto de ese margen humano que él reclamaba. Además, si Morel iba a ser detenido y juzgado, lo que era casi inevitable, había que estar allí para provocar un clamor de indignación general y obtener su absolución bajo la presión de la opinión pública. Pero se sentía agotado y desgraciado y, para acallar sus remordimientos y olvidar su cansancio, empezó a hacer en voz alta proyectos de campañas futuras.

—Habrá que volver a empezar con los comités, con los llamamientos, reunir nombres importantes. Lástima que el viejo Gustavo de Suecia esté muerto. Era un amigo, nos habría ayudado… Y el pastor Kaj Mink… fusilado por los alemanes. Era un gran escritor… Y Bernadette… y Axel Munthe… Cuando uno vive demasiado tiempo, acaba por no conocer a nadie.

Forsythe no decía nada. Era difícil hacer proyectos de futuro sabiendo que dejaba el futuro detrás de sí.

OceanofPDF.com

XL

Durante las primeras horas, Fields pensó que no podría soportar ni un minuto más los efectos de los movimientos de su caballo sobre sus doloridas costillas; durante las horas siguientes, le pareció imposible resistir el calor, la reverberación del sol sobre la tierra roja, las piedras y el polvo que los caballos levantaban a su paso. Los mismos matorrales se habían transformado en alambradas de púas que a veces se le clavaban en los ojos. Pero soportó todo aquello con la energía centuplicada y un poco monstruosa de la gente dominada por una idea fija; la suya era seguir a Morel hasta el desenlace de su aventura para poder tomar una foto. Y se negaba a ver en ello ninguna otra razón, ninguna solidaridad, ninguna adhesión, ninguna simpatía personal: se limitaba a hacer su trabajo, eso era todo. Tenía la suerte de encontrarse ante un tema excepcional y no estaba dispuesto a desaprovecharlo mientras le quedara un trozo de película. Todos los que le conocían sabían que ya no tenía ninguna ilusión por nada, ninguna indignación noble, ningún impulso humanitario, tan sólo una película y un objetivo siempre a punto: le daba exactamente igual saber qué sería del mundo una vez que lo hubiera fotografiado. Marchaba agarrado a la perilla de su silla árabe, con los cuatro nudos del pañuelo con el que se cubría la cabeza como si fueran cuernos. De vez en cuando lo utilizaba también para secarse el cuello, el rostro y los ojos, y para limpiar el objetivo de su cámara, así como para sonarse la nariz y abanicarse. Montado en su caballo, engualdrapado a la manera de los caballos fulbés, avanzaba lentamente a través de la estepa desértica, las escarpaduras y las rocas, de donde salían nubes de polvo rojo. Sediento, furioso, con las mandíbulas apretadas y la cámara colgada del cuello, iba detrás de Morel con una obstinación que hacía sonreír al francés e incluso parecía despertar en él una cierta admiración.

—Entonces, fotógrafo, ¿crees que lo resistirás?

—Por supuesto —respondía Fields belicosamente—. ¿Qué se cree? He estado en Libia, en Anzio, en Leyte, en las playas de Normandía y de Corregidor, y he sido nombrado caballero de la Legión de Honor en calidad de militar por la liberación de París; no sé si eso le dice algo.

—Bien, bien. ¿Y has hecho todo eso sólo para poder tomar fotos?

—Solo.

—¿Y lo demás te la trae al fresco?

—Sí, me la trae al fresco.

—¿Por ti que se mueran todos?

—Por supuesto.

Morel tenía los ojos risueños. Con su pequeño sombrero de fieltro europeo quemado por el sol, su mirada parda y alegre, su cruz de Lorena, su pañuelo caqui cubierto de polvo rojo que le daba un aire vagamente militar, tipo espahí, muy colonial —«una pinta muy francesa», pensaba Fields con animosidad— y sus labios marcados por la guasa incluso cuando no sonreía, no decía nada, solamente le miraba a uno de esa forma no desprovista de una cierta amabilidad, por no hablar de esa vieja cartera abarrotada de peticiones, de manifiestos, de proclamas, de llamamientos, que llevaba consigo a todas partes atada a su silla. Era tan diferente de todo lo que contaban de él los periódicos, que Abe Fields se sintió realmente en el deber de llevarse al menos unas buenas fotos del francés para mostrarlo al público tal como era, unas fotos sin texto, sin leyenda, sin comentarios; tal como era, es decir, perfectamente equilibrado, tranquilamente seguro de sí mismo, sin rastro de odio o de rencor, burlándose de uno con toda la seriedad necesaria y realizando una tarea concreta, limitada, con los pies en el suelo: la protección de los elefantes, de la fauna africana, o sea, exactamente lo que había que hacer, ni más ni menos, todo lo que debía haberse hecho desde hacía mucho tiempo. No pudo resistirse y le hizo otra foto, aun sabiendo que, si debían permanecer mucho tiempo juntos, tenía que preocuparse de no malgastar la película.

—Fotógrafo…

—Sí.

—Pareces estar muy decidido a seguir. ¿No será que tú también te sientes a veces atraído por los elefantes?

—Sus elefantes me la traen al fresco. Hago mi trabajo, eso es todo.

—No te enfades… ¡No hay que enfadarse nunca! ¿Me has visto alguna vez enfadado a mí?

—No, no, claro que no. Todo el mundo sabe que usted no se enfada nunca.

—¿Y dices que participaste también en la liberación de París?

—Sí.

—Yo no estuve allí. En aquel tiempo estaba ocupado. ¿Fue bonito?

—Le enseñaré fotos.

—¿Y dices que te estrenaste durante la Guerra Civil española?

—Sí.

—Yo también. ¿No coincidiríamos alguna vez?

—Es posible.

—En España había unos buenos elefantes. Es conocida por sus elefantes.

—Sí.

—¿Y en Rusia has estado?

—Todavía no.

—Vaya, ¿cómo es posible?

—No tengo visado.

—Ya te llegará el momento. En cuanto tengan elefantes para fotografiar, conseguirás tu visado. Mandarán una carroza a buscarte. Construir un mundo nuevo en el que uno se tropiece con elefantes parece ser un imposible. Por lo visto son un estorbo, una supervivencia anacrónica. No soy de la misma opinión, pero por lo visto es así. Por eso es tan importante lo que estamos haciendo tú y yo…

—Yo no, usted. Yo me limito a hacer fotos.

—¿No te preocupa la suerte de los elefantes?

—¿No piensa nunca en otras cosas?

—Sí. Pero son muy tristes.

—En cualquier caso debería intentarlo.

—Y además estoy loco, ¿no te lo han dicho?

—Pues claro que está loco. Todos están locos: Gandhi, con su resistencia pasiva y sus ayunos, De Gaulle con su Francia, usted con sus

elefantes…

Y Fields continuaba su camino, huraño, apretando las mandíbulas, los párpados quemados, los labios hinchados, con el polvo rojo penetrándole en la nariz, en la garganta, en los oídos e incluso, estaba seguro, en la próstata, raspándole traidoramente en lo más profundo de sí mismo. De vez en cuando dirigía a su alrededor una mirada desconcertada y veía tumbados cientos de antílopes rojos con los cuernos inertes, cientos de liras, y los buitres grises haciendo guardia sobre sus costados; o una manada de búfalos cuyos poderosos cuerpos evidentemente no estaban hechos para soportar semejante desesperación, y que, al verles acercarse, trataban espasmódicamente de incorporarse; lejos, al este, cubriendo el horizonte, unas nubes negras completamente inmóviles, coaguladas, unas crías de elefante muertas, los zigzags de las moscas verdes, el ir y venir de las hienas, más polvo, más rocas, termiteros bajo los espinos, el rostro de Churchill gritando en 1940 por el micrófono su voluntad de continuar, mientras Fields esperaba con su cámara en la habitación de al lado; e incluso una vez, su caballo chocó contra los restos de un león abierto en canal, con las entrañas llenas de moscas, ante el que Idriss, fantasma azul impasible, se había detenido incrédulo, con ese respeto mudo que sólo concedía a sus enemigos más antiguos. La visión de aquel león muerto estuvo a punto de hacer llorar a Abe Fields de pena por sí mismo. Por otra parte, Idriss parecía haberles tomado ojeriza, a él y a su cámara, y cada vez que el reportero dirigía su objetivo hacia Morel, el viejo rastreador escupía ostensiblemente. En varias ocasiones, le llamó *udjana ga* y *udjana baga*, que, según le tradujo Morel amablemente, significaba «ave anunciadora» y «pájaro de mal agüero». Morel se rió. Pero Fields se encontraba en tal estado de fatiga nerviosa que se sintió herido de una forma desmesurada, ultrajado, humillado e indignado. Con la cabeza baja, meditó largamente aquellas palabras y acabó llegando a la conclusión de que Idriss era antijudío. En una ocasión, al ver un buitre posarse lentamente con las alas desplegadas sobre la osamenta medio podrida de un animal, se dijo que él no era más que eso: un buitre siempre dispuesto a lanzarse con su cámara sobre unas víctimas siempre frescas, e incluso pensó que tenía cierto parecido físico con el ave, sobre todo en lo que se refería a su nariz y a sus

ojos de miope. Trató de explicarle todo esto a Idriss señalándole el cielo, donde sus colegas volaban haciendo círculos intentando tomarle la delantera y quitarle el pan de la boca; él no tenía la culpa, le decía, de tener que ser el primero en llegar a los sitios, era uno de los gajes de su oficio. Idriss escupió, se mostró escandalizado y fue a avisar a Morel. Le ayudaron a tumbarse a la sombra de una manta extendida sobre dos matas de espinos y Minna se quedó sentada a su lado, secándole la frente con su pañuelo húmedo. Fields se recobró un poco y miró fijamente el rostro agotado de la alemana, de esa figura femenina inesperada, inverosímil en aquel paisaje de persecución universal. Tenía los rasgos tan demacrados que resultaba irreconocible. Sólo los cabellos rubios bajo el gran sombrero echado hacia atrás, sujeto por un barboquejo, y los ojos, que de tan claros eran inocentes, seguían conservando su luminosidad y su belleza.

—¿Por qué no se ha ido a Sudán con los otros? ¿Está enamorada de él?

—Intente dormir un poco, señor Fields…

—¿Tanto le ama?

—Volveremos a hablar de eso en otra ocasión, cuando nos encontremos mejor los dos… Yo tampoco puedo más. Tengo disentería.

En su rostro, las sombras eran más acusadas que los rasgos. Esto sí que es amor, pensó Fields con ese profundo conocimiento del amor de quien no ha sido nunca amado. En realidad, los elefantes le dan completamente igual. Una mujer no soportaría todo esto por defender unas ideas; conozco a las mujeres, una mujer sólo puede tener tanto valor, perseverancia e indiferencia por todo lo que pueda pasarle cuando ama a un hombre… Conozco a las mujeres, se dijo Fields triunfalmente, las conozco perfectamente; no hago otra cosa que pensar en ellas. En su imaginación, no cesaba de frecuentarlas. En su imaginación, había tenido algunas de las más bellas aventuras amorosas de todos los tiempos, había hecho conquistas sensacionales, asombrosas. Mentalmente, hizo el cálculo del número de elefantes que estaba dispuesto a sacrificar para inspirar a una mujer un amor semejante, una tal devoción: no tardó en sacrificar la especie entera. Ella se inclinó sobre él con una ligera sonrisa que triunfaba sobre todo lo demás: sobre la enfermedad, el aire incandescente y el agotamiento. Derrotado bajo la tienda improvisada, ahogado de calor, los ojos brillantes de rencor,

sangrando por la nariz, Fields se dijo que habría deseado inspirar semejante amor y devoción a una alemana… él, cuyos padres habían sido gaseados en Auschwitz: eso habría demostrado que el hombre podía ser, en resumidas cuentas, aceptable… Pero quizá fuera un vicioso simplemente.

—Usted le ama… Es absolutamente evidente. No lo niegue. No se moleste en decirme que hace todo esto por los elefantes.

—Yo no le digo nada, señor Fields. Usted en cambio habla demasiado, cuando debería descansar…

—Dígame la verdad…

—La verdad es que hay que hacer algo para defenderlos, señor Fields… Ahora todo el mundo lo ha entendido, incluso yo… puesto que estoy aquí. Y eso que no soy muy inteligente. Pero he visto esto de cerca… durante la guerra, en Berlín… y más tarde. Pero se lo explicaré en otra ocasión.

Abe Fields silbó literalmente para expresar su irritación y su desprecio.

—¡Se está burlando de mí!

—Trate de dormir un poco, le pondré su pañuelo sobre los ojos…

Unos nihilistas, eso es lo que eran, unos nihilistas y unos anarquistas que querían derribar por la fuerza el gobierno de Estados Unidos. Abe Fields nunca les daría un visado norteamericano, nunca. Ese visado que a él le había costado tanto conseguir antaño. Todo aquel asunto era un reflejo de la decadencia, de la anarquía europea. Una empresa subversiva de ese calibre era algo inconcebible en Estados Unidos, donde la dignidad de la persona humana se hallaba salvaguardada en todos los frentes, por delante, por detrás y por los costados, tanto era así que el problema ni siquiera se planteaba. Él sólo tenía un deseo, volver a América para publicar allí sus fotos y denunciar el nihilismo de los intelectuales franceses y alemanes; pero por el momento, se hallaba encajonado y lleno de polvo bajo su tienda improvisada, entre un cactus y una mata de espinos, y lo único que veía entre sus párpados doloridos era una especie de naturaleza muerta de piedras, de espinos y de arena, y los pies de Abe Fields, el trotamundos, que, a su vuelta, haría de esa campaña para la protección de los elefantes la meta de su vida. Ése sería su último reportaje. Abandonaría el oficio, nadie podría hacerle cambiar de idea. (Más tarde, Fields citó a menudo esta

decisión irrevocable como un síntoma característico del estado de postración física y moral en el que se encontraba en aquel momento).

Fields pasó sus últimas doce horas en el desierto en un estado de estupor casi feliz, presa de las visiones eróticas provocadas en parte por el roce del caballo y en parte por su deseo de agarrarse a la vida, a la que, a pesar de todo, encontraba algún atractivo tangible. Sin embargo, no se olvidó en ningún momento de hacer sus fotos. En una ocasión en que Minna estaba sentada en la arena, apoyada contra una roca, los ojos medio cerrados —su rostro parecía haberse reducido a esa gran boca de finos labios, siempre dolorosa y ahora casi trágica—, la vio extender la mano hacia su bolsa, abrirla, sacar una barra de carmín y pintarse los labios. Fields la observó incrédulo: estaba maquillándose. Se quedó tan asombrado que cuando por fin se levantó para enfocarla con su cámara, ella ya había terminado. Pero a partir de aquel momento, la acechó constantemente. Aquel gesto reflejaba una futilidad humana que tenía mucho interés en transmitir a la posteridad. Mantuvo su cámara preparada, quitando febrilmente la arena del objetivo. Se le había metido entre ceja y ceja hacer aquella foto y al final lo consiguió. Cuando la vio detenerse una vez más en la pista, abrir su bolsa, limpiarse la cara —en donde el polvo, el sufrimiento y el sudor se coagulaban en una pasta casi compacta—, y ponerse carmín en los labios, no dejó escapar la ocasión. Probablemente a causa de la fiebre, se le ocurrió otra de sus ideas descabelladas. Pensó en su madre dirigiéndose hacia la cámara de gas, en Auschwitz, y en todas las jóvenes que habían muerto allí; y rió sarcásticamente ante la idea de que la humanidad siempre encontraba la forma de maquillarse de vez en cuando en medio del camino. E incluso había hombres, grandes hombres, que estaban especialmente encargados de realizar ese trabajo. Los maquilladores. Por lo general recibían el premio Nobel por hacerlo.

Tres días después de abandonar el Kuru, entraron en la pequeña maleza del Chad, que cubría el suelo con su desnudez esmirriada y sin sombra, y donde los mismos termiteros se convertían en polvo nada más ser rozados por los cascos de los caballos. Morel no hacía el menor esfuerzo por esconderse y atravesaba los poblados gola sin preocuparse de que lo vieran. Las mujeres que ponían a secar la mandioca en el suelo, sobre grandes

hojas verdes, alzaban la cabeza para verlo pasar. Un sultán centenario e impotente apareció sostenido por dos hombres en la puerta de su choza de barro seco, con el rostro apenas visible bajo un montón de ropajes blancos, y los siguió largamente con la mirada. Los niños desnudos corrían detrás de Morel, los alfareros dejaban sus ánforas rojas para apresurarse a verlo y los jinetes embozados con los que se cruzaban en el camino se echaban a un lado para dejarle pasar. Entonces fue cuando Fields oyó por primera vez el apodo con el que Morel era designado en todo el Chad: *Ubaba-Giva*. Significa «el antepasado de los elefantes», le tradujo Morel con orgullo. Estaba claro que le atribuían una especie de santidad, algún carácter sobrenatural, y que les inspiraba un respetuoso temor. Tal vez fuera un simple temor de contagio: el demonio que llevaba dentro probablemente fuera uno de esos que a veces le salían por las orejas al poseso y se le colaba a uno por las narices si se acercaba demasiado.

—¿Usted no tiene miedo de que le detengan?

—A las autoridades no les interesa detenerme. Si lo hicieran, se verían obligados a juzgarme. Tendría gracia que la justicia francesa se pusiera a juzgar a un hombre por defender a los elefantes… ¿Dónde se habría visto algo parecido?

Era evidente que creía estar rodeado por una protección universal. Fields decidió que su verdadera locura residía precisamente en eso, en creerse apoyado y popular. Quizá en ello hubiera también alguna ironía desesperada, pero Fields no lo creía. Parecía sinceramente confiado y despreocupado y el reportero le hizo la foto que luego sería su preferida: Morel riendo y bromeando con el herrador que se ocupaba de sus caballos. (Hasta donde Fields pudo recordar más tarde, de los siete caballos que tenían al partir, dos tuvieron que ser abatidos durante la travesía de la estepa desértica y, cuando llegaron al primer poblado gola, el resto de los animales se encontraban en tal estado que tenían que detenerse cada dos horas. Idriss se pasó todo un día negociando la compra de animales nuevos). Fields se preguntaba de dónde extraía el francés sus reservas de fuerza, pero al fin y al cabo sólo había que recordar lo que siempre se había dicho de las personas animadas por una fe. Él mismo sabía hasta dónde podía llegar para tomar una foto. Era una cuestión de vocación. Pero la chica estaba

extenuada. Bajo su gran sombrero de fieltro, su rostro, pálido y al mismo tiempo desollado por el sol, parecía adelgazar día a día, hundirse; incluso sus facciones habían cambiado y se habían vuelto angulosas. Una noche en la que el reportero, incapaz de permanecer tumbado debido al fuerte dolor de costillas, salió de su choza para intentar respirar, pese a tener la sensación de que cada vez que aspiraba las costillas se le hundían en el pulmón izquierdo, se encontró a Minna vomitando apoyada en un árbol.

—No le diga nada, señor Fields.

—Más vale acabar con esta situación. Usted ya no está en situación de continuar… Ni yo tampoco. Los dos acabaremos inevitablemente en el hospital. Yo tal vez pueda aguantar todavía un día o dos, pero usted…

—Lo intentaré de nuevo mañana. No puedo dejarle solo, señor Fields… Sabe…

Ella esbozó una especie de sonrisa de desafío.

—Quiero que haya alguien de Berlín con él hasta el final…

—No veo qué tiene que ver Berlín con todo esto.

—Alguien como yo, señor Fields, que he salido de las ruinas de Berlín, que he vivido muchas cosas…

—Todos nosotros hemos vivido muchas cosas. El sesenta por ciento de los hombres del mundo se muere de hambre.

—Algún día le contaré…

—Lo sé. En Fort-Lamy hablan mucho de usted. Ése no es motivo para que…

—Seguiré con él mientras pueda mantenerme en pie —dijo ella.

—Se puede amar a un hombre sin tener que llegar al extremo de morir de disentería por él.

Ella reaccionó indignada.

—Usted no entiende nada. Seré una cabaretera, una chica sin cultura… pero estoy aquí por mi propia voluntad, señor Fields. He sido violada por los soldados y…

—Eran soldados rusos. Y además eran tiempos de guerra. Ésa no es razón para dejarse morir por los elefantes.

—No eran soldados rusos, señor Fields. El uniforme no significa nada. Debería saberlo. Debería ser el primero en entender por qué un hombre se

decide a defender la naturaleza con tal obstinación… Usted me dijo el otro día que su familia había sido gaseada en Auschwitz…

—Sí. ¿Y qué? Eso no quita para que me limite a hacer fotos. Es necesario reunir una buena documentación sobre todo esto, es lo único que se puede hacer. ¿Contra quién quiere quejarse?

Ella no le oía. Su voz tenía un tono casi histérico, pero era difícil saber si era debido al agotamiento y a la enfermedad o si era habitual en ella. Esa chica asombrosa, tan diferente de su físico, con esas curvas tan en su sitio, esos cabellos rubios y esos ojos desmesuradamente abiertos, que un día había abandonado tranquilamente su cabaret del Chad para reunirse, en un *jeep* abarrotado de armas y de municiones, con el hombre que defendía a los elefantes, ¿habría realmente actuado también, como ella decía, «por su propia voluntad», para manifestar, ella también, para lanzarse, ella también, en defensa de una idea absolutamente irrealizable, exagerada, burlesca, e incluso inadmisible, de la dignidad humana? Probablemente no fuera tan inteligente como para eso; su fatalidad era tener un cuerpo, un rostro, que hacían que los hombres sintieran mucho menos el deseo de comprenderla que de desnudarla. Quizá ella protestara también contra eso. En cuanto a su inteligencia, Abe Fields tenía su propia opinión al respecto: una femineidad extrema, con lo que esta supone de intuición y de simpatía, era, que él supiera, lo que más se acercaba al verdadero genio. Por otra parte, él nunca lo había encontrado en ninguna mujer. A veces tenía la impresión de tenerlo él mismo, bajo la forma de un impulso espantoso. Apoyada contra la acacia, el rostro brillante, fundido en el sudor y las lágrimas, se la veía agotada, deshecha: lo único que le quedaba era su voluntad de aguantar. Estaba muy seria, penosamente desprovista de humor, a la manera de los alemanes, a mil leguas de distancia de la guasa maliciosa de Morel, a quien, sin embargo, probablemente nadie comprendía mejor que ella.

—Lo intentaré de nuevo mañana. No sé en absoluto lo que él quiere hacer, pero no importa… La gruta donde estuvimos antes, con las medicinas, las provisiones, las municiones, ha sido descubierta por las tropas. Si mañana veo que soy un peso para él, me detendré. Le diré que continúe solo; por mi culpa, se limita a tomar el camino más fácil… a seguir la pista. Ayer, Idriss le pidió que evitáramos el poblado en el que

había enfermeros del círculo, pero no le hizo caso, simplemente para que yo pudiera descansar una noche…

—No es a causa de usted —dijo Fields—. Está sinceramente convencido de que no puede pasarle nada. Su monomanía es creerse rodeado de una simpatía universal. No sólo en África, sino en el mundo entero. No me extrañaría que creyera que los obreros rusos rezan por él en sus fábricas… En eso consiste su locura. Si quiere que le dé mi opinión, se imagina que las autoridades francesas le protegen secretamente… que están orgullosas de él. Porque él cree en Francia por encima de todo. Si le insiste un poco, le dirá que la «misión espiritual de Francia» es proteger a los elefantes… Él es así, no hay nada que hacer. Ésa es su verdadera locura. En la India, tal vez le hubiera conferido una cierta santidad… Pero creo que si sigue así, recibirá una bala en el cuerpo. Cuando eso suceda, y le digo que no tardará, quiero estar ahí… para hacer una foto. Estas cosas siempre acaban así…

Y era verdad que Morel parecía tener una asombrosa confianza algo inquietante e incluso contagiosa: Fields empezó a tener a su pesar el convencimiento de que no podía pasarle nada…

—¿Qué, fotógrafo, cansado?

—Mucho.

—No te ajetrees demasiado. Todavía no hemos acabado. Este trabajo no se acaba nunca. Tú debes saber algo de esto, con todo el tiempo que has pasado en los lugares donde ocurren este tipo de cosas… Podrás tomar fotos todavía más maravillosas.

—Eso espero.

—Reserva tu película…

Las arrugas de la risa, semejantes a diminutos y amistosos insectos, brincaban sobre su rostro y corrían alrededor de sus ojos pardos, jóvenes y ardorosos, pero él hacía esfuerzos por permanecer serio.

—Te advierto que es algo muy difícil de captar… Nadie ha conseguido hacer todavía una buena foto.

Fields estuvo a punto de decirle que él lo había conseguido perfectamente en varias ocasiones. Había realizado instantáneas en una diezmilésima de segundo para captar un relámpago, un pasaje, un

sobresalto y, a veces, el vislumbre de dignidad humana que se rezagaba todavía un momento en el rostro que la vida acababa de abandonar. Incluso había rostros que conservaban para siempre esa expresión como si quisieran que, una vez enterrados, se mezclara íntimamente con la tierra. Pero él no tragaría el anzuelo. Opuso a Morel la mirada fría e indiferente del cameraman y lo observó desde un punto de vista estrictamente profesional: tenía una cara típicamente francesa, tipo «los venceremos» y Gauloises azules, una voz monótona y al mismo tiempo profunda, y el aspecto de uno de esos militantes siempre dispuestos a formar parte de un piquete de huelga de brazos cruzados para defender sus reivindicaciones. Trató de descubrir por qué le encontraba tan francés, y al final decidió que se debía a una cierta alegría grave y al pliegue de la boca, a medio camino entre la guasa y la cólera.

—Dime… ¿Os quedan todavía muchos elefantes en América?

—Los elefantes desaparecieron de América en el mioceno.

—Entonces ¿ya no queda ninguno?

Fields apretó las mandíbulas.

—Sí, quedan todavía.

—¿Vivos?

—Sí, vivos.

—¿Cómo es eso?

—Tenemos un presidente que se interesa por ellos.

—¿Hace algo por ellos?

—Sí, por ejemplo ha abolido la segrega…

Se interrumpió. No iba a dejarse manejar. Se negaba a que le siguiera tomando el pelo. Morel reía con la cabeza echada hacia atrás y todo el sol de África resplandecía en su cara.

—Eso está muy bien. En Francia se ha hecho mucho por los elefantes. Se ha hecho tanto que la propia Francia ha acabado por convertirse en un elefante y ahora, lo mismo que ellos, está en peligro de extinción… Dime, fotógrafo, ¿sigues creyendo que estoy loco?

—Sí.

—Tienes razón. Hay que estar loco… ¿Tienes estudios?

—Sí.

—¿Recuerdas el reptil prehistórico que salió por primera vez del limo al principio de la era primaria y empezó a vivir al aire libre, a respirar sin pulmones, esperando que le salieran?

—No lo recuerdo, pero lo he leído en alguna parte.

—¡Pues bien! Aquel tipo también estaba loco. Completamente chiflado. Y por eso lo intentó. Era el antepasado de todos nosotros, no conviene olvidarlo. De no ser por él, no estaríamos aquí. No cabe duda de que era un valiente. Nosotros también tenemos que intentarlo. En eso consiste el progreso. A fuerza de intentarlo como él, quizá consigamos tener por fin los órganos necesarios, por ejemplo el órgano de la dignidad o el de la fraternidad… Verdaderamente merecería la pena fotografiar un órgano así. Por eso te digo que reserves un poco de película… Nunca se sabe.

—Siempre la reservo por lo que pudiera pasar —dijo Fields.

Intentó varias veces dirigirle la palabra a Yussef, pero topó con un silencio casi hostil. Desde que habían abandonado el Kuru, el adolescente parecía torturado por una extraña tristeza. Cuidaba de Morel con un nerviosismo extraño, no se separaba nunca de su amo y, por la noche, apoyado en su metralleta, permanecía sentado cerca del francés dormido, mirándolo a la luz de las estrellas. Parecía luchar contra una profunda angustia, cuya razón el periodista trató en vano de descubrir. Al final, llegó a la conclusión de que el adolescente comprendía que su hermosa aventura se acercaba a su desenlace. Fields trató también de preguntar a Idriss, del que se decía que era el mejor rastreador de África: era realmente difícil sospechar que actuara movido por algún motivo ideológico secreto. Le había hecho unas fotos magníficas, captando su rostro salvaje, su nariz aguileña, sus dos surcos que discurrían como cuchilladas hacia los escasos pelos grises de la barbilla, y sus ojos, atentos tan sólo a los rastros de la tierra africana. Sólo obtuvo de él algunos monosílabos, pero de pronto, cuando ya había agotado todas sus artimañas para acercarse a él, el hombre que había pasado toda su vida en la selva y entre las manadas de animales le dijo casi violentamente con su voz gutural:

—Donde hay elefantes, hay libertad…

Pero quizá tratara solamente de agradar al blanco que le tenía contratado, y Fields se negó enérgicamente a creer que aquel ser noble y

primitivo pudiera estar también contaminado por esas ideas. Sin embargo, no había que olvidar que estaban en el África francesa y que los franceses eran perfectamente capaces de haberle metido sus ideas en la cabeza. Los colonialistas no respetaban nada. Tomaban seres majestuosos en su belleza primitiva, serenos en su ignorancia, nobles en su sencillez, y los deformaban a su gusto en el torno de las ideologías y de la política. Había que acabar con el colonialismo de una vez por todas y devolver a África su verdadero rostro. Sólo un francés podía tener esa estúpida idea de querer seguir adelante fuera como fuera y defender el carácter sagrado de los elefantes. ¿Cómo se podía seguir adelante triunfalmente, por el camino del progreso, cargando con los elefantes? Ambas cosas eran claramente incompatibles. Abe Fields oscilaba en su caballo, gesticulando y haciendo de vez en cuando comentarios en voz alta que divertían mucho a Morel. En un determinado momento, perdió completamente la cabeza y se detuvo para conminar a los elefantes que aparecieran de una vez por todas delante de él para poderles fotografiar, luego les acusó de no existir, de ser un mito, un invento de los liberales y de los intelectuales, un simple pretexto para matar de cansancio a Abe Fields, para gran alegría de sus competidores. Le bajaron del caballo, le ayudaron a tumbarse bajo los árboles que había al borde de la pista y Minna trató de hacerle tomar una pastilla.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Pastillas de dignidad! —dijo Abe Fields rebelándose contra esa tentativa innoble. Le dijo que era un norteamericano salido del barro desde hacía veinte años, fecha en la que le habían concedido la nacionalidad, y que de esa forma había adquirido unos pulmones para respirar a gusto.

Durmió durante una hora y volvió a subirse al caballo, preguntándose amargamente cómo era posible que esa alemana pudiera soportar lo que él, Abe Fields, el más grande de los reporteros, ya no conseguía resistir. Cada vez que salía de su sopor, la veía al lado de Morel, sostenida por algún ridículo pero prodigioso amor a la naturaleza. Y sin embargo, cada vez que Yussef e Idriss lo bajaban prudentemente de su caballo y daba unos cuantos pasos con las piernas separadas, como si llevara un peso de cien kilos en la próstata, veía perfectamente que la chica también estaba agotada. Su sudoroso rostro estaba de color gris y sus ojos expresaban un gran

sufrimiento físico, lo único realmente insoportable, decidió Fields, dijeran lo que dijeran. Ella había abandonado cualquier pretensión de femineidad incluso en sus más elementales pudores y, cuando se detenía, veinte veces al día, y bajaba de su caballo ayudada por Idriss, había que darse la vuelta para no verla, pues ni siquiera tenía fuerzas para alejarse. Ese pobre reptil femenino había reptado valientemente para salir del fango y de las ruinas de Berlín, pero su cuerpo, que le había causado ya tantos problemas, seguía teniendo la última palabra.

(Fields siempre había sido de la opinión de que los gobiernos no apoyaban lo bastante los laboratorios de biología; les preocupaba mucho más la política que el progreso bioquímico. «Una sucesión de veinte Einstein de la biología podría sacarnos fácilmente de esta situación», pensó. Se sintió lleno de esperanza y empezó a canturrear. Se vio claramente rodeado por una serie de reptiles que asentían con la cabeza. Fields dijo más tarde que en aquel momento había tenido todo los síntomas del *delirium tremens*, provocado por la sequía y la falta de alcohol, y que se veía rodeado de un círculo fraterno de reptiles de su tamaño, cubiertos de escamas y haciendo ejercicios respiratorios con la boca abierta. Él mismo trató de hacerlo lo mejor posible, pero cada vez que lo intentaba le parecía que las costillas se le clavaban en los pulmones, y entonces sólo soñaba con poder volver a su fango natal, reptar en su charca de fango bien fresco, hacerse un ovillo y quedarse allí, renunciando de una vez por todas a sus sueños de dignidad humana. Y sin embargo… Abe Fields el precursor, Abe Fields el primer humano, Abe Fields el primer reptil salido del fango a la conquista triunfal de la dignidad… ¡Eso sí que era una buena foto! Sus rivales podían esperar sentados, nunca lo conseguirían… Premio Pulitzer, premio Pulitzer… Se echó a llorar de esperanza y de emoción).

Pero cuando la fiebre cedió, no pudo dejar de sentirse emocionado ante el rostro de Minna, ante los esfuerzos de esa chica para seguir a Morel a todas partes, con los ojos agrandados no sólo por el sufrimiento, sino también por su voluntad de perseverar.

—Si por lo menos pudiera encontrar Vioformo…

—No puede continuar en ese estado —dijo Abe Fields, que en ese momento se encontraba en el borde de la pista abrazado a un tronco de

árbol con las piernas separadas, tal y como le habían bajado de su caballo; convencido de que, si hacía el más mínimo movimiento, le estallaría la próstata—. Hay que dejarle que continúe solo… Esto es una locura… No tiene ningún sentido.

—Me gustaría aguantar hasta las colinas…

—¿Y luego?

—Luego me da igual. Si tengo que morir, prefiero que sea allí…

—¿Y después? —preguntó Fields pausadamente.

Al principio pareció sorprendida ante aquella pregunta; luego reflexionó tratando de encontrar una respuesta, pero por supuesto, pensó Fields con satisfacción, no encontró ninguna, pues lo único que tenía era ese valor ridículo, testarudo, que no la abandonaba, una auténtica obstinación de boche.

—Es verdad —continuó ella—. Pero no importa. Hay que intentarlo.

—Pero ¿intentar qué? —gritó Fields, completamente exasperado por esa estúpida obstinación y ese rechazo a ver la realidad—. ¿En nombre de qué? ¿Por qué? Dios mío, ¿qué utilidad puede tener todo eso en estas condiciones? ¿Por quién está haciendo usted todo esto exactamente?

Ella estaba sentada sobre el talud, con el rostro brillante por un sudor gris y el sombrero apoyado en las rodillas, bajo sus manos inertes. Pero levantó los ojos hacia Fields y éste vio lo que no había vez que no le sacara de quicio: una chispa de desafío e incluso de alegría, que probablemente se le hubiera pegado de ese canalla de Morel. En ese rostro vacío, cuyos marcados pómulos acentuaban aún más su delgadez, en ese rostro reducido a la más mínima expresión, aquello era algo intolerable, sobre todo porque él mismo se sintió inmediatamente contagiado y se oyó a sí mismo reír.

—De acuerdo —dijo—, de acuerdo. No empiece otra vez con la misma canción. Pero de todas formas se puede amar a los elefantes sin dejarse morir tontamente de disentería por ellos…

Minna sacudió la cabeza.

—Creo en ello, ¿sabe?

—¿En qué? —gritó Fields.

Ella cerró los ojos y movió la cabeza sonriendo.

Más tarde, en el juicio, durante los últimos instantes del interrogatorio al que fue sometida, Fields se acordaría de esa incapacidad o de ese rechazo a buscar las palabras necesarias. Ella acababa de reconocer que se había negado a refugiarse en Sudán después de haber decidido permanecer junto a Morel. Él tenía la intención de continuar su campaña después de la estación de las lluvias, que pensaba pasar en las colinas Oulé. El presidente pareció enormemente satisfecho.

—Entonces ¿decidió usted ayudarle?

—Sí.

Se produjo un estremecimiento entre el público. Su abogado no pudo impedir levantar los brazos. Sentado en el fondo de la sala, el padre Fargue emitió un gruñido que quiso ser discreto, pero que se oyó en toda la sala y probablemente fuera de ella. Los dos asesores negros con sus birretes rojos se mostraron consternados: ahora sería muy difícil absolverla. En el banco de la prensa, Marstall, el famoso periodista de extrema derecha de Chicago, se inclinó hacia su vecina, una enviada especial no menos famosa, y le dijo:

—Esa chica ha llegado al límite del odio… Y la culpa es de los rusos, la violaron no sé cuántas veces durante la toma de Berlín.

En la primera fila de los bancos de los acusados, Waitari permaneció despreciativo y lejano, Peer Qvist aprobó gravemente con un movimiento de la cabeza y Forsythe le hizo un pequeño gesto de ánimo. Detrás de ellos, Madjumba, N’Dolo e Inguelé, quien había pasado la mitad de su prisión preventiva en el hospital y parecía desesperado, se mostraron impacientes e irritados.

Habib, en cambio, sentado en el último banco de los acusados, alargaba continuamente el cuello para no perderse nada del espectáculo y daba muestras de una sincera alegría.

Fields, encogido en su silla, en una posición muy incómoda para el calor que hacía, pero que le ayudaba a transformar en tensión física su tensión nerviosa, estaba allí en calidad de testigo, lo que le suponía un serio perjuicio, porque se había visto obligado a abandonar su cámara y a asistir, impotente y descorazonado, al trabajo de sus competidores, quienes estaban disfrutando de lo lindo. Hubiera dado cualquier cosa por poder hacer una foto a Minna tal y como la veía ahora, de pie en el banquillo de los

acusados, con su blusa blanca y su falda de tela, sus ojos elocuentes, insistentes, como los de los mudos que tratan de hacerse comprender, y esa larga melena rubia que le llegaba casi hasta los hombros y le sentaba mucho mejor que los cabellos cortos. Le pareció pesada y casi torpe en su exceso de femineidad. Le hubiera gustado fotografiar también las miradas que le dirigía el público: no se detenían sólo en su rostro ni buscaban únicamente la verdad. En aquel momento comprendió por qué era tan fácil equivocarse respecto a ella, por qué él mismo se había equivocado al principio: el destino de esa joven era despertar en los hombres una atención cuyas nueve décimas partes eran puramente físicas. Apenas quedaba lugar para el resto.

—¿De modo que, contrariamente a todo lo que ha afirmado al principio, usted no tenía ninguna intención de convencer a Morel para que se entregase, sino que, por el contrario, quería ayudarle a continuar su campaña terrorista?

—Quería quedarme con él.

—¿Por qué?

Al principio trató de explicarse con una mirada, pero no tardó en darse cuenta de que aquello no serviría de nada.

—No sé, tal vez porque soy alemana… Lo que quiero decir es que con todo lo que cuentan de nosotros (¡oh, ya sé que hay mucho de cierto!), yo pensaba… me decía…

—La escuchamos.

—Me dije: tiene que haber también alguno de nosotros con él… Alguien de Berlín.

—Realmente no veo la relación. Explíquese.

—¡Pues bien!, lo que quiero decir es que nosotros también creíamos en todo eso…

—¿En qué?

—En lo que Morel trataba de hacer… En lo que él defendía.

—¿En los elefantes?

—Sí, en la protección de la naturaleza…

—¿Eso es todo? ¿Y usted estaba dispuesta a jugarse su libertad y quizá incluso la vida, puesto que estaba enferma, para defender a unos animales? ¿Eso es lo quiere hacernos creer?

—No sólo era eso.

—¿Qué era entonces? ¿Podría tener la infinita bondad de decir a este tribunal de una vez por todas qué era, según usted, lo que Morel «defendía» exactamente?

Ella permaneció sin responder, tratando una vez más, y casi desesperadamente, de explicarse con una mirada.

—¿El nacionalismo africano? ¿La independencia de África?

—No…

—Entonces ¿el qué?

—No sé… No sé cómo decirlo.

—¿Quiere decirlo en alemán? Tenemos un intérprete.

—Tampoco podría decirlo en alemán.

—Es lo que yo pensaba —dijo el presidente con satisfacción.

Agarrado a la perilla de la silla para evitar que todo su peso cayera sobre su próstata, Fields se decía con rabia que los humanitarios eran realmente los últimos aristócratas y los más insoportables, porque nunca aprendían nada y lo olvidaban siempre todo. Seguían entusiasmándose por las maravillas de la naturaleza, reclamando sin desanimarse el respeto a la naturaleza, reclamando sin desanimarse el respeto a un margen humano, fuera cual fuera la dificultad de nuestra marcha hacia delante, como si la libertad y la fraternidad les entusiasmaran desde hacía siglos pero no les molestaran en absoluto los campos de trabajos forzados ni los nacionalismos; reclamaban la protección de los elefantes sin prestar la menor atención al montón de marfil que crecía a su alrededor. Y sin embargo, la desaparición de esos paquidermos formaba parte de la construcción del mundo nuevo, de la nueva África, del mismo modo que la desaparición de los bisontes y de los búfalos había formado parte de la construcción de Estados Unidos de América. Se trataba de un proceso irreversible, y tan absurdo era hacer responsable al comunismo como al capitalismo americano: el mismo colonialismo estaba en vías de desaparición, pero era bastante probable que fuera sustituido por una esclavitud aún mayor. La manifestación de Morel no tenía ningún sentido,

porque no había nadie que respondiera a sus señales desesperadas. La tragedia de ese hombre era que no tenía más interlocutor que él mismo. «Lo único que podría sacarnos de esta situación —pensó Fields— sería una revolución biológica, pero la investigación científica sigue desviándose en otras direcciones…». Era una lástima, porque el valor no faltaba, ni tampoco una voluntad extraordinaria… Para convencerse de eso, no había más que ver a esa chica que se negaba a dejarse vencer por su miseria fisiológica y, cada vez que hacían un alto en el camino, se recuperaba junto al hombre que todavía creía que este siglo era capaz de cargar con los elefantes. En medio de la polvareda dorada, con sus cabellos rubios y las formas de su cuerpo, cuya suavidad no conseguía mermar ningún agotamiento, Minna era una visión que hubiera deseado tener siempre ante él. Fields los veía a veces volverse el uno hacia el otro para hablarse, o para intercambiar esa sonrisa de complicidad irónica que no había vez que no le llenara de una indignación irracional. Aquello ya no era ni siquiera obstinación, sino el signo de alguna imbecilidad congénita y contagiosa. Realmente parecían tener la certidumbre de caminar hacia un radiante porvenir. Y durante el trayecto aún tenían la insolencia de admirar el paisaje.

—Mira, fotógrafo, la llanura de Ogo, y detrás las primeras colinas… ¡No puede ser más bonito! ¡Deberías fotografiarlo en color!

—No pienso desperdiciar mi último carrete —gruñó Fields—. Además ya no me queda ningún carrete en color.

—¡Lástima! ¿Para qué reservas exactamente lo que te queda de película? ¿Para cuando me detengan? —le preguntaba riéndose—. No te hagas ilusiones… No me sucederá nada.

Se detuvieron en un poblado situado a muy pocos kilómetros de las primeras estribaciones de las colinas oulés, donde empezaba el bosque de bambúes. Idriss mantuvo un largo conciliábulo con un apergaminado hombrecillo con los brazos surcados de cicatrices al que conocía desde hacía treinta años, desde la gran época de los safaris profesionales. Tenía los dedos muertos y las cicatrices de sus brazos y de sus manos eran el recuerdo de las garras del león que, en 1936, había matado a Bruneau de Laboré en Udai. Por aquel hombre supieron que, a raíz del descubrimiento

en los Oulés de la gruta con las armas y las reservas de víveres y municiones, había sido enviado a la región un destacamento militar de cincuenta hombres, dos camiones y un *jeep*, que todavía se encontraba allí. Idriss trató de nuevo de convencer a Morel de que se alejaran de la pista con el fin de evitar una refriega y de que abandonara por el momento la idea de llegar de una tirada hasta las colinas y se ocultaran en la selva durante algunos días. Fields le vio discutir con animación, señalando a veces la pista con el dedo. Se encontraban debajo del árbol de la plaza donde, desde hacía un siglo, tenían lugar las reuniones de los ancianos, rodeados por los chuchos amarillentos, miserables, eternos parias de todos los poblados africanos, que corrían ladrando en torno a ellos, mientras que los habitantes, que habían salido de sus casas, retenían a sus hijos y los miraban desde lejos. Yussef, con el rostro impenetrable y estrechando la metralleta entre sus brazos, se mantenía inmóvil sobre su caballo, sin decir nada. Los juegos de luces creadas por el sol al filtrarse entre las ramas se deslizaban sobre los dos hombres en cuanto éstos hacían el más mínimo movimiento. Idriss insistía, gesticulaba con vehemencia, hablaba con locuacidad, con su ropajes azules deslizándose sobre su brazo cada vez que hacía un gesto alzando la mano. Morel le escuchaba con atención, pero negaba con la cabeza. En una o dos ocasiones, mientras Idriss trataba de convencerle, dirigió una rápida mirada a Minna, que estaba sentada en el suelo, con la barbilla apoyada en las rodillas, tratando de disimular con su actitud algo imposible de ignorar: estaba al límite de sus fuerzas. Las gotas de sudor alrededor de sus labios ya no se debían al calor, sino al agotamiento. El mismo Fields se sentía tan consistente como un trapo mojado, pero sabía que mientras le quedara un trozo de película podría seguir aguantando. Sin embargo, era imposible pedir a esa desgraciada, en el estado en que se encontraba, que escalara las rocas del bosque de bambúes. Idriss se calló por fin, después de haber señalado enérgicamente una vez más con el dedo índice el final de la pista. Morel hizo un gesto de aprobación.

—Sé perfectamente que vamos directamente hacia ellos —dijo—. Pero ellos también deben saber ahora que estamos por aquí. O mucho me equivoco, o se alejarán discretamente de la pista para no echársenos encima. Nos dejarán pasar. Han debido de recibir órdenes… Y aunque no las

hubieran recibido, les revolvería el estómago detenernos. Mierda, después de todo son soldados franceses y entienden mucho de elefantes… Siempre los han defendido y, si han venido a África, es para seguir defendiéndolos…

Tenía una confianza y una certidumbre a las que era imposible resistirse. Uno se sentía alcanzado por el contagio como por una marea. En sus ojos pardos había una pequeña chispa de alegría, pero debía de estar allí desde siempre y probablemente sólo fuera una mancha de color más claro en sus pupilas. Fields decidió dejar para más tarde sus reflexiones. Por el momento estaba demasiado cansado, no podía hacer otra cosa que seguirle. Minna se levantó y ambos volvieron a ocupar su lugar en el pequeño grupo, detrás de Yussef. El adolescente se mantenía tan cerca de Morel que los flancos de sus caballos se rozaban a veces. En su rostro impasible y empapado de sudor se advertían ahora fugaces expresiones de angustia mientras escudriñaba con la mirada la pista que se extendía recta y vacía ante ellos, con el arma preparada sujeta bajo el codo.

Yussef sentía que la rebelión aumentaba en su corazón, pero era una rebelión que sólo guardaba una lejana relación con la que le había impulsado antaño a unirse a Waitari.

En alguna parte de esa pista que se abría entre los primeros árboles del bosque, aparecería de un momento a otro ante ellos un destacamento de soldados con órdenes, él lo sabía, dijera lo que dijera Morel, de detener al francés y de cogerlo vivo, para que pudiera proclamar tranquilamente ante el mundo entero la verdad sobre sus ridículos elefantes. Pero su rebelión no provenía de su aprensión. Waitari le había colocado junto a Morel desde el principio para que vigilara sus más mínimos movimientos y, sobre todo, para impedir que cayera vivo en manos de las autoridades. Era necesario impedir a toda costa que proclamara —a lo largo de un juicio en el que los ojos del mundo entero estarían fijos en él— que los desórdenes que había provocado sólo tenían un objetivo: la protección de la fauna africana, y que si había llevado a cabo ese combate insensato, lo había hecho únicamente para defender a los elefantes, para exigir el respeto a un margen de humanidad entre nuestras luchas más crueles, fuera cual fuera la presión de la Historia o el fin perseguido. Si caía vivo en manos de la policía, nada podría impedirle gritar al mundo su verdad esencial, afirmar que la

independencia de África sólo le interesaba en la medida en que ésta garantizara el respeto de lo que él quería salvar, que él no tenía ningún objetivo político, sino estrictamente humanitario, que él defendía simplemente una cierta idea de humanidad. Había que impedirle que perjudicara de esa forma la causa del nacionalismo africano, sobre todo porque sus discursos irían seguramente acompañados de denuncias a todos los nacionalismos, fueran éstos cuales fueran; lo hacía a cada momento. Había que eliminarle a tiempo y presentarlo a continuación como un héroe del nacionalismo africano, liquidado por los asesinos colonialistas en algún rincón oscuro de la selva. Las instrucciones que Yussef había recibido eran muy claras, pero la presencia del periodista había complicado las cosas desde el principio. En lugar de irse a Fort-Lamy, como había anunciado, el reportero se obstinaba en seguir a Morel y no parecía tener la más mínima intención de separarse de él. Pero esta complicación no era nada al lado de la agitación que torturaba a Yussef. Lo que crecía en él era un impulso que se parecía mucho a una desobediencia. Ganado para la causa del nacionalismo africano mientras estudiaba su tercer año de derecho, había tenido que hacerse pasar por un simple criado para obedecer a Waitari, y, de ese modo, hacía más de un año que vivía junto a Morel. Había momentos en los que se dejaba ganar por la contagiosa confianza y por la esperanza que emanaban del francés; a alguien como él, formado en las universidades francesas, no le resultaba difícil comprender la importancia y la urgencia de lo que Morel defendía. Porque a todo aquello se unía un cierto número de viejas nociones adquiridas en el liceo y en la universidad, que para él sólo habían sido hasta ahora textos aprendidos de memoria. Era cierto que todo aquello no era más que palabras, pero ese francés conseguía darles por primera vez un tono de verdad. No se trataba siquiera de averiguar si los fines justifican o no los medios, él nunca lo había creído, ni si el hombre era capaz de una verdadera fraternidad o debía seguir siendo un plagio irremediable. Ni tampoco pensaba que hubiera que renunciar a la independencia de África, pero ahora esa independencia ya no le parecía que pudiera separarse de un fin mucho más importante y todavía más amenazado. Sin embargo, había recibido unas órdenes muy claras: tenía que impedir a toda costa que Morel cayera vivo en manos de las autoridades. Su

fidelidad al Movimiento permanecía intacta, pero se preguntaba si era compatible con lo que él esperaba confusamente. En aquel asunto había algo bastante difícil de conciliar con una ráfaga de metralleta por la espalda. Sin embargo, eso era lo que el Movimiento exigía de él en nombre de una lógica indiscutible y de unas necesidades imperiosas. ¿Y qué derecho tenía él a preocuparse por otra cosa que no fuera esa voluntad del pueblo africano de entrar en la Historia? La única excusa que tenía era la presencia del periodista, un testigo más que molesto, pero si el destacamento militar aparecía al final de la pista, no tendría elección. Así pues, con el rostro impasible y el corazón agitado, tenía su arma preparada con una falta total de resolución y trataba de luchar en la medida de lo posible contra la simpatía que le inspiraba Morel, al que veía eternamente condenado entre dos fuegos mientras seguía defendiendo con una confianza y un optimismo tan contagiosos una causa con la que el mundo que venía no tenía ninguna intención de cargar.

La pista ascendía recta ante ellos, en una ligera pendiente que parecía acabar en el cielo.

Habían dejado la maleza y los primeros árboles se alzaban a ambos lados del talud, cada vez más apretados. Quizá debido a las experiencias que había vivido mientras patrullaba en Corea y en Malasia, Fields luchaba contra la convicción de que el silencio y el vacío que los rodeaban encubrían una presencia humana oculta; no había nada como eso para hacer que la selva se quedara en silencio.

Apostaba lo que fuera a que estaban a punto de caer en una emboscada. Pero el silencio persistía y la pista continuaba desierta. Sólo de vez en cuando algunos grupos de babuinos salían de la espesura y se echaban a correr delante de ellos. Vieron montones de ellos ahogados en el fondo de los pozos o asfixiados en las tinajas de mijo que habían intentado saquear y cuya tapadera se había cerrado sobre ellos. El cielo estaba algodonoso y sin brillo: Fields examinó el objetivo de su cámara y modificó el diafragma y la velocidad. Sabía que no era el único que luchaba contra la aprensión, pues en varias ocasiones había visto las miradas que Yussef dirigía a su alrededor y luego a Morel, a quien casi rozaba con el extremo de su arma. Fields observó que llevaba el cargador bloqueado.

El destacamento del teniente Sandien, que seguía la pista en sentido inverso, se encontraba en ese momento a treinta kilómetros de ellos. El teniente marchaba a la cabeza en su *jeep*, seguido por dos camiones de tiradores de Ubangui. Avanzaban a toda velocidad bajo un cielo gris que por fin parecía estar a punto de abrirse. Regresaban de los Oulés, donde como casi todos los años se habían producido desórdenes durante las fiestas de iniciación, al final de las cuales la tribu había ofrecido a Sandien seis odres de sangre de buey caliente en señal de sumisión y arrepentimiento. Apenas unos cuantos años antes de la Primera Guerra Mundial, la ceremonia se realizaba con sangre humana. El teniente Sandien ignoraba la presencia de Morel en la región: las últimas órdenes que había recibido respecto a él databan de antes del asunto de Sionville y especificaban, como a todos los demás comandantes militares del territorio, que había que buscar y detener al «arrogante» fuera como fuera. Pero él estaba convencido de que el aventurero se había refugiado en Sudán. El teniente era un muchacho alto y rubio de aspecto deportivo que, además de haber sido uno de los primeros de su promoción en Saint-Cyr, había sido herido en Corea. Más tarde, con cierto disgusto y embarazo en la voz, como si tratara de justificarse, diría a Fields:

—Estaba muy lejos de imaginar que Morel se encontraba también en la pista, casi delante de mis narices, por lo cual yo no había dado ninguna orden de alerta ni nada parecido. No llevábamos las armas cargadas; yo sólo tenía mi revólver de reglamento y el sargento que iba sentado detrás de mí en el *jeep* sólo llevaba un arma preparada para disparar. Cuando nos topamos con ustedes, puedo decir que no me lo esperaba, e incluso en un primer momento pensé que eran unos plantadores que estaban de paseo. Eso explica la sorpresa y el tiempo perdido. Lástima… Me gané una seria reprimenda. Pero de todas formas no creo que eso hubiera cambiado las cosas… En fin, a pesar de todo es una lástima, debía de ser un tipo bastante asombroso. Porque no me negará que es increíble que en esta época, con todas las dificultades que se tienen, haya todavía un hombre capaz de apasionarse hasta ese punto por los elefantes…

Yussef, con el dedo en el gatillo, seguía a Morel a menos de un metro de distancia. Fields no olvidaría en su vida aquel rostro negro entre ropajes blancos, un rostro cubierto de espesas gotas de sudor debido a la angustia y la vacilación, y donde cada uno de los rasgos denotaba un sufrimiento casi físico.

Sin embargo, la pista permanecía silenciosa y desierta entre los árboles, y el único ruido que Fields podía oír era el latido de su corazón. Pero su experimentado instinto de profesional seguía avisándole de la presencia del peligro, de la inminencia de un desenlace trágico, y él comprobaba nerviosamente a cada segundo el objetivo de su cámara, presintiendo con una certidumbre cada vez mayor que el final de la aventura estaba ahí, a unos cuantos pasos por delante de ellos.

Schölscher había esperado los camiones de Waitari a cincuenta kilómetros de la frontera sudanesa, en los peñones de granito del desfiladero de El Garajat, exactamente en el lugar donde, casi medio siglo antes, todos los miembros de la expedición topográfica del capitán Gentil habían sido asesinados por los jinetes nubios. Cuando ya estaba de camino hacia el Kuru para detener a Morel, Schölscher había sabido por un mensaje de Gfat retransmitido por Lamy que los disidentes sudaneses habían cruzado la frontera. Y como sólo disponía de veinte hombres, decidió detener a los contrabandistas a su vuelta, en el único lugar donde la configuración del terreno le permitía ocultar a sus dromedarios blancos y a sus hombres. Se hallaba en comunicación por radio con el teniente Dulud, quien se había quedado con doce hombres en la pista de Gfat, si bien era muy poco probable que Morel se arriesgara a pasar por esa encrucijada tan notoriamente vigilada. Se preguntaba qué estarían haciendo en el Kuru los desertores de los regimientos sudaneses rebelados. La mayoría de ellos se había refugiado en la selva del sur o se había entregado, y el mejoramiento de las relaciones con Egipto, así como la proximidad de la independencia, habían hecho que todas las operaciones de los últimos partidarios de la

unión resultaran estériles. Probablemente se trataba de algunos contrabandistas de armas, que operaban más al sur que de costumbre para evitar la vigilancia de sus lugares de paso habituales. El 23 de junio, a las tres de la tarde, Schölscher vio ascender unas columnas de arena a lo lejos, al oeste, en un aire tan transparente que le extrañó tener que esperar media hora hasta divisar los tres camiones, y otros quince minutos más para dar la orden de disparar a los neumáticos. Los camiones se detuvieron inmediatamente, excepto el último, que giró a la izquierda, se internó en las piedras, que saltaban detonando bajo sus ruedas, y volcó bajo el peso de su cargamento de marfil, que se esparció en el suelo ante los ojos estupefactos de Schölscher. Desde la cabina del segundo camión dispararon una ráfaga de metralleta y, acto seguido, unos hombres saltaron de él y corrieron a tumbarse boca abajo detrás de las piedras, no tanto para resistir como para ponerse a cubierto. Sin embargo, del camión seguían saliendo ráfagas y más ráfagas en dirección al peñón. De pronto se produjo un silencio total y a continuación tres jóvenes vestidos de caqui y armados de metralletas saltaron de la cabina y se abalanzaron disparando hacia las rocas. Uno de ellos, en plena carrera, lanzó de pronto un grito prolongado y estridente. Schölscher reconoció el antiguo grito de guerra de los oulés: el joven estudiante de derecho que lo había lanzado recuperaba así, espontáneamente, el reflejo guerrero más antiguo de su tribu. Era evidente que los tres jóvenes nacionalistas deseaban morir y que el suyo era también un último combate de una guerra perdida, uno más en el camino estrellado de la humanidad, «un gesto —pensó Schölscher— que tiene su origen en nuestras más nobles tradiciones, nuestros manuales de historia y todo lo que les hemos enseñado». Y como todos aquellos que, a pesar de todo, siguen creyendo en la fraternidad humana, se sintió enormemente triste. Pero detrás de las piedras, los viejos meharistas de Schölscher reían entre ellos y no disparaban. Los jóvenes vaciaron sus cargadores y luego tiraron la toalla, rindiéndose a la banalidad de su vida salvada y a la soledad de su esperanza. La portezuela del primer camión se abrió brutalmente y apareció una mano agitando una gorra blanca de capitán de yate, que, en el peor de los casos, podía ser considerada como una bandera blanca. Habib bajó de la cabina con los brazos en alto, apretando todavía nerviosamente entre los dientes un

cigarro aplastado al chocar contra el parabrisas. Detrás de él apareció lentamente un hermoso rostro africano bajo un quepis azul celeste. Schölscher reunió a los sudaneses, que habían tirado sus armas y levantaban las manos riendo. Entre ellos había tres blancos, pero Schölscher los dejó para más tarde y se acercó a Waitari y a Habib. El libanés, aunque ligeramente pálido, exclamó sonriendo:

—Yo no tengo nada que ver con esto, sólo pasaba por aquí; ¡le doy mi palabra de honor!

Waitari le miró con desprecio y luego dijo:

—Somos soldados uniformados, y exigimos ser tratados como tales.

Schölscher tuvo que hacer un esfuerzo para apartar sus ojos del quepis azul celeste con las estrellas negras. Puede que en todo el horizonte no hubiera unas estrellas tan perdidas y tan aisladas como aquéllas.

—Buenos días, señor diputado —dijo.

—Hace mucho tiempo que dejé eso a mis espaldas y usted lo sabe perfectamente —observó Waitari—. Estoy aquí en calidad de combatiente del ejército independentista africano, así que cumpla con su trabajo.

Schölscher echó un vistazo a los tres jóvenes que permanecían detrás de su jefe; uno de ellos tenía la típica cara de intelectual francés, el otro tenía sobre todo los puños cerrados y el tercero un rostro tan dulce y tan triste que Schölscher tuvo que darse la vuelta lleno de rabia y de pena. «Tal vez haya que formar a las masas antes que a las élites —pensó—, de lo contrario sólo conseguiremos gente desesperada».

—¿Con cuántos jóvenes como éstos podría contar entre los oulés? ¿Cuántos están dispuestos a seguirle?

—Me dirijo a la opinión pública mundial —dijo Waitari—. Todavía no me dirijo a los oulés… La opinión pública mundial es mi ejército. Cumpla con su trabajo, Schölscher, y sobre todo no trate de darme lecciones. Creo que puedo decir que mi experiencia política es algo mayor que la de un pequeño oficial meharista que lo único que ha hecho en su vida ha sido estar entre los dromedarios del desierto. Sé lo que me hago. Me constituyo prisionero. Mañana, su prensa se verá obligada a anunciar al mundo que el ejército independentista africano ha llevado a cabo su primer combate y que su jefe está en la cárcel. Por el momento con eso me basta.

—Me temo que aquí hay un malentendido —dijo Schölscher—; probablemente no sepa que sus camiones están literalmente abarrotados de marfil…

No pudo evitar sonreír.

—Tanto es así, que mi informe sólo mencionará a unos ladrones de marfil sorprendidos en el momento en que regresaban de realizar un saqueo, no muy diferente por cierto de los que nuestros viejos amigos los kreichs realizan un poco más al sur con unos medios, bien es verdad, mucho menos perfeccionados. Es una lástima que su nombre se vea mezclado en todo esto…

—Pensábamos utilizar este marfil para pagar parte de nuestras armas —dijo Waitari—. Lo único que esto demuestra es que, contrariamente a sus afirmaciones, no estoy a sueldo de ninguna potencia y que no tengo a nadie a quien recurrir, como no sea la opinión pública mundial. En todo caso, ya no podrá pretender que los recientes desórdenes de África se deben únicamente a un exaltado que reclama la protección de los elefantes… Ya nadie le creerá. Por fin se sabrá la verdad… Lo diré todavía mejor y más claramente en el juicio.

—Admito que no poseo su experiencia política —dijo Schölscher—, pero le sugiero que diga también que las autoridades francesas han colocado esos camiones llenos de marfil en su camino para tratar de desacreditarle… Puesto que todos los golpes están permitidos.

Waitari se alzó de hombros y le dio la espalda. En cuanto a Habib, había recuperado todo su aplomo.

—Le doy mi palabra de honor —dijo— de que yo sólo estaba haciendo autostop…

Schölscher obtuvo de él todas las informaciones que quiso sobre Morel y sus intenciones. Y después se puso en comunicación por radio con el teniente Dulud, quien le comunicó que Forsythe y Peer Qvist habían sido detenidos hacía treinta y seis horas, cuando se disponían a cruzar la frontera sudanesa. Pasó el mando a su ayudante, tomó a seis hombres y el camión que estaba en mejor estado, recogió la gasolina que quedaba y se puso inmediatamente en camino. Sólo estuvo algunas horas en el Kuru y luego

trató de alcanzar a Morel. Al llegar a Gola, le dijeron que acababa de pasar por allí.

Schölscher estaba seguro de que si hubiera llegado media hora antes no se le habría escapado.

Cuando Morel pasó por delante del recinto de la escuela coránica, el *mullah* Abdur, sentado con su chilaba inmaculada a la sombra de una acacia, le dirigió una prudente mirada. Aparentemente en su clase comentaba la Palabra, pero la amenizaba con algunas noticias de la guerra santa que había recogido en el norte. Se hallaba rodeado por una veintena de alumnos de entre doce a quince años que escuchaban absortos a aquel hombre que parecía haber heredado todo el arte de los narradores de cuentos árabes. Las gallinas cacareaban aquí y allá, y dos perros se peleaban entre ellos, pero los alumnos, sentados con las piernas cruzadas a la sombra de la acacia más hermosa del poblado, escuchaban boquiabiertos los embriagadores relatos de aquel que venía de tan lejos. Los infieles huían ante la cólera del Todopoderoso, pero no existía ningún refugio contra el Único Omnipresente. La cólera del Majestuoso, del Supremo, del Havy Lel Qayyoun, El-Único-Viviente-subsistente-por-sí-mismo, se manifestaba por doquier como la primavera. Los granos de arena del desierto se transformaban en otros tantos jinetes armados que atacaban las ciudades de los infieles en irresistibles oleadas, y ésa era la razón de que los pobres desgraciados que se hallaban privados de la verdadera luz nunca hubieran comprendido que hubiera tan poca agua y tantos granos de arena en el desierto… Abdo Abdur había repetido este discurso más de cien veces desde que había terminado sus estudios en la universidad de Mussoro, en donde se reunía todos los años con otros diez propagadores de la Palabra en las tribus. Así pues, mientras hablaba con tanta exaltación de la Verdad, trataba de no bostezar y miraba ensimismado a su alrededor, buscando en el paisaje algún tema de distracción. Y así fue como vio pasar a Morel cubierto de polvo, seguido de una mujer y de tres hombres, uno de ellos blanco. Le reconoció inmediatamente, porque en varias ocasiones había tenido que dar información sobre él. Y también reconoció al adolescente

que le seguía de cerca, con una metralleta bajo el codo. Le impresionó el aspecto del rostro del francés, pero tuvo la intuición de que *Ubaba-Giva*, el antepasado de los elefantes, iba a morir. Una segunda mirada al rostro impasible y determinado del adolescente que le seguía le confirmó esta impresión. Lo que estaba escrito desde hacía tanto tiempo estaba a punto de suceder por fin… Abdo Abdur era un agente muy bien informado.

En Fort-Lamy, el gobernador se movió en su sillón y trató de decir algo. Hacía doce horas que esperaba un mensaje por radio.

—No lo entiendo… Schölscher debe de estar en el Kuru desde esta mañana… De todas formas, ya no puede tardar mucho. Espero que nos lo traigan vivo para que pueda explicarse.

—Me extrañaría —dijo Herbier.

Había venido a presentarle un informe de su región, pero hacía tres días que el gobernador, con un pretexto o con otro, le retenía allí. Eran amigos desde hacía treinta años, pero el destino y la promoción los habían separado: uno de ellos había llegado hasta la cima de su carrera, mientras que el otro se había quedado, probablemente para siempre, en un escalafón intermedio.

—¿Te extrañaría?

Herbier se sacó la pipa de la boca. «Hace mal en pasearse por todas partes con ese cachivache», pensó el gobernador: una enorme pipa amarilla de espuma de mar con la que aparecía en todas las recepciones y las reuniones oficiales, y que acentuaba justo lo necesario su lado un poco original y excéntrico, el lado «salvaje», que no le hacía ningún bien entre los que hablaban de la urgencia de dar a África una infraestructura moderna, o mandos con un espíritu nuevo. Hacía mucho tiempo que el gobernador deseaba hablar con él, pero todavía no se había atrevido, pues conocía demasiado bien el sentido del humor de su amigo y no quería correr el riesgo de que se riera de él. Ese objeto ridículo en forma de pipa se había convertido para Herbier en un verdadero compañero, y era demasiado tarde y a la vez demasiado pronto para proceder a un *post mortem* de su carrera: a los dos hombres les quedaban todavía algunos años para retirarse.

—Me extrañaría que se dejara coger vivo… No creo que Morel quiera vivir en *nuestras* condiciones… Me refiero a nuestras condiciones biológicas…

El gobernador se encogió de hombros. Parecía envejecido y triste.

—Es bastante difícil incluir eso en un informe oficial —dijo—. En el ministerio todavía no disponemos de una subdirección metafísica, donde fuera posible refugiarse ante los problemas graves. Pero ya llegará. Mientras tanto, quiero que me lo traigan aquí y que se explique. En París, creen cada vez menos en los elefantes. Para ellos está muy claro que se trata de una provocación política. Pero ya veremos. Él mismo nos lo dirá…

Sonrió.

—Tal vez te extrañe, pero de alguna manera confío en él. Parece un estúpido, pero creo que es una persona íntegra… Por supuesto es un fanático y un chiflado, pero es un hombre sincero y está harto: harto de nosotros, de nuestras manos, de nuestros corazones, de nuestros pobres cerebros… Harto de la condición humana. Evidentemente, la forma de salir de ella no es a caballo y empuñando las armas, pero él cree en lo que hace. Se ha convertido en *amok*… Que quede entre nosotros, pero hay momentos en que le comprendo… En pocas palabras, quiero que venga aquí, que se siente en esta silla y que se explique. Por lo demás… imagínate lo que me importa mi carrera, habiendo llegado donde he llegado…

Alzó los brazos. Herbier sonrió: su amigo se jubilaría como gobernador y él como administrador de primera clase. Pero Herbier quería demasiado a África y a su pueblo para lamentar no haberlos podido contemplar desde las alturas: una hermosa vista, quizá, pero una vista de lejos. Prefería la intimidad de los paisajes a la inmensidad de los panoramas. Hacía mucho tiempo que había elegido la base, la tierra, los campesinos negros, y había permanecido sólidamente apegado a ellos. Nunca había soñado con estar en las alturas. Dijo lentamente:

—Ese tipo se halla aquejado de una idea demasiado noble del hombre… Una exigencia como ésa nunca perdona. No se puede vivir con eso dentro. Ni siquiera se trata de política, de ideología… A sus ojos, nos falta algo mucho más importante, algo así como un órgano… No tenemos lo que hay que tener. Me extrañaría que se dejara coger vivo.

En la terraza del Chadien no había nadie aparte de Joubert. Había venido a sentarse allí después de haber enviado su último informe sobre el asunto, quizá porque necesitara sumergirse en un paisaje que mostraba tan bien de qué se trataba. Bastaba con mirar alrededor de uno para comprender. Más allá del parapeto, el río discurría lentamente con sus escamas de luz entre los haces de hierbas quemadas como si tratara de aminorar el paso del tiempo; en medio de aquel paisaje, la palmera solitaria de Fort-Foureau parecía haber perdido a muchos miembros de su familia. Lo que más le fascinaba de la rebelión de Morel era que no era la primera. Antes de ella, había habido otras muchas protestas. En la época del Bajo Imperio egipcio, por ejemplo, la multitud había salido a la calle e invadido los templos amenazando a los sacerdotes aterrorizados. Esa multitud egipcia de hacía cuatro mil años no reclamaba pan, ni tampoco paz y libertad. Reclamaba la inmortalidad. La manifestación de Morel tenía más o menos las mismas posibilidades de fracasar. De pie en las colinas de África, gesticulaba, vociferaba, protestaba y lanzaba señales condenadas a permanecer sin respuesta. En lo esencial, la condición humana no podía arreglarse con una solución política; la injusticia era tal que no había revolución humana capaz de acabar con ella.

En el Instituto de Biología de la calle Pierre Curie, Wasser releyó por última vez los resultados de sus trabajos de ese día. Desde hacía un mes tenía la impresión de haber dado en el blanco. La suma de los datos acumulados empezaba a orientarse claramente en una sola dirección posible. Desde el principio había presentido que el cáncer no era una enfermedad causada por un cierto virus, sino una enfermedad, una deficiencia del mismo virus cuando el organismo dejaba de vivir en unas condiciones normales. Dicho de otra forma, no había que luchar con el virus, sino definir las condiciones normales de existencia para llegar a un entente, a un pacto psicológico con él. Wasser se hallaba tan absorbido en su trabajo que sólo dormía cuatro horas todas las noches y únicamente

comía cuando alguien le insistía. Comía en los comedores de estudiantes e iba vestido con la ropa que sus amigos le regalaban, pues se negaba sistemáticamente a trabajar para la empresa privada. Era una cuestión de amor propio, de dignidad. Las condiciones biológicas actuales de la existencia humana le parecían una injusticia escandalosa. Y la idea que él tenía de la dignidad humana era incompatible con la humillación de ver a millones de hombres morir en lo mejor de su vida a consecuencia de un simple error sobre la causa que desencadenaba la enfermedad. Él luchaba lo mejor que podía. No había ninguna razón para contentarse con las condiciones psicológicas con las que la naturaleza nos había creado hacía unos quinientos mil años. Era inadmisible que después de tantísimo tiempo el hombre continuara viviendo intrínsecamente en un estado de enfermedad tan evidente. Wasser creía en el progreso, por lo cual se mantenía en la vanguardia de la lucha. Al salir del Instituto compró el periódico y buscó en él las noticias del hombre que compartía tan claramente su indignación y su negativa a capitular ante las condiciones vitales que nos habían sido impuestas. Se sentía totalmente de acuerdo con ese rebelde a quien tachaban de misántropo. El hecho de que alguien manifestara con tanto alboroto su negativa a someterse a la condición humana actual, a su condición de enferma, le impresionaba profundamente. Hubiera deseado ayudarle, pero la investigación científica requería mucha paciencia, no se transformaba a la humanidad con un simple toque de varita mágica dado en un laboratorio; ese tipo tenía demasiada prisa. Era necesario tener mucha paciencia, realizar una serie de descubrimientos, efectuar un trabajo de síntesis y de investigación, sobre todo de la masa cerebral, cuyas tres cuartas partes seguían inutilizadas, misteriosas, reservadas a alguna función futura. Era fundamental conseguir aprovecharlas, movilizarlas. No había duda de que el futuro se encontraba ahí, en esas células todavía anónimas y secretas. Leyó en el periódico la noticia de la inminente detención de Morel, pero no le convenció; era imposible que ese hombre no contara con un sinfín de apoyos. Se metió el periódico en el bolsillo y se dirigió tranquilamente a coger el metro.

El caballo Butor estaba realizando el esfuerzo más duro de su vida.

Había sido dejado en paz por su amo en la misión de los padres blancos de Nguelé, donde se hallaba disfrutando de un merecido descanso, cuando de pronto el franciscano había vuelto a aparecer en un estado de furor y de excitación cuyo efecto inmediato había sido que su peso resultara todavía más aplastante para el caballo, quizá porque no cesara de moverse lleno de impaciencia en su silla de montar. El padre Fargue tenía el rostro consternado y congestionado, resoplaba, gruñía, suspiraba y transpiraba como si estuviera ya en la víspera de comparecer ante Aquel que, a pesar de todo, tendría seguramente algunas preguntas que hacerle. No estaba solo. Detrás de él, endebles y nerviosos en sus mulos, dos padres blancos, a los que había arrancado de la paz de sus plegarias, le seguían con aprensión, pero también con una resolución que no se debía precisamente a las desagradables palabras que el misionero de los leprosos había proferido esa misma mañana contra ellos.

—Ustedes no tuvieron ningún problema en ocultar durante la guerra a unos cuantos colaboracionistas —había vociferado Fargue, empujándolos enérgicamente hacia la puerta de la misión—. ¡Así que razón de más para que oculten a un auténtico «resistente» contra nuestra miserable condición! De acuerdo, de acuerdo, no traten de enseñarme el catecismo. Por supuesto que es un orgulloso y un blasfemador y que debería arrodillarse y rezar en lugar de alzar el puño. Pero no es del todo culpa suya. No ha tomado bastante impulso, eso es todo. Han sido tantas cosas las que no ha podido digerir, que no ha podido tomar el suficiente impulso: le pesaban demasiado. De modo que se ha quedado con los elefantes. Pero tal vez un buen puntapié en el culo le dé el impulso necesario. Mientras tanto, no quiero que se deje matar en una carretera como un perro furioso, sin haber tenido tiempo de comprender y de dirigirse con sus peticiones a quien debe. Así pues, le tendrán escondido en la misión el tiempo que haga falta, y yo me encargaré de darle el impulso, no se preocupen. A ese hombre hay que arreglarle y yo lo haré; sé cómo se hace.

—La misión no ha tenido hasta ahora ningún problema con las autoridades —dijo con un tono ligeramente afectado el más joven de los padres.

—No —dijo Fargue con satisfacción—, pero nunca es demasiado tarde para que los empiece a tener.

Minna no sabía si aquello era un desfallecimiento pasajero causado por la fiebre y el agotamiento, o si era algo más profundo, una verdad que se le imponía por fin porque ya no tenía el coraje y la fuerza de resistirse a ella. Pero había momentos en que lo único importante era que él le pasara el brazo alrededor de los hombros, que acariciara su rostro, que la estrechara contra él. Entonces todo lo demás dejaba de existir. Sólo era un cansancio pasajero, estaba segura, una sed de afecto debida a su estado físico, una simple necesidad de descansar. Siguió negándolo con una energía patética durante el juicio, cuando todos se negaban a admitir que ella pudiera haber estado allí por su propia voluntad, que ella pudiera también creer en algo, que pudiera poner tanta obstinación y fidelidad en defender un margen humano donde incluso tuvieran cabida los elefantes. Esa idea les hacía reír y el mismo presidente, con sus quevedos y su taciturna severidad, parecía socarrón y divertido. A pesar de su piel apergaminada, se las daba de haber vivido lo suficiente como para conocer a las mujeres y los móviles, siempre los mismos, que podían animarlas.

—Vamos, trate de decirnos ahora la verdad… Al principio pretendió convencer a este tribunal de que cuando se unió a él, con armas y municiones, no lo olvidemos, sólo le guiaba una idea: convencerle de que se entregara. Ahora usted misma confiesa que se quedó con él para ayudarle a proseguir su actividad terrorista… Si nos ha mentido, confiéselo ahora, este tribunal lo tendrá en cuenta…

—Yo no he mentido. En Fort-Lamy, todo el mundo decía que él odiaba a los hombres, que era un desesperado, un misántropo… Yo pensaba que era verdad… Que era muy desgraciado… Que estaba muy… muy solo… Y que tal vez yo pudiera…

—¿Hacerle cambiar de opinión?

—Sí.

—¿Estaba enamorada de él?

—No es eso… Eso no tiene nada que ver…

—Digamos que le resultaba muy simpático…

—Sí.

—¿Así que renunció a hacerle cambiar de opinión?

—No era verdad lo que decían de él. Él no era así…

—¿Así cómo?

—Él no era un desesperado. No odiaba en absoluto a los hombres… Al contrario, confiaba en ellos, era un hombre que reía mucho, que era muy alegre… Él amaba la vida, y la naturaleza, y…

—Y a los elefantes, supongo…

Ella no respondió, pero su media sonrisa era en sí una respuesta.

—Así pues, ¿usted se quedó sencillamente con él?

Ella parecía no haber entendido. Sus ojos, su sonrisa, estaban en otra parte, hablaba rápidamente.

—Él nunca se desanimó, ni siquiera ante el fracaso de la conferencia. Dijo que habría otra y que tomarían las medidas necesarias. Pero que había que seguir manifestándose, porque esas cosas no se hacen solas, siempre hay que luchar para conseguirlas a causa de la inercia general, y sobre todo porque la gente necesita que la animen y que la informen. Por eso era tan importante para él continuar. Quería continuar para demostrar que eso era posible, para despertar a la gente, para impedir que creyeran que no hay nada que hacer, cuando basta con no dejarse desanimar…

Entonces se produjo en la sala un pequeño incidente. Haas, que había bajado para la ocasión de sus cañaverales del Chad, pareció tan aliviado y tan triunfante ante la idea de que Morel nunca hubiera renunciado a defender a los elefantes y estuviera decidido a continuar la lucha hasta el final, que se levantó y, golpeando con todas sus fuerzas su puño derecho en el hueco de su mano izquierda, gritó: «¡Bravo!», lo que le valió ser expulsado inmediatamente de la sala. (Bien es verdad que, ocho días antes, Haas había conseguido capturar a tres crías de elefante para el zoo de Tadensee). Al lado de la puerta, Sandro, el camionero, no podía creer que Minna fuera la misma chica con la que él se había acostado dieciocho

meses antes. Aquello le molestaba y le rebajaba un poco ante sus propios ojos, aunque no supiera muy bien por qué. Tenía la absurda impresión de haber perdido algo en el asunto. Y se sentía todavía más a disgusto por el hecho de haberse vestido elegantemente para la ocasión. Todo el mundo sabía que se habían acostado juntos, por lo cual esperaba que le miraran, pero nadie le había prestado la menor atención desde el principio del juicio. Era como si no existiera.

—Así pues, ¿cambió de idea y tomó la decisión de ayudarle?

—Yo no podía ayudarle, al contrario, era una molestia para él… Una carga… Yo quería quedarme con él hasta el final.

—¿Usted sabía que podía ser detenido de un momento a otro?

—Sí… En Gola nos habían dicho que había un destacamento militar en la misma ruta por la que íbamos nosotros, que estaba bajando de los Oulés y venía a nuestro encuentro.

—Sin embargo, ¿usted le siguió?

—Sí.

—¿Estaba enamorada de él?

—Eso no tiene nada que ver.

—¿Era usted su amante?

—Ya le he dicho que eso no tiene nada que ver —gritó.

—En resumen, ¿usted estaba consagrada a él… en cuerpo y alma?

—Sí.

El presidente dejó transcurrir un segundo.

—¿Es cierta la noticia aparecida en los periódicos de que usted tiene la intención de casarse con el «mayor» Forsythe al final del juicio?

Forsythe alzó ligeramente la cabeza.

—Sí.

—Y sin embargo, usted sentía por Morel un… afecto tan profundo que no dudó en permanecer con él a pesar de estar casi segura de que le detendrían…

—Sí.

Fields sabía muy bien adónde quería llegar aquel magistrado tan respetable, la apostilla con la que quería acabar su interrogatorio. Ése era el clima que había intentado crear desde el principio alrededor del caso. Su

intención era demostrar que se trataba de un grupo de nihilistas, de anarquistas, sin ningún objetivo determinado, sin principios, sin moral, sin fe; que ella era una de esas chicas que van siempre a remolque de las bandas de aventureros, acostándose con uno y con otro, desde el jefe hasta el teniente, dependiendo de las circunstancias y del momento. Fields había estado a punto de cometer el mismo error al principio, por lo cual no tenía por qué indignarse. Y sin embargo, tenía unas ganas locas de levantarse y asestarle un puñetazo en toda la cara a ese magistrado. En circunstancias normales, se hubiera limitado a hacerle una foto. Pero como no tenía su cámara, le era muy difícil defenderse.

—¿Y eso le parece completamente natural?

Ella observó al magistrado con un poco de curiosidad, y después de reflexionar un instante dijo con cierta amabilidad, como si tratara de ayudar a una persona en apuros:

—El mayor Forsythe y yo tenemos… recuerdos juntos…

Seguramente quería decir «comunes».

—Recuerdos muy fuertes… y vamos a continuar juntos. Se lo hemos prometido a Morel y seguiremos juntos para… para…

Se calló.

—Supongo que para defender a los elefantes… —dijo el presidente sardónico.

Minna seguía viendo a Morel con esa expresión de persona satisfecha de sí misma que a veces adoptaba; de pie, asentado en sus piernas algo cortas, liándose un cigarrillo, con ese gesto malicioso que a veces podía resultar irritante. Todavía le parecía estarle oyendo: «Ya ves, incluso en el colegio nos lo enseñaban… Hay algunos animales a los que se les llama “los amigos del hombre”… Hay que defenderles… los necesitamos. Los amigos del hombre… Está en todos los manuales de zoología… Al menos estaba en mis tiempos. Dice muy bien lo que quiere decir…».

El público se preguntaba por qué sonreía.

—Bueno —dijo el presidente—, no me corresponde a mí presuponer la sentencia que dictará este tribunal, pero espero que durante algún tiempo no vuelvan a tener ustedes la ocasión de alterar el orden público…

Lo que tal vez le había ayudado a soportar, a continuar, cuando las ramas de los árboles empezaban a darle vueltas por encima de la cabeza y ella tenía que cerrar los ojos para soportar el vértigo, era el temor a disgustarle, a no parecerle tan fuerte como él pensaba. Cada vez que él le preguntaba con cierta ansiedad, mientras sus caballos avanzaban el uno junto al otro al mismo paso lento en dirección a las colinas, ella siempre conseguía hacer acopio de valor para responderle con un semblante alegre.

—¿Qué tal va?

—No se preocupe por mí, señor Morel… Soy una alemana recia, provengo de una familia de campesinos…

—Dentro de dos horas estaremos en las colinas. En la región hay una o dos grutas que hemos localizado precisamente para casos urgentes… Evidentemente en ellas no hay medicamentos… ni nada. Pero acabaremos por conseguirlos.

—No se preocupe por mí.

Él trataba de convencerse de que la necesitaba sólo porque era una alemana y su presencia en ese asunto probaba que no había que desesperar de ese pueblo. Ahora les tocaba a ellos hacer algo por los elefantes. Había llegado el momento, después de lo de Auschwitz, de que ellos pudieran demostrar también su amor a la naturaleza, acudir a su vez en ayuda del margen humano, asegurar la defensa de ese margen que el progreso debe hacer cada vez más ancho, y que debe contenernos a todos: más allá de las razas, de las naciones y de las ideologías. Él siempre había sentido una perseverante pasión por todas las formas de la vida (había aprendido de Peer Qvist la palabra «ecología», que no conocía), y los enemigos de ésta siempre habían tenido que vérselas con él. ¿No era, pues, absolutamente lógico que ahora se encontrara defendiendo su encarnación viva más grande y más amenazada? Si la presencia de los anacrónicos y voluminosos elefantes hacía difícil la construcción de un mundo nuevo, sólo se debía a que esa construcción era una obra humana. Y él sentía que estaba a punto de conseguirlo, de obtener resultados al menos parciales. Estaba seguro de que si hacían un poco más de ruido, nada impediría que surgiera un

inmenso movimiento de opinión y que éste consiguiera las medidas de salvación indispensables. Y después… No pudo dejar de volverse una vez más hacia ella…

—Mira, ya se ven las colinas.

—Es verdad.

—Un poco más y habremos llegado. Por fin podremos descansar…

Yussef se arremangó la manga de su brazo libre y se secó el sudor de la frente. Seguía sin verse nada que llamara la atención al final de la pista, pero no podía correr el riesgo de esperar hasta el último momento. Sin embargo, tenía una buena excusa: la presencia del periodista americano. Era imposible matar a Morel delante de sus ojos. Podía hacer mucho daño al partido. Las instrucciones que había recibido eran esperar a que Morel estuviera solo. Pero el periodista apenas se sostenía en su caballo e Idriss se veía obligado a sujetarle para impedir que se cayera. De un segundo a otro, se detendría y se quedaría sentado completamente solo en el borde de la pista. Si Yussef no ejecutaba en ese momento las órdenes que había recibido, sus camaradas le considerarían un traidor a la organización. Sobre todo no debía decirse a sí mismo en ningún momento que el fin no justificaba los medios, pues no sería más que una forma de flaquear.

Ese problema estaba desde hacía mucho tiempo zanjado desde el punto de vista doctrinal; al menos en ese aspecto no tenía por qué dudar. Si no apretaba el gatillo, aunque sólo fuera en el último momento, rompería la única fraternidad que conocía, la de la revolución nacional. Sentía la culata del arma quemarle en la mano, que se veía obligado a secarse una y otra vez. Aunque el periodista se quedara con ellos, siempre le quedaría la posibilidad de jurar que se había limitado a ejecutar la orden que había recibido del mismo Morel, que no estaba dispuesto a dejarse coger vivo. Observaba el final de la pista con tanta atención que empezaba a ver manchas delante de sus ojos, confundiéndolas cada vez con los camiones que acechaba.

En ese mismo momento, el destacamento del teniente Sandien aún se encontraba a unos diez kilómetros de allí, a un cuarto de hora más o menos.

El gobernador de los oulés había abandonado a toda prisa Sionville al volante de su automóvil nada más recibir de su jefe autóctono del distrito de Gola las primeras informaciones relativas a la presencia de Morel en la pista Gola-los Oulés. El destacamento militar había debido de cercar la región esa misma mañana, y el gobernador estaba firmemente decidido a impedir que Morel fuera matado en el curso de un enfrentamiento con los soldados franceses. Hubiera sido un acto tan contra natura como si Morel hubiera sido matado por los elefantes. Hacía siglos que luchaban juntos contra el enemigo común y nada podía separarlos. El gobernador había recibido un telegrama la víspera confirmándole en su cargo y estaba dispuesto a emplear toda su autoridad recién recobrada para tratar de salvar a ese francés que se negaba a desesperar.

El único blanco que los había visto pasar, a veinticinco kilómetros al sur de Gola, en el lugar donde la pista atraviesa las plantaciones de algodón para luego proseguir hacia las estribaciones de los Oulés, era un modesto prospector de uranio llamado Jonquet que había llegado de Europa hacía seis semanas y en ese momento regresaba en su *jeep* de una plantación de los alrededores, a cuyo propietario había intentado en vano convencer de que le apoyara en sus prospecciones, ya que, según sus propias palabras, «necesitaba algún apoyo financiero». Acababa de salir del camino que iba desde la plantación hasta la pista principal y tuvo que frenar en seco para evitarlos. Los vio pasar sin que Morel le prestara la menor atención. El informe que Jonquet hizo de aquel encuentro inesperado fue elocuente dentro de su sencillez.

—Yo creía que la época de los desesperados había terminado, incluso en África. Morel no iba armado, pero detrás de él iba un joven negro que iba armado por dos, si se puede decir así. Acabo de llegar a África y hay cosas a las que todavía no estoy acostumbrado: la mirada que me dirigió ese chico armado con una metralleta, y sobre todo la expresión mal encarada y salvaje del otro negro, mucho mayor, con su chilaba azul y su turbante, me

impresionaron profundamente. También estaban los chiquillos del poblado que corrían detrás de ellos, a una distancia respetuosa. Morel iba el primero, cubierto de polvo, con la cabeza desnuda y una especie de pañuelo caqui muy sucio alrededor del cuello. Pero al contrario de lo que yo pensaba, no tenía aspecto de histérico ni de loco. Pero debía de estarlo, porque, si no, no hubiera estado allí en pleno día, en una zona llena de plantaciones, en esa pista por donde pasan camiones incluso en esta estación. O le importaba un bledo o hay que pensar que tenía gente que le protegía en las altas esferas. No lo afirmo, lo pregunto, eso es todo. La que más me impresionó fue la chica. Realmente tenía muy mala cara; se veía que debía de haber sido muy hermosa, pero ahora tenía los ojos hundidos, llenos de ojeras, y un rostro del que sólo le quedaba la piel tensa y sudorosa, y hubiera jurado que no podría avanzar ni un metro más… También estaba ese periodista americano con una cámara al cuello y una bolsa de cuero al hombro… parecía completamente chiflado, con un pañuelo con cuatro nudos en la cabeza… estaba ido, con los ojos fuera de las órbitas. ¡Y todo eso por unos elefantes! Realmente hace falta no creer ya en nada. He visto a muchos libertarios y anarquistas, pero ¡eso sobrepasaba todo! Realmente hay que odiar a los hombres y tener muchas ganas de escupirles encima… No salgo de mi asombro. Y sin embargo, debo reconocer que… les comprendo un poco. Todos llevamos algo de eso dentro. Pero no hasta ese punto. Yo al menos tengo la esperanza de encontrar uranio para consolarme… Hay que creer en algo, ¿no?… Volví inmediatamente a la plantación para avisarles. Fui a ver a Roubaud y se lo conté todo. No sé qué esperaba de él exactamente, pero no quería guardarme aquello para mí solo. Me escuchó tranquilamente. Ya le conoce, es un gordo un poco triste. «De acuerdo —dijo él—, Morel ha pasado por aquí. ¿Y qué? Me importa un bledo, no tengo nada contra él. Le aconsejo que mantenga la boca cerrada». Esto es lo que hay, señor. Yo a eso le llamo misantropía. No me extraña que Roubaud no quisiera participar en mis prospecciones: es un tipo que no cree en nada, ni en el uranio ni en ninguna otra cosa… No me extrañaría demasiado que Morel estuviera escondido en su plantación…

Jonquet se equivocó al afirmar que Minna no era capaz de recorrer ni un metro más. Recorrió aún cinco kilómetros, aunque tuvo que pararse varias veces. Sólo se rindió cuando se desmayó completamente y, al abrir los ojos, vio a Morel inclinado sobre ella con una amistosa preocupación. Ella trató de sonreír, pues sabía que eso era lo que les unía más profundamente. Él respondió a su sonrisa.

«Esta vez no te podrás quejar», se dijo cogiéndola entre sus brazos.

—*Ich kann ja nicht mehr*…

Minna alzó hacia él un rostro lleno de lágrimas, donde la sonrisa temblaba aún en medio del polvo y el sudor, pero Morel vio ese síntoma de agotamiento que él conocía tan bien desde hacía mucho tiempo, desde el campo de concentración: una mosca corría sobre su frente y su mejilla sin que ella tuviera fuerzas para espantarla, sin que siquiera la notara. Él entonces le levantó el barboquejo, le quitó el sombrero de fieltro y le cogió la cabeza entre sus manos. Incluso los labios, casi grises y sin vida, habían perdido su relieve. Sin embargo, él había corrido toda clase de riesgos para tratar de acortar el trayecto siguiendo una pista frecuentada, marchando directamente hacia los soldados que sin duda venían a su encuentro. Bien es cierto que durante el camino había contado con la simpatía de algunos, la comprensión de otros y la fidelidad de los franceses a sus tradiciones, pero la verdad es que ella ya no podía continuar. Él mismo ya no sabía muy bien adónde ir. La gruta de los Oulés había sido descubierta. Había otras, pero en ellas no había medicamentos ni más armas y municiones que las dejadas por Waitari, las cuales apenas serían suficientes para algunos días. Y sin embargo, había que continuar. La gente necesitaba saber que él seguía allí, vivo, presente en alguna parte de África.

—¿Y si descansaras una o dos horas?… Podríamos detenernos un poco.

Ella no respondió nada y él ni siquiera trató de convencerla.

—Bueno. Voy a llevarte al poblado… Tal vez allí haya un puesto sanitario. En todo caso, por aquí hay una plantación. Iré a buscarlos.

—Iré sola.

—Ni hablar.

—No puede detenerse por mi culpa… Se lo ruego, váyanse… Continúen. Hágalo por mí.

—¿Dejarte aquí en la carretera?

—No quiero que le suceda nada por mi culpa…

Él dudó un segundo, pero era difícil resistirse a esa mirada suplicante y a la vez decidida. Eso era todo lo que podía hacer por ella, continuar. Debía continuar su manifestación por ella y por otros millones de personas necesitadas; no dejarse coger, ocultarse, defender sin tregua el margen humano en medio de las peores dificultades, permanecer inaprensible en alguna parte del fondo de la sabana, entre los últimos elefantes; como un consuelo, una promesa, una confianza irreductible en los seres humanos y en su futuro. Tenía que seguir allí por encima de todo, y si una bala le alcanzaba, debía arrastrarse para morir en algún rincón oscuro de la sabana, donde no le encontraran jamás. De ese modo, los que le necesitaran siempre podrían creer que seguía vivo. Si debía morir de una bala en la espalda, siguiendo la tradición clásica de ese tipo de empresa, era necesario que nadie lo supiera, para que la leyenda pudiera apoderarse de él, para que ésta pregonara por todas partes su presencia invencible y la gente pensara que sólo estaba escondido y dispuesto a surgir en el momento más inesperado, cuando ya casi nadie se atrevía a contar con él, para defender a los gigantes amenazados.

—Bueno.

—No tiene que sucederle nada…

—No me sucederá nada —prometió él gravemente—. Tengo un montón de amigos. No te lo he dicho todo, pero van a ayudarme, no te preocupes.

No sabía si ella le creía o no, pero había que intentar tranquilizarla, tranquilizarles a todos. Era muy importante que no dejaran de creer que estaba vivo.

—Si oyes rumores derrotistas, como por ejemplo que me han matado o esto o aquello, no te los creas… Diles que no los crean; no me vencerán jamás.

Lo más extraño era que casi lo creía él mismo. No sabía lo que iba a hacer ni adonde iría, casi sin armas ni municiones, pero estaba seguro de encontrar amigos.

—Tal vez no oigas hablar de mí durante algún tiempo: voy a quedarme escondido ahí dentro…

Hizo un gesto hacia la maleza.

—Pero volveré.

Sus ojos recuperaron su expresión de complicidad irónica.

—Les obligaremos a organizar otra conferencia… Tal vez incluso me pidan que asista a ella… Te lo digo, acabarán dejándonos el margen necesario. En cuanto a aquellos que están en contra… los venceremos.

Abe Fields emitió un gañido de desprecio. «Los venceremos…». Sentía una violenta aversión hacia esa expresión que había oído miles de veces en boca de muchos soldados franceses que no habían regresado nunca más. A pesar de la fiebre, se sentía orgulloso de ser un americano realista. Estados Unidos tenía la renta per cápita más alta del mundo y el mejor nivel de vida desde las primeras etapas de la evolución: los reptiles del océano original podían estar orgullosos de ese país; el antepasado que había reptado por primera vez sobre sus escamas para salir fuera de su fango natal podía dormir tranquilo, lo había conseguido. Su nombre debería ser venerado en todas las escuelas, porque él era el auténtico pionero, el padre de la empresa libre, del espíritu de iniciativa, del riesgo, de todo lo que sigue caracterizando hoy en día el prodigioso desarrollo material de Estados Unidos. Dirigió a su alrededor una mirada triunfante y todos los lagartos sentados en torno a él se pusieron a aplaudir: Abe Fields quiso saludarlos, y sólo gracias a la rápida intervención de Idriss no se cayó de su caballo.

—¿Crees que resistirás hasta la plantación? Quedan diez kilómetros.

—El señor Fields me ayudará.

—¡Que te lo has creído! Mírale, tiene los ojos fuera de las órbitas. Ya no está aquí. ¡Eh, fotógrafo!…

Fields cogió su cámara.

—¿Podrás acompañarla?

—Quiero continuar con usted.

—¡Mira ahora con lo que sale! Creía que ya no te quedaba película.

—Me da igual. Ya me las arreglaré.

—¿Cómo vas a hacer fotos? ¿Con tu culo?

—Quiero echarle una mano.

—Vaya, vaya, pensaba que los elefantes te importaban un bledo.

—Toda mi familia murió en las cámaras de gas de Auschwitz.

—¡Vaya, eso tenías que haberlo dicho antes! Sin embargo, no puedo llevarte.

—¿Por qué?

—No sería justo. Ya no sabes lo que haces. En el estado en que te encuentras serías capaz incluso de querer derrocar a la fuerza el gobierno de Estados Unidos si te lo pidieran amablemente.

—¡Soy un ciudadano americano y tengo derecho a defender a los elefantes en cualquier lugar donde estén amenazados! —gritó Abe Fields—. Jefferson, Lincoln, Eisen…

—Sí, sí, lo sé.

—Tengo derecho a defender a los elefantes como todo el mundo.

—Eso es, defiéndelos como todo el mundo.

—¡Quiero morir por los elefantes! —gritó Abe Fields.

—¡Vaya! Otro más que va a tener que dar cuentas ante una comisión de investigación…

—¡Los soldados norteamericanos vinieron a Europa a defender sus malditos elefantes! —gritaba Fields—. Sin nosotros…

Un dolor especialmente violento en la costilla izquierda le calmó un poco. Se llevó ambas manos al costado e hizo un gesto de dolor.

—Vais a daros los dos la media vuelta. Hay una plantación a algunos kilómetros de aquí. ¿Entendido?

—No sé si aguantaré hasta allí. Las costillas se me clavan en los pulmones.

—Lo intentarás… ¿Qué sucede?

—Un *jeep* y dos camiones —gritó Yussef.

El estudiante sentía el sudor caliente cayéndole a chorros por la cara y el cuello: tenía la impresión de estar sangrando. Apretó el arma bajo su codo con tal fuerza que ya no conseguía relajar su brazo. Respiró profundamente sin apartar los ojos de aquellos puntos negros que aumentaban en el horizonte: veinte minutos, media hora después de haber abandonado la pista, llegarían a las estribaciones de los Oulés y al tupido bosque de bambúes rodeado de peñas, donde se encontraría solo con Morel e Idriss,

sin testigos molestos. Se secó la cara con la manga, tratando casi violentamente de creer que su decisión estaba tomada, que sería algo muy simple: una ráfaga de metralleta y Morel entraría a formar parte de la leyenda para siempre. Se convertiría en el héroe del nacionalismo africano y siempre podrían referirse a él sin temor a que nadie lo desmintiera. Podrían sacar provecho de su nombre en las reuniones, en las conferencias, en los mítines, y provocar el entusiasmo y la emoción de la asistencia, que lo aclamaría poniéndose de pie, sin que él pudiera venir a molestarles con sus ridículos elefantes. Pasaría a la posteridad como el primer blanco que había dado su vida por el nacionalismo negro. Nunca más podría protestar, levantarse de pronto ante la opinión pública y gritar muy alto su obstinada convicción, declarar que lo que él defendía era por encima de todo una cierta concepción de la dignidad humana. Por fin sería posible utilizarlo a fondo y sin riesgos en un fin práctico y dar a su nombre todo el brillo que quisieran, sin temor a que ese imbécil feliz y torpe surgiera de pronto de alguna parte furioso y cerril, dando puñetazos y gritando testarudamente su verdad. Nunca más correrían el riesgo de verle aparecer en una reunión con su cartera repleta de peticiones y de llamamientos y sus desordenados cabellos de eterno militante para, echando a perder todos sus intentos de utilizarle, dar un puñetazo en la mesa y gritar: «Es muy sencillo, yo lo único que defiendo es la naturaleza… Llámenlo como quieran. Libertad, dignidad, humanidad, ecología… Todo viene a ser lo mismo. Hago todo esto por los amigos del hombre. En la escuela nos enseñaron lo que eso significa. Lo demás me importa un bledo». Mientras estuviera vivo, ese estúpido siempre sería un estorbo. Ahora, después de estar un año con él, le comprendía perfectamente, conocía tan bien su magnífica monomanía que no le quedaba más remedio que matarle para luchar contra ese contagio que emanaba de él, contra esa tranquila confianza que tenía en uno. Por otra parte, uno no pasa impunemente quince años de su vida en las escuelas y en las universidades de sus enemigos sin acabar por absorber algunos de esos venenos que destilan tan sabiamente. El fin no justifica los medios… El margen humano que es necesario respetar sean cuales sean las ideologías y el ardor de la lucha… Por más que uno trate de decirse que eso son sólo palabras, ideas de otra época incompatibles con el progreso histórico y la

lucha de clases, es difícil liberarse con una sola ráfaga de metralleta de toda la educación recibida. Y lo más irritante era que, a veces, cuando Morel se volvía y veía el cañón de la metralleta apuntado en su dirección, el estudiante tenía la absoluta seguridad de que ese hombre no era ningún ingenuo, de que lo *sabía*. Entonces veía en sus ojos una chispa de burla, casi de desafío, que reflejaba perfectamente su profunda locura y parecía decirle: «Te apuesto lo que sea a que no lo harás». Era intolerable: parecía haber entablado con uno un combate secreto que estaba seguro de ganar porque creía en uno. A Yussef le entraban ganas de gritarle quién era él, de insultarle e incluso de golpearle, de arrancarle de una vez por todas esa confianza absurda en los hombres que llevaba en el corazón; de gritarle que para él no había nada que estuviera por encima de la independencia africana, ninguna otra preocupación, ninguna otra consideración, ninguna otra dignidad, y que todos los medios serían buenos para conseguir ese fin. Pero si debía ejecutar a un hombre que tenía tanta confianza depositada en uno, más valía que no supiera nada, que pudiera al menos morir con su fe intacta. La lucha que Yussef sostenía consigo mismo era tan dolorosa que a veces le entraban ganas de lanzarse a galope para ir al encuentro del convoy militar, de disparar y luego dejarse matar. Su caballo sentía su nerviosismo y se encabritaba, levantando una nube de polvo que ya debía de ser visible desde los camiones. Idriss empezó a hablar airadamente, gesticulando enérgicamente y blandiendo el dedo índice en dirección al convoy. Morel se decidió por fin.

—O ahora o nunca.

—¿Dónde piensa ir? —gritó Fields.

—Uno siempre encuentra amigos.

Abe Fields miró por última vez a Morel: su cabeza desnuda, sus cabellos rizados, su juvenil aspecto, su cruz de Lorena prendida en el pecho, esa chispa de burla en el fondo de sus ojos oscuros, el gesto irónico de sus labios, donde siempre parecía faltar un Gauloise y, atada a su silla, la absurda cartera de eterno militante, abarrotada de octavillas, de manifiestos y de peticiones. Y de pronto se le ocurrió una idea.

—Espere —le gritó—. ¿Qué va a hacer con todos esos papelotes en la sabana? ¿Pincharlos en los árboles? Déjemelos a mí, yo me ocuparé de

ellos.

—Es cierto —dijo Morel—. Toma, fotógrafo de mi alma, te los confío…

Desató la cartera de la silla y la arrojó en medio del camino.

—Cuídalos mucho… Haz con ellos lo que consideres necesario. Algún día volveré a pedirte cuentas. ¡Adiós, camarada!

Dirigió su caballo hacia el talud y, seguido por Idriss y Yussef, abandonó la pista y se internó entre los árboles. Diez kilómetros más y los bambúes sucederían a los árboles, hasta llegar a las primeras rocas grises de los Oulés, con su terreno pedregoso en el que sólo crecía algún que otro matorral, sus poblados, sus tejados en forma de pincel, ocultos entre los riscos, y después de nuevo los bambúes, la maleza de las colinas y las praderas de los elefantes, en una extensión de cien mil kilómetros cuadrados donde nadie podría encontrarlos. Algo más al sur, estaba el padre Tassin, quien, a pesar de interrumpir su trabajo en las excavaciones paleontológicas durante la estación de las lluvias, no se negaría a darles cobijo en sus cabañas abandonadas. Tal vez incluso aceptara ayudarles de una forma más activa… Decían que era un científico que tenía una auténtica pasión por todo lo relacionado con los orígenes del hombre. O bien podrían subir hacia el Camerún y hacia el lago Chad y pedir cobijo a Haas, que también era un amigo de nuestra vieja especie amenazada. Pero los mosquitos del Chad no eran nada deseables en la estación que se avecinaba. En cualquier caso todavía tenían tiempo para pensarlo y decidirse; no les faltaban las buenas voluntades, las complicidades e incluso las protecciones. Por el momento debían alejarse de la pista; la misma en la que, diez meses antes, Morel se había encontrado de frente con el administrador Herbier; recordó con agrado su rostro honesto y ultrajado, ese rostro de hombre que siempre había obrado de la mejor manera posible. Morel sentía tal cansancio que el cuerpo le pesaba como si fuera de piedra, y, como siempre que notaba que estaba al límite de sus fuerzas, los recuerdos acudían a su mente más densos e insistentes. Pensaba en todo lo que los periódicos decían de él. Cada uno de ellos le atribuía sus propias esperanzas, sus propias rebeliones, sus propios rencores secretos o su propia misantropía y, por más que se lo había explicado, ellos seguían pensando

que actuaba por unos motivos de lo más enrevesados. Sin embargo, la verdad era muy simple y nunca se había andado con rodeos a la hora de decírsela. Él amaba la naturaleza y siempre había hecho todo lo que había podido para defenderla. El combate más duro que había librado en su vida había sido a favor de los abejorros. Su sonrisa, esa sonrisa de la que Abe Fields desconfiaba tanto, apareció en sus labios y allí se quedó. Se acordaba de aquel combate con una claridad asombrosa, como siempre que el cuerpo le dolía y parecía estar al límite de sus fuerzas. Era un recuerdo que siempre le ayudaba a resistir y a continuar.

Había sido el combate más duro de su vida.

Aquel asunto de los abejorros había tenido lugar en el mes de mayo, cuando ya llevaba un año en el campo de concentración, y él había sido el primer instigador, el primero en acudir en su ayuda y en desencadenar así la rebelión.

En aquella época se hallaban trabajando en la cantera de Eupen, en el Báltico: transportaban sacos de cemento para la gigantesca obra de los nuevos faraones destinada a perdurar un milenio. Caminaban lentamente, en fila india, procurando no hacer ningún falso movimiento para no desplomarse bajo el peso de los sacos. Mientras tanto, los SS, con las jetas ya quemadas por el primer sol, les observaban tumbados perezosamente en la hierba con una hierba entre los dientes. En la cantera había deportados políticos y presos comunes, todos sometidos al mismo régimen de reeducación a base de trabajos forzados, a la usanza del siglo XX. Estaba Rotstein, el pianista polaco; Revel, el editor francés clandestino, al que le crecía tan deprisa la barba que a veces parecía un colchón de crines y que, para luchar contra el mal olor mientras limpiaba las letrinas, recitaba a voz en grito poemas de Mallarmé; Szwabek, también polaco, quien siempre llevaba consigo, completamente arrugada, la foto de la cerda con la que había ganado el primer premio en un concurso agrícola, y te la enseñaba con orgullo para demostrarte que había sido alguien… Prevost, alias Émile, el ferroviario de la SNCF, quien, en una ocasión, al oír silbar una locomotora, se echó a llorar a moco tendido… Había incluso un Durand, el eterno Durand de todas las fiestas, que se pasaba la vida diciendo lo que le haría al primer Schmitt con el que se encontrara después de la Liberación…

Después de la Liberación, se presentó en casa del doctor Schmitt, en Eupen, con un revólver en el bolsillo, y después de dudar un instante, le estrechó la mano y se fue… Estaba el capellán Julien, que apenas adelgazó en los dos años que pasó en el campo, hasta el extremo de que le acusábamos de hacerse avituallar a escondidas por su buen Dios… Pero también había otros, muchos más, que habían caído en medio del camino y cuyos nombres ya no significaban nada. Caminaban, pues, doblados bajo su carga mientras los guardias, tumbados en la hierba, disfrutaban del primer calor primaveral, con los pantalones abiertos a las caricias del sol.

De pronto, Morel había sentido que algo chocaba contra su mejilla y caía a sus pies; entonces había mirado hacia abajo con mucho cuidado tratando de no perder el equilibrio y había visto que era un abejorro.

Había caído de espaldas y movía las patas tratando en vano de darse la vuelta. Morel se había detenido y miraba fijamente el insecto caído a sus pies. Por entonces hacía un año que estaba en el campo y, desde hacía tres semanas, pasaba ocho horas diarias transportando sacos de cemento con el estómago vacío.

Pero allí había algo que no podía dejar escapar. Dobló las rodillas con los sacos a la espalda tratando de mantener el equilibrio, y con un movimiento del dedo índice dio la vuelta al insecto.

A lo largo de aquel trayecto repitió la operación en dos ocasiones. El que caminaba delante de él, el editor Revel, fue el primero en comprender por qué lo hacía y, emitiendo un gruñido de aprobación, se lanzó en ayuda de otro abejorro caído boca arriba. Después fue Rotstein, el pianista, tan endeble que parecía que su cuerpo tratara de imitar la finura de sus dedos. A partir de aquel momento, casi todos los «políticos» empezaron a acudir en ayuda de los abejorros, mientras que los presos comunes pasaban a su lado lanzando juramentos. Durante los veinte minutos de descanso que les concedían, ni uno solo de los políticos se dejó vencer por el agotamiento. Sin embargo, aquél era el momento en que normalmente se tiraban al suelo y se quedaban allí, sin moverse, hasta el silbato siguiente. Pero esa vez parecían haber encontrado nuevas fuerzas. Iban de un lado para otro sin levantar los ojos del suelo, buscando algún abejorro al que ayudar. Sin embargo, aquello no había durado mucho. Había bastado que el sargento

Grüber apareciera por allí. Aquel tipo no era ningún ignorante. Antes de la guerra había sido maestro en Schleswig-Holstein. En un segundo había comprendido lo que pasaba. Había reconocido al enemigo. Se hallaba ante una manifestación escandalosa, ante una profesión de fe, ante una proclamación de dignidad inadmisible en unos hombres reducidos a cero. Sí, le había bastado un segundo para analizar la situación y captar la gravedad del desafío lanzado a los constructores de un mundo nuevo. Se lanzó a la lucha. Lo primero que hizo fue arremeter contra los prisioneros secundado por los guardias, que no comprendían muy bien de qué se trataba, pero que siempre estaban allí para golpear. Repartieron, pues, culatazos y puntapiés a diestro y siniestro. Pero el sargento Grüber comprendió enseguida que aquello no era suficiente para vejar a los manifestantes tal y como se merecían. Así pues, hizo algo repugnante, pero a la vez patético en su impotencia para conseguir el objetivo perseguido: se puso a correr por la hierba sin levantar los ojos del suelo y, cada vez que veía un abejorro, lo aplastaba con su bota. Corría en todas las direcciones, giraba en redondo, brincaba sobre un pie y taconeaba, en una especie de ridículo baile que resultaba casi conmovedor por su inutilidad. Porque podía moler a golpes a los detenidos y aplastar a los abejorros, pero lo que él perseguía estaba completamente fuera de su alcance y ni él ni nadie podía matarlo. Había emprendido una tarea que ningún ejército, ninguna policía, ninguna milicia, ningún partido ni ninguna organización podía llevar a buen término. Hubiera sido necesario matar a todos los hombres de la Tierra, desde el primero hasta el último, y ni por ésas, porque probablemente dejarían una huella tras ellos, algo así como una especie de sonrisa invencible de la naturaleza. Ni que decir tiene que les hizo pagar muy cara su derrota. Ese día les hizo bregar dos horas más, y esas dos horas era toda la diferencia entre lo que era el límite de las fuerzas humanas y lo que estaba más allá. Al llegar la noche, se preguntaron si podrían soportar tal agotamiento, si les quedarían fuerzas para el día siguiente. Rotstein se encontraba particularmente afectado. Estaba tumbado boca abajo sobre su catre. Daban ganas de inclinarse sobre él y darle la vuelta como si fuera un abejorro. Ayudarle a volar. Pero no hacía falta ayudarle. Se echaba a volar él solo todas las noches.

—¡Eh, Rotstein! ¡Rotstein!

—Sí.

—¿Sigues vivo?

—Sí. No me interrumpas. Me estoy dando un concierto.

—¿Qué estás tocando?

—Un concierto de Johann Sebastian Bach.

—¡Tú estás loco! ¿Cómo se te ocurre interpretar el concierto de un boche?

—Precisamente por eso, para restablecer el equilibrio. No podemos dejar a Alemania eternamente caída boca arriba. Es necesario ayudarle a darse la vuelta.

—Todos estamos caídos boca arriba —gruñó Revel—. Es de nacimiento.

—Callaos. No me dejáis oír lo que toco.

—¿Tienes mucho público esta noche?

—No está mal.

—¿Hay mujeres bonitas?

—Esta noche no. Esta noche estoy tocando para el sargento Grüber.

Otto, el silesiano, gimió en su rincón. Estaba soñando. Conocían su sueño, era siempre el mismo: había matado a una viuda para desvalijarla y todas las noches soñaba que ella le sacaba la lengua. Se despertó sobresaltado.

—*Immer die alte Schickse* —masculló.

—Es muy raro que siempre te saque la lengua —dijo Émile.

—No tiene nada de raro, ¿no ves que la estrangulé?

—¡Ah, bueno! ¡Si es por eso, el día que te enseñe el culo querrá decir que te ha perdonado! —replicó Émile.

A través de la rendija de aireación se veía al guardia de la torre de vigilancia con la metralleta apuntada hacia abajo.

—Decidme, chicos, ¿qué haremos mañana si vuelven a caer abejorros?

—Esperemos que no caigan más —respondió el padre Julien.

—¡Ah, no! —dijo Revel—. Yo en cambio espero que sí. Por lo menos, podremos hablar entre nosotros y desahogarnos. Sienta bien.

—Pero ¡qué dices! —dijo Émile—. No tienes más que ver a Rotstein.

—¡Eh, cura!

—Sí.

—¿Qué coño hace Dios?

—Mierda —contestó el padre Julien—. Deja a Dios tranquilo. ¿Qué tiene que ver Él con todo esto?

—Nada, como siempre.

—Puede ser que se haya caído boca arriba… y agite las patas sin poder volver a levantarse.

—Mierda, mierda y mierda —repuso el capellán con toda su alma.

—Los curas no utilizan ese lenguaje.

—Aquí no estamos entre curas…

—¡Émile!

—Sí.

—¿Tú eres comunista?

—Sí.

—Entonces ¿por qué te preocupan tanto los abejorros? Eso no es marxista. No está dentro de la línea del partido.

—Sea como sea, uno tiene derecho a abandonarse de vez en cuando —repuso Émile.

—¡Émile!

—Sí.

—¿Tú eres comunista?

—Ya está bien. Déjame en paz.

—¿Tú crees que en los campos de trabajos forzados de la Unión Soviética te dejarían tomarte todo el tiempo que quisieras para dar la vuelta a los abejorros?

—Seguramente no.

—¿Y entonces?

—En Rusia no hay campos de trabajos forzados.

—¡Ah, bueno!

—Pobres de nosotros…

—Lo que no entiendo es por qué siempre caen de espaldas.

—Es algo inherente a la naturaleza. ¿Por qué te crees que estamos aquí nosotros?

—Entonces es algo que todavía está pendiente de solucionar.

—¿El qué?

—La naturaleza.

—Ya te la arreglarán, no te preocupes.

—¡Émile!

—¿Qué quieres ahora?

—¿Por qué hiciste eso por los abejorros?

—Por caridad cristiana, ¿estás contento?

—¡Bravo! Muy bien contestado —observó el padre Julien.

—Tú cállate, cura. Has perdido tu prestigio. No tienes derecho a decir nada.

—Es verdad —dijo alguien—. ¿Por qué no nos echa una mano tu Dios? No es nada servicial.

—Oídme, chicos, yo hago todo lo que puedo —dijo el padre Julien.

—Por supuesto, por supuesto.

—¿No me creéis?

—Sí, sí, claro.

—Lo único que decimos es que nos podría echar una mano. ¿Acaso no ve que estamos caídos boca arriba?

—Yo hago todo lo que está en mi mano, os lo juro —respondió el padre Julien.

—Hasta nosotros encontramos la forma de hacer algo por los abejorros.

—Venga ya, a vosotros os importan un bledo los abejorros —dijo el padre Julien—. Lo hacéis sólo por orgullo. Si no estuvierais en un campo de concentración, caminaríais sobre los abejorros sin daros cuenta ni de que existen. Lo hacéis con la cabeza, no con el corazón. Lo único que os pasa es que estáis llenos de orgullo…

—No es orgullo —protestó alguien débilmente—. Es otra cosa…

—Yussef.

—Sí, señor.

—Deja ya de llamarme «señor». Ya no vale la pena, estoy al corriente.

Ambos sujetaban de las bridas a sus caballos, solos, en medio de la maleza, bajo los espinos que les cubrían con sus harapos y el bosque amarillento de bambúes por encima de sus cabezas; el uno completamente erguido, con el arma preparada, el otro sentado en una roca, perdido en sus recuerdos y sonriendo, desdeñoso o increíblemente seguro de sí mismo, era imposible saberlo… Ya no se oían los motores de los camiones, sólo los insectos enloquecidos. Yussef veía la espalda del hombre que parecía esperar la ráfaga de metralleta y, a veces, cuando movía la cabeza, su perfil un poco burlón bajo el sombrero de fieltro quemado y roto. Idriss se había alejado buscando algún lugar por el que poder atravesar la maleza y los dos estaban solos, bajo la luz amarilla de los bambúes.

—Bueno, ¿a qué esperas? Adelante.

El rostro del estudiante se hallaba desprovisto de emoción y casi hundido bajo el sudor. Tuvo que hacer un enorme esfuerzo para aflojar el nudo que sentía en la garganta:

—¿Cómo lo ha sabido?

… En la noche del desierto, la forma blanca se había movido en la arena y Morel se había acercado al adolescente dormido y había contemplado su rostro grave, casi triste, bajo la luz azulada. Después había visto cómo le temblaban los labios y le había oído pronunciar algunas palabras. Había permanecido un buen rato inmóvil, inclinado sobre aquella cabeza rebelde, atormentada incluso cuando dormía por la única certidumbre que el hombre puede tener acerca de sí mismo.

—Te oí hablar en francés mientras dormías…

—¿Y qué fue lo que dije?

Morel miraba hacia otra parte, muy lejos: no era una mirada que se dejara detener fácilmente.

—Murmurabas algo relacionado con la dignidad humana…

Se volvió hacia el adolescente, con esa sonrisa grave que provenía mucho más de la bondad de sus ojos que del gesto irónico de sus labios.

—¿Quién eres tú exactamente?

—Me llamo Yussef Lanoto y he cursado tres años de derecho en la Universidad de París…

—¿Y luego?

—Luego Waitari me envió junto a usted para que le vigilara.

—Muy amable por su parte.

—Había que evitar que las autoridades le cogieran vivo, porque usted hubiera sostenido hasta el final que el único objetivo de su acción era la protección de los elefantes…

—La verdad, vaya.

—Después de lo de Sionville, le condenaron a muerte. Usted había abusado de nuestra ayuda ocultando los verdaderos objetivos políticos de nuestro movimiento… No pudimos ejecutar la sentencia a causa del periodista americano.

—Entiendo.

—Yo debía matarle cuando él nos hubiera dejado, cuando estuviéramos solos…

—Es decir, ahora —dijo Morel.

—Sí, ahora.

Lo dijo con un poco de tristeza.

—Más tarde, le presentaríamos ante el mundo como un héroe que había dado su vida por la independencia de África…

Morel bajó un poco la frente. Sus labios se fruncieron todavía más, sus mandíbulas se endurecieron y su rostro recuperó su expresión obstinada…

—Muy amable por su parte, pero eso no es para mí. Ya no me lo creo. Conozco la coartada nacionalista y me da náuseas: desde Hitler hasta Nasser se ha visto perfectamente lo que oculta… Los cementerios más grandes de elefantes están en sus países. Pero si queréis hacer el trabajo vosotros mismos, estoy de acuerdo. No me importa. Pero hacedlo. Me da exactamente igual que lo hagáis vosotros o que lo hagan los amarillos, los azules, los rojos o los blancos. Siempre estaré de acuerdo. Pero con una condición, porque para mí sólo hay una cosa importante…

Su voz recuperó de pronto toda su cólera.

—Quiero que los elefantes sean respetados.

—Lo sé —dijo Yussef en voz baja.

Morel miró de nuevo el cañón del arma, casi con esperanza, porque le hubiera gustado descansar un poco antes de continuar. Pero sólo era un momento de cansancio, nada más, y no se avergonzaba de ello.

—En resumidas cuentas, tenías que matarme —dijo con cierta amargura —. Me pregunto qué ha sido lo que te ha impedido hacerlo. Por otra parte, todavía puedes… Éste es el mejor momento.

—No tengo ninguna intención de matarle.

—¡Vaya! ¿Y eso?

Yussef le miraba con amistad. Había que defender y proteger a ese hombre, justificar su irresistible confianza y cuidarlo como si fuera la última sal de la tierra…

—Creo que todavía podemos hacer una parte del camino juntos — respondió.

Abe Fields, de pie en medio de la pista, miraba fijamente la cartera de cuero que yacía sobre el polvo abarrotada de proclamas, de manifiestos, de llamamientos; llena de esperanzas frustradas… Se agachó a recogerla. «Con esto ya no basta —pensó mientras trataba de emitir algunos sonidos cínicos para luchar contra su emoción—. Ya no son manifiestos y peticiones lo que hace falta, sino un esfuerzo biológico prodigioso, y, según algunas opiniones autorizadas, tal vez estemos en el buen camino». A ese respecto, la reciente declaración del consejero científico del gobierno británico era francamente alentadora. Aquel hombre tan eminente había afirmado que la lenta acumulación de las radiaciones emitidas por los residuos nucleares produciría, por su efecto a largo plazo sobre los genes, un noventa por ciento de cretinos en las futuras generaciones, pero quizá también un diez por ciento de genios, lo cuales harían que la humanidad entrara en una era todavía más resplandeciente en lo que a progreso y prosperidad se refería. Abe Fields se sintió inmensamente animado e incluso se echó a reír. Entretanto, asió firmemente el asa de la cartera y se volvió hacia la alemana. La chica sollozaba mirando el lugar por donde Morel y sus dos compañeros acababan de desaparecer entre los árboles. Abe Fields le cogió la mano.

—*Wein nicht* —le dijo en yidis, creyendo hablar en alemán—. No puede sucederle nada.

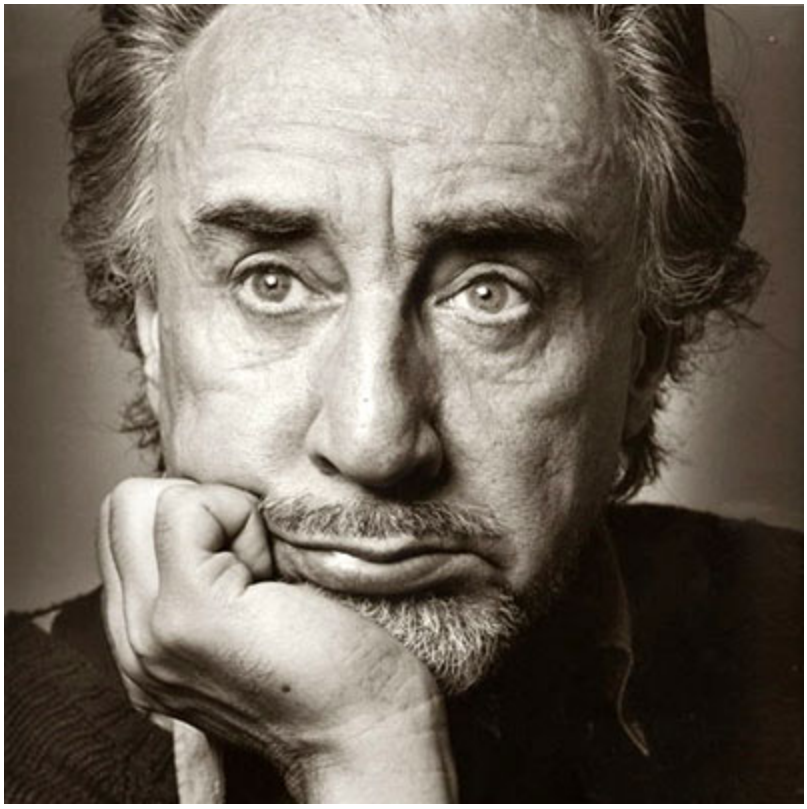
El jesuita seguía desde esa mañana el sendero de la colina. Regresaba con el corazón ligero, dispuesto a pasar una nueva estación en las excavaciones con sus pensamientos y sus manuscritos: su orden prefería que el saber estuviera en el fondo del bosque africano en lugar de en Europa. Pero apenas sufría por ese exilio, pues mantenía una correspondencia ininterrumpida con la media docena de hombres cuyos nombres marcarían una época y cuyas ideas, a veces muy diferentes de las suyas, le aportaban el precioso complemento de la contradicción. Al cansancio de una noche sin dormir se añadía otro más antiguo, más irremediable, que le entristecía un poco. Sentía una enorme curiosidad y al mismo tiempo cierto pesar ante la idea de que muy pronto abandonaría la aventura humana sin haber podido presentir más claramente sus nuevas peripecias, tan accidentadas y solitarias como las colinas que recorría desde el amanecer. Era lo bastante humano como para sentir abandonar la partida sin haber podido asistir a sus fases más apasionantes. Intentaba no ceder demasiado a esa curiosidad un poco autoritaria cuyo carácter excesivo y falta de humildad él mismo no dejaba de deplorar, pero que no hacía más que aumentarle con la edad, quizá porque, ante la proximidad del final, cada dato observado adquiría para él una importancia cada vez mayor. Lamentaba no poder regresar de su expedición con unas noticias más alentadoras, pero estaba acostumbrado a tener paciencia y, por otra parte, no había que tener demasiada prisa. Pensaba en las últimas palabras que Saint-Denis le había dicho en el momento de separarse, de pie junto a su caballo, alzando hacia él su mirada, donde todavía parecía arder la última luz de la noche. «Algunos pretenden, padre, que usted ha ocultado a nuestro amigo en una de sus excavaciones, y que éste está recuperando fuerzas para poder continuar, pero no entiendo por qué iba usted a manifestar tanta simpatía hacia un hombre que quiere erigirse en el protector supremo de la naturaleza. Me parece que eso va en contra de lo que conocemos de su orden e incluso de lo que usted mismo ha escrito. Si le he leído bien, usted no parece esperar gran cosa de nuestros esfuerzos, y se diría que incluso considera que la misma gracia es una mutación biológica que dará por fin al

hombre los medios orgánicos de realizarse tal y como él quiere. Si es así, la lucha de Morel, su tentativa de rebelión, le parecerán cómicas y fútiles, y tal vez mi compañía y los recuerdos que hemos evocado juntos sólo hayan sido para usted una mera forma de pasar la noche. Con sus peticiones, sus manifiestos, sus octavillas, sus comités de defensa y, por último, con su maquis armado y organizado, debe parecerle que él reclama de nosotros un cambio que durante mucho tiempo sólo podrá ser considerado como un canto de esperanza. Pero yo no puedo resignarme a tal escepticismo y prefiero creer que usted no deja de sentir una secreta simpatía por ese rebelde que se ha empeñado en conseguir que el mismo cielo respete nuestra condición. Después de todo, nuestra especie salió del limo hace algunos millones de años, y algún día acabará triunfando también sobre la dura ley que nos ha sido impuesta, porque nuestro amigo tenía razón: ha llegado el momento de cambiar esa ley. Entonces, de la imperfección y del desafío de ser un hombre no quedará más que un despojo, uno de tantos, a lo largo de nuestro camino».

El jesuita hizo un ligero gesto con la cabeza, y Saint-Denis no supo si debía interpretarlo como un gesto provocado por un brusco movimiento del caballo o como una señal de asentimiento. Con sus labios finos, pero carentes de dureza, y siempre suavizados por dos pequeños pliegues irónicos en las comisuras, con sus ojos penetrantes y rasgados y su nariz grande y huesuda, tenía el perfil de un marino bretón habituado a escrutar el horizonte. A sus enemigos les gustaba recordar que entre sus antepasados había habido célebres bucaneros, pero a él no le molestaban en absoluto esas alusiones a su sangre de aventurero. El mismo, con su absoluta certeza en una completa plenitud final, había vivido una de las más bellas y apasionantes aventuras que una criatura pueda conocer en la Tierra. Balanceándose lentamente sobre su caballo, volvía a veces la cabeza hacia las colinas o hacia la silueta de un árbol, cuyas infinitas ramificaciones acariciaba con la mirada. Hacía mucho tiempo que el árbol era su símbolo preferido, mucho más que la cruz. Sonreía.

•

OceanofPDF.com



ROMAIN GARY (ROMAN KACEW, Vilna, 1914 - París, 1980). Escritor francés de origen lituano. Fue autor de novelas, relatos, ensayos y memorias, además de guiones de cine, medio en el que llegó a dirigir dos películas protagonizadas por su mujer, Jean Seberg. Entre sus obras traducidas al español se cuentan *Las raíces del cielo* (1956), *La promesa del alba* (1960), *Los pájaros van a morir al Perú* (cuentos, 1962), *El devorador de estrellas* (1966), *Perro Blanco* (1970), *La exhalación* (1973) y *Los payasos líricos* (1979).

Diplomático y «héroe de la Francia libre», fue un espíritu mordaz, que gustaba de ocultar su identidad bajo seudónimos. El más célebre de ellos fue Émile Ajar, con el que publicó, entre otras obras, *La vida ante sí* (1975), que obtuvo el premio Goncourt. Como en 1956 ya lo había recibido por *Las raíces del cielo,* se convirtió en el único autor que ha ganado dos veces este galardón. Se suicidó el 2 de diciembre de 1980 en su apartamento de París.

OceanofPDF.com

Notas

[1] Juego de palabras intraducible. En francés, «ser un gran cazador ante el Eterno» significa «cazar mucho». Tomado de la expresión bíblica: «Como Nemrod, gran cazador ante el Eterno». *(N. de la T.)* <<

[2] Guerrilleros argelinos sublevados contra la autoridad francesa (1954-1963). *(N. de la T.)* <<

[3] «¿Conoces el lugar en el que florecen los limoneros, / donde entre el follaje oscuro las naranjas brillan, / una suave brisa sopla desde el azul cielo, / y el mirto y el laurel están altos? / ¿Lo conoces bien? / Es allí, allí / donde quiero ir contigo, / ¡oh, amada mía!» (poema de Goethe, que inspiró a numerosos compositores como Beethoven, Schubert, Schumann y Liszt). *(N. del E. digital)* <<

[4] Término africano que significa «lodazal». *(N. de la T.)* <<

[5] Los franceses empleaban el término «boches» para referirse, de forma peyorativa e injuriosa, a los soldados alemanes de la Primera Guerra Mundial. *(N. de la T.)* <<

[6] Waitari cita una frase de Victor Hugo: «*Vêtu de probité candide et de lin blanc*». *(N. de la T.)* <<

[7] En castellano en el original. *(N. de la T.)* <<

OceanofPDF.com